
ALBA CARGOL
LEGADO I
ECOS DE TORMENTA
CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Primera parte. El castillo en la montaña

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI

Segunda parte. El torneo en el bosque

CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL
CAPÍTULO XLI
CAPÍTULO XLII
CAPÍTULO XLIII

CAPÍTULO XLIV
CAPÍTULO XLV

EPÍLOGO
CIEN AÑOS ANTES

Conoce más a fondo Lyssandria

Agradecimientos

Biografía

Créditos

LEGADO I

ECOS DE TORMENTA

Alba Cargol

CROSS BOOKS

Para todas aquellas que conviven con la oscuridad.
Enfréntate al monstruo; enséñale a qué sabe la sangre de una superviviente.

PRIMERA PARTE

El castillo en la montaña

CAPÍTULO I

Ella estaba dispuesta a sacrificarse. Él sabía que quemaría el mundo antes de dejar que muriera delante de él. Otra vez.

La sangre seguía cayendo y, con ella, las pocas fuerzas que me quedaban. Pequeñas motas negras y brillantes empañaron mi visión. Desde el suelo, intenté levantarme, pero las piernas no me respondían.

Todo a mi alrededor comenzó a difuminarse.

Los colores se estaban apagando.

Los sonidos me llegaban como si estuviera debajo del agua.

Y el calor de mi cuerpo me había abandonado.

Con brazos temblorosos pegué el orbe de la Dama de la Noche a mi costado. Su poder era lo único que me mantenía con vida.

Busqué, sin ver, los ojos color ocre en los que había empezado a confiar. Esos ojos que habían prometido un futuro. La posibilidad de algo que nunca había pensado que merecía. Algo que nunca tendría.

—Tu respuesta, Susurro de la Noche. Tu tiempo se acaba.

La voz densa y pausada de la Dama de la Noche me hizo volver a la realidad. Aunque no podía verlos con claridad, sentí como los cinco seres más poderosos de Lyssandria contenían el aliento.

El brillo esmeralda de la Verdeluna creaba reflejos nacarados en la sangre que continuaba brotando de mis entrañas. Goterones

pausados emanaban de mi costado, separando mi cuerpo de la vida, lenta, pero inexorablemente.

Alcancé a oír que alguien gritaba mi nombre. Intenté levantar la cabeza, pero no me quedaban fuerzas. No me permití hacerle caso a esa voz suplicante. Si miraba esos ojos una vez más, la decisión sería demasiado difícil.

No podría hacerlo.

No había un final en el que todos acabásemos felices. No había un final en el que yo saliera con vida. En el que yo volviera a las colinas con olor a tormenta y marea en las que había llegado a ser feliz.

No.

La Dama de la Noche había tejido su red y yo había caído en ella. Pero eso no quería decir que otros tuvieran que continuar sufriendo. En medio de aquella pesadilla de sangre y poder busqué un atisbo del instinto de supervivencia que siempre me acompañaba.

La ladrona del Archipiélago.

La superviviente sin escrúpulos.

La Campeona de la Corte de las Tormentas.

Todos los nombres chillaron en mi cabeza. Implorando que sacara un poco más de fuerza, que aguantara un segundo más.

Sin embargo, no pude.

Solo hallé preocupación por aquellos que esperaban mi respuesta y culpa por no haber sabido ver la trampa en la que había caído.

La noche estrellada de galaxias infinitas suplicaba a gritos en mi cabeza que no me rindiera. Me obligué a ignorarla.

Tan solo me quedaba una cosa por hacer. Mi última oportunidad para ayudar a aquellos que me importaban.

—Devuélveselos. Este poder nunca fue mío. —Las palabras escaparon de mis labios antes de que pudiera procesar lo que estaba diciendo.

En algún lugar de la Verdenoche, un aullido terrible resonó entre las milenarias copas de los árboles del bosque maldito de la Dama. ¿Acaso estaba gritando?

—¡Elara, no!

La voz no era mía. Aunque la sentí familiar. Me esforcé por reconocerla, pero la consciencia se me escapaba con tanta rapidez como la sangre de mi cuerpo y el aire de mis pulmones. Morir, al final, había resultado muy sencillo.

La voz seguía gritando.

Desesperada.

De otro mundo.

Bramaba mi nombre, pero yo apenas podía oírla. Algo dentro de mí comenzó a fracturarse en mil pedazos. Noté como mi existencia se diluía. Con cada segundo que pasaba, me perdía más y más en una nada infinita.

El poder que emanaba de aquellos gritos familiares hizo temblar el suelo. Su fuerza me empujó a querer aguantar un poco más. Una parte de mí quería girarse y correr hacia ella. Hacia el hogar que prometía. Perderse en el recuerdo de lo que podía haber sido.

En ese instante, el latido pausado y caliente del orbe abandonó mis manos temblorosas. Al perder su contacto, mi cuerpo se estremeció.

Una explosión de luz y poder deslumbró mi limitado campo de visión. Un rugido de magia y gloria, que había estado dormido durante casi cien años, se expandió a mi alrededor.

A lo lejos.

Trozos de una conversación alcanzaron mis oídos. La risa suave y de porcelana de la Dama de la Noche rebotó contra las profundidades del bosque.

—La decisión está tomada, joven Guardián. No se puede cambiar el destino.

Todo parecía estar pasando a kilómetros de distancia. Sin esfuerzo, la noche empezó a envolverme. Una bruma oscura y estrellada me acarició con cuidado, llevándose el dolor y ayudándome a perderme en el vacío.

Ya no podía sentir como la sangre me abandonaba. Solo podía sentir la voz que imploraba mi nombre en algún lugar de mi cabeza, como si repetirlo sin descanso fuera a evitar mi final. Unas sombras familiares arrullaron mi cuerpo. La muerte por fin me había encontrado y, por primera vez en mi vida, abrí los brazos para encontrarme con ella.

No luché.

No me resistí.

CAPÍTULO II

En días como aquel, él solo deseaba que el mundo acabara implosionando. Tal vez entonces el fuego eterno lograría borrar sus pecados.

Tres meses antes

El brillo esmeralda de la Verdeluna aguardaba, receloso, en el umbral de la caverna. La fría y áspera superficie del hueso rozó con fuerza los callos de mis manos a pesar de los guantes. Una fricción insoportablemente pesada que amenazaba con arruinar mi encargo.

—¡Por todos los espíritus! —murmuré entre jadeos exasperados, solo para continuar con una retahíla de insultos que habrían hecho enrojecer hasta al más curtido de los Ents de la Corte del Bosque.

Era la última vez que aceptaba robar restos mortales.

Joyas. *Por supuesto.*

Oro. *Cuando quieras*.

Runas y artefactos antiguos. *Uno tras otro, por favor.*

Muertos y similares. *Nunca más.*

El hueso crujió con un chasquido metálico y espeluznante. Parecía querer resbalarse, envuelto en una fina capa de polvo y algo pegajoso. Detalle que decidí ignorar por completo reprimiendo un escalofrío.

Pero, aun así, no lo solté.

La cara exterior de lo que parecía ser una extremidad se resistía a dejar de formar parte del resto del esqueleto. Trozos de carne en descomposición y los restos de lo que debía de ser un tendón se aferraban al hueso como si la vida les fuera en ello.

El olor en el interior de la cripta era insoportable. Húmedo, pesado y con un toque putrefacto que me hacía desear haberme atado un paño alrededor de la cara para protegerme la nariz y la boca.

Había robado muchas cosas en mis casi veintiocho años de vida. No podía decirse que fuera la primera vez que asaltaba una tumba. Acción que, a muchos, incluso aquellos que como yo vivían de robar, les parecía un límite inquebrantable.

Pero las noches eran largas y peligrosas en el Archipiélago exterior de la Corte de las Tormentas. Y los principios morales y las supersticiones, por desgracia, no me daban de comer.

Así que, añadir *saqueadora de tumbas* a los muchos títulos por los que se me conocía no era el fin del mundo. Un nombre más para que los espíritus, o los dioses olvidados, leyeran el día de mi muerte o de mi encarcelamiento, lo que fuera que llegara primero.

Había comenzado mi tarea con un enfoque práctico y científico. Tirones y giros meticulosos, ideados para desencajar el hueso de la articulación con el menor esfuerzo y la mayor precisión posible.

Pese a mis intentos iniciales, el tiempo corría en mi contra, y los movimientos finos y calculados dieron lugar a jaladas forzadas y desesperadas, acompañadas por bufidos más propios de un animal.

—A la mierda —mascullé entre dientes.

Miré hacia atrás temerosa de haber llamado la atención con mis inoportunos ruidos. A mi alrededor, la cripta, oscura, parecía en calma.

La magia de viento y rayo de la Corte de las Tormentas vibraba en mi interior. Como la mayoría de los habitantes de las Tormentas mi

poder me permitía dominar las partículas de aire a mi antojo. Una vez más, comprobé mi control sobre la pesada puerta de hierro que aguardaba, semiabierta, en la salida.

La parte oscura de mi poder martilleó en mi pecho. Sedienta de más. Como siempre me obligué a evitar que la oscuridad tomara las riendas de la situación. Aquella magia inexplicable y asesina habitaba en mi interior desde que tenía recuerdos. Una fuerza oscura que nadie más poseía en mi corte y que me atormentaba sin descanso. Me esforzaba a diario para mantenerla oculta. No podía permitir que hiciera daño a nadie más. Reprimirla era agotador, pero necesario.

Las calles de Nébula susurraban los horrores de mi pasado y yo estaba decidida a evitar que se repitieran.

Reforcé mi agarre sobre las partículas de aire que sujetaban la puerta abierta. Cualquier otro Hadaës habría caído rendido ante tal uso de poder. Pero yo no. Esa era mi suerte y mi maldición. La oscuridad me permitía alcanzar un uso superior de mis poderes. Sin embargo, perder el control siempre tenía unas consecuencias devastadoras.

El polvo del ambiente hacía que me picara la garganta y el frío de la noche congelaba las gotas de sudor que me caían desde la nuca hasta la espalda.

Con esfuerzo, sostuve el empuje que llevaba media hora ejerciendo sobre el aire de la cripta. Manteniendo abierta mi única vía de escape. En otras circunstancias, ese ejercicio habría sido pan comido. Mantener puertas abiertas, abrir cerrojos imposibles y ventanas selladas. Tareas que realizaba día a día con los ojos cerrados. Una habilidad que me había mantenido con vida hasta el momento.

Esa noche era diferente. Todo el encargo lo había sido.

Roan, un Alto Fae exiliado al mando del comercio ilegal de todo el Archipiélago, había decidido no proponer el encargo a todos los maleantes habituales. Bandas de ladrones y contratistas independientes como yo. En su lugar, había dejado entrever los detalles del encargo a un selecto grupo de personas.

Un grupo que, por desgracia, no me incluía a mí.

Dejando a un lado mi ego profesional, si es que tal cosa era posible en una ladrona, el no ser invitada a un encargo nunca me había impedido ir a por él.

Solo encontrar la ubicación de la cripta me había llevado casi cinco días. No había muchos sitios en las islas del Archipiélago que pudieran albergar una cripta de semejantes dimensiones. Aun así, había tenido que comprobar, una por una, todas las posibles ubicaciones.

Al final, y tras otras tres localizaciones fallidas, había descubierto unos archivos que hablaban de un panteón olvidado cerca de la antigua marina. El acceso a los archivos me había costado cobrarme un favor que llevaba tiempo guardando para una ocasión especial.

Cilian, un Bajo Fae de la Corte del Bosque encargado de vigilar los archivos del registro nominal de las islas, casi se había desmayado ante mi petición. Su piel de corteza, normalmente fuerte y fresca con pequeños toques de musgo y rocío, pareció palidecer al escucharme.

Eran pocas las personas de otras cortes que se trasladaban a las islas exteriores de la Corte de las Tormentas. La vida era más sencilla en el continente. Al menos, para cualquiera que fuera Alto Fae. Al fin y al cabo, las cinco cortes de Lyssandria nunca recibían con los brazos abiertos a las criaturas que consideraban inferiores. Bajos Fae y mestizos éramos mera mano de obra.

—Un favor —había dicho Cilian a través de sus labios rígidos cuando admitió que no podía pagarme—. Algún día necesitarás un favor de alguien que trabaje en los archivos.

Acepté sin pensar.

Tras hacer el trato había visto claro en los ojos de Cilian que confiaba en que nunca me cobraría el favor. Ese fue su segundo error, confiar en que no volvería a cobrar su deuda. Solo alguien que no me conociera pensaría que tenía una vena altruista.

Me había arriesgado mucho pidiéndole ayuda. Era un rastro muy fácil de seguir. Por el camino, además de no ser descubierta, había tenido que asegurarme de que ninguno de mis competidores habituales me siguiera la pista. Lo que había dado lugar a un encuentro particularmente grotesco con uno de los secuaces de Erwin. Un Hadaës de la Corte de las Llamas particularmente irritante. Un carroñero. Dejaba que otros ladrones hicieran la parte complicada de los encargos para luego robar su trabajo.

Si mis cálculos eran correctos, su esbirro, un trasgo nada amigable, debía seguir inconsciente tres pisos por encima de mí. Parte de mis energías estaban concentradas en controlar la cantidad de aire que llegaba a sus pulmones. Evitando que volviera en sí.

El resto de mi atención se dividía entre las distintas puertas que aseguraban mi salida y el aire de los alrededores de la cripta. Esto último era un lujo que muchos de mis colegas considerarían innecesario. Al fin y al cabo, la magia de viento y rayo era algo limitado para cualquier mestizo o Bajo Fae. A mi modo de ver era algo indispensable y el principal motivo por el cual era la mejor ladrona de las islas exteriores.

Mis manos enguantadas comenzaron a resbalar. A mi alrededor, las sombras se hicieron más oscuras, dificultando mi tarea. Y, aunque la presencia de los espíritus era casi inexistente en el

Archipiélago, casi podía jurar que decenas de ojos inquisitivos me juzgaban desde la oscuridad.

Mientras tiraba del hueso con las pocas fuerzas que me quedaban, noté como la energía escapaba de mi cuerpo. No iba a aguantar mucho más. El centro de mi poder se revolvió inquieto, rogando que dejara que su oscuridad me consumiera.

—¡Joder!

Contener la oleada de rebeldía de mi poder casi hizo que perdiera el agarre sobre el hueso. Las instrucciones de Roan habían sido claras: el hueso de Addanac debía obtenerse con las manos y sin ayuda de herramientas para asegurar que mantuviera sus propiedades mágicas.

Estaba cansada de esperar que la poca fuerza que me quedaba hiciera efecto. Mis manos picaban con la necesidad de desenvainar una de las dagas que guardaba escondidas en la parte interior de mis botas. Mis dagas nunca me fallaban, por algo eran mis mejores amigas.

En un intento a la desesperada, giré las muñecas con un movimiento seco que consiguió separar la parte testaruda del hueso que se aferraba al resto del esqueleto. Por fin, y tras media hora de intentos, miré hacia abajo y vi el hueso en mi mano.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Tú ya no lo vas a necesitar. Esto es mi vía de escape para salir de este infierno —le dije a la pila de huesos y carne que me observaba desde el suelo. Lo más probable es que la criatura a la que pertenecieron, ni aun en vida, hubiese entendido mi disculpa. Pero no pude evitar sentir el punzante aguijón de la culpa en mi alma.

Eran pocos los motivos por los que alguien podía necesitar un hueso de Addanac después de muerto. Y ninguno de ellos era noble.

Mi sentido de supervivencia, sin embargo, era mayor que cualquier culpa que pudiera sentir.

Observé el esqueleto del enorme lagarto que yacía a mis pies. En otro momento de mi vida, habría dado cualquier cosa por poder quedarme un poco más en la cripta examinando el esqueleto. Soñando e imaginando las historias que aquella magnífica criatura había experimentado a lo largo de su vida.

¿Qué lugares de Lyssandria había habitado?

¿Alguna vez había viajado más allá del continente?

¿Había visto lo que se extendía más allá del océano Avalora?

¿Cómo había acabado en aquella cripta de mala muerte, tan lejos de su corte? Al fin y al cabo, los Addanac habitaban la Corte de las Llamas y, en contadas ocasiones, la Corte del Bosque.

Pero esa parte de mí había muerto hacía mucho tiempo. Me había visto forzada a enterrarla en una zona perdida de mi cabeza. Y, solo a veces, me permitía acceder a ella.

Sin más ceremonias, aparté esos pensamientos hacia el cajón de mi mente donde guardaba todo aquello que no me ayudaba a sobrevivir. Un cajón que comenzaba a estar demasiado lleno.

Deposité con cuidado el hueso en la bolsa de cuero que llevaba a la espalda. Después de todo el trabajo que me había costado conseguirlo, no estaba dispuesta a perderlo. Aquel hueso valía más Airgid, la moneda de la Corte de las Tormentas, que un puñado de casas juntas.

Su venta iba a ser la mayor hazaña que había conseguido en mi carrera. La cantidad de dinero que Roan había prometido era grotesca. En un primer momento, incluso a mí me había parecido demasiado buena para ser verdad.

Inconscientemente, una parte de mi mente siempre anticipaba que cualquier trato con Roan podía convertirse, en un abrir y cerrar

de ojos, en una trampa. Sin embargo, aunque ese acabara siendo el caso, no podía dejar escapar la oportunidad.

Desenvainé una de mis dagas procurando no hacer ruido y encaucé el tortuoso camino de vuelta hacia la superficie.

La cripta había sido construida en las inmediaciones de un pequeño mausoleo cerca de la antigua marina. Esa parte del puerto había entrado en desuso varias décadas atrás. Hacía varios cientos de años que los barcos del reino ya no emprendían expediciones más allá del océano Avalora.

La poca actividad comercial que llegaba a las islas exteriores eran los barcos mercantes de otras cortes y pequeñas barcazas de migrantes del continente. Y todos ellos se concentraban en el puerto situado al sur del Archipiélago.

La cripta estaba enterrada bajo una simple tumba de alabastro sin fecha ni nombre. Abrirla había requerido gran parte de mi poder. El acceso a la magia era algo limitado para la mayor parte de los seres de Lyssandria. Como Hadaës, era consciente de mis limitaciones a la hora de usar el poder que me otorgaban mis antepasados.

Los Hadaës éramos un producto lejano de la descendencia creada entre un Alto Fae y un humano. Algo que llevaba milenios sin ocurrir pues la última Gran Guerra se había encargado de aniquilar hasta el último de los humanos.

Los pocos Hadaës que quedábamos éramos un recuerdo remoto, pero continuo, de cómo nuestra sangre había empañado la magia de los Altos Fae. O al menos eso era lo que afirmaban los libros que ellos habían escrito. Compartir poder era algo que, milenios después, seguían sin tolerar demasiado bien. De entre todos los Bajos Fae, los Hadaës éramos la raza más despreciada.

Nuestra apariencia era similar a la de un Alto Fae con extremidades largas, rostros hermosos y orejas afiladas, pero

nuestros poderes no alcanzaban su profundidad. Al fin y al cabo, al mezclarse con la sangre de los extinguidos humanos, la magia de los Hadaës era mucho menor que la de los Altos Fae y muchos Bajos Fae. Aun así, había conseguido aprender a usar mis dones en mi beneficio. Mi norma principal era, siempre, *reserva tus fuerzas y gestiona tu poder de manera inteligente*. Cualquier cosa con tal de evitar el Vacío.

Aunque, para ser honestos, también era la norma que me saltaba con más frecuencia.

En ese caso había sido difícil de implementar cuando mi primer objetivo había sido intentar mover, sola, una losa de alabastro tan grande como un armario. Me había costado varios intentos, uno de los cuales se había visto groseramente interrumpido por el trasgo enviado por Erwin. Pero, al final, había conseguido mover la piedra lo suficiente como para desvelar la entrada hacia la cripta.

Tres pisos y tres complicadas cerraduras después, conseguí llegar a mi destino. Las cerraduras no habían presentado un problema muy significativo. Al final, con un poco de paciencia siempre conseguía abrirlas.

El aire respondía a mis peticiones. Se colaba a través de las protuberancias y salientes de los cerrojos siguiendo mis indicaciones. Era un proceso lento que consistía en presionar con cuidado el lugar preciso hasta desbloquearlo.

Una técnica que, para horror de Artio, había perfeccionado en mi adolescencia. Mi mentor y única figura paterna condenaba mi trabajo con vigor. A pesar de que ambos sabíamos que las alternativas no eran mucho mejores. Él me había protegido desde que me rescató de las calles de Nébula siendo solo una niña. Ahora yo intentaba devolverle el favor.

El problema era que, con cada cerrojo que abría, me veía obligada a dejar una parte de mi poder atrás. Una a una, las hebras transparentes de mi poder iban abandonando mi cuerpo para quedarse ancladas alrededor de los cerrojos. Manipular el aire y las corrientes era mi única herencia de la Corte de las Tormentas. El legado de unos padres que jamás había conocido. Sin embargo, desde que tenía uso de razón, mi cuerpo vibraba a una cadencia diferente. Capaz de afinarse al compás del aire que me rodeaba y manipular sus partículas a mi antojo.

La mente maquiavélica que diseñó la cripta había pensado en todo. Las puertas eran tan pesadas que no podían mantenerse abiertas por sí solas. Por supuesto, no había nada dentro de la cripta que pudiera usar para atrancar las puertas hasta mi vuelta.

Alguien había tenido mucho interés en asegurarse que nadie llegara a los huesos. En el reverso de cada puerta, una serie de runas bloqueaba mi acceso al cerrojo. Había visto esos encantamientos y protecciones antes. Si mi instinto no me fallaba, eran el delicado trabajo de los orfebres de la Corte de las Tormentas. Un trabajo tan creativo, como endemoniadamente difícil de contrarrestar.

Desde luego, algo que se escapaba por completo a mi rango de poder.

Por lo que no me había quedado más remedio que mantener abiertas las tres puertas y la pesada losa con mi magia, debilitándome con rapidez conforme más tiempo pasaba.

Cuando inicié el ascenso de vuelta a la superficie, mis manos comenzaron a temblar peligrosamente. El esfuerzo empezó a pasarme factura. Mi visión se estaba ensombreciendo y cada bocanada de aire ardía en mi interior.

Tenía que salir de allí y rápido.

En el centro de mi cuerpo, el núcleo de poder oscuro que me acompañaba desde niña hizo un mohín enfadado. Lo aparté de un plumazo. Conocía de primera mano lo que ese poder podía hacer y no merecía la pena.

Tras lo que me pareció una eternidad, la luz verde de la noche asomó por la abertura que conectaba la cripta con el exterior. Eufórica, y casi delirante por el cansancio, ascendí los últimos escalones a trompicones.

El aire salado de la marina me dio la bienvenida, acariciando suavemente la superficie sudada de mi frente. Agradecí el frío contraste. El horizonte estrellado y coronado por la Verdeluna fue un agradable cambio al ambiente estancado y angosto de la cripta. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Los cementerios me ponían los pelos de punta.

La marina dormitaba a mi alrededor. El leve zumbido de los espíritus acompasaba el vaivén de las olas en una canción tan antigua como el propio mar. La noche, aunque abierta, era profunda y de color aguamarina en esa zona de la ciudad.

Con un suspiro, liberé el último retazo de control que había estado ejerciendo en el aire dentro y fuera de la cripta. Una sensación de alivio recorrió mi espalda en el momento en el que todo el poder retornó a mi ser.

El pulso constante y fresco del poder que me acompaña se sentía débil y agotado. Tardaría un tiempo en recuperarme por completo. Y tiempo era algo que no tenía.

Había arriesgado mucho para conseguir el hueso y no me podía permitir esperar a recuperar todas mis fuerzas. Tenía que encontrar a Roan y hacer la venta lo antes posible.

Con el rabillo de los ojos vi algo que me llamó la atención. El terreno alrededor de la cripta parecía tranquilo. Una fina capa de

hierba se extendía bajo mis pies. Baldosas irregulares de pizarra dibujaban el camino hacia la entrada del cementerio. Todo parecía en calma, tal y como lo había dejado.

Sin embargo, algo no iba bien.

Repasé mentalmente todo lo que había hecho antes de adentrarme en la tumba. Buscando, frenética, aquello que había pasado por alto. El corazón me dio un vuelco.

El trasgo.

El trasgo había desaparecido.

—¿Has perdido algo, Elara? Pareces preocupada.

Giré el cuerpo hacia la irritante voz de Erwin. Distinguí su enorme figura entre las tumbas adyacentes. Su piel era tan blanca que resplandecía entre las sombras de la noche. Los aros que adornaban sus orejas puntiagudas brillaban como estrellas.

Como yo, Erwin no parecía un Hadaës a primera vista. Sus rasgos eran más típicos de un Alto Fae de la Corte de las Llamas. En algún momento de nuestros árboles genealógicos, la sangre de un humano se había mezclado con un Alto Fae.

Los humanos se habían extinguido hacía varios milenios. Por lo que esa sangre estaba más que diluida dentro de nuestras venas, pero no lo suficiente como para evitar que fuéramos considerados seres de segunda clase.

Maldije para mis adentros.

«Es por este tipo de cosas por las que a veces merece la pena tener un compañero», pensé enfadada.

Aunque era obvio que eso era algo que no estaba escrito en las estrellas para mí. No, ya lo había probado una vez y el recuerdo de cómo había terminado era suficiente para prevenir cualquier tipo de deseo de intentarlo de nuevo.

—Erwin, me gustaría decir que me sorprende verte aquí. Pero los dos sabemos que no suelo mentir. ¿Dejando que otros hagan el trabajo sucio como siempre? —Al hablar empuñé con fuerza la daga que aún sostenía en la mano.

Si quería salir de una pieza, iba a necesitar algo más que mis debilitados poderes.

—Llevo más de ciento noventa años en este negocio, joven Elara. Como eres prácticamente una infante, todavía no lo entiendes. A veces, lo más inteligente es dejar que otros hagan el trabajo pesado.

—Supongo que tus amantes estarán cansados de escuchar esa excusa. Tú lo llamas inteligencia, yo lo llamo impotencia. Pero, bueno, los años no pasan en vano para nadie. Ni siquiera para ti, viejo Erwin.

La cara de Erwin se torció en un gesto más propio de un niño enfadado que de un poderoso Hadaës de casi dos siglos de edad. Y, a pesar de sus años, como todos los Altos Fae y sus descendientes, Erwin no parecía tener más de treinta.

—Cuando quieras te demuestro lo equivocada que estás. Mi cama, y mi banda, están siempre abiertas a nuevos integrantes. Si quieres que tus comentarios surjan efecto, vas a tener que esforzarte más, joven Elara.

—Paso. Además, mis comentarios funcionan tal y como quería.

Y era verdad.

Aunque cabrear a Erwin era uno de mis pasatiempos favoritos, en realidad lo que estaba haciendo era comprar algo de tiempo. Necesitaba que siguiera hablando. Cuando más rato pudiera retrasar nuestro inevitable enfrentamiento, mayor oportunidad tendría de vencerlo.

Podía notar como mis poderes empezaban a reavivarse, pero todavía estaban lejos de repararse por completo.

—Me encantan nuestras charlas, joven Elara. Pero no tengo toda la noche. La mitad de la ciudad está buscando lo que llevas a la espalda y no tardarán en dar con nosotros. Así que tienes dos opciones, me das el hueso y te regalo una noche inolvidable entre mis sábanas o te arranco el hueso a la fuerza de tus bonitas manos. Sé buena chica y escoge lo primero. Se nota que te vendría bien un buen polvo.

—¿Y te preguntas por qué estás envejeciendo solo? Además, no tengo ni idea de qué estás hablando. Tan solo estaba dando un paseo nocturno. Me relaja mucho.

—Es un lugar curioso para pasear.

—¿Qué puedo decir? Tengo gustos muy peculiares.

Erwin ahogó una risa sarcástica.

Con paso ligero, casi perezoso, comenzó a caminar hacia mí.

—Has sido muy mala, joven Elara. Este encargo no era para ti. Y, aunque me encantaría enseñarte modales, hoy no tengo tiempo para jueguecitos.

La voz de Erwin no parecía una amenaza; sin embargo, desde mi posición, podía ver como pequeñas lenguas de fuego acariciaban las yemas de sus dedos. Un rasgo que revelaba de manera inevitable su pertenencia a la Corte de las Llamas.

Hice caso omiso a su sonrisa torcida. Incapaz de negar la verdad que albergaban sus palabras. No era mi encargo, pero la suma de la recompensa había sido incentivo suficiente para ignorar ese pequeño detalle.

Al fin y al cabo, era ladrona, no santa.

—¿Así que tu propuesta de llevarme a la cama no incluye juegos? ¡Ay, Erwin! Pobrecito, ahora entiendo muchas cosas.

—Adorable. Pero, como he dicho, los dos sabemos que Roan no te dio este encargo, así que lo mejor será que no metas las narices

donde no te pertenece.

—Soy una contratista independiente, Erwin querido. Me temo que solo yo decido mis encargos.

—No sabes dónde te estás metiendo, joven Elara. Dame el hueso. Yo se lo llevaré a Roan y repartiré las ganancias contigo.

Una carcajada incrédula se escapó de entre mis labios. Los dos sabíamos que Erwin jamás compartía una venta.

—La próxima vez ensúciate un poco las manos y seguro que consigues el hueso antes que yo. O al menos puedes intentarlo. Para que conste, ese consejo aplica a todas las facetas de tu vida. A nadie le gusta un amante egoísta. Y, ahora, apártate de mi camino —dije entre dientes, sin poder evitar un deje de humor en mi voz.

Por muchos más años y experiencia que tuviera, yo era mejor ladrona que él. Sin embargo, en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, llevaba las de perder. Especialmente con mis poderes aún inestables. Erwin tenía más de un siglo de experiencia usando sus habilidades para todo tipo de actividades ilegales y violentas. Y no estaba del todo convencida de que pudiera vencerlo en un uno contra uno.

—Los dos sabemos que no puedo hacer eso. Hay demasiado dinero en juego. Siempre puedes aceptar mi oferta, claro. No me canso de repetirla —susurró dando un tentativo paso en mi dirección.

Las llamas crecieron en sus manos, iluminando un halo de luz a sus pies.

—En primer lugar, antes me enrollo con un Muka. En segundo lugar, yo trabajo sola. No me interesa formar parte de tu banda.

—Oh, joven Elara. Todavía estás con eso. Han pasado más de dos años. No todos somos como Nolan, ¿sabes?

No pude evitar la tensión repentina de mis brazos y el desbocado traqueteo de mi corazón. Había pocas cosas que me sacaran de mis

casillas y parecía que Erwin había aprendido cómo tocarme las teclas.

Una furia de recuerdos amenazó con abordar mi mente, pero los empujé sin miramientos hacia uno de los recovecos más recónditos de mi cabeza.

No era el momento.

Nunca lo sería.

—Cuidado con lo que dices, Erwin, mi paciencia tiene un límite.

Casi como un acto reflejo cambié mi pose ligeramente. Flexionando las rodillas y levantado la mano en la que sostenía la daga.

—Vaya, al final va a resultar que la joven Elara tiene garras. Me pregunto qué otras cosas podrían hacer esas uñas.

—Un paso más y te lo enseño —repliqué entre dientes, cansada de sus juegos y del dichoso apodo que parecía estar cogiendo fuerza en el gremio.

Sentí el movimiento antes de verlo.

Con una velocidad y una potencia impresionantes, un destello de luz y fuego se abalanzó sobre mí. Reforcé el aire de mi alrededor, formando una pantalla protectora. El ataque de Erwin rebotó contra la ráfaga que acababa de encantar. La amalgama de llamas y luz salió disparada en dirección contraria.

Con un simple movimiento de muñeca, y una mueca de hastío, Erwin hizo desvanecer su propio ataque. El gesto parecía más propio de alguien apartando a un mosquito diminuto. Ni un mechón de su irritante pelo rubio parecía haber cambiado de sitio.

Mientras tanto, yo luchaba por controlar mi respiración. Todo el trabajo de esa noche me estaba pasando factura. El sudor caía por todo mi cuerpo. Y el agotamiento que sentía era tal que empecé a dudar si lograría salir con vida de aquello.

Concentré mis energías en reforzar la pantalla de aire que se erguía a mi alrededor y busqué cualquier cosa que pudiera ayudarme en mi huida.

—Estás agotada, Elara. Los dos sabemos cómo terminará esto —rio Erwin.

Tenía razón. No iba a ser capaz de derrotarlo en mi estado.

Pero sí que podía intentar crear una distracción que lo detuviera el tiempo suficiente para escapar. Una vez en las calles de la ciudad, podría perderlo de vista. Era más rápida que él, de eso estaba segura.

Debía darme prisa, si Erwin continuaba con sus ataques, no tendría ni siquiera energías para crear una distracción. Por no mencionar que no podía descartar que el resto de sus secuaces aparecieran en cualquier momento.

Y, entonces, sí que estaría perdida.

—Puedo estar así toda la noche, Erwin. —Mi voz no sonaba muy convincente, pero un plan había comenzado a fraguarse en mi cabeza.

—Por las malas, entonces. Tú lo has querido.

Sin ningún otro tipo de advertencia, cargó contra mí. La fuerza del impacto de nuestros cuerpos se vio parcialmente frenada por lo que quedaba de mi débil escudo. Aun así, el enorme cuerpo del contrabandista impactó sin piedad contra el mío, lanzándonos a ambos hacia el suelo.

Aparté con un movimiento ágil sus ardientes manos, que amenazaban con quemarme la cara. Él seguía teniendo más fuerza que yo. Se sentó a horcajadas sobre mí, el peso de su cuerpo ejercía una fuerza descomunal. Las llamaradas se disparaban de sus manos. Y yo a duras penas lograba mantenerlas a raya. El poco poder que me quedaba se estaba agotando.

Mi otro poder, ese núcleo negro que latía junto con mi corazón, comenzó a rugir. Quería salir y acabar con todo. Me esforcé por mantenerlo bajo control. Ni siquiera mi peor enemigo merecía la furia de mi oscuridad.

Levanté mi única mano libre y clavé con todas mis fuerzas una daga en su brazo. Un aullido ensordecedor escapó de los labios de mi atacante. La herida no era lo suficientemente profunda para causarle un daño real, pero sí para que bajara la guardia.

Aprovechando la confusión, lo empujé hacia el suelo. Con una fuerza a la cual no creía que pudiera acceder, dirigí todo mi poder hacia la pesada losa de alabastro y enterré a Erwin debajo de ella.

El golpe no era, ni por asomo, lo suficientemente fuerte para noquearlo durante mucho tiempo. Erwin se desharía de la losa en cuestión de minutos.

Pero no me quedé para averiguarlo.

Con los últimos retazos de mi poder, me impulsé hacia el edificio que esperaba a mis espaldas. Escalé con rapidez las paredes de la construcción que rodeaba el cementerio. Atravesé la destartalada azotea a la carrera y salté sin miramientos por el lado contrario. Solo un poco más y podría perderme entre las callejuelas que esperaban al otro lado. El descenso no fue grácil.

Fue rápido, torpe y atragantado.

Mi poder estaba en las últimas y pudo hacer poco para amortiguar la caída. Me dejé caer arañando la piedra de la fachada con mi daga. La magia de las Tormentas chisporroteaba en mi interior, débil y cansada.

Losas y trozos de tierra se desprendían conforme me precipitaba rasgando con mi cuerpo el esqueleto de la abandonada construcción. Podía sentir decenas de cortes abriéndose camino a

través de mis pantalones y las mangas de la túnica. Aquello iba a doler, y mucho, más tarde.

Sin embargo, en ese momento mi único objetivo era sobrevivir y alejarme lo más rápido posible de la marina. Finalmente, logré poner los pies en las calles adoquinadas de la capital. Las piernas me temblaban y la cabeza me daba vueltas. Con esfuerzo, conseguí reprimir las náuseas que amenazaban con acabar de dignificar mi caída.

La ciudad seguía dormida. Ignorante del destrozo que acababa de causar.

Una vez que estuve segura de que no iba a desmayarme, eché a correr. La cuenta atrás había comenzado y yo tenía un hueso que vender.

CAPÍTULO III

Nox quería ayudar. Sin embargo, él solo quería que las voces dejaran de hablar.

El brillo iridiscente de la Verdeluna daba paso a la tímida luz de la mañana cuando por fin logré alcanzar el edificio de Roan. Nébula dormitaba en la penumbra del amanecer. Recorrí sus calles color índigo disfrutando del insólito silencio antes de que el bullicio y el trasiego de un nuevo día comenzaran.

La ciudad se erguía sobre las rocas azules de los arrecifes que rodeaban el Archipiélago. En la capital todas las estructuras habían sido construidas sobre las bases porosas del arrecife. Era un despliegue imposible de arquitectura que hacía que la ciudad se fundiera con la espuma del mar.

Las delicadas construcciones marinas se retorcían alrededor de la base y los cimientos de todos los edificios de la capital del Archipiélago. Un enjambre de esporas y texturas oceánicas que cubrían la ciudad de manera indiscriminada.

Con el tiempo, la humedad de la bahía y el traqueteo constante del endemoniado viento de la Corte de las Tormentas habían oxidado los corales. Una capa fina de óxido blanco y musgo azulón cubría hasta el último recoveco de la capital, convirtiendo los desgastados adoquines de madreperla y arenisca en trampas mortales.

Una inquietante exhibición de ostentación y lujo ajados por el tiempo que poco tenía que ver con la vida en los archipiélagos. La abundancia del continente, y sus cinco cortes, volaba olvidada sobre las copas de los milenarios bosques de Lyssandria. Lejos, muy lejos, del ambiente aguamarina que embalsamaba la región más recóndita del reino.

La de Nébula era una belleza triste, empañada por los ecos de lo que una vez había sido. Toda la ciudad era la sombra de un pasado difícil de olvidar.

Yo soñaba con salir del Archipiélago y descubrir el resto de Lyssandria y sus cinco cortes. Al fin y al cabo, no era más que el último reducto de civilización antes de que el océano se apoderara del resto del mundo. Hogar de marginados y desesperados.

Hogar de alguien como yo.

En su origen, Nébula fue creada como un refugio apartado del continente. El sitio de recreo de los Altos Fae que buscaban un descanso de la corte y su peligrosa política. Todas las islas del Archipiélago pertenecían a la Corte de las Tormentas, pero en los distintos barrios de la capital se podía ver la influencia del resto de las cortes en su arquitectura. Los Altos Fae habían comprado calles enteras y las habían decorado siguiendo las modas de sus cortes. El resultado era una amalgama artificial de todas las culturas del continente. Un sistema que había funcionado bien durante un periodo muy corto.

Sin embargo, después de la última Gran Guerra, las consecuencias para las islas fueron devastadoras. El completo exterminio de los humanos, junto con la creciente fricción entre las cinco cortes, dio lugar a unos siglos grises y llenos de contrastes. Los esfuerzos de las cortes se centraron en reconstruir las ciudades del continente; dejando a la deriva y sin recursos sus territorios más exteriores.

Un olor estancado de sal y olvido rebotó contra mi nariz, devolviéndome a la realidad. Eso había sido más de un milenio antes de mi nacimiento. Contando los meses para mi veintiocho cumpleaños, conceptos como siglos y milenios todavía sonaban extraños en mi mente.

Agité la cabeza en un intento inútil por concentrarme. La madrugada todavía encerraba problemas que resolver y mis pensamientos debían volver al presente.

El aire era húmedo y pegajoso. Gotas de sudor caían desordenadas conforme me acercaba a mi destino. Cada uno de mis pasos rebotaba contra los desiguales adoquines. Estiré, desesperada por algo de aire, las gastadas solapas de cuero de mi chaqueta. El material se ceñía a mi cuerpo con esmero y mis esfuerzos de ganar distancia de la prenda fueron en vano.

Mi corazón latía acelerado, todavía recuperándose de los eventos de esa noche. Moví mis piernas con esfuerzo, caminando trabajosamente a través de las enrevesadas calles. Con cada paso recorrido, mis botas soltaban los restos del cementerio.

Concentré mis esfuerzos en seguir avanzando.

Tanteé, como tantas otras veces, el origen del poder que palpitaba constante en mi interior. A su lado, esa bruma oscura y expectante que lo acompañaba me devolvió la mirada, lista para entrar en acción si fuera necesario. Reprimirla fue, como siempre, un esfuerzo casi doloroso. Aun así, me esforcé en mantenerla bien atada, lejos de la superficie.

Había sido descuidada con mis habilidades esa noche.

Descuidada y temeraria.

Concentrar todo mi poder en enterrar a Erwin debajo de la losa me había dejado exhausta. Tardaría horas, sino días, en recuperarme por completo. Un lujo que no podía permitirme.

La oscuridad se hizo notar en mi cabeza, para recordarme que siempre podía recurrir a ella. Aparté aquel pensamiento intrusivo y me concentré en avanzar con sigilo entre las calles adyacentes al edificio en el que Roan llevaba a cabo sus negocios.

La base del traficante era un antiguo palacio abandonado en el corazón de la ciudad. En algún momento, milenios atrás, podría haber sido la residencia de vacaciones de algún Alto Fae acaudalado.

Su antiguo esplendor era fácil de ver. La manera en la que las ventanas estaban rematadas con motivos marinos más propios de la Corte de las Olas que de la Corte de las Tormentas. Columnas que asemejaban arrecifes y sólidas barandillas de metal en forma de criaturas marinas, flanqueaban la escalera de la entrada. Sin embargo, todo el edificio estaba descuidado.

La naturaleza había comenzado a reclamarlo.

En cada esquina oscura, entre cada adoquín y baldosa, la flora autóctona del Archipiélago luchaba por hacerse camino. Claveles azules del arrecife parecían inundar la fachada del caserón. Crecían sin control, intentando borrar cualquier rastro de una corte que no era la suya.

Al aproximarme a la entrada exterior, el olor dulzón y amarinado del polen de la planta me dio la bienvenida. Un olor que había pasado a formar parte de mi vida diaria. Un olor que prometía aventuras y descargas de adrenalina. Y que parecía anticipar los peligros que me esperaban a la vuelta de la esquina.

Los miembros de la Guardia de la Corte de las Tormentas hacía décadas que habían desistido de sus intentos de mantener algún tipo de control sobre las islas del Archipiélago. Decir que Nébula y sus ramificaciones eran ciudades sin ley no era ninguna exageración.

Mis piernas protestaron con cada paso que me acercaba más y más a la casa. El sueño y el agotamiento amenazaban con ganarme

la batalla. Iba a tener que andarme con especial cuidado los próximos días si no quería acabar con un cuchillo clavado en la espalda.

Otra vez.

Los pocos escalones que precedían a la puerta principal se me antojaron una montaña imposible de escalar. Ignorando las quejas de mi cuerpo, comencé el ascenso hasta la entrada.

Antes de que mis nudillos golpearan el pesado portón, tomé nota del aspecto que tenía. No necesitaba un espejo para saber que estaba cubierta de tierra, cenizas y los restos del esqueleto de Addanac. Una serie de sospechosos lamparones me cubrían de pies a cabeza, cuyo origen y composición decidí ignorar, de nuevo, por completo.

De verdad que era la última vez que robaba restos óseos, mortales o asquerosos de ningún tipo. Ninguna cantidad de monedas de oro era suficiente para justificar la mugre innombrable que empañaba mis preciosas dagas.

Un escalofrío de inquietud y nerviosismo recorrió mi cuerpo. Temblando, me masajeé con fuerza los músculos del cuello, intentando aliviar algo de la repentina presión. Sin quererlo, mis dedos rozaron la cicatriz que siempre me acompañaba en la base de la garganta. Los gruesos pliegues de tejido reconstruido contaban una historia que nunca había conocido.

Los Hadaës, como todos los Fae, nos curábamos rápido. Por lo general, la magia que recorría nuestras venas era capaz de curar casi cualquier herida. Nuestra piel se regeneraba sin problemas y las cicatrices eran prácticamente inexistentes. Solo la magia más oscura y las armas más despreciables eran capaces de dejar huellas como la que yo tenía.

La marca serpenteante me había acompañado desde que tenía uso de razón. Su origen, como la identidad de mis padres, era un misterio cuya resolución hacía tiempo que había dejado de perseguir.

Artio era la única familia que necesitaba.

Antes de entrar, comprobé por enésima vez mi poder. El más leve de los pulsos respondió mi llamada. Maldije para mis adentros. Necesitaba dormir y descansar si quería acceder a mis habilidades de nuevo.

Una de las varias desventajas de ser Hadaës.

A diferencia de los Altos Fae, nuestro poder no era ilimitado. Incluso en alguien como yo, en quien a simple vista no había diferencia ninguna con un Alto Fae, el acceso al poder era mucho más tortuoso. No era un manantial infinito del que poder drenar agua de manera constante, sino una vasija medio llena, que había que tratar con mimo y cuidado.

Por supuesto, no ayudaba que mi único profesor en la materia hubiera sido mi propio instinto y un trasgo de la Corte de las Llamas que poco sabía del poder de las Tormentas. Aun así, la vida en las peligrosas calles de Nébula era suficiente incentivo para aprender rápido.

Golpeé con fuerza el tirador con forma de concha que coronaba la gran puerta de madera en lo alto de las escaleras. Dos golpes secos que rebotaron con eco en el silencio de la inminente salida del sol.

Podía notar las dagas que aguardaban, pacientes, en la parte interior y exterior de mis muslos, así como en ambos costados de mi torso y en mis botas. Mis inseparables compañeras observaban expectantes cada uno de mis movimientos.

Con mi poder fuera de combate, las dagas eran mi única vía de escape si algo marchaba mal con Roan. Por mi experiencia con el contrabandista, esa era una posibilidad que nunca podía descartar.

La pesada puerta se abrió con un crujido inquietante. Al otro lado, un par de ojos rojos brillantes recorrieron mi cuerpo de arriba abajo. Roan acostumbraba a emplear a todo tipo de criaturas, pero parecía tener una extraña fascinación con dar trabajo a los Muka.

Sin mediar palabra, la criatura se hizo a un lado dejándome pasar.

Deslicé mi cuerpo con cuidado por el pequeño hueco que el Muka había dejado para mí. Ignoré el escalofrío que me agitó cuando pasé junto a la criatura marina. Escamas grises y moradas rozaron mi brazo pese a mis esfuerzos.

Los Muka eran seres humanoides que habitaban los arrecifes más profundos que rodeaban las islas. Reservados y extremadamente fuertes, evitaban a toda costa el contacto con los habitantes de la superficie.

Eran, sin embargo, los matones ideales para alguien como Roan. Su fuerza descomunal junto con su incapacidad de hablar fuera del agua reducían al mínimo los soplones innecesarios. Aun así, me era imposible descifrar qué era lo que Roan les daba a cambio de sus servicios.

Avancé con pasos decididos por el camino hacia el despacho de Roan. Un camino que conocía demasiado bien. Bajo mis pies, las tablas de madera crujieron sin disimulo. El ambiente de la casa era sobrio y oscuro. Un contraste apabullante con la explosión de vida salvaje que adornaba el exterior.

Anduve en silencio a través de los pasillos oscuros. La presencia del Muka que me había recibido era un recuerdo constante en mi nuca. Al girar la última esquina, la puerta entreabierta del despacho de Roan apareció a la vista.

Con poder o sin él, hoy no sería mi último día en este mundo. Dejé que la careta de la ladrona confiada se apoderara de mis

rasgos. Levanté la barbilla y estiré la espalda. No había marcha atrás. Entré sin esperar a ser invitada.

El despacho era el único lugar de la casa que estaba profusamente decorado. Cada vez que ponía un pie en la estancia, observaba un objeto nuevo. En esta ocasión una enorme alfombra confeccionada con las pieles de una criatura que me parecía imposible matar.

Entorné los ojos en una mueca muy poco disimulada. Solo Roan alardearía de manera tan obvia y sin miramientos de haber cazado a un Aullador. El hecho de que, además de cazarlo, hubiese decidido desollarlo y utilizar sus pieles como elemento decorativo era una muestra clara del carácter del contrabandista.

Artilugios de todo tipo de índole y origen llenaban el resto del espacio. La fascinación de Roan por los objetos creados por los ingenieros de la Corte de las Tormentas era más que evidente. Los orfebres eran conocidos por crear los artefactos más variopintos. Estos combinaban de manera espectacular la magia de la zona y secretas técnicas de ingeniería.

En mis múltiples visitas a esa estancia, no podía evitar percibir cierto aire de melancolía. El recuerdo de la corte que le había dado la espalda a Roan. Las promesas de una vida que parecía imposible de recuperar. Una historia cuyo eco resonaba contra todo mi ser. Supongo que era una melancolía que yo sentía familiar. Roan no podía volver a su hogar y se aferraba a sus recuerdos. Yo no conseguía encontrar las pruebas de mi pasado ni entre mis propias pesadillas.

No sabía de dónde venía o quiénes eran mis padres. La única pista sobre mi pasado eran la cicatriz de mi garganta y la magia oscura que se apoderaba de mi ser si perdía el control. Los efectos devastadores de esta habían sido los responsables de que mi

presencia siempre fuera acompañada de susurros y miradas esquivas.

Nadie sabía con exactitud cuál era el motivo que había propiciado el destierro de Roan. Los rumores al respecto eran tan abundantes como rocambolescos. La creencia más generalizada era que Roan había ofendido al antiguo Guardián de las Tormentas. Su castigo había sido la pena de muerte y se había librado por los pelos con la oportuna muerte del Guardián. Su hijo y heredero había mostrado clemencia y, en lugar de matarlo, había terminado desterrándolo.

¿Qué había hecho para merecer semejante castigo? Aquello continuaba siendo un misterio. Y nadie, ni siquiera yo, que disfrutaba sacando al Alto Fae de sus casillas, era tan estúpido como para preguntárselo.

Eran muy pocos, por no decir ninguno, los Altos Fae que quedaban en las islas. Los Altos Fae preferían el continente. Eran criaturas poderosas e impredecibles. Debajo de todo ese espejismo de educación y aristocracia, se escondían seres con instintos animales. Letales e imposibles de comprender.

Al entrar, una oleada de su poder me asaltó.

El poder era antiguo.

Latente.

Parecía imposible de controlar. Lo abarcaba todo, emanando sin control del Alto Fae que se arremolinaba sobre la mesa. Su figura era tan sólida como su poder. La máscara de la juventud acariciaba sus rasgos, pero un solo vistazo a sus ojos negros dejaba claro que era un ser centenario. Su piel y su cabello eran blancos como la espuma, imponiendo sobre su persona una fragilidad falsa, que poco tenía que ver con el poder que corría por sus venas.

Ni en el mejor de mis días, mi poder podía resultar una amenaza para el Alto Fae.

Contemplé, paciente, como Roan se peleaba con un taco de papeles esparcidos por encima de una gran mesa de madera, ignorando por completo mi presencia. Su poder palidecía solo ante sus excentricidades.

Pasados unos minutos, mi paciencia comenzó a agotarse. Una parte de mi cabeza intentó apaciguar mi mal humor. Me obligué a recodar que, si quisiera, podría deshacerse de mí con tan solo un pensamiento.

Como muchas otras veces, ignoré por completo los prudentes consejos de mi conciencia. Carraspeé con fuerza y sin disimulo. Acompañando el ruido con el traqueteo de una de mis botas encima de las pieles que cubrían el suelo a modo de alfombra.

Los restos mugrientos de todo lo que había vivido aquella noche empezaron a desprenderse. Sonreí sin poder evitarlo, segura de que la bestia hubiera agradecido volver a sentir la tierra contra su cuerpo.

—No tengo nada nuevo para ti, joven Elara. Vuelve en un par de días —murmuró Roan sin apenas levantar la vista.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no correr hasta su mesa y revolver los papeles que miraba con tanta determinación. Inspiré con fuerza con la mandíbula apretada. Estaba más que acostumbrada a los desplantes de Roan. También era muy consciente de la delgada línea que separaba mi capacidad de irritarlo de la de hacerle gracia. Sabía que Roan respetaba, hasta cierto punto, mis provocaciones.

—No sé cuántas veces tengo que decir que no me gusta que me llamen así. Es muy poco original —contesté. Entorné los ojos, enfadada. Lanzando dagas mentales en su dirección.

—Es lo que hay. Cuando cumplas medio siglo, te prometo que buscaremos otro nombre para ti, joven Elara. Tal vez *Elara, grano en*

el culo, ya que parece que tienes práctica en comportarte como uno. También estaría bien *Elara, la loca de las dagas*. Dicen por ahí que hablas con ellas cuando nadie te ve.

La voz de Roan dejaba entrever un atisbo de humor. Pero su atención seguía centrada en los documentos que examinaba con mimo.

Me importaba una mierda lo que los demás dijeran de mí. Mis dagas eran mucha mejor compañía que cualquiera de los pobres bastardos que formaban parte de las bandas de ladrones de Nébula.

—¿Vas a atenderme o tu idea es seguir insultándome?

No tenía tiempo para las rarezas de Roan. Solo quería recoger mi dinero y volver a rastras a mi cama. Donde, con suerte, me aguardaba una siesta de una semana.

—Necesitas un baño urgente, joven Elara. Mis Muka apestan menos que tú. Hueles como algo sacado del fondo de una letrina y estás manchando mi última adquisición con lo que sospecho es una mezcla de tu sangre y otros fluidos cuyo origen prefiero no saber —comentó Roan con desdén, arrugando la nariz en el proceso.

«Pues ya somos dos», pensé, forzándome a ignorar la viscosidad de mi ropa.

—Parece que lo segundo, entonces —dije con un suspiro exagerado de resignación.

—¡Por todos los espíritus, Elara! ¿Alguna vez aprenderás a mantener la boca cerrada?

Sonreí sin disimulo al escuchar el timbre de fastidio en la voz profunda y antigua de Roan. El Alto Fae levantó lentamente la cabeza de la base de su escritorio. Noté como sus ojos recorrían mi cuerpo de arriba abajo. Deteniéndose, durante unos segundos de más, en la creciente mancha que se había creado a mis pies.

—¿A quién has cabreado esta vez? Además de a mí, por supuesto. ¿Y cuánto dinero me va a costar? —preguntó Roan, reclinándose contra el respaldo y cruzando los brazos frente a su amplio pecho.

—¿Y quién dice que alguien no me ha cabreado a mí? —respondí, dando un par de pasos hacia el centro de la habitación y regodeándome en la leve mueca de cabreo que ensombrecía la cara de Roan con cada marca de suciedad que mis botas dejaban sobre el preciado trofeo de caza.

—Pasadas experiencias, por supuesto. Y el sentido común —atacó Roan, enarcando una ceja en mi dirección.

—Roan, llevo casi dos días despierta. Hay tanta mierda enredada en mi pelo que haría vomitar hasta a un cerdo. No tengo ningún interés en ser tu fuente de entretenimiento. ¿Podemos ir al grano?

Al hablar, imité los movimientos del Alto Fae, cruzando los brazos cansados sobre mi torso y levantando una ceja.

—Ya te he dicho que no tengo nada nuevo para ti, Elara. En un par de días atracará un barco del continente. Uno que viaja sin estandarte, pero que sé de buena tinta que proviene de una de las cinco cortes. De la Corte del Bosque, ni más ni menos. Lo que quiere decir que estará lleno de cosas que pueden beneficiarnos. Ven entonces y te daré algo de información.

Roan habló sin apenas mirarme, limpiando una mancha inexistente en las uñas de su mano izquierda. Al terminar, hizo un gesto despreocupado hacia la puerta mientras comenzaba a hundirse de nuevo en su escritorio.

Incapaz de reprimirme puse los ojos en blanco y, al hablar, mi voz rebotó sobre las abarrotadas paredes del despacho.

—No he venido a pedirte información, Roan, ni más encargos. Por no decir que la mayor parte de las veces me saco yo sola las

castañas del fuego. ¿O es que has olvidado quién te dijo lo del cargamento de hierbas medicinales del mes pasado?

—Ah, pero has venido a pedir algo —dijo con gesto aburrido.

—Más bien lo contrario.

—¿Has venido a ofrecerme algo? —murmuró mientras cogía una pluma que descansaba olvidada en su mesa y comenzaba a garabatear sin miramientos.

—No sabía que estábamos jugando a las adivinanzas. Si quieres te digo dos pistas más para que lo averigües. Aunque se me ocurre algo mejor, ¿por qué no levantas la nariz de esos papeles y así te enteras?

—Sí, definitivamente tu próximo mote será *Elara, grano en el culo* —dijo Roan con un suspiro exagerado.

Sin embargo, por fin me prestó atención. Una pequeña victoria para mí, aunque fuera acompañada de un insulto. Para ser justos, en Roan, esa era su manera de mostrar algo parecido a afecto.

—He conseguido dar con el objeto de tu último encargo. Y, sí, antes de que digas nada, sé que no me lo pediste a mí directamente. Pero, en serio, Roan, si mandas a tus subordinados a La Sirena para encomendar la misión, es lo mismo que si les hicieras gritar la información en mitad del puerto en día de descarga.

—No sé de qué me estás hablando.

Fruncí el ceño, confundida.

Aunque proclive a los juegos y a sacarme de mis casillas, Roan no era un mentiroso. No era la primera vez que iba tras un recado que no se me había ofrecido de manera directa. Era parte del juego.

Sin embargo, algo en la manera en la que los ojos de Roan me observaban hizo que me saltaran todas las alarmas.

En general, era bastante buena adivinando las intenciones de la gente. Un sexto sentido que me había acompañado siempre. Eso,

junto con haber crecido en la calle, me permitían leer, de manera clara, las emociones de aquellos con los que interactuaba.

Roan desvió la mirada, nervioso.

No, él sabía perfectamente de lo que estaba hablando. Algo andaba mal.

—Tengo el hueso, Roan. Y quiero el dinero que ofreces por él —dije sin más dilación.

—¿Qué hueso, Elara? —Roan enunció cada una de las palabras muy despacio, como si estuviera hablando con un niño.

—El hueso de Addanac de la cripta que...

—¿Qué? —El impacto por la noticia cubrió el rostro de Roan por completo.

Sin embargo, había algo más que pintaba sus facciones. Algo que yo no había visto nunca en la cara del Alto Fae.

Miedo.

Roan se puso de pie con un movimiento rápido. Tan rápido que no fui capaz de seguir su avance. Eran pocas las veces que había experimentado en persona la rapidez imposible de los Altos Fae. Aquello solo sirvió para recordarme que, a pesar de nuestra apariencia similar, Roan era un ser totalmente distinto.

Cruzó la distancia que nos separaba en apenas unos segundos, y se paró peligrosamente cerca. Las ondas de su poder se desprendieron de su cuerpo a velocidades desorbitadas. Lo que normalmente era un pulso constante, pero poderoso, se convirtió en una corriente eléctrica que me hizo querer alejarme de él. Mi propio poder salió propulsado a la superficie en un movimiento instintivo para protegerme.

Los ojos de Roan me examinaron con urgencia. Noté su mirada recorriendo mi cuerpo, como si me estuviera observando realmente por primera vez desde mi llegada. Los orificios de su nariz se

expandieron varias veces seguidas. Un brillo de reconocimiento nubló su rostro.

Entonces lo supe.

El afinado olfato de Alto Fae de Roan reconoció lo que llevaba escondido en mi espalda. Sus ojos se clavaron en el paquete que escondía el hueso. Di un paso hacia atrás, incómoda.

—Pero ¿qué te pasa? Tú mismo hiciste circular la información. No soy la única que andaba buscándolo. Erwin, sorpresa, sorpresa, ha intentado arrebatármelo. Seguro que ahora mismo está... —dije, sin poder evitar el leve temblor de mi voz.

—No sabes lo que has hecho, Elara —murmuró Roan, cortando mi discurso en seco, y pasando, una y otra vez, sus manos por entre sus largos mechones blancos.

Di otro paso hacia atrás. Aumentando la distancia que nos separaba. Una de mis manos bajó de manera casi mecánica hacia la daga que esperaba atada a mi pierna derecha.

Mi poder todavía dormitaba, inaccesible, dentro de mí. Tan solo pequeñas briznas revoloteaban a mi alrededor, luchando por asimilar la cadencia del poder de Roan en un patético intento por resguardarme.

Solo las dagas podrían protegerme.

—¿Qué estás diciendo, Roan?

—Necesito que salgas de aquí inmediatamente y te lleves lo que sea que hayas conseguido contigo. No quiero saber nada más del tema. Si alguien te pregunta, no has estado aquí.

Lo miré incrédula. Nunca lo había visto así de nervioso. Una familiar sensación de desasosiego encontró el camino hasta mi garganta. Todo mi trabajo, todo el esfuerzo...

No podía ser.

Necesitaba desesperadamente ese dinero. Necesitaba salir de las islas, encontrar un sitio que considerar mío. Ese dinero iba a ser mi billete de salida del Archipiélago.

Intenté, en vano, hacerle entrar en razón.

—Estás de broma, ¿no? Me he dejado el cuello por conseguirlo. Escuché como tus esbirros ofrecían el encargo a los imbéciles del sector ocho. ¿Qué más da quién te lo haya conseguido?

Roan me miró durante un largo silencio. En las esquinas de sus ojos, cerca del miedo, observé algo inesperado. ¿Pena? ¿Acaso sentía lástima por mí?

—Nadie debía conseguirlo, Elara. Es lo que estoy intentando decirte. Has cometido un tremendo error. Tienes que irte. Ahora mismo. No tienes ni la menor idea de lo que acabas de hacer. Vete, por favor, y no vuelvas por aquí.

—Pero...

Roan no me dio tiempo a protestar. Con un gesto firme de su mano, una fuerte corriente de aire me impulsó hacia atrás. Choqué contra algo duro y resbaladizo. Un aroma húmedo, de alga marina, me invadió.

Los viscosos brazos del Muka se cerraron sobre mi pecho. Fuertes e impasibles. Noté como mis pies se movían, sin quererlo, siendo arrastrados fuera del despacho.

Sin entender lo que estaba pasando, confusa y enfadada, giré la cabeza hacia Roan. El Alto Fae me dirigió una última mirada. Una mueca triste y preocupada retorció hacia abajo la comisura derecha de su boca.

—Rezaré a los espíritus por ti, joven Elara. Si quieres mi consejo, tira aquello que encontraste al mar y huye fuera de estas islas lo antes posible. *Él* está en camino.

Las últimas palabras de Roan me llegaron a través del pasillo. Sin que yo fuera capaz de moverme o de procesar lo que estaba ocurriendo, el Muka me arrastró hasta la calle.

El peso del hueso de Addanac se hundió como un latido constante contra mi espalda y la gravedad de las palabras de Roan se clavó como una losa en mi corazón.

CAPÍTULO IV

La mayor parte de los días, Lia y su madre eran el único motivo para a seguir adelante.

Localicé la llave que Artio guardaba escondida para emergencias. En otro momento, abrir la cerradura de la puerta me habría costado medio pensamiento. Los encantamientos del humilde edificio me reconocían como a una de sus moradoras. Mi magia, como la de Artio, era parte de los cimientos de la pequeña casa.

Pero mis energías estaban al mínimo y un remolino de emociones engullía mi mente. No me quedaban fuerzas ni para abrir la puerta sin una llave.

Conocedor de mis incursiones nocturnas y de la naturaleza de mi trabajo, Artio había decidido, años atrás, esconder una llave para que pudiera entrar cuando mi poder estuviera demasiado débil.

Una vez dentro, el clic metálico de la cerradura calmó ligeramente mi ansiedad. El oscuro habitáculo me dio la bienvenida, acompañada de la suave ola de magia que conocía a la perfección.

Las cortinas de la tienda estaban todavía echadas. La luz sutil de la reciente mañana se filtraba por las pequeñas grietas entre paneles, cayendo en ondas sedosas sobre las planchas de madera que componían el suelo.

Una vez dentro, me permití, por primera vez desde la conversación con Roan, entrar en pánico. Nunca había visto al Alto

Fae actuar de esa manera. Y no podía evitar repetir sus palabras, una y otra vez, en mi cabeza.

Nadie tenía que conseguirlo.

Has cometido un grave error.

Él *está de camino.*

El eco del miedo y la angustia que había leído en su cara todavía hacían temblar mis piernas. Distraída y sin pensar, pasé la mano por encima del mostrador principal de la tienda. Mi cuerpo pedía a gritos llegar hasta mi cama. Agotada, casi creí escuchar la suave voz de mi almohada, llamándome desde mi pequeño cuarto en la trastienda.

La cabeza me daba vueltas y una única verdad resonaba en el silencio: había cometido un error tremendo.

De alguna manera, no sabía cómo, había pasado algo muy importante por alto. Busqué, desesperada, algún elemento en mis recuerdos que me ayudara a comprender lo que acababa de vivir. Los sucesos de la semana se arremolinaban unos encima de otros, pero no conseguí encontrar en ellos nada fuera de lo normal.

El olor profundo y especiado de las pócimas y los cataplasmas que Artio preparaba emanaba con fuerza de entre los repletos estantes. Pero, al contrario que en ocasiones anteriores, el familiar aroma hizo poco para calmarme.

—Artio, soy yo. ¿Estás en casa? —pedí entre susurros hacia la escalera que conectaba la tienda con la pequeña buhardilla en la que vivía la única persona en el mundo a la que podía considerar familia.

El golpe seco que resonó en el techo de la pequeña tienda me indicó que Artio se había despertado.

Con cuidado, desaté de mi espalda el paquete que tantos problemas parecía estar causando, y lo deposité con extrema delicadeza encima del abarrotado mostrador, mirándolo con ojos recelosos.

En la cripta no había parecido nada especialmente importante. Pertenecía a una criatura extremadamente difícil de encontrar y mucho más de matar. Pero, más allá de eso, no lograba entender qué era lo que hacía que ese particular hueso fuese capaz de llegar a meter el miedo en el cuerpo de uno de los seres más poderosos que conocía.

—Por todos los espíritus, pequeña Ela, ¿es que acaso quieres matarme de un susto? —La voz rasposa y ágil de Artio descendió, con él, las torcidas escaleras de hierro y madera de nogal.

Mi corazón se relajó ligeramente ante el cariñoso apodo que solo Artio usaba para mí. Impaciente por ver una cara familiar y amistosa, me giré hacia sus pasos. Poco a poco, las cortas piernas verdes y marrones del trasgo se hicieron visibles en la tenue luz de la tienda.

—Los trasgos sois inmortales, Artio —respondí con cariño, sin poder evitar que mis comisuras se curvaran en una sonrisa.

—Ah, sí. Inmortales, que no indestructibles, pequeña Ela. ¿No te he contado alguna vez la historia de cómo casi pierdo una pierna intentando capturar un Kelpie? —respondió Artio, entre suspiros, bajando los últimos escalones.

Reprimí las ganas de recordarle que esa historia en concreto había cambiado en múltiples ocasiones en los más de veinte años que hacía que nos conocíamos. La primera vez que la escuché tenía apenas cinco, y, en lugar de una pierna, había sido el dedo meñique. Y, si la memoria no me fallaba, el Kelpie había resultado ser un caballo mal encantado.

Artio terminó de bajar las escaleras con un brillo divertido en esa enigmática mirada de color bermellón. Sus ojos siempre me habían parecido un misterio imposible de resolver. Eran del color del fuego, bañados por reflejos plateados y brillantes. Amables a más no poder,

encerraban algo profundo y antiguo que dejaba al descubierto la verdadera edad del trasgo. Inmortales, pero no ajenos al paso del tiempo.

Las delicadas arrugas de su rostro se estiraron para recibirme con una sonrisa. De niña, semanas después de que me encontrara mendigando en la calle, había cometido el error de preguntarle cuántos años tenía. A modo de respuesta solo obtuve una carcajada y una reprimenda acerca de hacer preguntas inoportunas a aquellos que te ofrecían un techo y comida.

Error que nunca había vuelto a cometer.

Uno de los pequeños placeres del trasgo era rememorar antiguas batallas y aventuras. Mis cálculos situaban su edad entre mil doscientos y mil ochocientos años. Si es que podía fiarme de sus historias. Al fin y al cabo, su otro gran pasatiempo era exagerarlas.

Con un leve pero preciso gesto de la mano, encendió las numerosas velas que iluminaban el lugar. No pude evitar cerrar los ojos ante la repentina ráfaga de luz. El contraste con la oscuridad anterior no ayudó a menguar mi creciente dolor de cabeza.

Abrí los ojos con cuidado, intentando adaptarme, poco a poco, al parpadeo de las lenguas de fuego encima de cada vela.

Todos los trasgos pertenecían a la Corte de las Llamas. Por ello, como cualquier Alto o Bajo Fae de la corte, podían manipular la luz y el fuego. O, al menos, algún aspecto relacionado con esos elementos.

Cuando por fin conseguí adaptar la vista a la nueva luz de la habitación, los ojos de Artio me estaban observando. El pequeño trasgo recorrió mi cuerpo con esa mueca torcida que hacía que sus pobladas cejas se juntaran en el centro y sus grandes orejas se torcieran hacia atrás.

—¿Qué te ha pasado?

No había ni un ápice de juicio en su voz. Tan solo preocupación genuina.

—Artio, yo... —empecé a decir, intentando desviar la atención del tema.

Era plenamente consciente de la imagen que debía de estar ofreciendo en ese momento.

Mi largo pelo era una maraña de ondas negras mezcladas con contenidos innombrables. Restos de sangre, tierra y escamas de Muka por encima de mi ropa. Y, aunque no me había mirado al espejo, estaba segura de que mis ojos, de normal verde intenso y con un aro gris en la parte exterior, reflejaban los problemas que mis labios se resistían a confesar.

—Ahórrate las excusas, pequeña Ela. Te conozco desde que tienes cinco años. ¿Qué es lo que te ha pasado? Déjame ayudarte. —Su gesto fue calmado pero firme.

El gesto que, en otra vida, yo habría esperado recibir de un padre o una madre. Al fin y al cabo, eso era lo que él había sido para mí.

—No estoy segura. Apenas entiendo lo que ha ocurrido.

—Ya sabes lo que solía decirte cuando eras pequeña. Cuando no sepas cómo llegar, empieza por el principio —dijo mientras cerraba los pasos que nos separaban y se sentaba en su butaca.

—Está bien —dije, inhalando profundamente. El trasgo era la única persona en el mundo con la que me podía permitir ser vulnerable—. Llevo días tras la pista del último encargo de Roan y hoy por fin he logrado localizarlo.

—¿Roan? —me interrumpió elevando la voz—. Elara, cuántas veces tengo que decirte que ese Fae no es de fiar. Es peligroso. Hay motivos por los cuales un Alto Fae como él vive en las islas exteriores y no en el continente con el resto.

—Todo mi trabajo es peligroso. Soy una contrabandista. Una ladrona. Robo cosas para venderlas al mejor postor. Los dos sabemos cuáles son los peligros relacionados.

—Sí, y los dos sabemos lo que opino de eso.

Contuve las ganas de responderle. Lo cierto es que tenía razón. Artio detestaba mi trabajo, pero también entendía que la vida para alguien como yo no era fácil.

Sin familia, sin nombre y de apariencia más parecida a un Alto Fae que cualquier otro Hadaës en la ciudad. Otros Bajos Fae desconfiaban de mí por ello, y cualquier Alto Fae que oliera mi esencia podía saber que no era uno de los suyos.

La vida no era fácil para los pocos descendientes de los humanos.

—En cualquier caso, Roan no me había hecho este encargo en particular a mí. Yo... digamos que lo oí sin querer hace unos días en una taberna y decidí intentarlo por mi cuenta. Ofrecían tanto dinero... Suficiente para pagarme un pasaje al continente y dejarte algo a ti para las temporadas bajas.

—Dulce niña, te lo he dicho muchas veces. No tienes que preocuparte por mí —dijo, esbozando una suave sonrisa e inclinándose para coger mi mano entre sus pequeñas manos verdes.

Sus caricias me dieron la fuerza necesaria para seguir hablando.

—De todos modos, no importa. Después de todo lo que me ha costado conseguir el maldito hueso, Roan no ha querido comprarlo. Ha sido rarísimo. Nunca lo había visto así. Parecía aterrorizado. No paraba de repetir que había cometido un error y me ha echado de malas maneras. Si se suponía que nadie debía encontrar el hueso, ¿para qué encarga su robo? No tiene ningún sentido —murmuré, frustrada.

Artio palideció y sus manos se congelaron sobre las mías.

—¿Qué clase de hueso era?

—Parte de la pata de un Addanac —dije mientras señalaba al paquete que descansaba en la mesa.

En el instante en el que las palabras dejaron mis labios, sentí como las manos de Artio se tensaban. Agachó la cabeza, consternado, dejando escapar una larga retahíla de maldiciones en el idioma antiguo de la Corte de las Llamas, cosa que solo hacía cuando ocurría algo realmente grave.

Acto seguido, soltó mis manos y se puso en marcha.

En un instante, las luces de las velas se apagaron y una corriente de magia cálida recorrió la tienda. Las guardas y encantamientos que protegían el modesto edificio se redoblaron conforme el pequeño trasgo se apresuraba con las puertas y ventanas, asegurándose de que continuaban cerradas.

—¿De dónde lo has sacado, Elara? —demandó, mirando con recelo el paquete.

—De una cripta en la antigua marina. ¿Se puede saber qué pasa? Me estás asustando.

—Benditos espíritus, Elara, ¿en qué estabas pensando? Tenemos que deshacernos del hueso inmediatamente. Y después hay que sacarte de la isla. Tal vez podamos convencer a un antiguo conocido mío. No suele transportar pasajeros, pero podría hacerte un hueco. Lleva tiempo detrás de mí para que le venda el extracto de flor de Lis. Igual con eso es suficiente.

Artio se movía de un lado al otro abriendo y cerrando cajones de manera frenética. Y yo seguía sin entender ni una palabra.

—Espera, frena un poco. ¿De quién es la cripta? ¿Qué es lo que pasa?

La tumba no tenía ningún tipo de nombre, de eso estaba segura. A todos los efectos, parecía abandonada. Aquel era uno de los motivos por los que me había costado tanto encontrarla.

—Piensa, Elara. ¿Cuántas veces has oído que alguien haya podido matar a un Addanac y vivir para contarlo? Solo un puñado de seres en Lyssandria son capaces de semejante hazaña. Puedo contar con los dedos de una mano los que habitan en la Corte de las Tormentas.

Los engranajes de mi cabeza giraron descontrolados. Asimilando, poco a poco, lo que Artio estaba insinuando. El momento en el que entendí lo que estaba queriendo decir mi corazón se paró en seco, saltándose un par de latidos en el proceso.

Pero, si tenía razón, no había ningún lugar al que pudiera huir, en el que esconderme, no había ningún sitio en el que pudiera estar a salvo.

—*Él* ya sabrá lo que has hecho, Elara. La cripta estaría llena de encantamientos que ya habrán alertado de tu presencia. Es solo cuestión de tiempo.

—No es posible, tiene que haber un error. Habría notado algo en la cripta. ¡Por todos los espíritus! Ni siquiera tendría que haber sido capaz de entrar.

—Poco importa ya todo eso. Está claro que la información era una trampa. Tenemos que ponernos en marcha. *Él* no tardará en llegar. No tenemos mucho tiempo.

—Artio, es imposible. No puede ser cierto. No puedo haberle robado a...

No tuve oportunidad de terminar la frase.

Un estallido ensordecedor se tragó mis palabras. Una ráfaga de magia como jamás había experimentado atravesó las puertas y ventanas. En un último intento de enmendar mis errores, me arrojé frente al trasgo que me había salvado de una muerte segura tantas veces que había perdido la cuenta. Intentando proteger su cuerpo con el mío.

Ondas cortantes como cuchillas se abrieron camino hacia nosotros. Atravesando cada cosa que encontraban a su paso, pues la intensidad de la magia era demasiado fuerte y devastadora. Antigua y letal.

Desde el suelo protegí nuestros cuerpos con mis brazos. Intenté, en vano, alcanzar las dagas que de tantos aprietos me habían sacado. Pero, antes de llegar a ellas, la puerta de la entrada salió despedida. Una figura grande y terrible cubrió la luz del umbral, y, con ella, se esfumaron nuestras posibilidades de huida.

CAPÍTULO V

La gente temblaba a su paso. Susurraban su nombre entre sollozos. Monstruo, escupían. A él no le importaba. La oscuridad y él eran viejos conocidos.

La oscuridad se había apoderado de todo. Eterna, profunda y poderosa. Estaba dentro de mí y no paraba de brotar y brotar arrasando con todo a su paso. Me esforcé por hacerme pequeña, encogiendo mi cuerpo en una bolita. Enterré la cabeza entre mis brazos, apretando con fuerza.

El edificio se desmoronaba y los gritos de los niños muriendo era lo único que me llegaba entre el estruendo. Eso y los aullidos desesperados de los Fae más cercanos. Era mi culpa.

Aplasté desesperada las manos temblorosas contra mis oídos. Tenía la necesidad imperiosa de acallar los gritos que coreaban y chillaban fuera de mi burbuja de noche y destrucción.

Pero nada era suficiente, aquel poder infinito seguía su interminable marcha, acompañado por los gritos de dolor y muerte que lo seguían allá a donde fuese.

Quería sentir ese dolor, necesitaba que algo me atravesara a mí también.

Cualquier cosa en lugar de esa creciente sed de más.

De ese anhelo oscuro de destruir.



Desorientada, agité la cabeza volviendo en mí. Los restos de la pesadilla nublaron mi vista. La explosión resonó contra todas las superficies de la tienda. Un silbido punzante amenazaba con reventar mis oídos. Todo lo que una vez había sido un espacio seguro y feliz había desaparecido.

El único lugar al que había podido llamar hogar. Tardes con Artio delante del fuego de la chimenea escuchando sus historias, aprendiendo los entresijos de su profesión. Mi mentor regentaba un pequeño negocio dedicado a la creación de remedios artesanales.

La hierba chillante había que ponerla siempre en remojo, de lo contrario las pociones creadas a partir de ella no serían efectivas. Las garras de Kapui eran difíciles de procesar, pero esenciales para las pócimas analgésicas...

Todas mis interacciones con Artio, todos los datos que el trasgo había compartido conmigo desde pequeña. Todo ardía en llamas a nuestro alrededor.

Eran fragmentos de una vida para la que yo nunca había tenido talento, pero que demostraban que, en este mundo maldito, era posible ser bueno. Era posible encontrar felicidad en pequeños momentos.

Trozos de madera y escombros se clavaban en mi piel. Intenté mover las piernas, pero algo sólido y pesado bloqueaba mis movimientos. El cuerpo pequeño de Artio se retorcía de dolor frente a mí.

Un humo punzante, repleto de las esencias e ingredientes que el trasgo usaba para sus pócimas y curas, invadió el aire de la habitación. Los vapores eran cálidos, demasiado calientes para poder respirarlos. El aroma ardiente se clavó en mi alma, insertándose en

lo más recóndito de mi ser. Respirar resultaba casi imposible y apenas podía moverme.

Agarré con fuerza el suelo que se extendía bajo las palmas de mis manos. Me aferré a cualquier cosa que pude encontrar. Trozos destartalados del mobiliario, botellas de cristal hechas añicos, hierbas, brebajes y sus ingredientes.

Un dolor cortante atravesó mi costado derecho. Palpé con cuidado mis costillas, buscando la fuente del dolor. El humo y los escombros hacían imposible que pudiera ver nada. Aullidos que parecían de otro mundo se mezclaron con la nube de polvo. ¿Acaso alguien estaba gritando?

Una corriente seca sacudió mi cuello. Y entonces lo comprendí. Yo era la fuente de los ruidos. No podía parar de chillar. La garganta me estaba matando. La tenía en carne viva. Escupí y tosí, intentando deshacerme de los trozos rotos de una vida que se habían instalado en mi interior.

Una figura grande y desdibujada irrumpió sin miramientos en el interior de la tienda. Desde el suelo, pude sentir como las ondas cortantes de su magia se arremolinaban alrededor de mi cuerpo y del de Artio. Nos inspeccionaron con detalle, evaluando nuestro poder. Decidiendo si éramos una amenaza.

La intensidad del poder hizo que se erizaran todos los pelos de mi cuerpo. Hasta ese momento, Roan había sido la criatura más poderosa con la que me había topado, pero el poder del contrabandista palidecía en comparación con los tentáculos de brisa y viento que amenazaban con destrozarme.

A lo lejos, escuché gritos asustados y pasos apresurados. Por un momento, pensé que los vecinos de la zona venían a ayudarnos, pero mis afinados oídos percibieron que los gritos se alejaban con

premura. Corrían, despavoridos. Lejos de lo que fuera que acababa de entrar en nuestras vidas.

No encontré fuerzas en mi interior para culparlos.

Ignorando el creciente dolor de mi costado, pateé con fuerza el pesado objeto que me mantenía atrapada. Milagrosamente, logré zafarme de la robusta estantería de madera que había caído sobre mis piernas.

En un segundo, y con una fuerza que creía extinguida, me levanté con un solo movimiento. Una nube de polvo y destrucción nubló mis ojos. A ciegas, conseguí llegar hasta el cuerpo de Artio.

Con cuidado, lo deposité contra la parte frontal del mostrador que, para mi asombro, continuaba de una pieza. Emitió un leve quejido al sentir el contacto del escritorio contra su espalda. Todavía desorientada, me afané en comprobar el estado de sus heridas. Necesitaba saber cuál era el alcance de los daños.

No era necesario mirar mucho. Un corte feo y profundo se extendía por la parte derecha de su pequeña cabeza. El olor metálico y caliente de la sangre inundó mis sentidos. Era demasiada.

Agudicé con esfuerzo mis oídos, intentando dejar a un lado el insolente pitido que tenía en ellos. A duras penas pude encontrar el latido del pequeño corazón del trasgo. Aunque débil, todavía seguía latiendo. Respiré, aliviada. No era demasiado tarde.

Desde mi posición sentí como la criatura nos observaba, avanzando imponente entre los escombros. Fulminando sin esfuerzo los pocos metros que nos separaban. Nuestro atacante no parecía preocupado en lo más mínimo por su repentina intrusión. Todavía con la vista borrosa, pude sentir su mirada clavada en el sitio en el que me encontraba.

Mis manos volaron sin pensar hacia las dos dagas que esperaban en mis muslos. No iba a permitir que nadie hiciera daño a Artio.

Todo era culpa mía. Lo protegería con mi vida.

—Esas cuchillas no te servirán de nada —dijo el ser con una voz grave y profunda.

El principio de una respuesta cortante alcanzó mi garganta, pero cualquier atisbo de desafío abandonó mi corazón cuando la criatura acabó de cruzar el espacio de la tienda y se paró en seco a escasos metros de donde me encontraba.

Ante mí, se erguía un Alto Fae descomunalmente grande. El poder emanaba de su tez olivada. Una capa de aire, viento y tormenta cubría por completo su esencia. Su semblante era desafiante.

Un contraste apabullante con los suaves mechones dorados y rojos que enmarcaban sus rasgos fuertes y angulares. Debajo de los refinados cueros plateados que vestía, se erguía el cuerpo de un guerrero centenario. Brazos fuertes y letales aguardaban en tensión a ambos costados.

Unos ojos color bronce ocre me devolvieron la mirada. Unos ojos que no podían esconder el poder que latía detrás de ellos y tras los que se arremolinaban huracanes y ventiscas.

Era hermoso de una manera un tanto aterradora, como una tormenta de verano que acecha demasiado cerca. Como los rayos que preceden al trueno. Cortantes, repentinos y letales. La clase de belleza que atemoriza el alma y se clava en el corazón.

No supe por qué, pero la certeza de que aquel hombre podría matarnos a los dos con medio pensamiento se apoderó de mi ser. No necesitaba una presentación. No necesitaba haber visto su rostro antes. Sin lugar a dudas, Finnian, el Guardián de la Corte de las Tormentas, había irrumpido en nuestro hogar. La absoluta verdad de esa realidad amenazó con doblar mis piernas.

Temblando, situé mi cuerpo malherido entre la pesadilla que me observaba y el cuerpo de la única criatura que me había querido.

Artio había tenido razón. La cripta en la que había robado pertenecía al ser más poderoso de toda la Corte de las Tormentas.

Había varios seres en Lyssandria a los que era mejor dejar tranquilos. Seres cuyo poder se extendía más allá de cualquier comprensión. Los cinco Guardianes de cada una de las cinco cortes estaban en lo más alto de esa lista. Al fin y al cabo, los gobernantes de las cortes eran los Altos Fae más poderosos del reino.

Eran letales y sus habilidades estaban conectadas con hasta el último rincón más recóndito e inhóspito de sus cortes. Los Guardianes eran una extensión más de las cinco cortes. Su magia, el reflejo de siglos de poder enfrascados en un cuerpo.

Enemistarse con uno de ellos era una condena a muerte. Y yo, en mi infinita estupidez, había robado en la cripta personal del Guardián de mi corte. Roan no había temido el hueso, sino a su propietario. Solo el Alto Fae y señor absoluto de la corte podía infundir semejante temor en el contrabandista.

—¿Dónde está? —preguntó con un rugido.

No me hizo falta pedir a qué se refería. Desde mi posición, incapaz de mediar palabra, señalé con manos temblorosas y ensangrentadas el paquete que continuaba postrado encima del escritorio. El Guardián desvió la mirada hacia la dirección en la que apuntaba mi mano. Sus ojos color ocre analizaban cada detalle a su alrededor.

Para mi sorpresa, no hizo ademán de coger el hueso. Continuó clavado a escasos metros de distancia. Esa mirada ocre volvió a centrar su atención en mi dirección.

—Quiero el nombre de la persona que irrumpió en mi cripta y robó lo que es mío.

Cada una de las palabras sonó más venenosa que la anterior. No había manera de escapar del Guardián de las Tormentas.

Busqué, en vano, cualquier cosa entre el cúmulo de escombros que pudiera ayudarme. Sin embargo, el poder seguía llegando, bocanadas furiosas y mortíferas imposibles de parar. No conseguiría salir con vida de allí luchando. Y menos con Artio a las puertas de la muerte. Mi única salida era intentar salvar la vida de mi mentor.

Los ojos profundos de Finnian me miraron expectantes. A la espera de una respuesta. Sin ninguna otra opción, abrí la boca para responder.

—Fui yo, mi señor. —La voz débil de Artio se extendió a duras penas detrás de mí.

Con los ojos como platos, me giré hacia él.

¿Cómo podía sacrificarse así por mí? No lo merecía. Todo aquello era culpa mía. Si no hubiera decidido robar el hueso, nada de eso habría pasado. No podía permitir que el único ser que me importaba muriera por mi culpa.

Una capa empañada cubría el brillo especial que siempre tenía. Sus ojos cansados y demasiado pálidos parecían pedirme que no dijera una palabra más.

No pedían.

Imploraban.

—Aprecio tu valentía, trasgo, pero ambos sabemos que no fuiste tú —respondió el Guardián entre dientes. Sin darse cuenta, me había librado de la condena de contradecir aquellos ojos suplicantes. Tras unos segundos, el Guardián volvió a posar su mirada en mí—. Quiero el nombre de la persona a la que robaste el hueso. Ahora. No lo repetiré otra vez.

—No le he robado el hueso a nadie —respondí más bajo de lo que mi orgullo hubiera querido.

—Elara, por favor.

Ignoré por completo las plegarias de Artio. Aun así, el temblor de su voz estaría siempre tatuado en mi conciencia. Había tomado demasiadas decisiones equivocadas en los últimos días. Vender y sacrificar a mi única familia no sería otra de ellas.

Mi magia palpitaba, incontrolable, ante la presencia del Guardián. No me costó trabajo ignorar sus peticiones. Estaba demasiado debilitada.

—Esa cripta es propiedad de mi familia desde hace siglos. Los encantamientos que la protegen pertenecen a la magia más antigua de nuestra corte. Una simple Hadaës no ha podido hacerlo. Dime el nombre de quien robó en mi cripta —rugió Finnian, con un sonido más propio de un animal.

Odié, sin poder evitarlo, lo fácil que había sido para el Guardián adivinar mi condición. Sin embargo, odié más aún el deje de inconsecuencia que parecía tildar sus palabras. Una persona más inteligente habría dado un nombre cualquiera para escurrir el bulto. Pero algo en el desdén que acompañaba las palabras del Guardián hizo que me hirviera la sangre.

—Pues esta simple Hadaës es la responsable. Yo misma entré en la cripta.

Estaba más que acostumbrada a sentirme menospreciada por mi naturaleza.

—¿Tú? Eso es imposible.

—Siento decepcionaros, mi señor, pero es la verdad —dije, sin esforzarme lo más mínimo por esconder mi sarcasmo.

Algo en mis palabras provocó un cambió en el ambiente. Finnian pareció verme por primera vez desde su ataque a nuestro hogar. En un suspiro, su cuerpo se movió a escasos centímetros del mío. El movimiento fue demasiado rápido. Como un relámpago. Apenas pude ver cómo se trasladaba.

Vi como sus ojos se arrastraban, insolentes, por la base de mi cuello, parándose unos segundos más de la cuenta en mi cicatriz. Cicatrices como la mía no eran comunes.

Unos dedos fuertes y ásperos me agarraron el mentón, elevando mi mirada hacia la del Guardián. Sin éxito, intenté zafarme del contacto, pero Finnian aumentó la presión alrededor de mi barbilla, forzándome a mirar esos ojos cobrizos que parecían haber vivido cientos de años. ¡Espíritus! Lo más probable es que lo hubieran hecho.

—¿Cómo superaste los candados de la cripta? —preguntó en un siseo mientras observaba mi rostro con curiosidad. Su mano, aunque firme, no me hacía daño.

—Como lo hago siempre. Con la magia de esta corte que corre por mis venas. Un candado es simple mecánica.

No fui capaz de dar una explicación más concisa. Los candados eran candados. Y los de la cripta no habían sido diferentes. Sí, me había costado horrores mantener las puertas abiertas a mi paso. Sin embargo, abrirlos no había sido especialmente complicado.

Finnian entrecerró los ojos con recelo. Un miedo frío y pegajoso se instaló en mi corazón. Por un instante, solo uno, quise desviar la vista.

Pero el poder que latía dentro de mí me frenó. Tal vez era incapaz de ocultar el miedo, pero si esos eran mis últimos momentos, no iba a permitir que nadie me hiciera sentir pequeña.

—¿Tú misma arrancaste el hueso del esqueleto? —Su voz fue poco menos que un susurro.

A la distancia en la que nos encontrábamos podía oler el aroma que desprendía. El calor de su aliento rozó mis mejillas. Notas de sal, viento y marea llegaron hasta mi nariz.

—Así es.

—Muéstrame tus manos.

Finnian dio un paso hacia atrás, soltando mi barbilla al alejarse. El lugar donde sus dedos me habían sostenido todavía quemaba con el fantasma de su presencia.

Quise preguntar. Saber por qué motivo necesitaba ver mis manos. Pero las palabras nunca salieron de mis labios. Otra parte de mí quería negarse. Darle una patada y salir corriendo. Sin embargo, parecía que mi habitual valentía me había abandonado.

Despacio, y sin perderlo de vista, deslicé uno a uno los guantes de mis manos. No resultó una tarea fácil. Múltiples trozos de cristal se hallaban alojados entre el suave cuero y mi piel.

Tras varios intentos, y un puñado de heridas nuevas, tiré los guantes al suelo y extendí mis manos bocarriba hacia el Alto Fae. Los varios cortes y magulladuras provocados por su violenta incursión habían comenzado a curarse. Más allá de estos, la piel clara de mis palmas esperó paciente entre el polvo y el desastre ante la atenta mirada del Guardián.

—Ella no sabía qué estaba robando, mi señor. Es joven. Ni siquiera ha cumplido los treinta años. Yo se lo encargué. Es un ingrediente difícil de encontrar. Yo soy el responsable.

La voz rota y desesperada de Artio hizo temblar mis manos extendidas.

—Una historia encomiable, trasgo. Por desgracia, ambos sabemos que no es cierta. ¿Quién te encargó que robaras el hueso? —exigió saber Finnian mientras estudiaba, sin tocarme, las palmas de mis manos.

—Nadie me lo encargó. Oí la información en una taberna. Ofrecían un buen precio y decidí intentarlo. Me equivoqué. Claramente.

Conforme hablaba, devolví mis manos a los costados, acortando la distancia de la seguridad que me ofrecían las dagas. Finnian me

observó con cuidado, y levantó una ceja ante mi osadía.

Los tentáculos de viento y borrasca que desprendía comenzaron a retraerse. La intensidad de su poder disminuyó ligeramente. Sin darme cuenta, dejé escapar el aire que no sabía que estaba aguantando. La ausencia de la constante presión del poder del Guardián me permitió respirar con profundidad.

—Muéstrame el hueso —ordenó sin miramientos.

Haciendo caso omiso a todos mis instintos me giré dándole la espalda. Su presencia era un clavo ardiendo en mi nuca. Me bastó con inclinarme ligeramente sobre el escritorio para alcanzar el paquete que había causado todos mis problemas.

Con cuidado desenvolví las pieles que cubrían el hueso. Consciente, en todo momento, de los ojos color bronce que me observaban. Una vez fuera de su macuto, el hueso era como lo recordaba. Blanco, largo y cubierto por los restos que todavía quedaban en el esqueleto.

Me pregunté, sin poder evitarlo, si la bestia se estaría riendo desde la cripta. Casi pude ver una sonrisa burlona pintada en el cráneo sin carne del lagarto gigante. *Intenté prevenirte, niña tonta*, hubiera dicho.

—¿Cogiste algo más mientras estabas en la cripta? —demandó Finnian.

Hizo un leve gesto para que dejara el hueso encima del mostrador y cruzó los brazos sobre su amplio pecho, a la espera de mi respuesta.

—Además del esqueleto de la bestia, no había nada de valor.

—Eso no responde a mi pregunta —insistió con dureza.

Cada palabra parecía salir con esfuerzo entre sus dientes apretados.

—No cogí nada más.

Algo parecido a la sorpresa pasó, fugazmente, por sus ojos. Fue solo un segundo. Tan rápido que casi creí haberlo imaginado.

—Irrumpiste en una propiedad de la Corte de las Tormentas y robaste un objeto. Confío en que eres conocedora de la pena impuesta a aquellos que atacan las propiedades del Guardián de las Tormentas —declaró.

Su rostro volvía a ser una pared impenetrable.

—Lo soy.

Detrás de mí, oí el grito ahogado de Artio. Ambos sabíamos que la pena capital era el castigo de mi delito. No podía girarme, no podía ver el dolor que estaba segura que encontraría en su cara. Clavada e incapaz de moverme, oí como Artio comenzaba a construir una excusa. Pero sus intentos fueron cortados de raíz.

—Ahórrate las excusas, trasgo. La ley es la ley. Soy Guardián y protector de la Corte de las Tormentas. Mi deber es asegurarme de que se cumple —anunció Finnian con desdén.

—Tiene un nombre —articulé entre dientes.

—¿Disculpa?

Si iba a morir. Si el robo del hueso había significado mi final. Al menos había merecido la pena. Aunque solo fuera la mueca de asombro reflejada en las duras facciones de Finnian.

—Comprendo que, para los Altos Fae, el resto de los habitantes de vuestra corte somos criaturas insignificantes. No me importa quién seas, o el título que ostentes. Tu deber es proteger a tus súbditos. Hoy, no solo has destrozado la propiedad de uno de ellos, sino que lo has herido de gravedad. Alguien que es inocente de cualquier crimen que hayas venido a castigar. Podrás matarme, pero lo mínimo que puedes hacer es tratarlo con respeto. —Conforme hablaba, saboreé cada uno de los leves signos de incredulidad que amenazaban con romper la serena fachada del Guardián.

—Piensa con cuidado tus palabras, Elara. Mi paciencia tiene un límite.

Mi nombre resonó entre las paredes. Y la sombra de algo parecido a interés sacudió la tez olivácea de Finnian.

—Yo ya estoy muerta, pero Artio no tiene culpa ninguna de lo sucedido. Debes sanarlo —exigí con convicción.

No tenía nada que perder y el olor de la sangre de Artio seguía presente en mi cabeza. Sus heridas eran demasiado grandes, causadas por magia muy poderosa. Si no lo curaba, no sobreviviría.

—¿Ah, sí?

Las comisuras de la boca del Guardián se elevaron ligeramente. La sombra de una sonrisa acarició su rostro. El gesto me hizo enfurecer. ¿Cómo era posible que la vida de alguien le resultara graciosa?

—Tú mismo lo has dicho. Es tu deber proteger a tu corte. Artio es parte de tu corte.

—En realidad, los trasgos son parte de la Corte de las Llamas. Y, a no ser que tengas planeado robar también al Guardián Aiden y exigirle a él su curación, me temo que yo no estoy en la obligación de hacer nada.

Miró con desprecio hacia el pequeño montículo que ocupaba Artio y yo dejé a un lado mi orgullo.

—Por favor, te lo ruego. Él es inocente.

Me pondría de rodillas, si era necesario. Cualquier cosa con tal de salvarle la vida. Lágrimas que había estado conteniendo encontraron su camino hasta mis ojos. Hice lo posible por mantener mi rostro sereno, pero las lágrimas seguían cayendo.

—¿Tanto te importa su vida?

—Es el único motivo de que siga respirando. Me salvó la vida.

Finnian se detuvo a estudiarme. Pasado un segundo, sacudió una mota de polvo de su hombro derecho y dio un par de pasos hacia

mí. Con su mirada fija en mis ojos verdes sacó un cuchillo de las dos cintas que le cruzaban el pecho.

Me preparé para la embestida rezando a todos los espíritus para que, tras matarme, encontrara en su corazón la decencia de sanar a Artio. Para mi sorpresa, el Guardián llevó la hoja del cuchillo hacia su palma e hizo un corte limpio y profundo. Después, extendió la mano hacia mí.

—Como he dicho, no tengo ninguna obligación de sanarlo. Ahora bien, si tanto te importa, puedo ofrecerte un trato.

—¡Elara, no lo hagas! —gritó Artio desde el suelo.

Miré con recelo la mano firme que aguardaba una respuesta. Gotas de sangre carmesí caían lentamente a nuestros pies.

Los Altos Fae, como los espíritus de Lyssandria, eran conocidos por sus pactos. Ambos disfrutaban haciendo acuerdos entre ellos y con otros seres del reino. Pero los acuerdos que extendían nunca se cobraban baratos. Y siempre, absolutamente siempre, tenían trampa.

Un Alto Fae no extendía un trato si no había un beneficio que sacar. Sus intenciones eran caprichosas, imposibles de adivinar y extremadamente peligrosas. Solo un necio aceptaría un trato con un espíritu o un Alto Fae.

—¿Qué clase de trato?

—Salvaré la vida de tu amigo, si tú, a cambio, participas en un torneo como mi campeona. Si lo haces, no solo salvaré su vida, también perdonaré tu deuda.

No pude evitar levantar las cejas, intrigada.

—¿En qué consiste?

—Saber la naturaleza del torneo no forma parte de nuestro trato. Lo tomas o lo dejas.

Las respiraciones entrecortadas de Artio amenazaban con romperme el alma. Haría cualquier cosa por que no muriera. ¿Qué otra opción tenía?

—¿He de ganar el torneo para que el trato sea efectivo?

—*Necesito* que ganes, pero no puedo controlar que lo consigas o no. Solo tu participación es necesaria para salvar a tu amigo. Debes participar sin abandonar y completarlo. Para ello vendrás conmigo a la corte en el continente, donde, hasta la finalización del torneo, tu deber será entrenar y prepararte para el mismo.

—Acepto —dije sin dejar tiempo para arrepentirme.

De una zancada fulminé la distancia que nos separaba. Con una de mis propias dagas imité el corte que Finnian había hecho en su mano.

Los tratos en Lyssandria se cerraban con sangre. Con sangre y con una promesa.

—Yo, Finnian, Guardián de la Corte de las Tormentas, me comprometo a sanar al trasgo de nombre Artio. A cambio, tú, Elara, te comprometes a someterte a mi voluntad. A vivir en mi corte y bajo mis reglas hasta la finalización del torneo. Sin la posibilidad de abandonar. Si consigues terminarlo, tu deuda estará saldada.

Cuando la última palabra abandonó los gruesos labios de Finnian, una corriente de magia sacudió la unión de nuestras manos. Un dolor, rápido y eléctrico, recorrió mi brazo, desde la mano hasta la articulación de mi hombro. La descarga hizo que retirara la mano por reflejo. Con asombro, observé como la herida se había cerrado, dejando tras de sí una fina cicatriz plateada que parecía brillar contra los desordenados rayos de sol que entraban por la fachada.

Los tratos en Lyssandria siempre dejaban ese tipo de marca en las manos. Difíciles de esconder e imposibles de evitar. Yo nunca había visto una marca en persona, pero conocía los rumores y las

historias. No alcancé a ver la palma de Finnian, pero me pareció percibir que brillaba como la mía.

Detrás de mí, Artio emitió un audible suspiro que me hizo salir de mi ensimismamiento. Corrí, sin importarme la montaña de hombre que me observaba, hasta donde Artio continuaba tendido en el suelo, apoyado en el mostrador. Me arrodillé con cuidado de no hacerle daño. El olor metálico de la sangre había cesado. Solo quedaban restos húmedos en su ropa y a su alrededor.

Aliviada, repasé su cuerpo para asegurarme de que todas las heridas se estaban cerrando. Para mi asombro, la magia del trato había sido inmediata. No quedaba nada de la fea herida que hacía unos segundos adornaba la cabeza de mi amigo.

—¿Estás bien? Deja que te vea. —No pude evitar el ligero temblor de mi voz.

—Debemos irnos —gruñó la voz severa de Finnian desde la entrada de la tienda.

—¿Puedo despedirme? —supliqué, girando la cabeza por encima de mi hombro.

—Tienes un minuto. El barco aguarda.

Unas manitas firmes me sostuvieron el rostro. La voz de Artio, aunque libre de la agonía de sus heridas, estaba bañada de preocupación.

—Pequeña Ela, no deberías haberlo hecho.

—Te debo la vida, no me importa a lo que tenga que enfrentarme. Mi conciencia está tranquila —dije, sin poder evitar la marea de lágrimas que amenazaban por desbordarme por completo.

—Nunca estuviste en deuda conmigo. Tú fuiste mi verdadera salvación. —Fui testigo de cómo buscaba las palabras adecuadas. Tuve la sensación de que no sabía encontrarlas—. Lo siento mucho, esperaba que tuviéramos más tiempo.

Algo en mi interior se encogió. Artio había sido la única constante en mi vida desde que tenía uso de razón. Y, aunque mi sueño siempre había sido salir del Archipiélago, la perspectiva de hacerlo sin Artio era terrorífica. La sola idea de no volver a verlo era insoportable.

—Sobreviviré, te lo prometo. Y cuando lo haga, volveré a buscarte. Seré yo la que te contaré todas mis aventuras.

No necesitaba un trato para mantener esa promesa. Mis palabras, firmes y serenas, eran el juramento más sagrado que poseía.

—Sobrevive, Elara, y no te preocupes por volver. Crea una vida de la que te sientas orgullosa.

Entre sollozos, abracé a mi única familia. Un abrazo que pareció durar para siempre y, aun así, no fue suficiente. Incapaz de articular palabra, me forcé a levantarme del suelo. La sonrisa arrugada y sincera de mi mentor me dijo todo lo que no podíamos expresar con palabras.

Asentí, esbozando algo parecido a una sonrisa. Si era una manera de tranquilizarlo a él o a mí misma, no fui capaz de averiguarlo.

—En marcha —sentenció Finnian, echando a andar.

Si me quedaba más tiempo, jamás lograría despegarme del suelo. Con un nudo en la garganta, forcé mi cuerpo en dirección contraria y apresuré el paso tras el Guardián de las Tormentas hacia lo desconocido.

CAPÍTULO VI

El recuerdo de aquella noche lo perseguía cada vez que cerraba los ojos. Un fantasma imposible de escapar. Una herida sangrante para siempre instalada en lo que quedaba de su oscuro corazón.

El mar rugió encabritado. Una sinfonía de olas y truenos que habrían hecho temblar hasta al más curtido marinero. Sin embargo, el lujoso velero de la Corte de las Tormentas surcaba, impasible, las embravecidas aguas del mar Sileno.

El primer día de la travesía transcurrió sin incidentes. Finnian apenas me dirigió la palabra. Habíamos zarpado con el sol, sin muchas ceremonias ni explicaciones. El barco, aunque ostentosamente decorado, apenas estaba capitaneado por un puñado de marineros. Sin duda, algún tipo de magia manejaba en su mayoría la embarcación.

Finnian se retiró a su camarote nada más poner un pie en el barco.

—No te metas en problemas y no hagas estupideces.

Esas habían sido las únicas palabras que me había dirigido antes de desaparecer en las profundidades del barco. Una parte de mí no pudo evitar ahogar una risa ronca. Estaba segura de que la definición de estupidez para el Guardián era muy diferente de la mía.

Uno de los marineros, apiadándose de mí, me había llevado hasta mi camarote. Una vez allí me sugirió que descansara hasta que llegáramos a puerto a la mañana siguiente.

El camarote era más parecido a un armario de escobas que a un cuarto en condiciones. De todos modos, era mejor que una celda. El sol entraba a trompicones por una ventana diminuta que coronaba la pared frontal. Tanto las paredes como el techo estaban cubiertos de una madera gruesa y ligeramente plateada. La mayor parte del habitáculo la ocupaba un humilde camastro y un pequeño escritorio con una vasija de agua encima.

No pude evitar respirar aliviada.

No tenía muy claro cuáles serían las condiciones exactas de mi estancia durante la duración de mi trato. Finnian había sido muy escueto: «Entrenar y vivir en mi corte hasta que acabe el torneo».

Pero no había especificado cuál sería mi posición dentro de esa configuración. Había demasiada ambigüedad en sus palabras. Demasiado espacio para la libre interpretación. Algo que, seguro, me iba a pasar factura.

A todas luces era su prisionera. Encerrada en un trato del que no podía escapar. No sabía nada sobre el torneo al que se suponía que tenía que enfrentarme.

¿Quiénes participarían?

¿En qué consistiría?

¿Para qué se llevaba a cabo?

Si el resto de los participantes eran Altos Fae yo no tenía nada que hacer. Finnian no me había exigido ganar el torneo. Algo que tendría que haberme relajado, pero que, por algún motivo, solo me hacía sospechar más.

Aunque no lo había especificado, estaba claro que el torneo entrañaba sus peligros. Podía medir mis fuerzas contra la mayoría de

Bajos Fae y de otros Hadaës. Al fin y al cabo, era algo que hacía a menudo en mis encargos.

Con suerte, y mucha dedicación, podía ganar en un cuerpo a cuerpo contra un Alto Fae poco poderoso, si es que tal cosa existía. Pero no tenía nada que hacer contra alguien como Finnian. ¡Por todos los espíritus! ¿En qué lío me había metido?

Una parte de mí quería escabullirse cuando cayera la noche, robar alguna de las barcas que seguro que tenía el velero y poner rumbo hacia la libertad. Ahora bien, aunque consiguiera llegar a tierra, el trato que había hecho con Finnian no podía romperse. La vida de Artio estaba en juego.

No, la única opción era enfrentarme a lo que fuera que aguardara en mi camino. El hecho de que me hubieran asignado un camarote y no un calabozo era una buena señal. Al menos por el momento.

El peso de las dagas a ambos lados de las piernas calmó ligeramente mis nervios. No me habían desarmado al subir al barco. Lo que quería decir que eran increíblemente estúpidos o no creían que supusiera una amenaza.

Una parte de mí no pudo evitar sentirse insultada. Estaba claro que el poder y la fuerza de Finnian eran inmunes a cualquier ataque de una Hadaës como yo. Pero, aun así, parecía descuidado no quitarme las armas. ¿Acaso me creían tan débil?

Aparté mi orgullo herido de un plumazo. Era mejor así. Si para ellos no representaba ninguna amenaza, me dejarían más libertad.

Sin nada más que hacer, salvo preocuparme, y sin ganas de salir a explorar el barco, dejé caer mi cuerpo en la pequeña cama. Llevaba casi dos días sin dormir y, aunque mi cabeza me decía a gritos que debía mantenerme alerta, mi cuerpo suplicaba que le diera un descanso. No tuve tiempo de plantearme ningún debate.

El traqueteo y el vaivén de las olas mecían el camarote arrullando mi agotamiento hacia un sueño profundo. No me molesté siquiera en tapar los impasibles rayos de sol que salpicaban el compartimento. Ni en quitarme las botas o lavar la mugre que todavía cubría mi cuerpo. Tampoco tuve fuerzas para agarrar una de mis dagas y empuñarla debajo de la desinflada almohada.

Un sueño negro y profundo invadió mi ser. Un manto de noche y ocaso que prometía un descanso sanador. Así que dejé a un lado mis preocupaciones y abracé las sombras que se abalanzaban sobre mí.



Un golpe seco contra mi puerta me despertó con un sobresalto. Me levanté con un único movimiento rápido, todavía aturdida por el profundo sueño. Desorientada, examiné el espacio que me rodeaba. Permanecía en el camarote. Recordé los eventos del día pasado. No, al final no había sido una pesadilla.

La noche había invadido mi habitación. El fulgor esmeralda de la Verdeluna iluminó mi torpe despertar.

Con cuidado, obligué a mi cuerpo a levantarse. Mis músculos protestaron con cada movimiento que hice. La mayoría de mis cortes y heridas ya habían sanado por completo, pero las agujetas y el crujir de las articulaciones parecían haber decidido acompañarme algo más de tiempo. Nunca me había importado demasiado el dolor. Me ayudaba a mantenerme alerta. A no relajarme.

Caminé hasta la pequeña ventana. La Verdeluna estaba alta en el cielo nocturno. Lo que quería decir que todavía quedaba tiempo hasta la salida del sol.

No volví a oír ruidos fuera. Aun así, avancé hasta la entrada, mientras el camarote bailaba con las olas. Daga en mano, tiré del

picaporte hasta que la puerta se abrió con un quejido lastimero. Despacio, muy despacio, me asomé al pasillo. No sabía qué me esperaba detrás. Y, aunque estaba bastante segura de que, si hubieran querido matarme, ya estaría muerta, no podía evitar tomar algunas precauciones.

Sin embargo, el espacio estaba vacío. Miré a ambos lados, buscando la fuente del ruido que me había despertado. Finalmente, reparé en una pequeña bandeja con agua, un trozo de pan y un plato con lo que parecía ser un guiso de verduras que aguardaba a mis pies.

Casi como un acto reflejo, mi estómago rugió en la oscuridad del pasillo. Lo cierto es que tenía muchísima hambre. Agarré la bandeja, entré al camarote y volví a cerrar la puerta. Comí rápido, casi sin respirar. El pan estaba algo seco y el guiso salado, pero no me importó. Necesitaba la energía y había pasado suficiente hambre a lo largo de mi vida para saber que nunca debía rechazarse un plato de comida caliente.

El camarote no estaba equipado con un espejo, pero podía oler y notar la gruesa capa de mugre y sangre que me cubría. Aunque el barco estuviera equipado con un baño, no me iba a arriesgar a limpiarme en medio del mar rodeada de hombres. La pequeña vasija de agua tendría que valer.

Poco podía hacer por mi ropa, por lo que racioné el agua para limpiar con fuerza las zonas más visibles de mi cuerpo. Con una de las dagas corte un trozo de la rasposa manta que yacía olvidada en la cama. Froté manos y cara hasta que estuve segura de que estaba empezando a enrojecer. Después, tiré el agua sucia por la pequeña ventana y utilicé de nuevo la vasija para aliviarme.

Una vez que estuve un poco más limpia, hice lo que pude por desenredar mi enmarañado pelo pasando con cuidado los dedos por

mis largas ondas color azabache. Después de varios intentos, parecía claro que iba a ser imposible desenredarlo por completo. Así que decidí volver a trenzarlo para mantener la cara despejada.

Necesitaba estirar las piernas y tomar algo de aire. Aunque solo fuera para despejar la cabeza. Así que, a regañadientes, abandoné la aparente seguridad del camarote y puse rumbo hacia la cubierta principal.

Me costó varios intentos encontrar el camino. La noche estaba despejada, pero, aun así, la oscuridad y el movimiento de las olas me hicieron tropezar un par de veces.

Al fin, una brisa suave y salada me dio la bienvenida. Un manto de estrellas como jamás había visto coronaba la noche. El mar Sileno reflejaba cada una de las pequeñas esferas luminosas, dando la sensación de que el velero de las Tormentas surcaba el cielo en lugar del agua.

Con las piernas más firmes de lo que cabía esperar, avancé hasta uno de los extremos de la proa. Detrás de mí, en la parte superior, un par de marineros vigilaban el horizonte desde el palo mayor. El timón, sin embargo, viraba desatendido pero controlado, bajo el hechizo de la magia que parecía operar en el barco.

Ninguno de los marineros dijo nada ante mi presencia. Se limitaron a asentir y observar, sin interferir en mi camino. Agradecida por que me dejaran mi espacio, caminé hasta la barandilla. El viento soplaba vigoroso en ese punto. Agarré con fuerza la madera húmeda, disfrutando de la fría brisa marina contra mi piel. Estiré la cabeza hacia las estrellas con los ojos cerrados y apoyé el peso de mi cuerpo contra el costado del barco, dejándome mecer por las olas.

El aire salado tenía una vibración particular. Estaba cargado de magia y de poder. Muy diferente al nauseabundo estancamiento que

recorría las calles de Nébula. Aun con los ojos cerrados, pude sentir el latir de los cientos de espíritus que habitaban el mar. Me observaban, curiosos, entre la espuma de las olas. Aunque hubiera oteado el horizonte, estaba segura de que no los habría visto. Los *whisp* y demás súbditos de la Dama de la Noche eran criaturas particulares y esquivas.

Era liberador dejar que fuera otra fuerza la que controlara mi cuerpo. Un cambio brusco de las olas y perdería el equilibrio. Sin embargo, decidí rendirme ante el movimiento. Con los ojos cerrados, los ecos de los gritos de dolor y angustia de Artio encontraron su camino hasta mi cabeza.

Sacudí con brío la cara, mi trenza rebotó contra mi espalda. Artio estaba a salvo. Repetí aquellas palabras hasta que conseguí calmarme.

—Tirarse por la borda entra dentro de lo que yo clasificaría como una estupidez —dijo tras de mí la voz profunda de la única persona a la que no había querido cruzarme.

No me hizo falta abrir los ojos para saber que Finnian estaba a mi lado. No lo había oído llegar, ni siquiera había oído el crujir de la madera bajo su cuerpo. Y, aun así, algo en mi interior había sentido su presencia.

—Te agradará saber que no tengo deseo alguno de morir. Aunque eso conlleve no librarme de ti o de nuestro trato —respondí todavía con los ojos cerrados.

Una risa ahogada acarició mi mejilla derecha. Un ruido casi informal. Totalmente diferente a todo lo que hubiera esperado de él.

—Nuestro trato ha salvado la vida de tu amigo. —Las palabras que no dijo se movieron entre nosotros como una ola más. La vida de Artio, no la mía.

—Eso no garantiza que yo salga con vida cuando esto acabe, ¿no? —contesté, abriendo los ojos y girándome hacia él.

Los ojos color ocre casi dorados del Guardián me observaron con curiosidad. Su gesto, aunque serio, estaba calmado. Casi sereno. Tan cerca, y con la Verdeluna como única luz, parecía mucho más joven.

Aun así, un poder antiguo emanaba de su cuerpo. Un poder que parecía alimentarse de la brisa marina y el viento que daban energía a las olas y al barco.

—¿En qué consiste el torneo?

—Ya hablaremos de eso cuando lleguemos a la corte —contestó, apartando la mirada y girando su cuerpo hacia el mar.

Si seguía evitando mis preguntas, tiraría gustosa por la borda al Guardián de las Tormentas.

—No, hablemos ahora. ¿Quién participa?

Necesitaba información. Si quería sobrevivir al continente y a la Corte de las Tormentas, necesitaba saber a qué me iba a enfrentar. Mientras esperaba a que él comenzara a hablar, contemplé de nuevo la posibilidad de tirarlo al mar. No es que se fuera a morir. Y, siendo realistas, ¿qué más me podía hacer?

—Las olas tienen oídos, Elara. Tendrás que esperar hasta que comience tu entrenamiento —dijo con tono indiferente poniendo fin a mis fantasías.

Aparentemente cansado de nuestra conversación y sin ninguna intención de responder a mis preguntas, dio media vuelta, dejándome sola con las olas. De todos modos, sin pretenderlo, ya había respondido.

—Eso quiere decir que no quieres que nadie de la Corte de las Olas oiga lo que tienes que decirme. Así que el torneo tiene que incluir al resto de las cortes —grité sobre la brisa nocturna hacia la

espalda de Finnian, que casi había llegado a la puerta que se adentraba en el barco.

Triunfante, vi como la tensión invadía sus hombros.

Había acertado.

El torneo incluía a las cinco cortes: la Corte de las Tormentas, la Corte de las Olas, la Corte del Bosque, la Corte de las Llamas y la Corte de las Sombras. Una información que, lejos de tranquilizarme, hizo que mi corazón empezara a latir desbocado.

—No te das por vencida —exhaló, mirándome por encima del hombro, sin terminar de girarse en mi dirección.

Su voz viajó entre nosotros encerrada en cada partícula de viento salado que sobrevolaba el barco.

—Nunca —susurré, dejando que las mismas partículas viajaran hasta él acunadas por mi propio viento.

Incluso con su cabeza de medio lado, fui testigo de cómo arrugaba el ceño antes de desaparecer bajo la cubierta.

No me molesté en volver a mi camarote. Permanecí allí de pie absorbiendo cada brizna nueva del paisaje. Cuando la voz de varios marineros dio la alerta de tierra a la vista, el sol había comenzado a salir. A lo lejos, el continente de Lyssandria esperaba nuestra llegada. Después de tantos años, de tantos sueños y pesadillas, por fin había logrado abandonar el Archipiélago.

No importaba lo que tuviera que hacer, pero iba a sobrevivir. Iba a superar el torneo, costara lo que costara. Compraría mi libertad con sudor y esfuerzo. Y, una vez que esta pesadilla hubiera acabado, iba a verlo todo. A experimentarlo todo. Iba a ser libre. Volvería a por Artio y juntos recorreríamos hasta el último rincón del continente.

Las olas y mi corazón fueron los únicos testigos de esa promesa silenciosa.

Dentro de mí, la fuente de mi poder latía emocionada. La magia era más poderosa en el continente y tal vez algo en mi interior parecía saberlo también.



—Llevas toda la noche aquí —dijo Finnian a modo saludo.

Esta vez sí que lo había oído llegar. Más que oído había sentido su presencia. Algo eléctrico y cargado cambiaba y giraba cuando aparecía el Guardián. Como si el aire y las corrientes reconocieran a su amo y señor.

—¿Por qué no hemos hecho un Salto Irisado? Tenía entendido que los Altos Fae no viajáis de otra manera.

Nunca había visto a ningún Alto Fae realizar un Salto Irisado. Ni siquiera Roan lo utilizaba en Nébula. Pero su capacidad para teletransportarse de un lugar a otro era algo ampliamente conocido, y envidiado, por los habitantes menos poderosos de Lyssandria. Solo los mestizos y Bajos Fae más fuertes gozaban de ese poder. Yo, obviamente, no era una de ellos.

—Haces muchas preguntas.

—Tú no das muchas respuestas.

Con el rabillo del ojo me pareció ver que Finnian amagaba una sonrisa mientras sacudía la cabeza con incredulidad.

—No es seguro hacer un Salto Irisado hasta que estemos en tierra. Desde el mar hay demasiada distancia que cubrir y más con un acompañante inexperto. La mejor opción es desembarcar y una vez en Lyssandria saltaremos hasta la corte —explicó conforme el barco comenzaba su aproximación al puerto.

El puerto era poco más que un tablado de madera en la base de un acantilado negro y cortante como una cuchilla. Las olas rompían

con violencia contra las rocas. La montaña que formaba el acantilado parecía extenderse hasta el mismísimo cielo, bloqueando cualquier vista de lo que aguardaba tras ella.

—Sígueme —ordenó.

A nuestro alrededor los marineros consiguieron atracar el barco, extendiendo rápidamente una plataforma hasta la pequeña construcción que esperaba a los pies del acantilado. Con paso firme, Finnian enfiló la plataforma. Yo seguí de inmediato sus pasos.

Una vez en tierra firme, si es que el pequeño puerto podía considerarse como tal, extendió un brazo en mi dirección.

—Bienvenida al continente, Elara. Esperemos que sobrevivas lo suficiente como para disfrutarlo. —No había ningún rastro de broma en sus facciones. Sus palabras encerraban la verdad que yo ya sospechaba—. Agárrate fuerte e intenta no vomitarme encima —dijo mientras yo entrelazaba mi brazo con el suyo.

Cuando me disponía a abrir la boca para preguntarle a qué se refería, una corriente eléctrica, fuerte como un rayo, recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Una luz cegadora nubló mi vista por completo y, antes de que pudiera entender qué estaba pasando, sentí como mi cuerpo se disolvía en lluvia y viento.

CAPÍTULO VII

Él despertó con la oscuridad a su alrededor y el corazón desbocado. Esos ojos grabados a fuego en su mente. Verdeluna y noche profunda.

Mis rodillas chocaron con fuerza contra un suelo blando y fresco. Podía sentir como la figura esbelta del Guardián de las Tormentas me observaba impasible.

Aquello solo hizo que mi enfado aumentara. Con los Altos Fae siempre ocurría lo mismo. Iban por la vida pasando sobre el resto de las criaturas sin miramientos. Se limitaban a ignorar las consecuencias de sus actos, mientras esperaban que los demás continuáramos a su servicio.

En veintiocho años jamás había visto que el Guardián visitara Nébula o cualquiera de las otras islas exteriores de sus territorios. No había mostrado ni el más mínimo atisbo de preocupación por las condiciones en las que niños y adultos se veían obligados a vivir en *su corte*. Si los Bajos Fae no existiésemos para servirles, lo cierto es que poco les importarían nuestras vidas.

Los insultos que había escuchado ladrar a los marineros de Nébula a lo largo de mi vida se quedaban cortos en comparación con las maldiciones que quería lanzarle. Quería gritar y arañarle para borrar de su cara ese gesto de superioridad con el que, sin duda, me juzgaba.

Pero los espíritus no estaban de mi lado.

Antes de poder maldecirle en los cinco idiomas antiguos, me vi obligada a doblar mi cuerpo en la dirección contraria y vaciar el contenido de mi estómago sobre la hierba.

Quería llorar. No porque me importara un demonio lo que él pensara de mí, sino porque detestaba parecer débil ante sus ojos. No se merecía mis lágrimas, mucho menos mi respeto. Apreté los ojos hasta que mi cuerpo dejó de sacudirse.

Finnian me observaba a unos pocos metros de distancia. La máscara de su cara era imposible de leer. Con un gesto informal, movió sus ojos entornados en la dirección contraria a donde me encontraba aún medio sentada en el suelo.

—Bueno, al menos no ha sido encima de mí —dijo mientras limpiaba una mota invisible de su chaqueta.

Ese gesto hizo que me hirviera la sangre. Él había sabido que era mi primer Salto Irisado y aun así no había hecho nada para ayudarme.

¿Por qué debería?, preguntó una parte de mi cabeza.

Al fin y al cabo, Finnian no me debía nada. Era yo, de hecho, la que estaba en deuda con él.

Había mantenido sus distancias durante la travesía, teniendo la decencia de asignarme un camarote en lugar de una celda. Me regañé a mí misma. No podía confundir esos gestos con ningún tipo de buena voluntad por su parte.

Yo era su prisionera.

Y el único motivo de que siguiera con vida era que, por alguna razón, él había decidido ofrecerme un trato. Motivo que debía averiguar lo antes posible, si quería sobrevivir.

—Tú... Te voy a... —No pude terminar la frase. Una nueva ráfaga de náuseas atacó mi garganta, forzándome de nuevo contra el

suelo.

Finnian esperó paciente a que me calmara. Y, mientras esos ojos ocres me miraban, serenos y calculadores, me obligué a recordar que escondían la piel de uno de los cinco seres más poderosos de Lyssandria.

Sí, el Guardián había sido benevolente al salvar la vida de Artio y ofrecerme una salida diferente a la muerte. Ahora bien, yo no era tan inocente para pensar que no tenía un motivo oculto tras el trato y mi participación en el torneo. El robo del hueso de Addanac había sido una trampa. Su trampa. Él necesitaba algo y yo era la clave para conseguirlo.

Me obligué a respirar profundamente. Tras varias bocanadas, el mundo a mi alrededor dejó de girar. Cuando por fin estuve segura de que ya no me quedaba nada para vomitar, me limpié la boca con el reverso de la manga.

Con piernas más estables de lo que esperaba, forcé mi cuerpo hacia arriba. Al incorporarme, una visión repleta de verde grisáceo y azul infinito me dio la bienvenida.

Nos encontrábamos en la entrada de un bosque milenario. Sus árboles, de troncos grises y afiladas hojas verde claro, se erguían, imposiblemente altos, hacia un cielo despejado. El bosque parecía extenderse hacia los confines de Lyssandria. Eterno e infinito.

Algo a mi alrededor hizo que se me erizara la piel. Tenía la sensación de estar siendo observada. Una especie de vibración recorrió el ambiente. Curiosa, casi juguetona, y sorprendentemente poderosa.

—Nunca antes has estado en el continente —observó Finnian, estudiando con determinación mi evidente sensación de incomodidad.

Me limité a negar con la cabeza. Incapaz de hablar ante la apabullante ráfaga de poder que cargaba el ambiente.

—La presencia de los espíritus es más evidente aquí. Puede ser algo incómodo al principio para los que nunca lo han experimentado.

Asentí, despacio.

Estiré el cuello hacia los lados, en un intento inútil de aliviar algo de la tensión acumulada. Para distraer mi cabeza, observé el horizonte con curiosidad. Al otro lado del bosque, los picos nevados de una cordillera monumental flanqueaban la Corte de las Tormentas. Engranadas en la base de la montaña, decenas de torres de marfil y piedra gris coronaban un amplio palacio. Era difícil entrever dónde acababa una cosa y dónde comenzaba otra.

Con asombro, observé como las esbeltas torres acompañaban al viento en su vaivén. Nunca había visto nada igual. El edificio entero parecía bailar con las corrientes de aire que impactaban contra las rocas.

Los muros brillaban orgullosos con los colores de la Corte de las Tormentas. Eran de un gris perlado, casi plateado, que destacaba contra la maleza de las paredes rocosas y el verde del bosque. Banderas plateadas ondeaban en lo alto de las torres, meciéndose al compás del castillo y la montaña.

En la cordillera, la primavera tenía un toque invernal. Nada que ver con el calor pegajoso y espeso del Archipiélago. No, el aire era limpio y ligero. Impregnado de notas florales y destellos de trueno y menta.

Un manto verde, salpicado de gotas de rocío, se mecía suavemente bajo mis pies. Y el sol, pese a lo temprano de la mañana, inundaba con rayos fuertes y transparentes toda la corte. Estaba muy lejos del sol marchito y entre nieblas que acompañaba la vida en las islas.

En la distancia, voces joviales y relajadas se mezclaban con la brisa de la mañana. Varios trabajadores se afanaban en los terrenos adyacentes al palacio. Desde mi posición alcancé a ver como diferentes hombres y mujeres llevaban a cabo distintas tareas domésticas. Casi todos eran Bajos Fae.

No pude evitar sentir que mi rabia aumentaba. El contraste con las islas era tan palpable y chocante que amenazó con hacerme llorar de frustración. Era consciente de que el Guardián y los miembros de su corte vivían al margen de las penurias de sus súbditos. Aunque, por supuesto, solo habrían necesitado caminar por alguna de las calles de Nébula para percatarse.

Por alguna razón, esa era la realidad que siempre había imaginado que vivía el resto de la Corte de las Tormentas. Sin embargo, la vida que mis ojos observaban en ese momento era de tranquilidad y seguridad.

Las manos comenzaron a temblarme. Poco tenía que ver con las náuseas producidas por el Salto Irisado. Mi cuerpo se rebelaba ante lo que estaba viendo.

En el Archipiélago todos sus habitantes tenían que luchar cada día por sobrevivir. Era la cazuela a la que llegaban todos los desterrados e indeseados de Lyssandria. El último reducto antes de los mares inexplorados, donde sus habitantes solo eran útiles para cultivar el rico arrecife y mandar sus materiales de vuelta al continente.

No éramos más que hormigas recolectoras para los Altos Fae de las cinco cortes. Y mientras día tras día la gente moría en las islas, en la Corte de las Tormentas la gente tenía tiempo de reír y charlar con tranquilidad mientras trabajaba.

La fuente de mi poder comenzó a rugir en mi interior, haciéndose eco de la furia que consumía todo mi ser. A su lado, la oscuridad quería explotar allí mismo. Arrasar todo lo que pudiera alcanzar y

consumirme en una tormenta que acabara con todo y todos. Hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de perder el control. Aunque sabía que luego me arrepentiría, una parte de mí quería dejar que ese poder cogiera las riendas.

Antes de que pudiera hacer algo que lamentara más tarde, una ráfaga fresca y con olor a tormenta acaparó todo el espacio que me envolvía.

Y, entonces, lo vi.

Un poder eléctrico y letal emanaba de Finnian hacia la inmensidad del bosque y las montañas. Rayos de lluvia, trueno y viento envolvían su cuerpo. Su Guardián había vuelto y la Corte de las Tormentas le daba la bienvenida.

Finnian observó el rugir de las montañas. Desde mi posición, me pareció ver el principio de una sonrisa formándose en las comisuras de su boca. Los mechones desordenados de su pelo rojizo y dorado bailaron envueltos en el aire. Bajo la luz del sol se tornaron rojos y cobre en las puntas.

Era hermoso.

Pero su belleza escondía un depredador centenario.

La bola de poder que habitaba en mi pecho se revolvió inquieta. Parecía querer salir a jugar. La magia de mi interior chisporroteaba en las yemas de mis dedos como si, ella también, se alegrara de estar en la corte, pese al dolor que amenazaba con consumirme. Traicionada por mi propia magia, ¿por qué me extrañaba?

Incómoda ante mi falta de dominio sobre mis habilidades, forcé mi poder de nuevo hacia dentro. El proceso era casi doloroso, ya que mi magia quería salir a correr cual caballo desbocado. A regañadientes, acabó cediendo a mis órdenes.

—Bienvenida a la Corte de las Tormentas, Elara —susurró Finnian, su vista puesta en las montañas.

—Nébula es parte de la Corte de las Tormentas.

Me miró con gesto de incredulidad, como si no entendiera la obviedad de mi comentario.

—¿Siempre lo haces todo así de complicado? —suspiró—. Adhair no es solo el condado principal de la corte, sino el nombre ancestral de esta casa y su capital. Soy consciente de cuáles son mis territorios, Elara.

—Resulta difícil de creer. —El sarcasmo en mi voz era más que evidente.

La manera en la que la mandíbula del Guardián se tensó me dejó ver que mi desaprobación no le pasaba inadvertida.

—¿Eres consciente de con quién estás hablando?

Su tono y la manera en la que el viento pareció rugir más fuerte con cada una de sus palabras tendrían que haber sido aviso suficiente para que dejara de hablar. Seguir provocándolo solo sería firmar mi sentencia de muerte.

—Si necesitas decir esa frase para infundir algo de respeto en mi persona, creo que te respondes solo.

Las palabras brotaron de mis labios antes de que pudiera analizarlas con detenimiento. Sí, desde luego tenía un deseo de morir.

A lo lejos, cerca del palacio, varias voces resonaron contra la claridad del día interrumpiendo la mueca de enfado que amenazaba con romper las bonitas facciones del Guardián.

Observé que diferentes siluetas ataviadas con armaduras corrían a lo largo y ancho de los terrenos del palacio, ladrando órdenes a diestro y siniestro. Casi sin pensar, llevé las manos hacia mis queridas dagas. Podía sentir sus ojos sobre nosotros, nos estaban esperando.

Mi instinto de ladrona pedía a gritos que buscase posibles vías de escape. Algo me decía que había un calabozo con mi nombre en algún lugar debajo del castillo.

A mi derecha un crujido de trueno y granizo explotó. Acto seguido, una figura esbelta se materializó de la nada. La sonrisa alegre y amplia de un Alto Fae brilló contra la luz del día. Con paso ligero y una resolución envidiable, avanzó hacia Finnian.

Era alto y fuerte como el Guardián, pero de complexión mucho más musculosa. Y, aunque vestía ropajes refinados, iba armado hasta los dientes. La túnica plateada que llevaba se amoldaba a la perfección a su figura. Varios paneles de una aleación brillante y gris protegían zonas como el pecho y la espalda. Todos ellos estaban grabados con símbolos en el idioma antiguo de la Corte de las Tormentas, más conocidos como runas. Los orfebres de la corte utilizaban aquellos símbolos para imbuir magia protectora a las prendas.

Por si eso no fuera suficiente, el recién llegado llevaba hasta una docena de armas atadas a lo largo de los pantalones de piel y de su torso. Era el cuerpo de un guerrero.

Una cascada de trenzas y rastas blancas caía sobre sus hombros. Su cara de tez oscura transmitía seguridad, pero estaba bañada de un guiño de rebeldía que me hizo imposible reprimir una sonrisa. Si no hubiera sido un Alto Fae, me habría caído bien de inmediato.

Había algo en él, una energía que irradiaba cercanía.

—No te esperábamos tan pronto, Finnian. ¿Tan rápido te has aburrido del Archipiélago? —dijo el recién llegado con una mueca socarrona.

La única respuesta que Finnian emitió fue un leve gruñido de exasperación. El Alto Fae no lo había llamado por su título, ni

siquiera se había arrodillado. Intrigada ante la falta de decoro, observé como ambos se palmeaban la espalda amistosamente.

No como señor y súbdito, sino como algo más parecido a un par de amigos.

—¿Y esa cara, Fin? Cualquiera diría que te alegras de verme —bromeó el Alto Fae con un gesto exagerado de sorpresa y conmoción. Para más inri se llevó la mano al pecho mientras batía las pestañas sin ningún pudor.

Resultaba casi cómico ver a un Alto Fae tan grande como una montaña comportándose de tal manera.

—Solo hace cuatro días que no veo tu cara, Cían —respondió Finnian mientras comenzaba a desatar el arnés que se extendía por su amplio torso. Una por una, las hebillas cedieron y el Guardián comenzó a deshacerse de todas las armas que llevaba pegadas.

—Muchos dirían que eso es una tortura insoportable —dijo Cían mientras movía las cejas de forma burlona y extendía las manos para ayudar a Finnian a cargar las armas.

—Entonces esos «muchos» no tienen que aguantar tu palabrería.

—Lo que tú llamas palabrería, yo lo llamo encanto natural. Un día, cuando menos te lo esperes, caerás presa de mis encantos, Fin. Y, entonces, ¿qué haremos? Sinceramente la perspectiva de ser consorte no me atrae nada. Demasiadas ataduras. Además, nuestra amistad es demasiado importante, no merecería la pena arriesgarla.

—Sigue hablando y lo que vas a arriesgar es que te cuelgue de la torre más alta hasta que aprendas a respetar a tu Guardián.

—Algunos llamarían a eso preliminares.

—Eres insufrible, Cían.

Cían ahogó una risa desenfada, mientras el Guardián estiraba la espalda, por fin libre de sus ataduras. Cían hizo un leve gesto con la mano, y todas las dagas y cuchillos desaparecieron de la vista.

Mis ojos no daban crédito.

Tampoco sabía decir qué es lo que había esperado encontrarme. Qué tipo de corte me había imaginado. Pero desde luego no un recibimiento tan informal. Más propio de dos amigos que de cualquier imagen que yo hubiera pensado del Guardián de una de las cinco cortes.

Ligeramente avergonzada ante la obviedad de mi sorpresa, cerré la boca, que, sin duda, tenía abierta, y miré con ojos recelosos a los dos Altos Fae que había delante de mí. Por primera vez desde su llegada, Cían pareció percatarse de mi presencia.

—Mmm, Fin, se te ha colado un polizón —dijo casi con un ronroneo mirando en mi dirección.

Mis manos se cerraron con fuerza sobre las empuñaduras de mis dagas. Aunque jovial, Cían era un Alto Fae. Y uno poderoso, a juzgar por su relación con el Guardián.

—Hadaës —dijo Cían mientras olfateaba el aroma que sus afilados sentidos le proporcionaban.

Decidí ignorar el aspecto que presentaba. Aunque había hecho todo lo posible por limpiarme en el barco, todavía podía notar la suciedad que se aferraba a mí. Por no mencionar los restos de vómito que ahora formaban nuevos lamparones.

—Cían, te presento a Elara. Mi nueva campeona —explicó Finnian con gesto serio, pero decidido—. Elara, este es Cían. Mi mano derecha, general de mis ejércitos y el eterno causante de mis dolores de cabeza. En mi ausencia, Cían es una de las dos personas que están a cargo de la corte. Obedece sus órdenes como si fueran mías.

Cían me inspeccionó detalladamente, sin esforzarse en esconder su sorpresa o su curiosidad. Levantó una ceja blanca y preguntona hacia el Guardián, pero Finnian solo respondió con un suave meneo

de cabeza. Una conversación sin palabras que ambos parecieron entender.

Era evidente que se conocían desde hacía mucho tiempo. Siendo Altos Fae lo más probable es que su relación se remontara a siglos atrás. El leve gesto de su cabeza fue orden suficiente para que Cían abandonara cualquier pregunta que fuera a formular. En especial delante de mí, al parecer.

—Un honor, Elara. Que los espíritus estén contigo en tu camino como campeona.

Su tono solemne me descolocó y tardé más de lo normal en conseguir encontrar una respuesta adecuada. No tenía ni la menor idea de cuál era el protocolo adecuado. En Nébula cosas como títulos y saludos formales carecían de importancia.

—Lord Cían, es un placer —dije con una leve inclinación de la cabeza.

Una muestra de respeto que, por el momento, no le había otorgado a Finnian.

—¿Lord Cían? Ya me caes bien, Elara —respondió Cían con una carcajada.

Sin saber qué hacer, ni qué había dicho mal, giré la cabeza hacia Finnian en busca de una explicación.

—Aunque técnicamente es un lord, solo los sirvientes se refieren así a Cían.

—¿No es eso lo que soy yo? —respondí, sin poder evitar la ironía de mis palabras.

Finnian esperó unos segundos antes de responderme. Detrás de sus ojos pude ver el debate que sin duda estaba teniendo lugar dentro de su cabeza. Responder mi insolencia o ignorarla. Una parte de mí quería que discutiera conmigo. Así al menos obtendría alguna

respuesta a todas las preguntas que presionaban la boca de mi estómago.

—Tú eres la Campeona de la Corte de las Tormentas. No una sirvienta —siseó entre dientes, pero sin perder su temperamento.

—Y, sin embargo, supongo que no soy libre de irme cuando quiera —espeté.

—Un trato es un trato.

Las palabras de Finnian se mezclaron con el viento, que parecía haber aumentado su potencia y bailaba entre nosotros dejando tras de sí una estela de poder y electricidad.

La nueva cicatriz plateada que surcaba la palma de mi mano comenzó a cosquillear, como si fuera consciente de que hablábamos de ella. Por la forma en la que el Guardián apretó su mano en un puño supuse que algo similar le estaba ocurriendo.

—Eso pensaba —dije, negando con la cabeza.

Cían observó nuestro intercambio con sus ojos grises abiertos como platos. Su cabeza se movía de lado a lado, en un gesto perdido entre una risa y una mueca de susto. Sus largas trenzas blancas rebotaban con cada movimiento.

—Estoy seguro de que nuestra nueva campeona estará cansada del viaje. Tal vez deberíamos volver al palacio. Personalmente preferiría salir del Remolino cuanto antes —propuso con cuidado el general.

Después interpuso su cuerpo entre nosotros para romper el silencioso duelo de miradas, que, sin duda, yo estaba ganando. Finnian fue el primero en ceder con un gruñido de asentimiento. El Alto Fae me fulminó con la mirada una vez más. Yo le devolví el gesto con una sonrisa llena de dientes y chulería. Si el Guardián se había creído que yo era una dulce Hadaës que se haría pequeñita bajo sus órdenes, se iba a llevar una decepción muy grande.

Sin mediar palabra, inició a grandes zancadas el camino hacia el palacio. Cían lo imitó y yo los seguí con recelo, pero sin más alternativas.

Ahogué un grito eufórico que amenazaba con salir de mi garganta. ¿Era una chiquillada celebrar un duelo de miradas como una gran victoria? Probablemente. Pero había jurado participar en su torneo, no hacerle la vida fácil a Finnian. Y, aunque ganar una batalla no te concedía la guerra, no había dinero suficiente en Lyssandria para pagar la satisfacción de irritar al Guardián.

Cían situó su cuerpo todavía más entre nosotros; en un intento entrañable de hacer las veces de escudo personal. Puede que el Alto Fae fuera el Guardián de la corte a la que yo pertenecía, pero, hasta donde yo sabía, jamás había hecho nada por ayudarme a mí, o al resto de los seres del Archipiélago.

—¿El Remolino? —pregunté, mirando al general.

—Es el nombre del bosque de la Corte de las Tormentas.

—¿Por qué se llama así?

—Reza a los espíritus por que nunca lo averigües —gruñó Finnian mientras avanzaba hacia el palacio.

A mi lado, Cían suspiró aliviado. Mientras andábamos tocó ligeramente mi hombro para llamar mi atención. Fue un toque ligero. Un gesto sencillo y familiar que hizo más daño en mi guardado corazón del que era capaz de admitir. Yo no dejaba que nadie se acercara tanto, mucho menos que alguien me tocara. No estaba acostumbrada a aquel tipo de contacto amistoso. Envidié la facilidad con la que Cían se movía.

—¿Tu primer Salto Irisado? —preguntó con tono alegre y ojos sinceros.

—¿Tanto se nota?

—Lo creas o no, has aguantado mucho mejor que otros en su primer Salto. He visto a guerreros que doblan tu tamaño mearse encima y desvanecerse del susto —explicó en tono de conspiración.

—¿Fue Finnian uno de ellos?

—Elara, creo que nos vamos a llevar muy bien —respondió, encantado.

—Siento decirte que te vas a llevar una decepción.

Cían soltó una carcajada al aire que solo hizo que el Guardián apresurara el paso.

—Me gusta un buen reto —dijo, desafiante, guiñándome un ojo—. Si me gané al cascarrabias de Finnian, puedo ganarme a cualquiera.

Algo dentro de mí, que llevaba dormido mucho tiempo, pareció despertar. Un sentimiento que yo había forzado hasta las más recónditas profundidades de mi ser.

Sí, le dije con una sonrisa amarga a mi corazón. Cían era la clase de persona de la que resultaría muy difícil no encariñarse. La clase de persona que cualquiera querría tener como amigo.

Pero, como yo, mi corazón anhelante había aprendido la lección tiempo atrás. Al final, todos me dejaban atrás. Todos menos Artio. El resto de las personas siempre acababan traicionándome. Eso o huían despavoridas cuando descubrían lo que había hecho.

Tampoco es que pudiera culparlos. Yo destrozaba todo lo que tocaba. En algún momento la oscuridad acabaría por consumirme. El mundo era un lugar violento, lleno de monstruos. Y, en medio de la oscuridad, yo era el peor de todos ellos.

CAPÍTULO VIII

Estaba perdiendo la cabeza. Nox insistía en que era solo el cansancio. Lía y los demás intentaban ocultar sus miradas de preocupación. Él sabía la verdad de cada pensamiento susurrado en su nombre.

El choque de mis gastadas botas resonó contra los inmaculados escalones que se adentraban en Adhair, el palacio de la Corte de las Tormentas. De cerca, el edificio era todavía más imponente que en la distancia. Las paredes de marfil se curvaban de manera exquisita e imposible. Se enredaban con la montaña como dos amantes aferrados en un abrazo eterno.

La decoración era lujosa. Mullidas alfombras y descomunales tapices adornaban el suelo y las paredes. Las ventanas, celosas de quedarse atrás, estaban decoradas con intrincadas vidrieras que representaban paisajes arrebatadores. Intensas tormentas, prados cubiertos por flores mecidas por el viento, veleros imposiblemente altos surcando un océano embravecido.

Desde dentro el movimiento de las torres al compás del viento de primavera era imperceptible. Aun así, la magia brillaba con la carga eléctrica que surca el cielo antes de una tormenta.

El sol se colaba a través de las elaboradas ventanas, lo que creaba una infinidad de rayos coloridos que rebotaban en la superficie de

marfil. Cientos de arcoíris brotaban de todas las ventanas, solo interrumpidos por el paso ajetreado de sirvientes.

Con nuestra llegada, el ambiente del palacio comenzó a bullir. El edificio casi canturreaba y silbaba con la aparición del Guardián. Sin duda una reacción fruto de la magia que conectaba a Finnian con su corte.

A su paso, los sirvientes y guardias inclinaban la cabeza. Muchos de ellos acompañaban el gesto con palabras de bienvenida: «Bienvenido a casa, mi señor Guardián» o «Los espíritus le acompañen, mi señor».

Todos ellos me dirigían miradas de curiosidad. Sus ojos me analizaban e intentaban descubrir quién era la chica que avanzaba silenciosa detrás del Guardián y su mano derecha.

Me mantuve unos pasos por detrás de Cían y Finnian y centré mi atención en analizar el palacio. Quería asegurarme de recordar todas las entradas y salidas que alcanzaba a ver. Tal vez fueran todos mis años como ladrona, pero jamás entraba en un sitio nuevo sin registrar posibles vías de escape y puntos débiles. Una chica nunca podía estar demasiado preparada.

Las entradas al patio principal y al palacio estaban fuertemente protegidas por miembros de la Guardia de la Corte de las Tormentas. Todos ellos Altos Fae. En caso de huida forzosa eso iba a ser un problema. Pero con suerte, no uno que me fuera imposible de solventar.

Dentro del palacio la presión de la Guardia era menor. Sin embargo, conforme avanzábamos a través del enorme recibidor, advertí como varias parejas de soldados patrullaban los pasillos que desaparecían dentro del enorme edificio. Me llevaría un tiempo aprender sus horarios y sus cambios de guardia. Por no mencionar que tendría que averiguar si las puertas y ventanas que daban al

exterior estaban protegidas por algún tipo de magia. Aunque, muy a mi pesar, algo me decía que todo en el palacio estaba fuertemente hechizado y protegido por la magia que lo conectaba a Finnian.

—¿Algún problema en mi ausencia? —preguntó Finnian, parándose en la base de una escalera doble que ascendía al segundo nivel del palacio.

—Nada fuera de lo común. Hemos mantenido las patrullas por el Remolino y en tu ausencia no ha habido ningún incidente grave. Llegaron ayer informes de un par de pueblos cercanos a la frontera que parecen haberse visto afectados por las criaturas. —Cían pronunció el final de la frase con algo de titubeo, mirando incómodo en mi dirección.

Estaba claro que la mano derecha de Finnian no sabía si yo debía enterarme de a qué criaturas se estaba refiriendo.

Fingiendo hastío, diseñé una sonrisa aburrida, que dirigí a Cían.

—En cualquier caso, solo afectaron a un par de rebaños de ovejas. No ha habido que lamentar ningún otro herido. He enviado una compensación por los animales perdidos a los ganaderos afectados y tengo un par de patrullas siguiendo el rastro. Sin embargo, algo me dice que puede que hayan pasado ya a la Corte del Bosque.

—¿Has mandado un aviso a Umbra? —preguntó Finnian con gesto serio.

Al escuchar el nombre de la Guardiana de la Corte del Bosque no pude evitar estremecerme. Eran muchas las historias que se contaban sobre la centenaria Guardiana. Unas historias que, en su mayoría, estaban plagadas de sangre, muerte y destrucción. La ferocidad de la Corte del Bosque era casi tan legendaria y aterradora como la de su Guardiana.

—La misiva aguarda tu firma en tu despacho. No quería enviarla hasta asegurarme de saber cómo querías proceder. Si fuera

cualquier otro la habría enviado sin pensar. Pero tratándose de Umbra...

—Has hecho bien, Cían —concedió Finnian con ojos pensativos.

Sin embargo, por alguna razón, algo me decía que la preocupación que se reflejaba en el rostro del Guardián poco tenía que ver con la Guardiana del Bosque.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó.

Cían se encogió con incomodidad.

Al parecer, el tema de la hermana de Finnian era mucho más peliagudo que cualquier problema con la sanguinaria Umbra.

—Todavía no la he visto esta mañana, Fin. Desde tu ausencia ha estado de un humor interesante. Como cabía esperar, por otro lado. —Aunque las palabras de Cían estaban medidas, había un atisbo de enfado en ellas—. Te fuiste sin avisar. Deberías habernos dicho...

—Ambos sabíamos que era algo que tenía que pasar. El aviso fue repentino y no había tiempo que perder. Dejé una nota para ella —respondió el Guardián con crudeza.

—No hace falta que te diga cómo se tomó tu hermana la nota.

—Todo esto lo hago por ella. ¡Por ella y por nuestra corte! —exclamó Finnian con un rugido entrecortado.

Había dolor en su cara. Dolor y algo más que no supe identificar.

—Lo sé, hermano. Y Orla también lo sabe. Pero tú mejor que nadie conoces cómo de dolorosa es esta situación para ella —concedió Cían, posando una mano tranquilizadora sobre el hombro de su amigo y dirigiendo una mirada tensa en mi dirección.

Sentí como los ojos de ambos me observaban. Como si, por primera vez, hubieran caído en la cuenta de que yo podía escucharlos. Les devolví la mirada con una sonrisa felina.

Era cierto, yo no sabía mucho acerca de ellos, pero, por suerte, ellos tampoco me conocían a mí. Y, si algo había aprendido en las

calles de Nébula, era que ante tipos como ellos siempre era mejor parecer peligrosa. Desconcertante y difícil de leer.

Era mejor así.

Que pensaran que detrás de esa sonrisa había una amenaza que aún no conocían.

Que pensaran que yo podía utilizar esa información en su contra.

Que me temieran. Aunque solo fuera porque no me conocían.

Una voz suave y llena de ironía resonó contra las paredes de marfil.

—Vaya, vaya, dichosos los ojos y benditos los espíritus. El Guardián y señor de la corte ha llegado. ¿Dónde están los tambores anunciando tu llegada, hermano?

—Orla —susurró este con una sonrisa tensa.

Una parte de mí se deleitó ante la visión incómoda del Guardián. Sin esconder la amplia sonrisa que adornaba mi cara, me giré para conocer a la dueña de la voz capaz de incomodarlo de tal manera.

A mi derecha una mujer lujosamente vestida nos observaba con el ceño fruncido. Una cascada roja y cobre de pelo ondulado caía de manera ordenada hasta su pequeña cintura. Capas y capas de gasa y encaje azul envolvían un cuerpo de proporciones casi perfectas.

Era hermosa. El tipo de belleza que rezumaba solo de un Alto Fae.

Unos ojos color cobre, idénticos a los del Guardián, recorrieron mi persona. Ágiles y entrenados se fijaron en cada una de mis armas. Tanto las que estaban a simple vista como las que mantenía escondidas. Esos ojos inquisidores se giraron sin miramientos hacia el Guardián y su mano derecha. Ambos estaban muy quietos. Finnian miraba a su hermana de manera reverente. Y, detrás de la tensión que se reflejaba en sus hombros, había algo parecido a culpabilidad. O, tal vez, preocupación ante su reacción.

—No me mires así, hermano. Pareces un cachorrito asustado, no el Guardián de la Corte de las Tormentas. Tendrías que haberme avisado en persona —atacó Orla. Su voz sonó fría y distante.

—Orla, aquí no —comenzó a decir Finnian mientras daba un par de pasos hacia su hermana con ambos brazos levantados como si se estuviera acercando hacia un animal herido.

—¿Quién eres tú? —preguntó con exigencia Orla, mirándome de nuevo e ignorando por completo a su hermano.

Mi sonrisa solo aumentó al ver como este se encogía ligeramente, como si le hubieran dado una bofetada.

—Me llamo Elara —dije, sosteniendo su mirada.

Forcé mi barbilla hacia arriba y me esforcé por poner recta la espalda que tendía a encorvar. Detrás de mí, noté que Cían avanzaba con pasos seguros hasta situarse a mi lado. El poder del general, aunque menor que el de Finnian, era también palpable en el ambiente. Sentí como creaba un leve escudo de aire a mi alrededor.

—Elara es la campeona que Finnian ha escogido para participar en el torneo, Orla.

La aludida ladeó la cabeza sin dejar de mirarme, ignorando por completo lo que Cían acababa de decir y la angustiada cara de su hermano.

El ligero brillo de sus ojos me dijo que estaba intrigada, pero que también disfrutaba haciendo sufrir, momentáneamente, a ambos hombres. No pude evitar sentir simpatía hacia ella. Aun así, una alarma comenzó a sonar en mi interior. Daba la sensación de que detrás de las palabras y miradas de los tres Altos Fae estaba teniendo lugar una conversación a la que yo no estaba invitada.

—¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—Sangre de Addanac, una pelea con otro Hadaës, babas de Muka, la encantadora visita de tu hermano y mi primer Salto Irisado —dije entre dientes.

—¿No has sido capaz de ofrecerle un baño caliente a tu campeona? ¿Ni un cambio de ropa? —inquirió Orla, girándose por primera vez hacia su hermano. Su bonita cara, la imagen perfecta de la nobleza, mostró un gesto acusador.

—No había tiempo —contestó Finnian, encogiéndose de hombros.

Orla fulminó a su hermano con una mirada digna de enmarcar antes de dirigir de nuevo su atención a mí. Con cada segundo que pasaba bajo esos ojos cobre casi podía notar como las manchas de mugre y sangre se hacían más visibles.

—¿Te han dado de comer al menos?

—Eh, sí —respondí sorprendida y sin saber muy bien cómo analizar la situación. A menudo, las intenciones de los demás se reflejaban de manera más que evidente para mí. Mis años de experiencia como ladrona en el Archipiélago habían hecho que desarrollara un sexto sentido para leer las emociones de mis víctimas.

Eso me permitía adelantarme a sus reacciones. Saber cuándo atacar y cuándo retirarme a tiempo eran habilidades que podían suponer la diferencia entre vivir o morir.

Dos de los tres Altos Fae que me observaban expectantes eran relativamente sencillos de analizar. Finnian, aunque cerrado y reservado, había sido muy fácil de leer. Su única misión era para con su corte y su hermana. Y yo era un peón más en un juego que aún tenía que desentrañar.

Cían, con sus sonrisas amplias y su humor desenfadado, no escondía sus emociones. Estaba claro que detrás de esa actitud

jovial se hallaba un guerrero letal. Sin embargo, sus intenciones parecían sinceras.

Orla, por el contrario..., no sabía muy bien cómo leer a Orla.

Su preocupación por mi estado parecía real. Si bien era posiblemente una manera de atormentar a su hermano, no la percibí como poco genuina. Pero había algo, algo que no podía ver, que se escondía debajo de sus palabras.

La propia princesa de la Corte de las Tormentas parecía estar teniendo un debate similar. Sus ojos se clavaban en los míos, como buscando la respuesta a una pregunta que no había formulado.

—Bien. Acompáñame, Elara. Te enseñaré el palacio y te llevaré a una de las habitaciones de invitados para que puedas descansar y asearte —proclamó con un gesto afirmativo de la cabeza. Cualquier duda que hubiera tenido parecía haber encontrado una resolución.

—Orla, eso puede hacerlo un sirviente. Me gustaría hablar contigo —gruñó Finnian, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

—Tonterías, llevo cuatro días muerta de aburrimiento y la encantadora Elara es mucho mejor compañía que tú en estos momentos. Aunque huela como un caballo. Nada que un buen baño no pueda solucionar, querida. Además, estoy segura de que tendrás muchas cosas de que hablar con tu *mano derecha* —dijo Orla por encima del hombro conforme comenzaba a subir las escaleras.

Uno de sus delicados brazos enfundados en encaje se estiró en mi dirección para indicarme que la siguiera. En ese momento, nada me hubiera gustado más que acompañarla sin mediar palabra y dejar al Guardián a los pies de la escalera con cara de no entender nada. Algo dentro de mí rugió, triunfal, ante la perspectiva de esa imagen.

Sin embargo, la parte más racional de mi cabeza frenó mis pies. Había muchas preguntas que aún necesitaban respuesta. Preguntas

que Finnian había prometido responder una vez que llegásemos a su corte.

—Espera —dije, anhelando que mis palabras no me hicieran perder el favor que la Alta Fae me había concedido. Me giré hacia Finnian con determinación—. Prometiste que cuando llegáramos a la corte me explicarías en qué consiste el torneo. Prometiste contarme por qué estoy aquí y a qué me voy a enfrentar.

—Me alegra saber que no soy la única a la que no se le informa como es debido. Adelante, hermanito, cuéntale todo sobre el torneo —dijo Orla con los brazos en jarras, unos escalones por encima.

Finnian negó con la cabeza y se encogió de hombros. Ya no había rastro del hombre preocupado que hacía unos minutos había intentado dialogar con su hermana. Solo quedaba la mirada severa y seria del ser más poderoso de la corte.

Cuando por fin habló, su voz no era dudosa. Era la voz de un Guardián. Una voz que comandaba sin pedir explicaciones y esperaba solo obediencia y respeto.

—Tu entrenamiento empezará mañana, Elara. Hablaremos del torneo entonces.

Y, aunque las palabras iban dirigidas hacia mí, algo me dijo que había un mensaje encerrado en ellas. Un mensaje que era solo para Orla.

La princesa me llevó por todo el palacio. Deteniéndose en las estancias más importantes y explicando pequeños detalles de la arquitectura y la decoración. Conforme avanzábamos por los sinuosos pasillos de Adhair, reparé en que saludaba personalmente a los sirvientes y guardias que nos encontrábamos. Conocía el nombre de todos y, a cambio, ellos le respondían de manera afectuosa y cercana.

Cada estancia que visitábamos era más grande y estaba más ornamentada que la anterior. Lejos de estar construido contra la montaña, Adhair había sido construido a partir de ella. Se extendía en forma de semicírculo. Sus dos extremos más exteriores se anclaban a la montaña, creando un espacio escondido en el interior del semicírculo entre el palacio y la cordillera.

Esto daba lugar a un enorme jardín interior con espacio suficiente como para albergar un pueblo pequeño. El espacio estaba rodeado por el edificio y las paredes rocosas de la montaña y tenía sitio para diferentes construcciones de menor tamaño, zonas de entrenamiento, jardines, invernaderos e incluso una piscina.

—La mayor parte de tu entrenamiento se llevará a cabo allí —dijo Orla.

Aunque todo mi cuerpo me suplicaba por un baño caliente y un día entero de sueño, la seguí sin rechistar. Me mantuve en silencio durante toda la visita, y asentía educadamente cuando me hablaba de manera directa, absorbiendo toda la información que me proporcionaba.

La configuración del lugar era casi laberíntica. Estaba claro que memorizarla me iba a llevar un tiempo. Cuando Orla por fin se paró enfrente de una puerta de madera clara, la cabeza me daba vueltas. La princesa giró el delicado pomo de cobre y se hizo a un lado, haciendo gestos para que entrara antes que ella.

—Aquí es. Esta ala del palacio está reservada para invitados. Últimamente no recibimos demasiadas visitas; por lo tanto deberías estar bastante tranquila. La puerta de la derecha es un baño privado. Cuando quieras usarlo solo tienes que entrar y la magia de Adhair hará el resto. Ocurrirá algo similar con el armario, la magia se encargará de que siempre haya ropa que puedas usar. Si necesitas

algo diferente, solo tienes que pedírselo a algún sirviente. Cuando te hayas instalado haré que alguien te suba algo de comer.

Por un instante, la voz de Orla me pareció un eco que me hablaba desde lo más profundo de un sueño. Ante mí, se extendía la habitación más grande que hubiera visto jamás. Como casi todo en el palacio, la mayoría de las superficies eran blancas, salvo por los muebles que estaban hechos de la misma madera clara que la puerta.

Una cama con dosel capaz de dar descanso a cuatro personas coronaba la estancia. Dos grandes ventanas en la pared exterior dejaban entrar la luz a borbotones. Hibiscos y sauces plateados llenaban de verde y vida la imagen enmarcada por el ventanal.

En la pared contraria había un pequeño conjunto de salón, que creaba una cómoda sala de estar. Y, en el otro extremo, un escritorio totalmente equipado, un espejo de pie y un armario descomunal completaban el cuarto.

Observé la habitación con gesto fruncido. Era el sitio más bonito en el que hubiera dormido nunca, eso estaba claro. Y desde luego era mucho mejor que una celda en las mazmorras. Todo mi ser quería correr hacia las ventanas y comprobar si podían abrirse. Una voz en mi cabeza me susurraba que en el momento en el que Orla saliera por la puerta de la habitación, yo me quedaría encerrada en ella. Las celdas no siempre tenían que estar hechas de humedad y barrotes. A veces también podían ser de oro y mármol.

—Eres libre de salir cuando quieras, Elara —comentó ella desde el umbral de la puerta, como si hubiera leído mis pensamientos—. Solo pensé que después de los días que has pasado, preferirías el resto del día para ti. Sin tener que interactuar con ninguno de nosotros. En especial con Finnian.

—Gracias, eres muy amable.

No encontré más palabras que aquellas. Lo ocurrido en los últimos días se amontonaba en mi garganta amenazando con impedirme respirar. La angustia competía con el sinfín de preguntas que quería hacerle.

—Si necesitas cualquier cosa, hazme llamar. Dejaré que descanses.

Antes de que cerrara la puerta, no fui capaz de frenar mi boca y las palabras se me escaparon de los labios.

—Supongo que si intento preguntarte acerca del torneo, no me dirás gran cosa, ¿verdad?

Con una sonrisa triste, que reflejaba mucho de lo que yo misma estaba sintiendo, Orla se encogió de hombros.

—Aunque me encantaría cabrear a mi hermano, y es algo con lo que disfruto a menudo, Finnian sigue siendo el Guardián de la Corte de las Tormentas. Su palabra es ley. Ni siquiera yo puedo desobedecerla y tú tampoco deberías.

Asentí, regañándome a mí misma por siquiera haberlo intentado. Orla había sido amable conmigo, pero estaba claro que su lealtad estaba con su hermano. Sin esperar más respuesta, cerró la puerta con cuidado y me dejó sola con mis pensamientos.

Años de experiencia me decían que investigara la estancia de arriba a abajo. Que buscara cualquier cosa que pudiera serme útil y saliera corriendo del palacio. Los muy idiotas me habían dejado sola y sin vigilancia. Y con todas mis armas.

Sin embargo, me quedé allí plantada. Tanto ellos como yo sabíamos que no iría a ninguna parte. La cicatriz plateada de mi mano latió con fuerza bajo mi puño cerrado. Un recordatorio inmediato de que, por mucho que lo intentara, no había escapatoria.

Desde el espejo, el reflejo de una mujer que se parecía a mí, pero a la que no fui capaz de reconocer, me miró con ojos cansados. Esos

ojos que una vez habían sido míos parecían haber vivido una eternidad desde la última vez que los había mirado.

No iba a sobrevivir a esto huyendo.

Mi única salida era quedarme y enfrentar un futuro que, cuanto menos, era incierto.

Sin echar la vista atrás, empecé a desprenderme de mi ropa destrozada. Pelé capa a capa los horrores vividos en las últimas horas. Necesitaba aclarar mis ideas y descansar. Y, sin duda, un baño caliente era un buen punto de partida. Recé a los dioses olvidados para que las pesadillas que me acompañaban desde niña me dieran una tregua esa noche.

CAPÍTULO IX

La noche vibró en su cuerpo y él dejó que lo consumiera todo.

Por enésima vez, cerré las manos con fuerza sobre las gastadas empuñaduras de mis dagas. La Elara del espejo me miró con ojos entornados. Juzgando mis elecciones, sin duda. «Ya somos dos, querida».

Hacía algo menos de una hora que un sirviente había llamado a mi puerta para comunicarme que el Guardián y su general me esperaban en el patio interior para comenzar mis entrenamientos. Debía presentarme apropiadamente vestida y desarmada.

Mi reflejo me devolvió una mirada exasperada. Mis ojos verdes recorrieron con cuidado mi cuerpo, debatiendo si deshacerme o no de las dagas.

En el armario encontré numerosas piezas de ropa apropiadas para un entrenamiento. Por suerte, gracias a la magia del castillo eran de mi talla. No recordaba la última vez que algo me sentaba tan bien. En Nébula la ropa siempre era de tercera mano o hecha a retales. Nunca era lo suficientemente larga para ajustarse a mi altura o lo suficientemente ancha para contener mis curvas.

Finalmente, me había decidido por unos pantalones de cuero marrón oscuro y un jersey fino del mismo color. En uno de los cajones había encontrado también un par de guantes de cuero sin dedos para proteger las muñecas y un arnés de piel flexible que atar

a mi torso y donde almacenar distintas armas. La pareja perfecta para las cintas que siempre vestía alrededor de los muslos para guardar las dagas.

El siguiente paso estaba claro. Salir de la habitación y tener mi primer entrenamiento. Necesitaba obtener respuestas y saber a qué iba a enfrentarme en el torneo al que había anclado mi vida. Sin embargo, mis piernas se mantuvieron clavadas frente al espejo.

La perspectiva de dejar mis dagas en la habitación me producía dolor de cabeza. Jamás iba a ningún sitio sin ellas. Eran la única posesión de valor que tenía. Nerviosa, intenté retrasar la decisión hasta el final.

Forcé mis dedos lejos de las dagas y centré mis energías en rehacer la trenza que sujetaba mi pelo. Entrelacé sin esfuerzo los mechones de color negro hasta apartarlos de mi cara, sujetando la trenza con un cordel de color azul que había encontrado dentro de uno de los cajones del armario. Un par de mechones más cortos enmarcaban mi rostro preocupado y la pesada trenza caía, plácida, hasta la altura de la cintura.

Era evidente por qué no querían que llevara mis dagas. No confiaban en mí y eso podía entenderlo.

Pero lo que me estaba sacando de mis casillas era el hecho de que no me las hubieran quitado al llegar. En lugar de eso, me había dejado traerlas hasta mi habitación. Poniendo el peso de la decisión en mí. Podía ignorar o acatar su petición. Pero en cualquier caso la decisión sería mía. Era una prueba, sin duda.

¿Qué querían conseguir con ella? No estaba segura.

Y, si era honesta conmigo misma, en realidad tampoco me importaba. No tenía nada que demostrar y ni en sueños iba a renunciar a la seguridad de mis dagas.

Con la decisión tomada, me dirigí con paso seguro hacia el jardín interior. Dos guardias me esperaban a la salida de la habitación. Sin mediar palabra se unieron a mi descenso por la escalera. A través de las ventanas abiertas una brisa primaveral acarició la piel de mi cara. Agradecí el contraste con el interior cálido del castillo.

Avancé en silencio, haciendo todo lo posible por ignorar la presencia de los dos Altos Fae que me pisaban los talones con cara de pocos amigos. Con cada paso y girar de mis caderas, mi trenza ondulaba suavemente contra mi espalda. El familiar peso de mis dagas era un pulso constante contra mis piernas.

A mis lados, mis escoltas se detuvieron antes de entrar conmigo en el jardín. Me giré esperando alguna orden por su parte, pero ninguno de ellos dijo nada. Al parecer su trabajo terminaba allí.

—Elara. ¡Por todos los espíritus! Ya pensaba que no llegarías nunca —dijo la armoniosa voz de Orla, y su figura esbelta apareció detrás de un arbusto de rosas verdes y blancas.

La hermana del Guardián parecía una imagen sacada de un sueño. Un vestido amarillo de gasas vaporosas se ceñía con elegancia a lo largo de su cuerpo. La tela acentuaba todas y cada una de sus maravillosas curvas. Su melena roja y rizada estaba recogida en un elegante moño. La imagen perfecta de una princesa.

Orla me sonrió afectuosamente. Sin embargo, sus ojos me observaron con curiosidad, deteniéndose en las dos dagas que adornaban la parte superior de mis piernas y el par gemelo que aguardaba en mis costillas.

Pude ver como su boca se torcía en una sonrisa divertida. Complacida.

Sin quererlo, no pude evitar sentir que, a ojos de Orla, había aprobado con creces. Una sonrisa similar a la de ella encontró su camino hasta mi cara.

—Me alegra comprobar que he ganado la apuesta. Y ¡fíjate! Parece que debajo de toda la suciedad que traías había una mujer, al fin y al cabo —dijo mientras se adentraba en las profundidades del jardín—. Es asombroso lo que un baño y una noche de sueño pueden hacer.

—¿Vas a entrenar conmigo? —pregunté mientras seguía a Orla a través de los enrevesados pasillos florales. Toques de jazmín y rocío me acariciaron la nariz, calmando mis nervios y permitiéndome disfrutar de las vistas.

No sabía de dónde había salido esa pregunta, pero por algún motivo la presencia de Orla me transmitía un falso sentido de seguridad. Al fin y al cabo, no la conocía. Por no decir que había quedado bastante claro que, pese a los problemas que tuviera con su hermano, la lealtad de Orla estaba con su corte.

No conmigo.

—Me temo que solo os retrasaría —explicó, encogiéndose de hombros.

—Me resulta difícil creerlo. Algo me dice que podrías acabar con Cían en un abrir y cerrar de ojos.

Una risa sincera y musical escapó de sus labios.

—Me gustas, Elara. No eres para nada como me esperaba.

—¿A qué te refieres? —pregunté, confusa. ¿Acaso me había estado esperando?

—Ya casi hemos llegado —dijo, ignorando mi pregunta, y se dirigió hacia un conjunto de setos enormes que aguardaban a escasos metros de distancia.

Estaba a punto de continuar mi interrogatorio, pero la pregunta se perdió entre mis labios, conforme cerramos la pequeña distancia que nos separaba de los setos. Frente a mí, una pared formada por

espesos arbustos e imposiblemente alta se curvaba en lo que parecía una cúpula vegetal.

Cientos de flores, de todos los colores imaginables, se extendían por el manto de ramas y hojas. Era como si la tierra se hubiera levantado y curvado, creando un monte hueco de hierba y flores silvestres.

Durante mi visita, desde el piso superior del palacio, la estructura me había parecido una extensión frondosa de la propia montaña. Una amplia abertura se entreveía al girar la esquina. Estaba flanqueada por un par de guardias. Al pasar, inclinaron la cabeza en señal de respeto hacia la princesa.

Dentro de la cúpula vegetal el sol entraba por entre las ramas acariciando el suelo con rayos delicados. La temperatura era unos grados más baja que en el exterior. El interior, lejos de ser un jardín, era más bien un centro de entrenamiento.

Varias arenas de lucha estaban distribuidas a lo largo de la superficie de la cúpula. Cada una de ellas con un terreno y unas características diferentes: tierra, hierba, rocas, incluso agua. Cada uno de los amplios cuadriláteros tenía su propio ecosistema.

Un suspiró impresionado escapó de entre mis labios.

—Es bonito, ¿verdad? Todo aquel que es testigo por primera vez de la cúpula de entrenamiento de Adhair queda maravillado —dijo Orla con una sonrisa divertida—. Es el fruto del detallado trabajo de los orfebres de la Corte de las Tormentas en colaboración con los de la Corte del Bosque. Un regalo de uno de sus primeros Guardianes, hace ya demasiado tiempo para recordarlo. Desde luego mucho antes de que Umbra pasara a ser su Guardiana. Si te soy sincera creo que nuestra vecina todavía maldice la bondad de sus antepasados por este mágico regalo.

A ambos lados de la cúpula, decenas de armas y herramientas de entrenamiento se estrechaban, muy ordenadas, a lo largo de contundentes estantes de madera. Espadas, dagas, machetes, arcos y un sinfín de armas cuyo nombre desconocía. A cada cual más elaborada y peligrosa. Estaba claro que el gusto por el lujo y el derroche no era algo que se limitara solo a los salones de la Corte de las Tormentas.

—¡Ya era hora! —gritó Cían desde el centro de la cúpula.

Inspeccioné con cuidado el terreno en busca de Finnian, pero el Guardián no se encontraba ahí.

—Me debes cien Airgid, Cían —anunció Orla.

El general fulminó a la princesa con ojos entrecerrados después de recorrer mi cuerpo con precisión. Sus ojos se posaron en dos puntos concretos de mi anatomía antes de maldecir por lo bajo en el idioma antiguo de la corte.

—Veo que has desoído mis sugerencias —indicó con el ceño fruncido.

No le hizo falta decir nada más, yo sabía a lo que se refería. Mis manos volaron de manera instintiva a las empuñaduras de mis dagas.

—No voy a ningún lado sin ellas. Esperaba poder utilizarlas en nuestro entrenamiento. Al fin y al cabo, las usaré en el torneo —dije con confianza fingida.

No pude evitar tragar saliva cuando vi que el Alto Fae se aproximaba a la entrada del centro de entrenamiento. Su cuerpo alto y fuerte se movía con una gracia y una agilidad más propias de un felino. Cada una de sus poderosas zancadas era un recordatorio de que, debajo de un envoltorio bonito y una sonrisa de ensueño, Cían era una máquina de matar.

Todos los Altos Fae lo eran.

No necesitaba verlo entrenar para saber que su cuerpo contaba con siglos de entrenamiento y experiencia en combate. Alguien no llegaba a ser la mano derecha de un Guardián, y general de sus ejércitos, si no era totalmente letal.

—¿Quién dice que podrás usar armas en el torneo? —presionó Cían, levantando ambas cejas y deteniéndose a escasos metros de distancia de donde Orla y yo nos encontrábamos.

La posibilidad de tener que enfrentarme al torneo sin mis dagas hizo que el corazón me diera un vuelco. En mi interior, la fuente de mi poder pareció revolverse ofendida. Mientras que la oscuridad ronroneó encantada.

—Me sería más fácil saber qué esperar del torneo si alguno de vosotros me explicara algo —advertí.

Cían y Orla intercambiaron una mirada incómoda. Lo que me dio suficiente información para saber que nada de lo que hiciera haría que ellos me explicaran en qué consistía el maldito torneo.

—Finnian vendrá dentro de un rato para ayudarte con tu magia. Él responderá cualquier duda que tengas —dijo finalmente Cían, encogiéndose de hombros y rascándose la parte de atrás del cuello.

—¿Hacéis todo lo que os dice vuestro Guardián? ¿O hay alguien por aquí que se atreva a cuestionarlo? —pregunté, cruzándome de brazos y poniendo toda mi frustración y mi cabreo en el tono de mis palabras.

Me importaba muy poco lo que opinaran de mí o las absurdas lealtades que guardaran. Era mi vida lo que estaba en juego.

—Cuidado, Elara. Finnian también es tu Guardián, te guste o no —me advirtió Cían, serio por primera vez desde mi llegada.

Ahogué una risa en la garganta. Leales hasta el final, al parecer.

—Yo no tengo Guardián.

Mi mente acelerada empezó a pensar en todas las maneras en las que explotar su lealtad ciega hacia el Guardián. En el Archipiélago usar mi lengua viperina para causar distracciones era una de mis especialidades. Sacudí con fuerza la pierna derecha, estrechando y relajando los músculos. A su vez estiré los brazos por encima de la cabeza, disfrutando de la deliciosa tensión que recorría mis articulaciones. Si había sobrevivido casi veintiocho años en las calles de Nébula podía sobrevivir a ese entrenamiento.

Paseé la mirada sobre la superficie del interior de la cúpula. No había más salidas que la que aguardaba a mis espaldas. Todavía flanqueada por aquellos dos guardias. Por lo demás, el espacio estaba vacío y ofrecía suficiente privacidad para practicar sin ser observada.

—Te encargarás tú de entrenarme, ¿entonces? —pregunté con una inclinación de mi barbilla, mirando a Cían, antes de comenzar a rotar el cuello en círculos suaves y controlados. Los movimientos eran ya como una rutina de baile que mi cuerpo repetía sin necesidad de esforzarse. Me ayudaban a calmarme.

—De nada —respondió Cían a modo de afirmación con una sonrisa torcida mientras me observaba con curiosidad—. ¿Te quedarás hasta que acabemos, Orla?

—¿Por qué no? No tengo nada mejor que hacer y la perspectiva de que Elara te patee el culo es un aliciente demasiado jugoso para no ser testigo de ello —respondió con una sonrisa amplia, y se alejó de nosotros dirigiéndose hacia un conjunto de bancos situados en la banda de uno de los cuadriláteros centrales.

Cían esperó, paciente, a que terminara mis estiramientos. Una vez acabados, comenzó a caminar hacia el cuadrilátero junto al que esperaba Orla. El espacio estaba delimitado por unas líneas blancas pintadas en el suelo. A diferencia del resto, su interior era una

extensión de tierra y grava. Muy parecida a la de cualquier camino común.

—En primer lugar. Deja las dagas por allí —indicó Cían con gesto severo.

Al ver que no hacía caso, el general se cruzó de brazos dirigiéndome una mirada aburrida.

—Si quieres pasearlas por el palacio, adelante, pero por el momento no las vas a necesitar en los entrenamientos. Por no decir que te servirían de poco contra cualquiera de mis soldados. Quiero empezar centrándonos en el cuerpo a cuerpo. Una vez que tengamos eso afianzado, pasaremos a las armas.

Me planteé protestar, pero el gesto serio de Cían y el poder que emanaba de su cuerpo me hicieron parar en seco. Lo importante era sobrevivir al trato y al torneo, y para ello debía escoger batallas que mereciera la pena luchar. Por mucho que mi primer impulso fuera poner dificultades a cada paso, tenía que ser más inteligente que mi enfado.

A regañadientes, desenvainé las dagas situadas a los costados de mi cuerpo, sujeté ambas con la mano derecha. Cían asintió satisfecho. Con la vista fija en los ojos del general, di un paso en su dirección. Pero, antes de completar el siguiente paso, sacudí el brazo con fuerza, ejecutando de manera perfecta un giro de la muñeca al final del movimiento.

Las dagas salieron volando en dirección contraria a la mesa que Cían había señalado. Dos golpes secos resonaron a mi derecha. No me hizo falta girarme para saber que ambas puntas habían dado de lleno en el centro de la diana en el extremo contrario de la cúpula.

Sonreí, inocente, sin dejar de mirar al Alto Fae.

En mi centro, el poder ronroneó con aprobación. Aunque no había necesitado utilizar la ayuda de mis vientos para dirigir las dagas

hasta su objetivo.

Orla soltó una carcajada cristalina, observando con gesto divertido la boca fruncida de Cían. Este me sostuvo la mirada durante unos segundos. Al final, sacudió la cabeza con gesto derrotado, profiriendo una serie de maldiciones en tono ahogado.

—Voy a matar a Finnian un día de estos —suspiró conforme avanzaba hacia donde me encontraba. Sin embargo, bajo su gesto de exasperación, pude ver el atisbo de una sonrisa—. Está claro que sabes manejarlas, pero no podemos depender de ellas. No tenemos mucho tiempo. Entrenaremos dos veces al día. Dos horas por la mañana y dos por la tarde. Entre medias practicarás tu magia con Finnian. Tenemos solo dos meses hasta el torneo, así que no hay tiempo que perder.

—¡¿Dos meses?! —exclamé sorprendida—. ¿Cuánto hace que sabéis que la corte tenía que participar? No parece suficiente tiempo.

Mientras esperaba a que Cían respondiera, me desprendí del resto de las armas que aún llevaba atadas al cuerpo.

—Sé que no parece mucho, pero por lo que Finnian me ha contado estás bastante en forma. Será cuestión de mantenerla y afinar tus habilidades. —La voz de Cían era la de un general curtido en mil batallas.

Segura y analítica. Como si el Alto Fae hubiera sopesado todas las variables hasta estar seguro de su afirmación. Su voz pretendía transmitir seguridad, pero solo consiguió ponerme todavía más nerviosa. No me gustaba saber que el Guardián de la Corte de las Tormenta me hubiera observado lo suficiente como para poder comentar sobre mi aguante o mi poder. Me gustaba todavía menos el tiempo inexistente del que disponía para prepararme o la poca información que se dignaban a darme.

Sí, era una buena ladrona. La mejor del Archipiélago para muchos. Sin embargo, mi capacidad física tenía sus limitaciones, a diferencia de la velocidad y la fuerza extraordinaria de los Altos Fae. Incluso mi poder de curación estaba limitado, siendo infinitamente más lento que el de otras criaturas.

—¿Has recibido antes algún tipo de entrenamiento? —preguntó el general.

—Uy, sí, desde luego. En verano entrenaba bajo la tutela del Lord del Archipiélago y, en invierno, continuaba mi formación con tutores privados.

Sin más escapatorias, el sarcasmo parecía mi único consuelo. No estaba particularmente orgullosa de mi actitud, pero esa coraza que me acompañaba siempre se empeñaba en seguir empujando para asegurarse de que nadie se acercara demasiado.

La cara de Cían se estrechó en una sonrisa imposible. Por segunda vez esa mañana, los gestos del general me recordaron más a los de un animal salvaje.

—Dos cosas. La primera, soy el rey del sarcasmo, así que si nos enredamos por ese camino no saldremos nunca. La segunda, voy a entrenarte de la misma manera que entreno a mis soldados. A cambio, solo pido dos cosas: esfuerzo y sinceridad. Así que repetiré la pregunta, ¿qué tipo de entrenamiento tienes?

Sopesé sus palabras durante unos segundos. Él tenía razón. Necesitaba su ayuda. Y, aunque no pensaba ponérselo fácil, no tenía por qué colocar piedras innecesarias en mi camino.

—El que ofrece la calle y años de experiencia. Alguno de los otros ladrones del gremio me enseñaba de vez en cuando alguno de sus trucos. Aunque, por lo general, todo lo que sé lo he aprendido yo sola. —Odié la fragilidad de mi voz y el latigazo de vergüenza que pareció sacudir mis piernas.

Y, aun así, me obligué a ser sincera.

Cían asintió pensativo. Absorbiendo cada una de mis palabras sin juzgarme. Haciendo ajustes en su plan de entrenamiento y sopesando nuestras posibilidades de éxito.

—Muy bien. Empezaremos corriendo —dijo finalmente.

No había juicio en su voz, algo que me sorprendió. Estaba acostumbrada a relacionarme de otra manera. En Nébula no había conversación que no estuviera destinada a ganar o perder algo: información, dinero o incluso el orgullo. Ahora bien, el general no me observaba de manera distinta por haber confesado una debilidad.

¿Correr? Vale, eso podía hacerlo. Si bien no tenía la velocidad de un Alto Fae, años de huidas y persecuciones en las calles de Nébula me habían proporcionado un aguante más que envidiable.

Para mi sorpresa, mi entrenador comenzó a correr hacia los límites de la cúpula. Como si tuvieran vida propia, mis piernas lo siguieron.

Cían marcaba un ritmo matador. Estaba segura de que, aun así, el general era capaz de moverse mucho más rápido. A diferencia del Alto Fae, rompí a sudar a mares. Di gracias a los espíritus por las enredaderas que cubrían la mayor parte de la cúpula, filtrando y suavizando los rayos del sol.

Corrimos en silencio.

Con cada paso, mi cuerpo parecía relajarse y destensarse. Y, conforme avanzaba el tiempo, las preocupaciones que inundaban mi mente se hacían más y más pequeñas.

El agotamiento y el esfuerzo comenzaron a hacer mella. Con cada zancada, forzaba respiraciones controladas. Ese ritmo y el crujir de mis botas sobre la hierba eran los dos únicos sonidos que me permití escuchar. Al cabo de una hora, Cían dio por finalizada nuestra carrera.

Mi corazón bombeaba desesperado, sus latidos hacían eco en mi interior. Estaba agotada.

—No está mal. No está nada mal, Elara. Creo que podemos mejorar tu velocidad. Pero este es un muy buen punto de partida. Bebe algo de agua. —A mi lado Cían apenas parecía cansado. Una capa fina de sudor bañaba su frente, pero por lo demás no aparentaba estar afectado por la hora que llevábamos corriendo—. Ahora vamos a ver qué sabes hacer.

—¿Hay alguna norma que tenga que saber? —pregunté mientras me acercaba a una de las mesas equipadas con jarras de agua.

Tras beber dos vasos rebosantes, tiré el resto de la jarra por encima de mi nuca, disfrutando del frío instantáneo de mi piel mojada en contacto con el suave viento de la mañana.

—¿Norma?

—Sí, alguna regla o límite que tenga que seguir en el torneo. ¿Puedo arañarte los ojos? ¿Puedo escupir? ¿Puedo darte una patada en la entrepierna, por ejemplo? ¿O eso se considera juego sucio?

—Diría que una patada en la entrepierna siempre es juego sucio, pero este no es un torneo al uso. Haz todo lo que tengas que hacer para sobrevivir. Y, aunque dudo que logres acercarte lo suficiente, si eso significa darme una patada en los huevos, adelante —dijo Cían mientras avanzaba hasta el centro del cuadrilátero y hacía un gesto con la muñeca para que me uniera a él.

—¿Por qué no iba a acercarme lo suficiente?

—Porque soy mil veces mejor que tú. Y porque apenas puedes hablar sin resoplar.

—Me estás cayendo fatal —dije con la respiración todavía entrecortada mientras forzaba mi cuerpo a llegar al centro del cuadrilátero.

—Lo creas o no, no es la primera vez que alguien me dice eso durante un entrenamiento. —El tono despreocupado de Cían solo hizo que mi enfado creciera más y más. Tal vez enfrentarme a él no era tan mala idea. Así al menos podría borrarle esa sonrisa de la cara—. Solo cuerpo a cuerpo, nada de magia —instruyó el general.

Flexioné las rodillas y subí los brazos, bajando mi centro de gravedad y adoptando una posición defensiva. Cían empezó a rodearme, adoptando una posición similar. Mientras todo mi cuerpo protestaba, el suyo parecía estar bailando. Elegante, controlado y sin esfuerzo.

Tras unos segundos sin apenas movernos, Cían dobló los dedos en mi dirección.

—No tengo todo el día, demuéstrame que no eres todo palabras vacías.

Antes de que pudiera terminar la frase, lancé mi cuerpo contra el suyo. En una de mis maniobras preferidas, extendí de manera exagerada el puño izquierdo en su dirección, dejándole claras mis intenciones.

Tal como yo esperaba, Cían leyó mis movimientos y bajó su cuerpo para esquivar mi golpe. En el último momento, cambié la dirección de mi ataque girando el cuerpo hacia abajo y levantando la pierna contraria para golpearlo por el lado opuesto. Sin embargo, en lugar del quejido de dolor de mi oponente que acompañaba normalmente a esa maniobra, una mano fuerte agarró la base de mi tobillo. Perdí el equilibrio, conforme una fuerza repentina me impulsaba hacia abajo. El choque de mi espalda contra el suelo hizo que el aire escapara dolorosamente de mis pulmones, lo que me dejó momentáneamente sin respiración. ¡Malditos espíritus! Ni siquiera lo había visto venir.

El enorme cuerpo de Cían se inclinó hacia mí. Con una mueca socarrona, me ofreció una mano para ayudar a levantarme.

—Si quieres tocarme vas a tener que cambiar de estrategia. Soy más rápido, más fuerte y más guapo que tú. No vas a conseguir nada a base de rabia —rio desafiante.

—¿Qué tiene que ver la belleza en todo esto? —dije entre dientes mientras palmeaba su mano fuera de mi cara.

Ignoré su ayuda y forcé mi cuerpo hacia arriba. El golpe me había dejado algo aturdida.

—Nada, pero me ha parecido importante recalcarlo —respondió, guiñándome un ojo.

Con un grito más propio de un animal, dejé que todo mi enfado y frustración tomaran el control de mis movimientos. Lancé, combinación tras combinación, puñetazos y patadas contra Cían. Pero, sin importar lo que yo intentara, el Alto Fae era capaz de esquivarlos y bloquearlos sin apenas esfuerzo. Se movía de manera brutal y calculada.

Con cada golpe que fallaba, mi enfado crecía.

—Mierda —dije, al tiempo que su pie golpeaba mi espalda mandándome de bruces contra el suelo.

—Tienes que centrar tu cuerpo de otra manera. En lugar de utilizar tu fuerza, usa la mía en mi contra. Debes ser capaz de adelantarte a mis movimientos y utilizarlos en tu favor —explicó.

—Eres un Alto Fae, haga lo que haga vas a ser más rápido que yo. La única manera que tengo de encajar algún golpe es intentar sorprenderte.

—Es posible, pero también puedes anticiparte. Colócate aquí. Vamos a hacer una serie de repeticiones lentas. Y, en lugar de atacar, quiero que te centres en bloquear y aprender mis patrones de movimiento.

Durante la siguiente hora, Cían me hizo repetir sin descanso distintas combinaciones de movimientos tanto ofensivos como defensivos. Sus correcciones e indicaciones eran prácticas y efectivas. Parecía tener una paciencia infinita. Sin importar el número de veces que yo tuviera que repetir una combinación hasta hacerla de la forma adecuada.

Cían ajustaba de manera constante mi postura, dando pequeños toques y enseñándome con su propio cuerpo cómo adoptarla. Era un profesor estricto pero calmado. No parecía darle importancia a mi torpeza en ciertos movimientos o a la diferencia en nuestras velocidades. Cada vez que aparecía un problema, me ofrecía una solución pragmática. Apuntando una serie de ajustes y recompensando mi esfuerzo con palabras de aliento y aprobación.

Una vez que estuvo satisfecho con mis combinaciones y la precisión de mis movimientos, pasamos los últimos diez minutos repitiéndolos, esta vez con él como mi oponente. De esta manera, yo tenía que leer cuál era la combinación que él iba a usar, y escoger la manera de bloquearla.

Conforme practicábamos, vi con el rabillo del ojo como Finnian entraba en la cúpula. Avanzó con paso decidido hasta situarse junto a Orla. Ambos comenzaron a hablar en susurros, sin apartar la vista de donde Cían y yo continuábamos nuestro trabajo. Desde mi posición no fui capaz de distinguir lo que decían.

—No está mal para ser el primer día. ¿Cómo te sientes? —preguntó Cían, tras lo que me pareció una eternidad.

Me dejé caer, sin miramientos, al suelo. Respirando con dificultad. Aunque todo mi ser chillaba de cansancio, no podía negar que Cían era un buen profesor.

Aun así, no había logrado encajar ni un solo golpe.

—Como si me hubiera pasado un caballo por encima, pero con la sensación de que tengo un par de trucos nuevos bajo la manga. No sé si quiero darte un puñetazo o un abrazo —dije cerrando los ojos.

CAPÍTULO X

Él contaba los días para el torneo de manera obsesiva. Navegaba pesadillas y entrenaba sin descanso. Pero nada era suficiente. Nada borraba el pasado.

El crujir de unas botas hizo temblar el suelo sobre el que tenía apoyada la cabeza. Las voces animadas de Orla y Cían se hicieron más y más pequeñas a medida que la pareja se alejaba fuera de la cúpula. No me hizo falta abrir los ojos para saber quién me estaba observando a escasos centímetros.

—Tu mano derecha está como una cabra. Casi me mata con tanto ejercicio —dije con los ojos todavía cerrados.

Si no los abría, seguiría en mi pequeño caparazón. En mi pequeño mundo donde no tenía que enfrentarme al Guardián de las Tormentas, ni a sus ojos inquisitivos.

—Es el mejor guerrero de mi corte. Tienes mucha suerte de que te esté entrenando —murmuró Finnian en algún lugar sobre mi cabeza.

Podía sentir, aun a ciegas, sus ojos ocre y cobre analizándome en el suelo.

—Y ¿para qué exactamente me está preparando? —pregunté, abriendo al fin los ojos, dispuesta a enfrentarme a él.

Me recibió su gesto fruncido. Sentí que me quedaba sin aliento bajo su escrutinio. El sol de la mañana coronaba su cabello, confiriéndole una especie de halo más propio de una ensoñación que de un hombre. No me dejé engañar, al fin y al cabo, las pesadillas eran sueños con dientes.

—Directa al grano. No sé por qué no me sorprende —comentó con un suspiro exasperado, alejándose unos pasos de mí.

—Finnian —dije con tono severo mientras me levantaba.

Un tono que, una parte de mí, sabía que no debía usar frente a un Guardián. Pero los modales y el respeto ciego nunca habían sido mis puntos fuertes. Andar por la vida de puntillas no era una opción para alguien como yo. Si el Archipiélago me había enseñado algo, era que para sobrevivir a veces había que ser la mala de la historia.

Cada vez que mis encargos me llevaban a una habitación llena de monstruos, no me permitía tener miedo. Al fin y al cabo, yo era el más aterrador de todos. Los rumores de las muertes que había provocado siendo apenas una niña se pegaban a mí como un mal olor. Lejos de hacerme pequeña bajo el peso de los cuchicheos, había aprendido a vestirlos como una armadura.

Además de Artio, solo me había permitido confiar ciegamente en otra persona una vez. La sonrisa torcida de Nolan centelleó como un rayo en mi memoria. Mi cuerpo se encogió con su recuerdo. Y, con una fuerza que había ido cultivando durante los dos últimos años, empujé la imagen hacia lo más profundo de mi ser, ignorando por completo el repentino nudo que amenazaba con cerrarme la garganta.

—Quiero ver cómo manejas tu poder primero, después hablaremos.

—Eso no es lo que dijiste ayer.

Puede que mi vida estuviera ligada a la del Guardián, que mi futuro dependiera por completo de su persona. Que yo no fuera más que una de las miles de huérfanas del Archipiélago de las Tormentas. La cicatriz plateada que palpitaba en mi mano no me permitía ignorarlo.

Pero no había sobrevivido toda mi vida a base de esfuerzo y una lucha constante para dejarme pisotear por nadie. Por muy Guardián que fuera.

—Necesito saber qué alcance tiene tu poder y qué control tienes sobre él. Conseguiste sobrepasar las guardas de la cripta, lo que me da bastante información, pero necesito verlo por mí mismo. Tenemos que familiarizarnos con tu control y aumentar el tiempo que puedes utilizarlo. Además de los peligros del torneo, no podemos olvidar los peligros del Vacío —explicó mientras se deshacía de la chaqueta de cuero marrón que vestía, descartándola sin miramientos en el suelo.

El gesto se me antojó raro.

Mundano.

La mayor parte de los Altos Fae utilizaban la magia como muleta para todo. En todos mis años tratando con Roan, nunca lo había visto deshacerse de una chaqueta manualmente. No, siempre desaparecían mágicamente, al igual que cualquier mancha, arma o elemento que les rodeara.

La mención al Vacío, sin embargo, fue suficiente para devolverme a la realidad. Era uno de los mayores peligros de utilizar magia sin control y demasiado rápido. Corrías el riesgo de vaciar tus reservas y empezar a drenar la magia de tu propia energía vital. No había vuelta atrás de aquello.

Cuando el Vacío te invadía, nadie sobrevivía.

—Por no decir que después de que hablemos, lo más probable es que no quieras compartir tu tiempo conmigo durante un rato —añadió con un tono ligeramente más suave.

—Lo dices como si yo tuviera algún tipo de elección en todo esto —dije sin poder evitar el ronquido que escapó de mi garganta.

No me respondió.

Una a una, comenzó a coger las jarras de agua situadas en la mesa más cercana. Con cuidado, casi con un mimo reverente, colocó cuatro de las jarras en el suelo, a unos cinco metros de donde yo me encontraba. Cuando estuvo satisfecho con su posición, caminó en silencio hasta situarse a mi derecha.

—¿Qué acceso tienes al poder de las Tormentas?

—Aire, exclusivamente. Los espíritus no me otorgaron el poder del rayo y su corriente.

Los habitantes de cada una de las cinco cortes manifestaban el poder de estas de diferentes maneras. A excepción de los Altos Fae, el resto de las criaturas no podían acceder a la totalidad del poder de su corte de nacimiento.

Aire y electricidad, para la vanidosa Corte de las Tormentas. Tierra y vegetación, para la brutal Corte del Bosque. Agua y curación, para la pacífica Corte de las Olas. Fuego y luz, para la sabia Corte las Llamas. Sombras y telepatía, para la temida Corte de las Sombras.

Gracias a mi sangre de Hadaës, que diluía el poder de los Fae con mi herencia humana, yo solo era capaz de acceder a la manipulación de las corrientes de aire.

—Podemos trabajar sobre eso, entonces. Quiero que, sin romper el cristal de las jarras, saques el agua de su interior y la mantengas suspendida sobre cada una de ellas.

Asentí concentrada. Eso podía hacerlo. Sentí mi don latir de forma constante en mi pecho. Un recordatorio de que no estaba sola.

Relajé mi cuerpo, vaciando mi mente de ruidos ajenos y concentrándome en el zumbido constante del aire que me rodeaba.

Desde que tenía uso de razón, había sido capaz de sentir cómo vibraban cada una de las partículas que conformaban el aire y el viento. Escuchaba su canción, notas que solo yo parecía ser capaz de oír. Una atracción magnética que, en ocasiones, me hacía perder el sentido del tiempo y el espacio.

Hice mutar mi poder para que se amoldase a la melodía que bailaba en el ambiente. Torciéndolo y cambiándolo hasta que era casi imposible saber dónde acababa mi poder y dónde comenzaba el aire.

Cuando por fin lo encontré, el punto clave donde yo me convertía en una con el aire, mi cuerpo se relajó. Como si la frecuencia a la que yo normalmente me encontrara no fuera la correcta, si no era la misma que la del viento que tanto necesitaba.

Una a una, comandé las ondas de mi poder y del aire hacia el interior de las jarras creando una barrera fuerte y flexible que atrapaba el agua, elevándola fuera de su recipiente. Pasados unos segundos, los contenidos de las cuatro jarras flotaban a unos centímetros de los recipientes. Oscilando suavemente, pero controlados.

—Muy bien. Ahora devuelve el agua a las jarras sin derramarla —oí que indicaba Finnian desde mi derecha.

El susurro de su orden impactó de lleno contra mi nuca, haciendo que se me erizara la piel. Mi sistema nervioso se activó, consciente de la cercanía de un depredador. Centré todos mis esfuerzos en ignorar esa sensación. Puse los ojos en blanco ante su tono de maestro, e hice lo que me pidió. Repitiendo el ejercicio a la inversa.

Con cada segundo que pasaba, podía notar que el centro de mi poder perdía algo de fuerza. No suficiente como para vaciarse, pero

sí lo suficiente para que mi cuerpo comenzara a sudar.

—Vamos a repetirlo. Esta vez, cuando tengas el agua de todas fuera, quiero que devuelvas el agua de una en una. Manteniendo las otras en el aire.

Finnian gesticuló desde mi espalda moviendo los brazos por encima de mis hombros para enfatizar su explicación. La cercanía de nuestros cuerpos no ayudó a calmar mis latidos. Mi poder tiraba en su dirección, atraído por la fuerza magnética del ser que personificaba la magia de la corte.

Por mucho que quisiera resistirme, la magia de Finnian era un reclamo constante. Así era como Lyssandria funcionaba. Los seres inferiores estábamos programados para palidecer ante el poder de nuestro Guardián, desesperados por obedecerle.

Fruncí el ceño y dejé escapar un suspiro por el esfuerzo.

Sin mirar al Guardián, elevé mis manos hacia las jarras. Normalmente no me era necesario dirigir mi poder con las manos. A veces ni siquiera necesitaba tener contacto visual con mi objetivo, aunque usar las manos siempre ayudaba a focalizar mejor el poder.

—Otra vez. El mismo ejercicio, pero al revés —ordenó una vez que hube terminado de meter todo el agua en las jarras.

Repetimos esa rutina durante casi media hora. Alternando el orden de las jarras, la altura y la distancia a la que mantenía el agua flotando. Con cada repetición, mi don comenzaba a flaquear. La precisión de los movimientos y el pequeño tamaño de las jarras requerían mi atención constante.

Sorprendida, comprobé como mi poder martilleaba testarudo dentro de mí, como si se negara a darse por vencido frente al Guardián de su corte. Ignorando por completo las evidentes señales de agotamiento que comenzaban a sacudir mi cuerpo.

En lo más profundo de mi ser, la oscuridad comenzó a parpadear. Un recordatorio de que seguía allí. Era un canto de sirena difícil de ignorar.

—Eso es. Mantenlas suspendidas. ¿Cómo te notas? —preguntó, desviando la mirada de las jarras y estudiándome detenidamente.

—Divinamente —dije entre dientes.

Me miró con ojos entornados. Tuve que girar el cuello para poder sostenerle la mirada. Nuestras caras estaban tan cerca que podía ver cómo se mordía el labio inferior en un intento de contener una risa demasiado perfecta para ser justa.

—¿Ah, sí? Muy bien. Quiero que dejes caer el agua lentamente. Gota a gota —ordenó, cruzándose de brazos y regalándome una sonrisa torcida llena de algo oscuro y desafiante.

Si continuaba usando mi magia durante mucho más tiempo iba a acabar desmayándome. Tanto mi poder como yo éramos conscientes de esa realidad. Y, sin embargo, ambos decidimos intentarlo. Dos locas testarudas hasta el fin del mundo, pero era demasiado tarde.

Un chasquido de cristal y líquido parpadeó en el silencio de la cúpula. Trozos de las jarras y gotas de agua se abalanzaron sin control en todas direcciones. Un zumbido antiguo y feroz envolvió el espacio que nos separaba de la explosión y evitó que sus restos nos alcanzaran.

—Suficiente por hoy —declaró con tono pensativo, pero sin emitir ningún juicio hacia mi exhibición.

—Empieza a explicar —exigí, doblándome sobre mí misma e intentando recuperar el aliento.

El agotamiento amenazaba con devorarme viva, pero no había sufrido esa tortura para no obtener respuestas.

—Doy por hecho que en las islas no se habla de este torneo —dijo tras lo que pareció una eternidad, girando su cuerpo para

encararme, pero manteniendo una distancia prudencial entre ambos.

—¿Debería? —pregunté, recelosa.

Nunca había oído nada acerca de un torneo entre las cortes. Más allá de los rumores de los variopintos divertimentos de los Altos Fae, eran pocas las noticias del continente que llegaban al Archipiélago.

—Solo responde la pregunta, Elara —insistió con voz seria.

—No que yo sepa. ¿Es algo comúnmente conocido en el continente?

—No, desde luego que no. Solo los miembros más importantes de cada corte conocen su existencia —explicó, mientras observaba mis reacciones detenidamente.

—Participan todas las cortes, entonces.

No era del todo una información inesperada. Finnian había dejado caer esa posibilidad en nuestra conversación en el barco.

—Sí, participa un representante de cada corte. Escogido personalmente por el Guardián de cada una.

La confirmación hizo que se me cerrara la boca del estómago. Cuatro participantes a los que enfrentarme, con acceso a poderes que nunca había presenciado y contra los que nunca había luchado.

—A lo largo de un mes, tendrán lugar tres pruebas diferentes. Tu objetivo es llegar a la prueba final intacta.

—¿Tengo que ganar, entonces? —pregunté, absorbiendo la información y recordando las palabras que formaban parte de nuestro trato.

Finnian había pedido mi participación, que no mi victoria, a cambio de mi libertad, mi vida y la vida de Artio.

—No hay ganadores o perdedores en las dos primeras pruebas. Solo aquellos que las sobreviven y aquellos que no. Para llegar a la siguiente prueba hay que superar la anterior. Si no se consigue, quedas fuera de la competición. Solo necesito que sobrevivas hasta

la tercera y última prueba. Obviamente tu victoria sería lo ideal, pero ni siquiera un trato puede obligarte a eso.

Esa información debería tranquilizarme, pero algo dentro de mí me decía todo lo contrario.

—¿En qué consisten las pruebas?

—No lo sé. Cambian de torneo a torneo. —Su voz era aterradoramente suave y apestaba a mentira.

—Si queda tan poco tiempo para el torneo, ¿cómo es que no tenías ya un campeón seleccionado?

—¿Quién dice que no lo tuviera?

Estaba claro que aquel era un tema peliagudo del que no iba a conseguir más información. Al menos por el momento. Así que decidí probar otra línea de preguntas.

—¿Quién diseña las pruebas? Tal vez pueda conseguir información al respecto, si sé a quién investigar.

—Eso es irrelevante. El torneo es cosa de la Dama de la Noche. Pueden ser pruebas de habilidad, de fuerza o de magia. No hay límites. El juego está pensado para ponerte a prueba en todos los sentidos.

La mención de la Dama de la Noche hizo que mi corriente de pensamientos parara en seco. Eran muchos los nombres por los que se la conocía: Diosa de los Espíritus, Reina de la Noche o Guía de las Almas Errantes eran unos pocos ejemplos. Ahora bien, algo estaba claro: era poderosa y venerada. Una leyenda para la mayor parte de los habitantes del continente. Lo más parecido que había a un dios que habitaba en Lyssandria, al menos desde que los antiguos dioses ya olvidados decidieron abandonarnos.

—¿Quiénes son los otros participantes? —le pedí, intentando cambiar el foco de las preguntas.

—Lo desconozco. A excepción de una, el resto de las cortes no suele anunciar quiénes son sus campeones hasta el inicio del torneo. Tampoco es que te fuera a ayudar mucho saberlo, no compites contra ellos. Tenemos que dar por supuesto que las otras cuatro cortes habrán escogido a sus mejores guerreros y guerreras —ofreció, encogiéndose de hombros.

—¿Qué corte lo anuncia? —supe, antes de que él respondiera, que en realidad ya sabía la respuesta a esa pregunta.

—La Corte de las Sombras. Disfrutan atormentando al resto, como estoy seguro que sabes. El Oscuro es un experto en lo que se refiere a técnicas de intimidación. En cualquier caso, el resto de los participantes no son importantes.

El pánico irradió en mi interior.

La Corte de las Sombras era, sin lugar a duda, la más temida de las cinco cortes. Eran pocos los que se adentraban en su territorio y salían con vida. Su Guardián era temido en toda Lyssandria. La naturaleza sanguinaria y cruel del Oscuro no era solo un cuento para atemorizar a los niños, era historia.

Todos conocíamos los horrores de la matanza de Astrella. El Oscuro había matado a sangre fría a toda una población él solo. Su nombre era uno que se susurraba mirando por encima del hombro.

—¿Cómo no van a ser importantes? Por mucho que entrene no podré hacer nada frente a un Alto Fae —dije, pasando una mano sudorosa por entre las hebras desordenadas de mi trenza, sin poder evitar el tinte de pánico que pintaba cada una de mis sílabas.

—No tienes por qué preocuparte. Si hay algo seguro es que los campeones sois todos Bajos Fae o mestizos.

—Tal vez no te hayas dado cuenta, pero hay poder más allá de los Altos Fae. Hay muchísimos Bajos Fae o mestizos que podrían patearte el culo y que acabarían conmigo en medio suspiro.

—Soy más que consciente de su poder y de tus limitaciones, Elara. Aun así, el resto de los campeones no son nuestro problema principal. En teoría las pruebas te enfrentan contra ti misma, no contra los demás.

—¡¿En teoría?! —grité, perdiendo los nervios.

—No puedo predecir cómo se comportarán el resto de los campeones. Cada corte tiene sus objetivos. No podemos confiar en nadie.

—¿La nuestra también? —rugí entre dientes.

—Por supuesto.

—¿Y vas a hacerme el honor de compartirlos conmigo o tengo que seguir sonsacándote la información a cuentagotas?

Una sombra letal cruzó su rostro.

Antes de que pudiera darme cuenta, el Guardián se abalanzó sobre mí. Su cara a escasos centímetros de la mía. La fuerza del poder que irradiaba hizo que me temblaran las piernas. Aun así, me obligué a no bajar la mirada, a riesgo de perderme en la inmensidad de su presencia.

—En primer lugar, te conviene recordar con quién estás hablando. —Sus palabras enfadadas impactaron contra mis mejillas—. No confundas mi hospitalidad con debilidad, campeona. Sigo siendo el Guardián de tu corte y, como tal, me debes respeto. Y, en segundo lugar, recibirás la información que yo crea pertinente, cuando lo crea pertinente. Tú céntrate en entrenar, de la política me encargo yo.

Sus palabras parecían esconder una verdad que no se atrevía a decirme. Una verdad que asomaba por entre cada una de las gotas de información que me había ofrecido. Una verdad que Artio había sabido al implorarme que no aceptara el trato. No iba a sobrevivir a aquello, comprendí con una tranquilidad fría y resignada.

—No es la primera vez que este torneo se celebra. —No era una pregunta, pero aun así necesitaba oírlo de su boca.

—No —confirmó con sus ojos clavados en mí.

Tragué saliva, mi corazón latiendo como un loco contra mis costillas. Él observó con ojos entrecerrados el movimiento de mi garganta. Me estremecí bajo su mirada. El ocre de sus ojos era como lava derretida en el fondo de un volcán.

—¿Cuál es el objetivo del torneo? ¿Qué pasa cuando alguien supera todas las pruebas? —dije todavía pegada a su cuerpo.

Él negó con la cabeza.

—El objetivo es irrelevante.

—Si lo fuera, no me harías participar.

En el fondo sabía que no me iba a dar más información, pero eso no iba a impedir que lo intentara.

—Nuestra participación en el torneo no es algo sobre lo que tenga control, Elara.

Por primera vez en la conversación, algo parecido a derrota inundó su gesto. Derrota y un agotamiento tan profundo que hacían palidecer al mismo sol.

El Guardián pareció tomar conciencia de la poca distancia que nos separaba y comenzó a retroceder. Antes de que pudiera darme cuenta de qué estaba sucediendo, una de mis manos se enredó alrededor de su muñeca, impidiendo que se fuera demasiado lejos.

Frunció el ceño, pero no me paró.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Qué es esto? Una especie de competición que creáis los Guardianes para entretener a vuestra aristocracia. ¿Tan aburridos estáis que necesitáis ver cómo un puñado de Bajos Fae y seres que consideráis inferiores se pelean en vuestro nombre? —Con cada una de mis palabras el tono de mi voz comenzó a subir.

—¡Por supuesto que no! —rugió a escasos centímetros de mí, perdiendo cualquier semblante de control y rompiendo de un tirón nuestra conexión.

Durante unos segundos no dijimos nada. En el silencio de la bóveda, solo se escuchaban nuestras respiraciones entrecortadas.

—Entonces explícame por qué se celebra esta competición.

—Ya te he dicho todo lo que puedo decirte por el momento. Tenemos que centrar nuestros esfuerzos en mejorar el control que tienes sobre tu magia. Todo lo demás no sirve para nada —explicó entre dientes con un susurro que parecía más un grito.

—Dime qué consigue la corte que supera todas las pruebas.

—Me temo que no puedo —dijo, y empezó a alejarse, dejándome sola en el centro de la arena.

—¡¿Ha pasado alguna vez?! —grité hacia su espalda sin moverme del sitio—. ¿Algún campeón ha conseguido superar todas las pruebas?

Antes de que respondiera, antes de que la voz triste del Guardián llegara a mis oídos, mi corazón ya sabía la respuesta.

—No, nadie lo ha conseguido —admitió, y se detuvo un momento, pero sin girarse hacia mí.

La realidad de lo que me esperaba chocó contra mí como una bestia desenfrenada y, por primera vez desde mi llegada a la corte, no pude evitar sentir miedo.

CAPÍTULO XI

Sus sombras estaban inquietas. Anhelantes.

Los días comenzaron a emborronarse los unos con los otros. Una amalgama de ejercicio, sudor, agotamiento y lágrimas sin derramar. Y, antes de que me diera cuenta, ya habían pasado dos semanas desde mi llegada a la Corte de las Tormentas. La familiaridad de la rutina de entrenamientos ayudó a mi cuerpo a encontrar un ritmo al que adecuarse.

Todas las mañanas corría con Cían durante una hora. Si bien al principio el general se había limitado a correr por el interior de la cúpula, con el paso de los días comenzó a ampliar nuestro recorrido. Cubríamos casi todo el terreno del palacio, explorando los límites de la impresionante finca y bordeando el Remolino.

Conforme corríamos, incluso en el interior de la cúpula, podía sentir un zumbido constante de poder, acompañado de decenas de pequeños ojos mirándome. El peso de la presencia de los espíritus era algo que jamás había experimentado con esa intensidad. En mi interior, mi don parecía tan incómodo con la situación como yo. Mientras que la oscuridad revoloteaba curiosa ante sus atenciones.

En el decimoquinto día tras mi llegada, y después de una hora corriendo especialmente demoledora, Cían continuaba su particular versión de tortura bajo el manto verde y fresco de la cúpula de entrenamiento.

—Tienes que acompasar tus respiraciones, Elara. En el torneo no tendrás oportunidad de descansar en las pruebas. Debes ser capaz de pelear estando agotada. Cuando estamos cansados nos volvemos imprecisos, vulnerables. No puedes dejar de pensar con lógica por muy cansada que estés.

Apreté con más fuerza el agarre sobre las dagas de entrenamiento. Echaba de menos el peso y el metal frío de mis propias dagas. El general era plenamente consciente de mi desagrado. No es que yo hubiera sido precisamente sutil. Cada vez que me hacía agarrar las monstruosidades desafiladas de madera para los entrenamientos, yo hacía notar mi descontento de alguna manera. Sin embargo, con o sin mis amenazas, Cían no parecía dispuesto a darme acceso a un arma real por el momento.

Mientras todos y cada uno de mis músculos temblaban al límite del colapso, Cían esquivaba con elegancia mis embestidas.

—Piensa antes de atacar, Elara. Lee el movimiento de mis pies e intenta preverlo para así contratacarlo. Y controla esas caras tuyas. Tus muecas me avisan de lo que vas hacer dos segundos antes de que empieces a moverte —instruyó Cían entre risas a la vez que esquivaba un ataque que iba directo a su costado.

—Hablas demasiado —gruñí, desviando a duras penas la espada de Cían con mis armas—. Y estas dagas son una mierda.

Aun así, sabía que el general tenía razón. A diferencia de en nuestro primer entrenamiento, con el paso de los días, Cían había dejado de contenerse. No estaba convencida de que estuviera usando toda su fuerza y sus capacidades, pero día tras día la intensidad de sus golpes aumentaba.

Pese al cansancio que invadía cada milésima parte de mi ser, lo cierto es que los entrenamientos con Cían eran uno de los pocos momentos del día que realmente disfrutaba. Era capaz de perderme

en el movimiento, los golpes y el dolor, olvidando durante un puñado de horas dónde me encontraba y por qué estaba entrenando.

La crudeza de las estocadas de Cían, junto con su incansable variedad de combinaciones y maneras de hacerme morder el polvo, eran lo más parecido a la familiar brutalidad de las calles de Nébula.

La espada de Cían impactó con fuerza sobre mi hombro izquierdo. Un dolor punzante y repentino hizo que me tambaleara hacia atrás. Si hubiese sido una espada real, me habría atravesado músculo y tendones.

—Otra vez —rugí.

Tiré al suelo una de mis dagas, doblada a causa de intentar rebatir el golpe. Cayó con un sonido sordo y tan inservible como la endeble hoja de metal falso.

—Es suficiente por hoy. Podemos descansar —propuso Cían como si me estuviera haciendo un favor.

Durante unos segundos, lo miré con la boca abierta. Una fina capa de sudor cubría su frente y pecho descubierto. Su piel, oscura como la noche, brillaba bajo la cúpula y sus luces. Era la estampa de un dios.

Y me sacaba de mis casillas.

Cían era implacable en sus entrenamientos, pero también sabía hacerme parar cuando estaba cerca de alcanzar mi límite. Esos atisbos de compasión me confundían y frustraban a partes iguales. No quería amabilidad, quería no pensar. Quería sentir que tenía el control en medio del caos. Ellos me habían metido en este lío, así que ellos debían prepararme.

—Ni hablar. ¿No acabas de decir que no tendré descansos en las pruebas? Entonces no tiene sentido que paremos. Otra vez, Cían. La revancha.

—Elara, por hoy es...

—¿Qué pasa? ¿Acaso el temible general de la Corte de las Tormentas tiene miedo de que una simple Hadaës le patee su presuntuoso trasero? —tanteé con una sonrisa dulce e inocente, batiendo las pestañas de manera exagerada.

Si algo había aprendido de Cían en nuestras semanas juntos era que jamás rechazaba un reto. Cualquier vestigio de una excusa se perdió a medio camino en su boca abierta. Todo rastro de compasión se transformó en una mueca burlona y desafiante. El rostro de un depredador jugando con su presa.

—No tengo todo el día, general.

Casi pude sentir cómo mi don ponía los ojos en blanco ante mi osadía. Si lo que pretendía era que me dieran una paliza de muerte, desde luego esa era la forma más rápida de conseguirlo.

Pero es que no podía parar. Si paraba, las pesadillas volarían a buscarme. En el momento en que el entrenamiento terminara, mi verdadera tortura volvería con más fuerza. El ejercicio y el dolor hacían que mi cabeza estuviera en silencio.

Cían hizo crujir su cuello y comenzó a caminar en mi dirección. Sí, el Alto Fae era un depredador, pero yo no era muy diferente. Había sobrevivido toda mi vida a base de intentar ganar y burlar a seres más fuertes que yo.

Cían no sacó su espada. En un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo se abalanzó en mi dirección. Salvo que esta vez, yo estaba preparada. Antes de que empezara a moverse, capté el leve crujido de sus botas contra la tierra, lo que me permitió esquivar su golpe con un movimiento fluido. Aproveché la inercia para propinarle una patada que dio de lleno en su espalda. Cían se tambaleó hacia delante. Sinceramente, no sabría decir quién de los dos estaba más sorprendido de que hubiera logrado encajar un golpe.

No esperé a que se recuperara.

Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, estiré una pierna pegada al suelo y giré con fuerza hasta que mi pie se coló entre los suyos. Cían se precipitó hacia la tierra de un plumazo. Aproveché la confusión por la caída para enrollar mis piernas con las suyas, haciendo que su espalda impactara contra el suelo. El crujido de su cabeza contra la tierra fue casi tan satisfactorio como la mueca de dolor y sorpresa que apareció en su cara.

Hinqué una de mis rodillas contra su pecho y, con una velocidad que me sorprendió hasta a mí, apunté una daga contra la base de su cuello y otra contra una zona más al sur.

—Ríndete —exigí, presionando con más fuerza mi daga contra su piel para enfatizar mis palabras.

—Debería haberte tomado más en serio cuando amenazaste a mis pelotas el primer día —exhaló entre risas.

—RÍN-DE-TE.

Cían levantó ambas manos ligeramente del suelo en señal de abandono. Con una sonrisa triunfal, despegué mi cuerpo del suyo. Extendí una mano en su dirección. Y, aunque estaba segura de que no necesitaba mi ayuda, Cían aceptó mi mano con una sonrisa sincera.

—No está nada mal. Normalmente no alabaría un ataque por la espalda y contra una de las partes más queridas de mi anatomía. Pero en el torneo todo vale. Buen trabajo, Elara.

—No quiero que sigas conteniéndote —dije mientras recogía mis verdaderas dagas de la mesa auxiliar y comenzaba a atarlas a mi cuerpo. El familiar peso del acero contra mi cuerpo hizo que exhalara un suspiro de alivio.

Cían levantó una ceja en mi dirección, pausando por un momento sus manos mientras anudaba de nuevo la camisa alrededor de su pecho.

—Creo que tienes una relación peculiar con esas dagas.

—Cían, estoy hablando en serio.

Inquieta giré mi cabeza hacia la entrada de la cúpula. De un momento a otro, la figura de Finnian aparecería por las puertas abiertas que conectaban con el castillo. Mientras los entrenamientos con Cían eran algo que esperaba con ansias cada mañana, las lecciones y prácticas con Finnian eran todo lo contrario.

En lugar de enseñarme a mejorar el control sobre mi poder y potenciar mi magia, Finnian se limitaba a hacerme repetir ejercicios inútiles sin fin. Apenas me dirigía la palabra. Y, cuando lo hacía, siempre era para indicar lo mal que lo estaba haciendo.

Cían siguió la dirección de mi mirada, frunciendo el ceño ligeramente antes de responder.

—Hoy no tendrás entrenamiento con Finnian. Orla y él están atendiendo unos asuntos de la corte durante el día. No volverán hasta dentro de un par de horas. ¿No te lo dijo Finnian ayer?

—Para eso primero tendría que hablarme.

—Finnian tiene muchos frentes abiertos, Elara. No justifico su actitud. Créeme. Lo conozco desde hace más de trescientos años. Sé de primera mano que puede ser un cabrón insufrible. Pero el peso de ser Guardián es uno muy grande para sostenerlo solo. Y más en los tiempos que corren. Dale tiempo.

Miré a Cían confusa. La mitad de lo que acababa de decir no tenía ningún sentido para mí. No me importaba cuál fuera el peso de la corona. Al fin y al cabo, era esa corona la que me había obligado a firmar un trato de sangre que me aseguraba una muerte certera y dolorosa.

—Y, para que conste, no he estado poniéndotelo fácil, pero necesitábamos mejorar y reforzar tu forma física. Todavía nos queda mucho trabajo. A medida que tu fuerza aumente, seré más duro. No

tengo ningún interés en romperte antes de tiempo —siguió Cían, antes de que yo pudiera responder—. Dejaré que descanses. Tengo que dirigir unas patrullas a través del Remolino.

Asentí en silencio.

Aunque, en teoría, un día entero para mí sola en el palacio sonaba bien, lo cierto es que mi cabeza iba a mil por hora. Los entrenamientos, aunque abrumadores y cansados, me ayudaban a silenciar mis preocupaciones.

Una carcajada clara y transparente me hizo levantar la vista del suelo. A mi lado, Cían me miraba riéndose hasta casi saltársele las lágrimas.

—¡Por la Dama, Elara! Cualquiera diría que te acabo de mandar a picar a las minas de la Corte del Bosque —rio, deshaciéndose a manotazos de las lágrimas que adornaban las esquinas de sus ojos —. Si no te apetece estar sola todo el día, siempre puedes acompañarme.

—¿Lo dices en serio?

Odié lo pequeña e insegura que el alivio de sus palabras me hizo sentir.

—Claro. Pero, te lo advierto, tampoco es que vaya a ser nada emocionante. Tengo que asegurar varias guardas en los perímetros del bosque. Si no tienes nada en contra de pasar varias horas montando a caballo rodeada de soldados, eres bienvenida.



Los caballos, decidí a los diez minutos de comenzar a montar, eran mi nueva obsesión. No eran muchas las personas que montaban a caballo en el Archipiélago. Y yo, desde luego, no era una de ellas.

De pequeña, había sentido fascinación por aquellos animales. A menudo fantaseaba con montar en uno y escapar hacia el continente. Mis sueños nunca contemplaban la problemática de cruzar un mar a caballo. Ahora bien, ¿quién era yo para poner límites a mis fantasías?

La yegua que Cían me había asignado resopló con fuerza ante nuestro abrupto descenso a través del bosque. Acaricié con mimo el pelaje oscuro de su cuello y el animal se relajó. A medida que avanzábamos, mi cuerpo vibró de emoción con cada una de las galopadas. Podía sentir los mechones desordenados de mi cabello rebotar contra mi espalda.

Tuve que ahogar unas ganas contenidas de dejar escapar un grito de felicidad.

Los movimientos fuertes y controlados de la yegua me hacían vibrar. Una sensación de expectativa y libertad que no había experimentado nunca se extendió por todas mis extremidades.

—Creo que es la primera vez desde que estás aquí que te veo sonreír tanto —dijo Cían a mi lado, dirigiendo su caballo para que trotara a escasos metros.

Miré hacia atrás incómoda. A los dos soldados que acompañaban nuestro pequeño destacamento. Sus miradas estaban fijas en los bosques que nos rodeaban. Escudriñando la maleza en busca de posibles peligros.

—Siempre había querido montar a caballo.

No me atreví a mirar a Cían, así que concentré mis esfuerzos en mirar hacia delante y en sonar lo más casual posible. No tenía por qué sentirme avergonzada. No era mi culpa haber crecido en el Archipiélago.

Aun así, detestaba la punzada de vergüenza que me atravesó al admitirlo en voz alta. No podía permitirme mostrar ni una pizca de

debilidad. No mientras estuviera rodeada de seres construidos y diseñados para matarme.

El Remolino observó nuestra incursión en silencio. Un silencio latente y cargado de ecos sordos que retumbaban a cada paso. Conforme más avanzábamos, más altos crecían los árboles y más densas eran sus copas.

El Remolino se extendía eterno y paciente en todas direcciones. Los troncos de sus árboles, blancos como la nieve, eran tan gruesos que habrían hecho falta varios hombres para rodearlos. Sus raíces, casi tan grandes como los árboles, curvaban y engrosaban el terreno y el suelo del bosque.

Largas ramas colgantes y lianas, de hojas verdes y afiladas, ondulaban suspendidas en el aire frío de media mañana. Una amalgama de verdes y texturas que dificultaba la visión, como si de un mar de vegetación se tratara.

Tras lo que pareció una eternidad, Cían frenó su caballo. Desmontó en un movimiento fluido y avanzó hacia un límite invisible que yo no podía ver.

Con menos gracia de la que estaba dispuesta a admitir, bajé de mi yegua y me uní a él en mitad del bosque. Los dos soldados se mantuvieron ensillados, vigilando con una determinación casi enfermiza el perímetro a nuestra espalda.

—Es aquí. —La voz de Cían se fundió con la brisa de corteza y lluvia que bailaba entre las afiladas hojas de las ramas colgantes.

—¿Qué hay al otro lado?

—La Corte del Bosque. Compartimos la frontera con ellos. Parte de la frontera está en el Remolino. La otra parte en los valles del este de la corte. Es la zona más poblada —explicó mientras se quitaba los guantes de montar y los guardaba en un bolsillo de su uniforme.

—¿Y renovar estas guardas protegerá toda la frontera? —pregunté sin poder evitar el tinte de escepticismo en mi voz.

—No. Pero Finnian renovó las guardas de la zona oeste la semana antes de ir al Archipiélago. Así que no hay necesidad de reforzarlas durante un tiempo.

Mientras hablaba, comenzó a dibujar formas en el aire con sus dedos. Observé, ensimismada, como, cada vez que terminaba su dibujo, la forma cobraba vida en el aire. En un trazo fino y de un color azul brillante.

Reconocí los símbolos de inmediato. Si bien no sabía lo que significaban, había robado suficientes artefactos antiguos para saber que eran palabras del idioma antiguo de la Corte de las Tormentas. El idioma de los espíritus. Artio había utilizado caracteres similares de la Corte de las Llamas, aunque infinitamente más sencillos, para proteger los límites de la tienda.

Con cada trazada que Cían terminaba, el aire a nuestro alrededor se volvía más pesado. Como cargado de electricidad. El centro de mi poder se revolvió en silencio en mi interior, por una vez de acuerdo con mi curiosa oscuridad. Ambos ansiosos por salir a jugar ante la llamada silenciosa del poder que emanaba de Cían.

Con un gruñido los empujé hacia dentro.

—El idioma de los espíritus —murmuré.

Cían emitió un gemido de asentimiento, sin perder el contacto visual con las formas que dibujaba en el aire. Finalmente, dejó caer las manos, con un suspiro de agotamiento. Los símbolos se desvanecieron en el aire. Como si nunca hubieran existido.

En la corta distancia que nos separaba sentí como temblaba ligeramente al volver a ponerse los guantes. La magia que había realizado le había dejado exhausto.

—¿Para qué son las guardas, exactamente? Pensaba que las cinco cortes estaban en paz después de la Gran Guerra —dije mientras volvía a subir a mi yegua.

A mi lado, Cían hizo lo mismo.

—Hoy estás especialmente preguntona.

Sin más contestación, hincó las rodillas en su caballo y comenzó a galopar de vuelta al palacio. Dispuesta a no darme por vencida comencé a trotar en su dirección.

—¿No vas a responder a mi pregunta?

Mi sexto sentido me dijo que Cían no estaba dispuesto a ofrecer la información sin resistencia. Por lo general, era abierto y sincero. En esos momentos la energía presente era defensiva. Estaba protegiendo algo.

—Hay muchos peligros en el continente, aparte de las cortes y sus Guardianes. Nunca está de más estar preparados —dijo con una media sonrisa, y un suspiro.

Y con ello supe que no iba a decirme nada más.

—¿Cada cuánto tienes que hacer esto?

—Lo solemos hacer una vez al mes. Normalmente es Finnian quien lo hace. Su magia está directamente conectada con toda la corte. Así que sus protecciones son bastante más efectivas que las mías. Pero sus obligaciones de hoy con Orla no podían retrasarse. Mis protecciones mantendrán las guardas y los encantamientos seguros durante un par de semanas, hasta que Finnian pueda reforzarlas.

—Y ¿qué has dicho que estaban haciendo Orla y Finnian, exactamente?

Era un intento torpe. Torpe y demasiado directo hasta para mí. Sin embargo, a veces, cuando toda sutileza fallaba, ser directa me había

sacado de más de un apuro. Por otro lado, tampoco tenía nada que perder.

—No lo he dicho —respondió con una sonrisa torcida.

—Tenía que intentarlo —murmuré, encogiéndome de hombros.

—Son asuntos de la corte, Elara. Pomposos y aburridos, como la mayoría de los que requieren la presencia del Guardián y la princesa.

—Esa es la excusa más patética que he oído nunca. Y, créeme, he oído cosas muy patéticas. Es asombroso lo que las personas dicen con tal de salir con vida de un apuro. Una vez un hombre intentó convencerme de que los cuadros de más de quinientos años que le estaba robando los había pintado su sobrino de doce —le expliqué, poniendo los ojos en blanco.

El recuerdo del balbuceo incesante de ese comerciante de arte amenazó con hacerme reír.

—Cuidado, Elara. Soy el general de la Corte de las Tormentas. No deberías confesar tus crímenes tan abiertamente en mi presencia. Tendré que arrestarte —bromeó él, sacudiendo la cabeza en mi dirección.

Tuve que reprimir mi propia sonrisa. Si Cían supiera la mitad de los crímenes que había cometido, estaría encerrada en un calabozo y no durmiendo en una cama con dosel todas las noches.

—¿Es por los ataques de las criaturas, entonces? ¿Acaso ha habido otro?

—¿Y tú cómo sabes lo de los ataques?

Fingir inocencia no me iba a servir de nada, así que decidí confesar.

—El día que llegué había habido uno. Tú mismo se lo comentaste a Finnian antes de que Orla apareciera. Y durante estas semanas he observado que habéis aumentado las patrullas y la seguridad. He de decir que al principio me sentí halagada, pero con el paso de los días

me he dado cuenta de que no tiene que ver conmigo. Estáis preocupados por los ataques que van claramente en aumento y deben de estar acercándose mucho si estáis blindando así el palacio y reforzando las guardas de la frontera.

Él me observó de hito en hito meneando la cabeza. Me pareció escuchar que murmuraba algo parecido a una palabrota.

—Estoy impresionado y asustado a partes iguales. Alguno de mis soldados podría aprender mucho de ti. Pero no, no se han ido por un ataque. Llevamos una semana tranquila en ese sentido. Parece que las criaturas han decidido darnos un respiro. Lo cual agradezco porque la situación se estaba poniendo tensa.

—¿Qué son?

—Aún no lo tenemos claro. Si te soy sincero, espero que nuestras sospechas estén equivocadas. Sé que soy el general, pero ni siquiera yo sé qué está pasando. Nuestra gente quiere respuestas y es muy frustrante no poder dárselas.

—¿Cómo acabaste siendo general de la Corte de las Tormentas?

El ambiente entre nosotros se había relajado. Su posición tranquila y la sinceridad de su risa me animaron a volver a intentar mi interrogatorio.

—¿Aparte de por mi belleza arrebatadora y mi indudable talento, quieres decir? —Su tono dulce y meloso acarició el espacio que nos separaba.

—Bueno, eran tan obvios que no me ha parecido ni siquiera necesario aclararlo.

Cían me dedicó una sonrisa radiante y una inclinación de cabeza, en un gesto de caballerosidad y agradecimiento exagerados. Lo ridículo de su reacción consiguió arrancarme una risa.

—Finnian y yo nos criamos juntos. Mi padre, los espíritus lo tengan en su recuerdo, era uno de los consejeros más cercanos al

antiguo Guardián, Miach, el padre de Finnian. Después de la muerte de mi padre, el Guardián me mantuvo en la corte. Crecí entrenando con Finnian mano a mano. Supongo que, de algún modo, los dos sabíamos que cuando él fuera Guardián, yo estaría a su lado.

—Habéis vivido muchas cosas juntos.

—Es como mi hermano. Orla también. —La intensidad de sus palabras no me sorprendió.

Pese al ambiente tenso a mi llegada, la profundidad de la conexión entre los tres Altos Fae era más que evidente.

—Orla es... Nunca se me habría ocurrido pensar que la princesa de una corte fuera como ella. ——No me hizo falta fingir el asombro y admiración genuinos de mis palabras. La realidad es que Orla era una persona que me había cogido por sorpresa.

—Orla es una fuerza de la naturaleza. Es la mejor de los tres. —El cariño en las palabras de Cían hizo que se me encogiera el corazón.

Una parte de mí se sintió culpable.

Culpable de mi manipulación para sacarle información sobre el Guardián.

Culpable por saber que lo volvería a hacer.

Mi instinto de supervivencia negó exasperado. No estaba allí para hacer amigos, sino para saldar una deuda y ser libre.

—Oh, estoy de acuerdo. Os da mil vueltas a los dos —concedí, forzando una sonrisa y empujando a un lado el incómodo sentimiento.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes mucha familia y amigos en las islas? —preguntó él. Su curiosidad, limpia y transparente, me atravesó el corazón en una estocada directa. Aquí estaba yo, esforzándome por sonsacarle información a la mano derecha del Guardián, mientras él parecía genuinamente interesado en aprender cosas sobre mí.

—No. Solo Artio y yo. —Las palabras hicieron arder mi garganta.

El recuerdo de Artio y mis remordimientos eran una combinación letal en mi corazón.

—El trasgo, ¿verdad?

—Es mi única familia —dije muy bajito.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó con cuidado.

Su voz profunda se tornó suave y comprensiva. Odié cómo me hizo sentir.

—Tus teorías son tan válidas como las mías, supongo. No soy la primera huérfana del Archipiélago. Ni seré la última. Lo único que tengo de mi pasado son una ristra de pesadillas y esta cicatriz —expliqué haciendo un ademán perezoso hacia la piel zigzagueante en la base de mi garganta—. Mis recuerdos comienzan a partir de Artio. Antes de eso, todo es bastante confuso.

Aquella era la verdad, aunque no la verdad completa. De repente, ya no tenía ganas de continuar hablando. Solo quería llegar a mi habitación y sumirme en un sueño profundo y oscuro. Lejos del bosque, lejos del torneo y lejos de mis recuerdos.

—¿Dónde estabas antes de que te acogiera?

—En un orfanato. Pero no pude permanecer allí mucho tiempo. Hubo una especie de incidente y cerró.

Aquella era la mentira habitual que contaba cuando alguien preguntaba por mi infancia. No podía dar los detalles reales de mi marcha de la institución, ya que eso implicaría hablar de lo que había hecho ayudada de la oscuridad. Todas aquellas muertes pesaban en mi conciencia día tras día, no tenía interés en compartirlo con nadie.

—Después estuve un tiempo en las calles de Nébula. Nunca se me ha dado demasiado bien seguir las normas de otros, incluso de pequeña, así que andaba metida constantemente en problemas. Solo recuerdo el frío y el hambre. El resto de la información es lo

que Artio me ha ido contando. —Mi tono era plano y tuve que forzar la mirada, fija en la maleza blanca del Remolino para que las lágrimas no emergieran.

—¿Y qué hay de tus amigos?

—Nadie tiene de eso en Nébula. Artio es la única persona en la que puedo confiar. Todos los demás, de una manera o de otra, siempre me han traicionado. Tampoco es que los culpe. Con el tiempo entiendes que solo puedes confiar en ti misma. El resto solo buscará la manera de utilizarte.

Recé por que mis palabras llegaran hasta el último rincón del bosque. Lejos de mi cabeza y de mi alma. Que los espíritus hicieran con ellas lo que quisieran, mientras arrancaran de mi cuerpo el dolor que me producían.

—Eso suena muy solitario.

A lo lejos, el suave contoneo de las torres del palacio se adivinaba entre los troncos del Remolino.

—Es la única vida que he conocido. Créeme, hubo un tiempo en el que fui tan ingenua como para pensar que merecía algo más. Un error que no volveré a cometer.

Sin esperar una respuesta, hinqué mis rodillas en la yegua y comencé a galopar fuera del bosque. Él me siguió de cerca, pero en silencio. Me despedí de Cían con unas pocas palabras al subir las escaleras del palacio. Por un momento pensé que el general iba a decir algo más, pero, tras agradecerle que me dejara acompañarlo, se limitó a asentir con gesto pensativo.

Cuando llevaba ya unos segundos andando hacia mi habitación, paré en seco en mitad del pasillo. Tal vez había sido demasiado seca con Cían. Al fin y al cabo, el general no había hecho otra cosa que intentar ser amigable.

Comencé a deshacer mis pasos, dispuesta a encontrarlo y decirle ¿qué? ¿Pedirle disculpas, tal vez? Aunque no estaba segura, no paré mi avance. Cuando estaba a punto de torcer una esquina, voces entrecortadas y serias llegaron a mis oídos. Una voz tan intensa como los ojos ocres de la persona a la que pertenecían hizo que parara en seco.

Una persona decente habría vuelto a su habitación. Pero ¿a quién pretendía engañar? Al fin y al cabo, yo era la mejor ladrona del Archipiélago.

Pegué mi cuerpo a las paredes de un saliente oscuro del pasillo, controlando mi respiración y forzándome a no hacer ni el más mínimo ruido. El sol había comenzado su descenso y proyectaba sombras oscuras y profundas en el interior del edificio. Amoldé mi cuerpo a las sombras, intentando hacerme invisible contra la fría pared de piedra. Las sombras me abrazaron con cariño.

—¿Cómo ha ido con Orla? ¿Algún progreso? —oí que preguntaba Cían.

—No están seguros. Les llevará algún intento más hasta que lo tengan finalizado. Pero Bromir era relativamente optimista. —Las palabras de Finnian dejaban entrever el cansancio del Guardián.

—¿Y Orla?

—Haciéndose la fuerte, como siempre. Ya la conoces —murmuró el Guardián con un suspiro.

—No quiere preocuparte, Finnian.

Aunque no podía verlos. Casi pude notar cómo Cían posaba una mano reconfortante sobre el hombro de su amigo.

—Estoy constantemente preocupado por ella, Cían. Lo que necesito es que sea sincera. Si no, es imposible que podamos ayudarla.

—Hablaré con ella —aseguró el general con un tono pausado pero seguro.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Por un momento, me invadió el pánico. ¿Acaso me habían descubierto? Iba a ser muy difícil explicar qué hacía escondida en mitad de un pasillo escuchando una conversación ajena.

Empujé mi cuerpo con más fuerza contra la pared, rezando a los espíritus para que no me vieran. Las sombras que me acariciaban me ocultaron de ojos indeseados.

—¿Qué hacía Elara en la patrulla? —preguntó Finnian al fin, rompiendo el silencio que me consumía.

—Fin, ha estado conmigo todo el tiempo. —Escuché el cansancio esta vez en las palabras del general.

—No deberías haber dejado que fuera. No hay tiempo para entrenar a nadie más. Si le pasa algo a Elara, se acabó. —La voz de Finnian resonó contra las vidrieras del palacio. Como si pretendiera arañarlas con cada una de sus sílabas.

—Soy consciente, pero no es nuestra prisionera. Su vida no puede reducirse a entrenar, comer y dormir —respondió Cían.

Tardé un segundo en entender lo que el general estaba diciendo. El significado de sus palabras hizo que una sensación de cariño y agradecimiento recorriera mi pecho.

—Hasta que termine el torneo eso es exactamente lo que su vida tiene que ser. Debe estar preparada para sobrevivir. —A Finnian no parecía importarle la sinceridad de su general.

—Si sigues apretándola así, va a explotar, Fin.

—Intento hacer lo que es mejor para todos.

El tono de ambos se elevó exponencialmente. La tensión era palpable en el ambiente.

—Lo sé, hermano, lo sé. Créeme. Pero esta no es la manera. Si queremos que esta vez funcione, tienes que ser sincero con ella, Finnian. Tienes que contarle todo —murmuró Cían en tono conciliador.

—Los otros campeones sabían todo y mira cómo acabaron.

—Elara es diferente —insistió el otro, en un último intento.

—Está decido. No quiero oír hablar más del tema.

El resto de su conversación se perdió entre sus pasos mientras se alejaban en la dirección contraria. Tardé mucho tiempo en volver a moverme. Incapaz de comprender lo que había escuchado, retorcí sus palabras en mi cabeza una y otra vez.

Solo una cosa estaba clara, el Guardián me ocultaba algo. Algo lo suficientemente importante como para que su general se lo echara en cara.

Retazos de su conversación plagaron mis pensamientos el resto del día. Por la noche, se mezclaron con los ecos familiares de las pesadillas que me perseguían desde niña.

CAPÍTULO XII

En días como aquel, la sombra de su padre parecía un espectro imposible de borrar. Imposible de escapar.

Iba a matar a Finnian.

Sería una muerte lenta y dolorosa. Lo había decidido. Algo oscuro y siniestro que haría temblar hasta a la mismísima Dama de la Noche y que borraría esa sonrisa arrogante de la cara del Guardián.

Y, aunque nunca antes me había planteado el asesinato de manera deliberada, la idea comenzaba a sonarme inquietantemente atractiva. Cualquier cosa con tal de hacer callar al Alto Fae y poner fin a sus entrenamientos. O, para ser más correctos, sesiones de tortura era un término más adecuado para lo que Finnian me obligaba a hacer.

Después de semanas de ejercicios, el manejo de mi poder seguía sin mejorar. El Guardián insistía en hacerme repetir complejas maniobras inservibles: abrir y cerrar distintos tipos de cerraduras usando mis poderes para mover los mecanismos; trasladar grano a grano los contenidos de enormes sacos de arroz y legumbres; comandar el aire a mi alrededor para correr más rápido o saltar más alto.

Cada ejercicio era más tedioso y largo que el anterior. Y, aunque mi habilidad no estaba mejorando demasiado, mi aguante se había incrementado. Las sesiones me dejaban agotada y frustrada. Sin

embargo, cada vez era capaz de alargar más el tiempo de acceso a mi magia.

Esa mañana, Finnian había decidido que nuestra sesión consistiría en ejercicios de protección. Lo que, en la práctica, significaba que me había pasado una hora intentando bloquear, en vano, las constantes arremetidas del poder del Guardián.

Las ondas de Finnian se fundían con el viento de la bóveda de entrenamiento. Frías, serenas y letales. Como si un huracán se hubiera colado en el jardín. Un huracán calculador y obstinado, como aquel que lo comandaba.

Mi poder y yo no éramos más que una suave brisa de otoño contra semejante monstruo.

Tras dos horas sin descanso, Finnian dio por finalizado el entrenamiento. Sin mediar palabra, y con las manos y las rodillas en carne viva de tantas veces que me había caído, caminé hasta mi habitación para limpiarme las heridas.

Con un gruñido entre dientes, me quité de un tirón los guantes de cuero. Las heridas habían comenzado a cerrarse en mis palmas, fundiéndose con la tela de los guantes en el proceso. Al tirar, volvieron a abrirse arrancando una serie colorida de improperios de mis labios.

Sin darme tiempo a pensar, separé de un tirón los pantalones de mi cuerpo, donde un proceso similar estaba ocurriendo en mis rodillas. Ahogué un sollozo de dolor, descartando la prenda ensangrentada de una patada y dejando caer mi peso en el borde de la cama.

Definitivamente iba a matar a Finnian.

Dos golpes tímidos contra mi puerta hicieron parar mis ideaciones homicidas.

—¿Se puede?

Orla no esperó a que yo contestara. La princesa entró en mi habitación y cerró la puerta tras de sí. Clavó sus ojos en mí. Frunció el ceño, entrecerrando los ojos. Nunca había tenido demasiado problema en enseñar mi cuerpo, pero ante la mirada de la princesa, que estaba vestida con un fino vestido de encaje y gasa verde que cubría el suyo, deseé al menos llevar pantalones.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó mientras se dirigía hacia el escritorio y comenzaba a sacar cosas de los cajones.

—Al parecer hay un alto porcentaje de que un ciclón me ataque en el torneo. Así que tu hermano ha tenido la amabilidad de prepararme —suspiré con tono sarcástico mientras utilizaba un paño húmedo para limpiar la sangre de mis heridas.

Un ronquido divertido escapó de los labios de Orla, pero no preguntó nada más. Vi como acumulaba varios tarritos de cristal que yo misma tenía intención de utilizar antes de que ella entrara. En mi primera noche en la corte había inspeccionado el cuarto al completo, descubriendo un cajón repleto de medicamentos y utensilios de primeros auxilios.

Con los brazos cargados de distintos ungüentos, vendas y un paño, Orla se sentó a mi lado en la cama y apartó mis dedos de un manotazo lejos de mis heridas.

—Solo lo vas a empeorar así —murmuró, concentrada.

Con delicadeza, vació los contenidos de un pequeño recipiente de cristal oscuro sobre una gasa y comenzó a limpiar las quemaduras de mis manos.

—Necesito un tiempo para recobrar energías y que se cierren por completo.

—Sé que sus métodos no son agradables, pero Finnian solo intenta asegurarse de que sobrevivas al torneo. —Las palabras de

Orla sonaron pequeñas y delicadas, como los toques que aplicaba contra mi piel.

—No son los métodos lo que me preocupa, Orla, sino la falta de información. Está claro que hay cosas que no me dice. Que no me decís en general —dije sin intentar ocultar el toque acusatorio de mi voz.

Orla se encogió ligeramente ante mis palabras, pero continuó su labor con delicadeza. Una vez que estuvo satisfecha con su trabajo, dejó a un lado la gasa y posó sus manos a escasos centímetros de mis heridas.

Casi de forma inaudible, oí que empezaba a murmurar palabras en un idioma que me era desconocido. Un frío repentino invadió mis heridas y tuve que resistir el impulso de apartarlas.

No era una experiencia dolorosa, pero sí desagradable. Como si alguien estuviera presionando porciones heladas de hielo contra mi cuerpo y yo fuera incapaz de separarme. El frío era tan poderoso que amenazaba con quemarme.

La sensación duró solo unos segundos. Cuando separó sus palmas de mi cuerpo, mis heridas estaban casi cerradas. Asombrada, elevé mis manos para observar el resultado más de cerca. La piel estaba todavía algo inflamada, pero las heridas se habían cerrado casi por completo.

Siendo Hadaës, aunque me curaba más rápido que muchas criaturas, habría tardado varias horas en que mi cuerpo llegara hasta ese punto. Y, en el proceso, las heridas habrían continuado reabriéndose con el roce de mi ropa.

—Gracias —susurré—. Pensaba que el poder de curación era algo que solo los Fae de la Corte de las Olas podían hacer.

—Lo es, pero hay algunas ventajas de haber vivido más de dos siglos. Aprendes algunos trucos útiles —dijo, y se levantó de la

cama.

No me pasó desapercibido el ligero temblor de sus pasos evidenciando una repentina debilidad, a pesar de que la voz relajada y divertida de la princesa había hecho un buen trabajo disimulándolo.

La observé durante unos segundos. Años de experiencia en las islas me habían permitido ser capaz de analizar el lenguaje corporal de la gente. Era asombroso lo mucho que podías aprender de alguien observando su forma de moverse o su lenguaje gestual. Muchas veces, solo necesitaba mirar a alguien a los ojos para saber exactamente cuál sería su próximo movimiento.

La cara de Orla reflejó cansancio durante medio segundo. El ligero suspiro que sacudió su cuerpo fue apenas perceptible. El momento se fue tan rápido como había llegado. Y al girarse de nuevo, Orla era la viva imagen de la determinación y la elegancia.

—Vístete, te vienes conmigo. Necesitas salir de esta habitación —anunció mientras revolvía mi armario.

—Me paso el día fuera de mi habitación.

Orla ignoró mi intento de excusa, y me lanzó un pantalón y una camisa corta de lino verde claro.

—Entrenar con Cían y Finnian no es precisamente una actividad disfrutable. Llevas tres semanas aquí y todavía no he conseguido que me acompañes a ninguna de mis actividades —insistió Orla, poniendo los brazos en jarras y gesticulando para que comenzara a vestirme.

—Orla, de verdad que necesito descansar. Tal vez otro día...

—De ninguna manera. No me voy a ir hasta que te vistas, Elara. Todavía no me conoces mucho, pero supongo que no te sorprenderá saber que siempre me salgo con la mía. Vas a acompañarme. Vas a pensar en algo que no sea el torneo durante un par de horas y te lo

vas a pasar bien. Tengo que revisar algunos de los proyectos en la sala de ingenieros. Te gustará. Estoy segura —sentenció Orla con una sonrisa triunfal.

Una parte de mí quería seguir protestando, pero la mirada de Orla no daba lugar a razonar con ella. No, no la conocía mucho, pero estaba segura de que la princesa solía salirse con la suya. Y, si con algo me podía sentir identificada, era con una mujer que sabía lo que quería y luchaba con uñas y dientes por ello.

La sonrisa de Orla era contagiosa. Antes de que me diera tiempo a ocultarla, mi cara se iluminó imitando a la princesa. Con un suspiro derrotado meneé la cabeza y comencé a vestirme.



—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté, mientras Orla abría las puertas que daban acceso a una habitación de dos alturas.

El espacio estaba desierto. Grandes ventanales, adornados con intrincadas vidrieras similares a las del resto de la casa, dejaban pasar la luz cálida de media tarde. Decenas de estanterías de madera cubrían cada superficie disponible. En sus estantes, cientos de cachivaches y artefactos descansaban pacientes. Los materiales que los componían eran casi tan variopintos como las formas que presentaban.

En el centro de la estancia había varias mesas grandes de madera. Cada una de ellas estaba abarrotada de tubos y recipientes de cristal que contenían líquidos de todos los colores. Decenas de papeles, anotaciones y libretas yacían esparcidos por doquier.

Daba la sensación de que, antes de que nosotras entráramos, la habitación hubiera estado repleta de gente trabajando. Era como si la actividad hubiera cesado en un instante. Era como si todos sus

ocupantes hubieran desaparecido de un plumazo, mientras su trabajo los esperaba congelado en el tiempo.

—Con el torneo a la vuelta de la esquina, Finnian ha suspendido todas las actividades del laboratorio hasta que finalice. Solo el personal esencial se ha quedado en Adhair. La mayoría de los ingenieros están en alguno de los palacios más al este, continuando sus investigaciones.

Asentí distraída, mientras observaba un aparato particularmente llamativo que estaba posado en el centro de una de las mesas. Dos tubos de un metal azul y brillante se extendían sobre una base de hierro y madera. La base estaba repleta de pequeñas placas de plata. Sobre cada una de ellas había distintas inscripciones.

Aunque no podía leerlas por completo, reconocí el idioma de inmediato. Era la lengua antigua. El idioma de los espíritus que cada una de las cinco cortes interpretaba y hablaba de una manera única y particular. Era un idioma poderoso y exclusivo de seres muy antiguos o de la aristocracia. No era un conocimiento al que alguien como yo tuviera acceso.

Había encontrado inscripciones similares en muchos de mis robos. Era una medida de protección que solo los más adinerados podían permitirse, ya que no eran muchos los seres en Lyssandria que sabían manipular y entender los símbolos.

Yo solo conocía los básicos. Los mismos que Artio utilizaba para proteger la tienda en la versión de la Corte de las Llamas. Sin embargo, los símbolos que cubrían el curioso artilugio eran extremadamente complejos y variados. Nada que yo hubiera visto antes.

La destreza de los ingenieros y orfebres de la Corte de las Tormentas era conocida en toda Lyssandria. Sus inventos eran celosamente protegidos por la corte. Varias de mis misiones más

lucrativas habían estado relacionadas con el robo de alguna de sus patentes o inventos. Observé el artefacto con curiosidad calculando por cuánto podría vender un objeto como ese si estuviera en Nébula.

—Tienes buen ojo —dijo Orla mientras se acercaba hasta donde yo me encontraba—. Este en concreto es uno de mis prototipos favoritos. Llevamos casi un cuarto de siglo intentando que funcione.

—¿Un cuarto de siglo? ¿Y qué se supone que tiene que hacer? ¿Que llueva oro? —pregunté, sorprendida, y analicé el objeto con mucha más intensidad.

Orla soltó una carcajada ante mi reacción. Le llevó varios segundos calmarse lo suficiente antes de poder responder.

—No, aunque si consigues que haga algo, eso no dudes en decírmelo —dijo entre risas—. Este pequeño está diseñado para recolectar diferentes semillas al final de cada temporada. De este modo, el proceso es más fácil y rápido para aquellos agricultores que no tienen suficiente poder para hacerlo por su cuenta.

Fruncí el ceño, confusa. Eso no parecía tan impresionante como hacer que lloviera oro. Aunque probablemente su función era más práctica.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué no funciona?

—Es un problema con las runas. No hemos conseguido que obedezcan a todo tipo de seres. Con tantas razas mixtas y mestizos, necesitamos que funcione independientemente de quién lo use.

—¿Qué más dará quién lo use? La magia es magia.

—Sí y no. La magia de cada corte funciona de manera distinta. Por eso los habitantes de una corte no pueden usar los poderes de otra. Cuando hay mestizos siempre favorecen uno de los lados de su parentesco. Nunca son capaces de utilizar poderes de dos cortes diferentes. Incluso la manera en la que usamos las runas cambia de

una a otra. No es que sea un idioma distinto, más bien algo parecido a un dialecto. Así que, para que funcione independientemente de tu corte, tenemos que encontrar una combinación de runas muy específica.

—¿Por qué no hacéis una para cada corte?

—No solucionaría el tema de los mestizos. Las combinaciones son demasiadas. Por eso estamos intentando hacer uno que sirva para todos.

—¿Dedicas mucho tiempo a esto?

La pasión de la princesa por los proyectos era más que evidente. Orla sonrió para sí misma, mirando alrededor de la sala vacía. Pude ver el cariño y la determinación en cada uno de sus gestos.

—Lo que hacemos aquí puede ayudar a mucha gente. Ser princesa de la corte incluye un sinfín de tareas tediosas y de protocolo. Eventos superficiales y reuniones con gente que te odia. Pero también me da la posibilidad de hacer cosas como esta. Aunque algunas veces sea realmente frustrante.

Por primera vez, algo parecido a timidez acarició las mejillas de la Alta Fae.

—Creo recordar que la princesa de la corte siempre consigue lo que se propone —respondí, encogiéndome de hombros.

—¡Exactamente! —exclamó Orla entre risas, y entrelazó su brazo con el mío mientras salíamos del laboratorio—. Conseguiré que funcione, Elara. Y, si no lo logro, siempre podemos atrapar a un *whisp* y sonsacarle las respuestas. —Orla bajó la voz en tono de conspiración. Como si ese trocito de información fuera solo para mí. Un secreto entre amigas.

Noté una sensación extraña en el pecho. Algo entre calidez y pánico. La amistad no era algo a lo que yo estuviera acostumbrada. No después de haber sido traicionada por la única persona a la que

había llamado *amigo*. La sonrisa torcida de Nolan atravesó mi mente como una flecha y tuve que forzarme a mantener la calma.

Aun así, la felicidad de Orla era contagiosa. Y, aunque solo fuera por un momento, decidí ceder a la fantasía. Una en la que yo podía tener una amiga con la que susurrar en los pasillos y en la que mi vida no pendía de un hilo.

—No conozco a nadie que haya conseguido atrapar a uno. Me parece que tu plan hace aguas.

—Tonterías. Si alguien puede hacerlo somos nosotras. Una princesa y una ladrona. Esos espíritus no saben la que les espera —rio Orla, dándome un codazo amistoso mientras continuábamos nuestro avance por los pasillos.

Las leyendas sobre los *whisp* eran las favoritas entre los más jóvenes. Cuentos e historias imposibles en los que los pequeños y caprichosos espíritus eran capaces de ofrecer soluciones a problemas imposibles de responder.

Si las últimas semanas me habían enseñado algo, es que los tratos con seres poderosos nunca eran lo que parecían ser. Aun así, no pude evitar la pregunta que abandonó mis labios. La curiosidad, como siempre, podía con mi sentido común.

—Las historias cuentan que, si consigues atrapar a uno de ellos, están obligados a responder a una pregunta con sinceridad. Pero nunca dicen cómo atraparlos.

—Hasta donde yo sé, uno tiene que estar dispuesto a dar algo de sí mismo a cambio. O al menos eso es lo que se dice —respondió Orla, apartándose un mechón desordenado detrás de sus puntiagudas orejas.

Andamos en silencio durante unos segundos. Yo estaba demasiado perdida en mis propios pensamientos como para darme

cuenta de hacia dónde nos dirigíamos, por lo que dejé que me guiara por los pasillos.

Al doblar una esquina, el brillo anaranjado de los ventanales del comedor me dio la bienvenida. Paré en seco, girándome hacia la princesa que aprovechó para atrapar mis muñecas con firmeza al sentir mi pánico.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es casi la hora de cenar. Así que vamos a cenar —contestó con ojos inocentes. Sus manos no me soltaron y me arrastró una fuerza sorprendente hacia una de las sillas que rodeaban la gran mesa de cristal en el centro de la habitación. Haría bien en recordar que detrás de aquellos vestidos delicados y sonrisas perfectas Orla seguía siendo una criatura poderosa.

—No quiero oír ninguna excusa. Llevas tres semanas comiendo sola en tu habitación. A partir de hoy cenas con nosotros —sentenció, y me empujó sin miramientos para que me sentara.

—No creo que Finnian quiera que yo...

—Si mi hermano tiene algún problema, entonces él puede comer solo en su cuarto. Cían y yo estamos encantados de que te unas a nosotros —presionó Orla mientras se sentaba a mi lado, forzándome de nuevo sobre el asiento.

—¿Por qué estoy más que contento, Orla de mi corazón? —exclamó Cían, entrando a grandes zancadas en el comedor, y se dejó caer de un plumazo en una silla, directamente delante de mí.

Un par de sirvientes comenzaron a llenar la mesa de bandejas repletas de comida. Las dos eran Bajas Fae y su piel cubierta de rayas atigradas delataba su cercanía en parentesco con las Sílfides de las Tormentas. Estas eran conocidas por los llamativos patrones de su piel y sus delicadas alas.

El olor de la comida era tan delicioso que, en un lapsus de juicio del que me arrepentiría, decidí quedarme a cenar a pesar de saber que el Guardián llegaría de un momento a otro.

—Le decía a Elara que a partir de hoy cenará aquí con nosotros —dijo Orla batiendo la mano en un gesto desenfadado mientras comenzaba a servirse una ración más que generosa de pastel de carne.

—Una idea excelente. Así podré hablar con alguien de un tema que no sea estrategia o invenciones. Elara, me muero por que nos cuentes todas tus aventuras en el Archipiélago. Siendo una prófuga de la justicia estarán llenas de detalles escabrosos —dijo Cían, meneando las cejas mientras atiborraba su boca de patatas asadas.

—No sé si contarle mis crímenes al general de la Corte de las Tormentas es lo más sensato.

—Estoy dispuesto a hacer la vista gorda, si la historia es buena.

—No hay mucho que contar.

Antes de que Cían tuviera la oportunidad de continuar su interrogatorio, un pulso pausado de poder invadió mi espacio personal. Dos segundos más tarde Finnian entró en el comedor. Su mirada se cruzó de inmediato con la mía. Un leve gesto de sorpresa se reflejó en su cara, pero se recuperó con rapidez. Erguí los hombros y mantuve la cabeza alta, sosteniéndole la mirada.

—Hemos empezado sin ti, hermano. La próxima vez tendrás que ser más puntual —dijo Orla entre bocados.

Si el Guardián tenía alguna objeción ante mi presencia, no dijo nada. Finnian se sentó al lado de su general y comenzó a prepararse su propio plato. Podía notar sus ojos observándome con curiosidad, pero decidí ignorarlo. Centré toda mi atención en la humeante y deliciosa comida lista para ser devorada.

—Me he reunido esta mañana con Lirión y ambos coincidimos en que sería mejor situar la fiesta y el banquete en el salón exterior para Natsunna. Elara, creo que aún no has tenido la oportunidad de conocer a Lirión. Es uno de los consejeros de Finnian, se ocupa de lo relacionado con el protocolo entre cortes. Algo esencial para una celebración como esta —aclaró Orla en mi dirección antes de girarse hacia su hermano—. Como este año habrá menos invitados de lo habitual, creemos que será más fácil organizarlo así.

Giré la cabeza confusa, y observé a la hermana del Guardián.

—¿Qué es Natsunna?

—Es un rito que se celebra todos los años entre los miembros más influyentes de Lyssandria y al que atienden los Guardianes de las cinco cortes. Cada año tiene lugar en una corte diferente y este nos toca a nosotros —explicó Cían mientras llenaba su copa de vino.

—¿Un rito? No se celebra en el Archipiélago —dije, asombrada.

—No es algo muy celebrado en las áreas más rurales o alejadas de la capital, me temo. Fuera de las cortes se conoce como el eclipse primaveral de la Verdeluna.

—Eso me suena más. Algunas familias se reúnen para ver el eclipse en la bahía de Nébula.

—Desde luego es una manera de celebrarlo más distendida y familiar que la nuestra. Natsunna es una formalidad, en realidad. Se les da las gracias a los espíritus y se renueva el lazo entre las cinco cortes —aclaró Cían.

—¡Elara, te va a encantar! La comida es siempre deliciosa y la música es lo mejor. Tendremos que asegurarnos de que te sepas todos los bailes. Queda algo más de un mes, así que todavía hay tiempo. Por no hablar de tu vestido. Espíritus, ¿cómo he podido olvidarme del vestido? ¡No te preocupes, me aseguraré de que lleves algo impresionante! —exclamó Orla animadamente.

—Elara no asistirá a Natsunna —dijo Finnian, sin levantar la mirada del plato.

Eso hizo que Cían, Orla y yo giráramos las cabezas de golpe hacia él. Fijé toda mi atención en el Guardián, que continuaba cortando su filete de pescado con extrema delicadeza.

—¿Y por qué no iba a asistir? —preguntó Orla, indignada.

—Porque la celebración tendrá lugar apenas unos días antes del inicio del torneo y no vamos a exponer a nuestra campeona antes de tiempo.

—Todo el mundo lleva máscaras en Natsunna, Fin. Y, además, nadie conoce a Elara. ¿Cómo iban a saber quién es? —dijo Orla mirando muy enfadada a su hermano.

—No vamos a arriesgarnos y no hay más que hablar —contrarrestó Finnian, e hizo ademán de levantarse. Por primera vez desde el inicio de la discusión, dirigió sus ojos hacia mí.

Ocre contra verde. Un huracán embravecido contra la calma de mi tormenta interna. Los ojos del Guardián me miraron desafiantes, esperando a ver mi reacción. Era casi como si quisiera que me uniera al enfado de Orla. Otra excusa para echarme en cara lo poco que sabía. Sin embargo, no le di la satisfacción.

Sin apartar la mirada continué comiendo. Ignoré la manera en el que mi pulso comenzó a correr errático y desbocado bajo la atenta mirada de esos ojos ocres cuando las ondas de su poder invadieron el espacio que nos separaba. Ignoré mi propia magia que luchaba por salir para reunirse con la del Guardián como una polilla atraída hacia la luz.

Me importada bien poco poder asistir o no a su maldita fiesta. Lo único que quería era prepararme para el torneo y perderlo de vista.

Tras unos segundos, Finnian emitió un gruñido exasperado y abandonó el comedor sin mediar palabra. Sonreí para mí misma,

feliz de haber ganado esa batalla silenciosa. Tal vez Orla tenía razón y la idea de cenar todos los días en el comedor no era tan terrible.

CAPÍTULO XIII

—En algún momento tendrán que saber la verdad. Las palabras de Lía aún resonaban en su cabeza. Pero ambos sabían que era un sueño imposible.

—Estás distraída. Céntrate.

Tuve que usar todo mi poder de concentración para no abandonar la atención que mantenía fija en las dos enormes rocas flotando a escasos metros de mí y lanzar una de mis dagas directa a la cabeza del Guardián.

Después de mi entrenamiento matutino con Cían, Finnian había aparecido y, sin apenas mirarme, había anunciado que nuestro entrenamiento tendría lugar en la base de la cordillera.

Después de tres semanas practicando con agua y sacos llenos de paja o tierra, el Guardián parecía haber decidido que estaba lista para subir de nivel. Por supuesto, yo no iba a quejarme. Cualquier excusa era buena para conocer en más detalle los alrededores del palacio. Información de vital importancia si se presentaba la necesidad de huir.

Orla había decidido acompañarnos al cruzarse con nosotros en el vestíbulo del palacio. Mientras Finnian y yo practicábamos a escasos metros de la inmensa pared de la cordillera, la princesa descansaba apoyada en un árbol garabateando sin descanso sobre su cuaderno de bocetos.

En los últimos días había pasado innumerables tardes con Orla. Mientras ella dibujaba y esbozaba ideas para compartir más tarde con los ingenieros, yo me limitaba a leer o a afilar mis dagas. Había algo apacible y agradable en ese silencioso compañerismo que se había establecido entre nosotras.

La cordillera se erguía, imponente. Como si de un gigante dormido de roca y mineral se tratara. La montaña se extendía hasta rozar el mismísimo cielo. Su sombra acarició mi frente sudada, como instándome a que continuara con mis esfuerzos. Frente a mí, dos peñascos desprendidos flotaban a duras penas moviéndose a la orden de las directrices de Finnian.

—Haz que se muevan en círculos sobre sí mismas. Alterna la dirección y la orientación de la rotación. Dales más altura.

La creatividad y la imaginación del Guardián a la hora de torturarme con sus entrenamientos no tenían límites. En las últimas semanas apenas habíamos interactuado a excepción de nuestros obligados entrenamientos. Cían y Orla, por el contrario, se habían esmerado en intentar pasar tiempo conmigo.

A menudo, tras nuestros entrenamientos, Cían me permitía acompañarlo en sus quehaceres alrededor de Adhair y sus terrenos circundantes. Nunca fuera de estos, algo que sospechaba que era una orden directa de Finnian.

Aun así, el general me había animado a acompañarlo en varias patrullas en el Remolino que flanqueaba el otro extremo de la corte. Finnian se había limitado a arquear una ceja en dirección a Cían, pero no había impedido mi participación.

Orla, por su parte, parecía dispuesta a ocupar todos mis momentos de descanso con decenas de actividades. Cuando no me obligaba a seguirla por todo el palacio mientras atendía sus funciones como princesa de la corte, me forzaba a acompañarla en

interminables paseos por los jardines o a visitar los talleres de los ingenieros. Me enseñaba bocetos increíbles de artilugios en los que estaba trabajando y parloteaba sin descanso sobre los últimos cotilleos y escándalos, aunque yo no conociera nunca a sus protagonistas.

Pese a todos mis esfuerzos por mantener las distancias, agradecía la presencia y la insistencia de la princesa. A diferencia de su hermano, Orla era cercana y agradable. Y, aunque yo sabía que no podía permitirme confiar en ninguno de ellos, lo cierto es que el brillo natural que irradiaba hacía imposible odiarla.

Apreté los dientes elevando una sarta de maldiciones hacia el cielo. En mi pecho, mi poder revoloteó incómodo. Por algún motivo, había decidido dejar de colaborar.

A pesar de llevar cerca de dos horas repitiendo los ejercicios que Finnian demandaba, todavía me encontraba con fuerzas. Las semanas de constante entrenamiento y práctica habían hecho que mi forma física y el control sobre mis habilidades mejoraran exponencialmente.

Aun así, mientras intentaba ejecutar la enésima directriz del Guardián, mi don parecía darme la espalada. Obstinado y enfadado. Como negándose a participar en el ejercicio. Podía sentir la fuente de magia en mi interior. El familiar cosquilleo en la punta de mis dedos y el hormigueo en el centro del pecho. Un eco constante de la magia que me acompañaba desde que tenía uso de razón.

Acceder al poder nunca había sido un problema. El problema siempre era lo rápido que se consumía, llevándose tras de sí toda mi energía para revelar la oscuridad inmensa que anidaba en mi interior. Una oscuridad que no conseguía explicar y que controlaba a duras penas.

—Elara, presta atención. Vas a perder el control. —La voz de Finnian, aunque apenas audible, sonaba francamente cabreada.

—¡Lo estoy intentando! —mascullé a regañadientes.

Todo mi cuerpo vibró con el esfuerzo. Entrecerré los ojos, fijando toda mi atención en los dos enormes peñascos flotantes. Todo a mi alrededor se disolvió.

No podía notar la brisa con olor a tormenta y flores silvestres de la corte. Los susurros de los espíritus y sus ojos punzantes no eran más que un recuerdo olvidado en el bosque. La presencia eterna y antigua del Guardián, a la que mi cuerpo reaccionaba casi por impulso, era solo un zumbido lejano y débil.

La inmensidad de la cordillera y el sudor que caía a borbotones desde mi cuello eran los dos únicos elementos que me anclaban a la realidad. Todo lo demás desapareció en una nube de huracán y marea que resonaba a lo lejos.

Forcé las ondas de mi poder alrededor de los peñascos, envolviendo las pesadas rocas desde distintos puntos de anclaje. Ondulando y moldeando mi poder hasta adaptarse sobre la rugosa superficie.

La cercanía y el pulso de la magia de la Corte de las Tormentas me pillaron desprevenida. Como si todo mi cuerpo se encontrara conectado con el mismísimo centro de la Corte de las Tormentas. Aun así, mi poder no estaba interesado en mantener el control sobre las enormes rocas.

Gritaba y bailaba como suplicándome que llevara mi atención hacia el palacio. Hacia la manera en la que las torres del edificio se zarandeaban, imposibles y pausadas, al compás de la brisa eterna que recorría la corte.

Mantener la vista al frente se convirtió en la tarea más complicada a la que me había enfrentado. Las torres y su danza emitían cantos

de sirena que me llamaban con una melodía hecha solo para mí. No me di cuenta de cuándo sucedió. Las dos rocas flotaban delante de nosotros y, en un segundo, empezaron a caer. Ahogué un grito. Pero antes de que pudiera tan siquiera reaccionar, una corriente eléctrica recorrió el espacio que nos separaba, pulverizando los peñascos en medio pensamiento y dejándolos reducidos a una fina lluvia de arena y tierra.

Desde su posición, Orla levantó la cabeza brevemente y, tras fruncir el ceño en nuestra dirección, volvió su atención a sus bocetos. A mi lado, Finnian parecía decidido a no concederme la misma clemencia. Los ojos color ocre que me perseguían por las noches se clavaron en mí, fulminándome con la mirada.

—¿Qué ha sido eso? —exigió con un rugido.

—¿A ti qué te parece, Guardián? —dije con un gruñido similar, girándome hacia su cara enfadada.

Ya era suficiente presión el hecho de estar prácticamente secuestrada para participar en un torneo del que tenía la certeza que pocos salían con vida, para encima tener que aguantar los cambios de humor de un Alto Fae temperamental.

—Vigila tu tono, Elara. Recuerda con quién estás hablando —murmuró Finnian con una calma más aterradora que cualquier rugido que hubiera podido emitir.

Una parte de mí, la que obedecía al poder que él comandaba, se encogió ligeramente. Pero por la mismísima Dama que no iba a permitir que nadie me tratara así.

—Hablaré como me dé la gana. Llevamos horas practicando. Estoy cansada y me ha fallado la concentración en el último momento. Fin de la cuestión. No hace falta que hagas un mundo de esto.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que ha pasado? Porque no es lo que a mí me ha parecido.

Finnian enmarcó cada una de sus palabras con una zancada, situándose a escasos centímetros de mí. Yo era alta y, aun así, tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—No sé de qué estás hablando, *Guardián* —contrataqué, fulminándolo con la mirada.

—A mí me parece que sí, *campeona*.

Estábamos tan cerca que el aliento de Finnian, suave y fresco como la brisa de pleamar, me acarició la nariz. Ignoré la manera en la que mi cuerpo reaccionó a nuestra cercanía, no significaba nada. Acallé de una patada los latidos acelerados de mi corazón. Estúpido, ignorante corazón.

—Te gusta demasiado el sonido de tu propia voz. Si tienes algo decir, dilo.

—No estabas cansada. Y no has perdido la concentración. Lo que has perdido es el control sobre tu poder. Tu foco estaba en otro sitio. ¿Dónde?

Odié cada una de sus palabras.

Que pudiera leerme con tanta facilidad.

Que mi problema hubiera sido tan aparente ante la mirada del Guardián.

Me hacía sentir expuesta de una manera que hacía que mis entrañas se retorcieran.

—Las torres del palacio —contesté en apenas un susurro, apartando la mirada.

Qué más daba ganar otro duelo de miradas. Al fin y al cabo, yo ya había perdido. Para mi sorpresa, las arrugas de enfado de Finnian se suavizaron. Dando paso a un semblante serio pero tranquilo.

Asintió brevemente, como para sí mismo.

—Es normal que tu poder se sienta atraído hacia diferentes estímulos. Sobre todo, teniendo en cuenta que has vivido toda tu

vida en el Archipiélago. La magia es más poderosa en el continente. Y, en la corte, Adhair y yo somos el centro de todo, pero tienes que mantenerlo bajo control. Tú eres quien manda, no al revés.

Asentí, sopesando la información que me ofrecía. Por primera vez desde que nuestros caminos se habían cruzado, no sentía que Finnian estuviera en mi contra. Era un cambio agradable, aunque extraño, de nuestra tónica habitual.

—Controlar tu poder es como domar un caballo salvaje. Tú llevas las riendas. Tú controlas la velocidad y la dirección. El caballo te da la potencia. Cuanto más practicas y trabajas, más sencillo es el proceso. La mayor parte de las personas tienen décadas de trabajo antes de controlar su poder. Yo con tu edad no lo tenía perfeccionado —explicó Finnian, e hizo una mueca incómoda similar a una sonrisa.

—Ya, solo que yo no tengo décadas de trabajo. Tengo semanas.

Era un golpe bajo. Lo sabía. Al final, el Guardián había intentado empatizar conmigo, pero mi impulso natural era siempre crear distancia. Hacer daño antes de sufrirlo. No era algo de lo que estuviera orgullosa.

—Elara, yo...

Finnian no terminó la frase. Un estruendo sordo y repentino, atravesó el pequeño claro donde nos encontrábamos. Una bandada de pájaros salió huyendo despavorida hacia el horizonte, alejándose de la cordillera. El suelo tembló bajo mis botas en una vibración potente y desordenada. El movimiento hizo que me tambaleara, pero fue el brazo firme de Finnian lo que evitó mi caída. Los dos nos giramos casi a la par, escaneando las inmediaciones en busca de la fuente del ruido. Unos pocos metros por delante, Orla hizo lo mismo. Los siguientes segundos se sucedieron como si el tiempo se hubiera detenido.

Desde lo alto de la cordillera, una roca enorme se precipitó, desbocada y a toda prisa, en dirección hacia el lugar donde Orla se encontraba en el suelo. Una parte de mí suspiró aliviada, Finnian la pararía sin esfuerzo. Sin embargo, el Guardián permaneció inmóvil a mi lado, mirando la roca con una concentración extrema. Su poder no apareció.

Observé, incrédula, como Finnian apretaba los puños frustrado.

—¡Finnian! —grité para llamar su atención.

Mis palabras sacaron al Alto Fae de su trance. Sin embargo, en lugar de pulverizar la roca como había hecho escasos minutos antes, Finnian se lanzó hacia su hermana. El Guardián tenía una velocidad sobrehumana, era rápido, pero no lo suficiente.

Horrorizada, vi cómo la roca se abalanzaba sobre Orla. Antes de que pudiera registrar qué estaba pasando, un latigazo de poder como no había sentido en mucho tiempo escapó de mi pecho. Una magia oscura que solo me traía malos recuerdos.

Por un momento, no fui consciente de dónde me encontraba. Lo único real era un poder sobrecogedor que me cegó durante unos instantes. Un poder oscuro y eterno.

Con un chillido más propio de un animal, dejé que la oscuridad me inundara, dirigiéndola a duras penas hacia la enorme roca. Solo podía ver negro. Negro y las hebras eternas de un poder que temía. En mi interior la oscuridad emitió un rugido triunfal.

Un chasquido incesante y acuchillado fue suficiente para saber que había dado en el clavo. Tan rápido como el poder había venido a mí, me abandonó. Me desplomé sobre las rodillas con las manos en el suelo.

Levanté la mirada hacia Orla. La princesa se había protegido la cabeza con ambos brazos. A escasos centímetros de ella, Finnian

estaba clavado en el suelo temblando de pies a cabeza. Con la mirada fija en su hermana.

La roca, rota en mil pedazos, estaba esparcida a varios metros de distancia. No había sido la pulverización elegante de Finnian, pero al menos había servido para evitar el impacto contra Orla.

Suspiré aliviada al ver que la princesa se encontraba sana y salva. Tras la sorpresa inicial y la tranquilidad de ver que nadie había resultado herido, un enfado tremendo invadió mi ser.

—¿Qué demonios ha sido eso, Finnian? ¡¿Por qué no la has parado?! —grité, aún desde el suelo—. ¿Era parte del entrenamiento? ¿Estás mal de la cabeza?

—Elara, para —ordenó Orla muy seria, mientras avanzaba hacia su hermano—. Estoy bien, Fin. No ha sido tu culpa. Estoy bien. —La princesa murmuró las palabras una y otra vez.

Finnian continuaba clavado en el suelo. Desde mi posición podía ver como todo su cuerpo temblaba de la tensión. Aunque me daba la espalda, sabía que su mirada estaba clavada en los restos de la roca que casi había aplastado a su hermana.

Orla avanzó con cuidado hasta su hermano, extendiendo el brazo para darle la mano. Sin embargo, antes de que pudiera tocar a Finnian, él retrocedió hacia atrás, negando con la cabeza.

—O-Orla, yo, yo... —balbuceó, casi en un sollozo.

—Finnian, mírame. No ha pasado nada. Estoy bien. No ha sido tu culpa —repitió Orla, estaba vez con un tono más firme.

Observé la interacción sin entender qué estaba pasando. Lejos de darme una explicación, Orla levantó la mirada brevemente hacia mí.

—Vuelve al palacio, Elara. Nos vemos allí.

Antes de que pudiera contestar, Orla agarró a su hermano por el brazo y desapareció de mi vista en un Salto Irisado, llevándoselo tras de sí en una nube de viento y marea.



Esa noche cené sola en el enorme comedor. Los retratos de las paredes me observaban. Sus ojos fijos y ausentes parecían supervisar cada uno de mis movimientos.

Tanto Finnian, como su general y su hermana habían desaparecido. De repente, el silencio de Adhair era demasiado angustioso. Estaba acostumbrada a estar sola. Sabía que la soledad era la única certeza en mi futuro. Y, aun así, seguía doliendo. Cené rápido y en silencio, repasando los eventos de la tarde.

Todo carecía de sentido. Pulverizar esa roca debería haber sido un juego de niños para el Guardián. Lo había visto destruir mi casa en apenas unos segundos sin tan siquiera romper a sudar. Y, sin embargo, si yo no hubiera estado allí, la roca habría aplastado a Orla.

Necesitaba pasear y despejar la cabeza. Comencé a caminar sin rumbo. Los pasillos del palacio estaban desiertos, sumidos en una oscuridad casi tan profunda como el océano.

Avancé encerrada en mis pensamientos, dejando que mis pies me llevaran por donde quisieran. Corrientes frías se colaban por los ventanales abiertos haciendo que me estremeciera ante el cambio de temperatura.

Una parte de mí se arrepintió de haber escogido la suave camisa de algodón, a juego con unas mallas color crema, después de mi baño. El tejido era cómodo y agradable, pero el corte de la camisa era relajado, cayendo por encima de uno de mis hombros mientras dejaba el otro y mi cuello al descubierto.

Pese a todo, me aventuré hacia uno de los enormes patios interiores. Los jardines tenían un aspecto totalmente diferente bajo

el brillo esmeralda de la Verdeluna. Las hiedras y enredaderas se retorcían, con delicadeza, entre sombras de negro y esmeralda. Un movimiento a mi derecha hizo que diera un bote sobresaltada, rompiendo el hechizo de la noche y devolviéndome al presente.

—Deberías estar descansando —dijo la voz pausada de Finnian.

El Guardián estaba apoyado sobre una de las paredes del palacio con los ojos perdidos en algún lugar del cielo nocturno. Finnian se había desprendido de los cueros de entrenamiento y vestía un pantalón y una camisa parecidos a los míos. El brillo de la Verdeluna lo iluminaba de manera directa, confiriéndole un aura casi de ensueño.

No pude evitar preguntarme si todos los Guardianes eran como él, hermosos y dotados de una belleza etérea pero inalcanzable. Había algo frío y estanco en su perfección. Y, pese a ello, no podía negar que quería su aprobación. La magia que irradiaba era como una especie de adicción.

—Me has asustado —susurré, girándome hacia él, pero sin acercarme.

—Pensaba que no había nada que pudiera asustarte —murmuró Finnian con una media sonrisa, oteando, distraído, el cielo.

—¿De qué sirve una campeona si se echa a temblar a la primera de cambio? —respondí, sorprendida ante el repentino cambio de humor de Finnian.

Avancé con cautela hasta situarme a su lado contra la misma pared, pero a una distancia prudencial. Tampoco era cuestión de tentar a los espíritus.

—Eso ya me suena más —contestó con una risa suave.

Sus ojos, al fin, encontraron los míos en el silencio de la noche.

—Supongo que no me vas a contar qué ha pasado esta tarde —pregunté sosteniéndole la mirada, incapaz de mirar hacia otro lado.

Abracé mi cuerpo, incómoda, para tener algo que hacer con las manos. Él siguió mis movimientos y guardó silencio unos segundos antes de responder. No sabía explicar el motivo, pero algo en mi interior ansiaba su aprobación, su respeto.

—Gracias por salvarla. No lo olvidaré.

La fuerza de las palabras de Finnian me pilló desprevenida. Una promesa casi tan fuerte como el trato de sangre que habíamos cerrado hacía unas semanas.

—Eso no es una respuesta —dije en un último intento.

—Nunca dije que lo fuera.

Sentí cómo sus ojos me recorrían el cuerpo, pausando sobre la cicatriz de mi cuello y examinándola con atención. Sus ojos se entornaron reflejando lo que durante unos instantes me pareció que era furia. Pero desapareció tan pronto como había aparecido, haciendo que me preguntara si tal vez me lo había imaginado.

Antes de que pudiera darme cuenta, cogió mi mano entre las suyas, exponiendo mi palma al aire de la noche, y pasó suavemente el pulgar sobre la fina cicatriz plateada de nuestro trato. Contuve el aliento sin dejar de observarlo.

—Estoy cansada de preguntas sin respuestas —susurré, el cansancio del día pareció encontrarme por sorpresa.

Y, en ese momento, lo único que quería era dormir y poner distancia con el Guardián de las Tormentas. La intensidad de sus ojos ocre me quemaba, dejando lenguas de fuego y ceniza por cada parte de mi cuerpo que recorrían.

Su mirada también quemaba, casi tanto como el peso del trato que marcaba mi piel. Sentí la necesidad imperiosa de separarme, pero no me atreví a apartar la mano.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —preguntó Finnian, sobre el viento nocturno.

—Si la memoria no me falla, hice un trato desafortunado con el Guardián de una de las cortes. —Mi voz salió a trompicones en un intento fallido por aliviar la tensión del ambiente.

Aparté suavemente mi mano de entre las suyas y comencé a caminar de espaldas hacia el palacio.

—Elara —susurró Finnian sin desviar su mirada de mi cuello—. ¿Cómo te hiciste *esa* cicatriz?

Sentí cómo el viento acariciaba la marca de mi cuello y, por un instante, quise gritar. Su origen era un misterio para mí, tanto como el mío propio. Aun así, de una cosa estaba segura, esa marca era la prueba visible de que yo jamás me rendía.

—Sobreviviendo —dije sin mirar atrás, antes de correr hacia mi habitación.

CAPÍTULO XIV

El dolor era profundo. Insoportable. Quería arrancarlo y destruirlo. Quería hacer cualquier cosa que estuviera en su mano para que ella no volviera a experimentarlo.

No podía respirar. No podía moverme.

La tierra seguía cayendo encima de mi cuerpo y yo solo podía observar. Los granos de arena caían a borbotones sobre mi cara, nublando mi campo de visión y adentrándose en mis vías respiratorias.

Quería gritar, chillar, patalear, pero las piernas no me respondieron. La sonrisa triste de Nolan se había quedado grabada en mi mente. Y yo solo quería arrancarla a arañazos de mi cabeza.

Después de todo lo que habíamos pasado juntos.

Después de aquella noche en la bahía.

Después de todos los momentos que habíamos compartido.

Nolan había decidido traicionar todos nuestros sueños. Todo nuestro esfuerzo. Había decidido agarrar la libertad y no soltarla. Aunque eso significara dejarme atrás. Venderme.

Algo dentro de mí buscaba desesperada una explicación que exonerara a Nolan. No era posible que me hubiera traicionado. El hombre que yo había conocido era bueno. Cariñoso. No era un mentiroso. No era capaz de hacer las cosas que ese nuevo Nolan me había hecho.

El peso sofocante de la tierra empezó a ahogarme. Con cada segundo que pasaba, la estrecha caja en la que me encontraba se iba llenando más y más.

Iba a morir allí. Sola y olvidada. Artio no sabría qué me había pasado. Nadie vendría en mi búsqueda. Y nunca llegaría a conocer el porqué de la traición de Nolan.

Lágrimas silenciosas se mezclaron con la tierra que cubría mi rostro. Con un sollozo interno, me preparé para que llegara el final. Aunque no podía moverme, podía notar mi cuerpo temblando. Resistiendo.

A lo lejos, alguien gritó mi nombre.



—¡Elara, despierta! —dijo una voz firme mientras unas manos enormes me zarandeaban suavemente.

Deshacerme de las garras de las pesadillas era una labor dolorosa. Olvidar la sonrisa satisfecha de Nolan era una tarea imposible. Al despertar, siempre había un instante crítico en el que me costaba diferenciar el sueño de la realidad. Duraba apenas unos segundos, pero se hacían eternos.

—Es solo una pesadilla. Aquí estás a salvo, tranquila.

Me incorporé con torpeza empujando a patadas las sábanas enredadas en mis piernas. El corazón me iba a mil por hora y, aun con los ojos abiertos, lo único que podía ver eran los restos de uno de los muchos recuerdos que envenenaban mis noches desde hacía años.

Alguien me ayudó a liberarme de las mantas y a sentarme en el borde de la cama. Junto a mí, dos piernas enormes se revolvieron en

el sitio, incómodas, pero su dueño aguardó paciente hasta que logré regular mi respiración.

Con ojos vidriosos me atreví a mirar hacia arriba.

—¿Cían? ¿Qué haces aquí?

La piel oscura del general brillaba bajo los rayos de Verdeluna que se colaban entre las cortinas. Todavía confusa, me fijé en que era la primera vez que lo veía sin ningún arma y libre de su armadura.

—Me gusta colarme en habitaciones ajenas en mitad de la noche cuando no puedo dormir —respondió indignado—. ¡Espíritus! ¿Qué voy a hacer aquí? Intentaba evitar que tiraras el castillo abajo. Tal vez no seas consciente, pero Adhair es tan antiguo como el continente y la verdad es que le tenemos cariño. La gente se enfadaría bastante si le pasara algo.

—¿Hay algún herido?

Me levanté de un salto perseguida por los retazos de una pesadilla diferente a la de aquella noche, pero que vivía anclada en mi interior desde que tenía cinco años. Escudriñé el espacio a mi alrededor, agudizando el oído en busca de los gritos que siempre acompañaban mis pérdidas de control. Los ecos del orfanato derrumbándose se empeñaban en aterrorizarme.

Comencé a hiperventilar, despierta pero envuelta en los recuerdos de la peor noche de mi vida.

—¿Elara? —Cían dio un paso en mi dirección, preocupado—. No hay ningún herido. A no ser que ese jarrón cuente como víctima, en cuyo caso hemos sufrido dos bajas. Una en tu recibidor y otra en el pasillo.

A pesar de saber que solo intentaba hacerme reír y aligerar la tensión, no pude evitar encogerme. Aunque las pesadillas me acompañaran allá a donde fuera, hacía años que no perdía el control sobre mi magia mientras dormía.

Me quedé allí plantada en medio de la habitación sin saber qué decir. Apreté las manos en dos puños temblorosos y cerré los ojos con fuerza para retener las lágrimas. Volví a abrirlos de inmediato, cerrados solo me traían de vuelta a imágenes repletas de sangre y escombros.

Cían avanzó hasta posar sus manos en mis hombros. Apretó ligeramente para llamar mi atención. Por primera vez desde mi llegada, su mirada no escondía una sonrisa. Con cuidado, me condujo hasta el colchón. Una vez sentada, tomó asiento junto a mí, a una distancia prudencial. Sentí como su magia inundaba la habitación y recorría mi cuerpo con una brisa cálida y reconfortante.

—¿Todo el mundo está bien? —conseguí preguntar cuando los temblores cesaron.

—Sí, por supuesto. Solo has hecho temblar un poco las ventanas de tu cuarto y las estancias más cercanas. He oído cómo gritabas en sueños. No pretendía asustarte, pero cuando he visto que no te calmabas he pensado que lo mejor sería venir a despertarte.

Inspiré aliviada, cuando solté el aire me sentí un poco más ligera. Todo el mundo estaba a salvo, no había hecho daño a nadie sin querer.

—¿Te pasa a menudo?

No quería responder, así que hice lo único que se me daba bien: escapar hacia delante.

—¿Replanteándote la valía de una campeona que se desmorona por un puñado de sueños feos, general?

Tal vez fuera mi risa rota o el hecho de que no pudiera evitar que mi pierna derecha rebotara sin descanso contra el suelo. En cualquier caso, la ceja levantada de mi acompañante dejaba claro que no iba a dejarlo estar.

—Más bien preocupación por una Hadaës respondona de la que me gustaría ser amigo. Aunque para eso primero tiene que aprender a relajarse y confiar en los demás.

¡Maldito Cían y maldita palabra! Tener amigos no era garantía de nada y, aun así, decidí compartir una parte pequeña con él.

—Me ocurre todas las noches desde que soy pequeña. No sé qué ha podido pasar hoy. Hace años que no perdía el control a causa de una pesadilla.

Él asintió con la mirada fija en el ventanal abierto, como si supiera que yo necesitaba espacio para compartir aquel pedazo de verdad.

—Estás sometida a mucha presión. No te machaques demasiado, nos podría suceder a cualquiera si estuviéramos en tus zapatos. —Me apretó el hombro de manera amistosa y se levantó—. Te dejaré descansar.

Antes de que se alejara demasiado, uno de mis brazos salió disparado en su dirección. No me dio tiempo a pensar, tan solo le agarré la muñeca y tiré de él.

—Gracias —ofrecí en un susurro pequeño.

Cían levantó ambas cejas, sorprendido. Durante un instante sus facciones se suavizaron y, después, una mueca de preocupación se instaló en su rostro.

—¡Madre mía! ¿Estás bien?

Abrí la boca, confusa, y solté su brazo. Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, él se encogió de hombros con una sonrisa torcida y comenzó a caminar de espaldas hacia la salida.

—Bueno, es la primera vez que te oigo decir esas palabras desde que llegaste. Ha tenido que doler.

Agarré el primer cojín que encontré y se lo tiré al pecho. Él agitó un dedo distraído y una corriente de aire atrapó el cojín y me lo

devolvió con fuerza, dándome de pleno en la cara. El general se echó a reír y yo no pude evitar unirme a sus risas.

—Supongo que me lo merecía —admití abrazando el cojín—. Pero de verdad, gracias. Siento haberte despertado.

—No me has despertado —me dijo con una mueca triste estando ya en el umbral de la puerta.

—¿Tú tampoco podías dormir?

—Digamos que no eres la única en este castillo que convive con monstruos en la cabeza.

CAPÍTULO XV

Lyssandria se estaba muriendo y sus manos estaban manchadas de noche y de sangre envenenada.

Suspiré, satisfecha, rompiendo el silencio de la bóveda de entrenamiento. Relajé el cuerpo, fundiéndome con esmero contra la hierba suave de uno de los cuadriláteros. Por primera vez desde mi llegada a la Corte de las Tormentas, Cían me había permitido correr sola por la mañana.

Al despertar, el general había dejado una nota en mi puerta informándome de que nuestro entrenamiento se retrasaría, pero que yo era libre de correr por mi cuenta. El pequeño esbozo de libertad que eso significaba amenazó con hacerme estallar de felicidad.

Mi ilusión era tal que me había saltado el desayuno para embarcarme directamente en mi exploración de los alrededores del palacio. En lugar de rodear el linde del Remolino, parte habitual de mi recorrido con Cían, me dirigí hasta el borde de la cordillera.

Recorrí la distancia que separaba el palacio de una cascada preciosa que se precipitaba desde la inmensa montaña hasta una de las enormes lagunas que salpicaban el terreno cercano a Adhair. Tuve que obligarme a seguir corriendo, aunque todo mi cuerpo parecía querer zambullirse en el agua cristalina y dejarse flotar rodeado por el ruido ensordecedor del agua al caer.

Zancada a zancada dejé que mi cuerpo tomara el control. Mi mente, sin embargo, parecía empeñada en recordarme los eventos del día anterior. La extraña actitud del Guardián y su hermana después del accidente. El tacto de Finnian en la marca de nuestro trato. Los restos de la pesadilla que me había despertado y la mueca triste de Cían al despedirse.

Sacudí la cabeza con fuerza. Empujé la ansiedad y el miedo que amenazaban con consumirme. Los mandé lejos, muy lejos, tanto que no pudieran alcanzarme. Corrí con más fuerza, forzando mi cuerpo como nunca antes. Mis oídos comenzaron a pitar. Ahora bien, cualquier cosa era mejor que sentir el ruido de mis pensamientos.

Mientras corría era consciente de la atenta mirada de los muchos soldados que patrullaban los alrededores del palacio. No era tan ingenua como para pensar que el Guardián y su general me iban a dejar sin ningún tipo de supervisión.

Aun así, disfruté del tiempo sola al aire libre hasta el último momento. Tras una hora corriendo, arrastré mi cuerpo sudoroso hasta el interior de la bóveda. El sol brillaba con fuerza. Pese a la maleza y las hiedras que cubrían la estructura, el área de entrenamiento estaba sorprendentemente soleada.

Me tumbé sobre la hierba, cerré los ojos bajo la cálida luz de la mañana y respiré el pequeño oasis de tranquilidad que los espíritus me habían ofrecido.

Mi poder pareció ronronear en mi pecho, una vibración contenta y satisfecha, pero la culpa no me permitió disfrutarlo mucho tiempo. El recuerdo de Artio desangrándose y la incertidumbre de cómo estaría ensombreció aquel momento. Añoraba a mi mentor con cada fibra de mi ser. Cuántas veces habíamos fingido juntos que la alfombra verde de la trastienda era parte de los prados encantados del continente.

Sin aviso, una sombra se posó encima de mí, bloqueando los rayos del sol y devolviendo mi cabeza a la realidad.

—¿Por qué siempre que entro aquí te encuentro tirada en el suelo? Tenemos sillas, ¿sabes? —espetó Finnian—. ¿O es que acaso has sido derrotada por un enemigo invisible?

Aunque mis ojos se mantuvieron cerrados, pude notar la sonrisa detrás de sus palabras. ¿Desde cuándo sonreía el Guardián de las Tormentas y por qué estaba de buen humor? Me forcé a no levantar la vista. No estaba preparada para afrontar la realidad si veía esa sonrisa dirigida hacia mí. Los cambios de humor del Guardián eran tan repentinos que apenas conseguía seguirles el ritmo.

—Solo estaba descansando la vista.

—Eso te pasa por andar zarandeando el palacio por la noche en lugar de dormir. Las torres ya se mueven solas, Elara. No les hace falta tu ayuda.

—Cían es un bocazas.

—Solo se preocupa por ti. Aunque, para ser justos, no me hace falta que me diga lo que ocurre en mi castillo.

Abrí los ojos y la boca al mismo tiempo, indignada y dispuesta a responderle. Sin embargo, las palabras se perdieron a medio camino al encontrarse con la sonrisa torcida del Alto Fae. Finnian me observaba con la mano extendida, esperando a que me levantara.

Tras unos segundos que se hicieron eternos, acepté su mano, encogiéndome ligeramente ante nuestro contacto. Los ojos de Finnian no abandonaron los míos mientras me impulsaba hacia arriba. Era la primera vez en semanas que una de nuestras interacciones me hacía sentir bienvenida.

—La lección de hoy será breve. No tenemos mucho tiempo, pero no quería desperdiciar la oportunidad. Así, de ahora en adelante, cuando entrenes con Cían puedes ir practicando —anunció mientras

se deshacía de su elaborada chaqueta de cuero y la descartaba en el suelo.

—¿No viene Cían? —pregunté, estirando y rotando los hombros.

—Está atendiendo un asunto importante. Ha habido otro ataque en una aldea cercana.

Asentí mientras imitaba sus movimientos hasta situarme frente al Guardián en el centro del área de entrenamiento. Los ataques habían aumentado desde mi llegada. Solían sucederse cada pocos días, en las pequeñas ciudades y aldeas que rodeaban el palacio de la corte. Tanto Cían como Finnian habían sido frustrantemente crípticos ante mis preguntas.

—¿Ha habido algún herido esta vez? —pregunté.

No esperé a que él me lo pidiera, sirviéndome de mi poder utilicé una corriente de aire ligera para desatar las armas que llevaba y depositarlas en el suelo a escasos metros de distancia. Pese a todo, era asombroso lo mucho que mi manejo sobre el poder había mejorado.

—Lo mismo de siempre. Daños en el ganado y en los alrededores, aunque, por el momento, no hay heridos. Cían está evaluando la situación con una patrulla en estos momentos.

—¿Y tú no vas? —insistí.

El aire entre Finnian y yo se sentía distinto. Como si se encontrara cargado de electricidad. Aun así, no iba a ser yo la que hablara de lo sucedido la noche anterior. Con un escalofrío, sacudí los hombros, esperando su respuesta. Finnian parecía perdido en un momento propio. Algo en la tensión de su mandíbula me hizo pensar que tal vez estaba recordando lo mismo que yo: la roca cayendo hacia su hermana o su mano sobre la mía. Presa del mismo hechizo, el Guardián sacudió la cabeza.

—Me uniré a él en cuanto terminemos aquí. —La repentina caída de mis hombros desveló de manera evidente mi desilusión. Con una risa Finnian continuó hablando—. Haremos un trato. Si consigues poner en práctica lo que te voy a explicar hoy, puedes venir conmigo a la aldea.

Entorné los ojos, analizando su proposición. Un trato demasiado bonito para ser verdad. Lo que me indicó que probablemente mi lección iba a ser dolorosa e imposible de aprender en un solo día.

—He salido escaldada de otros tratos contigo.

—Esta vez nuestra palabra será suficiente.

Asentí, indicando con la mano que estaba preparada para comenzar. Casi instintivamente, comprobé el estado de mi poder. Un torrente continuo y potente fluía en mi pecho. Listo para atacar y ser comandado.

—Hoy vamos a practicar la combinación de tu poder con la lucha cuerpo a cuerpo. Si se utiliza correctamente, todo lo que has aprendido durante estas semanas puede aplicarse a un combate.

Mientras hablaba, Finnian comenzó a rodearme. Mantuve mi postura, irguiendo la espalda y flexionando las rodillas. Preparada ante cualquier posible ataque.

—De igual manera que puedes manipular el aire alrededor de un objeto para levantarlo o lanzarlo, puedes hacer lo mismo con tu cuerpo. Puedes saltar más alto, correr más rápido y golpear más fuerte. Pero hay que hacerlo con cuidado. Los movimientos y la manipulación del aire tienen que ser precisos. Es muy fácil perder el equilibrio y, lo que se supone que es una ventaja, se convierte rápido en un problema si no se usa bien.

Después de varias vueltas, Finnian se paró frente a mí.

—Por ejemplo, puedo reorganizar el aire y el espacio para que mi puño impacte con más fuerza contra un enemigo. —Mientras

hablaba, dio varios puñetazos al aire.

Los movimientos estaban acompañados por una ráfaga de poder, que hacía que fueran imposiblemente rápidos, cortando el aire de manera impasible.

—Sin embargo, si no focalizo bien mi poder, y aplico la fuerza a otras partes de mi cuerpo para hacer de contrapeso, perderé la ventaja.

El siguiente puñetazo del Guardián impactó contra el aire, pero en lugar de limitarse a su brazo, su cuerpo salió despedido hacia delante. Era como si hubiera perdido el control de las riendas de un caballo y luchara por recobrarlo. El funcionamiento era muy intuitivo y similar a estrategias que yo utilizaba en mis robos. Aunque nunca se me había ocurrido usarlo en una pelea.

—Vamos a probar. Haremos una serie de variaciones. Quiero que intentes golpearme y que utilices tu poder para aumentar la velocidad y la fuerza de tus puñetazos —explicó, plantándose delante de mí y subiendo ambos brazos en una pose defensiva.

—¿Y si no puedo controlarlo y te hago daño?

—No te preocupes, Elara. El Guardián de la Corte de las Tormentas puede frenar los ataques tanto conscientes como inconscientes de una simple Hadaës —murmuró, elevando una ceja y mirándome con una sonrisa felina.

La mención de mi breve crisis nocturna y su consecuente pérdida de control hizo que me ardieran las orejas. El matiz con el que enunció mi raza me hizo sentir incómoda, pero decidí dejarlo pasar.

Cuanto más tiempo pasaba con Finnian, más me daba cuenta de que evadir respuestas y comentar verdades a medias era todo un arte. Uno que él controlaba a la perfección y que me sacaba de mis casillas. Su arrogancia disipó cualquier miedo que hubiera albergado

con respecto al entrenamiento. Si lo que estaba buscando era provocarme, lo había conseguido.

Decidida a no darle el gusto de una respuesta, le dediqué una sonrisa igualmente desinhibida y adopté una posición de ataque. Él tuvo la osadía de sonreír todavía más. Me lancé contra él con un gruñido contenido.

Mis primeros puñetazos impactaron sin demasiada fuerza contra las palmas extendidas de Finnian. Apreté la mandíbula, el muy presuntuoso ni siquiera había necesitado bloquearme. Su fuerza era tal que podía pararme con las manos abiertas. Repetí la secuencia un par de veces, memorizando los grupos de músculos que utilizaba e intentando decidir cómo posicionar el aire para golpear con más fuerza.

Ordené una fina capa de partículas de aire en torno a mis puños y volví a atacar. La combinación propulsó mi cuerpo hacia delante y estuve a punto de caerme. Él me dio espacio para recuperarme y reajustar. En mi siguiente golpe, además de envolver el aire alrededor de mis antebrazos y manos y empujarlo hacia delante, decidí que también sería necesario crear un cinturón fino en el contorno de mi cintura que aplicara la fuerza contraria.

—No tengo todo el día, Elara —me incitó con tono burlón.

Esa vez, al golpearlo, liberé mi poder. La fuerza de mis embestidas me sorprendió. Mis puños chocaron con fuerza contra las manos de Finnian. Y tuve que apretar las rodillas para recobrar mi centro de gravedad y no chocar de bruces contra el Guardián.

—No está mal. Intenta ajustar más la fuerza contraria para no perder tanto el control. No solo en tu cintura, también en los pies —instruyó.

Volví a repetir mi ataque, esta vez aplicando más fuerza en dirección contraria tanto en mi cintura, como algo más leve

alrededor de mis tobillos. El ajuste de las fuerzas previno que me cayera hacia delante, pero hizo que mis embestidas tuvieran menos fuerza.

—Mejor. Prueba otra vez. Esta vez con algo de movimiento —indicó Finnian, y empezó a moverse a mi alrededor, forzándome a esquivar sus propias embestidas, ajustando constantemente el aire que mi poder había acumulado en torno a mi cuerpo.

Mi cuerpo y el de Finnian comenzaron a bailar. Nuestros poderes se mezclaban con el aire fresco de la bóveda, enredándose y tejiéndose en piruetas imposibles e intrincadas. El poder profundo y complejo de Finnian agudizaba sus movimientos, haciendo que tuviera que esforzarme el doble para seguirle el ritmo. Y, aun así, era consciente de que el Guardián se estaba conteniendo.

Al principio, solo el esfuerzo de mantener la concentración con cada cambio de dirección me resultaba casi imposible. Sin embargo, poco a poco, el proceso comenzó a tornarse más automático. Instintivo.

Esquivé con sutileza un contrataque de Finnian agachándome sobre una pierna y rotando mi cuerpo en la dirección contraria. Al levantarme, arremetí contra sus palmas extendidas. Un sonido sordo e intenso anunció el impacto de mis manos contra las de él, quien salió despedido unos metros hacia atrás.

La fuerza de mi acometida nos cogió a ambos desprevenidos. Mantuve mi posición, observando con los ojos abiertos como platos cómo Finnian resbalaba hacia atrás sobre la hierba. Me preparé para recibir su cara de enfado, pero él me sorprendió con una risa orgullosa.

—Parece que alguien se ha ganado el derecho a venir a la zona del ataque. Buen trabajo, Elara, lo estás pillando muy rápido.

Observé mis puños con incredulidad, intentando reconciliar la severidad de mi golpe con el hecho de que yo había sido capaz de golpear al Guardián. Había golpeado a un Alto Fae y mi cabeza no terminaba de procesarlo.

—No está nada mal para ser el primer día, la verdad. Tienes que tener especial cuidado de no agotar tu poder. Es demasiado fácil perder el control de cuánta magia estás gastando en el fragor de una pelea. Recuerda que para alguien como tú el Vacío es siempre una opción muy real. No serías la primera que pierde una batalla por quemarse sin darse cuenta. No lo olvides durante el torneo —explicó, acercándose a mí después de recoger su chaqueta del suelo.

—Si yo hago esto con el poder de la Corte de las Tormentas, eso quiere decir que los miembros de otras cortes...

—Efectivamente. —Las palabras de Finnian confirmaron mis peores sospechas—. Otros campeones podrán hacer cosas parecidas, enfundando sus puños en fuego, combinando sus patadas con temblores de tierra o incluso manipulando tus propios pensamientos. Tienes que estar preparada para cualquier tipo de poder.

—¿Cómo se supone que voy a competir contra eso?

—Siendo más lista que ellos, Elara. Si conseguiste robar el hueso de Addanac, no es solo porque tu poder sea fuerte, sino porque sabes gestionarlo y porque eres inteligente. En el torneo la fuerza no lo es todo, al igual que en cualquier combate. Utiliza todos los recursos que tengas a tu disposición y sobrevive a toda costa. Para eso tienes que ser muy consciente de que sobrevivir a veces significa parar. Sé que eres creativa a la hora de usar tu don, es cuestión de perfeccionarlo.

El piropo de Finnian hizo que algo dentro de mí emitiera un calor dulce e inesperado. Parecía una persona distinta a la que me había

enfrentado las semanas anteriores. Tal vez fuera el hecho de que yo hubiera salvado a Orla, pero algo en su manera de mirarme irradiaba un respeto que no había estado presente antes. Tanto que un pensamiento fortuito tomó forma en mi cabeza: tal vez aquello podía funcionar.

Mi alma de ladrona desconfiada, la que todavía habitaba en las noches del Archipiélago, me reprendió sin miramientos. No necesitaba que nadie reafirmara mis capacidades o mi poder. No había llegado a ser la mejor ladrona de las islas con los halagos de nadie. Y no necesitaba especialmente los halagos de un bruto que me había arrastrado a un trato que amenazaba mi vida.

—¿Lista? —preguntó, extendiendo un brazo hacia mí.

—¿Salto Irisado?

—Será más sencillo esta vez. Confía en mí. —El dorado y ocre de sus ojos brilló con una amabilidad desconocida.

En otra vida habría puesto los ojos en blanco y le habría soltado una fresca. Desde luego eso era lo que mi naturaleza pedía a gritos. Sin embargo, estaba cansada de seguir un instinto que fallaba a todas horas. Desoyendo mis automatismos me atreví a confiar en la palabra del Guardián. Agarré su brazo y, antes de que pudiera prepararme, se me encogió el estómago y sentí como desaparecíamos en un chasquido de lluvia y ventisca.



La zona estaba completamente destrozada. Finnian nos había transportado a una de las aldeas del linde más exterior, donde la inmensidad del Remolino y la severidad del mar chocaban en un baile inquietante de bruma y madera. Un lugar remoto en el que daba la sensación de que las pesadillas no podían encontrarte.

El ataque había sido indiscriminado. Decenas de cabezas de ganado habían caído presas de la escurridiza criatura que estaba aterrorizando a los habitantes de la Corte de las Tormentas. Yo jamás había visto algo igual. Los pobres animales habían sido masacrados. Vísceras y restos de sangre seca se esparcían de manera desordenada y violenta a lo largo y ancho de un prado parcialmente marchito.

La pequeña población estaba mayormente compuesta por una especie de Bajos Fae que no había visto nunca antes. Eran, sin duda, descendientes de las Dríades del Bosque, el antepasado que la mayoría de los Bajos Fae compartían en la corte. Su cuerpo estaba completamente cubierto por una capa fina de corteza y musgo, y unas delicadas alas transparentes de los colores más variopintos adornaban su espalda. Era una sencilla comunidad ganadera, que dedicaba la mayor parte de su tiempo a criar ganado en los alrededores del Remolino.

Mientras Finnian hablaba con el líder del pueblo, recorrí con la mirada el despliegue de cadáveres y daños que se extendía de manera desordenada. Los animales eran una especie de vaca albina con un grueso pelaje rizado. El contraste con la sangre que los cubría era, cuanto menos, espeluznante. Sus cuerpos habían sido mutilados y estaban repletos de extrañas mordidas, demasiado profundas y estrechas para ser de los depredadores más habituales.

Fruncí el ceño, sin acabar de comprender las señales de lucha que había frente a mí. Había sido testigo de multitud de escenas desagradables a lo largo de mi vida, pero aquello no atendía a ningún patrón que yo supiera identificar. Había algo que no encajaba.

A mi lado, Cían observaba la escena con el mismo semblante serio.

—¿Qué es lo que ves? —quiso saber.

—No es lo que veo. Es lo que no veo —dije todavía intentando comprender la carnicería—. No hay marcas de patas ni garras en el suelo. Más allá de las de los propios animales. Sin embargo, sí que están en sus cuerpos. Es como si los atacantes no hubieran pisado el suelo, como si volaran.

A mi lado, Cían asintió en silencio, confirmando que ambos habíamos llegado a la misma conclusión.

—Todos los ataques han sido iguales. No dejan ningún rastro que seguir. Solo sus marcas en los cadáveres.

—No parece que el ataque haya sido para alimentarse —continué mientras me inclinaba ligeramente sobre uno de los cuerpos mutilados, conteniendo el aliento ante el olor—. Están destrozados y desmembrados. Pero, más allá de eso, no se los han... comido.

No pude evitar decir el final de mi frase con un escalofrío y un susurro.

—Parece que los estén matando para divertirse. Es casi como si jugaran con ellos.

—¿Qué clase de criatura hace algo así?

El general miró hacia el Remolino como si sospechara que entre aquellos troncos gigantes las criaturas responsables estuvieran escuchando.

—Ninguna que habite estos bosques desde hace mucho mucho tiempo. Solo hay una criatura que encaje en todo esto, pero abandonó nuestro mundo hace miles de años —contestó, su mirada fija en el bosque.

—¿Qué criatura?

Por la cara que puso el general no estaba segura de querer saber la respuesta.

—Un Puka.

Un temblor recorrió mi cuerpo ante sus palabras. Ahogué una maldición entre dientes, girándome de nuevo a contemplar el bosque. Los árboles se mecieron bajo la brisa fría del mar, impasibles ante la posibilidad de que una criatura que solo habitaba en las pesadillas más oscuras hubiera decidido retornar de entre los muertos.

CAPÍTULO XVI

Las pesadillas lo encontraron de nuevo. Pesadillas, recuerdos... a veces era imposible saberlo. Una cosa estaba clara: ella moría en todos ellos.

La daga recorrió la distancia en un instante, clavándose con un ruido sordo en la diana. Orla había insistido en traerla. Según ella, el Remolino tenía un humor particular, del tipo que te atrapaba para siempre en las profundidades del bosque si incrustabas dagas en sus troncos, al parecer.

Mandé una ráfaga de viento hacia la diana, enviándola de manera abrupta hacia el lado derecho. Cuando la diana cogió velocidad, la liberé de mi poder, dejando que cayera a su libre albedrío. Con los ojos cerrados, centré mi poder alrededor de dos nuevas dagas y, con un giro final de la muñeca, las lancé hacia su objetivo.

—Es bastante alucinante la facilidad con la que haces eso —murmuró Orla detrás de mí, cuando las dagas dieron de lleno en el centro de la diana en movimiento.

—Siempre se me han dado bien las dagas —expliqué conforme retraía las cuchillas de la diana—. Son las únicas armas a las que tenía acceso en Nébula, todo lo demás era demasiado caro o atraía demasiadas miradas. Una cuchilla pequeña es fácil de esconder y transportar.

Me sorprendí ante mi repentina sinceridad. Hablar del Archipiélago me hacía sentir extraña. Aunque solo llevaba un poco más de un mes fuera, mi vida anterior parecía un sueño antiguo y desdibujado.

La vida en la corte, muy a mi pesar, se había vuelto predecible, cómoda. Aunque nunca lo admitiría en voz alta, disfrutaba de los entrenamientos con Cían y, si bien quería matar a Finnian al final de sus lecciones, lo cierto es que el control sobre mi poder estaba aumentando.

Esa seguridad era algo que nunca había tenido y me sentía una traidora por disfrutarla. Aun con la compañía de Artio, la vida en las islas era impredecible. No había noche en la que no durmiera con un ojo abierto, o día en el que no me preocupara por dónde encontrar comida para el siguiente.

Todas las noches, antes de caer rendida por los entrenamientos, me obligaba a mí misma a mirarme en el espejo. Mirarme y recordar por qué estaba allí. Por qué tenía comida caliente y una cama cómoda. Por qué mi fuerza física y mis habilidades estaban mejorando. Por qué mi poder parecía latir con más fuerza.

Un trato con un Alto Fae me ataba de pies y manos. A pesar de la amabilidad de Finnian y los demás, yo estaba aquí obligada, no tenía otra opción. Y, si lograba sobrevivir al torneo, volvería a estar sola. No podía permitirme depender de ellos. No podía permitirme dejarlos entrar.

—Cuando llegaste aquí se te daban bien. Ahora das miedo. Eso te pasa por pasar tanto tiempo con mi hermano y Cían. Te estás convirtiendo en una de ellos —continuó Orla, con un escalofrío exagerado que consiguió hacerme reír.

Estaba estirada en una manta de pícnic sobre el suelo y trabajaba sin descanso en su inseparable cuaderno de bocetos. Su última creación precisaba de una combinación de runas que diferenciara

entre luz y oscuridad, algo que la mantenía con la nariz metida entre las páginas la mayor parte del día.

—Siempre puedo mejorar más. El resto de las armas no se me dan ni la mitad de bien y todavía no he logrado perfeccionar la combinación de combate y magia.

Orla levantó la mirada de su cuaderno y me observó con esos ojos que siempre parecían saber más de lo que dejaban ver.

—¿Lo echas de menos? —preguntó, dejando a un lado su cuaderno y estrechándose debajo del árbol que la cobijaba.

—Es difícil echar de menos al lunático de tu hermano y a Cían cuando no llevan fuera ni medio día —respondí, forzando una sonrisa en un intento desesperado por cambiar de tema.

Finnian y Cían habían ido a atender unos asuntos en la frontera con la Corte del Bosque y no llegarían hasta el final de la mañana. Aunque, por supuesto, no era a ellos a quien mi amiga se refería.

Orla me miró de arriba abajo cruzándose de brazos. Aquel gesto me recordó demasiado a las veces en las que de pequeña había intentado mentir a Artio y él había aguantado en silencio hasta que yo había decidido decir la verdad.

El bosque danzaba a nuestro alrededor. El sol estaba alto, todavía en las primeras horas de la mañana. Estábamos lo suficientemente lejos del palacio como para que el único ruido audible fuera el vaivén de las hojas y de los espíritus.

La vibración constante de los cientos de espíritus que plagaban el bosque y la corte era algo a lo que me había tenido que acostumbrar. La presencia de los poderosos y escurridizos seres no era tan notable en las islas. Y, aunque rara vez los había visto desde mi llegada, su existencia en el continente era más que palpable.

—¿A qué te refieres? —cedí al final.

—A tu casa, a tus amigos y tu antigua vida. Tiene que ser difícil haber dejado todo eso atrás. Yo no me puedo ni imaginar lo asustada que estaría —respondió Orla.

Podía leer la culpa reflejada en su cara. Una culpa triste y profunda que inundaba sus ojos color ocre, tan parecidos a los de su hermano. La miré durante un segundo, confundida ante lo que podía ver reflejado en su mirada. Era su hermano quien me había forzado a participar en el torneo, no ella.

—En el Archipiélago no se vive. Se sobrevive. Así que no hay mucho que echar de menos, desde luego ningún amigo. A parte de Artio, hay pocas cosas que me hagan añorar Nébula. Luchaba todos los días por salir de allí, así que no tengo prisa por volver. Aunque sí me gustaría saber que él se encuentra bien y que pudiera venir conmigo. Estar juntos de nuevo —expliqué, odiando el nudo que se formaba en la garganta y las lágrimas que amenazaban por alcanzar mis ojos.

Era la primera vez que mencionaba el nombre de mi mentor desde mi llegada a la corte. El asentimiento solemne de Orla me dijo que, aunque yo no se lo había contado, Finnian debía de habérselo mencionado. No tenía palabras para describir lo mucho que lo echaba de menos. No me permitía pensar demasiado en él. Si lo hacía, la preocupación me consumiría por dentro.

—Estáis muy unidos.

—Es mi única familia —dije con una sonrisa que no alcanzó mis ojos—. Cuando era pequeña solía llorar sin entender por qué mis padres se habían deshecho de mí. La realidad es que no sé cómo acabé sola en un orfanato. Desconozco si me abandonaron o si murieron. Supongo que a estas alturas no importa. Sin embargo, cuando Artio llegó a mi vida recuerdo pasar noches en las que lloraba y lloraba mientras me mecía en sus brazos. Sentía que

alguien me había arrancado algo importante, una parte de mi alma o un recuerdo, no lo sabría decir. Me despertaba empapada en sudor, tratando de huir de pesadillas que no comprendía, con la sensación de haber olvidado. El buen trasgo solía quedarse conmigo hasta que conseguía volver a conciliar el sueño sin importar que él tuviera que despertarse al alba. Desde el día que me encontró vagando sola por las calles de Nébula nunca me había dejado sola.

»Un día comprendí que la familia es algo más que la sangre, ¿sabes? La familia se escoge. Y es así como demuestras que de verdad te importa alguien. Escogiéndolo todos los días.

—Ojalá todas las personas tuvieran eso tan claro —murmuró Orla con un gesto triste. Un boceto yacía olvidado en el suelo, mientras ella retorcía sus manos, nerviosa.

—Ojalá —dije haciendo eco de sus deseos.

Orla me observó con curiosidad. Podía ver el inicio de sus preguntas apelotonándose en su garganta. Preguntas que yo no estaba preparada para responder. Recuerdos que todavía no era capaz de visitar sin que dolieran.

—Yo nunca he estado en el Archipiélago. Increíble, ¿no? —susurró Orla con una sonrisa torcida, cambiando de tema ante mi evidente incomodidad. Un ademán que escondía un nivel de empatía que yo no estaba preparada para afrontar—. Tengo ciento noventa años y todavía no conozco todas las partes de Lyssandria. Cuando era más joven estaba decidida a verlo todo y ahora...

La frase murió en sus labios y yo decidí no presionar. ¿Quién era yo para cuestionar los secretos de los demás?

—De pequeña soñaba con explorar el continente. Y, una vez que lo hubiera visto todo, alejarme más allá del mar —ofrecí—. Todavía no sé cómo voy a hacer ninguna de las dos cosas. Si en Nébula parecía una tarea imposible, ahora todavía más.

Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no tenía una conversación tan normal. Hacía más tiempo todavía que no tenía un amigo con quien tenerla.

La sonrisa amable de Orla me dijo lo suficiente para entender que también ella estaba desentrenada en eso de la amistad. Era reconfortante, en cierto modo, saber que había otras personas que se sentían tan solas como yo. Y, allí, en mitad del bosque, el peso del torneo y del trato se difuminaron con la brisa de la mañana.

—Estoy segura de que conseguirás verlo todo, Elara.

Su confianza en mí hizo que se me encogiera la garganta.

—¿A qué cortes has viajado? —pregunté, tras tragar saliva.

El susurrar de las copas de los árboles y el vibrar de los espíritus atravesó el pequeño claro en un zumbido inesperado. Ignorando la sensación erizada detrás de mi cuello, avancé despacio hasta Orla y me senté junto a ella sobre la hierba.

—Veamos, he estado en varias ocasiones en la Corte de las Llamas. Aiden, el Guardián de las Llamas, es un gran amigo de nuestra corte. Es un lugar fascinante, aunque todo parece estar hecho de cristal y arena, así que siempre me da la sensación de andar de puntillas. El calor es sofocante durante casi todo el año, incluso los inviernos son bastante cálidos. Eso sí, las fiestas son increíbles. Créeme, no hay nada igual a una noche de pasión allí, especialmente durante las celebraciones de Primfaya. Una de mis primeras parejas fue un hada descendiente de los trasgos del desierto. La cosa no duró, obviamente, pero las maravillas que sabía hacer con las manos...

—¿Necesitas que te deje a solas?

—Ya vendrás a pedirme consejo, ya.

Tanto la princesa como yo nos echamos a reír. Mientras hablaba, Orla recogió el carboncillo olvidado y comenzó a garabatear.

Mientras describía las diferentes cortes, sus dedos esbozaban ágilmente pequeñas representaciones de los lugares que recordaba.

—Con treinta años visité por primera vez con Cían la Corte de las Olas. Creo que es el sitio más bonito en el que he estado nunca, y su Guardiana, Selene, es todo lo que yo quería ser en aquel momento. Nuestra sociedad no suele encajar bien que una mujer esté al mando, como sabrás. A veces parece que hay que ser una arpía para que te tomen en serio. Selene es todo lo contrario y, aun así, nunca he visto a un líder más respetado.

Los ojos brillantes de Orla parecían perdidos en el recuerdo, mientras sus manos tejían los dibujos atrapados en su mente. Arrecifes de coral, un castillo que parecía ondular con el mismo océano, retazos de una memoria encontrando su camino hasta el lienzo. Observé, ensimismada, el cuaderno, mientras escuchaba la información. En el Archipiélago eran pocas las noticias que llegaban del continente. Y, aunque todo el mundo conocía la división de las cortes de Lyssandria, el funcionamiento de su política era un misterio.

—La Corte del Bosque comparte frontera con la nuestra, como sabes, así que he ido en muchas ocasiones, más de las que me gustaría. Aunque, sinceramente, siempre que pongo un pie en el territorio de Umbra una parte de mí quiere salir corriendo. Los niveles de hipocresía y paripé que hay que hacer cada vez que interactuamos son exasperantes. Ni siquiera sé por qué Fin se molesta, Umbra es más que consciente de que nadie la aguanta. Diría que incluso le gusta que sea así.

Unos ojos oscuros y una sonrisa inquietante se dibujaron a través de los trazos de la princesa. Si eran la mitad de parecidos a la Guardiana real, esperaba no tener que enfrentarlos nunca.

—Y, como supongo que imaginarás, nadie que no pertenezca a su corte entra en la Corte de las Sombras. Aunque no es que yo tenga ninguna intención de colarme.

—¿Por qué motivo?

Un ronquido atragantado escapó de los labios de Orla. Un ruido que habitaba en un lugar entre medias de una risa y un suspiro exasperado.

—Los Guardianes de la Corte de las Sombras son seres impredecibles. El Oscuro es el peor de una larga estirpe de monstruos. Oscuro, asesino de Fae, supongo que se lo conoce con un sinfín de nombres a estas alturas. Todos muy bien puestos y ninguno lo suficientemente sombrío como para reflejar las atrocidades que ha cometido.

Los rumores sobre el actual Guardián de las Sombras eran tan horribles como pesadillas hechas carne. Un Alto Fae capaz de matar con solo mirarte. Capaz de exterminar ciudades enteras a placer y demanda. El peor de los demonios, el más poderoso de los Altos Fae. Todo el mundo conocía la ola de masacres que había llevado a cabo bajo las órdenes de su predecesor. Incluso yo, que había nacido casi un siglo después, temía las historias.

—¿Lo conoces?

—Para mi desgracia. Créeme, conocer a alguien capaz de matar a miles de Altos y Bajos Fae no es plato de buen gusto. Menos todavía cuando estamos forzados a gobernar junto a él.

—¿Por qué lo hace?

—Al principio solo era el recadero sanguinario de su padre. Con el tiempo supongo que le acabó cogiendo el gusto a ejercer ese abuso de poder. La gota que colmó el vaso fue la masacre de Astrella. Tantas muertes, ¿y para qué?

Yo había oído hablar en ocasiones de aquel suceso donde toda una ciudad había sido asesinada en apenas segundos por el Oscuro. Para ser justa nunca había indagado demasiado en el tema. En las islas, las leyendas de la capital eran solo eso, leyendas.

—¿Por qué sucedió?

—Intentar buscar una explicación a sus acciones y secretos es como intentar entender a los espíritus. Te volverás loca antes de conseguir comprenderlos. Antes del inicio del torneo ya era imposible interactuar con la Corte de las Sombras. Pero desde el torneo se han vuelto todavía más infranqueables y reservados.

—¿Qué tiene que ver el torneo en todo esto?

Orla levantó la cabeza, sus ojos marrones grandes como platos. Estaba claro que no había querido dar esa información en voz alta.

—Nada en realidad —dijo de forma atragantada, evitando mi mirada—. Al poco de comenzar el torneo murió Desmond, el antiguo Guardián de las Sombras. El Oscuro, su hijo y sucesor, endureció todavía más sus restricciones tras la muerte de su padre. Nadie entra en la Corte de las Sombras sin invitación, si quiere salir con vida.

Mi intuición me decía que había mucha información que no me estaba diciendo. Decidí no presionarla, al igual que yo necesitaba mi tiempo para confiar en los demás, podía percibir que Orla era parecida en ese sentido.

Me giré sobre mí misma, levantándome sin esfuerzo, dispuesta retomar mi entrenamiento. Quería ser amiga de Orla, y podía notar que la princesa deseaba lo mismo. Sin embargo, nunca llegaríamos a nada con las órdenes de Finnian de por medio.

—Elara, hay muchas cosas que todavía no sabes. Cían y yo hemos intentado convencer a Finnian. No estoy de acuerdo con su

razonamiento, pero él... —Un ruido repentino interrumpió el final de su frase.

Me giré hacia Orla, a tiempo de ver como caía sobre la hierba. Sus ojos se habían tornado negros y una multitud de temblores sacudían su cuerpo.

Daga en mano, recorté la distancia que nos separaba y me arrodillé a su lado. Examiné nuestro alrededor en busca de algún atacante, pero el bosque continuaba en silencio. A mi lado, la princesa se retorcía de dolor. Una mueca horrible contorsionaba su cara en un grito mudo. Su respiración era entrecortada y laboriosa.

—¡Orla! ¿Puedes oírme? —Mi voz tembló al hablar, mientras mis manos se lanzaban a buscar en su cuerpo algún motivo que explicara su actual estado.

En el momento en el que mis dedos entraron en contacto con su piel, un destello de energía me hizo apartar la mano con un grito de dolor. Inspeccioné, sin tocar, el cuerpo de Orla. Para mi sorpresa, unos tentáculos negros y morados envolvían su piel: unas ondas finas, pero furiosas, que recorrían su cuerpo como cientos de serpientes en miniatura. Intenté, en vano, tocar a Orla para despertarla. Cada vez que me acercaba lo suficiente, una corriente violenta sacudía mi cuerpo, lanzándome hacia atrás.

En mi interior, el centro de mi poder pulsaba encrespado ante la intrusión ajena, acompañada del traqueteo mortífero de mi oscuridad. Ambos reclamaban que los liberara para acabar con aquello que nos estaba haciendo daño.

—Mierda, mierda, mierda.

Dirigí mi poder hacia Orla en un intento de sostenerla en el aire y así poder transportarla hasta el palacio y pedir ayuda. En el momento en el que mi poder entró en contacto con su cuerpo, un

dolor punzante atravesó mi cabeza, diez veces peor que cualquier sacudida que hubiera experimentado al tocarla.

Desesperada, miré alrededor, en busca de cualquier cosa que pudiera servirme de ayuda. Adhair estaba demasiado lejos para gritar y que nos escucharan. Y la idea de dejar sola a Orla en ese estado era inconcebible. De repente, una conversación pasada volvió a mi cabeza.

Siempre podríamos preguntarle a un whisp*. Pero no conozco a nadie que haya conseguido atrapar a uno.*

Las palabras de Orla en el laboratorio resonaron en mi cabeza en un bucle infinito.

Las historias cuentan que si consigues atrapar a uno de ellos están obligados a responder a una pregunta con sinceridad.

Los pequeños espíritus eran conocedores de todos los secretos de Lyssandria. Aunque habitaban todas las cortes, no tenían adherencia a ninguna de ellas en particular. Si conseguía atrapar a uno de ellos podría pedirle la información que me ayudara a salvar a Orla. Pero ¿cómo iba a conseguirlo?

Uno tiene que estar dispuesto a dar algo de sí mismo a cambio.

Mi poder dio una pirueta en mi pecho al recordar las palabras de Orla. Parecía gritar, chillar y trotar desbocado. Se arremolinó de manera obstinada, demandando mi atención. Intenté ignorar su repentina sacudida, pero no me dejó.

Sentí como las yemas de mis dedos chisporroteaban cargadas de la fuente de mi magia. Asombrada, pude sentir que mis piernas empezaban a moverse por sí mismas. Mi don martilleaba desesperado, ávido de algo que yo no podía ver.

Como en un sueño, incapaz de racionalizar lo que estaba sucediendo, me dejé guiar por el pulso atropellado de la magia. Algo dentro de mí aullaba por salir y tomar el control. Como si de un hilo

invisible se tratara, mi cuerpo parecía atraído hacia las profundidades del bosque.

Avancé con paso firme entre los sauces milenarios, ignorando todos mis instintos y dejándome llevar por una parte de mí misma que parecía conocer una respuesta que yo ignoraba. Una de las múltiples lagunas que conformaban el río Itna a su paso por el Remolino me dio la bienvenida. El agua estaba oscura, incluso en la luz del día y parecía tan profunda que me hizo estremecer.

Mis pies se movieron como por decisión propia, adentrándome en la laguna y calando de arriba abajo los cueros que vestía. El agua fría me hizo ahogar un suspiro de sorpresa. Cuando el agua me cubría hasta la cintura, mis pies se pararon en seco. Con el corazón en la garganta miré a mi alrededor, en busca de alguna señal de los escurridizos espíritus.

Nunca había visto a un *whisp*, así que tampoco estaba segura de saber qué estaba buscando. Sin embargo, dentro del agua, el zumbido incesante y antiguo de la corte parecía estar amplificado.

Sentí clavarse sobre mí la atención de cientos de seres que no podía ver. Sus ojos invisibles me taladraban el cuerpo, haciendo que me quemara a pesar del frío de la laguna. ¿Qué se suponía que debía ofrecer?

Mi primer instinto fue ofrecer mi sangre. Al fin y al cabo, así se cerraban los tratos en Lyssandria. Cuando estiré el brazo para coger una de las cuchillas que llevaba atada al pecho, una corriente involuntaria de magia me recorrió la extremidad, haciendo que la dejara suspendida en el aire.

Si no era sangre, entonces ¿qué?

Una idea sin sentido, desesperada y totalmente inverosímil, comenzó a tomar forma en mi cabeza. El cosquilleo en mi brazo

disminuyó y, aunque sabía que era imposible, me pareció notar como si mi poder estuviera de acuerdo.

Sin más opciones, tomé una bocanada de aire y me sumergí por completo en la laguna. Con los ojos abiertos debajo del agua, extendí las manos y dejé fluir mi poder. No como un ataque o como una defensa, sino como la expresión más pura de mi habilidad. El poder de la Corte de las Tormentas y esa brizna oscura que me atormentaba inundaron el agua que se extendía delante de mí.

Ondas suaves y constantes abandonaron mi cuerpo. Una corriente de poder puro, ofrecido sin condiciones hacia las profundidades de la laguna. Aquella era la esencia de mi ser y no había expresión más honesta de lo que yo era.

Casi al instante, un fulgor blanquecino y anaranjado emergió del fondo de la laguna. Como si aquel brillo se viera atraído a mi energía, el resplandor se acercó más y más. En el momento en el que la misteriosa luz entró en contacto conmigo, sentí como la corriente se tornaba decisiva e implacable, rodeando la bola lumínica, sin dejarla salir.

El cambio repentino hizo que perdiera el control sobre mi respiración, forzándome hacia la superficie. Entre grandes bocanadas de aire, retiré el agua de mis ojos y aparté la trenza mojada hacia atrás.

Frente a mí, suspendido a pocos centímetros del agua, y atrapado en el aura de mi magia, un ser pequeño y brillante me observaba con ojos fisgones. Su cuerpo desprendía un brillo anaranjado acompañado de pequeñas lenguas de fuego que flotaban a su alrededor, como si se trataran de extremidades. Dos enormes ojos negros coronaban su cabeza. No había rastro de boca ni de orejas. Y, sin saber el motivo, estuve segura de que tenía ante mí a un *whisp*.

—Necesito tu ayuda. Mi amiga está herida y no puedo tocarla. Necesito que me digas cómo puedo salvarla —imploré sin saber si el *whisp* podría tan siquiera oírme.

La pequeña criatura me miró con gesto curioso. Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, como analizándome.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con una hija de la no Luna. Aunque, ahora que lo pienso, tú no eres una hija de la no Luna, ¿verdad, Elara? Al menos no del todo.

La voz del pequeño ser habló directamente dentro de mi cabeza. Era una voz dulce, si acaso un tanto impertinente y con un deje infantil.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Por favor, dime cómo puedo salvar a mi amiga —repetí, ignorando el escalofrío que poco tenía que ver con mis ropas mojadas.

Interesante, murmuró el *whisp*.

El espíritu me observaba con calma, con una curiosidad impertinente que había encontrado en mí el equivalente a un puzle sin resolver.

—Dime cómo ayudarla y dejaré que te vayas.

¿Estás segura, Elara, hija de la no Luna? Son muchas las criaturas que buscan atraparnos y tú lo has conseguido. Podrías pedirme cualquier cosa y yo tendría que responderla.

El ronroneo de su timbre de voz parecía rebotar contra lo más profundo de mi ser.

—Solo necesito saber cómo hacer que pare lo que sea que le está pasando a Orla.

Curiosa elección de palabras.

Pude sentir como su magia, antigua y eterna, me inspeccionaba. Me arrullaba con mimo hacia la laguna, intentando seducirme y atraparme.

—Sé que solo responderás a una pregunta y no pienso caer en tus trucos —rugí entre dientes, pisando con más fuerza el fondo arenoso de la laguna.

¿Ah, no? ¿Y si te dijera que puedo decirte quiénes eran tus padres? ¿O el motivo de tu cicatriz? ¿O cómo romper los tratos que te atan? ¿Y si te dijera que puedo ver la manera en la que tu destino y el del Guardián se entrelazan? ¿O el significado de la línea dorada? ¿O la verdad detrás de la maldición que dicta tu futuro y tu pasado?

Todas y cada una de las palabras del *whisp* entraron directas en mi corazón. Una flecha que no había precisado de arco hundiéndose en mis preguntas más anheladas. Era cierto, aquel espíritu podía ofrecerme información que nunca podría conseguir de otra manera. Podía ofrecerme mi libertad. Pero el recuerdo del cuerpo retorcido de Orla y su mueca de dolor ardía, incandescente, en mi cabeza.

—Dime cómo hacer que pare lo que le está sucediendo. Dime cómo hacer para que Orla no muera.

Como prefieras, respondió el *whisp*, resignado y sorprendido a la vez. *No puedo evitar la muerte, al fin y al cabo, llega para todos en algún momento. Sin embargo, puedo decirte cómo hacer que cese lo que atormenta a tu amiga por el momento. Para hacer que el dolor pare, moja su cuerpo con agua de la laguna. Después, haz un corte pequeño en su espalda a la altura de los omóplatos y rocía en la herida la savia de uno de los sauces del bosque.*

—Gracias —suspiré, aliviada.

El espíritu no me respondió y yo decidí no perder más el tiempo. Focalicé mi poder hacia la inmensa balsa de agua que aguardaba paciente a mi alrededor. Las ondas de mi don abrazaron la que me cubría, sosteniéndola con cuidado y elevándola sobre mí. Sin esperar más respuestas, rompí a correr hacia Orla.

La ropa mojada se me pegaba al cuerpo con cada zancada. El peso de los cueros mojados hacía que mis movimientos fueran torpes y descontrolados. Fijé toda mi atención en mantener segura la masa de agua que me acompañaba, ignorando los traspiés de mis pasos frente a las raíces torcidas del bosque y el goteo punzante que me recorría.

Cuando por fin logré alcanzar a Orla, no me paré a analizar mis acciones. Lancé contra ella todo el líquido que mi poder contenía. Sin esperar a ver si había funcionado, recorrí el claro hasta llegar a uno de los sauces. Con determinación, rajé la base del tronco con una de mis dagas. Creé un corte limpio y profundo, hasta que la savia comenzó a borbotear. Utilicé la hoja de la daga como bandeja improvisada.

Con cuidado de no derramar la sustancia, volví hasta donde Orla se encontraba tendida en el suelo. Aunque seguía inconsciente, las ondas moradas y negras habían desaparecido.

Llevé la empuñadura de la daga hacia mis labios para sujetarla. Y, con manos temblorosas, agarré el cuerpo de Orla. No me recibió ninguna descarga dolorosa. Con un suspiro aliviado, giré con cuidado su cuerpo hasta tumbarla de costado. Con otra de mis armas corté la espalda de su intrincado vestido. Aparté sin miramientos la lujosa tela hasta exponer la espalda de la princesa.

Realicé un corte fino en la base de sus hombros. Y, con un nudo en la garganta, incliné la daga que aún sostenía entre los dientes hacia la herida, dejando que la savia resbalara sobre ella. Casi de inmediato, Orla dio un suspiro repentino. Sus respiraciones comenzaron a relajarse. Sus ojos volvían a ser de su color habitual y me observaban con expresión confundida.

—Elara, ¿cómo...? —preguntó mientras intentaba incorporarse.

—Un *whisp*, he atrapado a un *whisp* —le dije mientras le instaba a continuar tumbada.

Orla asintió débilmente, recostando su cuerpo en el suelo.

—Finnian —dijo en un susurro antes de volver a desmayarse.

A pesar de haber perdido el conocimiento, su cuerpo ya no se retorcía de dolor. Aliviada, liberé el suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Enfundé mis dagas, tratando de calmar mi propia respiración.

Poco a poco vi como el corte que había realizado en su espalda comenzaba a cerrarse. Asentí para mí misma. Tenía que llevarla al palacio, allí sabrían cómo ayudarla. Reuní pequeñas partículas de aire alrededor de la princesa, ayudándome a sostener su cuerpo contra el mío. La apoyé sobre mi hombro derecho, proyectando mi poder a su alrededor para aliviar gran parte de su peso.

Mi don tembló ante el esfuerzo. Fuera lo que fuera lo que había hecho en la laguna, me había drenado casi por completo. Dejé esa preocupación a un lado, centrándome únicamente en llegar al palacio. Y, sin permitirme pensar más en ello, eché a correr.

Las semanas de entrenamiento con Cían fueron lo único que mantuvo mis piernas en movimiento. Todo lo que me rodeaba comenzó a difuminarse, pero ignoré por completo las señales de agotamiento.

Adhair apareció en el horizonte. Sentí decenas de ojos clavados en la imagen que ofrecíamos. Voces y directrices comenzaron a recorrer el espacio que nos separaba del edificio. El palacio se encontraba apenas a unos metros de distancia, pero no conseguí llegar a su entrada.

Mis rodillas fallaron y la magia abandonó por completo mi cuerpo. Ahogué un grito de dolor ante la repentina fuga del poder que siempre me acompañaba. Mi pecho ardía, vacío, ante su ausencia. El

Vacío se aproximó hacia mí con una velocidad matadora. Nublando mis sentidos y consumiéndome por dentro. Así que aquello era lo que se sentía al morir: desesperación y frío.

Choqué contra el suelo con un golpe seco. No tuve tiempo de amortiguar la caída de Orla, por lo que su cuerpo terminó tendido bocabajo junto al mío.

Un poder de tormenta y ventisca, que había aprendido a reconocer, irrumpió en el jardín principal. A lo lejos, creí escuchar voces familiares llenas de preocupación conforme avanzaban hacia nosotras. Gritaban mi nombre y el de la princesa.

Estiré una mano hacia Orla, como para cerciorarme de que todavía seguía allí. Mis dedos encontraron su espalda, todavía descubierta. Y, antes de que el cansancio me consumiera por completo, observé confusa que algo se movía en la espalda de la princesa.

Dos alas transparentes y delicadas luchaban por deshacerse de los restos del vestido.

Dos alas que no tenían sentido en el cuerpo de una Alta Fae.

Dos alas que me revelaban un secreto que no sabía que Orla estaba escondiendo.

Una certeza me invadió antes de que la oscuridad se abalanzara sobre mí y me llevara lejos. Orla, la princesa de la Corte de las Tormentas y hermana del Guardián, era una Baja Fae.

CAPÍTULO XVII

No podía respirar. No lograba despertar. Su poder llamaba su nombre, una y otra vez, con gritos desesperados; pero él nunca llegaba a tiempo.

Las tinieblas me cegaban por completo. Los ecos perdidos de los lamentos llegaban debilitados hasta mis oídos. La oscuridad lo era todo, no había nada más allá de ella. Me consumía sin descanso, arrasando con todo aquello que supusiera una amenaza para nosotras.

—¡Para! —quería gritarle.

Pero era inútil. Estaba dentro de mí, era yo. Y no había nada en este mundo capaz de hacer que se detuviera.

Apreté los brazos temblorosos sobre mi pequeña cabeza. Cerré con fuerza los ojos, tanto que estaba segura de que jamás sería capaz de volver abrirlos. Si lo hacía, el mundo sería otro muy diferente. Un mundo oscuro y repleto de dolor del que yo era la única responsable.

Porque dolía, dolía mucho contenerla. Pesaba mucho empujarla más y más adentro, donde nadie pudiera encontrarla, donde no volviera a hacer daño nunca más.

Desperté de un sobresalto, envuelta en algo suave y fresco. Una brisa agradable que acompañaba los últimos rayos del día acarició mi rostro. Me retorcí, lentamente, entre las sábanas, todavía con los ojos cerrados y el final de una pesadilla en la cabeza.

Sentí como si un huracán hubiera arrasado mi cuerpo. Las extremidades se sentían pesadas y torpes. Intenté, en vano, deshacerme de los acelerados latidos y la respiración entrecortada, fruto de una de mis pesadillas habituales. Como siempre, durante unos agonizantes segundos, me costó hacer que el aire atravesara la garganta hasta los pulmones. Entré en pánico.

No podía respirar.

No podía salir.

No podía pararlo.

Me repetí una y mil veces que aquello era solo un sueño, todas las que fueron necesarias hasta que mi cuerpo comenzó a creérselo. Con una mano encima del pecho y la otra extendida sobre mi estómago, conté las respiraciones en un intento de volver a ser yo misma. Los minutos se hicieron eternos, pero al final conseguí relajarme y respirar con normalidad.

Los recuerdos del incidente de Orla se precipitaron en mi memoria como si de una avalancha de desesperación se tratara. Imágenes partidas de ondas moradas y negras mezcladas con espíritus imposibles de cazar se agolparon desordenadas. Los vestigios de una voz aterradoramente dulce y sus promesas todavía arañaban mi corazón.

El recuerdo de un dolor punzante hizo que me encogiera entre las mantas. El gemido de un escozor fantasma escapó de mi garganta. En mi pecho, el poder intentó consolarme. Aunque todavía débil, mi inseparable acompañante había vuelto a mí.

—Tranquila, Elara. Estás a salvo —arrulló una voz cerca de mi cabeza.

Dos manos callosas me ayudaron a deshacerme del revoltijo de sábanas y mantas que me atrapaba, asiéndome mientras me incorporaba con cuidado contra el cabecero.

La habitación estaba sumida en una atmosfera tenue y, bajo la última luz del día, Cían recibió mi accidentado despertar.

—¿Orla? —pregunté, una vez que estuve segura de poder hablar sin que me temblara la voz.

—Orla está bien, Elara. Gracias a ti —me tranquilizó.

Sus ojos, siempre serenos tenían un brillo diferente. Un tinte de emoción y agradecimiento que hizo que se me encogiera el estómago.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Casi un día y medio.

—Mierda.

—Sea lo que fuera lo que hiciste para salvar a Orla, te drenó casi por completo. Has estado a punto de caer en el Vacío, Elara. Si hubieras llegado al palacio unos minutos más tarde...

Cían no terminó la frase. Sin embargo, el ligero temblor de su mandíbula me dijo suficiente. Había estado muy cerca de no contarlo. La Elara de dos meses atrás habría rugido furiosa ante tal imprudencia. Especialmente, teniendo en cuenta que lo había hecho para salvar a otra persona, y no a mí misma.

Pero, por más que busqué, no encontré ni un atisbo de remordimientos. Al ver caer a Orla retorcida de dolor, mi cuerpo se había puesto en marcha. Un pánico profundo me había invadido. En ese momento, cualquier instinto de supervivencia me había abandonado. Solo un objetivo había ocupado mi cabeza: ayudar a mi amiga.

La verdad y la profundidad de la palabra arremetieron contra mí con una fuerza inexplicable. Pese a mis miedos, Orla se había convertido en mi amiga. ¿Cómo no iba a ser así? La princesa era implacable. Una fuerza de la naturaleza en sí misma. Desde el primer momento me había tratado como alguien a quien merecía la pena conocer, no como a un simple peón del torneo.

—Atrapé a un *whisp*.

—¡Por la Verdeluna! —murmuró Cían, pasándose la mano por el pelo blanco y sacudiendo la cabeza—. Orla mencionó algo de un *whisp*, pero ha estado tan aturdida que no sabíamos si sabía lo que estaba diciendo.

Todavía no estaba segura de cómo había logrado dar caza al omnipotente espíritu. Era la primera vez en mi vida que entraba en contacto directo con un ser de su condición. Y, aun así, por algún extraño motivo, la experiencia había sido casi familiar.

—Fue lo único que se me ocurrió.

Apoyé con delicadeza la cabeza contra el cabecero de madera, cerrando los ojos. La habitación giró a mi alrededor. Inspiré profundamente, intentando recobrar la nitidez.

—¡Ah! —Cían ahogó una risa incrédula—. Recuérdame que la próxima vez que necesite que alguien me salve de una muerte segura te lo encargue a ti.

Aun con los ojos cerrados sentí la sonrisa del general en sus palabras. Sin embargo, detrás de ellas había algo más. Un afán por aliviar la seriedad de la situación. Un afán por borrar la arruga de preocupación que sin duda cubría mi frente.

—No sabía que la mano derecha y general todopoderoso del Guardián de las Tormentas necesitaba que lo salvaran —susurré en un intento de devolver todas las veces en las que Cían había usado su humor para aliviar mis dudas en nuestros entrenamientos.

—Todos necesitamos la ayuda de un amigo de vez en cuando.

Allí estaba otra vez. Esa palabra tan corta y aparentemente sencilla que hacía que todo mi mundo se tambaleara. La razón por la que Cían se esforzaba siempre tanto en nuestras interacciones al entrenar en hacerme reír o sacarme una respuesta burlona. La razón de que yo me resistiera a darles acceso a esa parte de mi corazón. Porque cuando alguien tiene acceso a tu corazón es más fácil que decidan romperlo. El mío había nacido roto en mil pedazos. Y después de la estocada mortal de Nolan no estaba segura de poder encajar otro golpe y sobrevivir.

Pero no era solo mi corazón lo que necesitaba proteger. Al fin y al cabo, la mía era una causa perdida. Cuanto más cerca de mí estuvieran, más daño les acabaría haciendo. Algo en mi interior presagiaba que volvería a perder el control. El día que eso ocurriera, ya no sería *amiga* la palabra con la que se referirían a mí; sino *monstruo*.

—Gracias por salvarla, Elara. No sabes lo que Orla significa para Finnian y para mí. Estaremos siempre en deuda contigo. —Las palabras de Cían me atravesaron como cientos de cuchillas.

—No lo hice por eso y ambos sabemos que esta deuda no me sirve de nada en realidad.

—Si hubiera alguna manera de romper el trato, Finnian lo haría...

—Aunque la hubiera, no lo rompería.

—Elara, tal vez...

—No lo hice para romper el trato —dije antes de que continuara—. Orla ha sido buena conmigo. ¿Cómo no iba a ayudarla? Y, aunque os sorprenda, por muy ladrona que sea, no soy un monstruo sin corazón.

—Hiciste mucho más que ayudarla. Pusiste tu vida en peligro por ella. Nadie duda de tus intenciones. No eres solo una campeona. No

después de esto. Por favor, dime qué necesitas. Lo que sea, y lo haré —ofreció.

—¿Puedo verla?

—Claro —murmuró, tendiéndome una mano y ayudándome a levantarme. Si bien podía notar sus ojos curiosos clavados en mi persona, el general decidió no insistir.

Cían esperó pacientemente fuera de mi habitación mientras yo me vestía. Todavía débil y dolorida, me conformé con unos pantalones fluidos de algodón claro y una túnica de similar confección. La perspectiva de levantar los brazos y hacerme una trenza se me antojó una odisea. Opté por cepillar el pelo, desenredándolo, y dejarlo que cayera de manera natural hasta la cintura.

Cían y yo caminamos en silencio hasta la habitación de Orla. El general abrió la puerta con cuidado, gesticulando para que yo entrara primero. Al otro lado, la estancia se encontraba casi en completa penumbra.

—Os dejaré un momento a solas. No creo que se despierte, hace poco que se ha tomado su medicación. Iré a buscar a Finnian, se alegrará de saber que estás despierta.

Asentí lentamente. Antes de marchar, Cían posó una de sus enormes manos en mi hombro y lo apretó cariñosamente, como intentando transmitirme parte de su fuerza. Mi corazón tamborileó y me adentré en el cuarto en silencio.

La habitación era prácticamente idéntica a la mía. Si bien estaba plagada de toques personales que rezumaban la esencia de Orla. Varios caballetes con pinturas y bocetos a medio terminar cubrían los pocos espacios abiertos del cuarto. Ramos de arreglos florales estaban desperdigados sobre las diferentes mesas y superficies del mobiliario. Pilas de libros y prototipos como los que había

compartido conmigo se amontonaban en una mesa baja cerca del balcón.

En el centro, Orla descansaba en una inmensa cama con dosel. Su respiración era tranquila y su rostro parecía relajado. Caminé hasta situarme a su lado, sentándome en una silla que alguien había acercado hasta el costado de la cama.

Orla era la viva imagen de una Alta Fae en apariencia. Sus facciones delicadas, a la par que poderosas, encerraban la belleza exclusiva de esos poderosos seres. Sin embargo, un secreto se arremolinaba en su espalda.

El recuerdo de sus alas frágiles y transparentes centelleó en mi mente. No había rastro alguno de ellas. Si no fuera porque los eventos de aquella mañana se habían grabado a fuego en mi cabeza, habría jurado que las había imaginado.

No pude evitar que mis comisuras se curvaran ligeramente hacia arriba. Orla era una mestiza como yo, una Baja Fae. Puede que no fuera Hadaës y que descendiera de alguna raza de Sílfides de las Tormentas, pero independientemente de eso, ambas compartíamos algo que era imposible de explicar.

Y sí, tal vez la amistad con la princesa era la peor idea del mundo. Pero en Orla veía reflejada una parte de mí. Una parte que luchaba cada día por encontrar su lugar, por hacerse valer. Conocer el secreto de Orla, de algún modo, hizo que me sintiera menos sola. Al fin y al cabo, había alguien atrapado entre dos mundos, como yo. Alguien que, pese a todo, no dejaba que su linaje determinara su vida.

—Estás despierta —dijo una voz desde el umbral, sobresaltándome. Sentí los ojos de Finnian clavados en mi espalda —. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada y algo confusa, pero bien, dadas las circunstancias.

Nuestros ojos se encontraron en un choque de ocre contra verde. Mi poder ronroneó, latiendo al mismo tiempo que la magia huracanada del Guardián. La sensación era abrumadora. La magia del palacio y de mi ser pertenecían al Guardián, querían complacerle.

—¿Podemos hablar? —preguntó, mirando a su hermana con gesto cansado.

Incapaz de responder con palabras, asentí y seguí sus pasos fuera del dormitorio. Caminamos en silencio entre los desiertos pasillos. Finnian parecía contener el aliento y, con él, el resto de Adhair. La Corte de las Tormentas estaba sumida en una especie de letargo mientras aguardaba el despertar de su princesa.

Finalmente llegamos a una de las muchas estancias que flanqueaban el pasillo. Yo nunca había estado en aquella zona del palacio, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en la bóveda de entrenamiento, en mi cuarto o en el laboratorio con Orla.

La amplia puerta de madera se abrió sin necesidad de tocarla, Finnian la mantuvo abierta dejando que yo pasara primero. Una vez dentro, oí el suave clic que hizo al cerrarse.

La habitación estaba amueblada como un despacho. Estanterías repletas de libros cubrían las dos paredes laterales. Un amplio ventanal se extendía en la pared del fondo, enmarcado con cortinas de terciopelo azul. En el centro una mesa enorme descansaba sobre una intrincada alfombra. En su superficie había decenas de mapas y pergaminos esparcidos de manera desordenada. Un par de velas a medio consumir brillaban contra la oscuridad del inminente ocaso.

A mi espalda, la presencia de Finnian era casi insoportable. Podía notar las vibraciones de su poder extendiéndose a lo largo del cuarto. Sentí como algunas ondas curiosas se arremolinaban entre mis pies, inspeccionándome.

—¿Pudisteis solucionar los problemas en la frontera? —pregunté entre dientes.

No quería que su presencia me afectara tanto, pero el pulso de su magia era difícil de resistir. Me hacía querer agradarle pese a que no tuviera ningún sentido. Me sentía expuesta, como en mitad de una tormenta sin cobijo bajo el que resguardarme.

No quise que viera lo vulnerable que me hacía sentir. Esperé su respuesta sin darme la vuelta, mirando fijamente la mesa y lo que en ella había.

—Sí. Llevamos un tiempo experimentando ataques de diferentes criaturas. Normalmente no son un problema, pero parece que algo las está forzando a moverse fuera de su hábitat normal —respondió Finnian en un tono que sonaba algo impersonal.

—¿Qué criaturas? —dije encarando su figura y apoyando mi peso sobre la superficie de la mesa. Crucé los brazos sobre mi pecho, buscando aliviar una sensación de vacío que no sabía localizar.

—Aulladores y Sith, principalmente. Al menos eso creemos. Aunque todavía no hemos identificado a las criaturas que instigaron los ataques más recientes —murmuró, dejando caer su propio peso sobre una de las estanterías. Un espejo de mis movimientos.

Sus ojos eran infranqueables y me miraban como si pudiesen ver más allá de mis pensamientos. El zumbido del aire se intensificó y tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no sobresaltarme. ¿Acaso él no lo notaba? ¿Lo estaba haciendo a propósito o eran todo imaginaciones mías?

—¿Las mismas que atacaron la aldea hace una semana? —susurré sin poder apartar la mirada.

Su magia me llamaba, no había otra manera de explicarlo. Finnian asintió, cerrando los ojos durante un instante. Parecía agotado y totalmente ajeno a lo que me estaba ocurriendo.

—Gracias por salvar a mi hermana, Elara. Estoy en deuda contigo, por segunda vez. —La intensidad de sus palabras me pilló por sorpresa.

Apretó la mandíbula con fuerza, mientras una de sus manos recorría, furiosa, su pelo rojizo.

—Ambos sabemos que lo único que quiero no puedes dármelo.

Lo único que yo quería era mi libertad y estaba claro que el Guardián no iba a romper nuestro acuerdo.

—Tienes razón, no puedo deshacer el trato que firmamos. Necesito que participes en el torneo. —Finnian no me sostuvo la mirada al hablar. Yo quería creerlo, quería pensar que no tenía otra opción. Sin embargo, algo dentro de mí gritaba que me mantuviera alerta—. Pero es la segunda vez que salvas la vida de mi hermana. No he sido justo contigo, Elara. Tal vez sigo sin serlo. Estás aquí en contra de tu voluntad y, a pesar de ello, has hecho más por mi familia que muchas otras personas. Después del torneo, si así lo deseas, tendrás un sitio en mi corte. Para mí sería un honor que aceptaras y, por supuesto, podrías traer a tu trasgo.

No me gustó la manera en la que se refirió a Artio, pero decidí dejarlo estar por el momento.

—¿Una Hadaës en tu corte? —cuestioné incrédula.

—Creo que ambos sabemos que eso no es un problema para mí. Mi corte no está compuesta exclusivamente por Altos Fae. Las criaturas menores y mestizas también tienen un espacio, ya sean Bajos Fae o Hadaës.

Me costó ignorar que se refiriera a nosotros como criaturas menores y tuve que frenar mi lengua antes de insistir en el hecho de que, salvo Orla, el resto de los componentes de su círculo de confianza eran todos Altos Fae. Los consejeros que había visto entrar y salir del palacio en sus reuniones eran prueba suficiente. Sin

embargo, me guardé mis comentarios, no era el momento y, sinceramente, quería respuestas.

—¿Quién lo sabe?

—Casi todo el mundo en el círculo privado del palacio conoce la naturaleza de Orla. La gente de confianza, quiero decir. No es algo que escondamos o de lo que nos avergoncemos. A no ser que alguien nuevo llegue a la corte, en cuyo caso tratamos el tema con discreción hasta saber si es de fiar —explicó, encogiéndose de hombros.

—Alguien como yo.

—No tiene nada que ver contigo, Elara. La historia de Orla no es mía para contarla. Si tienes alguna pregunta sobre ello tendrás que esperar a que sea ella quien la responda. Te pido paciencia en su nombre. Orla es la persona más fuerte que conozco, pero los últimos años no han sido fáciles.

Finnian me miró con gesto severo, pero me negué a amedrentarme. Yo había arriesgado todo por Orla. Merecía respuestas y las merecía en ese momento. Un mes de dudas, de miedo, sudor y lágrimas estalló en mi garganta. Y, cuando las palabras comenzaron a brotar, fuertes, altas y enfadadas, no hice nada por contenerlas.

—Me he jugado la vida para salvar a Orla. Está claro que ella no está en condiciones ahora mismo de contarme su historia. Pero estoy cansada de sentir que todos estáis constantemente ocultándome algo. Me estoy dejando la piel por esta corte y por un torneo que ni siquiera entiendo. ¿Acaso no merezco una explicación por tu parte?

Finnian se encogió con la culpa reflejada en su rostro. Parecía atrapado, sin saber qué decir ni qué hacer. Le estaba bien empleado. Por un momento pensé que iba a salir huyendo y a dejarme con la

palabra en la boca. Sin embargo, tras un largo suspiro, comenzó a hablar. Mientras lo hacía, la energía que desprendía se intensificó, y yo, como una polilla tonta, fui incapaz de alejarme.

—Mi padre, Miach, no era una buena persona. Mi madre, Aoife, era quizá la única capaz de hacer que no sobrepasara ciertos límites. Y, cuando no conseguía frenarlo, al menos lograba hacerle ver sus errores. Eran una pareja singular, distintos en la mayoría de las cosas, pero conectados de manera profunda. Después de que mi madre muriera, digamos que mi padre dejó de tener a alguien que le parara los pies. Su corazón siempre fue sombrío y el amor de mi madre era lo único que conseguía iluminarlo. Con su fallecimiento, él se convirtió en la bestia que siempre había sido. La muerte de una esposa nunca es fácil, pero mucho menos cuando es tu alma Kindred. Mi padre nunca fue el mismo después de que ella faltara.

Me estremecí ante la revelación. Los vínculos Kindred eran algo reverenciado en Lyssandria. Se trataba de un fenómeno tremendamente singular y poco común en el que dos personas compartían una parte fundamental de su alma. Parejas destinadas a encontrarse una y otra vez a lo largo de sus existencias. Eran muchas las leyendas que cantaban los peligros y el fervor de estos lazos. Pues, aunque los pares estaban predestinados, no siempre estaban enamorados.

—¿Qué le pasó a tu madre? —pregunté, haciendo todo lo posible por ignorar la manera en la que mi corazón se encogía ante la delicadeza con la que se había referido a ella.

Finnian se revolvió, claramente poco acostumbrado a mostrarse vulnerable, pero continuó hablando.

—Una vez al año, Miach visitaba las lagunas subterráneas de la corte, cerca de la frontera más al oeste de nuestro territorio. Mi padre disfrutaba con la caza de determinadas especies que moran

en esas cuevas. Especies peligrosas, exóticas e imprevisibles. Mi madre no solía acompañarlo, pero ese año terminó por unirse al grupo. Mi padre juró durante el resto de su vida que el Sith albino que había cazado estaba inconsciente cuando dejó que mi madre se acercara para admirar su pelaje. Lo único que sé es que la criatura se revolvió y mi madre perdió el equilibrio, asustada. Se precipitó varios metros colina abajo y terminó dándose un mal golpe. No hubo nada que hacer por ella, fue la tormenta perfecta —explicó con una risa frustrada—. A veces pienso que habría sido mejor si la hubieran atacado. Al menos así mi padre habría tenido un objetivo.

La mirada de Finnian estaba clavada en el suelo, como perdida en un recuerdo que yo no podía ver. Había una tristeza profunda detrás de su aparente frialdad. Tuve que apretar con fuerza los brazos a mi alrededor para evitar cruzar el espacio que nos separaba y consolarlo, su poder me llamaba.

—Después de la muerte de mi madre, ya no hubo vuelta atrás. Mi padre se quedó sin motivos para fingir que era bueno o que algo le importaba más allá de su poder y de la Corte de las Tormentas. Cualquier pequeña amenaza, cualquier discusión, se volvía una masacre en todos los sentidos de la palabra. En sus últimos años, mi padre arrasó con todo y con todos. Y, por el camino, apareció Orla. —Finnian pronunció el nombre de su hermana con reverencia—. Él no quería tener nada que ver con ella. *Una desgracia, una abominación para nuestro linaje*. Así fue como la llamó. La madre de Orla murió en el parto. Y, a pesar de que mi padre la repudió, yo juré que protegería a mi hermana. Los primeros años fueron difíciles, tuve que hacerlo a escondidas. Pero, al convertirme en Guardián, todo se hizo más sencillo.

—¿Y tu padre?

—Decidió volar demasiado cerca del sol y acabó quemándose.

Arqueé una ceja, confusa. Esas palabras ocultaban mucho más de lo que dejaban ver, pero decidí no presionar.

—Tras su muerte, mi primer acto como Guardián fue nombrarla princesa de la Corte de las Tormentas. Puede que al ser Baja Fae nunca pueda ser Guardiana, pero merece estar a mi lado y ocupar un puesto de importancia.

Aquella era una de las reglas no escritas de Lyssandria: jamás había existido un Guardián que no fuera Alto Fae. La magia solía escoger a su sucesor y, al parecer, la magia podía ser tan ignorante como la mayoría de los Altos Fae.

El amor que Finnian sentía hacia su hermana era más que evidente. En ese momento, supe que no había nada que él no haría por mantenerla a salvo. Una parte de mí sintió envidia. No ante las atenciones del Guardián, sino por el hecho de no tener cerca a alguien que luchara por mí con uñas y dientes, sin importar las consecuencias. Artio había sido la única persona en hacer algo así por mí, pero nos separaban un mar y un trato imposible de romper.

—¿Qué es lo que pasó en el Remolino? ¿Tiene algo que ver con que sea Baja Fae? —pregunté apartando el dolor que me producía pensar en mi mentor y forzándome a seguir con la conversación.

—Sí y no. Hace casi cien años, mientras dibujaba en el bosque, algo atacó a Orla. Algo poderoso que no vimos venir y que desconocemos. Tengo más de trescientos años y jamás he visto algo como aquello. Orla sobrevivió a duras penas. Si fuera Alta Fae, tal vez no le habrían quedado secuelas. Los sanadores no saben decirlo con seguridad. Después del ataque no volvió a ser la misma. De vez en cuando tiene recaídas que recuerdan a lo que ocurrió aquel día, y cada vez son más fuertes y la dejan más débil. —Al hablar, los hombros le temblaron—. Mis ingenieros, los orfebres y los sanadores

han intentado todo tipo de remedios, pero nada parece funcionar. Ahora están trabajando en algo nuevo, gracias a ti.

La confusión en mi cara debió de ser evidente, porque una sonrisa torcida iluminó el rostro sombrío de Finnian.

—El hueso de Addanac —comprendí.

—Tiene propiedades medicinales increíbles, pero para que sean efectivas el hueso tiene que ser recolectado por alguien que no sepa cuál va a ser su uso y que no conozca a la persona que lo necesita. Por no hablar de que debe ser alguien que no haya derramado la sangre de la bestia —explicó, encogiéndose de hombros y estudiando mis reacciones con cuidado.

—Así que el encargo era más que una trampa para encontrar al nuevo campeón del torneo.

—¿Qué puedo decir? Estoy desesperado —admitió—. Sinceramente no pensé que nadie fuera lo suficientemente fuerte para conseguirlo o lo bastante osado para intentarlo, pero apareciste tú.

Un silencio cargado se extendió por la habitación. Sus palabras junto con el pulso de su energía me envolvieron. Era casi como si quisieran convencer a mi magia para que saliera a su encuentro. No era una sensación desagradable, pero mantuve mi propio poder en su sitio. Él no parecía ser consciente de lo que estaba haciendo, así que di por sentado que las emociones de los últimos días habían hecho mella en su control.

Lo cierto es que Finnian parecía agotado. Su pelo estaba enmarañado, como si no hubiera dormido en varios días y dos grandes círculos oscuros ensombrecían su mirada.

—Tienes que entenderlo. Durante estas últimas décadas hemos intentado mantener la normalidad. Orla siguió entrenando y preparándose, pero yo no podía seguir viéndola sufrir. Usar su poder

hace que los ataques se produzcan con más frecuencia. La debilita demasiado. Así que hace unos meses tuve que obligarla a parar y buscar otra solución —confesó de manera atropellada cortando nuestra conexión visual.

Comenzó a moverse, agobiado, a lo largo de la habitación.

—Finnian, ¿qué estás diciendo? —Mi voz era apenas un susurro.

—Cuando todo comenzó me negué en rotundo a que ella participara. Sin embargo, después del último torneo, Orla me hizo prometer que ella sería la siguiente Campeona de las Tormentas. No estaba dispuesta a dejar que nadie más muriera, si ella podía evitarlo. Intenté negarme, pero ya la conoces, es imposible decirle que no cuando se le mete algo en la cabeza. Con cada entrenamiento su enfermedad empeora y yo no puedo quedarme parado viendo cómo se destruye sabiendo que no saldrá con vida del torneo. Así que comencé a buscar campeones nuevos. Necesitamos alguien que sobreviva pese a todo, así que decidí cambiar la manera de reclutar a campeones. Hasta ahora hemos escogido a los candidatos de entre mis soldados más fuertes, cosa que no ha resultado favorable. Y por eso estas aquí, Elara.

Finnian cruzó a grandes zancadas la distancia que nos separaba, parándose a escasos centímetros de mí. Podía sentir la energía y el calor que irradiaban de su cuerpo. Sus manos se envolvieron en dos puños a sus costados. Sus nudillos se tornaron blancos, como si estuviera evitando a toda costa acercarse más.

—Orla era la Campeona de las Tormentas para este torneo —completé sin terminar de entender.

—Sí.

—Pero enfermó hace unos años y habéis apurado hasta el final para ver si conseguías curarla —continué sin apenas moverme.

No sabía cómo sentirme ante la revelación. Orla era la campeona original, la persona que se suponía que tenía que representar a la corte en el torneo. Algo se me escapaba, algo importante que Finnian no estaba diciéndome. La naturaleza del torneo todavía era un misterio para mí.

—¿Por qué se celebra el torneo?

—No me hagas esa pregunta —suplicó.

Una de sus manos se aventuró en mi dirección. El Guardián parecía haber perdido la batalla que estaba librando consigo mismo. Los dedos callosos de Finnian acariciaron mi mejilla con ternura para después apartar un mechón de pelo y colocarlo detrás de mi oreja.

Posó esa misma mano en mi hombro y sentí como una ráfaga de su poder conectaba con el centro del mío. Jamás me había sentido tan vinculada con todo lo que me rodeaba. ¿Se sentía él así siempre?

Era como encontrar la respuesta a una pregunta que había olvidado. La tierra, el palacio, el aire y el susurro de las nubes de tormenta, todo se metió en mi interior rellenando los huecos vacíos y abandonados. Sentí que subía sin descanso para fundirme con un ciclón desenfrenado en un cielo gris. Por primera vez en mucho tiempo fui capaz de creer que encajaba.

—Este es tu sitio, Elara. Hace años que no veo tan feliz a mi hermana y es gracias a ti. Cuando me fui para buscarte ni siquiera me atreví a decirle lo que iba a hacer a la cara. Le dejé una nota como un cobarde porque sabía que ella me odiaría por poner en peligro a otro inocente. Sobra decir que ahora que te conoce está mil veces más enfadada conmigo.

—¿Por qué? —susurré, perdida en la energía que me regalaba.

—¿Es que no lo ves? Este castillo lleva siendo un lugar triste durante demasiado tiempo. Orla y Cían han sabido verlo desde que

llegaste: eres la parte que nos faltaba. Reconozco que no he sido el mejor anfitrión. Los últimos años han sido muy complicados y como Guardián decidí hace mucho tiempo que distanciarme de los campeones era lo mejor. Y entonces llegas tú y lo pones todo patas arriba.

Ahí estaba otra vez, aquella sensación cálida que añoraba con frecuencia. Cada una de sus palabras daba ánimos a un corazón salpicado de dudas y cicatrices.

—Me recuerdas un poco a nosotros. Eres testaruda, respondona y algo temeraria, pero detrás de toda esa fachada todos pueden ver que escondes un corazón de oro. Cían y Orla me detestan por obligarte a participar en el torneo. Sé que es un sentimiento que compartes y también sé que hay respuestas necesarias que aún no te he dado. No tengo ningún derecho a pedirte que confíes en mí, pero necesito que sepas que, si hubiera otra manera de hacer las cosas, un modo de librarte de esto sin consecuencias, lo haría.

Finnian dio un paso hacia delante y acunó mi cabeza entre sus manos, después se inclinó hasta que nuestras frentes chocaron.

—Y, aun así, le doy gracias todas las noches a la Verdeluna por haberte puesto en nuestro camino. Las pruebas a las que te vas a enfrentar determinarán el futuro de Lyssandria. Si alguien puede ganar el torneo, esa eres tú —susurró—. Sé que puedes conseguirlo. *Necesito* que lo hagas. Esta corte depende de ti. Soy consciente de que hasta ahora te hemos fallado en todos los aspectos, pero tal vez tenía que ser así para que nuestros caminos se cruzaran.

Sus palabras, la intensidad de la magia, todo era demasiado. Necesitaba salir de ahí. Apoyé las manos en su pecho y empujé para ganar algo de distancia. Él no opuso resistencia y se separó un par de pasos.

—Necesito pensar.

Finnian se interpuso entre la puerta y yo con ambas manos alzadas, como si yo fuera una bestia a la que calmar.

—Elara, te prometo que...

—No quiero más promesas, ni tratos o deudas —susurré—. Quiero respuestas.

Sabía que no las encontraría aquella noche, igual que él sabía que no me las daría. Se hizo a un lado sin nada más que decir, y yo salí corriendo sin la menor idea de qué hacer o adónde ir.

CAPÍTULO XVIII

Cuando era pequeño, él y su hermana jugaban a cazar estrellas. Las noches de mareas nocturnas eran sus favoritas. Desde las playas de Astrella nunca se oían sus risas.

Una luz intensa y brillante cegó mis ojos por completo. A mi alrededor, voces entre susurros se mezclaban con el aire salado del ambiente. Sobre mí, una presencia familiar me sostenía con fuerza, como si la vida misma le fuera en ello.

Brazos fuertes y temblorosos vibraban a mi alrededor. Los restos de una discusión rugían a lo lejos, creciendo suaves y lejanos con el paso del tiempo. Los retazos de una voz me susurraban cosas al oído. Una voz que pertenecía a un recuerdo olvidado.

Fruncí el ceño intentando recordar.

—Todo saldrá bien, todo saldrá bien.

¿Dónde había oído esa voz antes? Estaba segura de haberla oído en algún sitio, en algún momento.

El chochar desesperado de unos pies contra el suelo me alejó de los gritos enfadados y las luces estridentes que amenazaban con romperme. Algo ardía en mi cuerpo. Algo profundo y punzante que me atravesaba por completo. El dolor era insoportable.

La voz intentó calmarme, arrullándome en sus brazos y llorando al no poder robar mi dolor para sí misma.

—Sssh, tranquila, tranquila. Haré que pare, te lo juro. Haré que pare.

No era su culpa, intenté decir, pero las palabras no alcanzaron mis labios. En su lugar, gemidos de otro mundo irrumpieron desde mis cuerdas vocales, como si mi cuerpo intentara dar voz a un dolor tan desconocido y a la vez tan familiar.

Algo cálido y pegajoso recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Los brazos se cernieron con más fuerza sobre mí. Poco a poco la suavidad de una oscuridad eterna nos envolvió. Un manto de noche estrellada, profundo y sin fin, como la propia noche.

Los brazos que me protegían suspiraron aliviados.

—No te pasará nada, lo prometo —no paraba de repetir.

Corrimos durante lo que se sintieron como horas. Hasta que, finalmente, nuestros pies aminoraron la marcha. La voz que me sostenía no paraba de llorar. Y, por más que lo intentaba, yo no conseguía ver quién era.

Otras manos comenzaron a sostenerme. Gráciles, eternas y brillantes. No me quería marchar. No quería escuchar el llanto de la voz que me había protegido, pero seguía sin poder moverme, y nadie parecía reparar en mis aullidos.

Un dolor punzante volvió a atravesarme. Incapaz de seguir soportándolo, cerré los ojos y deseé que las tinieblas volvieran a buscarme. A lo lejos, alguien seguía gritando mi nombre.



Me incorporé de un salto. Las sábanas estaban casi tan empapadas como mi cuerpo. Respiré intentando deshacer el nudo que retorcía mi garganta. Mi cicatriz ardía desconsolada. Todo mi cuerpo latía, desesperado por deshacerse de los retazos de la pesadilla. Una

pesadilla tan familiar como la voz que la acompañaba, a pesar de que yo fuera incapaz de recordarla.

—Respira, Elara, solo ha sido una pesadilla. Estás a salvo —murmuró una persona preocupada desde los pies de mi cama.

Con ojos desenfocados busqué en su dirección. La figura de Orla me observaba inquieta. En la oscuridad de mi habitación, solo la luz esmeralda de la Verdeluna iluminaba el cuerpo de la princesa.

—¿Orla? —pregunté, confusa, mi voz estaba ronca a causa de la pesadilla. ¿Acaso había estado gritando?

Poco a poco fui recobrando el sentido de la orientación. Orla había despertado y estaba bien. Algo dentro de mí suspiró aliviado. Mi amiga llevaba inconsciente casi tres días. Durante los cuales, cualquier momento que no había pasado entrenando lo había pasado leyendo junto a su cama. Le leía los textos que acompañaban a sus bocetos, las partes que lograba comprender, al menos.

—Aquí estoy—confirmó, acercándose lentamente hasta mi lado.

—Siento haberte despertado. —Me apoyé con cuidado sobre el cabecero. Con algo de esfuerzo, dirigí mi poder en torno a mi cuerpo y a través de las sábanas para secarnos a ambas y liberarnos de los restos de mi pesadilla.

—No me has despertado, tranquila. Llevo en pie un par de horas, aunque los sanadores han insistido en que me lo tomara con calma. Pero estaba ya que me subía por las paredes. He aprovechado que Finnian está dormido para salir a estirar las piernas. He oído tus gritos cuando pasaba por aquí. ¿Una pesadilla? —preguntó, sentándose en el borde de mi cama.

—Sí. A veces los demonios de mi pasado insisten en seguirme hasta cuando duermo. Últimamente no me dejan en paz —susurré,

estirando las mantas para taparme un poco más, intentando camuflar un escalofrío.

—¿Quieres hablar de ello?

—No sabría por dónde empezar. Tengo pesadillas de muchos tipos. Algunas son recuerdos que no consigo olvidar, otras son retazos inconexos que se repiten sin sentido.

—¿Cuál de ellas era esta noche?

—Del último tipo —admití.

Pese a todo, aquellos eran los terrores nocturnos que peor llevaba. Ni siquiera sabía si eran reales y, de alguna manera, conseguían atormentarme más que cualquier otro recuerdo.

—Empieza igual siempre. La cicatriz comienza a dolerme y una voz intenta calmarme. De todos modos, lo peor no es el dolor, ¿sabes? Lo peor es que no consigo acordarme de a quién pertenece esa voz. Cada vez que el sueño se repite es como si tuviera su nombre en la punta de la lengua, pero me despierto antes de recordarlo —expliqué entre susurros, incapaz de mirarla.

Era la primera vez que hablaba de ese sueño en particular con alguien. Artio conocía de sobra mis otras pesadillas, al fin y al cabo, eran recuerdos de los dos peores momentos que había vivido. Él me había consolado en innumerables ocasiones al despertar entre gritos y llantos. Pero, incluso mi mentor, desconocía qué era lo que plagaba mis peores noches.

—A veces los sueños son solo una manera que tiene nuestro subconsciente de comunicarse con nosotros —ofreció Orla.

—Es casi como si no fuera un sueño, más bien un recuerdo incompleto.

La miré encogiéndome de hombros, algo avergonzada ante mi confesión. Ella me observó durante un momento largo, rumiando mis palabras y estudiándome con cuidado.

—¿Puedo sentarme contigo?

Asentí casi de inmediato. Me hice a un lado y dejé que se sentara a mi lado, apoyándose como yo en el cabecero y descansando la cabeza contra este. La familiaridad de la situación me pilló por sorpresa. En otra vida Orla podría haber sido como una hermana. Una hermana que se tumbara conmigo para calmar una pesadilla. Una amiga con la que podía simplemente estar, sin necesidad de hablar.

El anhelo de aquello que nunca había tenido me sacudió. Mi experiencia me decía lo contrario: que confiar en otra persona era peligroso, pero mi corazón estaba cansado de protegerse constantemente.

—Te debo una disculpa, Elara. Hay muchas cosas que no te he dicho. Sé que Finnian ha hablado contigo, pero soy yo quien tendría que habértelo dicho antes. Quería contártelo, todo. Es mi culpa que tú estés aquí. Es mi culpa que tengas que arriesgarte por nosotros. En el momento que llegaste a Adhair debería haberte dicho la verdad. Me arrepiento cada día de no haberlo hecho y espero que puedas perdonarme. —Por primera vez desde que conocía a Orla, las palabras de la princesa salieron de sus labios de forma atropellada, desesperada.

—No escogiste lo que te pasó. Mi situación no es tu culpa. Fue tu hermano quien hizo ese trato conmigo. Además, no importa. Lo volvería hacer. Haría cualquier cosa con tal de salvar a Artio —dije, mi voz firme y serena contra la oscuridad—. Ojalá pudiese hacer algo para remediar lo que te pasa.

Orla se secó una lágrima errante que había comenzado a descender por su mejilla. Su otra mano encontró la mía entre las mantas y la apretó con fuerza.

—No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba una amiga hasta que llegaste tú, Elara. Sé que en el pasado confiar en otros no te ha salido bien. No tienes que contarme lo que te pasó. Soy consciente de que no hemos empezado con buen pie, pero, si me lo permites, si me das otra oportunidad, me gustaría que fuésemos amigas. Creo que nos necesitamos la una a la otra —susurró.

No sé qué fue lo que me impulsó a hablar. Tal vez fue la presencia firme y sólida de Orla a mi lado. O el hecho de que yo, como la princesa, también me sentía tremendamente sola. Sin embargo, antes de que pudiera darme cuenta, las palabras comenzaron a brotar. No podía contárselo todo, pero tal vez podía compartir una parte con ella.

—El Archipiélago no es un lugar en el que la amistad sea sencilla. Durante mucho tiempo yo solo tuve a Artio, hasta que llegó Nolan. —Hacía tanto tiempo que no decía su nombre en voz alta que había olvidado cómo sabía. Durante una época fue el sonido más dulce que conocía. Ahora, años más tarde, nombrarlo era como intentar tragar una fruta podrida.

»Irrumpió en mi vida casi sin darme cuenta. En realidad, es la historia más vieja del mundo. La vida en las islas no es fácil y mi trabajo era peligroso. Yo estaba sola y cansada de estarlo. Cuando él llegó, todo se volvió más emocionante, menos deprimente. De un plumazo mis sueños no eran solo míos, sino nuestros. Y, supongo que, entre dos, lo que antes parecía una fantasía se volvió algo más tangible. Durante un tiempo todo fue perfecto. Por primera vez en mi vida, me permití pensar que un futuro mejor era posible a su lado. Los dos queríamos lo mismo: salir de allí y vivir aventuras. —Los recuerdos de aquellos primeros meses se abalanzaron como un torrente frío sobre mi alma. Como siempre, los forcé lejos de mí.

Donde no pudieran alcanzarme, pero cada vez me era más difícil darles la espalda. Cada vez dolía más.

»Al final resultó que estaba equivocada.

—Te traicionó. —Las palabras de Orla no eran una pregunta, como si en realidad ella también hubiera experimentado mi dolor.

Agité la cabeza en un asentimiento silencioso. Nolan no solo me había traicionado. Había roto todas las promesas que nos habíamos hecho. Había pasado por encima de mí y me había desechado como un trapo roto.

—No solo me traicionó. Intentó matarme y casi lo consigue.

No fue la traición lo que me había destrozado por dentro, fue darme cuenta de que nada había sido real. Nolan había sabido jugar conmigo de manera magistral. Mi soledad fue tan evidente de identificar que apenas tuvo que esforzarse: caí en la trampa con los ojos cerrados. Mi propia ignorancia era lo que me había roto en mil pedazos.

—Eres más fuerte de lo que crees, Elara. No importa cuántas veces te golpeen o en cuántos pedazos pienses que te han roto. Yo sé que eres capaz de recomponerte —juró Orla, apretando mi mano.

—Creo que me gustaría mucho ser tu amiga, Orla —contesté en un susurro, devolviéndole el apretón bajo las mantas.

—Todavía hay muchas cosas que no te he dicho. Cosas que quiero contarte. Pero es complicado, no dependen solo de mí. Te juro que estoy haciendo todo lo posible porque eso cambie. Cían también —dijo como si temiera que su confesión hiciera que yo cambiara de opinión.

Sabía que el Guardián y su corte todavía me ocultaban cosas, pero, tal vez, al igual que yo estaba aprendiendo a confiar en ellos, Finnian y su familia estaban intentando lo mismo conmigo. Podía tener un poco más de paciencia.

—Saber que lo estáis intentando es suficiente —murmuré mientras el cansancio comenzaba a invadirme.

No alcancé a oír la respuesta de la princesa. El sueño me encontró, dulce y profundo, mientras la mano de Orla se aferraba a la mía, protegiéndonos a ambas.

CAPÍTULO XIX

A veces una furia irracional amenazaba con sacudir sus escudos. Él sospechaba que era la maldición. Sin embargo, sus sombras opinaban lo contrario.

—Eres alta, pero yo te aconsejaría optar siempre por armas que sean de envergadura media como mucho. La magia de las Tormentas hace que probablemente seas más rápida que el resto de los campeones. No queremos que gastes energía a lo tonto. Céntrate en espadas más pequeñas, como estas, un arco o cuchillas ligeras. Cosas con las que te sea fácil moverte con rapidez y sortear obstáculos.

Paseé una mano distraída por las piezas que Cían mencionaba. Agarré el mango de un sable no muy grande que tenía una empuñadura preciosa tallada en plata. El peso me resultó familiar.

Durante la última semana mi instructor aprovechaba cada una de nuestras lecciones para explorar un sinfín de escenarios hipotéticos. Me había hecho correr tres tipos de circuitos de obstáculos diferentes, cada uno de ellos diseñado para ser más complejo que el anterior. Durante un par de días habíamos practicado en una de las lagunas más cercanas. Cían me había enseñado a perfeccionar un puñado de métodos que ya conocía para aguantar mucho tiempo bajo el agua y no me había permitido salir hasta estar seguro de que podría defenderme en un medio acuático aun sin mis poderes.

—No todas las pruebas requerirán ir armado, pero lo lógico es que en el momento en el que lleguemos al torneo no vayas a ningún sitio sin algún objeto de protección. Tienes que estar preparada para cualquier tipo de situación.

Asentí mientras dejaba el sable sobre la mesa y agarraba un arco con sus respectivas flechas. La caza era inexistente en Nébula, la mayor parte de nuestra dieta consistía en cereales importados del continente y una amplia variedad de pescados. Sin embargo, el funcionamiento del arco me llamaba la atención, ya que era un dispositivo muy fácil de manipular con mis corrientes de aire.

—Muy buena elección. Es ligero y muy útil independientemente de la prueba. Te puede sacar de más de un apuro.

Me planté frente a una de las muchas dianas que estaban distribuidas a lo largo y ancho de la bóveda de entrenamiento. Siguiendo las indicaciones de Cían coloqué el arco en la posición correcta y disparé. No me ayudé de mi poder en los primeros intentos lo que resultó en varios tiros perdidos y un acierto bastante decente de no ser por el hecho de que yo había apuntado a la diana de la derecha.

Cían recogió las flechas, ayudado de una brisa fresca que las trajo volando hasta nosotros, y me animó a probar de nuevo, esta vez dirigiendo las flechas al modificar el aire. La diferencia fue abismal: acerté de lleno cada uno de mis lanzamientos tras un par de ajustes.

—¡Buen trabajo! Cualquiera diría que es tu primera vez. Está claro que con la ayuda de tu poder no hay problema, así que deberías usar tus huecos libres para practicar sin ningún tipo de muleta. Pero viendo tu progresión no tendrás problema. Debes de tener un profesor maravilloso —chinchó Cían al terminar.

—No está mal —respondí, fingiendo indiferencia—. Tiene un ego que no le cabe en el pecho, eso sí.

—Los mejores profesores siempre lo tienen —contestó, guiñando un ojo.

Puse los ojos en blanco ante los persistentes flirteos del general. Lo cierto era que el constante buen humor de Cían era un soplo de aire fresco. A pesar de que la fecha del inicio del torneo oscilaba sobre nosotros como un nubarrón oscuro, durante nuestros ratos de entrenamiento era capaz de olvidarme de todo lo demás.

—¿Te quedas a mis prácticas con Finnian?

Eran pocas las ocasiones en las que el general tenía tiempo para atender a mis lecciones con el Guardián, pero yo las atesoraba con mimo. La presencia de Cían siempre ayudaba a relajar las cosas. Aunque la realidad era que, desde el accidente de Orla, Finnian había cambiado radicalmente. Ya no se mostraba tan frío todo el tiempo y me hablaba con un matiz distinto. No como un líder arrogante y acostumbrado a que todo el mundo obedeciera sus órdenes, sino como si yo fuera alguien que merecía su respeto. Aun así, nuestra última conversación, lejos de calmarme, había instalado un tipo de presión diferente sobre mis hombros.

—Reconozco que Finnian puede ser intenso y frustrante, pero está haciendo un esfuerzo. No sé qué ha pasado, pero vais a tener que hablar de ello en algún momento, Elara —comentó.

Arrastré un puñado de rocas con la punta desgastada de la bota.

—No ha pasado nada.

—Conozco a Finnian desde hace más de doscientos años y puedo ver perfectamente que está inquieto. Desconozco qué ha hecho o qué te ha dicho, pero lo que puedo decirte por experiencia es que él no será el primero en hablar del tema. Lo ignorará el máximo tiempo que sea posible, hasta que le explote en la cara —explicó.

—Pues para tener varios siglos de edad sus capacidades de comunicación dejan mucho que desear.

—Le dijo Sith al Aullador.

—No tengo ni treinta años —resoplé indignada.

—Es cierto, a menudo olvido que eres apenas un bebé imberbe. Un cervatillo dando sus primeros pasos: todo piernas temblorosas y mala leche.

—No sabía que había una barba esperando en mi futuro.

Cían se rascó su propio bello facial, que acostumbraba a llevar extremadamente corto y cuidado.

—Desde luego te daría un aire muy distinguido.

—Me quedaría mejor que a ti, eso seguro.

—Cuando hablabas antes de ego, te referías al tuyo, ¿no? —rio mientras comenzaba a recoger sus armas.

—Muy gracioso. Y, solo para que conste, yo no tengo mala leche.

Cían paró sus movimientos en seco y me observó con la boca semiabierta y una expresión exagerada de sorpresa.

—¿Eres consciente de que casi haces llorar a uno de mis soldados el otro día cuando se acercó a tus dagas? Lo juro por la Dama y la Verdeluna, tienes un problema, Elara. No he visto nunca a nadie que quiera tanto a un arma.

—Mis dagas son mis mejores amigas.

No me tembló el pulso con la afirmación. Lo cierto era que mis dagas eran mi bien más preciado. Eran la única pertenencia que no había robado. Reunir el dinero para poder pagar el encargo a uno de los mejores herreros del Archipiélago me había costado años de sudor y lágrimas. Técnicamente las había comprado con el dinero que había conseguido con mis robos durante meses. Pero, en mi humilde opinión, robar a los traficantes de Bajos Fae exóticos no era robar, más bien se trataba de un servicio público.

—Esa es la cosa más triste que he oído en mi vida.

Antes de que yo pudiera responder, Finnian apareció por la entrada de la bóveda.

—Buena suerte, cervatillo —me deseó Cían con un guiño.

Resoplé obligándome a contar hasta diez para no contestarle con una fresca, eso solo le daría la razón y a cabezota no me ganaba nadie.

Guardián y general se saludaron a medio camino e intercambiaron palabras susurradas que no alcancé a escuchar. Acaricié el mango de una de mis dagas en un intento de sentir un pellizco de seguridad extra.

—¿Ha ido bien el entrenamiento?

—Todo lo bien que podía ir dadas las circunstancias.

Finnian se mordió el carrillo, pero no dijo nada más. Se limitó a mirar el suelo sin mediar palabra mientras meneaba la cabeza.

—Has tenido tiempo para pensar —observó, agarrándose las manos por detrás de la espalda.

—¿Perdón?

—Después de nuestra conversación en el despacho. Has tenido tiempo suficiente para pensar —repitió.

Me crucé de brazos.

—Puedo rumiar tus palabras crípticas hasta la saciedad, pero la realidad es que nada cambia si no tengo más información.

Él asintió sin discutir.

—No puedo darte más información ahora mismo. Estoy intentando afrontar este torneo de manera diferente y mis manos están atadas. Nuestros campeones anteriores tenían acceso a toda la información y la cosa no terminó bien. La tuya es una situación muy particular, ya que no pertenecías a nuestro círculo personal antes de ser nombrada campeona. Sé que esto puede parecer una desventaja, pero creo que en tus manos es una virtud. Piensa en la cripta, Elara.

Si hubieras sabido a quién pertenecía o a lo que te enfrentabas si te pillaban, ¿crees que habrías conseguido entrar? El resto de los campeones estaban demasiado implicados, eso nubló su juicio. Considero que tienes más probabilidades de éxito si nos limitamos a entrenar sin crear miedos innecesarios.

—Orla y Cían no opinan lo mismo.

—No opinan lo mismo porque, incluso ellos, desconocen partes importantes que como Guardián no puedo compartir. Por eso y porque te han cogido cariño.

Eso me hizo sonreír.

—¿A diferencia de ti?

Para mi sorpresa las mejillas de Finnian se ruborizaron ligeramente.

—Te pido disculpas por mi comportamiento el otro día. No pretendía presionarte más todavía. Como te dije, decidí intentar mantener las distancias con los campeones para poder tomar las decisiones más objetivas para la corte. —Se mordió el labio, frustrado—. Claramente contigo está resultando más complicado de lo esperado. Mi familia te adora y comparto sus motivos. Yo mismo estoy en deuda contigo.

Agradecí la sinceridad, aunque no fuera suficiente. Lo que me pedía era una confianza ciega que no se había ganado y que me situaba directamente en la boca del lobo. Y, sin embargo, yo también podía sentir esa conexión. No solo con su familia, sino con la corte en general. La perspectiva de llamar hogar a aquel sitio era agradable, aunque diera mucho vértigo.

—Estoy cansada de hablar de deudas o tratos. Yo solo quiero sobrevivir.

—Y yo quiero que sobrevivas. Si vas a creer algo de lo que digo, que sea eso. Quiero que formes parte de esta familia, Elara. Te lo

has ganado a pulso y te lo mereces más que nadie. Necesito que confíes en que, como tu Guardián, solo intento hacer lo mejor para todos, y eso pasa por asegurarme de que ganes el torneo. Reconozco que mis métodos no han sido los más amables y prometo que eso va a cambiar de ahora en adelante.

Avanzó en mi dirección y me tendió una mano firme.

—Empecemos de cero.

Contemplé su palma extendida con algo de temor. ¿Por qué estrecharla daba más miedo que enfrentarme al torneo del que apenas sabía nada? Puede que no tuviera más opción, pero hasta aquel momento cada día desde nuestro trato se había sentido como una lucha a contracorriente. Pese al peso que aplastaba mi pecho desde hacía semanas, me atreví a dar un paso hacia él y acepté su mano. Aparté las dudas y decidí intentarlo.

CAPÍTULO XX

La voz de Verdeluna y tinieblas atravesó su escudo de un plumazo. Era imposible y, aun así, podía sentir la hebra de galaxias estrelladas. Podía sentir la certeza de su muerte.

Esquivé la embestida de Cían con un giro de cadera y utilicé una corriente de aire para impulsarme con fuerza hacia el lado contrario. A mi alrededor el Remolino se mecía al ritmo del viento, las hojas de sus miles de árboles danzaban agitadas por la brisa.

Giré sobre mí misma y aumenté la velocidad al tiempo que mi espada impactaba con fuerza contra la de Cían. La potencia de nuestro choque nos impulsó a ambos hacia atrás. Casi de inmediato, él arremetió contra mí.

La precisión y la eficacia del general eran asombrosas. Sin embargo, mi habilidad mejoraba con cada entrenamiento y eso había despertado algo en mí. Algo ávido de demostrar lo lejos que podía llegar y que cantaba al mismo ritmo que mi oscuridad.

—Vigila tus pies, Elara —instruyó Finnian mientras nos observaba apoyado en uno de los enormes troncos del bosque.

Logré esquivar una nueva embestida de mi oponente en el último momento.

—Finnian, cállate, esto es entre tu campeona y yo —rugió Cían, levantando su espada y propinándome un golpe directo al hombro.

Conseguí parar el resto de la estocada a duras penas, utilizando mis pies como anclaje mientras centraba toda mi magia en torno a mis brazos. Cían maldijo entre dientes. Unas finas perlas de sudor habían comenzado a cubrir la frente del general, algo que decidí tomar como una pequeña victoria personal.

—¿Qué pasa, Cían, estás nervioso? —chinché con una sonrisa burlona, empujando al general hacia atrás y redoblando mis ataques en una serie de movimientos que él mismo me había enseñado.

—¡Espíritus! —estalló él mientras movía su enorme cuerpo con una agilidad sorprendente para esquivar mis acometidas.

—Céntrate en su lado derecho. —La voz de Finnian me llegó de espaldas.

Y, aunque no podía verlo, pude sentir la sonrisa en sus palabras. El Guardián estaba disfrutando al ver a su amigo en apuros. Yo todavía tenía mucho que aprender, pero era refrescante poder plantarle cara a alguien como él. Aunque solo fuera durante unos segundos.

—Finnian, por todos los espíritus, si no te callas, juro que voy a patearte el culo.

La risa cristalina de Finnian atravesó el pequeño claro que ocupábamos. Algo en mi estómago dio una pirueta. Hace unas semanas esa reacción habría sido impensable. Sin embargo, Finnian se estaba esforzando de verdad por empezar de cero y mostrarme lo que un futuro en su corte podría llegar ser.

Como siempre que mostraba su apoyo, sentí la presión aumentar en mi estómago. Así que hice lo que mejor sabía hacer, atrapé todas esas voces que me gritaban lo horrible que era y las empujé lejos de mi cabeza. Fingir, al final, era mi especialidad.

—Eso suena a insubordinación. ¿Cuál es el castigo para eso, Guardián?

—Cincuenta latigazos. Aunque, siendo justos, que le hagas morder el polvo otra vez en esta ronda me parece castigo más que suficiente —contestó Finnian, fingiendo una seriedad inexistente y luchando por controlar una sonrisa.

—Bendita Verdeluna, hay dos de ellos. ¡Lo que me faltaba! —murmuró Cían.

Nuestras espadas volvieron a chocar. Llevábamos horas practicando en el Remolino y yo comenzaba a sentir que mi poder amenazaba con flaquear. En mi pecho, mi don continuaba tamborileando, instándome a seguir luchando. Sin embargo, los signos de agotamiento estaban comenzando a agudizarse. El control se me escapaba por entre los dedos.

—Solo estás enfadado porque llevo ganadas dos de dos —dije mientras ponía algo de distancia entre nosotros.

Si algo había aprendido en el Archipiélago, era la importancia de una buena distracción. Si bien no era la técnica más noble, sí que era efectiva. A fin de cuentas, yo era la mejor ladrona del Archipiélago. ¿Quién había dicho que tuviera que jugar limpio?

—En primer lugar —empezó a decir Cían a la vez que me rodeaba con ojos de depredador—, la primera ronda la he ganado yo.

—Seguro...

—Y, en segundo lugar —continuó avanzando lentamente hacia mí con una sonrisa aterradora—, tus éxitos solo me llenan de satisfacción como profesor.

Ahogué una risa en la garganta. Los avances de Cían eran lentos, casi perezosos. Como si él también hubiera decidido dar una tregua a nuestro combate para recobrar las energías. Lejos de creerlo, flexioné las rodillas, preparada para protegerme.

—Hasta cuando pierdes consigues mantener tu ego por las nubes.

Apreté el agarre alrededor de mi espada y observé a Cían con recelo, intentando anticipar sus movimientos.

—Bueno, ya sabes lo que dicen.

—¿El qué? —pregunté sin darme cuenta de que había caído en su trampa.

Cían se movió con una rapidez imposible de adelantar. En un momento se encontraba a varios metros de distancia y, al siguiente, su espada impactaba con fuerza sobre la mía. Salí despedida contra el suelo. Un dolor seco me invadió, cortándome la respiración durante unos segundos. Antes de poder levantarme, algo frío y metálico se posó sobre la base de mi cuello. En ese momento, supe que había perdido.

—No hay dos sin tres —proclamó Cían con una sonrisa triunfal, retirando su espada de mi garganta y ofreciéndome una mano para ayudarme.

—Te detesto. Lo sabes, ¿verdad? —gruñí mientras me despegaba del suelo.

—Me adoras. Ambos lo sabemos.

El general palmeó suavemente mi espalda al hablar, para después agacharse y recoger mi arma del suelo. Sacudí la cabeza, mordiéndome el labio inferior para intentar frenar una sonrisa. En parte porque no quería darle la satisfacción de decirle que era cierto, que él y Orla se habían convertido en los dos motivos por los que me mantenía cuerda en medio de tanta locura. Y, en parte, porque temía que esa sonrisa desvelara lo mucho que Cían había conseguido infiltrarse en mi corazón.

Con el rabillo del ojo pude ver la figura esbelta de Finnian dirigiéndose hacia nosotros. Giré en su dirección y choqué de lleno con una sonrisa sincera. El contraste era tal con el hombre pensativo y taciturno que me había traído a la Corte de las Tormentas que casi

quise gritar. ¿Cómo era posible que tantas cosas cambiaran en tan poco tiempo? Una parte de mí anhelaba el futuro que prometía, pero otra parte, más recelosa, seguía gritando para que la escuchara. Este hombre me había metido en un torneo que probablemente acabaría conmigo. Había puesto en peligro la vida de Artio.

Aun así, no podía evitar pensar qué habría hecho yo en su posición. Cualquier cosa por salvar lo que más quería. De eso no tenía dudas.

El Guardián comenzó a hablar, pero el inicio de una broma murió en sus labios cuando, de buenas a primeras, una mueca de preocupación cruzó su rostro. En un instante, Cían estaba su lado, analizando con determinación la cara de su Guardián.

—¿Qué pasa?

Miré alrededor, en busca de posibles amenazas. Los pocos rescoldos de mi magia se avivaron por la adrenalina. Finnian y Cían intercambiaron una mirada enigmática, comunicándose sin necesidad de palabras gracias a años de amistad. Había una pregunta en los ojos de Cían y el más leve de los asentimientos por parte de Finnian.

—Alguien ha activado las guardas de Adhair. Tenemos que volver —contestó Finnian.

Todo su lenguaje corporal había cambiado. No quedaba rastro del amigo que había comenzado a descubrir. Solo se adivinaba el semblante serio y preparado del Guardián mientras oteaba el horizonte en dirección al palacio.

—Pero ¿está todo bien?

—Sí, es una especie de visita oficial. Solo que se ha adelantado —explicó titubeando ligeramente, claramente ansioso por regresar.

—Ven, te llevaré con Orla —ofreció Cían, extendiendo un brazo en mi dirección para desaparecer con un Salto Irisado.

—¿Me puedo quedar aquí? Me gustaría seguir practicando y dudo que mi presencia sea necesaria para vuestra visita. —Mi yo del Archipiélago odió lo pequeñas que sonaron mis palabras.

Cían miró expectante a Finnian. Algo en mí se encogió ante la necesidad de tener que pedir permiso para quedarme sola en el Remolino. Durante mis casi dos meses en la corte había demostrado con creces que no me iba a ir a ningún sitio. Aparté esos sentimientos a un lado, era todo parte del proceso, la confianza llevaba su tiempo. Finnian tenía una corte que gobernar y, me gustase o no, yo era parte de ella.

—Por supuesto. No te adentres mucho más en el bosque. El Remolino puede ser un lugar peligroso —concedió Finnian—. No tardaremos mucho. Vendremos a buscarte en cuanto acabemos.

Asentí con una pequeña sonrisa, agradecida por la muestra de confianza. Finnian extendió un brazo hacia su general quien lo aceptó tras ofrecerme una sonrisa tranquilizadora. Su atención se posó una última vez antes de desaparecer en una nube de huracán y tormenta.

Una vez sola, respiré aliviada. Cerré los ojos, inspirando profundamente el olor a ventisca y lluvia que emanaba de las copas de los árboles. El Remolino respiró conmigo.

Su manto verde, compuesto por una amalgama de tonos esmeralda, sauces y secuoyas, se movía como el propio océano. La inmensidad del bosque no cesaba de maravillarme. Su silencio parecía atesorar miles de secretos.

Aun con los ojos cerrados, pude sentir decenas de ojos invisibles vigilándome. Los pequeños espíritus que habitaban las sombras nutrían su magia y protegían el bosque. Abrí los ojos, esperando pillar a alguno de ellos entre las ramas, pero, como siempre, ellos no revelaban su presencia con tanta facilidad. Sacudí la cabeza. Aunque

abrumadora, su presencia no me molestaba tanto como a mi llegada. Era como trabajar ante la atenta mirada de un niño curioso.

Inmersa en aquella mole verde, caí en la cuenta de que, por primera vez en muchas semanas, estaba total y completamente sola. La parte traicionera de mi cerebro se relamió los labios ante las posibilidades que aquello presentaba.

A pesar de que el trato no me permitiría llegar muy lejos, me dejé envolver por la idea. Podía huir, podía escapar de la corte adentrándome en el bosque y desapareciendo entre la maleza. Tenía mis dagas e iba bien vestida para varios días de travesía. No me costaría trabajo encontrar comida en él hasta conseguir abandonar la corte.

Después, el resto de Lyssandria estaría a mi alcance.

Durante unos segundos me planteé dejarlo todo atrás. No había guardas, ni soldados vigilándome, y Finnian y Cían estarían entretenidos durante un buen rato. Esa era mi oportunidad, ya me ocuparía del trato más tarde.

Sin embargo, mis pies no hicieron ademán de moverse, y algo pequeño e incipiente se tambaleó en mi interior ante la idea de abandonar la Corte de las Tormentas. Había empezado a sentir que las cosas por fin comenzaban a ir bien. Si lograba salir con vida del torneo, por fin tendría un lugar mío, un lugar al que pertenecer.

Con un suspiro, disipé los pensamientos y coloqué la diana que habíamos traído, posándola en uno de los árboles en el extremo norte del claro. Recé a la Dama de la Noche y a su corte de espíritus para que el bosque no tomara mis acciones como una ofensa. Despacio, caminé hacia el lado contrario del claro.

Con las fuerzas agotadas decidí practicar con mis dagas a la vieja usanza. Las yemas de mis dedos acariciaron las empuñaduras frías que descansaban en mis muslos. El contacto me hizo vibrar. Empuñé

dos de mis armas sintiéndome en casa, había algo familiar y reconfortante en su peso entre mis dedos. Algo que no tenía que pensar.

Mi cuerpo actuó casi por defecto, siguiendo los movimientos como una rutina de danza aprendida. Tan parte de mí misma como el latir de mi poder. Con un leve movimiento de muñeca, lancé ambos cuchillos directos al centro de la diana. Sin tiempo que perder, me agaché con rapidez para recoger las dagas atadas a mis tobillos. Las mandé con la misma velocidad y acierto hacia la diana. Acto seguido, repetí el movimiento con las dagas que llevaba atadas en los costados.

Una vez que me quedé sin armas, anduve hasta la diana para recogerlas. Cuando todas estuvieron de nuevo en su sitio, dirigí mis piernas hasta el otro extremo del claro para repetir el proceso.

Con cada repetición variaba un poco mis lanzamientos. Los hice parada y a la carrera, durante un salto o mientras zigzagueaba a través del claro. Lancé las dagas con los ojos cerrados, con mi mano dominante y con la contraria.

Cada una de las veces, y sin necesidad de usar mi poder, las dagas aterrizaron directas a donde yo las había enviado. Dejé que mi cuerpo se perdiera en el movimiento. Un sentimiento reparador que sirvió para liberarme de las dudas y miedos que me acompañaban a cada paso. Solo cuando los músculos comenzaron a flaquear decidí parar a descansar.

Aunque exhausta, caminé satisfecha hasta la diana y contemplé la posibilidad de darme un pequeño baño en alguna de las numerosas lagunas del Remolino. Cían y Finnian todavía no habían vuelto, pero no podían tardar mucho más.

Cuando solo me faltaban dos dagas por recoger, una oscilación inesperada hizo que parara en seco. En el centro de mi pecho, mi

poder comenzó a revolverse. Inquieto. Con una daga todavía en la mano, giré lentamente sobre mis pies en dirección hacia la extraña vibración.

Mis ojos se posaron de inmediato sobre una figura oscura que me estudiaba encaramada a uno de los árboles. Mi corazón dio un vuelco y me vi forzada a contener el aliento, incapaz de procesar lo que estaba viendo.

Desde el otro lado del claro, una bestia descomunal de plumas negras me observaba fijamente. Se trataba de una mezcla a medio camino entre un pájaro y un hombre con enormes patas traseras terminadas en garras y alas gigantes de plumaje escaso. Su cráneo era más esqueleto que carne con dos ojos oscuros que me observaban desde las cuencas de una calavera que culminaba en un pico hecho de hueso.

El monstruo inclinó la cabeza hacia un lado. Mi cerebro no alcanzó a comprender cómo era posible que algo tan grande se mantuviera en pie en lo alto de una rama. Pero, por más que intentara racionalizar lo que veía, me era imposible. Solo había una criatura semejante en toda Lyssandria. Una criatura que había desaparecido hacía más de un milenio. Una criatura que habitaba solo en las pesadillas: Puka.

Me inundó un miedo hondo y pegajoso. Si las leyendas eran ciertas, había poco que yo pudiera hacer contra él. Volvió a girar la cabeza y, por primera vez en mi vida, mi cuerpo se quedó paralizado. Incapaz de moverme, incapaz de huir. Clavado en el tiempo y suspendido en una espera eterna hasta que sus garras se clavaran en mi piel.

Piensa, piensa, piensa, intenté en vano.

Mi mente corría a toda velocidad. Parada en el sitio, observé con pánico como el Puka comenzaba a descender. Una especie de

graznido resonó a modo de risa en su garganta. Fui incapaz de moverme. Una magia antigua y viscosa se fundía con mis extremidades, clavándome al terreno.

Necesito salir de aquí.

Grité y chillé internamente incapaz de articular una frase. Recé a la Dama y a los espíritus con la esperanza infundada de que algo, o alguien, acudiera en mi rescate.

¡Voy a morir, voy a morir! Necesito algo. Alguien. ¡Ayuda!

Aun así, mi cuerpo no consiguió reaccionar.

Inmóvil.

Inútil.

Inservible.

¡Corre!, rugió una voz profunda y envuelta en estrellas dentro de mi cabeza.

Debía de estar alucinando porque ni siquiera me planteé a quién pertenecía. Algo en su tono firme hizo que el hechizo que mantenía mis piernas presas se rompiera, liberándome justo a tiempo de echar a correr hacia el interior del bosque. A mi espalda, un graznido áspero impregnó el aire, erizando el vello de mi nuca.

No me atreví a volverme. Utilicé lo poco que quedaba de mi poder para correr más rápido. Avancé a través del Remolino, sorteando raíces y rocas y luchando por mantener a raya a la bestia que avanzaba a través de los árboles; acortando el terreno que nos separaba a cada segundo.

Necesito que me pierda de vista y salir de aquí.

El nudo de mi garganta me recordó que aquella pesadilla tenía alas al mismo tiempo que mi angustia sopesaba las posibilidades que tenía de salir con vida en un enfrentamiento contra el Puka.

No lo mates. Solo sigue corriendo. Distráelo, ordenó de nuevo aquella voz.

Había algo apresurado e insistente en su tono. Como si la persona a la que pertenecía estuviera corriendo también. Y, a pesar de que lo más lógico era pensar que se trataba de un mero producto de mi imaginación a las puertas de la muerte, decidí confiar en ella.

Necesitaba ganar tiempo, pero el Puka era más rápido que yo y, aun con la ayuda de todo mi poder, no conseguiría perderlo en el bosque.

Podía sentir el avance de la bestia a escasos metros de distancia. Su impresionante cuerpo partía ramas en su inexorable progreso a través de las copas de los árboles. Sus graznidos, una mezcla de gruñidos y algo metálico, impactaban contra el silencio del Remolino. Un canto de muerte y dolor dispuesto a arrullar hasta el abismo cada uno de mis pasos.

El Remolino comenzó a bailar, envolviéndome. Cientos de lianas y ramas flexibles entorpecían mi huida. Fuertes corrientes de viento frondoso y madera surgían desde todas las direcciones: querían atraparme. Percibí la inevitabilidad de las enormes secuoyas como un augurio de lo que me esperaba.

Con horror comprobé que, no solo su presencia dificultaba mi huida, sino que las ramas habían comenzado a moverse y creaban corrientes de viento, como pequeños remolinos, que amenazaban con succionarme mientras corría. El bosque se había despertado y mi aparatosa huida no era de su agrado.

Consideré mis opciones sin parar de correr y una idea descabellada comenzó a tomar forma en mi cabeza. Podía funcionar, aunque me dejaría totalmente seca e indefensa.

¡Hazlo!, bramó la extraña voz dentro de mi cabeza. Esa vez, sonaba más cerca.

No me paré a pensar en su origen. Mientras corría, dirigí mi poder alrededor de mis dagas. Las elevé en el aire y, sin apenas echar la

vista atrás, las lancé hacia el Puka. Hice que las ondas de mi esencia se movieran en la misma frecuencia que los torbellinos de aire del Remolino, usando su inercia para aumentar la fuerza de mi ataque.

Algo parecido a una risa triunfal escapó del pico del Puka, cuando mis dagas pasaron de largo su cuerpo, perdiéndose en la inmensidad del bosque. Ignoré el escalofrío que ese sonido me produjo. Centré todos mis esfuerzos en controlar esas dagas y dirigirlas de vuelta a mi hostigador. Me aseguré de que volaran bajo hasta que conseguí rodearlo.

Una a una, en todas direcciones, empecé a cortar las lianas del Remolino. Las ramas fuertes y frondosas comenzaron a caer como lágrimas desconsoladas. Recé a los espíritus por que los árboles perdonaran mi desesperado ataque. Usé los restos del bosque para tejer una telaraña alrededor del monstruo.

Con cada movimiento, el Puka tenía mayor dificultad para avanzar. Había estado demasiado concentrado en atraparme. Demasiado cegado por su propia sed de sangre como para ver que mis dagas no habían fallado, sino que habían conseguido crear una jaula de ramas y hojas afiladas a su alrededor.

Un chillido frustrado y gutural hizo que por fin dejara de correr y me volviera. Tras de mí, suspendido a escasos metros de distancia, el Puka se revolvió inquieto, sin apenas espacio para maniobrar. Sus garras y sus grandes alas estaban enredadas entre una amalgama de mi creación.

La bestia forcejeó en el aire, intentando zafarse de sus ataduras. El truco había funcionado. Aun así, no aguantaría mucho tiempo. Las garras y el pico del Puka comenzaron a rasgar y destrozar la endeble jaula.

Una oleada de agotamiento me alcanzó. Mis piernas comenzaron a temblar y la firmeza con la que mantenía sujetas los cientos de

lianas alrededor del Puka amenazó con flaquear. No podría aguantar mucho más.

Me preparé para alcanzar el Vacío o para morir a manos de un ser legendario, lo que fuera que ocurriera antes. Entonces, una oscuridad de noche infinita explotó en el bosque.

Una magia como nunca antes había sentido recorrió cada fibra de mi ser, acariciándome y envolviéndome entre sombras y ocasos. Era tan pura y profunda que parecía capaz de hacer palidecer a la propia Verdeluna y a sus estrellas.

En mi pecho, mi poder revoloteó contento, algo en él respiró complacido ante la brutal acometida. La oscuridad, por su parte, martilleó encantada contra mis costillas.

El Puka, sin embargo, comenzó a gritar desesperado. Sus ojos desprovistos de luz se clavaron en mí bañados en un odio aterrador. Y, aunque no podía escucharlo, supe que el Puka estaba jurando mi muerte.

Para mi sorpresa la figura de un Alto Fae se materializó en el aire. Suspendido entre tentáculos de sombra y noche infinita, el hombre rugió en dirección al Puka. El sonido reverberó como una promesa sin verbo tan letal y decidido como la propia muerte encarnada.

El estruendo atravesó el bosque acompañado de una bruma negra y mortífera que arremetió contra la bestia. Un aullido de dolor brotó del pico de la milenaria pesadilla. Su cuerpo comenzó a convulsionar.

—No es tuya —juró el Alto Fae con la misma voz profunda que instantes antes había hablado en mi cabeza.

Contuve el aliento y perdí cualquier sentido que todavía me quedara intacto. Toda mi atención se centró de lleno en aquella figura suspendida en lo alto del Remolino, incapaz de apartar la mirada. El Alto Fae apenas se movió. Su cuerpo se mantuvo inmóvil, ambos brazos extendidos de manera relajada junto a su torso.

Sin embargo, el poder que emanaba de él no tenía fin.

Algo negro y brillante cubría sus manos, como si la noche pintara su piel. Un brillo oscuro que parecía gotear desde la mitad de sus palmas hasta la punta de sus dedos. Un contraste tremendo con la palidez del trozo de sus antebrazos que se adivinaba bajo sus ropajes.

Un golpe sordo resonó en los confines del bosque y el Puka se precipitó contra el suelo. Su cuerpo impactó rodeado de los restos de mi telaraña, envuelto en un crujido de hueso y ramas.

Cuando recuperé el aliento, el Puka yacía muerto a unos pocos metros de distancia. Mi mirada se posó en la horrible mueca en la que su cara se había congelado. La adrenalina rugió en mis oídos. Mi cuerpo tembló incapaz de creerse lo que acababa de suceder.

Los tentáculos de bruma estrellada se estrecharon en mi dirección. Me rodearon de manera directa y protectora. La oscuridad de mi interior revoloteó intrigada. Sumida en aquel oscuro abrazo, me sentí extrañamente segura.

Sin apenas hacer ruido, el extraño aterrizó a escasos centímetros del cuerpo marchito del monstruo. Tras unos segundos que se hicieron eternos, se giró en mi dirección. Una sonrisa felina adornaba el rostro más hermoso que yo hubiera visto jamás. Un rostro tallado con magia de Verdeluna y luz de estrella.

Antes de que pudiera decir nada, unos ojos negros y profundos, enmarcados por mechones azabache perfectamente desordenados, me atravesaron de arriba abajo. Y, con un susurro perdido entre un suspiro y una plegaria, el Alto Fae susurró en mi dirección.

—Tiniebla.

CAPÍTULO XXI

Miedo como no había sentido antes se apoderó de él. Y, frente a sus ojos, una criatura imposible le devolvió la mirada.

Los tentáculos negros de sombras me acariciaron una vez más, antes de volver hacia su dueño. En lugar de suspirar aliviada, algo dentro de mi pecho tembló. No pude evitar sentirme tremendamente expuesta.

No sabría decir cuánto tiempo contuve el aliento. Pero, durante lo que pareció una eternidad, el Alto Fae y yo nos observamos en silencio. Vestido totalmente de negro, y todavía envuelto en la bruma oscura, el desconocido parecía pertenecer a otro mundo.

Alto, y de cuerpo esbelto y fuerte como un guerrero, me observó paciente. Sus ojos, de un negro estrellado, brillaban bajo el manto del Remolino. Ojos inteligentes, antiguos y bañados en una pizca de rebeldía.

Pasó una mano ausente entre sus mechones color azabache. Las puntas de sus dedos todavía brillaban con los restos oscuros de su poder.

Se me antojó hermoso y mortal al mismo tiempo. Como si los retazos de una galaxia perdida acariciaran su cuerpo y fueran despegándose, poco a poco, para volver al vacío, lejos del esplendor de su dueño.

Sin poder evitarlo, seguí el movimiento de aquella mano a través de su pelo. Un gesto casual y demasiado humano para un ser que contenía la fuerza de un dios. Sus ojos me escudriñaron, entrecerrándose ligeramente. Sonrió, su mandíbula fuerte y sus facciones afiladas contorsionándose en una mueca burlona.

Era devastadoramente hermoso. Y él lo sabía.

Cuadré mis hombros ignorando la manera en la que mi magia batallaba contra mi cuerpo exhausto luchando por salir y explorar al Alto Fae. Aunque aquel extraño me había salvado, eso no quería decir que estuviera segura con él.

La oscuridad revoloteó contra mis costillas y lo sentí como el equivalente a poner los ojos en blanco. Por algún motivo que no comprendía, tanto mi don como la impertinente oscuridad estaban convencidos de que no nos haría daño. Pero yo no estaba tan segura de aquello. Su poder era innegable. Hacía palidecer cualquier cosa que hubiera experimentado antes, incluso a Finnian.

Dejé que un viento apacible me devolviera las armas que habían caído desperdigadas por la zona. La brisa suave y fresca del Remolino las depositó en sus respectivos cintos alrededor de mi figura.

El Alto Fae me observó con gesto divertido. Traté de ignorarlo, pero no me atreví a perderlo de vista. Había acabado con la vida del Puka en apenas unos segundos. Una criatura milenaria, imposible de matar, había muerto entre gritos agonizantes bajo su mano. Entre muchas cosas, eso me decía que podría acabar con la mía en la mitad de tiempo.

—¿Qué haces tan lejos de tu corte, pequeña Tiniebla? —preguntó al fin, curvando sus labios perfectos en una media sonrisa.

Su voz ronca me devolvió a la realidad. Las notas graves y profundas que había escuchado dentro de mi cabeza se sentían

irreales. Y, sin embargo, había algo en ellas que parecía apaciguar los pulsos erráticos de la oscuridad que habitaba en mis entrañas.

—No estoy tan lejos de mi corte —contesté, confusa, y sin saber qué otra cosa decir.

Para mi sorpresa, mi voz atravesó el espacio que nos separaba firme y clara. Sus ojos se dilataron y, por un segundo, pude jurar que algo parecido a confusión cruzó su rostro. Apenas duró un instante y, de inmediato, la máscara tranquila y relajada volvió a sus facciones.

—Yo diría que sí —insistió, pensativo, torciendo la cabeza para analizarme con curiosidad.

Mechones ondulados de un color tan negro como la oscuridad de su magia se desplazaron ligeramente con el movimiento. Caían sobre su frente y tuve que cerrar la mano en un puño para evitar el reflejo de enredar mis dedos en su pelo. Debería estar prohibido ser tan atractivo.

La sonrisa del Alto Fae se estrechó bajo mi inspección y me obligué a cortar el torrente de mis pensamientos. Sin levantar la vista de mi dirección, se atusó la chaqueta de tela negra que acariciaba su cuerpo perfecto.

—¿Por qué no has matado a la bestia? —preguntó, mientras dejaba de observarme por primera vez y se giraba para lanzarle una mirada envenenada al cuerpo inerte del Puka.

Sopesé durante un segundo su pregunta frunciendo los labios. La curiosidad de ladrona que siempre me acompañaba quería cruzar los metros que nos distanciaban y arrodillarse sobre el cuerpo sin vida para analizarlo. Frené mis instintos y me esforcé por mantener la distancia entre ambos. No podía fiarme de él, por mucho que las fuerzas que moraban en mi interior patalearan, frustradas, como un potro desbocado rogando por salir.

—¿Por qué? —repitió el Alto Fae.

Su mirada seguía en el Puka y no supe diferenciar si la pregunta era más para él que para mí.

«Porque tú me dijiste que no lo hiciera», pensé sin atreverme a decirlo en voz alta.

El Alto Fae giró la cabeza de nuevo hacia mí con una ceja levantada y un gesto de incredulidad. Abrí la boca para responder, pero algo en la manera en la que me observaba, como si ya supiera la respuesta, atascó la confesión en mi garganta.

—Tú te me has adelantado —mentí entre dientes.

El Alto Fae me dedicó una mueca torcida. Una sonrisa que dejaba ver claramente que no creía mis palabras. Había algo juguetón, casi divertido, en la manera en la que sus ojos me analizaban. Como si estuviera disfrutando de nuestro pequeño paripé.

—¿Y si no hubiera llegado yo? ¿Lo habrías hecho? —insistió con voz aterciopelada.

El extraño dejó el cuerpo sin vida atrás y dio un paso decidido en mi dirección. Presioné ambos pies con fuerza sobre el manto de maleza verde del Remolino. Me negaba a cederle el terreno, aunque mi experiencia me gritara lo contrario.

—Iba a matarme.

Mi mano voló con intención propia hasta la empuñadura de mis cuchillas. En la carrera había perdido los guantes que me protegían, dejando al descubierto mis manos, por lo que el frío del metal se posó sobre mi piel, manteniéndome alerta.

La sonrisa del Alto Fae aumentó. Sus ojos negros bailaron divertidos alrededor de mi mano. Sin embargo, tras un paso más, frenó su avance. Frunció el ceño, confuso. Su mirada estaba fija en mi mano derecha. No me hizo falta bajar la vista para saber que había visto la línea plateada de mi cicatriz del pacto con Finnian.

Mierda.

Sin embargo, no comentó nada al respecto. Se limitó a entrelazar las manos detrás de su espalda, encogiéndose de hombros al hablar.

—Eso no es una respuesta.

—No tengo que responderte. No te conozco —dije, sonriendo dulcemente y dedicándole mi mejor mueca de «acércate un paso más y te arranco la cabeza». Una máscara dulce y llena de veneno que siempre me acompañaba en mis encargos en el Archipiélago.

—Eso podemos arreglarlo —susurró el Alto Fae, extendiendo una mano en mi dirección—. Me llamo Callum. ¿Y tú eres?

—No acostumbro a dar mi nombre a desconocidos. Menos aun cuando sé que pueden cargarse a una criatura como esa sin apenas esfuerzo —contesté, ignorando su mano y cruzándome de brazos, al tiempo que no dejaba de pensar que había oído su nombre en alguna parte.

—¿Qué maneras son esas de agradecer la ayuda de un apuesto desconocido? ¿Qué menos que el regalo de tu nombre?

—Sigues siendo un desconocido, por muy atractivo que seas. Humilde también, por lo que veo.

—Pocas personas me describirían como alguien humilde, Tiniebla.

—No te conozco, pero no me sorprende.

Callum inclinó la cabeza hacia atrás riendo, y recogió su mano extendida. Si mi negativa le había ofendido, no lo parecía.

—Ah, pero no soy un desconocido, Tiniebla. Te acabo de decir mi nombre.

Mi oscuridad ronroneó feliz ante el apelativo. Era la cuarta vez que lo usaba. Pese a las protestas de mi poder, me forcé a entrecerrar los ojos y responderle con todo el enojo que fui capaz de expresar.

—No me llames así.

—Tendré que llamarte de alguna manera —respondió Callum, disfrutando claramente de mi enfado.

Examiné el bosque que se extendía a su espalda. ¿Dónde estaban Finnian y Cían? Ya deberían haber vuelto hacía rato. Una parte retorcida de mi cerebro rezó por que otro Puka apareciera de la nada para distraer al Alto Fae y poder perderlo de vista. Había algo en él que solo presagiaba problemas. Algo magnético que no estaba segura de poder resistir si no me marchaba pronto de allí.

—Mira, te agradezco tu ayuda, Callum. Es decir, no la necesitaba. Lo tenía todo bajo control, pero gracias igualmente. Ahora, debería irme. Mis amigos me están esperando. Si me retraso mucho más, no tardarán en venir a por mí —dije, rezando a los espíritus para que mi mentira surtiera efecto.

Comencé a andar, con intención de dejarlo atrás.

—No parecía que lo tuvieras todo bajo control. De hecho, parecía que estuvieras pidiendo ayuda a *gritos* —contratacó él, dando un paso ágil hacia un lado y bloqueando así mi avance.

—No he pedido ayuda a nadie.

Una mentira tan grande como los árboles milenarios del Remolino. Sin embargo, no estaba dispuesta a admitir nada ante la presencia arrogante y fanfarrona del Alto Fae.

—Mmm, ¿estás segura? —presionó.

Sus manos continuaban entrelazadas detrás de su espalda. Sin embargo, su intento de parecer pacífico no surtió efecto. No después de haber visto de lo que era capaz.

—¿Qué has hecho para cabrear a un Puka?

—¡No he hecho nada! Esa cosa ni siquiera debería existir. Se supone que habían dejado Lyssandria —contesté, indignada, elevando la voz.

A mi alrededor, los árboles del claro temblaron, empujados por el estallido de la magia que acompañó a mis palabras. Callum observó la reacción con aparente indiferencia.

—Que nadie los haya visto en los últimos quinientos años no quiere decir que hayan abandonado el continente —ofreció en tono burlón.

—Gracias por la aclaración, pero no tengo tiempo para una lección de historia —murmuré.

Comencé a caminar, pero él bloqueó mi paso por segunda vez. Lo fulminé con la mirada, gruñendo ligeramente y poniendo los brazos en jarra. Aquello era ridículo. ¿Quién era él para impedir que me marchara? No le debía nada, aunque me hubiera salvado la vida.

Cosa que no ha hecho. Lo tenía todo bajo control.

Intenté creerme mis propias palabras. Y, si no fuera imposible, juraría que tanto mi oscuridad como Callum acallaron un suspiro derrotado. Como si ambos pudieran leer lo que estaba pensando y lo encontraran igualmente ridículo.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡¿O es que además de matar bestias que solo existen en las pesadillas también te dedicas a bloquear el paso a las damas que te encuentras por el bosque?! —exclamé, apuntando un dedo acusador en su dirección.

—Yo no veo ninguna dama por aquí.

—Pues entonces tal vez deberías revisarte la vista. Si me disculpas, voy a continuar con mi camino.

Sus pies se movieron haciendo de espejo de mis propios pasos.

—El Remolino no parece el mejor sitio para dar un paseo sola.

—Yo no he dicho que estuviera dando un paseo. —Me arrepentí de mis palabras al segundo que salieron por mi boca. Le estaba dando demasiada información. Tanteé la posibilidad de propinarle una patada en sus partes bajas y salir corriendo.

Un golpe bajo pero que le quitaría esa sonrisa socarrona de la cara.

—¿Qué hacías sola en el Remolino entonces? —continuó, dando otro paso en mi dirección y levantando las cejas como si hubiera leído mis intenciones. Era casi como si me estuviera retando a hacerlo.

—No es asunto tuyo.

Su presencia era abrumadora. Un aroma de noche de lluvia y pergamino envolvió mis sentidos. Sus sombras se aventuraron de nuevo en mi dirección y yo contuve el aliento. Me preparé para el dolor agonizante que había escuchado salir de la boca del Puka. Sin embargo, los tentáculos de humo oscuro solo me acariciaron, ligeros y frescos como si de un animal curioso se tratasen.

—Dime quién eres. —Su voz surgió en un susurro tan delicado como los coletazos de su poder sobre mi piel.

Negué con la cabeza. No podía decirle quién era. No podía revelar mi identidad a un completo desconocido y menos a uno tan peligroso.

Callum acortó la distancia que nos separaba. Con suavidad, casi con reverencia, posó una mano teñida de noche y estrellas en mi barbilla. Me agarró con firmeza, pero sin hacerme daño, y me obligó a mirarlo a los ojos. Pese a que yo era alta, tuve que inclinar la cabeza.

Todo mi cuerpo se estremeció ante el contacto.

Como un resorte, la mano con mi daga se aventuró hasta la base de su cuello, lista para protegerme. Callum bajó la mirada un segundo y sus ojos se entornaron, encantados. Lejos de separarse, juntó todavía más nuestros cuerpos. Apenas reparó en mi amenaza, como si estuviera convencido de que mi cuchilla no le haría nada.

Entonces, la presencia de su poder aumentó. Una presión repentina apareció en mi cabeza. Manos bañadas en algo negro y brillante acariciaron los bordes de mi mente. Aunque su toque era delicado, escondían una fuerza sin límite.

Jadeé ante la intrusión. Una fuerte migraña comenzó a formarse detrás de mis ojos. Incrédula, vi como las manos comenzaban a entrar en la antesala de mi cerebro, dispuestas a obtener las respuestas que mi boca se negaba a dar.

—Sal de mi cabeza —gruñí entre dientes.

—Oh, Tiniebla, si no me dices quién eres, tendré que averiguarlo por mi cuenta.

El agarre de su mano en mi mentón aumentó, dispuesto a cumplir sus amenazas, aunque no hasta el punto de doler. Sin embargo, sus garras en mi mente no presionaron más. Sentí como exploraban la entrada a mi subconsciente.

—Sal. De. Mi. Cabeza —repetí.

Enfaticé mis palabras aumentando la presión del arma que sostenía contra su yugular. Lejos de amedrentarse, sus ojos se oscurecieron y su sonrisa se volvió depredadora.

—Échame —murmuró.

Su aliento fresco acarició mis mejillas. Sin darle la satisfacción de cerrar los ojos, luché con todas mis fuerzas contra su presencia.

Callum emitió un sonido de aprobación, como un rugido suave y directo desde su pecho.

—Tienes que practicar más. Podría romper tus escudos con medio pensamiento —rio, mientras se retiraba de mi cabeza.

—Bastardo —dije en un suspiro aliviado cuando su presencia me abandonó.

—Para desgracia de mi padre, me temo que no.

Mi magia y mi oscuridad protestaron con vehemencia, aullando y saltando en mi pecho. Incapaz de refrenar mi curiosidad permití que salieran a jugar. Casi como si tuvieran vida propia, las ondas suaves de brillo de esmeralda y tormenta se arremolinaron en torno a la figura del enigmático Alto Fae.

Callum dejó escapar un jadeo de sorpresa. Sus ojos negros se dilataron hasta que sus pupilas cubrieron casi por completo su mirada. Me pareció ver que las manos del Alto Fae temblaban ligeramente contra mi cuerpo. Algo en la magia de Callum hacía vibrar el centro de mi esencia.

—¡Elara! —La voz de Finnian llegó apresurada entre la maleza, rompiendo el hechizo que nos mantenía atrapados. Fue como un rugido envuelto en tormenta que amenazó con romper todo lo que se encontraba a su paso.

Di un paso hacia atrás forzando algo de distancia entre nosotros. La mano de Callum no opuso resistencia. Y, aunque no envainé mi daga, la dejé descansar pegada a mi cuerpo. Oteé la maleza en la dirección desde donde había sonado la voz. Una sensación de alivio me invadió. Por fin habían llegado.

Elara, ronroneó Callum en mi mente.

Mi nombre sonó distinto entre sus labios, como una respuesta a una pregunta que nunca había formulado. Sonaba como el inicio de una melodía que llevaba tiempo intentando recordar. Sonaba como los primeros rayos de Verdeluna con la caída del ocaso. Sonaba como si hubiera esperado una eternidad a escucharlo.

Su voz acarició cada una de las sílabas de mi nombre, haciéndolo resonar dentro de mi cabeza. Lo pronunció como si fuera la primera vez que alguien lo había dicho, descubriendo matices que ni yo misma conocía.

Contuve el aliento ante su nueva intrusión. Era demasiado fácil, demasiado sencillo. La manera en la que su voz se mezclaba con la mía propia. Como si infiltrarse en mi cerebro fuera tan natural para él como respirar.

Intenté, en vano, deshacerme de su presencia y del aroma de noche que lo acompañaba. Una risa suave se extendió dentro de mi mente. Algo parecido a sorpresa brilló en los ojos de Callum. Sin mediar palabra, se retiró.

La figura robusta de Finnian emergió con un rugido en el pequeño claro. Cían y Orla le pisaban los talones. Tres pares de ojos observaron, horrorizados, la escena que Callum y yo ofrecíamos.

Él, con las manos detrás de la espalda y una sonrisa. Yo, aferrada a mi arma y mandando flechas invisibles en dirección al Alto Fae. A nuestros pies, el cadáver del Puka.

Pude ver el momento en el que mis amigos y el Guardián reparaban en la bestia. Sus miradas se dilataron con sorpresa, rebotando entre el cadáver y nosotros en un intento de adivinar qué había sucedido.

—¿Quién lo ha matado? —exigió saber Finnian con ojos frenéticos, inspeccionando cada parte de mi cuerpo en busca de algún signo de dolor o heridas.

—Tranquilo, viejo amigo, lo he matado yo. Al parecer tu curiosa invitada no tiene lo que hay que tener. No me sorprende.

Fruncí el ceño, mirando a ambos hombres. Se conocían, eso estaba claro. Decidí ignorar las críticas de Callum hacia mi persona, me importaba bastante poco lo que pensara de mí.

Cían maldijo por lo bajo, dando las gracias a la Dama y posando una mano tranquilizadora en el hombro de su Guardián. Orla avanzó los metros que nos separaban hasta situarse a mi lado. Sentí la

pregunta en su rostro antes de que la princesa tuviera tiempo de formularla.

—Estoy bien —dije en un susurro, intentando sonar convencida.

Orla asintió y entrelazó su brazo con el mío, antes de dirigirle una mirada desafiante a Callum. Este observó con una ceja levantada la manera en la que Orla me agarraba, para después desviar su atención hacia los dos otros hombres que parecían tremendamente aliviados de verme.

—¿Qué haces aquí, Callum? Te esperábamos en el palacio. Levi llegó hace casi una hora —inquirió Finnian.

—Iba de camino a Adhair cuando me pareció oír a *Elara* en apuros —contestó Callum, arrastrando cada una de las letras de mi nombre entre sus labios y disfrutando claramente de la manera en la que la mandíbula de Finnian se contrajo al escucharlo—. Orla, tienes buen aspecto. Me alegro de verte —continuó sin esperar a que el Guardián de las Tormentas contestara.

Las manos de Orla me apretaron con fuerza. Ahora bien, si mi amiga estaba asustada, no dejó que se notara.

—Callum, como siempre, me gustaría poder decir lo mismo —respondió ella con la barbilla alta y la sequedad propia de una princesa en medio de una reunión burocrática.

La sonrisa burlona de Callum solo aumentó de tamaño ante el desdén abierto de la princesa.

—Finnian, veo que tu segundo y tú llegáis tarde. Me pregunto qué habría sido de Elara si yo no hubiera aparecido. ¿Qué le sucede al cuerpo de una Hadaës y a su magia si mata a un Puka? Su cuerpo es tan débil y volátil que dudo que sea bonito de presenciar. —Había algo dulce y terrible en la voz de Callum.

Finnian cruzó el espacio que nos separaba, situándose delante de donde yo me encontraba con Orla. Su cuerpo tembló con furia a la

vez que un rugido escapaba de su garganta. Di un paso en su dirección, pero el agarre de Orla aumentó, frenándome.

Me giré indignada hacia mi amiga. Era evidente que Callum intentaba desestabilizar a Finnian, y yo solo quería asegurarme de que el Guardián no cayera en sus trucos.

Callum observó los movimientos de Finnian con los ojos entornados. Su mirada inteligente y calculadora parecía ir atando cabos con cada segundo y cada movimiento que presenciaba.

—Vaya, vaya. Debería haberlo deducido antes. Te felicito, Finnian, después del repentino abandono de Orla nadie daba medio Airgid por tu corte. Pero parece que por fin este año has conseguido instaurar verdadera lealtad en tu campeona. Ahora entiendo tanto secretismo. Una pena que mienta tan mal. Desde luego siempre has tenido debilidad por las criaturas más encantadoras, por muy débiles y endebles que sean.

—No es secretismo. Simplemente no me gusta exponer en exceso a mis campeones. Sentimiento que obviamente tú no compartes —dijo Finnian.

—¿Qué puedo decir? Me resulta difícil pasar desapercibido. Ya lo sabes —contestó Callum, ajustando las mangas de su chaqueta y lanzando una sonrisa arrebatadora hacia el Guardián de las Tormentas.

—No todos podemos permitirnos tus excentricidades. Hay demasiado en juego —gruñó Cían desde su posición.

—Desde luego, querido Cían —concedió Callum—. Al fin y al cabo, este torneo es nuestra última oportunidad de romper la maldición y recuperar nuestros poderes. La Dama de la Noche no es conocida por dar segundas oportunidades.

Me faltó el aliento. El cuerpo de mi amiga se tensó a mi lado y podría haber jurado que Callum ronroneaba satisfecho con cada

latido desbocado que rebotaba contra mis costillas.

—A menudo olvido que no todos tenéis mi poder. No me malinterpretéis, quiero lo que es mío como todos los demás, por eso mi campeón ganará el torneo. Pero vosotros... Tiene que ser muy difícil sentir como tus fuerzas flaquean cada día más con el paso del tiempo. Una lástima. Aunque me entristece saber que esta última oportunidad de conseguir lo que la Dama nos arrebató esté en unas manos tan débiles. Sin ofender, Elara, pero los otros campeones llevan entrenando toda su vida para esto. Por no decir que son algo más que un pobre híbrido de humano y Fae.

Abrí la boca para responder, pero Callum continuó hablando.

—¿Esto es lo mejor que has podido encontrar, Finnian? Es bastante patético.

Cada una de las palabras del Alto Fae que me había salvado la vida me atravesó como si de las garras del Puka se trataran.

—¿De qué está hablando? —exigí saber con un grito ahogado.

La atención de Callum volvió a centrarse en mí. Una furia profunda ensombreció sus facciones. Ignoré su reacción, me traía sin cuidado si mi sola presencia le repugnaba.

Mi pregunta no era para él, al fin y al cabo, sino para las tres personas que había comenzado a considerar como amigos. Todos me observaban como si fuera una bomba a punto de estallar.

La furia que había advertido en el rostro de Callum desapareció de un plumazo. En su lugar, solo quedó una risa fría llena de crueldad. Al parecer estaba entusiasmado con el caos que acababa de sembrar.

—¡Qué decepción! Finnian, has sido un mal Guardián. ¿No me digas que no has informado a Elara del motivo de nuestro pequeño torneo? Quiero decir, obligar a alguien a participar con un trato me parece bajo hasta para ti. Pero ¿ocultarle la realidad de lo que le

espera? Eso parece una decisión excesivamente estúpida. —Y, aunque su tono era jovial, como si estuviera disfrutando de sus palabras, había un fondo de rabia detrás de esa sonrisa perfecta.

—Cierra la boca, Oscuro. Poco importa aquí la opinión de un asesino —escupió Cían, mirando preocupado en mi dirección.

En ese momento mis oídos comenzaron a pitar. El corazón me latía con fuerza y toda la información que acababa de recibir se repetía en bucle en mi cabeza. Me faltaba el aire. Era como si mi cuerpo estuviera reaccionando ante los eventos antes de que mi cabeza hubiera tenido la oportunidad de comprenderlos.

—¡Tanta agresividad, Cían! Aunque si yo fuera tú me preocuparía más por tu campeona. Es ella la que parece dispuesta a mataros a todos. Tal vez debería dejar que lo haga —respondió Callum—. Pero ¿qué habría de diversión en eso? Al fin y al cabo, disfrutaré mucho más viendo como el torneo de la Dama la aplasta como a un insecto. Ya estoy viendo las apuestas. ¿Cuánto crees que conseguirá aguantar tu campeona este año? Tu corte lleva décadas sin terminar con un campeón vivo, ¿y escoges esto?

—Orla, llévate a Elara a la casa. Cían y yo tenemos asuntos que tratar con el Guardián de las Sombras. No tardaremos.

Abrí la boca para protestar, pero la mueca de Finnian me hizo callar. No delante de Callum. La parte de mí que aún vivía en Nébula quiso gruñir a Finnian. Sin embargo, me mantuve callada. Mi vida y la del Guardián estaban atadas por el trato. Me gustase o no, debía obedecer.

Elara, no tienes ni idea de dónde te has metido, ¿verdad? —se rio —. *Si yo fuera tú, comenzaría a exigir respuestas. Tus amigos te ocultan más de un secreto.*

Sumida en un debate interno, fui apenas consciente de cómo Orla me agarraba con más fuerza, en anticipación a nuestro Salto Irisado.

Pero, entonces, las palabras de Finnian calaron en mi conciencia.

El Guardián de las Sombras.

El Oscuro.

Callum era el Guardián de las Sombras.

—Un placer, Tiniebla —ronroneó Callum, guiñándome un ojo, mientras la brisa fresca y salada del poder de Orla comenzaba a envolverme.

Sentí el nudo en el estómago que precedía a todos los Saltos Irisados. Antes de desaparecer por completo en un susurro de mar y viento, la voz del Oscuro atravesó una vez más mi cabeza.

Algo me dice que volveremos a vernos, Campeona de las Tormentas. Hasta entonces, practica tus escudos. La próxima vez no seré tan benevolente.

CAPÍTULO XXII

Su aroma se fundía con cada recoveco de su cuerpo. Él quería gritar, quería destruir el mundo.

—¿Guardián de las Sombras? —musité en cuanto mis pies se posaron en la alfombra del despacho de Finnian.

La cabeza me daba vueltas. En parte por el Salto Irisado y en parte por toda la información que acababa de recibir. Los recuerdos de la última vez que había estado en esa habitación se agolparon en mi garganta, sabían amargos. Palabras bonitas creadas para tranquilizarme, para protegerme. Agité la cabeza en un intento inútil de apartarlos.

—Ese es Callum. El Oscuro. Guardián de las Sombras. El puñetero Alto Fae más sanguinario de Lyssandria y el cabrón más despreciable del universo —murmuró Orla con una mueca.

La princesa me observó con ojos preocupados, dejando caer su cuerpo en una de las pesadas butacas de cuero. Su melena cobriza cayó desperdigada por el respaldo mientras la sombra del agotamiento cubría sus bonitas facciones.

Un pinchazo de culpabilidad me cruzó el pecho. Orla no estaba acostumbrada a usar tanto su poder ya que la debilitaba demasiado, haciendo más frecuentes sus ataques. Observé preocupada la cara de mi amiga. Era evidente que el Salto Irisado la había drenado casi

por completo. Aun así, no había rastro alguno de las ondas que precedían sus episodios.

—Estoy bien, Elara. Por favor no te preocupes ahora por mí —me tranquilizó con una sonrisa suave, leyendo la preocupación en mi rostro.

Asentí brevemente, incapaz de decir nada más. Mis piernas andaban de aquí para allá al tiempo que intentaba dar sentido a las palabras envenenadas de Callum. La perspectiva de que el torneo fuera cosa de la Dama de la Noche me escamaba. Los espíritus nunca jugaban limpio y mucho menos su reina. ¡Por la Verdeluna! ¡Si la mayoría de la gente pensaba que no era más que un mito! Un nombre al que rezar, no algo real.

—Se ha metido dentro de mi cabeza —susurré hacia la nada.

—¡Mierda! —oí que exclamaba Orla.

Las paredes del estudio estaban demasiado cerca, tanto que sentí que me faltaba el aire. Los restos de la adrenalina que me quedaba en el cuerpo provocaron temblores en mis extremidades.

—¿Cómo ha hecho eso? Es decir, sé cómo, pero... —Las palabras se atascaron—. No he podido hacer nada para evitarlo, simplemente ha entrado. Podría haber hecho lo que quisiera y yo no hubiera tenido manera de frenarlo.

Jamás me había sentido tan expuesta, tan vulnerable. Comencé a deshacer el revoltijo de pelo y nudos en el que mi trenza se había convertido. Necesitaba distraerme, centrar mi atención en otra cosa que no fuera la aterradora verdad que había averiguado en los últimos segundos en el Remolino.

—Callum es uno de los Altos Fae más poderosos de Lyssandria, Elara. Probablemente el más poderoso desde hace milenios. Sus poderes son aterradores y le gusta atormentar a la gente con ellos. No te ponen el apodo que tiene él si no lo mereces. Estoy segura de

que has oído las historias. Su corte tiene el poder de la manipulación mental y la oscuridad. Hay pocas cosas que no estén dispuestos a hacer.

Era cierto, conocía los horrores que precedían su reputación. Pero, como con la Dama de la Noche, durante toda mi vida ese solo había sido un nombre lejano al que temer, no un monstruo que conocería el mío.

Mi cabeza no paraba de repetir la imagen de Callum, suspendido en el aire; su poder, una nube letal de humo y estrellas acabando con un ser milenario en segundos. Me estremecí, deseando que aquella visión abandonara mis recuerdos.

—Su poder... Nunca he visto nada igual. Ha acabado con el Puka sin despeinarse. —Fue un recuerdo distinto el que me sobrevino entonces—. ¿Por qué quería saber Finnian quién había matado al Puka?

Me giré para poder ver a Orla mientras respondía. Las piezas de todos los retazos que no había sabido juntar esos meses caían poco a poco en su sitio. Todos los ataques a las aldeas y ciudades cercanas. Las extrañas marcas encontradas en los lugares atacados. La evidente preocupación del Guardián y su general. Ahora todo tenía una explicación, por imposible que fuera.

—Matar a un Puka supone un gasto de poder y de energía tremendo. Por eso es tan complicado eliminarlos. Por no decir imposible. No son muchos los que tienen el poder suficiente para hacerlo y sobrevivir. A veces los efectos no son inmediatos. Crees que la bestia ha muerto, pero en realidad está drenando tu magia sin que te des cuenta. Si consigues matarlo, es muy probable que mueras fruto del Vacío.

Eso explicaba la manera frenética en la que Finnian había exigido una respuesta a su llegada. Pero también me generaba dudas

nuevas. La voz de Callum en mi cabeza me había salvado al pedirme que no lo matara. ¿Por qué había decidido ayudarme?

—¡¿Estás diciendo que esa cosa puede estar viva todavía?! —exclamé, sin poder evitar el ligero temblor de mis palabras.

Los graznidos del Puka durante su persecución todavía hacían eco en mi interior.

—Si Callum es quien lo ha matado, entonces está muerto. Lo más probable es que hayan quemado su cuerpo antes de irse del Remolino. —Las palabras de la princesa fueron firmes; aun así, sus manos retorcieron nerviosas la tela de su vestido—. Elara, siento mucho no haberte dicho nada sobre la maldición.

Comencé a negar con la cabeza, las señales habían estado ahí. Las palabras del *whisp* resonaron en mi subconsciente. Puede que Finnian me hubiera ocultado cosas para protegerme, pero yo debería haberme dado cuenta. No podía negar que estaba en desacuerdo con su decisión y aquello me escocía.

Pero ¿qué habría cambiado en mi preparación si lo hubiera sabido? Lo más probable es que él tuviera razón y solo hubiera servido para ponerme más nerviosa.

Mi alma de ladrona se negaba a aceptarlo con tanta facilidad. Si algo se me daba bien era preparar un golpe y para ello toda información era poca. La persona que había sido en las islas rugía frustrada.

Por otro lado, de nada servía enfadarse con Orla y Cían. Yo misma había sido testigo en varias ocasiones de cómo intentaban convencer a Finnian de que me dijera la verdad. Eso no hacía que una parte de mí se sintiera menos traicionada o dejada de lado. Al final, ambos habían escogido su lealtad hacia el Guardián antes que proteger mi vida. ¿Podía culparlos? Lo cierto era que no.

—Lo siento mucho de verdad. Lo juro por la Dama y los espíritus. Cían y yo llevamos semanas intentando convencer a Finnian de la necesidad de decirte la verdad. Te ibas a enterar tarde o temprano. Pero no nos escucha —continuó—. Sus intenciones son honestas. Ninguno de nuestros anteriores campeones ha llegado demasiado lejos y todos sabían hasta el último detalle de lo que los esperaba dentro de lo posible. Finnian está convencido de que ese conocimiento los paralizaba.

Sus ojos brillaron, numerosas lágrimas amenazaban con caer por sus mejillas. Verla así me partía el corazón.

Un crujido resonó entre las paredes del despacho. Un segundo después, envueltos en tormenta y lluvia, Cían y Finnian se materializaron en la habitación.

—¿Qué ha querido decir con *la maldición*? —exigí sin esperar a que sus cuerpos se materializaran por completo. Soné más enfadada de lo que pretendía, pero nadie me lo reprochó.

Cían avanzó hasta donde Orla se encontraba, escudriñando la cara de la princesa antes de dejarse caer en la butaca gemela que acompañaba a la que ella ocupaba en esos momentos.

—Elara, escucha, yo... —empezó a decir Finnian, avanzando en mi dirección.

Yo di un paso hacia atrás. En aquel momento necesitaba la fuerza que proporcionaba la distancia para pensar con claridad. Él asintió, respetando mi petición silenciosa.

Ambos Fae desprendían olor a humo y cenizas. Los restos de un fuego reciente eran visibles incluso en sus ropajes. Me permití un suspiro interno, aliviada ante la confirmación de que el Puka había sido reducido a cenizas.

Noté que los ojos de Finnian se suavizaban ligeramente al comprobar que me encontraba de una pieza. Decidí aferrarme a la

brizna de enfado que oscilaba en mi pecho para que no se diera cuenta de lo mucho que me afectaba saber que todos se preocupaban por mí.

En ese instante lo importante era obtener respuestas.

—No quiero más secretos, Finnian. Llevo casi dos meses dejándome la piel entrenando para ganar un torneo del que no conozco prácticamente nada. Torneo en el que tengo que participar porque decidiste que era tu única condición para salvar una vida que tú mismo pusiste en peligro —me obligué a seguir—. Entiendo que no tuvieras más opciones y no voy a fingir que comprendo la presión que debes sentir como Guardián, pero necesito respuestas.

Sin poder evitarlo, enfundé cada una de mis palabras en toda la frustración y miedo que llevaba sintiendo durante meses. Finnian se encogió sutilmente, pero mantuvo el tipo, permitiéndome aquel momento de desahogo.

—Sé que intentas protegerme y prepararme lo mejor que sabes, pero el momento ha pasado. Aunque entiendo tu estrategia, no la comparto, y soy yo la que se está jugando el pellejo. Ha tenido que venir un perturbado secuestramentes para que descubra que el torneo está ligado a una maldición y a la Dama de la Noche. —Mi voz tembló ligeramente, pero me forcé a retener las lágrimas. No quería parecer débil—. Es mi vida lo que está en juego. Por favor, cuéntamelo todo.

—¿Ha intentado entrar en tu cabeza? Lo voy a matar —rugió Finnian, su magia agitó las estanterías y su contenido.

El palacio mismo comenzó a rugir. Un eco de la furia de su Guardián recorrió cada una de las estancias, haciendo que el mismo suelo temblara.

—Ahórrate los despliegues de protección. Estoy demasiado cansada y lo último que necesito hoy es tener que aguantar a otro

Fae temperamental.

—Callum ha violado varias normas muy antiguas metiéndose de esa manera en tu cabeza, Elara. Y más si tenemos en cuenta que estaba en nuestro territorio. Finnian podría tomarlo como un ataque directo —intervino Cían.

—Soy la persona en esta sala que menos información tiene sobre el funcionamiento de vuestra delicada estabilidad o las tensiones políticas con otras cortes. Sin embargo, hasta yo sé que lo último que necesitamos ahora mismo es un conflicto abierto con el Guardián de las Sombras. —Mis palabras funcionaron como un jarro de agua fría y consiguieron apaciguar la situación—. No perdamos más tiempo.

Finnian asintió y se dejó caer sobre su escritorio.

—No voy a pedir perdón por lo que hice, Elara. Nuestra corte necesitaba un campeón para el torneo y nos estábamos quedando sin tiempo. Al robar el hueso violaste la ley y el trato me aseguraba conseguir un nuevo campeón a tiempo. Algo que necesitábamos desesperadamente.

—Violé tu estúpida ley porque tú me tendiste una trampa. —Ahí estaba otra vez esa bocaza que no sabía mantener callada.

—Hice lo que hice para proteger mi corte, a mi familia y Lyssandria. Es mi responsabilidad y lo volvería a hacer.

La máscara del Guardián eterno y frío cubría el rostro de Finnian. Yo hice todo lo posible por morderme la lengua, no iba a llegar muy lejos discutiendo, pero al final no pude contener la risa triste e indignada que escapó de mis labios.

Todo por y para su corte. Siempre que esta fuera la que habitaba en su palacio y no los miles de personas que sufrían a diario por sobrevivir. Los recuerdos podridos del orfanato y los horrores posteriores que había sufrido en las callejuelas de Nébula me ardían

en el pecho. La ironía era tal que me quemó la garganta. Sentí como si mi boca estuviera cubierta por ceniza, forzándome a tragar la desagradable sensación.

—Finnian —murmuró Orla, mirando desesperada al Guardián y a mí alternativamente. Su hermano hizo caso omiso del sollozo de la princesa.

—Eso no justifica que te hayas aprovechado de mi ignorancia. Aunque fuera con buenas intenciones para tu corte —protesté en un siseo.

Esa vez fue Finnian quien amortiguó una risa más parecida a un gruñido.

—Nuestra corte, Elara —me recordó.

Me vi transportada a nuestro primer encuentro, solo que en aquella ocasión fui yo quien retiró la mirada primero. Él tenía razón, Adhair se había convertido en algo mío en estos meses. Mirar al pasado con rencor no me sacaría de este lío.

—Quería decírtelo. Debería habértelo dicho antes —rectificó—. Pero no sabía si podíamos confiar en ti. Esta es la primera vez que un campeón no se ofrece voluntario o es consciente de a qué se expone. Decidí utilizar eso a nuestro favor. Además, si te hubiera dicho en qué consistía jamás hubieses aceptado el trato.

—Habría hecho cualquier cosa con tal de salvar a Artio.

—Ahora lo sé, pero entonces no te conocía. Estabas tan enfada cuando llegaste. Sin embargo, poco a poco, comenzaste a relajarte. Y cuanto más tiempo pasaba, más miedo me daba que volvieras a odiarnos cuando supieras la verdad. Lo hemos intentado de tantas maneras y el resultado siempre es el mismo. Pensé que esta vez, si evitaba que el contexto te influenciara, tal vez tendríamos una posibilidad —explicó Finnian en un susurro casi avergonzado.

—Todos los demás campeones tienen esa información. Por muy buenas que fueran tus intenciones, ¿cuál era tu plan? ¿Que me enterara cuando estuviera ya allí?

El Guardián y yo nos miramos durante unos segundos sin decir nada más. Exhausta, estaba completamente exhausta. No solo por mi enfrentamiento con el Puka, sino por toda la tensión que mi cuerpo había acumulado desde mi llegada a la corte. Algo similar se reflejó en sus ojos.

—Me preguntaste una vez si el torneo había tenido lugar antes —dijo después de una eternidad en silencio. Conforme comenzó a hablar, no encontré restos del enfado que hacía unos segundos había amenazado con consumirme. Solo un agotamiento tremendo —. La respuesta es sí. Se ha celebrado cuatro veces a lo largo de los últimos cien años. Una vez cada veinte años. Esta será la quinta y última vez.

—Finnian —suspiró Orla, dando unos golpecitos en el reposabrazos de su asiento para que se acercara. Él acudió a su llamada y se dejó caer en silencio. Orla aferró su mano entre las suyas.

—¿Por qué es la última?

—Desde hace milenios, los Guardianes de las cinco cortes, junto con sus miembros más cercanos, se congregan en el bosque de la Dama de la Noche una vez cada cincuenta años. Las cinco cortes se unen para honrar a la Dama y dan gracias por la magia que nutre nuestro continente y nuestra sangre, pero sobre todo celebran a la protectora de nuestro reino. Bebemos, bailamos y festejamos. Aunque en realidad es una excusa para cerrar tratados y estrechar lazos políticos. Así ha sido desde hace generaciones.

Las palabras de Finnian inundaron el despacho. Dejé caer el peso de mi cuerpo sobre la pared más alejada del Guardián. Me centré en

cómo las pequeñas molduras se hundían en mi cuerpo. El dolor me ayudó a mantenerme alerta.

—Es también uno de los pocos momentos en los que, independientemente de la situación política entre las cortes, las cinco nos unimos por una misma causa. Son dos días de celebración y bailes. Permite acercar posiciones y resolver conflictos —continuó —. Hace casi cien años, nos unimos todos una vez más, como manda la tradición. Solo que esa vez, al llegar al bosque, la Dama de la Noche nos estaba esperando.

—Nunca aparecía para las festividades en su honor —añadió Cían.

—Ella... ¿estaba allí?

—No parecía de este mundo. El poder que desprendía... Nunca he visto nada igual. —Por un instante la cara de Finnian palideció al recordar la presencia del ser más antiguo de Lyssandria. La reina de la noche y diosa de los espíritus—. Al principio pensamos que su presencia era una bendición. Finalmente, tras decenas de cientos de años, había decidido unirse a nosotros en la celebración que lleva su nombre. Sin embargo, no podíamos estar más equivocados.

A escasos metros de mí, Orla y Cían se estremecieron al oír aquellas palabras.

—La Dama estaba enfurecida. Enfurecida y triste. No paraba de repetir que la habíamos decepcionado. Que todos los hijos de Lyssandria eran iguales a los ojos de la Verdeluna. Que los Altos Fae debíamos aprender una lección —dijo Finnian entre dientes—. Eran tiempos difíciles. Siempre lo son, supongo. Nuestra gente estaba más dividida que nunca. No supimos verlo. Tan encerrados en nuestras cortes. Ajenos a lo que sucedía fuera de nuestros palacios. Y, antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que estaba sucediendo, la Dama pronunció su maldición.

Un reproche comenzó a formarse en mi garganta. Al fin y al cabo, los Guardianes seguían encerrados en sus fortalezas. Pero la gravedad de las palabras de Finnian forzó la acusación de vuelta a mi garganta.

—Ella maldijo la magia de los Guardianes para que fuera disminuyendo con el paso de los años hasta quedar reducida a polvo y olvido. Si nuestro poder desaparece por completo, reinará el caos en Lyssandria. Somos los catalizadores de cada corte. Sin nosotros, la magia vagaría sin rumbo, arrasaría con todo. Sin Guardianes, no hay nada.

Finnian apretó su mano libre cuando el castillo volvió a temblar. Lo comprendí entonces, ya casi había perdido el control por completo.

—Para recuperarla, tejió nuestro destino al de las criaturas que, a sus ojos, habíamos maltratado —explicó Finnian, sus manos temblando ligeramente.

—Bajos Fae, mestizos y Hadaës —completó Cían desde su asiento.

Una a una, cientos de interacciones y escenas vividas desde mi llegada a la corte comenzaron a cobrar sentido. Todas las veces en las que el Guardián había dejado de utilizar su poder para cosas básicas sin ninguna explicación. Imágenes de Finnian moviendo los sacos de nuestros entrenamientos sin usar su magia o colocando las dianas a mano. Su cara desencajada mientras corría desesperado hacia su hermana para intentar salvarla de una roca despeñada en lugar de usar su poder.

¿Cómo no lo había visto antes?

La manera en la que me observaba dejó entrever que sabía exactamente todos los incidentes que estaban pasando por mi cabeza.

—Para recuperar lo que la Dama nos arrebató, debíamos escoger a un campeón por corte. Un campeón que no podía ser Alto Fae. La

Dama quería asegurarse de que entendiéramos que nuestro destino dependía de los seres que tantas veces pasamos por alto a su modo de ver —explicó—. Por lo que nos obligó a depositar nuestra confianza en las razas que nos despreciaban.

Orla le apretó la mano en señal de apoyo.

—A lo largo de cien años, los campeones de las cinco cortes se enfrentarían, cada veinte años, en un torneo que es la única oportunidad de acabar con todo esto. Cinco oportunidades para acabar con la maldición. Cinco oportunidades para recuperar la totalidad de nuestros poderes y restaurar el equilibrio. —Finnian soltó una risa vacía—. Ya has visto las consecuencias. La magia necesita un equilibro y, sin él, estamos expuestos. Los ataques son prueba de ello. Criaturas que se creían extinguidas plagan nuestras tierras y los Guardianes tenemos magia errática en la que no podemos confiar para enfrentarnos a ellas. La función de un Guardián es mantener ese equilibrio. Si nuestra magia muere, Lyssandria será arrasada.

Las oportunidades de la Dama habían llegado a su fin. El mío era el último torneo. Si no conseguíamos acabar con la maldición, los Altos Fae perderían por completo su poder. No me permití imaginar el caos en el que se sumiría el continente si eso llegara a suceder.

—Cada torneo consiste en tres pruebas cambiantes diseñadas para examinar la habilidad mágica y mental de los campeones. Habilidad que nosotros mismos debemos entrenar y cultivar. Solo un campeón que confíe plenamente en su corte tiene las herramientas y el potencial para sobrevivir al torneo y liberarnos de la maldición —finalizó Finnian.

El aire del estudio se sentía cargado. La cara de Cían me dijo que todavía quedaba más. Finnian se aclaró la garganta antes de continuar:

—Pero como todos los tratos en Lyssandria, la Dama de la Noche sintió la necesidad de añadir una última cláusula para complicarlo todavía más. El primer campeón que logre acabar las tres pruebas será recompensado con un poder sin igual para su corte. Como supongo que sospechas, hasta ahora nadie ha sobrevivido a la última prueba.

Cían se incorporó y anduvo hasta el mueble bar del despacho antes de servirse una generosa copa de un líquido ambarino. Se la bebió de un trago antes de hablar.

—Así que, estos últimos años, en lugar de trabajar juntas para eliminar la maldición, cada corte ha mirado por su propio culo con tal de conseguir el codiciado poder de la Dama. A pesar de que ni siquiera sabemos exactamente en qué consiste su regalo —dijo con desdén—. Su promesa emponzoñada ha sido suficiente para cegarnos a todos. La realidad es que muchos Altos Fae piensan que todo esto solo es un arrebato de la Dama y que no dejará que perdamos el control de Lyssandria. No pueden estar más equivocados. Los espíritus adoran el caos, ella no es diferente.

—Pero esta vez es distinto. ¿No? Es la última oportunidad. ¿Por qué no trabajáis con otras cortes? —pregunté, incrédula.

—Nadie quiere unir fuerzas, Elara. Todos anhelan el poder de la Dama para ellos —respondió Cían, su voz tan cansada como la del Guardián.

—Incluidos vosotros —completé, diciendo lo que ninguno de ellos se atrevía a admitir en voz alta.

—Puede que sea nuestra única oportunidad de encontrar una cura —dijo Finnian, desviando la mirada hacia Orla.

En su butaca, la princesa se encogió ligeramente. Cían posó una mano reconfortante y protectora sobre su hombro al regresar a su lado.

—Hemos intentado todo lo que está en nuestra mano para sanar a Orla. Nada funciona. La Dama es conocida por sus poderes de sanación, no es descabellado asumir que puede ser nuestra única oportunidad real. Eso o recuperar mis poderes, con ellos completos tal vez sea capaz de ocuparme yo mismo.

Volví a mirar a mi amiga que lloraba en silencio con mirada estoica.

—Mi ataque ocurrió poco después de la maldición, así que Finnian no ha tenido la oportunidad de usar la totalidad de sus poderes desde que estoy enferma. Los Guardianes de un par de cortes aliadas nos ayudaron en su momento, pero es inútil. Parece que para solucionar esto es necesario que la magia sea la misma, no vale la de cualquier corte.

Tragué saliva. Ya no era solo la vida de Artio lo que estaba en juego, sino la de Orla también. Finnian me miraba con ojos suplicantes que decían con claridad lo que llevaba tiempo insinuando: teníamos que superar el torneo.

—¿Por qué dijo Callum que él tenía más poder que vosotros? —pregunté, dejando a un lado todo lo que acababa de aprender. Si la Corte de las Sombras tenía una ventaja, entonces era muy posible que su campeón también.

—Porque es un imbécil arrogante —gruñó Cían con desdén.

—Aunque Cían está en lo cierto, la realidad es otra. No sé si es porque es el único de los cinco Guardianes que no estaba presente el día de la maldición o porque su poder ha sido siempre mayor que el del resto. No me malinterpretes, el poder de Callum también ha disminuido, aunque tal vez no tanto como el de los demás. Y, si no recuperamos nuestra magia, la suya también desaparecerá —explicó Finnian, algo incómodo.

—¿Por qué no estaba presente?

—Todavía no era Guardián. Fue su padre el que presenció la maldición. Para sorpresa de nadie, a los pocos días su padre apareció muerto y Callum pasó a ser Guardián de la Corte de las Sombras —explicó mi amiga.

—¿Él mató a su padre? Pero las historias del Oscuro son más antiguas que todo esto. ¿Cómo es eso posible, si tan solo lleva siendo Guardián cien años? —pregunté, girándome hacia ella.

—La muerte de su padre es, quizá, la única bondad que Callum ha hecho en su vida. El antiguo Guardián, Desmond, era casi peor que su hijo. Aun así, Callum lleva siendo el Oscuro mucho tiempo. Es joven para ser un Guardián, pero, antes de serlo, era el brazo ejecutor de su padre. Cualquier persona, criatura o ser que le desafiaba era eliminado por Callum. De ahí el nombre.

Desde luego el poder del que yo había sido testigo era brutal y aterrador. No me extrañaba imaginarlo siendo el asesino privado de su padre. Y, sin embargo, a mí me había protegido.

—El resto de los participantes no intentarán ayudarte, Elara. Cada corte tiene sus intereses. Y nos guste o no, nosotros también. —Las palabras de Finnian me devolvieron a la devastadora realidad.

Con la mirada perdida en el sol que comenzaba a descender al otro lado de la ventana, me aferré con uñas y dientes a ese *nosotros*. El torneo llegaría estuviera o no preparada. Al menos tenía dos buenos motivos para enfrentarlo: Artio y Orla.

CAPÍTULO XXIII

Lía no lo había dejado solo desde su vuelta.
¿Por miedo a que se rompiera en mil pedazos
o
por miedo a que arrasara con todo? Él
tampoco sabía la respuesta.

Con la celebración de Natsunna aproximándose, el ritmo en la Corte de las Tormentas se volvió frenético. Mi corazón y mi cabeza adoptaron un compás similar, que nada tenía que ver con las inminentes festividades.

No, mi cabeza seguía atrapada entre las altas copas del Remolino. Los aullidos chirriantes del Puka me perseguían allá a donde fuera, entrelazados con las palabras de Callum y la gravedad de lo que me esperaba.

Volqué toda mi frustración en los entrenamientos. La fecha que de verdad respiraba en mi nuca era la del inicio del torneo ya que partiríamos hacia el Bosque de la Dama apenas un día después de Natsunna.

El peso de la responsabilidad que se cernía sobre mí amenazaba con aplastarme. Sobrevivir a las pruebas no solo compraría mi libertad, sino la de muchas otras personas en Lyssandria. Por no mencionar que obtener el poder secreto de la Dama podía ser la única opción para salvar a Orla.

La princesa y Cían se habían pasado los días siguientes a mi encuentro con el Puka aprovechando cualquier oportunidad para pedirme perdón. Una y otra vez. Y, aunque agradecía el sentimiento, lo que de verdad necesitaba era pasar página y centrarme en sobrevivir.

Sorprendentemente, Finnian era el único que, por primera vez, parecía saber qué era lo que yo necesitaba. A petición mía, volvimos a nuestra rutina de entrenamientos casi de inmediato. Y, si bien una parte de mí continuaba dolida con el Guardián, lo cierto es que casi todas mis energías estaban volcadas en sobrevivir al torneo y romper la maldición.

Después de un día agotador de entrenamientos y prácticas, no había cosa que deseara más que hundirme en la cama y dejarme llevar por el agotamiento. Sin embargo, mis noches estaban plagadas de garras acechándome y voces que no eran mías atravesándome la mente.

Con un gruñido de frustración sacudí la cabeza en dirección al armario. Por el camino, comencé a quitarme la ropa de entrenamiento. Lancé la camisa hecha una bola junto al armario y me deshice de los arneses y cinturones que sostenían mis dagas. Dirigí mi poder hacia la puerta del armario, en busca de algo cómodo que ponerme después de un merecido baño. Aunque podría haber usado mi poder para retirar las armas de mi cuerpo, disfrutaba haciéndolo con las manos. Los movimientos mecánicos y repetitivos calmaban mi cabeza, dándole algo en lo que centrarse.

Las puertas del armario se abrieron suavemente y una amalgama de gasa y brillo verde dio de bruces conmigo. Sin poder evitarlo, me encogí ligeramente ante el maravilloso vestido. Orla se había pasado los últimos días forzándome a probar vestido tras vestido en busca

del candidato perfecto que llevar en Natsunna. Como era de esperar, la princesa había hecho caso omiso a mis innumerables quejas.

«El vestido tiene que ser perfecto. Digno de la Campeona de la Corte de las Tormentas», había afirmado Orla con una sonrisa triunfal.

De poco había servido recordarle que nadie podía saber quién era yo. Ya que ni si quiera se me estaba permitido asistir a la celebración. Con el torneo tan cerca, ninguno de los campeones estaba invitado a la celebración. Yo, de hecho, iba a colarme con la ayuda de Orla. Ella parecía entusiasmada ante la perspectiva de asistir juntas, yo solo tenía en mente pasar desapercibida y absorber toda la información a mi alcance antes de que Finnian nos pillara.

«Que ellos no sepan quién eres no quiere decir que a ti se te tenga que olvidar», sentenció la princesa ante mis fútiles protestas.

A regañadientes decidí no volver a quejarme y dejar que Orla hiciera su trabajo. El vestido que había escogido era una obra de arte. Algo digno de una emperatriz o de la mismísima Dama de la Noche. Confeccionado por completo a base de gasas y transparencias, la prenda flotaba a mi alrededor como una nube de bruma verde. Se ajustaba a cada una de mis curvas, dejando adivinar mis piernas a través de la suave tela. Cientos de piedras ceñían mi busto y el escote, como si las gemas estuvieran pegadas a la piel.

Era la cosa más provocadora y sensual que hubiera vestido jamás. Y, a pesar de la insistencia de Orla de que el vestido no sería demasiado, una parte de mí se sentía muy expuesta con él.

Suspiré una vez más, agarrando un conjunto de lino claro de camisa y pantalón y cerrando el armario para evitar seguir mirando el vestido. Si era capaz de enfrentarme al torneo de la Dama y a su maldición, sería capaz de sobrevivir a una fiesta repleta de Altos Fae.

Además, ese evento me permitiría observar a los cinco Guardianes de cerca. Si bien los campeones no estaban invitados a la celebración, estaba segura de que conocer a sus Guardianes me proporcionaría información valiosa para el torneo.

Mi alma de ladrona revoloteó contenta ante tal perspectiva. Era como las etapas iniciales de uno de mis encargos. Solo un principiante entraría a robar algo sin antes haber estudiado a fondo la pieza y sus alrededores. La clave de un encargo exitoso estaba en los detalles y en el conocimiento. Cuanta más información tuvieras, más posibilidades de éxito. En Nébula había sido concienzuda en este aspecto. Tener la ocasión de aplicar algo que me salía de manera tan natural en mi situación actual me hacía sentir que tenía el control. A pesar de que fuera un espejismo.

Dos suaves golpes en mi puerta me obligaron a volver a la realidad.

—Adelante —indiqué mientras terminaba de vestirme a toda prisa.

La puerta se abrió suavemente, la figura de Finnian se fundió con el ocaso, brevemente a contraluz antes de entrar por completo en mi habitación. El Guardián sostenía una ornamentada caja de madera entre las manos. Se quedó allí plantado en el umbral con el gesto torcido, como si no recordara qué lo había traído hasta mi cuarto.

Noté como sus nudillos se volvían blancos a causa de la fuerza con la que apretaba la caja y eso provocó que mi curiosidad escalara a pasos agigantados.

—¿No entras?

Él titubeó de nuevo, mirando a ambos lados como si la respuesta a mi pregunta estuviera tallada en el marco de la puerta. ¿Quién lo iba a decir? Al final iba a resultar que un Finnian confuso podía ser hasta adorable.

—No sé muy bien cómo hacer esto.

—¿Entrar en una habitación?

Toda confusión abandonó sus facciones y volvió a ser el Finnian sereno y ligeramente frío al que estaba acostumbrada. Entró en la estancia, pero se quedó cerca de la puerta.

—¿Qué es eso? —pregunté, inclinando la cabeza hacia la caja que Finnian sostenía.

Mis palabras parecieron sacarlo de su embrujo y el Guardián avanzó unos pasos en mi dirección.

—Nadie acude a Natsunna sin una máscara. He pedido a los ingenieros de la corte que fabricaran esta para ti —dijo, y extendió la caja para que la abriera.

—¿Significa eso que Orla te ha convencido de que me dejes asistir? —dije sin poder evitar esbozar una leve sonrisa.

—Hace mucho que entendí que decirle que no a mi hermana sirve de bastante poco cuando se propone algo —respondió con una risa suave—. Y algo me dice que contigo pasa lo mismo. Así que... ¿cómo es el dicho? Si no puedes vencerlas, únete a ellas. Conozco a Orla y, si le digo que no, seguirá haciéndolo de todos modos. De esta manera me aseguro de que tú estés a salvo.

Abrí la boca para responder con un comentario sarcástico sobre su necesidad de control, pero la broma se quedó atravesada en mi garganta cuando mis ojos toparon con el contenido de la caja.

Apoyados sobre un cojín de terciopelo negro aguardaban una máscara y un collar a juego. Ambos estaban confeccionados con piedras preciosas y gemas a juego con los colores de mi vestido. La máscara estaba hecha para cubrir la parte superior del rostro, dejando solo la boca al descubierto. Hebras verdes y doradas a modo de ramitas y hojas se extendían en la parte superior, creando la ilusión de una corona.

El collar estaba hecho de una manera similar. Varias cadenas de cuentas se sucedían unas a otras. Como las ondas en un río después de un movimiento. De la última hilera de cuentas, y en sentido perpendicular, decenas de filas de hojas y flores se extendían hacia abajo. Una vez puesta, la gargantilla se amoldaría a la perfección a mi vestido y taparía la piel expuesta desde el cuello hasta el escote.

—La parte interior está cubierta de runas. Los encantamientos deberían impedir que aquellos que no te conozcan te presten demasiada atención. Una especie de disuasión que les hará mirar hacia otro lado y no recordarte. El collar tiene una función similar, además de cubrir elementos menos favorecedores e identificativos que te puedan delatar si todo lo demás fallara —explicó.

La mirada de Finnian se posó brevemente en mi cuello y supe que se refería a mi cicatriz. Jamás me había avergonzado de ella y, aun así, en la presencia del Guardián tuve el impulso repentino de cubrirla. Me froté las manos desechando el sentimiento.

—Entonces, ¿solo aquellos que me conozcan sabrán que soy yo?

—Esa es la idea.

—Callum sabe quién soy, Finnian —murmuré sin poder evitar el pinchazo de preocupación que acompañaba a esa realidad.

—El Guardián de las Sombras no dirá nada, Elara. Por eso no te preocupes —dijo, dejando la caja sobre mi cama.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

El Oscuro había irrumpido en la corte sin que Finnian pudiera hacer mucho. El recuerdo de la intensidad de su magia y el ácido de sus palabras me provocaron un escalofrío. No quería volver a verlo en la vida.

—Porque nos lo prometió. Callum es muchas cosas, pero si jura algo sobre el honor de su corte y su familia, me lo creo. No interferirá en Natsunna. No te preocupes por él.

Asentí, ligeramente aliviada ante la seguridad del Guardián. Si Callum hubiera querido hacerme daño, había tenido tiempo más que suficiente en el Remolino.

—El Campeón o Campeona de la Corte de las Sombras... ¿tiene los mismos poderes que su Guardián? —susurré, dando voz a una preocupación que me acompañaba desde el encuentro con el Guardián de las Sombras.

Finnian asintió despacio.

—Pertenece a la Corte de las Sombras. Así que, en teoría, sus poderes son parecidos. Si bien mucho menos fuertes y complejos que los de su Guardián. Hasta donde yo sé, puede manipular las sombras con mucha destreza. Estoy seguro de que también es capaz de atravesar la mente de otras personas. Al fin y al cabo, es unos de los guerreros más fuertes de su corte.

Perfecto, iba a tener que enfrentarme al equivalente a Cían de la corte más sangrienta y despiadada de Lyssandria. Menuda suerte la mía.

—Pero ¿es Bajo Fae?

—Sí, aunque desconozco de qué criaturas desciende. —Se encogió de hombros—. Callum guarda con mucho recelo toda la información sensible sobre su círculo íntimo.

—¿Hay algo que pueda hacer para bloquearlo? Para evitar que se meta en mi cabeza otra vez. —Solo nombrarlo en voz alta hizo que una sensación extraña me recorriera la columna, como si, aun a varias cortes de distancia, él siguiera dentro, escuchando.

Finnian me observó con ojos pensativos. No le había revelado a nadie lo que Callum había dicho. La realidad es que no parecía relevante, dadas las circunstancias. Y, por algún motivo que no lograba identificar, sentía que no debía compartir sus palabras.

—Sí, pero canalizar y perfeccionar esa habilidad lleva mucho tiempo. Tiempo que no tenemos, Elara —explicó con tono serio.

—Aun así, creo que...

—Debemos centrarnos en potenciar lo que ya sabes hacer. Tengo plena confianza en ti. Si alguien puede romper la maldición, eres tú. Ahora bien, perfeccionar ese tipo de poder es complicado y, en este caso, inútil. Ni siquiera sabemos el alcance de sus poderes en ese aspecto. Al ser mestizo podría ser una variedad de cosas. Seguramente no sea algo de lo que debas preocuparte, estoy seguro de que su alcance no será parecido al de Callum.

Mi instinto me decía que alguien no ostentaba una posición como la del Campeón de las Sombras si no era poderoso. Pero, aunque yo no estaba tan convencida de lo que Finnian defendía, decidí dejarlo por el momento. Aunque el Guardián estuviera dispuesto a enseñarme, lo cierto es que apenas quedaban unos días para el comienzo del torneo. Y algo me decía que eso no era tiempo suficiente.

—¿Alguna novedad con respecto al Puka?

Una sombra cubrió su rostro. Durante días, el descubrimiento del milenario, y supuestamente extinguido ser, había cubierto por completo el tiempo del Guardián y su general.

Era evidente que el Puka era el responsable de los múltiples ataques que se habían producido a lo largo de la Corte de las Tormentas. Sin embargo, aquella confirmación solo había suscitado más incógnitas.

¿De dónde había salido? ¿Era el único o había llegado acompañado por otros? ¿Qué hacía atacando tan abiertamente a una de las cinco cortes?

—Todavía nada. De momento no se ha registrado ningún otro ataque. Mis hombres están siguiendo su rastro para intentar

descifrar qué movimientos siguió antes de atacarte, pero dudo que encuentren algo.

—Estoy segura de que no estaba solo, Finnian. Lo que vimos en las granjas... Eso no lo hace uno solo de ellos.

—Tal vez han pasado a alguna otra corte. He dado la voz de alarma al resto de los Guardianes. Si ocurre otro ataque parecido lo sabremos.

—¿Crees que tiene algo que ver con el torneo y con la maldición? Es mucha coincidencia que aparezcan tan próximos al último de los torneos.

—Por nuestro bien, espero que no, pero lo cierto es que es la única explicación que tiene sentido. Su presencia solo reafirma lo evidente, muchas criaturas de Lyssandria están esperando que fallemos. Acechando en las sombras a la espera de nuestra caída. Dispuestos a tomar el control del continente una vez que perdamos nuestro poder. Rezo a los espíritus por que no tengamos que enfrentarnos a esa realidad.

Las palabras de Finnian me acompañaron mucho tiempo después de que abandonara mi habitación. Esa noche mis pesadillas me enseñaron un mundo oscuro y en llamas. Repleto de dolor y sufrimiento, gobernado por bestias aladas y pesadillas encarnadas.

CAPÍTULO XXIV

Su mente era todo lo que él jamás pensó que merecía. Su existencia, un enigma imposible.

Notas que parecían sacadas de otro mundo recorrían el pasillo en la penumbra verde de la noche. Compases envueltos en lluvia y polvo de estrella que hacían que todo mi cuerpo vibrara. La melodía, de tambores graves y cuerdas afiladas, era eléctrica. Mi poder se arremolinó al compás de las notas; vibrando en mi pecho y luchando por que le dejara salir a explorar. Más al fondo, contenida entre candados y pesadillas, la oscuridad levantó la cabeza, curiosa.

Mientras avanzaba por el pasillo jugueteé nerviosa con la tela del vestido. Aunque el Guardián había decidido aprobar mi asistencia a la celebración, Finnian había puesto sus condiciones. Nadie podía saber quién era. Y, aparecer rodeada de la princesa de la corte y de su general, daría pie a demasiadas preguntas.

Orla y Cían habían protestado enérgicamente, pero el gesto de Finnian no había dejado lugar a dudas. La palabra del Guardián de las Tormentas era firme. Por ello, yo debía llegar sola, cuando la fiesta ya estuviera en pleno funcionamiento, poco antes del inicio del rito.

La segunda y última condición de Finnian era que no podía interactuar con nadie, ni siquiera con mis amigos. Orla había protestado ante las exigencias de su hermano, argumentaba que la máscara y el collar eran protección suficiente. Pero ni Finnian ni Cían

habían dado su brazo a torcer en ese aspecto. No sería la primera vez que alguna corte atentaba contra los campeones de las otras cortes. Y, ese año, siendo el último torneo, la tensión era máxima.

Por no mencionar que la insistencia de Finnian de no compartir la naturaleza de su campeona con el resto de las cortes había hecho que la curiosidad de estas alcanzara picos insospechados. O, al menos, eso era lo que Orla había musitado entre dientes mientras me arreglaba el pelo.

Avancé con sigilo mientras las risas y el jolgorio de la fiesta se colaban entre los pasillos del palacio. Conforme más me acercaba al lugar de la celebración, más amenazaban con consumirme los estridentes ruidos.

Caminé fingiendo formar parte de todo aquello. Recorrí los pasillos del palacio de la corte con pasos temblorosos. Adhair observaba mi avance con semblante solemne, expectante. El propio castillo de la Corte de las Tormentas parecía contener el aliento conmigo. Cada uno de mis pasos retumbaba contra los pulidos suelos de mármol, al son de las melodías que envolvían la noche y sus misterios.

Reflejada en las coloridas vidrieras, la imagen de una mujer que no reconocía imitaba cada uno de mis movimientos. ¿Qué pensaría Artio si se encontrara a esa mujer? ¿Sabría que era yo? Estaba segura de que muchos de mis adversarios en el Archipiélago no me habrían reconocido. Aunque se les habrían puesto los dientes largos ante la posibilidad de robar el collar y la máscara que lucía. Los cuales valían más que su peso en oro y diamantes.

Intenté ignorar la punzada de culpabilidad que me atravesó ante tal pensamiento. Con lo que valía lo que llevaba puesto se podría alimentar a una ciudad entera durante meses.

El reflejo de la mujer se encogió conmigo. Y, durante un segundo, me permití disfrutar de la persona que me devolvía la mirada. La

gasa vaporosa del vestido se arremolinaba a mi alrededor como un susurro de musgo y aguamarina. Las cuentas y gemas del busto atrapaban la luz de la Verdeluna, reflejándola en todas direcciones.

Mi pelo, negro y brillante, caía en ondas ordenadas en una cascada de azabache y noche. Solo interrumpido por pequeñas trenzas salpicadas de cuentas y aritos dorados a juego con la gargantilla y la máscara.

Unos ojos verdes, enmarcados por la impresionante máscara, me observaron con curiosidad. En ese momento, esos ojos no pertenecían a una ladrona huérfana. Ni a la campeona asustada a punto de participar en un torneo maldito. No, esos ojos pertenecían a una joven sin ataduras. Una joven libre que andaba camino de una fiesta.

Por un instante, me permití creerme mi propia mentira. Al fin y al cabo, nadie en esa fiesta me esperaba. Nadie iba a interactuar conmigo. Aquellos que me conocían habían jurado que nuestros caminos no se cruzarían. Y, para el resto de los asistentes, las runas de mi máscara les impedirían tan siquiera identificarme o recordarme.

Esa noche era, a todos los efectos, invisible.

Con el corazón más ligero, avancé la corta distancia que me separaba del salón acristalado y el patio privado en los que se celebraba la fiesta. Un manto de flores silvestres cubría el techo de la estancia, suspendidas desde las alturas, imitando las ramas colgantes del Remolino. Faroles de distintos colores brillaban en al aire entre las flores y las ramas. La combinación trazaba sombras de colores que se mezclaban de manera exquisita con el brillo esmeralda de la Verdeluna que entraba por las enormes cristaleras a borbotones.

Las puertas del extremo contrario a la entrada estaban abiertas por completo, uniendo el exterior con el interior y permitiendo que aire fresco de jazmín y menta de la corte se mezclara con los ruidos de la fiesta.

En el centro de la sala, una orquesta formada por diez músicos creaba sonidos rítmicos y profundos que hacían temblar el ambiente. Cientos de Altos Fae, vestidos de todas las maneras y colores, ataviados con máscaras y tocados, se deslizaban alrededor del salón. Algunos bailaban al ritmo de la música con intrincados pasos de combinaciones peligrosas que los hacían flotar y fluir unos contra otros. Los que no bailaban, bebían y comían mientras charlaban animadamente.

Intentando que mi asombro no fuera evidente, avancé con cuidado entre los Altos Fae. Por suerte, las runas de mis complementos cumplieron su función a la perfección. Ya fuera por la magia de las runas, la embriaguez de las bebidas o el pulso constante de la música, nadie reparaba en mi sigiloso avance.

Máscaras de todo tipo se fijaban apenas unos segundos en mí, para después retornar a sus conversaciones y a sus bailes. Sorteé con sigilo a una pareja que bailaba enredada entre sí, mientras sus máscaras tintineaban bajo el manto estrellado. No pude reconocer los seres que sus máscaras representaban, pero sus cuernos retorcidos me recordaron a las raíces de un árbol.

Con un suspiro, apoyé la espalda contra el pilar frío de una de las columnas que flanqueaba la salida al jardín. Oteé la amalgama de cuerpos, gasas y sedas que se extendían a través del salón en busca de mis amigos. Si bien no podía hablar con ellos, sí que anhelaba la seguridad de poder verlos. Sin embargo, por más que busqué, no fui capaz de localizarlos.

—¿Cansada, Tiniebla? Pero si la fiesta solo acaba de empezar.

Una voz de cascadas estrelladas me acarició la mente y no tuve tiempo de ahogar un grito de asombro. Me giré con un respingo en busca del Guardián de las Sombras. No logré encontrarlo, aunque podía sentir sus ojos mirándome desde algún rincón del jardín. Un canal oscuro y brillante unía nuestras mentes. Una conexión que yo no había abierto. Pero, aun así, dirigí mis palabras hacia el hilo que traía consigo la voz de Callum.

—Sal de mi cabeza.

—Tanta hostilidad. ¿Hoy no tienes niñeras? ¿Necesitas su permiso para venir a jugar? Qué lástima, después de nuestro encuentro albergaba la esperanza de que les hubieras degollado con esas dagas tuyas tan bonitas. Al menos a Cían. Me resulta muy irritante que siempre esté tan feliz.

—¿Qué quieres?

—¿Si te lo digo, me lo darás?

—No tengo tiempo para tus juegos.

—Ah, pero mis juegos son la parte más divertida. Estoy seguro de que podría hacerte cambiar de opinión.

—No estoy interesada en pasar tiempo en tu presencia.

—No me opongo a suplicar. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?

—Algo me dice que eso es lo único para lo que sirves.

—¿A tus pies y suplicando? Siempre, Tiniebla.

Las palabras de Callum se metían directas en mi piel. Un escalofrío de irritación y miedo, sin duda, racionalizó mi cabeza. Solo hacía falta que alguien le comunicara lo mismo al traidor de mi cuerpo y a mi magia. Mi poder y la oscuridad empujaron con fuerza, ávidos de ir en busca del Guardián para volver a encontrarse con sus ondas oscuras y teñidas de galaxias.

—No encontrarás aquí lo que buscas esta noche. Finnian es el único inconsciente capaz de exponer de esta manera a su

campeona. Hazte un favor a ti misma y busca otro lugar en el que entretenerte. Natsunna no es lugar para una Hadaës. Es más, si yo fuera tú, aprovecharía esta noche para irme muy lejos. No sobrevivirás ni una noche en el torneo.

—¿Tan poco confías en tu campeón que tienes que intentar asustar a sus rivales antes de que comience el desafío?

—Sabes tan bien como yo, después de tu pequeña escaramuza con el Puka, que no vas a superar ni la primera prueba. No sé de qué agujero perdido del mundo te ha sacado Finnian, pero mi consejo es que regreses allí de donde has venido ahora que todavía estás a tiempo. Tómalo como mi humilde aportación.

—Lo tomo como una amenaza, que es lo que es. Viste la marca de mi mano, sabes que no puedo huir sin más.

—Todos los tratos se pueden romper. Por cómo te miraban Finnian y sus amiguitos, estoy seguro de que no necesitarán que los convenzas demasiado para que te liberen. Seguro que echará de menos reírse de ti, pero hasta él debe de saber que lo tuyo es una misión suicida.

—Eres despreciable.

Los restos roncos de su risa me acariciaron a modo de despedida. La presencia de Callum se disipó de mi cabeza tan rápido como había aparecido. Con el corazón en la garganta, lo busqué desesperada entre la multitud. La idea de no tenerlo localizado me asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

El sonido de una campana resonó en la abarrotada noche. De inmediato, pero sin prisa, todos los Altos Fae comenzaron a salir a fuera. Casi por inercia, me propuse seguirlos.

El jardín estaba adornado de manera similar al salón. Miles de pétalos decoraban los pasillos artificiales, creando un camino claro para que los invitados fueran avanzando. Bolas de cristal y lágrimas

de vidrio flotaban suspendidas entre los arreglos florales. Todo bañado por la Verdeluna, creando un caleidoscopio de luces y colores.

Seguí a la muchedumbre hasta las entrañas del jardín, donde una plataforma de piedra y mármol se erguía en el centro. Intenté avanzar hasta un punto algo escondido, entre los árboles frutales, desde el que pudiera observar la ceremonia. Contuve el aliento durante casi todo el trayecto. Solo cuando mi espalda sintió la corteza de la maleza, exhalé aliviada.

Había un gran círculo negro pintado sobre el mármol pulido de la plataforma. El círculo estaba contenido en el interior de una estrella de cinco puntas. Alrededor de la estrella, diez figuras se intercalaban en parejas entre sus puntas. Había visto en otras ocasiones a los sacerdotes y sacerdotisas del Templo de la Dama. Pequeños destacamentos de misioneros visitaban regularmente las calles inundadas de Nébula en busca de nuevos adeptos y del poco dinero de sus bolsillos. Predicaban no solo la fuerza y la benevolencia de la Dama de la Noche, sino la existencia de fuerzas superiores, dioses olvidados que tejían la fábrica de nuestro mundo y de nuestros destinos.

Mi experiencia me había enseñado a no fiarme de esas inquietantes figuras siempre vestidas con ropajes grises exageradamente grandes, la cabeza rapada y llena de tatuajes y con las manos pintadas de blanco. Sin embargo, lo más inquietante de los sacerdotes y sacerdotisas eran sus ojos.

Por algún motivo, ingresar en la Orden del Templo de la Dama conllevaba como requisito renunciar a la vista. Y, lejos de contentarse con una venda, la Dama exigía que se extirparan los ojos, de modo que, en su lugar, quedaban dos huecos negros y

vacíos. Al parecer, renunciar a la vista terrenal permitía conectar con el mundo de los espíritus de una manera más directa y pura.

Personalmente, no sabía qué fuerzas existían más allá de la Dama y de sus espíritus. Si hubo dioses en algún momento, hacía mucho que habían abandonado Lyssandria. En todo caso, cualquier divinidad que obligara a la automutilación no era merecedora de mis plegarias.

De pie, sobre cada una de las puntas de la estrella, cinco figuras sin máscara aguardaban pacientes. Sus miradas estaban fijas en la sacerdotisa situada en el centro de la estrella, que sujetaba un orbe de cristal en ambas manos con reverencia.

Un poder antiguo se arremolinaba alrededor de los cinco Altos Fae. Un pulso invisible me hizo ahogar un grito de sorpresa. Mi magia, avivada por la música y la extraña amalgama de energía externa, se impulsó hacia la superficie.

Reconocí a Finnian de inmediato.

El Guardián de las Tormentas esperaba estoico. Su pelo cobrizo brillaba envuelto en la luz verde de la Verdeluna como si se tratara de una hoguera en llamas. Sus ojos se mantuvieron fijos en el centro de la estrella.

A su derecha, una Alta Fae vestida de azul y blanco aguardaba en silencio con las manos entrelazadas tras de sí. Su piel, oscura como la obsidiana, resplandecía hermosa y brillante bajo el manto de la noche. Gruesas trenzas y rastas se arremolinan en un moño en la base del cuello. Sus ojos, azules como el mismísimo océano, observaban distantes el horizonte, como perdidos en un recuerdo. La Alta Fae encajaba a la perfección con las apasionadas descripciones que Orla me había proporcionado de Selene, Guardiana de la Corte de las Olas.

Su belleza, como la de casi todos los Altos Fae, era arrebatadora. Sin embargo, no pude evitar quedarme prendada de sus ojos. Ojos que parecían saber hasta el último secreto del continente y, aun así, se mostraban amables.

No muy lejos de ella, un Alto Fae de hombros anchos y medidas desproporcionadamente grandes, tamborileaba los dedos sobre una tupida barba blanca a juego con los mechones blancos y plateados que le llegaban hasta la cintura. Lo identifiqué de inmediato como Aiden, Guardián de la Corte de las Llamas. Varios pares de aros dorados adornaban sus orejas puntiagudas. Tejidos en la piel olivada de sus brazos descubiertos, varios tatuajes negros y dorados acariciaban sus músculos. Los ojos marrones del milenario Guardián observaron la multitud, aburrido mientras el jardín comenzaba a llenarse por completo. ¿Cuántos ritos de Natsunna habría presenciado el Guardián de las Llamas?

A pocos metros de Aiden, una Alta Fae pequeña y delicada aguardaba en una bruma de gasa verde y negra. Un velo negro transparente cubría su cabeza y caía alrededor de sus elaborados ropajes. Umbra, Guardiana del Bosque, giró la cabeza, enfadada. Sus ojos de color verde oscuro miraron entre parpados rasgados hacia los últimos invitados en llegar al claro. La Guardiana y su corte eran conocidos por su brutalidad. Vivían anclados en costumbres del pasado y estaban regidos por leyes arcaicas. El porte fino de Umbra hizo poco por tranquilizarme. Me recordó a las flores que adornaban la casa de un Alto Fae al que había robado hacía unos años. Las pequeñas florecillas violetas, de tallos finos y hojas frágiles, se extendían por toda su propiedad. Después de horas observando la casa, y tras presenciar varios intentos fallidos de otros ladrones, había comprobado que las pequeñas plantas se tornaban venenosas en cuanto entraban en contacto con la piel.

Umbra se asemejaba a esas flores. Delicada, pequeña, inocente. Nada más lejos de la realidad. Estaba segura de que, bajo ese exterior suave, había una depredadora mortal con el mejor camuflaje posible.

No necesité mirar la última figura para saber de quién se trataba. Ataviado en cuero oscuro y rodeado de una suave sombra que bailaba a su alrededor, Callum esperaba, alto e impasible, el comienzo del rito. Una parte de mí no quería mirarlo. Sin embargo, la oscuridad que me envolvía, junto con mi posición medio escondida, me envalentonaron. El perfil angular del Guardián de las Sombras brillaba a contraluz en la noche.

Dejé que mis ojos repasaran su nariz afilada y su mandíbula fuerte. Pude ver el momento en el que el cuerpo relajado de Callum se tensó. Sus hombros se encogieron y, con un movimiento repentino, giró la cabeza en mi dirección. Como si hubiera sentido mi presencia observándolo.

Estaba segura de estar escondida entre las sombras de la fiesta y los cientos de cuerpos alrededor del pedestal. Aun así, sentí como los ojos negros de Callum se clavaban en los míos, su boca curvándose en un gesto de incredulidad y enfado.

Una mano azabache teñida de estrellas entró con suavidad en mi mente, como para cerciorarse de que yo estaba allí. Jadeé sorprendida ante la intrusión, que apenas duró unos segundos. Callum volvió su atención hacia el centro, abandonando su presencia en mi cabeza. Aun así, podría jurar que las sombras se tiñeron más oscuras a mi alrededor.

—Queridos Guardianes. Hijos de Lyssandria y de la Verdeluna. Hermanos y hermanas. Un año más me complace enormemente poder daros la bienvenida al rito de Natsunna —comenzó la voz grave y profunda de la sacerdotisa en el centro de la estrella.

Ante sus palabras todos los asistentes guardaron silencio.

—Como cada año, nos reunimos para brindar homenaje a Lyssandria y sus espíritus. Es su esencia la que permite que la magia inunde nuestras vidas y bendiga nuestras almas. Por lo que es nuestro deber ayudar a renovarla. Año tras año. En representación de las cinco cortes, cada uno de los Guardianes ofrecerá una brizna del poder que posee, renovando así las fuerzas que rigen y equilibran nuestro mundo —proclamó la voz de la sacerdotisa.

El ambiente en el jardín era solemne, y yo solo podía observar sobrecogida. Orla me había explicado que la celebración tenía lugar una vez al año. Y que las cinco cortes se turnaban como anfitrionas.

¿Cómo era posible que en Nébula no supiéramos nada de aquello? ¿Tan aislado estaba el Archipiélago del resto del mundo? Todo aquello me hacía sentir pequeña y olvidada.

—Guardianes, adelante —proclamó la sacerdotisa.

Como si esas palabras fueran su señal, los sacerdotes y sacerdotisas que rodeaban a los Guardianes comenzaron a cantar, acompañando sus voces con pisotones acompasados contra el suelo. La melodía, en un idioma que no fui capaz de reconocer, era tan abismal como las raíces del Remolino. El aire comenzó a retumbar, y yo podía sentir el latir y el vibrar de la música en la garganta.

La sensación era abrumadora, casi incómoda. Era imposible escapar del ruido. El compás se unió a mi cuerpo, invadiendo mi mente y recorriendo todo mi ser. El corazón comenzó a latirme desbocado, mientras yo luchaba por lograr respirar con tranquilidad. Era como si la música se estuviera fusionando con mi alma.

Miré a mi alrededor, desconcertada. Todos los Altos Fae observaban a sus Guardianes con ojos vidriosos y respiraciones contenidas. Pero ninguno de ellos daba la sensación de estar pasando por lo mismo que yo.

Desde cada una de las puntas de la estrella, los Guardianes extendieron las manos, procurando una brizna de su poder. Cinco pequeñas esferas doradas aparecieron flotando en el aire. Poco a poco, comenzaron a dirigirse hacia la sacerdotisa y el orbe que guardaba con celo entre sus manos.

Conforme las esferas se aproximaban a su destino, los cantos y las vibraciones de los sacerdotes se intensificaron. El ruido creció, volviéndose casi ensordecedor, y con cada minuto que pasaba más sofocante se tornó el ambiente. De repente, todo era demasiado cálido, demasiado fuerte, demasiado alto. Luché por mantener la calma y seguir respirando.

Iba a explotar, y conmigo, mi poder. La esencia de mi magia latía desesperada en mi pecho. Con ella, la oscuridad rugía en mi interior, casi rogándome que la dejara desatarse sobre la fiesta y unirse a esas cinco esferas de poder antiguo y brillante.

Justo cuando pensaba que no podía más, las sombras a mi alrededor se abalanzaron sobre mí, cubriéndome en un manto fresco de silencio.

Respira, Tiniebla, ordenó una voz aterciopelada en algún lugar de mi cabeza.

Las sombras que me rodeaban me abrazaron con más ímpetu. Me invadió una calma repentina que me permitió respirar con algo de normalidad. En mi pequeño cobijo de oscuridad, los ritos de Natsunna me llegaban lejanos. Mi visión del rito se vio truncada.

Aun así, pude sentir, más que ver, el momento en el que las cinco esferas se unieron en el orbe. El suelo vibró con fuerza y una fuerte luz bañó por unos segundos la penumbra verde de la noche. Los asistentes a la fiesta rompieron en vítores y aplausos, abrazándose unos a otros en celebración.

Agobiada, pero algo aliviada, hundí mi cuerpo hacia la oscuridad del jardín. Pasé las manos temblorosas por mis brazos en un intento de calmarme. ¿Por qué había reaccionado así? ¿Se debía acaso a que era Hadaës? Tal vez el rito solo debía ser presenciado por Altos Fae, ya que afectaba de manera distinta a los mestizos y Bajos Fae.

Sacudí la cabeza y descansé el cuerpo contra el enorme árbol que me cobijaba de la celebración. Más allá de las sombras y el árbol, la fiesta se tornó más ligera. Toda la solemnidad del acto se había esfumado y una música jovial que aderezaba los bailes sensuales entre los asistentes la había reemplazado.

Escondida entre las sombras, pude observar que los cinco Guardianes abandonaban la estrella y regresaban a la fiesta. Sus voces me llegaban en suaves ondas, así que manipulé el aire para amplificar su potencia sin ser vista.

—Esperemos que esto sea suficiente para apaciguar a la Dama hasta que termine esta pesadilla —suspiró Selene, la Guardiana de las Olas, conforme abandonaba su posición en la punta de la estrella.

—Que los espíritus te escuchen, Selene. Aunque todos sabemos que esto no termina hasta que la Dama de la Noche se haya divertido lo suficiente. Exprimirá su tiempo al máximo. De eso no me cabe duda. —Aiden, el Guardián de las Llamas, sonaba casi resignado.

—Si de nosotros dependiera el fin de esta pesadilla, llevaríamos ochenta años de vuelta a la normalidad, queridos. Es lo que pasa cuando dejas el destino de Lyssandria en manos de seres inferiores —respondió Umbra, la Guardiana del Bosque, con una sonrisa amplia.

—Se supone que es tu responsabilidad entrenar a tus campeones, Umbra —intervino Finnian, posicionándose entre ambas Altas Fae.

—Yo no tengo la culpa de que no sepan usar sus pocos poderes. Además, tengo cosas más importantes que hacer que ser maestra. Como dirigir mi corte, por ejemplo —dijo la aludida con una mueca llena de dientes, mientras descendía los escalones de la plataforma.

—Y, aun así, por algún motivo, tus campeones son siempre los más agresivos y mortíferos —respondió Callum.

Sus ojos danzaban, divertidos, entre Umbra y Selene.

—Creo que eso dice más de sus generales que de sus dotes como profesora —concedió Aiden con una inclinación de la cabeza.

—En cualquier caso, solo nos queda un mes de esta tortura. Yo, personalmente, no puedo esperar más para que todo vuelva a ser como era antes. He tenido suficiente castigo. Estas no son maneras de estar al mando de Lyssandria. Ese espíritu de pacotilla ha tenido un siglo para divertirse y reírse de nosotros. Tráeme una copa, *hada* —exigió con desdén Umbra a una Baja Fae que formaba parte del personal de servicio del palacio.

La chica inclinó rápidamente la cabeza y salió en busca de la bebida para la Guardiana del Bosque.

—Echo de menos los tiempos en los que el entretenimiento de Natsunna incluía la participación de criaturas menores.

—¿No fueron ese tipo de discursos los que nos metieron en este lío hace cien años, Umbra? —comentó el Guardián de la Corte de las Llamas como si estuvieran hablando del tiempo y no de personas.

—Aiden, querido, incluso tú puedes admitir que Natsunna lleva cien años sin ser lo que era —rio ella, despreocupada.

—He de admitir que las cacerías eran más interesantes y mis investigaciones más fructíferas —murmuró este con una sonrisa cómplice.

—Esperemos que la Dama tenga sus ojos puestos en otra parte de Lyssandria esta noche y no en tus palabras, Umbra —acusó Selene,

mientras se alejaba del altar para dirigirse a la fiesta.

—No le hagas caso. Lleva demasiado tiempo fuera del agua y está de mal humor. Estoy seguro de que podremos encontrar alguna manera de entretenerte, Umbra —ronroneó Callum, sugerente.

Tuve que luchar por contener una arcada de desprecio ante la manera en la que los Guardianes se comunicaban. Eso éramos para ellos. Un mero entretenimiento. Todas mis esperanzas de que alguno de ellos entrara en razón y decidiera trabajar junto con las otras cortes se estrellaron contra el suelo. No les importaba nada. Solo había una cosa en su cabeza: recuperar su poder.

La oscuridad de mi interior rugió rota de dolor y rabia. En ese momento, fui consciente de que, si no salía de allí, acabaría arrasando todo el palacio, consumida por la oscuridad que lloraba tanto como yo ante la frialdad de los Guardianes. Por mucho que lo merecieran, el recuerdo del dolor que traía consigo liberarla le ganó la batalla a mi enfado. Así que hice lo único que podía hacer.

Salí corriendo.

CAPÍTULO XXV

Él nunca había pensado que un milagro se convertiría en pesadilla.

La música de la fiesta escapaba por las cristaleras del palacio. Lo que antes había sido una melodía hipnotizante, ahora se había tornado dañina. Necesitaba aire. Aire y distancia de aquellos seres que parecían ajenos al terremoto que acababa de azotar mi mente.

En menos de dos días, mi vida y la de otros cuatro Bajos Fae cambiaría para siempre. Si es que no terminaba por completo. Y todo por enmendar un error que los Guardianes en su arrogancia habían cometido.

Y, aunque sabía que había gente como Orla y Finnian que llevaban un siglo intentando cambiar lo ocurrido, había otros que solo parecían interesados en recuperar su poder a costa de nuestras vidas. Siempre a costa de nuestras vidas.

Caminé sin rumbo, dejándome llevar por el suave susurro de las sombras que crecían conforme me alejaba del palacio. Casi sin darme cuenta, comencé a desprenderme de las piezas del disfraz que apenas unas horas antes me habían hecho sentir hermosa.

Pelé, como capas de una armadura, la máscara y las joyas que adornaban mi cuerpo. Las descarté sin molestarme en recogerlas. Que fueran un regalo para los espíritus de la corte y del bosque. Que hicieran con ellas algo más que adornar el cuerpo de alguien tan insignificante como yo.

Con un fuerte crujido, la pesada gargantilla que había adornado mi cuello cayó contra el suelo. La cicatriz de mi garganta, por fin libre de su lujosa atadura, pareció vibrar contra el frío aire de la noche.

Dejé que mis piernas encontraran un camino propio. Con la mirada fija en el manto de estrellas que se estrechaba sobre mí, eché a andar. No supe decir cuánto tiempo estuve caminado. Pero, finalmente, algo húmedo y helado rozó la parte inferior de mi vestido. Sorprendida, miré hacia abajo. Sin saberlo, había caminado hasta la parte más exterior del terreno que envolvía el palacio.

Una imponente cascada se precipitaba desde lo alto de la cordillera, creando nubes de espuma y agua en la superficie de una descomunal laguna desde la que partía el comienzo del río Itna hasta las profundidades del bosque.

Había visitado ese lugar en contadas ocasiones en mis carreras con Cían durante nuestros entrenamientos. Sin embargo, nunca me había parado a observar su belleza.

Me quité los zapatos y los dejé en la orilla. Sin molestarme en recoger el bajo de mi vestido, di unos pasos para adentrarme en el agua. Mi piel protestó ante el repentino contraste de temperatura, pero me mantuve firme. Le di la bienvenida al frío y cerré los ojos para disfrutar de la sensación. Abracé las partes de mí misma que se habían perdido desde mi llegada a la corte.

Enterré mis pies en la fina arena de la orilla de la laguna. Dejé que el peso de la tela mojada me anclara a ese momento y me hice una promesa. Cualquiera que fuera mi destino, me enfrentaría a él con la cabeza alta. Iba a sobrevivir al torneo.

Pero no lo haría por devolver el poder a aquellos a quienes no lo merecían, sino para demostrar que Hadaës o Bajos Fae (en realidad

no importaba) éramos capaces de ser compasivos, de ser fuertes y de ser importantes.

Con un suspiro alcé los ojos, a tiempo de entrever como una estrella fugaz surcaba veloz el cielo tintado de verde. Y, aunque nunca había creído en esos deseos, cerré los ojos con fuerza y susurré sin palabras un anhelo que, en realidad, era mío, pero era de muchos. Deseé poder salvar a Orla acabando el torneo. Deseé poder tener un reino en el que los Bajos Fae tuvieran su lugar al lado de los Altos Fae, y no como sus sirvientes. Pero, por encima de todo, deseé ser capaz de tomar las decisiones correctas para conseguir todo aquello.

Con los ojos aún cerrados, noté un movimiento repentino de la laguna. En un instante, el poder de mi pecho comenzó a reverberar, listo para protegerme. Examiné, con el corazón latiendo con fuerza, la oscura superficie del agua. El ruido ensordecedor de la cascada ahogaba mis respiraciones entrecortadas. En su centro, algo estaba emergiendo de entre las profundidades. Algo grande y poderoso.

Lo inteligente habría sido, sin duda, salir del agua. Alejarme a grandes zancadas de lo que fuera que se aproximaba. Sin embargo, mis pies desoyeron a la parte racional de mi cabeza. No, algo me hizo quedarme. Un tirón que parecía fusionarme contra el flujo oscilante de la laguna, instándome a adentrarme más y descubrir lo que escondía.

Lentamente, una criatura comenzó a salir del agua. La cabeza de lo que parecía un caballo descomunal apareció entre las ondas negras. Aquel ser era hermoso y terrible, una combinación magnífica de encantamiento y pesadilla. La crin negra flotaba salvajemente alrededor de su cuerpo del mismo color azabache. Ambas parecían resplandecer con un brillo casi esmeralda contra la luz de la noche.

La oscuridad de la criatura era descomunal, solo interrumpida por sus dos ojos completamente blancos.

Unos ojos que me observaban fijamente y que parecían adentrarse hasta los confines más profundos de mi alma.

Observé, incapaz de decir palabra, incapaz de moverme del sitio. Sabía muy bien qué era la criatura que me observaba al tiempo que avanzaba en mi dirección.

Nunca había estado en presencia de un Kelpie. Pocos podían decir que habían sobrevivido a su encuentro con los letales caballos acuáticos. Eran conocidos por su inteligencia extrema y su magia sin límites. Increíblemente fuertes y letales, vivían en las aguas más recónditas. No había mucho que pudiera hacer contra un ser tan antiguo como la propia Lyssandria. Aceptar mi destino y esperar que mi final fuera rápido parecía la decisión más coherente.

Flotando en el agua, el Kelpie continuó su avance hacia mí. Sus respiraciones profundas emitían un vapor caliente en contraste con el aire fresco de la laguna. Con cada paso, emergía más y más. Hasta que, al final, todo él se encontraba fuera. Su imponente fisionomía resplandecía, mojada y brillante, bajo las estrellas. Una amalgama de poderosas patas y músculo que avanzaba con la gracia de una libélula en mi dirección.

Mantuve la mirada fija en esos ojos blancos hasta que el Kelpie se paró a escasos centímetros de donde me encontraba. Desde tan cerca, podía sentir el enorme cuerpo de la bestia con cada una de sus respiraciones. Sus pulmones resonaban con fuerza contra el silencio que nos envolvía.

Sin saber muy bien por qué, incliné la cabeza hacia él en una muestra de respeto. Una señal de que era consciente de su presencia y de su poder. Para mi sorpresa, el Kelpie imitó mi gesto, inclinando ligeramente su enorme cabeza. El movimiento hizo que su

nariz rozara mi pecho. Sentí su cuerpo sorprendentemente cálido frente al mío. Atónita, observé como repetía el movimiento, esta vez poniendo más presión sobre mi cuerpo, como instándome a que lo tocara.

El gesto parecía más propio de un perro o de un gato exigiendo afecto que de una de las criaturas más poderosas de Lyssandria. Pero, ante su insistencia, extendí las manos con cuidado y le acaricié la cara. Aunque todavía mojada, la piel del Kelpie era suave y salpicada del verde de las algas de la laguna. Inclinó su cabeza, descansándola complacido en mis manos. Si no supiera que era imposible, hubiera jurado que ronroneaba bajo mis caricias.

Exhalé una risa de asombro y me permití explorar con más determinación su suavidad. Debajo de la gruesa capa de pelo, podía notar músculos fuertes. Conforme bajaba mis caricias por el lado derecho de su cuello, una línea rugosa entró en contacto con mis dedos.

Los restos de una cicatriz.

—Hola. Me llamo Elara —dije en un susurro.

El Kelpie levantó ligeramente la cabeza, sin romper nuestro contacto. Y, aunque no podía explicar por qué, supe que me había entendido. Sus ojos blancos me observaron con curiosidad, hasta que, finalmente, irguió la cabeza fuera de mis manos y extendió su nariz en mi dirección.

Me mantuve muy quieta. El miedo que hacía unos minutos había invadido mi cuerpo parecía haber desaparecido. Y, por algún extraño motivo, supe que la bestia no me haría daño. Sentí como olfateaba mi pelo, bajando su hocico ligeramente hasta posarse en la base de mi cuello donde mi propia cicatriz serpenteaba. Pareció inspeccionar la herida, tan similar a la suya propia. En su inspección, sus soplidos

cosquillearon mi cuello. Una risa encantada escapó de entre mis labios.

—Sí, parece que ambos llevamos nuestro pasado tallado en el cuerpo —dije con una carcajada susurrada sin poder evitar que otras tantas escaparan de mi boca—. ¿Tú cómo te hiciste la tuya? Yo de la mía no me acuerdo.

El Kelpie se apartó ligeramente de mí, para observarme con algo más de distancia. En sus ojos blancos vi reflejados mis propios miedos, pero también la determinación y el afán de supervivencia que constituían cada fibra de mi ser. Desvió la mirada un segundo, como oteando el horizonte que aguardaba a mi espalda. Inclinó la cabeza de nuevo en mi dirección y, poco a poco, retornó a las profundidades de la laguna.

Sentí su ausencia de inmediato. Aunque no podía verlo, supe que nadaba veloz a lo largo del cauce del río. Lejos de la corte y lejos de mí. Aun así, no pude evitar sentir que algo invisible se había forjado entre nosotros.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó una voz ronca a mis espaldas.

Debería haberme sobresaltado, pero, aunque no podía explicarlo, su presencia no me pilló por sorpresa. Me giré para salir del agua. A escasos metros de la orilla, Callum me observaba con los ojos abiertos en un gesto de sorpresa.

Esos ojos negros que habían plagado mis noches desde nuestro primer encuentro estaban totalmente fijos en mí. Sin rastro del aire calculador y determinado que siempre los acompañaba y llenos de algo que no supe definir. Algo que parecía incredulidad y que, durante unos segundos extraños, casi pude jurar que era adoración. Por muy imposible que eso fuera.

—No he hecho nada.

El frío del agua congelada hizo que me temblara la voz, o al menos eso fue lo que me dije a mí misma. Tal vez si me lo repetía lo suficiente acabaría creyéndolo.

—Que un Kelpie incline su cabeza es una señal de respeto que solo habita en las leyendas de la Corte de las Olas. Tengo casi doscientos años y es la primera vez que veo algo así —murmuró, observándome atentamente mientras avanzaba con pasos lentos hacia mí.

De repente, me sentí tremendamente abrumada. Todavía podía sentir el peso de la cabeza del Kelpie entre mis manos y la intensidad con la que su mirada me había observado. Eso, combinado con la embriagadora presencia del Guardián de las Sombras, me desconcertó por completo.

—No sé qué quieres que te diga —murmuré más para mí que para él.

Desvié la mirada, incapaz de sostenerla un segundo más, y avancé, torpemente, hacia la orilla. Mi vestido dejaba ondas desordenadas a mi alrededor y se me pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—¿Por qué llevabas la cicatriz cubierta en la fiesta? —preguntó en un susurro.

El Guardián extendió una mano en mi dirección para ayudarme a salir del agua. Observé su oferta con recelo. Su palma brillaba, pálida, en la luz verde del cielo nocturno. No quedaba rastro de las gotas de energía y bruma negra que la había envuelto en el Remolino.

Al final, acepté su ofrecimiento.

Una descarga recorrió mis dedos ante el contacto. Un suspiro de sorpresa escapó de mis labios antes de que pudiera controlarlo. Los

ojos de Callum se fijaron, sorprendidos, en nuestras manos unidas. Como si también él fuera incapaz de explicar la sensación.

—¿Y a ti qué te importa? —dije, separando nuestras manos una vez que estuve fuera del agua.

Luché por poner algo de distancia entre nosotros. El Guardián imitó mi movimiento, dando varios pasos hacia atrás hasta volver a separarnos.

—¿Ha sido idea de Finnian, no es así? —acusó, observando su mano durante unos segundos antes de posarla, casualmente, en uno de sus bolsillos.

Me encogí ante su mención. Me abstuve de explicarle que mi Guardián solo pretendía protegerme. Ignoré la parte de mi cerebro que me recordó que Finnian se había referido a mi cicatriz como una imperfección, algo poco favorecedor. Al fin y al cabo, era solo una forma de hablar y tenía razón.

—No es que sea asunto tuyo, pero soy su invitada en esta casa y su súbdita. Si el Guardián de mi Corte pide algo, debo hacerlo —murmuré con dureza.

Estaba tremendamente cansada. Poco a poco, mis fuerzas se estaban disipando y lidiar con Callum era lo último que necesitaba después de esa noche.

Tú no te debes a Finnian. Y especialmente no te debes a nadie que haga que te avergüences de la prueba que demuestra que eres una superviviente.

La voz de Callum resonó en mi cabeza con un rugido feroz que me hizo sentir hasta en los huesos el alcance de su magia.

—Sal de mi cabeza —dije, enfatizando cada palabra con una amplia zancada y una daga dirigida hacia su garganta. Paré a escasos centímetros del Guardián. Mi daga brillaba contra su piel bajo la Verdeluna.

—Mantén tus escudos cerrados y no podré acceder a ella —rugió con los inicios de una furia incontenible nublando su rostro perfecto mientras presionaba sin miedo su piel contra el filo de mi arma.

—Lo dices como si fuera fácil —bufé, exasperada.

—¿Acaso no estás practicando tus escudos con Cían o con Finnian? —preguntó, incrédulo.

Bajo la Verdeluna, el Guardián apretó la mandíbula en un esfuerzo de contención.

—Mi entrenamiento no es de tu incumbencia.

—Traducción: no.

—De nuevo, no es que te concierna, pero Finnian y Cían consideran que no es necesario. No hay tiempo para centrarnos en eso, si quiero tener a punto mis otras habilidades.

No era algo con lo que yo estuviera de acuerdo, pero Finnian había desestimado mi petición en varias ocasiones.

—Los muy imbéciles. Qué desperdicio —escupió Callum con desdén, sacudiendo la cabeza y frunciendo los labios, cabreado.

—Vigila tus palabras. Es de mi corte de la que estás hablando —dije antes de sopesar la dimensión de lo que estaba diciendo y aplicando más presión sobre la daga.

De entre todas mis ideas arriesgadas, amenazar al Guardián más temido y poderoso de todos los tiempos era, probablemente, la peor. Lejos de amedrentarme, ese pensamiento solo me hizo apretar más fuerte.

Vaya, vaya, Tiniebla. Me alegra ver que las comodidades de la corte no han apagado el fuego de la campeona que encontré en el bosque. Aunque tu lealtad hacia ellos sea de poca ayuda en el torneo.

—Deja de hacer eso —exigí entre dientes ante su segunda intrusión.

Su presencia no era dolorosa, pero me hacía sentir todavía menos en control de lo que ya me sentía.

Dejaré de hacerlo cuando consigas levantar un escudo.

—Te odio —susurré cerrando los ojos y concentrando todos mis esfuerzos en sacarlo de mi interior.

Callum se rio con ganas y ni siquiera pestañeó cuando un hilo fino de sangre comenzó a brotar de su piel. Era apenas un corte superficial, pero cualquier otro Alto Fae me habría matado por menos. Mi poder danzó en mi pecho como un pajarillo. No había sensación de alarma, sino más bien de reto aceptado.

Me trae sin cuidado. Y, ahora, concéntrate. Localiza el centro de tu poder. No luches por controlarlo. Abraza la fuerza que te confiere y confía en él. Invítalo a formar parte de tu corriente de pensamientos. Usa su fuerza para levantar tu escudo.

La intrusión de Callum pasó de ser molesta a ser dolorosa. Un fuerte dolor de cabeza comenzó a formarse detrás de mis ojos haciendo que fuera imposible mantenerlos abiertos. Lejos de quedarse en la antesala de mi consciencia, como la vez del Remolino, Callum empujó hacia dentro.

Jadeé sorprendida y mis rodillas temblaron ligeramente. Él revoloteó por los bordes de mi mente, aunque no se detuvo demasiado tiempo en ningún recuerdo o información. La conversación con Finnian en su despacho después del ataque de Orla flotó hacia la superficie. Presa del pánico, luché con todo mi ahínco para mantenerlo lejos.

Recordando las palabras de Callum, decidí ignorar mi dolor y centré mis esfuerzos en mi magia. No traté de contenerla, me limité a abrazarla y permití que sus ondas me guiasen.

Poco a poco, juntas, fuimos formando una pared de roca negra y brillante en la antesala de mi mente. Con cada piedra, su presencia

comenzó a disminuir haciendo que la claridad volviera a mi cabeza. Tras lo que pareció una vida entera, logré erguir la pared por completo. Expulsé a Callum de un plumazo, dejando escapar un gemido de alivio, una vez que estuve segura de que no podría volver a entrar.

Abrí los ojos ligeramente desorientada con una capa de sudor cubriendo mi frente. Me tomó un par de segundos recobrar el aliento.

—No está mal. Si repites este ejercicio, pronto se convertirá en algo natural. Nadie podrá penetrar tus defensas y estarás protegida —explicó satisfecho.

—¿Por qué te importa que pueda protegerme? ¿Por qué me ayudas? —pregunté, mientras mi arma seguía apoyada contra su piel.

Callum me observó con esa expresión de sorpresa que hacía que su semblante se tornara casi juvenil. Sacudió la cabeza, como si intentara ahuyentar su reacción ante mi pregunta. Cuando se separó del filo que yo empuñaba, la leve herida ya estaba casi cerrada por completo.

—¿Quién ha dicho que te esté ayudando? A estas alturas deberías saber que ningún Alto Fae hace nada de manera desinteresada. La cicatriz de tu mano es prueba suficiente —respondió mordaz y con un deje juguetón en su voz—. Confío plenamente en mi campeón, pero estoy cansado de ser testigo de cómo el resto de las cortes descuida la instrucción de los suyos. Estoy harto de ver como envían a luchadores poco preparados y con poderes inferiores a una muerte segura, luchadores que poco pueden hacer por romper la maldición. Esta habilidad podría salvarte en el torneo. Y eso, al fin y al cabo, aumenta las posibilidades de romper la maldición.

—Así que esto lo haces solo para recuperar todos tus poderes.

—Todo lo que hago, lo hago para proteger a mi familia, mi corte y a sus miembros. —Su voz era demasiado suave, como si sus palabras llevaran tejida una promesa que hizo que se me erizara el vello.

—Si tú lo dices.

—Ha sido una imprudencia que fueras a la fiesta —afirmó en tono acusador.

El cambio de tema casi hizo que perdiera el equilibrio. Mi boca se entreabrió. A medio camino entre la confusión y la estupefacción. Pero ¿quién era él para decirme qué era lo que podía o no podía hacer?

—Nadie sabía quién era. Y, además, no compito contra las otras cortes. Compito solo contra el torneo. —No me molesté en explicarle que el collar y la máscara habían sido diseñados para asegurar mi protección. Tenía la sospecha de que, si se lo decía, me regañaría por no llevarlos puestos.

—¿Es eso lo que esos dos te han dicho? —preguntó, indignado—. Créeme, Tiniebla, puede que todos queramos que la maldición termine. Pero todas y cada una de las cortes tiene sus propios objetivos. Lo que has visto en Natsunna es nuestra faceta más civilizada. El torneo nos convierte en animales. Fuera y dentro de las pruebas. No puedes confiar en la bondad del resto de los campeones. No puedes fiarte de nadie.

—¿Ni siquiera de ti?

En realidad, era consciente de que Callum era la única persona de la que nunca podría fiarme. Al fin y al cabo, Asesino de Fae o el Oscuro eran los títulos que le precedían.

—Muchos dirían que especialmente de mí —susurró, mirándome intensamente, como si fuera capaz de leer las palabras que yo no había dicho en voz alta—. Pero puedes confiar en Levi.

Su rostro se encogió en una mueca repentina de furia y algo más que me resultó imposible de entender. ¿Dolor, quizá? Pero tan rápido como había aparecido, desapareció.

Callum recobró la compostura. Una máscara de superioridad y total indiferencia se reflejó en su cara. Cuadró los hombros y comenzó a caminar hacia atrás. Sus ojos fijos en los míos me hicieron contener el aliento. Me obligué a bajar la mano que todavía empuñaba mi daga.

—Nos veremos en el torneo. Buena suerte. Me muero de ganas de ver lo que tu lengua punzante y tus dagas hacen en las tres pruebas —dijo mientras comenzaba a girarse de camino al palacio.

—Esperemos que tanto mi lengua como mis dagas no decidan utilizar tu cuerpo como diana.

Con menos esfuerzo del esperado, utilicé el consejo que Callum me había dado para protegerme y proyecté mis pensamientos hacia su escudo. El Guardián de las Sombras paró en seco su avance, y se volvió para mirarme con los ojos entornados.

—Espero que sea una promesa. Me encantaría saber qué cosas puede hacer esa lengua tuya.

—Imbécil arrogante.

—Prefiero soñador.

La risa profunda de Callum acarició mi mente y, sin mediar palabra, el Guardián se desvaneció en una nube de ocasos y sombras.

CAPÍTULO XXVI

Sería el peor monstruo del continente. Mentiría y se arrastraría. Todo, cualquier cosa, con tal de proteger lo que era suyo.

Dejé que mis ojos volvieran la vista atrás una última vez. La danza ondulante de las torres del palacio de Adhair me devolvió la mirada. La cordillera en la que habitaba el palacio crujió. Un quejido eterno y lastimero al ritmo de los vientos del norte.

Desde donde me encontraba, las hiedras que cubrían la montaña se antojaban como lágrimas de color aguamarina y verde sal. La Corte de las Tormentas se estremeció. ¿Llorando ante mi ausencia o aliviada por mi despedida?

Tragué el nudo en la garganta, incapaz de responder a esa pregunta.

El sol había comenzado su descenso. A lo lejos, el tenue brillo esmeralda de la Verdeluna comenzó a coronar el horizonte. A mi alrededor, fui vagamente consciente de los movimientos inquietos del destacamento que nos acompañaría hasta el torneo.

Voces apresuradas y el traqueteo constante de bártulos y armamento resonaron entre el silencio de la entrada del Remolino. Finnian me había explicado que solo el personal imprescindible nos acompañaría al bosque de la Dama. Y, aunque nuestro grupo lo componían apenas quince personas, lo cierto era que su intrusión al inicio del ocaso se sentía como la de un centenar.

A pesar de todo, mi atención seguía fija en el castillo en la montaña. Intenté forzar todas y cada una de sus curvas en mi memoria. Una parte de mí temía que fuera la última vez que mis ojos contemplaran esa vista.

Hiciera lo que hiciera no lograba olvidar la pesada carga que, desde hacía una semana, anidaba a mis espaldas. No solo era mi vida lo que estaba en juego, sino la vida de todos los habitantes de Lyssandria.

Una mano amable me acarició el brazo con suavidad. Sobresaltada, me giré para chocar de lleno con la sonrisa cauta de Orla.

—¿Preparada, Elara? —me preguntó, elevando ligeramente la voz ante el barullo que nos rodeaba.

Asentí, incapaz de articular palabra. El peso familiar de mis dagas y el toque amistoso de Orla eran los dos únicos lazos que me ataban a la realidad. El resto eran simples espectros flotando a mi alrededor. Dispuestos a acompañarme hasta las puertas de la muerte, pero incapaces de intervenir.

—Está todo listo para el Salto —anunció Cían a mi espalda.

A su lado, Finnian me observaba con ojos entornados. Una nube tormentosa y oscura cubría su mirada ocre cristalina. Me fue imposible leer su expresión.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—Debería decirte que bien, ¿no? —respondí con una risa nerviosa.

—Deberías decirme la verdad, Elara. Es normal estar nerviosa. Asustada incluso. Yo al menos lo estoy —ofreció con gesto sincero.

Aprecié su intención, pero en el fondo había poco que hacer con los nervios. La espera y la anticipación eran lo peor. Estaba segura de que una vez dentro de las pruebas conseguiría dejar todo ese ruido atrás.

—Estaré bien. Solo necesito que empiece. La espera es lo que me está matando.

Finnian asintió en silencio, dejando que pasaran unos largos segundos hasta volver a hablar.

—Una vez que lleguemos al bosque de la Dama no podremos tener apenas contacto. No está permitido que los campeones interactúen con los miembros de su corte fuera de las pruebas. Y no se nos permite intervenir de ninguna manera para ayudarte. Saltarnos las normas no es una opción —explicó.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Orla y Cían me habían explicado algo parecido la noche anterior cuando, incapaces de dormir, los tres habíamos acabado coincidiendo en uno de los patios interiores cerca de la bóveda.

—Antes de que dé comienzo el torneo, deberás dirigirte a la entrada del bosque con el resto de los campeones. La Dama estará esperando. Como es costumbre, inspeccionará en persona a los campeones para asegurarse de que son aptos y de que cumplen los requisitos para participar.

Una parte de mí estaba inquieta por ese trámite. No tanto por ver a la Dama de la Noche, esa era una realidad potencialmente terrorífica y en la que no me permití pensar demasiado. Pero sí que aguardaba con ansiedad el poder ver al resto de los campeones.

—¿Qué pasa si la Dama determina que no soy apta? —pregunté, dando voz a uno de los muchos miedos que rondaban mis pensamientos.

—Eso no ocurrirá, Elara —respondió Finnian casi de inmediato—. Una vez que la Dama haya aprobado a los cinco campeones os llevarán de vuelta hasta el Ala de Campeones de su castillo. Permaneceréis allí entre las pruebas. Tendrás tu propia habitación y espacio para continuar tus entrenamientos. Una vez en el Ala de

Campeones no podremos hablar contigo hasta la siguiente prueba. No confíes en nadie y protege siempre tus espaldas. Los campeones no pueden matarse fuera de las pruebas, pero aun así no bajes la guardia.

Ahogué el impulso de aclarar que, dentro de las pruebas, los campeones sí que tenían carta blanca para matarse entre ellos. Y que, antes de matar, había otras mil maneras de hacer daño a alguien.

Cían me había asegurado que, en su mayoría, los ataques entre campeones eran poco frecuentes. Aunque la realidad era que ese dato no me había hecho sentir mejor.

—Solo tengo que sobrevivir durante un mes a tres pruebas mortales y cuatro compañeros asesinos. Después de la tercera prueba todos volveremos a casa, sanos y salvos, con la maldición rota. Pan comido. —Debía de haberme poseído el espíritu de Cían si de verdad esas palabras habían salido de mi boca.

—Ese es el plan. Una vez que rompas la maldición, serás libre de hacer lo que quieras. Pero mi oferta sigue en pie, Elara. Mi deseo de que la aceptes también. Si superas el torneo, siempre tendrás una casa en la Corte de las Tormentas. Con nosotros... —ofreció Finnian, tropezando ligeramente hacia el final de la frase.

Desvié la mirada. Incómoda.

Durante las últimas horas no me había permitido pensar más allá del torneo. La perspectiva de volver a Adhair como alguien libre la sentía remota e imposible. Había verdad en la intención de Finnian, podía sentirlo. Sin embargo, mi instinto no podía evitar sospechar que, con torneo o sin él, yo jamás sería una prioridad para el Guardián.

A escasos metros, Orla y Cían aguardaban pacientes. Mi corazón se encogió al verlos. Dos amigos que, contra todo pronóstico, habían

pasado a formar parte de mi vida.

—Estoy lista —dije, sin necesidad de mirar a Finnian.

Sabía que me estaba observando. Esperando algún tipo de respuesta.

Cían comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro. Uno a uno, en pequeños grupos, nuestro destacamento comenzó a desaparecer envuelto en lluvia y marea. Un último *pop* resonó en el bosque, dejándonos a los cuatro solos una vez más.

Orla anduvo con paso firme hasta situarse a mi lado, seguida de cerca por Cían. Entrelazamos nuestras manos, con la mirada fija en los milenarios árboles del Remolino.

—Vamos a patearle el culo a esa maldición —rugió Cían.

—No lo habría dicho mejor —coreó Orla, cogiéndome con más fuerza.

Los dedos grandes y callosos de Finnian me cogieron la mano. Yo me esforcé por no perder de vista el bosque en un intento de alargar aquella despedida unos segundos más. Sentí como mi estómago daba un vuelco que ya había aprendido a asociar a los Saltos Irisados.

Antes de desaparecer entre los vientos de Finnian, me pareció apreciar decenas de ojos observándome entre las hojas de los sauces del Remolino. Los espíritus *balar* habían acudido a despedirme. Al disolverme entre los rayos del huracán, solo escuché sus susurros y los ecos de tormenta.

SEGUNDA PARTE

El torneo en el bosque

CAPÍTULO XXVII

Ella le hacía reír. Nadie le había hecho reír en mucho tiempo.

Antes de que mis pies tocaran el suelo un golpe de savia y almizcle asaltó mis sentidos. Manos suaves, pero firmes, me estabilizaron con cuidado mientras los sonidos y los olores del bosque de la Dama invadían mi cuerpo.

A mi lado, Orla cubrió mis hombros con un brazo protector ante la vorágine de ruidos y personas que bullía a nuestro alrededor. Giré la cabeza para observar el escenario que aguardaba ante mis ojos, permitiéndome apoyar parte de mi peso sobre mi amiga.

Una noche perpetua de Verdeluna y niebla cubría el cielo de la particular región de la Dama de la Noche. El Salto Irisado nos había llevado a las puertas de un gran palacio. La estructura era etérea, compuesta por decenas de torres demasiado finas y delicadas para mantenerse en pie. Y, aun así, el edificio se erguía imponente con sus paredes de jade y cristal.

Cerré los ojos durante unos segundos, intentando calmar mis nervios. Las leyendas no hacían justicia al reino de noche eterna y bosques encantados que servía de punto común para las cinco cortes. Un arbolado de musgo brillante y altas secuoyas blancas se balanceaba a nuestro alrededor.

Con los ojos cerrados, busqué, a ciegas, el pulso de mi poder. Este me recibió constante y seguro, vibrando con una intensidad

descomunal. A su lado, la oscuridad palpitó con brío para asegurarse de que no me olvidaba de ella.

Orla y Cían me habían advertido la noche anterior. La magia se comportaba de manera diferente en los dominios de la Dama de la Noche. El peso de los espíritus era tan palpable que casi se podía masticar en el ambiente. Acostumbrada a la quietud del Archipiélago, el contraste con la Corte de las Tormentas había sido abrumador. Aun así, no era nada comparado con la presencia aplastante que tenían aquí los espíritus.

Un zumbido desordenado tiró de mí hacia atrás, instándome a fijar la atención en el imponente manto de color gris perla y cristal que conformaba la indomable vegetación que rodeaba el castillo.

A regañadientes, abrí los ojos y giré sobre mí misma.

Una pequeña marabunta de soldados y aristócratas se apresuraba a los pies del palacio. Un murmullo constante de pasos y órdenes ladradas entre siseos se filtraba bajo el manto verde de la noche. Los soldados de Finnian trabajaban afanosos, estableciendo perímetros y escoltando a diferentes miembros de su corte.

—Creía que habíais dicho que solo el personal imprescindible viajaría con nosotros.

Me era imposible apartar la mirada de las decenas de ojos que me observaban sin miramientos y con una mal disimulada curiosidad. El brazo de Orla se tensó sobre mis hombros. La princesa me giró con cuidado hasta que su cara, ligeramente sonrosada por el frío, era lo único que ocupaba la mayor parte de mi campo visual.

—Al ser el último torneo parece que la curiosidad y el morbo han podido con muchos de los aristócratas que normalmente prefieren la comodidad de sus castillos. Ignóralos, no son más que una panda de cotillas y sádicos —contestó Orla con tono desaprobador.

—Eso es lo de menos —murmuró Finnian sin prestar demasiada atención a los curiosos—. Tenemos poco tiempo, Elara. De un momento a otro vendrán a buscarte para llevarte con el resto de los campeones, y entonces ya no podremos hablar hasta la primera prueba.

Las palabras del Guardián impactaron con más fuerza de la esperada. Creía que estaba preparada para ese momento. En Nébula me había enfrentado a innumerables situaciones peligrosas, sin importar las consecuencias. Pese a ello, el riesgo que parecía implicar el torneo no era similar a nada que yo conociera.

—No confíes en nadie, Elara. Puede que las normas prohíban que un campeón mate a otro fuera de las pruebas, pero eso no excluye otro tipo de ataques. No intentes ayudar a otros en las pruebas, confía solo en ti misma y olvídate de los demás. Si tienen una oportunidad de quitarte de en medio, créeme que lo harán. Si creen que tienen una posibilidad clara de deshacerse de un oponente, no dudarán en hacerlo —explicó Finnian con tono severo.

Asentí, distraída y con el corazón en la garganta. Todavía me costaba creer que los campeones se mataran entre ellos en lugar de trabajar juntos por acabar con la maldición y la pesadilla del torneo. Me obligué a recordar que me había enfrentado a situaciones peores, aquí al menos tenía la ventaja de saber qué me esperaba.

—Raciona tu poder. No suelen avisar de cuándo o cómo comienza una prueba. Aunque sepas el día, puede ser en cualquier momento. Tienes que estar preparada para todo —continuó Finnian.

Sentí el ocre y dorado de los ojos del Guardián clavados en todos y cada uno de mis movimientos. Respiré hondo, intentando aliviar la presión que se había instalado en mi pecho.

—En unas horas tendrá lugar la presentación ante la Dama. Sigue todas las instrucciones de los espíritus y las sacerdotisas y, pase lo

que pase, no le mientas. —La voz de Finnian me recorrió el cuerpo como un escalofrío.

Tuve que forzarme a asentir, incapaz de decir nada.

—La noche perpetua del bosque de la Dama hace difícil controlar el paso del tiempo —explicó Orla—. El sol no aparece nunca, pero las constelaciones vienen y van. Cuando no sean visibles significa que es de día.

Seguí con la mirada el dedo de la princesa que señalaba hacia el empañado firmamento. A pesar de la niebla, la noche era clara. El brillo lejano de la Verdeluna cubría el horizonte, pero no había rastro alguno del satélite ni de sus inseparables compañeras, las constelaciones.

—Durante el día los árboles proyectan sombra, aunque muy débil. Obsérvala y así podrás hacerte una idea del paso de las horas. La noche es la misma que en el resto del continente —finalizó.

Conforme Orla hablaba, fijé mi atención en el bosque. Los árboles proyectaban en el suelo unas sombras ligeras y claras. Se perdían entre la niebla y la oscuridad, lo que las hacía casi imposibles de ver, si no sabías lo que estabas buscando.

Campeona de las Tormentas es hora de emprender tu camino. Despídete de tus acompañantes, dijo una voz metálica y susurrante directamente dentro de mi cabeza. La sensación, sin embargo, era distinta a la que experimentaba con la voz de Callum dentro de mi mente.

Me pregunté, durante un segundo, si solo yo la había oído. Sin embargo, los ojos llenos de lágrimas sin derramar de Orla y la mueca de resignación de Cían me confirmaron lo contrario.

Giré la cabeza sobre el hombro para mirar hacia atrás. Allí, esperando paciente en un halo de nube magenta y morada, aguardaba un ser semitransparente. No muy diferente al *whisp* que

había atrapado en el Remolino. Flotaba suspendido en el aire como una pequeña bola de luz incandescente. Sus ojos blancos estaban fijos en mí. No fui capaz de vislumbrar boca alguna, sin embargo, el ser volvió a hablar.

Tienes un minuto, Campeona de las Tormentas.

A su lado, una sacerdotisa ataviada con los ropajes tradicionales inclinó la cabeza a modo de afirmación.

Unos brazos fuertes me envolvieron en un abrazo aplastante y efímero. Cían me estrujó durante un segundo, y palmeó mi espalda antes de separarse.

—Recuerda lo que has aprendido, Elara. Intenta anticiparte a los movimientos de tu adversario. Recuerda que nada es lo que parece. Piensa siempre cómo adelantarte a los ataques y utiliza tus propias debilidades en tu beneficio. Sé que puedes hacerlo. Si eres capaz de patearme el culo a mí, se lo puedes patear a cualquiera.

Una risa ronca escapó de mi boca. Cían era capaz de sonsacarme una sonrisa hasta en un momento como aquel.

—Le pondré tu cara a todos mis oponentes entonces.

—Esa será, sin duda, tu prueba más difícil. Mi belleza es difícil de emular.

Finnian aguardaba a su lado con el brazo extendido, el mismo con el que un par de meses atrás habíamos firmado el trato que parecía habernos condenado a ambos. Extendí mi brazo en respuesta. Él cruzó el espacio que nos separaba, cogiendo mi antebrazo con fuerza e inclinándose sobre mí para que solo yo pudiera oír sus palabras. Nuestras frentes apoyadas una en la otra.

—Confío plenamente en ti, Elara. Ahora lo veo con claridad, fueron los espíritus los que entrelazaron nuestros caminos. Sé que serás capaz de acabar con la maldición. Solo tú puedes ayudarme a salvar a Orla. Saldremos triunfantes de esto y podremos volver a casa.

Todos juntos —murmuró Finnian con el aliento entrecortado, pero con una firmeza que me sobrecogió.

Se separó de mí despacio, alargando hasta el último momento nuestro contacto. El peso de su brazo sosteniendo el mío me ayudó a centrarme. En cuanto me liberó, un terremoto de gasas y pelo cobrizo se abalanzó sobre mí. Orla me abrazó con determinación sincera. Como si dejarme ir fuera decir un adiós para siempre y no un hasta luego.

Le devolví el abrazo con una repentina fragilidad. Enterré mi cara en su hombro e inspiré la calma de su presencia para controlar el mar de lágrimas que amenazaba con desbordarse si no me recomponía.

—Sobrevive, Elara. Lo demás no importa. Lo único que importa es que salgas con vida de esta pesadilla. No importa lo que te haya dicho Finnian. No importa tu trato. No importa nada, ¿me oyes? Solo sobrevive. No nos debes nada. —Orla habló rápido y tan bajito que, incluso fundidas en un abrazo, me costó distinguir lo que decía.

Aturdida, e incapaz de decir nada más, me separé de ella con un último apretón. La princesa se despegó a regañadientes. Las lágrimas recorrían su bonito rostro, pero su mirada era indomable: un reflejo de lo que yo sentía por dentro.

Asentí una última vez mirando a las tres personas que, contra todo pronóstico, me habían comenzado a importar. El corazón me pedía ir más despacio, pero mi cerebro tomó las riendas y me giré rápido para seguir al ser que esperaba paciente a mi espalda acompañado por la inquietante sacerdotisa. Cada paso me llevaba más cerca del palacio y más lejos de la seguridad de los integrantes de la Corte de las Tormentas. Al igual que tantas semanas atrás, en los resquicios de la tienda de Artio, me obligué a seguir caminando.

Una vez dentro del castillo, el ruido del exterior desapareció de inmediato. Seguí en silencio al pequeño ser en la penumbra del palacio, pero la sacerdotisa se quedó atrás. El eco de mis pasos junto con el roce de mi bolsa de cuero contra mi espalda eran los únicos ruidos que advertían nuestro progreso.

Intenté, sin éxito, hacer una composición mental de los giros y pasillos que tomábamos. Todo era igual, lo que resultaba muy desconcertante. Los corredores conformaban una sucesión infinita decorada con perlas y cristal. Los adornos resplandecían, imperturbables, bajo el brillo angosto de la noche sin fin. La combinación era cegadora y hermosa a partes iguales.

—¿Qué eres? —pregunté incapaz de aguantar el silencio durante un segundo más—. Nunca había visto a un ser como tú. ¿Eres un *whisp*?

El sonido de mi voz rebotó contra los pilares del castillo. Sin embargo, me ayudó a volver un poco a la realidad y abandonar esa sensación de pesadilla y sueño interrumpido que se respiraba en el palacio.

—Hace mucho tiempo que nadie me hace una pregunta similar —respondió el ser sin girarse. Su voz acarició mis oídos.

—No pretendía ser indiscreta —respondí de inmediato.

Me regañé internamente ante mi insolencia. ¿En qué estaba pensando? No sabía nada acerca de la extraña criatura. Hasta donde yo sabía, podía ser una bestia devora mestizos que se ofendía a la primera de cambio.

—Me parece que eso es precisamente lo que pretendías, Campeona de las Tormentas. Pero no me ofendes. Te daréuna respuesta por una pregunta. Algunos nos llaman derrigan. Me temo que nuestro verdadero nombre es imposible de pronunciar en vuestro idioma. —respondió el derrigan.

Mientras hablaba me esforcé por intentar entender cómo era posible que escuchara su voz en mis oídos si el ser no tenía boca, algo que ya me había escamado en mi único encuentro con un espíritu similar.

—Te pareces mucho a un *whisp* —murmuré más para mí que para él.

—¿A mí también me vas a atrapar, Campeona de las Tormentas? Tu fama te precede —dijo el derrigan en lo que sonó peligrosamente similar a una burla—. Los whisp son nuestros hermanos de sangre y aura. Es lógico que tengamos una apariencia similar, pero los derrigan hemos dedicado nuestra existencia al noble servicio de asistir a la Dama, no a vagar por Lyssandria a la espera de ser atrapados.

—En mi defensa he de decir que solo atrapé al *whisp* durante unos segundos y para salvar a otra persona. —No me había levantado aquella mañana pensando que acabaría discutiendo la moralidad de mi caza de un ser legendario con otro ser similar.

—No excuses la grandeza, pequeña campeona. Es una manía poco atractiva. —El espíritu paró en seco frente a una gran puerta de madera clara—. Es aquí. La puerta del final del pasillo da lugar a una sala común de entrenamiento. Después de dejar tus cosas has de esperar allí con el resto. No se os está permitido ir más allá de esta ala del palacio. Solo tendrás acceso a tu habitación, la sala de entrenamiento y el jardín interior.

Miré a mi alrededor, analizando cada una de las puertas de la amplia ala del castillo. Aunque no lo dije, me daba la impresión de que, si me aventuraba fuera de los perímetros establecidos, el *derrigan* no sería tan amable.

—Gracias —agradecí distraída y con una mano en el pomo de mi puerta—. ¿Tu pregunta?

No esperaba que el *derrigan* olvidara su trato, así que decidí adelantarme.

—Es la misma que la tuya, por supuesto. ¿Y tú, qué eres? —preguntó el derrigan mirándome con esos ojos llenos y penetrantes, como si pudiera ver más allá de mis murallas.

Erguí los escudos que Callum me había forzado a aprender a usar apenas unos días atrás. No estaba convencida de saber hacerlo todavía bien, pero me sentí tremendamente expuesta ante la mirada del ser. Uno a uno, levanté los ladrillos del muro de ónix y noche cerrada que protegían mi mente. El proceso me llevó más tiempo del que jamás admitiría en voz alta. Cuando estuve conforme, una fina capa de sudor adornaba mi espalda.

—Soy una Hadaës —respondí casi sin aliento y confusa ante la pregunta.

—Trozos pequeños de verdades olvidadas —respondió.

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, desapareció sin hacer apenas ruido, dejándome sola en medio del pasillo, con la boca abierta y una pregunta atravesada en la garganta.

Me forcé a empujar la puerta de mi habitación. Me recibió un espacio amplio y ordenado. No había mucha decoración, más allá de la opulenta cama, un escritorio y un armario de madera y cristal. Un gran ventanal daba paso a lo que parecía el jardín interior de un claustro de estancias, probablemente el ala de los campeones mencionada por el *derrigan*.

Dejé caer mi bolsa a los pies de la cama y me encaminé hacia la pequeña puerta de madera a la izquierda del armario. Al otro lado de esta, me recibió un aseo pequeño, pero bien equipado.

Las puertas que daban al jardín no estaban cerradas, pero la magia del palacio zumbaba a mi alrededor de manera errante. Permití que mis propias ondas de poder salieran a curiosear,

tratando de acompasar la vibración de mi magia al extraño ritmo del palacio. La tarea resultó casi imposible.

La energía del palacio de la Dama era impredecible. Justo cuando creía que la tenía bajo control, se salía del patrón esperado haciendo una pirueta sorprendente. Suspiré, frustrada, y decidí abandonar mis esfuerzos. Debía conservar mis fuerzas.

Sin mucho más que inspeccionar, me aventuré al pasillo de camino a la sala que había indicado el espíritu. El peso de las seis dagas que adornaban mi cuerpo me reconfortó levemente, haciendo que no me sintiera tan sola. Empujé la puerta de intrincados motivos tallados en madera, tuve que usar ambas manos ante su inesperado peso.

Una luz, sospechosamente brillante para la noche cerrada que inundaba el edificio, me dio la bienvenida, pero, antes de que pudiera ver de dónde provenía, alguien me golpeó con fuerza en la cabeza. Un dolor punzante me recorrió todo el lado derecho de la cara, mientras la fuerza del impulso me lanzaba al suelo. No tuve apenas tiempo de parar el impacto contra las baldosas de mármol.

Antes de que pudiera recuperarme, con la visión todavía borrosa, una masa de músculo se abalanzó sobre mí. Mi atacante se sentó sobre mi pecho, cortándome la respiración, mientras no paraba de propinarme golpes en las costillas. Me revolví furiosa ante el ataque, luchando por meter bocanadas de aire en los pulmones, mientras arañaba y pateaba como podía a mi oponente.

—Con que esta es la campeona secreta de la Corte de las Tormentas —dijo una mujer con una voz grave que goteaba sarcasmo—. Una simple Hadaës. La verdad es que esperaba algo más.

La mole descomunal que me atacaba se rio entre dientes. Un sonido feo y teñido de veneno.

—Brann, déjala en paz —ordenó una tercera persona. La petición fue serena, pero estaba repleta de compasión.

—Cierra la puñetera boca, Oraz, o tú vas después. Nuada tiene razón, esperaba más del secreto de la Corte de las Tormentas. Cualquiera diría que Finnian tenía preparada a una campeona de verdad. ¿Cómo demonios te han escogido a ti? ¿Tan bien se la chupas? Los Hadaës no servís para mucho más, con esa ponzoña de sangre que traéis, normal que cada vez seáis menos —gruñó con una risa maliciosa la voz masculina que seguía intentando ahogarme.

Brann, se llamaba Brann. Me aseguré de grabar ese nombre a fuego en mi mente.

—Suéltame y te enseño exactamente por qué soy la Campeona de las Tormentas —escupí, tratando de zafarme—. Yo al menos no tengo que atacar a nadie por la espalda como una cobarde de mierda.

Brann me agarró con más vigor y redobló la potencia de sus embestidas. Gruñí contra su agarre, no podía ver con claridad. Intenté, en vano, manipular el aire alrededor de la sujeción de sus manazas para despegarlas, pero su propio poder me lo impidió.

—¡Por todos los espíritus! Sí que tiene garras. Aun así, es decepcionante. Después de todos estos años de intriga, una parte de mí pensaba que habían encontrado a alguien interesante. No es que Orla fuera mucho mejor, pero al menos una princesa bastarda añade algo de intriga política a todo este aburrimiento. Hubiera salido de aquí muerta o con un consorte, eso seguro —masculló Nuada con un suspiro.

—Orla, ¡ja! La pobre tiene tanto atractivo como un Muka. Follada una princesa, folladas todas en mi humilde opinión —ronroneó Brann entre risotadas.

La mención de Orla y el desdén de su tono hicieron que me hirviera la sangre. Guardé el nombre de mi agresor como un dragón su tesoro. Algún día Brann se arrepentiría de haberme atacado por la espalda.

El recuerdo de la voz serena de Cían en nuestros entrenamientos encontró su camino hasta mi mente, haciéndome despertar del *shock* inicial del ataque. Brann era más fuerte y grande, pero yo podía utilizar ese peso en su contra. Respiré hondo, tan hondo como pude entre puñetazo y puñetazo. Una de mis manos estaba atrapada entre mi cuerpo y el de mi asaltante, lo que me hizo imposible moverla. Sin embargo, la otra permanecía libre sin parar de arremeter contra su cuerpo.

Con cuidado de no destapar mis verdaderas intenciones, continué golpeando su costado, poco a poco incliné mi cuerpo hacia arriba contra el suyo. La respuesta de Brann fue inmediata. Comenzó a hacer fuerza en la dirección contraria, intentando pegarme al suelo.

Utilicé el breve impulso que tenía para dejar caer mi cuerpo de manera repentina contra el suelo. Brann perdió el equilibrio y, antes de que cayera de bruces contra mí, utilicé su descuido para entrelazar nuestras piernas y cambiar nuestras posiciones. En cuanto estuve encima de él, presioné con fuerza una rodilla contra su entrepierna, mientras mi mano libre desenvainaba una de mis dagas llevándola directamente a su cuello.

Unos ojos marrones y enfadados me miraron con furia. Nuestros jadeos y gruñidos llenaban el ambiente cargado de la sala. Fui vagamente consciente de las dos figuras que nos observaban con los ojos abiertos de par en par.

—Dame un solo motivo para no rajarte la garganta ahora mismo —dije con un gruñido entre dientes apretados.

La voz que salió de mi boca era diferente al tono burlón que solía usar en el Archipiélago. No, esa voz era la de alguien que estaba dispuesta a matarlo allí mismo, si eso suponía seguir viviendo. Jamás había quitado una vida a conciencia; sin embargo, supe que, en aquel momento, haría lo necesario para sobrevivir.

—Si necesitas un motivo, ambos sabemos que no tienes lo que hay que tener para hacerlo. Está claro que esa boca solo sirve para dos cosas: amenazas vacías y calentar la cama de tu Guardián —respondió Brann, con una sonrisa desafiante.

Si pensaba que un par de comentarios misóginos eran suficientes para amedrentarme, lo llevaba claro. Me hubiera gustado verlo siendo una de las pocas ladronas profesionales dentro de la peor ciudad del Archipiélago.

—Ya has demostrado que no me conoces. Hace unos segundos te lamentabas de que una simple Hadaës fuera la campeona de mi corte. No cometas la estupidez de pensar que no soy capaz.

Para enfatizar mis palabras apreté con más vigor contra su entrepierna y presioné la daga con fuerza suficiente como para atravesar ligeramente la piel. Una fina línea de sangre roja adornó el cuello de Brann. Me pareció que quedaba bonita, aunque no fuese suficiente.

—Te vas a arrepentir de esto —farfulló Brann, bajo el peso de mi cuerpo.

Aunque toda mi atención estaba ocupada en sujetarlo con fuerza, percibí que alguien nuevo entraba en la sala con paso sosegado. El recién llegado comenzó a hablar como si la imagen que ofrecíamos fuese de lo más normal.

—Para ser justos, Brann, Elara tan solo está protegiéndose de tus ataques. El hecho de que la hayas subestimado es más culpa tuya que suya. Debes de estar pasándolo muy mal ahora mismo,

¿verdad? ¿Qué diría Umbra si supiera que el Campeón del Bosque ha sido sobrepasado por una de esas Hadaës que tanto desprecias?

Su tono era jovial, pero estaba repleto de una ironía mordaz que me dio la sensación que ocultaba muchas cosas. El desconocido continuó andando hasta situarse encima de mi hombro. Habló en un susurro exagerado que, sin duda, todos fueron capaces de oír.

—Personalmente no tengo ningún problema en que le cortes la garganta al encantador Brann aquí mismo, Elara. Pero, técnicamente, el torneo no comienza hasta que la Dama da su aprobación a los campeones. Por lo que, si lo matas, estarás incumpliendo las normas —explicó.

Una parte de mí quería mandar las normas a la mierda y acabar con Brann allí mismo. Su sonrisa socarrona confirmó lo que los dos ya sabíamos: no iba a hacerlo. Su mueca de victoria me indicó que continuaba considerándome débil. Mejor, de todos modos, prefería que me subestimasen, así la victoria siempre era más dulce.

Con un empujón enérgico y una patada poco disimulada en las costillas de Brann, me despegué de su cuerpo y me levanté con un solo movimiento. Me balanceé peligrosamente hacia atrás, pero, antes de que pudiera caerme, unas manos gráciles pero seguras me ayudaron a recobrar el equilibrio.

—Gracias —dije, encarando por primera vez a la persona que había salido en mi ayuda.

A mi lado, Oraz asintió con una sonrisa tímida. Sus rasgos eran como sacados de un sueño: etéreos, delicados y frágiles como gotas. Era la primera vez que veía tan de cerca a un descendiente de las Nereidas de las Olas. Su piel estaba cubierta de pequeñas motas brillantes que daban la sensación de que acababa de salir del agua. Dos pares de branquias finas recorrían su cara desde la nariz hasta la base de las orejas y se extendían en dos membranas casi

transparentes más allá de su rostro, similares a dos alas. Sin duda se trataba del Campeón de la Corte de las Olas.

A unos pasos de distancia, y mirándome con un desprecio repleto de curiosidad, estaba la mujer que había animado a Brann a matarme. Nuada, así la había llamado él. Era alta para ser descendiente de los trasgos de las Llamas. Su figura esbelta era sin duda resultado de su herencia de Alta Fae. Su piel tenía un ligero rubor verde y finas marcas color marfil recorrían sus brazos y piernas descubiertas en patrones simétricos.

Su pelo negro apenas le llegaba a los hombros y se meneaba cada vez que ella levantaba la barbilla con desprecio. Me dedicó una sonrisa de dientes afilados enmarcada por unos labios carnosos. Al sonreír, se pasó la lengua por dos colmillos ligeramente alargados.

—Cuidado con cómo miras, mestiza. La curiosidad puede quemar —dijo Nuada con un giño mientras jugaba con varias llamas verdes entre sus dedos.

—Muy original —repliqué, poniendo los ojos en blanco hacia la Campeona de la Corte de las Llamas.

Brann se levantó del suelo con un salto sin esfuerzo. Era todo músculo y fuerza. Sin tenerlo encima, pude observar con detenimiento sus rasgos marcados por los retazos de su herencia de las Dríades del Bosque. Tenía el pelo marrón, recogido en una intrincada trenza con ambos lados de la cabeza rapados. De la parte superior del cráneo, le surgían dos grandes cuernos curvos que se entremezclaban con el pelo. Me dedicó una mueca llena de furia bajo una barba abundante y cuidada.

Ignoré las ganas irrefrenables que me invadieron de lanzarle una daga directamente a la cara. Por una vez, supe con certeza que Cían habría aprobado mis tendencias de apuñalar a la primera de cambio. No solté el arma, pero puse algo de distancia entre nosotros,

girándome para ponerle cara al único campeón que me faltaba por identificar.

—Tú debes de ser Levi —dije con un leve asentimiento hacia el hombre que acaba de evitar que me expulsaran del torneo.

Levi me dedicó una sonrisa amplia que parecía esconder una infinidad de misterios. Una cicatriz roja y profunda le recorría el lado derecho de la cara desde la frente hasta la parte baja del pómulo pasando por el ojo. Sus ojos rasgados y azules me analizaron con curiosidad. No hallé en él similitud alguna con la raza más común de Bajo Fae en su corte: las Venturas de las Sombras. Y, sin embargo, no era Alto Fae.

—¿Qué me ha delatado? ¿Mi sonrisa legendaria? ¿Mi imponente porte? —preguntó Levi con una sonrisa torcida.

Se rascó la parte de atrás de la cabeza, revolviendo los mechones negros y azules que le llegaban hasta los hombros. Sus brazos, llenos de tatuajes negros y azul marino, brillaron bajo la luz cegadora que adornaba la sala.

—Eres el único que me ha llamado por mi nombre —respondí, encogiéndome de hombros.

La sonrisa de Levi se agrandó con la fuerza de mil soles antes de responder.

—Me parece que nos vamos a divertir.

CAPÍTULO XXVIII

Iban directos a la boca del lobo. Él sabía cómo jugar el juego. Lo llevaba haciendo toda su vida.
Pero, aunque el tablero era el mismo, las reglas acababan de cambiar.

Brann y Nuada desaparecieron de la sala por dos puertas entreabiertas que daban paso al jardín interior. Me permití el lujo de enfundar la daga que aún sostenía. Dudaba de que fueran tan estúpidos como para intentar matarme otra vez. Aun así, me posicioné frente al lugar por donde habían salido.

Examiné la sala por primera vez desde mi llegada. La estancia era amplia y estaba equipada de manera parecida a la cúpula de entrenamiento de la Corte de las Tormentas. Una de las paredes estaba cubierta por diferentes armas y herramientas de combate, listas para ser utilizadas. El resto del espacio era diáfano y abierto. Apostadas en las paredes de la sala, varias sacerdotisas observaban, sin ver, a los campeones. Me pregunté qué habrían hecho si Brann me hubiera matado. ¿Habrían intervenido?

En el centro de la sala, suspendido a varios metros sobre el suelo, un halo de luz brillante iluminaba la habitación. Era como si el centro de entrenamiento contara con su propio sol individual para combatir la noche perpetua de la Dama.

—¿Qué espíritus les pasa a esos dos?

Levi no había dejado de observarme desde su llegada. Algo en la mirada inquisitiva del Campeón de las Sombras me recordaba a un depredador estudiando a su presa. Sentí que sus ojos me atravesaban, como tratando de descifrar todos mis secretos y entender el porqué de cada uno de mis movimientos.

—Lo creas, o no, es un comportamiento bastante estándar para Brann. Nuada, por otro lado, es impredecible. Ella no te habría matado. Pero como has podido comprobar, no le importa jugar con la comida. Sus respectivas cortes son particularmente hostiles contra los pocos descendientes de los humanos —me explicó, encogiéndose de hombros.

Eso no era lo que me había pillado por sorpresa. Al fin y al cabo, eran muchos los Fae que culpaban a los humanos de la última Gran Guerra.

La figura de Levi parecía irradiar seguridad envuelta en un aire de brumas oscuras y risas secretas. No dejé que su sonrisa torcida y el brillo divertido de sus ojos me engañaran. Sin duda, era el digno representante de Callum en el torneo. Bajo esa aura encantadora y juguetona se escondía un guerrero voraz. De eso estaba segura.

—¿Y te parece divertido? Estáis todos desquiciados en el continente —dije entre dientes.

—¿Dirías que estamos más o menos desquiciados que alguien que se atreve a intentar matar a un ser legendario? —preguntó él, enarcando una ceja en mi dirección y con un gesto inocente enmarcando sus rasgos—. ¿O dirías que estamos más locos que una persona que, hipotéticamente, se colara en una fiesta repleta de gente que podría matarla?

Durante un momento me planteé seguirle la corriente. Cualquier cosa que dijera Levi venía directamente pautada por Callum. Lo que me predisponía a dudar de cada una de sus palabras. Pero si el

Guardián de las Sombras quería asustarme, entonces yo no iba a entrar en su juego.

—Me atrevería a afirmar que cualquiera que se dedique a seguir a desconocidas por la noche y meterse en su cabeza se puede clasificar como un demente —repliqué con una sonrisa dulce que no alcanzó mis ojos.

Los de Levi se agrandaron sorprendidos, aunque no enfadados. Me dedicó una mueca traviesa y un guiño tan rápido que me pregunté si me lo había imaginado. Tuve el terrible presentimiento de que, al final, había hecho exactamente lo que Levi había estado esperando.

—¿Os conocíais de antes? —preguntó Oraz, mirándonos con incredulidad.

El perfil delicado del Campeón de la Olas brillaba a contraluz, dibujando sus aristas como si de una pintura de acuarela se tratara. Cuanto más observaba a Oraz, más sentía que desentonaba. Había un aura enigmática y apacible a su alrededor, como el arrullo de las olas al caer la tarde en las calles desiertas del puerto de Nébula. Aquel era uno de los pocos momentos y lugares en los que la capital del Archipiélago podía considerarse hermosa. Aunque solo fuera en sus sonidos.

El recuerdo trajo consigo una punzada de dolor, seguida de una retahíla de imágenes difusas: olas chocando contra las rocas, la risa ronca de Artio mezclada con el viento y el rojo escarlata de su sangre esparcido sobre el suelo de la tienda. Luché con uñas y dientes contra los recuerdos que pretendían desestabilizarme.

—He tenido la desgracia de coincidir con el amo, señor y príncipe que sujeta su correa —dije sin disimular mi desagrado y adelantándome a Levi antes de que este pudiera dar su versión de los hechos.

La sonrisa felina de Levi, junto a la carcajada genuina y jovial que escapó de su garganta, me hicieron sentir, una vez más, que acaba de hacer exactamente lo que él quería.

—A Callum le va a encantar cuando le diga que le has llamado «amo, señor y príncipe» —ronroneó Levi, divertido, cuando las carcajadas cesaron.

Oraz observaba nuestra conversación con ojos incrédulos. Moviendo la cabeza de un lado a otro entre Levi y yo. Con cada movimiento, el tejido fino y vaporoso de sus branquias danzaba en el aire, como suspendido entre la marea.

—Así que soy la única que no conoce a los demás. ¿Desde hace cuánto que os conocíais? —pregunté, observando con curiosidad la dinámica entre ambos campeones.

—Demasiados años para contarlos supongo —respondió Levi, cruzándose de brazos—. Sobre todo si tenemos en cuenta los últimos cien. El torneo ha hecho que un año parezcan veinte.

—¿Habéis estado presentes en todos los torneos?

No sé qué había esperado a la hora de conocer al resto de los campeones, pero la posibilidad de conseguir más información hizo que se me acelerara el pulso. Por primera vez desde el trato con Finnian, no dependía solo de él para obtener respuestas.

Una punzada de culpabilidad me atravesó. Me negué a hacerle demasiado caso, Finnian no estaba allí y esa información podía salvarme la vida llegado el momento.

—Por desgracia —murmuró Oraz.

Una oleada de tristeza y frustración pareció invadir su bonito rostro, como si decenas de recuerdos traídos por la resaca del océano se agolparan en su cabeza. No pude evitar fruncir el ceño con él.

—Todo el mundo esperaba que esta situación se solucionara mucho antes. Nadie anticipó los extremos a los que llegaría la Dama con tal de alargar el torneo. Nosotros somos el último recurso para frenar la maldición. Las piezas que nuestros Guardianes no querían arriesgar, salvo que no quedara otra alternativa —explicó Levi—. Obviamente, cien años después, aquí estamos. No hay otra alternativa y el tiempo se agota.

Por primera vez desde que lo conocía, no había ni rastro de humor en sus facciones. El tono de Levi era serio, casi sombrío. Quise decirle que yo no había sido la bala secreta de nadie, sino más bien un recurso de última hora, obligada a participar en esa pesadilla. Pero, cuando fui a verbalizarlo, la rabia volvió a atravesarme.

—¿Lleváis cien años haciendo qué? ¿Esperar? —pregunté, confusa, mientras el pulso constante de mi indignación ante los Altos Fae crecía a velocidades desconocidas.

—Llevamos cien años entrenando, aprendiendo y siendo testigos de cómo nuestros compañeros se sacrifican por el bien de Lyssandria. Todos queremos lo mismo: terminar con esta pesadilla —declaró Levi con los ojos perdidos en algún punto del fondo de la sala. Aunque, en realidad, tenía la terrible sensación de que estaban perdidos en algún momento pasado que no querían recordar.

Si lo que Levi decía era cierto, y en el fondo sentía que lo era, las cortes no habían querido arriesgar a sus mejores campeones en los primeros intentos. ¿Acaso habían pensado que superar el torneo no sería tan difícil? Aunque, tal vez, era todo lo contrario. Tal vez, conocedores de la naturaleza de la Dama, llevaban cien años usando a diferentes Bajos Fae como sujetos de prueba para entender cómo funcionaba el torneo y así preparar a sus verdaderos campeones. No supe cómo tomarme la posibilidad de que eso fuera cierto.

El silencio nos invadió durante unos minutos. Cada uno de nosotros perdido en algún recoveco de su mente, luchando contra sus propios fantasmas.

Entonces, un chasquido metálico atravesó la sala, seguido del aumento del brillo incesante del pequeño halo de luz que flotaba en el techo. La magia del palacio pareció doblarse sobre sí misma. Me sentí de vuelta en Natsunna: todo a mi alrededor me llegaba lejano y extraño. Era una sensación claustrofóbica y asfixiante.

Por todos los espíritus, ¿qué estaba pasando? Sentí los latidos de mi corazón en la garganta, en los oídos y hasta en la cabeza. Necesitaba salir de allí.

—¿Es tu primera vez en el continente, Elara? —preguntó la voz amable de Oraz. Sin saberlo, consiguió traerme de vuelta. Su pregunta me dio algo más en lo que centrarme. Tragué saliva, intentando aclarar el nudo que sentía en la garganta y entrecerré los ojos en un intento de focalizar la vista en Oraz.

—He vivido toda mi vida en el Archipiélago. Así que sí. Llevo solo un par de meses en la Corte de las Tormentas —expliqué, intentando sonar lo más civilizada posible.

Al lado de Oraz, Levi me observaba con el ceño fruncido, como si mi pobre intento de aparentar normalidad no hubiera colado.

—¿Dónde entrenabas antes?

—No entrenaba precisamente —dije, encogiéndome de hombros —. Desconocía que existía el torneo antes de salir de Nébula.

Oraz me miró con los ojos abiertos como platos. Levi, a su lado, maldijo por lo bajo. Yo estaba segura de que el Campeón de la Corte de las Sombras ya conocía mi situación. Aun así, la ristra de maldiciones que salieron de sus labios y la tensión de su mandíbula me parecieron genuinas.

—¿Solo llevas unas semanas preparándote para el torneo? —preguntó Oraz.

Asentí suavemente. Era consciente de que era la menos preparada de todos los campeones. Aun así, en algún momento de esas últimas semanas, había empezado a autoconvencerme de que la diferencia no podía ser tanta.

Al fin y al cabo, llevaba toda la vida en mi propio torneo personal. Sin embargo, las miradas de escepticismo de los dos campeones que me observaban hicieron que se me helara la sangre y me diera un vuelco el corazón.

—No es mucho tiempo —comentó Oraz con un hilo de voz.

—No es nada de tiempo —rugió Levi de manera tajante.

—¿Cuántos años tienes, Elara? —quiso saber Oraz.

—Casi veintiocho.

—¡Por todos los espíritus!

Abrí la boca para contestar, pero las figuras de los dos campeones restantes irrumpieron de vuelta en la sala.

—Bueno, al menos ya sabemos quién será la primera baja de este torneo. Aunque tampoco es que sea una sorpresa —declaró Nuada con una sonrisa escalofriante.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Generalmente eres así de insufrible o es que tiene que haber un imbécil en cada torneo y este año te ha tocado a ti? —escupí las palabras en dirección a Nuada sin importarme las consecuencias.

Había tratado con suficientes personas como ella en mi vida como para saber que hacerse pequeña en su presencia no servía de nada. Los ojos de Nuada brillaron con intensidad, en ellos se apreciaba una mezcla de violencia y algo parecido a ¿aprobación? Si es que eso era posible.

—Y yo que pensaba que echaríamos de menos la lengua viperina de Orla. ¡Al parecer la princesa te ha enseñado bien! —exclamó Levi a mis espaldas.

—Ten cuidado, Elara, mi paciencia tiene un límite —advirtió Nuada.

—¿Quieres decir tu inteligencia? —respondí, igualando su sonrisa de inocencia.

Nuada abrió la boca furiosa para contestar, pero, antes de que pudiera responderme, el pequeño sol que iluminaba la estancia comenzó a pulsar y vibrar. De forma instintiva, todos dimos un paso hacia atrás. La pequeña bola de luz comenzó a aumentar de tamaño hasta posarse contra el suelo con una dimensión parecida al de un portón.

La Dama de la Noche aguarda, campeones. El portal os llevará hasta ella. El quinto y último torneo está a punto de comenzar, la voz metálica del *derrigan* resonó contra las paredes de la sala.

El pequeño pero temible ser flotaba con tranquilidad cerca del portal. ¿Cuándo había aparecido? ¿Había estado allí todo el tiempo? Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me obligué a sacudir el cuello y estirar la espalda, en un intento de disipar la ansiedad que comenzaba a sentir.

Si el resto de los campeones tenían algún tipo de preocupación, no lo hicieron notar. Uno a uno, sin apenas una pizca de sorpresa en sus facciones, comenzaron a desaparecer a través del portal. Primero Brann, seguido de Nuada y poco después de Oraz.

Inspiré profundamente y comencé a andar hacia el portal. Nunca había experimentado una magia similar y solo deseé que la sensación no se pareciera a la de un Salto Irisado. No estaba segura de qué me esperaba al otro lado, pero vomitar nada más llegar parecía, a todas luces, una idea nefasta.

Una mano fuerte me agarró el brazo antes de que pudiera seguir a Oraz a través del portal. Me giré, sorprendida, al ver los dedos fuertes y tatuados de Levi impidiéndome avanzar.

—Puedes confiar en mí, Elara. Sé que Callum te lo ha dicho, pero quiero que lo oigas de mi boca —me susurró Levi, mirando de reojo hacia la figura del *derrigan*.

—No creo que pueda confiar en nadie aquí dentro. Ni siquiera en mí misma, al parecer —le respondí, zafándome de su agarre, pero sin alejarme demasiado.

—En mí puedes confiar —juró Levi con ojos serios.

—Eso dices, pero no te conozco de nada. A Callum tampoco. Lo poco que sé no me hace creer ciegamente en su palabra que digamos.

El rostro de Levi se endureció ante mis palabras. Aun así, no apartó la mirada. Por un momento, sentí que mis palabras le habían hecho daño, pero la expresión dolida y preocupada solo cubrió su mirada durante unos segundos. Acto seguido, el brillo desafiante y divertido volvió a sus facciones.

—Si sobrevives, tienes que decirme qué has visto —comentó mientras caminaba a mi alrededor para colocarse delante de mí.

—¿A qué te refieres?

—Nadie ve lo mismo cuando observa a la Dama de la Noche. Su apariencia cambia y es diferente para cada individuo —susurró.

Había oído historias similares antes, sin embargo, una parte de mí esperaba que fuesen simplemente eso: historias. La idea de que nadie conociera realmente el verdadero aspecto de la Dama no me gustaba.

—¿Y lo de si sobrevivo?

—No sería la primera vez que un campeón no supera la aprobación de la Dama. Sobre todo, no...

—No le mientas. Ya lo sé.

—Te veo al otro lado, Elara. —Antes de que pudiera contestar, Levi desapareció envuelto en el brillo del portal.

Sola en la sala de entrenamiento, sin más compañía que la luz cegadora del portal y la mirada imperturbable del *derrigan*, me permití un momento de duda. La ladrona que había en mí quería mandarlo todo a la mierda y salir corriendo en dirección contraria. Pero, por algún extraño motivo, mis pies se quedaron anclados en el sitio.

La curación para Orla y la promesa de un futuro libre de preocupaciones me aguardaban al otro lado del portal. La voz de la ladrona que solo cuidaba de sí misma me gritó, enojada, desde algún recoveco de mi mente. Hice caso omiso a sus advertencias y, antes de que pudiera arrepentirme, me zambullí en el portal.

CAPÍTULO XXIX

Una cara que por fin tenía nombre. Una cara que jamás había logrado entender. El humor de la Dama se le antojó peculiar. Peculiar y cruel.

Un silencio de noche y esquirlas de rocío invadió mis sentidos, acompañado de un pitido centelleante que atravesó mis oídos. Durante unos segundos, solo fui consciente del lugar en el que había aparecido por los olores. Briznas de madreselva y eucalipto danzaban en el aire fresco y eléctrico de la noche.

Los efectos del viaje a través del portal se hicieron notar de inmediato. Al principio, mis ojos solo fueron capaces de distinguir las copas altas y salvajes del bosque de la Dama como si fueran enormes borrones ondulantes contra el cielo nocturno. Una mano suave me apretó ligeramente la muñeca, como para recordarme que no estaba sola.

—La confusión dura solo unos segundos. Respira —me tranquilizó la voz suave de Oraz entre susurros.

Una presencia de noche y bruma estrellada me acarició la mente, dejando todo lo demás en silencio y ayudándome a recobrar la calma. Solo había un ser en todo Lyssandria capaz de aquello, pero me negué a pensar en su nombre.

Pese a que su presencia en mi cabeza me despejó la mente, me esforcé por levantar con más fuerza el muro de ónix que me

protegía. Estaba segura de que el Guardián de las Sombras podría deshacerse de mi escudo en medio segundo, pero, aun así, lo erguí con esmero. Casi pude jurar que su risa profunda y aterciopelada reverberaba desde el otro lado.

Poco a poco fui recobrando los sentidos. Un pequeño claro fue tomando forma a mi alrededor. Una breve extensión de hierbas altas y tréboles color aguamarina se esparcía, solemne, rodeada de los frondosos árboles blancos y plateados.

Los cinco campeones nos encontrábamos en el centro del claro, flanqueados por varios *derrigan* y sacerdotisas. Los pequeños seres nos observaban con ojos vigilantes. Las sacerdotisas, por su parte, aguardaban inquietantemente silenciosas.

En la linde del bosque, donde los árboles se mezclaban con las altas hierbas, decenas de figuras nos observaban en silencio. Escudriñé, con ojos entrecerrados, las sombras que acechaban en la penumbra. La oscuridad perpetua y la neblina blanquecina que cubría el pequeño prado hacían difícil distinguir las caras. Aun así, en la Verdenoche del momento, fui capaz de reconocer el destello de mechones rojizos al otro lado del claro. Desvié la vista, segura de que si seguía mirando no sería capaz de contener mis piernas y acabaría andando hasta encontrarme con su dueña.

El vello de la nuca se me erizó y tuve la certeza de que alguien más me estaba observando. Mantuve la mirada fija en el abismo de estrellas que coronaba las copas de los árboles. Apreté los puños y respiré entre dientes. Si me giraba, estaba segura de que chocaría de lleno con la presencia a las puertas de mi cabeza. Y, por algún motivo, no estaba preparada para enfrentarme a él en esos momentos.

Instintivamente reforcé de nuevo las paredes de perla negra de mis escudos. A unos metros de distancia, Levi sofocó una risa

entrecortada. Lo fulminé con la mirada. Me dije a mí misma que era imposible que el Campeón de las Sombras supiera lo que acababa de ocurrir. Y, aun así, el bamboleo de sus cejas me convenció de lo contrario.

El portal por el que acabábamos de pasar vibró, emitiendo sombras plateadas y parpadeantes por todo el claro. Unos segundos más tarde, una figura emergió de entre sus profundidades. No me hizo falta preguntar de quién se trataba.

Una mujer avanzó con paso seguro entre las llamas centelleantes del portal. Jamás había visto a un ser tan hermoso y exquisito. Su belleza era de todo menos mundana y resplandecía iluminada por un brillo argentado que emanaba de su propio cuerpo.

Sus rasgos finos y de orejas puntiagudas se asemejaban mucho a los de cualquier Alto Fae, pero cualquiera que estuviera en su presencia podía sentir que aquella mujer era un ente divino. Su manera de moverse lo ponía en evidencia. Cada uno de sus pasos se deslizaba como flotando sobre la maleza.

Era como si un sueño se hubiera hecho carne y, aun así, su divinidad fuera tal, que la piel fuese incapaz de comportarse de manera normal. Toda ella brillaba con luz propia, como si las estrellas del cielo besaran su piel. Una cascada de ondas doradas flotaba a su alrededor, bailando a sus espaldas con cada paso que daba.

Dentro de toda la imposibilidad de la imagen había algo tremendamente familiar en el rostro de la Dama. Si no hubiese sido por los mechones dorados y los ojos de un color imposible de descifrar, habría jurado que podía verme a mí misma reflejada en ella. ¿A quién estaba viendo? ¿Y qué imagen estaban viendo los demás?

Un murmullo se extendió por todo el claro. A mi lado, todos los campeones se deslizaron hacia el suelo, arrodillándose frente a la Dama de la Noche. Imité sus movimientos, hincando mi rodilla en el musgo de tréboles que aguardaba a mis pies. Me resultó sorprendentemente cálido.

La Dama inclinó su cabeza, como un animal curioso observando algo interesante. Era un gesto tremendamente inocente y humano, un gesto que parecía fuera de lugar en su figura. Nos miró y esbozó una sonrisa que parecía esconder los secretos de todo el universo. Sin mediar palabra, avanzó hasta el lugar donde Brann aguardaba con la cabeza agachada hacia el suelo. La Dama posó sus delicadas manos en el mentón del Campeón del Bosque, animándolo a mirarla.

—¿Cuál es el verdadero motivo de que participes en el torneo? — La voz de la Dama atravesó el claro. Alta y musical.

Sus palabras resonaron por todo el bosque, como si el propio viento se hubiera propuesto llevarla hasta los confines del continente. Algo en la voz de la Dama hizo que el pulso se me acelerara y el nudo volviera a mi garganta. Estaba segura de haber escuchado esa voz antes, en un sueño. Aun así, fui incapaz de reconocerla.

—Servir a mi corte. Siempre —respondió Brann con firmeza.

La Dama sonrió satisfecha y abandonó la compañía de Brann para avanzar hasta el lugar donde Nuada esperaba. A diferencia de Brann, esta tenía la cara levantada y observaba, desafiante, a la diosa de los espíritus. Ella no pareció ofendida ante la vehemencia de la campeona. Simplemente tocó su frente con los dedos y preguntó.

—¿Cuántas almas has roto para poder llegar hasta aquí?

Nuada palideció durante unos segundos. Yo no podía saber qué estaba viendo la Campeona de las Llamas y, sin embargo, la manera

en la que tragó saliva antes de contestar me hizo sentir pena por ella.

—Solo una —susurró Nuada con los ojos ligeramente brillantes.

La Dama asintió con una sonrisa triste y continuó su avance hasta llegar delante de Levi. Lo observó en silencio. Con dedos que parecían de cristal, acarició levemente la comisura de su boca, como repasando la forma de su sonrisa.

—¿Qué harás cuando las risas no sean suficiente? —pidió la Dama, dejando caer su mano con delicadeza.

—Seguir riendo hasta que vuelvan a serlo —contestó Levi de inmediato.

Satisfecha con su respuesta, la Dama avanzó hasta encontrarse con Oraz. Agitó la mano sobre la cabeza del Campeón de las Olas, provocando que pequeñas chispas azuladas danzaran su alrededor. Oraz las miró maravillado.

—¿Estás dispuesto a arriesgarlo todo por participar en el torneo? —susurró la Dama.

—Ya lo he hecho —juró Oraz con una inclinación de cabeza.

La Dama asintió despacio y se giró en mi dirección. Mi corazón comenzó a bombear con fuerza. La Dama cubrió el pequeño espacio que nos separaba y yo luché por controlar mis respiraciones.

Los ojos del ser más poderoso de Lyssandria impactaron contra los míos y, de alguna manera, fue como si me estuviera viendo a través de un espejo. Asustada, perdida y con una rabia dentro que amenazaba por consumirme. La oscuridad que habitaba en lo más profundo de mi persona comenzó a latir desbocada.

Susurro de la noche. Curioso, muy curioso.

Escuché el timbre musical y etéreo de la voz de la Dama dentro de mi cabeza. Comprobé mis escudos que, para mi sorpresa,

continuaban intactos. Aun así, estaba segura de haberla oído. ¿Había hablado con los otros de aquella manera también?

—¿Por qué participas en el torneo que tanto detestas? —preguntó en voz alta.

Sus dedos rozaron mi mentón con cariño. Su piel era cálida. Contemplé su pregunta durante unos segundos. Había muchas respuestas que eran ciertas. Y, aun así, no sabía cuál de ellas era la que pesaba más dentro de mí. Se suponía que no debía mentirle, pero ¿cómo podía evitarlo, si incluso yo dudaba de la respuesta?

—Hice un trato. Mi vida y mi libertad dependen de ello —decidí que esa era la respuesta que mejor explicaba mi situación.

—¿No participas por lealtad, entonces? —inquirió la Dama.

Me revolví contra el suelo. A los demás solo les había hecho una pregunta.

—Todo lo que hago es por lealtad. Lealtad a mí misma, lealtad a las personas que quiero.

Tragué saliva, nerviosa ante la facilidad con que la respuesta había encontrado su camino hasta mi boca. Deseé que mis palabras fueran suficiente para contentar a la Dama. A mi alrededor, pude notar decenas de ojos clavados en mi persona.

La Dama inclinó su cabeza en un leve asentimiento. Sus dedos abandonaron mi barbilla y su presencia se alejó de mi campo de visión. Liberé el aliento que no sabía que había estado conteniendo y cerré los ojos durante unos segundos.

Traté de calmar mis respiraciones, centrando mi atención en la oscuridad que me rodeaba. Conforme respiraba, pude notar como un manto de sombras estrelladas acariciaba las paredes de mi escudo. Fue una sensación fresca, constante y calmada. Como si tratara de tranquilizarme.

Abrí los ojos y me giré hacia la Dama, que aguardaba a escasos metros, mirando paciente la linde del bosque. Más allá de ella, la noche me devolvía la mirada. Entonces, el ser más legendario de Lyssandria comenzó a hablar.

—Cien años de pruebas y cambios llegan a su fin. El desenlace, como siempre, depende de vosotros. Las reglas son simples. Al inicio de cada una de las tres pruebas, se os darán unas normas que durarán lo que dure la prueba. Infringir esas normas conlleva la descalificación. Por lo demás, sois libres de obrar como creáis conveniente. No se os permitirá salir del palacio, ni hablar con vuestras cortes, salvo al final de cada prueba. Al final de la tercera y última prueba, aquel campeón o campeona que haya conseguido terminar y hacerse con el orbe de mi poder se erigirá como vencedor, poniendo así fin al castigo autoinfligido y brindando a su corte un poder sin igual. Guardianes de las cinco cortes, hijos e hijas de Lyssandria, doy por comenzado el quinto y último torneo en mi nombre. Que gane el mejor.

CAPÍTULO XXX

No podía evitarlo, sus poderes se atraían como dos imanes. La oscuridad de ella llamaba a la suya.

Los días siguientes se sucedieron en una maraña de ansiedad y espera. Como era tradición, la Dama de la Noche no avisaba del momento exacto en el que las pruebas debían iniciarse. Lejos de calmar el ambiente, la incertidumbre hizo que las tensiones se acrecentaran. La sensación de aislamiento era total. Los días se apelotonaban unos encima de otros, como hermanos idénticos e imposibles de distinguir.

Mis días comenzaban siempre igual. Con una ducha helada, no porque el castillo no contara con la magia necesaria como para calentarla, sino porque necesitaba que el frío me recordara quién era. Cada vez que abandonaba la relativa seguridad de mis aposentos, lo hacía armada hasta los dientes.

Las mañanas consistían en su mayoría en sesiones de entrenamiento en las que me obsesionaba en perfeccionar todo lo que había aprendido durante mis meses en la Corte de las Tormentas. Aun así, una parte de mí se mantenía a la espera. No estaba dispuesta a enseñar todas mis cartas, por temor a que mis adversarios aprendieran mis debilidades.

Pretender ser peor de lo que era, sin embargo, resultó ser un ejercicio de lo más motivador. Cuando practicaba con mis dagas, me

esforzaba por errar al menos dos de cada diez tiros. Ahora bien, cuando fallaba, lo hacía a consciencia. Mandando la daga lejos del centro de la diana, pero dando de lleno en el lugar seleccionado.

Agradecía el dolor y los moratones que acompañaban mis supuestos fallos. El dolor, como el agua helada, me ayudaban a mantenerme alerta, a recordar dónde me encontraba y qué era lo que estaba en juego.

Con cada golpe que recibía y cada lanzamiento que erraba, Nuada y Brann aprovechaban para hacer algún tipo de comentario despectivo. Lejos de hacer oídos sordos, yo me limitaba a fulminarlos con la mirada y sonreír mientras imaginaba todas las formas en las que mis armas impactarían contra ellos si se atrevieran a acercarse demasiado.

Oraz siempre salía en mi defensa. Amable y contundente. Con una delicadeza inquebrantable. Levi, por su parte, se dedicaba a observarme desde la distancia, con una sonrisa burlona que decía, sin necesidad de palabras, que sabía lo que estaba haciendo.

Una parte de mí estaba sorprendida de que todavía no me hubiera ofrecido pelear juntos durante los entrenamientos. No estaba convencida de que fuera a decirle que sí. Pero, dada nuestra breve historia, había esperado que fuera el primero en ofrecerse.

Solo me permitía practicar mi magia en la soledad de mi habitación. La fuerte presencia de los espíritus y el ritmo errante de la magia del palacio de la Dama hacían que, hasta el más sencillo de los ejercicios se volviera una tarea imposible. Los otros cuatro campeones parecían haber tomado la misma determinación que yo.

El núcleo de mi poder no estaba feliz ante mi insistencia a reprimirme. Luchaba, día y noche, con sobrepasar mi delicado control. Por una vez, poder y oscuridad parecían estar de acuerdo.

Aunque me era imposible saber con qué clase de magia contaban los demás, más allá de lo que sabía de la magia de cada corte, los entrenamientos me permitieron observar sus fortalezas y debilidades.

Brann era una mole de fuerza bruta y determinación. Y, por mucho que me fastidiara reconocerlo, su técnica era infalible, muy similar a la de Cían. Mi única baza frente a él era ser más rápida y lista.

Nuada era un ser impredecible en todos los sentidos. Nunca había visto a nadie utilizar las combinaciones y movimientos de la Campeona de las Llamas. Era casi como observar una danza en la que pasos conocidos se retorcían en formas y patrones imposibles de imaginar. Por no hablar de que era mortífera. Me recordaba a un animal herido y arrinconado: peligroso en su fragilidad e imposible de anticipar.

Levi, como casi todo lo que rodeaba a su corte, era un misterio. Durante los días de entrenamiento se dedicaba a meditar o hacer ejercicios de fuerza y resistencia. A veces, al acabar el día, podía verlo desde el ventanal de mi habitación repitiendo movimientos y patadas contra un enemigo invisible en el pequeño jardín de sus estancias. Su figura se desdibujaba contra la luz pulsante de la Verdeluna como un astro errante a través de la inmensidad del cosmos. Lento, preciso y demoledor.

Oraz, por su parte, peleaba con una precisión delicada y exquisita. Tan estremecedoramente precisa e inesperada como su constante amabilidad y dulzura. Eran muchas las ocasiones en las que me preguntaba qué hacía alguien como él en el torneo.

Y luego estaba Callum.

Aunque no había visto al Guardián de las Sombras desde el encuentro con la Dama de la Noche, podía sentir su presencia hasta en las esquinas más olvidadas del castillo. No había un momento del

día en el que no asegurara mis escudos mentales para cerciorarme de que todavía seguían en pie.

Aun así, su presencia de abismo nocturno me acompañaba allí a donde fuera. Sus manos estrelladas mantenían un agarre férreo en las riendas de mi cabeza. Estaba segura de que no era más que su manera de intentar intimidarme. Estaba claro que no quería que participara en el torneo. Sus amenazas y descalificativos habían sido más que evidentes en todos nuestros encuentros. Sin embargo, algo dentro de mi poder anhelaba la bruma oscura de su magia.

Una noche, incapaz de dormir y empapada en la esencia constante de los espíritus y de su energía, salí a la terraza para intentar calmar mis nervios. Lo que en realidad necesitaba era hablar con alguien con quien no tuviera que contenerme. Necesitaba las palabras honestas y llenas de cariño de Artio, la risa contagiosa y despreocupada de Orla o las bromas de Cían.

El ruido de cigarras y el aullar de bestias, en las que no quería ni pensar, me dio la bienvenida desde los confines del bosque. Levanté la mirada hacia el cielo, en busca de las constelaciones que tantas veces había espiado con Artio.

—¿No puedes dormir? —preguntó la voz dulce de Oraz a unos pocos metros de distancia.

En el jardín de la habitación contigua, el Campeón de la Corte de las Olas estaba recostado contra el tronco de una secuoya enorme. Desde mi posición, alcancé a ver como varias espirales de agua y rocío flotaban a su alrededor, creando las formas más encantadoras. Pequeños delfines y carpas de colores nadaban en el aire, surcando el silencio de la noche eterna.

—Es la presión de los espíritus. En el Archipiélago casi no se nota. Ya se me hizo difícil acostumbrarme a ello estos meses en la Corte

de las Tormentas. Aquí es casi imposible. Siento que me ahoga —confesé en un susurro conforme me sentaba a su lado.

—Nunca lo había pensado. Supongo que en el continente nacemos acostumbrados a su presencia. Además, esta no es la primera vez que estoy en los dominios de la Dama de la Noche. Ya casi ni lo noto.

—¿En serio? Espero que a medida que pasen los días me suceda lo mismo —murmuré mientras dejaba caer mi cuerpo contra el pesado tronco y encontraba algo de alivio en la quietud de las figuras de agua que Oraz creaba.

Observé, ensimismada, como los pequeños animales cristalinos danzaban con movimientos delicados en la oscuridad de la noche. El brillo esmeralda de la Verdeluna los cubría de sombras verdes y esmaltadas.

—¿Puedo preguntarte algo, Elara? —dijo entonces Oraz, sacándome de mi ligero estupor.

Asentí con una leve sonrisa, complacida ante la posibilidad de poder hablar con alguien sin temor a que pretendiera matarme. No estaba segura de en qué momento lo había decidido, pero estaba convencida de que Oraz no me deseaba ningún mal.

—¿Por qué estás compitiendo en el torneo?

La pregunta me pilló por sorpresa. No porque fuera descabellada o malintencionada, sino porque era muy parecida a la pregunta que me había hecho la Dama unas noches atrás. ¿Acaso no era obvio? Era una campeona más, como todos ellos. Una Baja Fae. Una mestiza que representaba a su corte con la esperanza de romper la maldición.

Con un nudo en la garganta, me di cuenta de que, en realidad, responder a esa pregunta era algo que todavía estaba entendiendo cómo hacer.

—Es la manera que tengo de conseguir mi libertad. Hice un trato para salvar a la única familia que tengo. Si no lo cumplo, esa persona morirá. Necesito sobrevivir y entonces seré libre —respondí, optando por la versión de mi respuesta que hacía referencia a mis razones iniciales.

—Vi cómo te miraban en la presentación de la Dama los integrantes de tu corte, Elara. Aunque estés aquí obligada, estoy seguro de que, si se lo pidieras, te liberarían de vuestro trato.

—No eres la primera persona que me dice eso, pero no es tan sencillo. Ya se lo he pedido. Y, aquí estoy. No se trata solo del trato y de mi libertad. Acabar con la maldición es la única manera que tengo de ayudar a alguien más que también me importa mucho. No hay vuelta atrás a estas alturas.

—Siempre hay otras opciones. Si no bien las que quisiéramos. Todo suele tener más de una solución. Salvo la muerte. Y, a veces, incluso eso —susurró Oraz contra la suave brisa que acompañaba nuestra conversación y mecía sus figuritas.

Una parte de mí quería creerle, pero, si lo hacía, eso significaba que Finnian había decidido ponerme en peligro y no liberarme de nuestro trato, pese a que existieran otras alternativas. Me negaba a aceptar eso.

Tal vez las hubiera, pero estaba convencida de que al Guardián de las Tormentas se le habían acabado las ideas. Mi participación en el torneo era la única manera de darle una oportunidad a Orla. Era normal que el Guardián quisiera arriesgar mi vida y no la de su hermana. Esa verdad dolía, pero no me quedaba otro remedio que entenderla.

—¿Qué hay de ti? —pregunté, intentando cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Por qué participas en el torneo?

—La verdad es que supongo que participo por el mismo motivo que tú. Alguien tiene que hacerlo. Y, si este ha de ser el final, prefiero que sea el mío y no el de alguien a quien quiero.

Las figuras de Oraz dejaron de bailar y se fueron deshaciendo, una a una, convertidas en poco más que gotas de lluvia mecidas por el viento. Sus ojos, claros y transparentes, se cerraron con fuerza, como si intentara deshacerse de las imágenes que los inundaban.

—Pensaba que todos los campeones de este torneo llevabais décadas preparándoos para esto.

—Y así es. De todos modos, ninguna corte se lo juega todo a una sola carta. Supongo que, cuando llegó la hora de decidir quién sería el tributo final, no di oportunidad a que el resto se presentara. Estoy preparado para sacrificarlo todo por mi corte. Sobre todo, si eso significa que aquellos a quien amo tendrán una oportunidad.

Las palabras de Oraz y el fervor de su convicción me acompañaron hasta que, por fin, horas más tarde, el sueño me encontró.



Tras cinco días de una rutina tediosa y una tensión que se podía cortar en el aire, Levi por fin decidió acercarse a mí al final de otra jornada plagada de esperas y entrenamiento.

Me había quedado sola en la sala cuando sus pasos resonaron a mi espalda mientras yo limpiaba y afilaba mis dagas. Algo totalmente impropio de la sibilina agilidad y el silencio con el que acostumbraba a moverse. Era casi como si el Campeón de las Sombras no quisiera sorprenderme.

—Al final nunca me dijiste qué viste esa noche en el claro, Elara. ¿Algún fantasma del pasado? ¿El monstruo que acechaba debajo de tu cama? —ronroneó su voz grave y juguetona.

—¿Qué viste tú? —pregunté por respuesta, los dos podíamos jugar a lo mismo.

Decidí seguir centrada en mi tarea sin girarme para recibirlo. Hablar con Levi era demasiado similar a hablar con Callum. El centro de mi poder se agitó, emocionado, cuando la cara del Guardián de las Sombras abordó mi memoria. Doblegué mi atención sobre los escudos mentales por miedo a que solo pensar en él invocara su presencia. Todo estaba en orden.

—A mi tío abuelo Instuphor el día antes de su decapitación —contestó Levi con un guiño irreverente.

—Si me vas a mentir, no le veo sentido a dignificar tu pregunta con una respuesta.

—Aunque te dijera lo que vi no me creerías, Elara.

—Puedes probar. Te sorprendería.

Levi me observó con el ceño fruncido durante unos largos segundos, como si intentara decidir si merecía la pena incluirme en sus secretos. Finalmente, soltó una bocanada de aire y comenzó a hablar.

—Cada vez que veo a la Dama de la Noche vislumbro a la misma persona. Una que nunca he conocido. No sé ni qué cara tiene, si es que acaso la tuvo alguna vez. Y, aun así, algo me dice que sé quién es —respondió sin apartar sus ojos de los míos. Su semblante serio parecía irreal—. Cuando veo a la Dama veo a la hermana que nunca tuve —continuó de golpe y en un solo aliento. Como si decir las palabras rápido las hiciera menos dolorosas—. Mi madre fue asesinada hace ya muchos años. Estaba embarazada. De hecho, ese fue el motivo de que la mataran, pero esa es una historia triste para otro momento.

La sonrisa rota de Levi me partió el corazón en mil pedazos. Los hijos, tanto para los Altos Fae como para los Bajos Fae, eran algo

escaso y delicado.

—¿Qué aspecto tiene? Tu hermana —pregunté con cuidado.

Levi sonrió. Parecía aliviado de que no hubiera cambiado de tema. Como si el hablar de su hermana fuera algo que no se atreviera a hacer con mucha gente.

—Es una niña, de unos doce años. Es igualita a mi madre, pero con los ojos de mi padre. Me recuerda un poco a mí, cuando era más joven —confesó con los ojos tristes de quien anhela algo que nunca ha tenido. Aquella era una mirada que yo conocía demasiado bien.

Tal vez fue ver reflejada en la cara de Levi la emoción que tantas veces plagaba mi corazón, o tal vez fue la delicadeza y el cariño con los que habló de su hermana..., pero, por algún motivo, no me paré a medir o analizar mis palabras, no tuve miedo de las consecuencias.

—No sé a quién pertenece el rostro que vi en la Dama de la Noche —confesé—. Es una mujer, la más hermosa que he visto nunca, pero no consigo reconocerla. Aun así, tengo la sensación de que debería saber quién es, como si la hubiera olvidado y no consiguiera recordarla. Su voz me resulta familiar, se parece mucho a otra voz que me persigue en sueños. Sé que no tiene ningún sentido.

—¿A quién pertenece la voz de tus pesadillas?

—A alguien que me abraza mientras corremos, pero nunca alcanzo a verla con claridad.

—¿Hace cuánto que sueñas con esa voz? —preguntó Levi con gesto preocupado.

—Desde que tengo uso de razón. No recuerdo un momento en el que no poblara mis noches.

Levi meditó mi respuesta en silencio durante unos segundos.

—Las pieles que escoge la Dama no son nunca arbitrarias. Estoy seguro de que tarde o temprano recordarás de quién se trata.

—Pero eso es lo peor, una parte de mí siente que no debo recordar. Que, en el momento en el que recuerde, el dolor de las pesadillas me encontrará de nuevo. Y, esa vez, no podré despertarme.

Levi me miró taciturno, como intentando descifrar la misma pregunta que yo llevaba años haciéndome. Al final, él tampoco fue capaz de darme una respuesta.

—Necesito coger una cosa de mi habitación, pero después tenía pensado volver aquí para practicar rutinas de bloqueo. Si todavía estás aquí, podemos hacerlo juntos —ofreció—. Puedes intentar engañar al resto todo lo que quieras, pero ambos sabemos que te estás conteniendo. Y, desde que tú y yo no somos enemigos, vas a dejar que te ayude a practicar.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Levi negó con la cabeza, soltó una carcajada al aire y comenzó a correr hacia atrás.

—Enseguida vuelvo.

Sonreí con la cabeza ladeada, y volví a centrarme en el filo de la daga que aún sostenía entre las manos. Lo cierto es que las preguntas y el no saber eran algo que me acompañaba desde que era pequeña. De alguna manera había crecido acostumbrada a ello. Aun así, la figura de la Dama de la Noche y su voz de perlas todavía me perseguía.

Al cabo de unos minutos los pasos apresurados de Levi volvieron a resonar contra el mármol. Continué, absorta en mi tarea, mientras la daga se deslizaba entre mis manos.

—¡Sí que te has dado prisa! Debes de tener unas ganas tremendas de que te quite esa sonrisa burlona de la cara —chinché sin girarme.

—Más bien lo contrario —respondió una voz áspera.

Un tufo a musgo gris y corteza invadió mis sentidos haciendo que todo mi cuerpo se pusiera en tensión. Con una velocidad de la que no me creía capaz, empuñé con fuerza el arma que estaba afilando y me giré hacia la voz. Sin embargo, esa vez, Brann fue más rápido.

El Campeón del Bosque arremetió contra mí con una fuerza descomunal, blandiendo una espada casi tan grande como él mismo. Nuestros cuerpos impactaron con un estruendo y mi espalda chocó contra el suelo helado de la sala de entrenamiento con un golpe seco que me dejó sin aliento.

A diferencia de nuestro último encuentro, Brann no empujó su cuerpo contra el mío, sino que empuñó con fuerza la espada en dirección a mi torso. El centro de mi poder comenzó a latir, desesperado, exigiendo que lo dejara salir a protegerme. A su lado, la oscuridad chillaba intentando liberarse.

Luchando contra todo el ruido y el zumbido incesante de los espíritus, liberé las ondas de mi poder, que parecía aullar triunfante ante su liberación. Sin embargo, no fue suficiente para retener el golpe por completo. Solo pude desviarlo. La cuchilla se hundió en la carne de mi muslo derecho, desgarrando piel y músculo en un corte largo y feo. Brann sonrió triunfal, una sonrisa de sangre que prometía terminar con todo.

A lo lejos, pasos y voces resonaron en el pasillo.

—Disfruta de eso, Hadaës. Nos vemos al otro lado, si es que consigues sobrevivir.

¿Por qué demonios no me remataba? Observé confusa como Brann envainaba la espada y me miraba con un odio profundo y satisfecho. Se alejó sin oponer resistencia cuando los demás llegaron alertados por nuestros alaridos. El grito ahogado de Oraz y las maldiciones de Levi llegaron a mis oídos en retazos enrevesados.

Con el corazón en la garganta, y la adrenalina corriendo por mis venas, presioné con fuerza la herida. La sangre, roja y espesa, salía a borbotones lentos y pausados. La herida no me mataría, pero iba a hacer que perdiera días de entrenamiento. Siendo Hadaës, tardaría horas en cerrarse lo suficiente para poder andar sin dolor.

Nuada sonrió encantada al entrar a la sala, sin duda alertada por los gritos de los demás campeones. Oraz se arrodilló a mi lado y me apartó las manos con delicadeza.

—Deja que le eche un vistazo, Elara.

Antes de que pudiera contestar, un estallido de luz y vibración inundó la sala de entrenamiento. Un nuevo portal se había abierto en el centro de la habitación. Desde el otro lado, la voz de la Dama de la Noche resonó vigorosa contra las paredes de perla.

—La primera prueba va a dar comienzo.

CAPÍTULO XXXI

Resistir el pulso asesino de su oscuridad fue doloroso. Su único consuelo fue que sus tendencias homicidas eran tan fuertes como las de ella.

Todo sucedió demasiado rápido y lento a la vez. Fui vagamente consciente de como unas manos fuertes me sujetaban los hombros, mientras otro par de manos, esta vez más delicadas, apretaba algo con fuerza alrededor de mi pierna.

—¡Espíritus! Mierda, Oraz, hay que hacer algo. No hay tiempo, está a punto de empezar.

—Estoy en ello. Elara, intenta no moverte.

Era más fácil decirlo que hacerlo. No podía responder sin gritar y todo estaba borroso. Algo parecido a un gruñido de asentimiento abandonó mis labios mientras dejaba que ambos campeones me sujetaran. Alguien apartó mis manos de la herida y las sustituyó con las suyas ejerciendo presión.

—Es mucha sangre, ¿no?

—¡Vaya, gracias, Levi! Ahora me quedo mucho más tranquila —gruñí antes de soltar una ristra de maldiciones cuando un segundo par de manos comenzó a inspeccionar la zona dañada.

El aludido se encogió, incómodo.

—Perdona, Elara, necesito ver bien la herida —se disculpó Oraz—. No se está curando como debería, creo que la espada estaba

envenenada.

—En cuanto empiece la prueba voy a matar a Brann —escupió Levi.

—No seré yo quien defienda a Brann, pero ambos sabemos que esa es una idea nefasta y ahora deja de decir tonterías y presiona aquí.

Un pinchazo de hielo y escarcha penetró en mi piel, haciendo que los dientes me castañearan y que mi poder titubeara, curioso, alrededor de la inesperada sensación.

—Esto es todo lo que puedo hacer por el momento, Elara. Debería aguantar lo suficiente como para que acabes la prueba. Después necesitará atención de un sanador. No sé qué tenía impregnada la espada de Brann, pero el corte no se está cerrando todo lo rápido que debería, ni siquiera con mis poderes. Entre este apaño y tu magia aguantará sin seguir sangrando durante la prueba.

No podía atender a otra cosa que no fuera la figura corpulenta y salvaje de Brann, que sonreía de oreja a oreja en mi dirección. Sus cuernos marrones resplandecían bajo el brillo del portal. Me dedicó una última mueca envenenada y cubierta de espinas y enredaderas antes de cruzar el halo brillante tras Nuada.

Las manos fuertes que me sostenían me levantaron con cuidado. Un estallido de dolor me atravesó la pierna hasta dejarme sin aliento. Me tambaleé, incapaz de retener las lágrimas. Las manos de Levi me apretaron con fiereza, dispuestas a no dejarme caer.

—Elara, ¿entiendes lo que te está diciendo Oraz? —preguntó Levi, sacudiéndome ligeramente y haciendo que lo mirara a los ojos.

Asentí, esforzándome por ignorar el dolor pulsante que se me extendía por la pierna.

—Mi pierna está fatal y tú quieres matar a ese cabrón.

—No lo habría resumido mejor. ¿A que es un buen plan? —Levi me apretó los hombros con cariño. Después me obligó descansar la mayor parte de mi persona sobre su cuerpo para ayudarme a caminar. ¿Cómo se suponía que iba a enfrentarme a la prueba si apenas podía sostenerme en pie?

—La primera prueba va a comenzar, Elara —dijo Oraz, captando mi atención—. He congelado la herida, es algo que hacemos en mi corte cuando no hay tiempo de tratar una lesión de inmediato. No puedo hacer nada por el dolor, pero al menos así no te desangrarás. En teoría, al menos.

—¿En teoría? —interrumpió Levi, alarmado.

—Aguantará —repitió mi sanador.

Asentí, incapaz de unirme a la seguridad de su convicción pues aquello dolía como mil demonios. Maldije en todos los colores e idiomas que conocía y a todos los espíritus habidos y por haber. ¿Cómo había sido tan descuidada de dejar que algo así ocurriera?

—¿D-dónde has aprendido a hacer esto? —balbuceé mientras examinaba la fina capa de escarcha que recorría la herida abierta de mi muslo.

Era como si la capa de hielo hubiese detenido la hemorragia, congelando la herida en el tiempo y encapsulándola en un segundo de dolor y sangre.

—La Corte de las Olas es conocida por nuestra medicina y prácticas sanadoras. Todos aprendemos a hacer cosas así desde que somos pequeños, es parte de nuestra magia.

—Tenemos que entrar en el portal, Elara. ¿Puedes caminar? —preguntó Levi con gesto serio.

Di un par de pasos tentativos. No podía permitirme centrarme en lo mucho que dolía; si lo hacía, no lograría superar la prueba. El pulso de mi poder se arremolinó, cariñoso, contra mi pecho, como si

intentara darme fuerzas. Mientras tanto, la oscuridad bramaba en mi interior, sedienta de sangre.

—Estoy bien —dije sin lograr ocultar la tensión en mi voz—. Vamos.

Levi y Oraz intercambiaron una mirada de preocupación. Oraz abrió la boca para decir algo más, pero Levi se le adelantó.

—No tiene sentido retrasarlo más. Nosotros te cubriremos las espaldas —dijo, antes de atravesar el portal en dos grandes zancadas.

Abrí la boca para protestar y dejarles bien claro a ambos que no necesitaba su ayuda. Pero, antes de que pudiera decir nada, Oraz desapareció también y no me quedó otra opción más que seguirlos. El calor frío y desorientador del portal me envolvió durante unos segundos cegadores.

Como en un Salto Irisado, tuve que luchar por aguantar el impulso de vaciar el contenido de mi estómago, respirando profundamente por la nariz. Cuando por fin logré zafarme de las garras del portal, el sonido atronador de cientos de personas gritando invadió todos mis sentidos.

Aparecí en el centro de un anfiteatro descomunal. A mi alrededor, cientos de Altos Fae gritaban suspendidos en unas gradas abarrotadas que rodeaban por completo el gran hemiciclo. Los cinco campeones nos encontrábamos a los pies de una maraña de enredaderas gigantes. Las plantas eran enormes, y bajo el brillo de la Verdeluna, resplandecían en dos tonalidades de verde diferentes.

El mar de espinas y cortezas se extendía a lo largo de toda la arena. Desaparecía en la negrura de la noche eterna, rodeado de sombras y pesadillas. Pequeñas bolas de fuego suspendidas en el aire iluminaban de manera fantasmagórica el escenario de nuestra tortura.

Alcé la mirada, luchando contra el mareo y las ganas de vomitar. Escudriñé el espacio que, sin duda, parecía la tribuna. Una decena de sitios, ligeramente más acolchados y espaciosos que el resto, se erguía en la parte superior derecha de las gradas. Esparcidos en sus asientos, charlando animosamente, logré distinguir algunas de las caras que habían atendido a la valoración de la Dama y que habían bebido y bailado en Natsunna. Esas mismas caras ahora reían despreocupadas, ávidas del comienzo del espectáculo.

En la parte superior de la tribuna, dos pares de ojos color ocre me miraban casi sin pestañear, mientras sus dueños hablaban rápido y entre susurros. Orla negaba efusivamente con la cabeza, mientras Finnian parecía repetir, una y otra vez, las mismas palabras en su oreja. Cuando nuestros ojos se encontraron desvió la mirada, agarrando con fuerza la mano de su hermana, que había comenzado a levantarse, para mantenerla en el sitio. No pude evitar que el corazón me diera un vuelco.

Sabía que no podía hacer nada para ayudarme. Me obligué a creer esas palabras, en un intento desesperado de acallar las dudas que amenazaban con consumirme. Me forcé a continuar explorando la tribuna. El resto de los Guardianes de las cortes aguardaban pacientes, hablando con la multitud de Altos Fae ataviados con extravagantes ropajes.

Mi oscuridad comenzó a latir, furiosa, en el centro de mi pecho. Éramos un mero entretenimiento. Para ellos parecía que no había vidas en juego ni una maldición que romper. Entonces, mis ojos impactaron de lleno con una mirada negra y fría como la propia noche. La cara de Callum era la perfecta imagen de la indiferencia. Sin embargo, sus ojos envueltos en sombras me recorrieron con determinación.

Al posarse sobre mi pierna, su mandíbula se tensó. El gesto fue tan repentino que desapareció antes de que pudiera siquiera pensar si había sido real. A su lado, Umbra susurró algo entre coqueteos. Para mi sorpresa, Callum le regaló una sonrisa arrebatadora, murmurando de manera confidencial, lo que hizo que Umbra riera con ganas, agarrando el brazo del Guardián con familiaridad.

Pegado a Umbra en el lado opuesto a Callum, un hombrecillo delgaducho meneaba la pierna con nerviosismo. Me llamó la atención su constitución huesuda y frágil, tan alejada de la del resto de los Altos Fae. El extraño murmuró algo hacia la Guardiana del Bosque quien se limitó a batir una mano desdeñosa antes de volver a posarla sobre la rodilla de Callum.

Mi oscuridad rugió con fuerza y estuve a punto de no lograr frenarla a tiempo. No entendía qué demonios me estaba pasando. Umbra podía tocar a Callum todo lo que quisiera, me traía sin cuidado.

—Tienes lo que te mereces, Hadaës —escupió Brann a mi lado.

No me digné a contestarle. Mis ojos estaban pegados en la tribuna. Callum y Umbra intercambian sonrisas cómplices y risas fáciles. Los ojos de la Guardiana del Bosque se posaron leventemente sobre mí, y, pese a la distancia, casi pude jurar que su sonrisa se hacía todavía más amplia.

—¿Quién te ha hecho eso?

La voz profunda de Callum vibró en mi mente haciendo que todo el ruido de alrededor desapareciera. Yo quería apartar la mirada, pero no logré hacerlo. Fui vagamente consciente de como un par de *derrigan* aparecía frente a los campeones.

—Métete en tus asuntos y déjame en paz.

Me esforcé en impregnar cada una de mis palabras con todo el odio y frustración que sentía. ¿Cómo se atrevía a dirigirse a mí,

mientras estaba allí sentado riendo como los demás?

—Mantén tus escudos intactos y no tendré que verme forzado a oír tus pensamientos. Y ahora responde, ¿quién te ha hecho eso?, insistió.

Su presencia no salió de mi cabeza, aun así, Callum actuaba como si nada, charlando tranquilamente con Umbra.

—Me sorprende que tu amiga no te lo haya contado todavía. Cualquiera diría que os estabais riendo de eso hace unos segundos.

—¿Celosa, Tiniebla? No deberías, ya te dije que solo hay una mujer por la que me arrastraría.

—Estás mal de la cabeza.

—¿No lo estamos todos?

La oscuridad se retorció incómoda. Su fuerza me quemaba por dentro, haciendo que todo mi cuerpo ardiera. Necesitaba implosionar. Estallar. Dejar que todo a mi alrededor se consumiera. Acabaría con todos ellos. Aunque fuera lo último que hiciera.

—Respira. Focaliza tu furia en las enredaderas y no en los ojos que te observan. Si dejas que el dolor te arrastre, no saldrás con vida de aquí.

—Guárdate tus consejos para quien te los pida.

No me molesté en esperar a que me contestara. Cerré los escudos de mi mente con toda la fuerza que fui capaz de conjurar. Al devolver la vista al frente me encontré con un frasco de cristal opaco flotando a escasos centímetros de mi cara.

—Bebe esto —ordenó una de las sacerdotisas.

—¿Qué es? —pregunté, confusa.

Pero ni las sacerdotisas ni los *derrigan* contestaron. Me observaron sin mediar palabra. Arrugué la nariz y miré a mi alrededor. Los otros cuatro campeones parecían debatirse igual que yo. Pero el tono de las sacerdotisas no daba pie a discutir.

Al final, todos consumimos el contenido de los pequeños frascos. Por algún motivo, había esperado un sabor desagradable. Sin embargo, el líquido era suave y fresco con un ligero aroma a crisantemo y menta.

—Bonita pierna —suspiró Nuada en mi dirección mientras ajustaba los guantes que cubrían sus brazos hasta la parte superior del codo.

Abrí la boca para contestar, pero el eco brillante y eterno de la voz de la Dama de la Noche comenzó a reverberar a través del anfiteatro. De un plumazo, todo el público enmudeció. A lo lejos, y aunque no alcanzaba a verla, la Dama comenzó a hablar. Fui vagamente consciente de sus palabras.

Empecé a notar el sabor mentolado de la pócima que acababa de ingerir mientras recorría mi interior. Sentí como se infiltraba en cada partícula de mi ser, pegajoso y ajeno. Supe enseguida que algo estaba mal. Muy mal.

Busqué, frenética, el pulso del poder que siempre me acompañaba. Incluso deseé toparme con la oscuridad que tanto evitaba. Pero era como si mi inseparable compañera me hubiera abandonado. Una sensación de vacío abismal se apoderó de mí. Me era casi imposible respirar. Sentí como si la magia hubiera abandonado mi ser. A mi alrededor, el resto de los campeones parecía estar experimentando algo similar.

Comprobé, aliviada, como la escarcha que Oraz había creado sobre mi herida no desaparecía. Fuera lo que fuera lo que nos habían dado, solo parecía afectar a nuestra magia interna y no a los encantamientos externos que otros hubieran aplicado sobre nuestra persona. Aunque eso quería decir que mi herida no se abriría, también significaba que el veneno de la espada de Brann no desaparecería de mi cuerpo hasta que recobrara el acceso a mi poder.

—La primera prueba ha comenzado —susurró desde algún lugar del anfiteatro la voz de la Dama—. Lo único que los cinco campeones tienen que hacer es lograr llegar al otro lado del campo de enredaderas antes de que finalice la hora. Han sido despojados de sus poderes. Su conexión con la magia de los espíritus les será inútil. Para llegar al otro lado, deberán servirse únicamente de su ingenio. Aquellos que lo consigan, estarán un paso más cerca de la gloria. Aquellos que no lleguen a tiempo, se unirán a la enredadera. Que los espíritus estén a vuestro lado.

Las palabras de la Dama fueron ahogadas por el estruendo de la multitud en un estadillo de aplausos y gritos. A lo lejos, el reverberar metálico de una campana vibró en el cielo verdinegro. En medio del estruendo, la pared de enredaderas, que escasos segundos atrás aguardaba paciente a unos metros, se convirtió en un infierno de lianas espinadas retorciéndose unas sobre las otras. Durante unos largos segundos, me quedé inmóvil, observando con la cabeza inclinada el caos de musgo y dolor que se arremolinaba a escasos metros.

—¡Elara, vamos! —gritó Levi, desenvainado su espada mientras comenzaba a correr en mi dirección.

Alguien tiró de mi brazo, sacándome de la parálisis.

—¡Por aquí! Entre los tres podemos intentar bloquear las vainas —vociferó Oraz a marchas forzadas mientras me empujaba sin miramientos hacia Levi.

Me dejé arrastrar, más por la confusión que por estar de acuerdo con sus palabras. Pero ¿acaso no era aquello lo que yo había querido durante mi entrenamiento? Campeones trabajando juntos para sobrevivir y acabar con la maldición. En algún lugar de mi cabeza, las advertencias de Finnian resonaron con fuerza: «No puedes confiar en nadie».

—Pero ¿qué os pasa? ¡No me esperéis! Solo voy a retrasaros —gruñí, zafándome de su agarre. No podía permitir que nadie más saliera herido por mi culpa.

—No tienes que hacerlo todo tú sola, Elara —contestó Oraz, esos ojos aguamarina mirándome con gesto triste.

—No hay tiempo para tonterías. Lo importante es salir de aquí con vida —dijo Levi con semblante serio.

Quería rebatirles y obligarlos a que me dejaran sola. Quedarse a mi lado solo iba a hacer que sobrepasar las enredaderas fuera una tarea imposible. Todos mis pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido que siguió a continuación. Una tormenta de graznidos y alas furiosas contra la Verdenoche invadió el anfiteatro.

Giré la cabeza, justo a tiempo para ver como una bandada gigante de Dearg Due, unas bestias rabiosas y sedientas de sangre, surcaban el cielo oscuro con paso inexorable en nuestra dirección.

—¡Corred! —aulló Levi.

No tuvo que decirlo dos veces. Haciendo caso omiso del dolor de mi pierna, desenfundé dos de mis dagas y eché a correr hacia el infierno verde que nos aguardaba.

Los graznidos de las bestias retumbaron en el aire. Había leído sobre ellas, pero jamás las había visto con mis propios ojos. Los Dearg Due eran grandes criaturas aladas, parecidas a los murciélagos. Habitaban las cumbres heladas de la Corte de las Tormentas y las cuevas más recónditas de la Corte de las Llamas. Las bestias estaban ciegas, pero el olor a sangre las hacía casi letales. Podían localizar a una presa herida a kilómetros de distancia. Y, una vez que probaban su sangre, no paraban hasta dejarla seca.

El momento en el que mi cuerpo impactó contra las enredaderas todo se volvió borroso. Su inmensidad filtraba el poco brillo que ofrecía la Verdeluna. Tras de mí, la planta se cerró sobre sí misma,

bloqueando el frenesí del mundo que aguardaba fuera. Quedé encerrada en un silencio falso y oscuro, acompasado por el chasquido perezoso de las espinas moviéndose contra los tallos y el suelo del anfiteatro.

El rugir de los Dearg Due y de la grada quedó transformado en un zumbido lejano al otro lado de mi actual pesadilla. Los enormes tallos se movían de manera lenta pero concisa. Espinas grandes como manos sobresalían de algunas de las plantas; negras, afiladas y relucientes bajo el brillo de la noche que alcanzaba a llegar dentro de la enredadera.

Empuñé con más fuerza las dos dagas que me acompañaban. La ausencia de mi poder me provocó un vacío incómodo, como si me faltara una extremidad. Giré la cabeza, en busca de Levi y Oraz, pero no logré ver a nadie. El aroma a madreselva y hiedra era tan potente que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Noté un pequeño tirón en el pie derecho. Sobresaltada, miré hacia abajo. Para mi horror, pequeños tallos verde menta que manaban de la enredadera principal luchaban por rodearme el tobillo con fuerza. De una estocada, corté los pequeños tentáculos y sacudí el pie. La enredadera continuó su particular baile a mi alrededor. Por un momento, el pánico se apoderó de mí. ¿Y si acababa ahogándome?

Comencé a avanzar por el pequeño claro en el que me encontraba. A lo lejos vislumbré un breve destello plateado. Venía de lo más profundo de la maraña. El pequeño resplandor parpadeó de nuevo, desde un punto alto. Sin saber muy bien hacia dónde dirigirme, decidí intentar llegar hasta allí. Tendría que escalar a través de los tallos sorteando las espinas, pero podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Hice caso omiso del dolor de mi pierna y elevé una plegaria a todos los espíritus con la esperanza de que guiaran mis pasos. Con

la ayuda de los filos de mis armas comencé a escalar la enredadera. Clavé con fuerza una de ellas contra el tallo fibroso para usarla como punto de apoyo.

En el instante en el que la hoja entró en contacto con la planta esta pareció cobrar vida. El oscuro tallo se retorció, zarandeándome, mientras sus hermanos espinados se abalanzaban sobre mí. Logré apartarme en el último momento, pero la planta continuó sacudiéndose. Era casi imposible mantener el equilibrio.

Aprovechando el impulso de la planta, se me ocurrió utilizar sus movimientos a mi favor. Si la cabreaba lo suficiente, tal vez conseguiría que me lanzara más cerca de mi objetivo. Apreté las piernas con fuerza, la herida en mi muslo protestó. Una vez que estuve segura de que no me caería, apuñalé la enredadera con todas mis fuerzas. Una y otra vez, hundí mis dagas en la carnosa superficie.

Los movimientos del tallo se tornaron aleatorios y furiosos, amenazando con empalarme contra los cientos de espinas que me rodeaban. Fui vagamente consciente de las decenas de cortes y arañazos que estaban haciéndome en la piel.

En el instante en el que el tallo se retorció hacia el punto más alto, me dejé caer. Sin la protección de mi poder, mi cuerpo rebotó contra la maleza esmeralda con tanta fuerza que pensé que iba a perder el conocimiento. Caí de espaldas en una especie de claro diminuto. El golpe seco contra la tierra me dejó boqueando como un pez fuera del agua. A lo lejos, pero mucho más cerca que antes, el brillo plateado parpadeó de nuevo, mofándose de mí.

—Estaba convencido de que eras patética, pero no esperaba que me lo pusieras tan fácil. Seguro que, si te dejo aquí, acabarás por matarte tú sola sin necesidad de que yo intervenga —ronroneó una voz llena de desprecio entre las enredaderas.

Esta vez estaba preparada. No dejé que Brann me cogiera desprevenida. Me levanté de un salto, haciendo caso omiso de las protestas de mi cuerpo y el dolor que las acompañaba. Luego, más tarde, me preocuparía de mis heridas.

—¿Has venido a terminar lo que empezaste?

—No es nada personal, Elara. En el fondo ambos sabemos que el torneo acabará contigo tarde o temprano. Así que lo mejor es cortar el problema de raíz. Tu presencia solo entorpece nuestra misión. Estoy seguro de que lo entiendes. —Brann sujetaba su espada con pereza, como si yo supusiera una amenaza menor que un mosquito.

—Yo estoy convencida de que ni tú mismo entiendes la mitad de lo que dices.

No me paré a ver qué contestaba, aunque disfruté de su mueca de confusión. De un salto arremetí contra él con dagas en ambas manos y un grito escapando de lo más profundo de mi garganta. Contemplé, encantada, como una de mis hojas atravesaba su hombro izquierdo. El olor a sangre chocó con mis sentidos. Aquello iba a ser un problema, debía darme prisa.

Un rugido de rabia contenida escapó de sus labios. Pese a mi breve victoria, Brann se recuperó con una velocidad asombrosa. El sonido del choque de nuestras armas parecía ser la única cosa que se oía. Eso y nuestros gruñidos entrecortados.

Luché con toda la fuerza que me quedaba, dejando que todas las enseñanzas de Cían fluyeran a través de mis movimientos. Volqué toda mi frustración y mis miedos en la pelea. Pero Brann era fuerte y había sido creado para luchar. Sus movimientos eran certeros. Por cada estocada que conseguía encajar, Brann respondía con el triple de potencia. Golpe a golpe, rugido tras rugido, estaba ganándome terreno.

—Qué patético. Sin ofender, pero el cuerpo de una Hadaës tiene poco que hacer en este torneo. La sangre de los humanos era débil. Por algo los aniquilamos.

—Solo tú podrías alardear de un genocidio —escupí.

Brann me empujó hacia el extremo del pequeño claro, forzando mi espalda contra una enredadera. Bramé de dolor cuando una espina abrió una herida en mi espalda. De una estocada mi adversario se deshizo de mi daga. Después, con una risotada elevó ambos brazos para atestarme el golpe de gracia.

Antes de que pudiera acabar conmigo, el zumbido repentino de una flecha surcó el aire e impactó de lleno contra su pectoral. No fue un flechazo mortal, pero sí me proporcionó una distracción suficiente para enviarlo de una patada al suelo. No le di oportunidad para recuperarse, clavé otra daga en su muslo. Brann gritó enrabietado, lo que solo hizo que mi furia aumentara. Con toda la potencia de la que fui capaz, le di un puñetazo en la cabeza que lo dejó sin conocimiento.

—¡Elara! —llamó Oraz desde el otro extremo del pequeño claro.

Su figura avanzó, sutil y arco en mano, hasta situarse frente a mí, bloqueando el cuerpo de Brann. La sensación de alivio que me invadió al ver al Campeón de las Olas me resultó extraña. Apenas nos conocíamos y, aun así, su presencia me hizo sentir menos sola. En el poco tiempo que llevábamos juntos ya me había mostrado más empatía y bondad que la mayoría de las personas a lo largo de mi vida.

—Tenemos que seguir avanzando.

—Debería matarlo. Haría que todo fuera más sencillo.

—Quitar una vida no es tarea fácil, Elara. Y menos de manera consciente y premeditada.

Estaba claro que el campeón hablaba por experiencia propia. Quería preguntar, saber más. Pero también quería venganza.

—Es un monstruo.

Oraz buscó mis ojos, apretando mis hombros con cariño.

—Es una marioneta, como tú y como yo. Matarlo no solucionará nada. Brann no es el enemigo real. Solo el mensajero.

Sabía que tenía razón. Al fin y al cabo, como todos los demás, Brann solo era una extensión de su Guardiana. Aun así, una parte de mí no podía ignorar la sed de sangre. Quería verlo sufrir, hacer que se sintiera indefenso, que supiera lo que era el miedo. No me hizo falta el rugir de mi oscuridad para saber que estaría de acuerdo.

—Él nos habría matado.

—Llegará el día, Elara, cuando no tengas otra alternativa. Pero no es hoy. Deja que tu alma descanse intacta un poco más.

El toque lejano de una campana interrumpió la protesta que había comenzado a articular.

—Ya ha pasado la mitad del tiempo —explicó Oraz—. Debemos darnos prisa. He visto un camino algo despejado un poco más hacia el este.

Seguí la dirección de la mirada de Oraz sobre mi hombro. Entre el movimiento de las enredaderas se adivinaba un espacio ligeramente libre de su presencia.

—¿Si lo has visto por qué has vuelto a por mí? Podrías estar ya casi al otro lado, Oraz.

—¡Creo que eres la persona más cabezota que he conocido, y eso es decir mucho teniendo en cuenta que tengo dos hermanos menores! ¿Qué parte de *no tienes que hacer esto sola* no has entendido? ¿Acaso te he congelado el cerebro en lugar de...?

Un ruido líquido y ahogado escapó de entre los labios de Oraz. Me giré para mirarlo.

No vi la sombra que se avecinaba.

No vi el vuelo brutal de la espada.

Lo único que vi fue la boca de Oraz llenarse de sangre y el filo de la espada de Brann mientras le atravesaba el pecho.

CAPÍTULO XXXII

Jamás se había sentido tan orgulloso, tan cachondo y aterrorizado al mismo tiempo. Sus palabras susurradas le perseguirían en sueños. El charco de su sangre atormentaría sus pesadillas durante el resto de sus días.

Los ojos claros y profundos de Oraz se abrieron, sorprendidos. La broma que había comenzado a hacer quedó perdida para siempre en una media sonrisa salpicada de sangre.

Fui testigo, sin poder hacer nada, de cómo la espada de Brann volvía a atravesar el pecho del Campeón de las Olas con un movimiento preciso. Oraz cayó al suelo en el mismo instante en el que Brann retiró el arma de un tirón.

A lo lejos, un estruendo infernal se apoderó de la noche. El suelo tembló bajo nuestros pies y una corriente de ruido contenido lo inundó todo. Tuve la certeza de que algo había abierto una brecha en la enredadera, lo que solo podía significar una cosa: las bestias no tardarían en alcanzarnos. A escasos metros, Brann levantó la cabeza, su ceño fruncido era una indicación de que había llegado a la misma conclusión que yo.

—Esto no ha terminado —escupió antes de desaparecer entre la maleza.

Yo solo podía ver como la sangre de Oraz brillaba bajo la Verdeluna. Los alaridos cada vez más próximos de los Dearg Due se

mezclaron con el aullido que escapó de mi garganta. Me arrodillé para presionar la herida de su pecho. La sangre salía a borbotones. Se metió por entre mis guantes, pero yo no dejé de apretar.

—Aguanta, aguanta, aguanta —repetí una y otra vez.

Los ojos de Oraz miraban sin ver, perdidos en algún lugar del mar de estrellas escondidas que nos observaba impasible. Una presencia oscura y familiar golpeó con fuerza las paredes del escudo que protegía mi mente. Intenté bloquearla, pero ya casi no me quedaban fuerzas. No tenía magia con la que seguir nutriendo y fortaleciendo mi escudo. Sin mi poder, no tardaría en caer.

Con los ojos llenos de lágrimas dejé de presionar al comprobar que su pulso se había extinguido, y noté, de nuevo, como la presencia arremetía sin descanso contra mi mente. No fui capaz de seguir conteniéndola.

Sal de ahí, Tiniebla. No puedes hacer nada.

Intenté contestar, pero no fui capaz de localizar el canal de noche y sombra que nos conectaba. No había lugar en el que volcar mis palabras.

Pequeñas enredaderas comenzaron a rodear el cuerpo sin vida de mi inesperado amigo. Una a una, fueron abrazándolo con delicadeza. En tan solo unos segundos se apoderaron de Oraz y comenzaron a tirar de él. El cuerpo del Campeón de las Olas se perdió entre la vegetación y yo me quedé sola.

¡*Levántate, Elara! ¡Maldita sea*!

Los graznidos de los Dearg Due se oían cada vez más cerca, pero mi cuerpo seguía sin responder. Quería hacerlo. De verdad que sí. Pero las extremidades pesaban como rocas.

Lucha. Este no es el final.

Una cuchilla de dolor me atravesó la espalda. Algo cerró sus fauces sobre la herida que habían abierto las espinas y clavó sus

colmillos sobre mi piel succionando y bebiendo mi sangre. Me revolví intentando zafarme de la bestia que se alimentaba de mi sangre y me estrellé contra la enredadera más cercana. El golpe repentino aturdió a la bestia el tiempo suficiente para que pudiera deshacerme de ella.

Decenas de criaturas surcaban la pequeña burbuja de aire, descendiendo en picado. Desenvainé una daga y comencé a lanzar mis cuchillas hacia el aire. Una tras otra impactaron contra los Dearg Due que se abalanzaban sobre mí. Ignoré el dolor y el pánico que me invadían. Dejé que mi cuerpo se perdiera en el movimiento. Y, aunque de momento estaba funcionado, no sería capaz de mantener ese ritmo mucho más tiempo. Había perdido demasiada sangre y su olor solo enfurecía más y más a las bestias.

Con el rabillo del ojo noté que las enredaderas continuaban su marcha. Aquellas que tenían espinas se movían. Mientras que las que carecían de las mismas aguardaban, latentes. A unos pocos metros de distancia, el arco y las flechas de Oraz esperaban esparcidos en el suelo. Una idea comenzó a tomar forma en mi cabeza.

Esquivando los continuos ataques de las bestias conseguí avanzar hasta el arma. La tomé con manos firmes y, sin pensarlo demasiado, impregné una de las flechas en mi sangre. Después la coloqué en el arco y disparé hacia una de las enredaderas más lejanas. Mi tiro dio de lleno en su objetivo y la planta comenzó a retorcerse furiosa. Atraídos por el olor, algunos de los Dearg Due más cercanos arremetieron contra ella. Repetí la acción una docena de veces. Cuando la mayor parte del enjambre parecía distraído, eché a correr.

Lo único que mis ojos podían ver, era el brillo plateado que parpadeaba tímidamente, cada vez más cerca. Algunos de los Dearg Due intentaron seguirme, atraídos por la sangre de mis heridas. No

me molesté en depurar mi técnica. En esos momentos lo único que me importaba era que mis dagas, mis uñas o mis dientes impactaran con sus objetivos. Cualquier parte de mi cuerpo era un arma en potencia.

Conforme avanzaba, el brillo plateado comenzó a tomar más fuerza. Cuando tan solo me encontraba a escasos metros de él, me di cuenta de que era otro portal. Solo tenía que correr un poco más y todo habría terminado.

A mis espaldas, las enredaderas seguían atacando, confusas y aturdidas por el olor de mi sangre. Trozos de enredadera caían desde el cielo mientras la propia planta se mutilaba a sí misma en un intento de deshacerse de mi presencia y de las bestias que clavaban sus hambrientos colmillos en su carne. Si no me daba prisa, la enredadera acabaría por llevarme consigo mientras se derrumbaba sobre sí misma.

Me dispuse a saltar para atravesar el enigmático brillo, cuando un dolor cortante me atravesó el hombro. Sin entender, bajé la mirada y encontré una flecha de metal en llamas que sobresalía de mi cuerpo. Haciendo caso omiso de mis instintos más básicos, cerré mi puño alrededor de la fecha y estiré. Con un grito atronador, y la mano en carne viva, conseguí deshacerme de la flecha llameante. Pero no me permití soltarla.

Giré mi cuerpo en busca de mi atacante, a tiempo de ver como Nuada me mandaba un beso desde el umbral del portal. No fui capaz de llegar a tiempo hasta ella antes de que cruzara, pero no me importó.

Antes de atravesar el portal, y con la flecha aún en llamas escamando mi piel, comencé a prender fuego a todas las superficies que me rodeaban. Si la Dama y las cinco cortes querían un espectáculo, eso es lo que iban a tener.

El dolor era un latido secundario que ya no podía herirme. Poco a poco fui pintando de fuego y humo la vegetación que seguía dispuesta a matarme. Solo cuando estuve segura de que el fuego se extendería, dejé caer la flecha. Tenía la palma totalmente quemada, pero yo ya no podía sentir dolor.

Me tambaleé hacia el brillo del portal. Mi cuerpo ya no era capaz de sentir. La nada más profunda me consumía como el fuego a la enredadera. Lejos de marearme, disfruté la sacudida de poder que me invadió al cruzar el portal.

Cuando tomé conciencia de dónde estaba, vi que me encontraba en una plataforma frente a la tribuna. A mis espaldas, o en algún lugar a mis pies, el calor de las llamas y la espesura del humo se sentían como un abrazo reconfortante.

La multitud enloqueció al verme, estallando en un estruendo de vítores y aplausos. El centro de mi poder se revolvió en mi pecho, arrasando mi interior con una fuerza inesperada. Me sentí completa de nuevo cuando la magia volvió a mi ser, pero no me permití saborear el sentimiento.

Lo único en lo que podía centrarme era en la sonrisa afilada de Brann y el rojo oscuro de la sangre de Oraz que todavía impregnaba su espada y mis manos.

—Vaya, vienes sola, Hadaës. ¿Y tu amigo? —escupió entre risas.

Los ojos marrones de Brann me miraron con descaro. Quería matarlo, quería acabar con él, pero la prueba había terminado y no le daría la satisfacción de que me descalificaran. Sin embargo, no había ninguna regla contra los ataques no mortales. Arremoliné todo mi poder en la base de mi mano y, sin dudarlo, me lancé contra él.

A lo lejos me pareció oír que alguien gritaba mi nombre y vi que varias personas se dirigían corriendo hacia mí. La magia de las Tormentas hizo que yo fuera más rápida que todos ellos. En un abrir

y cerrar de ojos estaba frente a Brann. Canalicé todo el odio que me consumía en la daga que todavía sujetaba y dirigí el filo hacia uno de sus cuernos. Mi hoja impactó con determinación, cortando el cuerno por la mitad y haciendo que Brann se desplomara, chillando de dolor. Agarré el cuerno que había conseguido arrancar y lo tiré con rabia hacia la enredadera en llamas.

Lejos, muy lejos, la parte más cuerda que habitaba en mi cabeza me reprendió por aquella temeridad. No le hice caso, con toda la calma que fui capaz de fingir, me arrodillé hasta que mis labios rozaron la oreja de Brann.

—La próxima vez que intentes matarme asegúrate de no fallar, de lo contrario tus cuernos no serán lo único que te arrancaré.

Imitando la mueca triunfal que Brann me había dedicado hacía tan solo unos segundos, me despegué de su cuerpo. Él me observó con el rostro pálido y odio puro en la mirada.

Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. La fuerza que se había apoderado de mí apenas segundos atrás comenzó a abandonarme. Había perdido demasiada sangre y el veneno todavía seguía en mi interior. Caí hacia el suelo, pero unas manos fuertes me sujetaron, bajándome con cuidado y con una delicadeza que no merecía.

El recuerdo del frío helado de la escarcha de Oraz me invadió. Eché de menos la sensación calmante de su magia y el recuerdo de la sonrisa amable que la acompañaba. Antes de que todo se tornara negro, maldije a los espíritus y a la Dama por la muerte del Campeón de las Olas.

A lo lejos, el estruendo perpetuo de la enredadera siendo consumida por las llamas sonaba como música para mis oídos. Una voz oscura repetía mi nombre en los límites de mi mente, pero decidí ignorarla. Retazos y recuerdos de las delicadas figuras de agua y

esmeralda de Oraz me envolvieron con facilidad, arrullándome hacia un sueño plagado de bestias aladas y flechas ensangrentadas.

CAPÍTULO XXXIII

La quería. Y esa certeza era lo que más miedo le producía en el universo.

El viento soplaba con fuerza. Aullidos de sangre y pesadilla nos pisaban los talones. Los brazos que me agarraban con fiereza habían comenzado a temblar. Cerca, alguien seguía llorando, pero los quejidos lastimeros se habían transformado en pequeños sollozos. Como si, aun consumido por el miedo y el dolor más absoluto, hubiera entendido que había que guardar silencio.

La garganta me quemaba. Los ojos me picaban empañados por cientos de lágrimas sin derramar. Me costó unos segundos comprender que no era un extraño quien lloraba a mi lado: los lamentos escapaban de mis propios labios.

En la negrura verde y sombreada de la noche, solo se oía nuestro avance.

—No dejaré que te hagan daño. No dejaré que te encuentren —murmuró la figura que me abrazaba, acariciando mi piel con determinación—. Estarás bien. Lo juro.

A lo lejos, un crujido estridente sacudió la quietud de nuestra marcha. Los brazos que me acunaban se tensaron. Comenzamos a correr más rápido, intentando poner distancia entre el crujido descomunal que parecía acercarse más con cada segundo que pasaba.

Algo grande y poderoso impactó a escasos metros de donde nos encontrábamos y nuestro avance se frenó en seco. Yo no podía ver de qué se trataba. El dolor que me consumía seguía siendo demasiado profundo, demasiado fuerte. A duras penas lograba mantener los ojos abiertos.

—Sé quién eres. Sé lo que te ha encomendado. No dejaré que lo hagas —rugió desesperada la voz que me acompañaba.

—Si sabes quién soy, sabes que no hay nada que puedas hacer para detenerme —respondió una voz profunda y repleta de noche.

Luché por mantenerme alerta, por no dormirme. Esas voces, esos timbres, algo en ellos hacía que el pecho me doliera. Necesitaba ver la cara de quien me sujetaba y decirle que todo iba a salir bien. Pero, como tantas otras veces, la oscuridad me acabó encontrando antes de que pudiera hacerlo.



Todo el cuerpo me dolía. Mi piel estaba en llamas, o al menos, esa era mi sensación. Unas ascuas abrasadoras que amenazaban con consumirme lentamente.

Intenté chillar, pero no estaba segura de poder hacerlo. Unas manos callosas me sujetaron con fuerza contra una superficie mullida. Una cama, estaba tumbada en una cama.

—Elara, respira. Tienes que intentar estar quieta. Si te mueves, será peor —imploró una voz que conocía. Aun así, no fui capaz de identificarla.

Mi cuerpo, sin embargo, se relajó contra las sábanas. El corazón me latía descontrolado y el centro de mi poder luchaba por salir. No había rastro de la oscuridad, pero la magia no me había abandonado. Podía sentirla en todas las fibras de mi ser. Arrasando

mi interior y surcando mi sangre en un viaje desesperado por calmar el calor helado que se había apoderado de mí.

—Está sufriendo —gruñó una voz teñida de oscuridad y muerte.

—Lo sé, hermano, pero no durará mucho más.

—Debería matarlos a todos.

—No seré yo quien te lo discuta, pero hazlo después del torneo o su sufrimiento habrá sido en vano.

La voz de ocaso solo profirió un gruñido como respuesta. No sé cuánto tiempo pasó hasta que volví a oír a los dos hombres. ¿Me había vuelto a dormir?

—Nunca había visto nada así —murmuró de nuevo aquella voz familiar.

—Oraz curó la herida de la pierna antes de la prueba. La congeló para retrasar el daño hasta que un sanador pudiera atenderla. Tal vez al recuperar los poderes después de tomar el tónico, la magia de Oraz se haya extendido —respondió el primer hombre mientras apretaba un paño húmedo contra mi frente.

Quería abrir los ojos. Quería comprender qué era lo que estaban diciendo. Sin embargo, el dolor era demasiado grande. Demasiado eterno. No me quedaban apenas fuerzas para mantenerme consciente.

—Ambos sabemos que este tipo de poder no funciona así. Oraz está muerto, su magia murió en el momento en el que su corazón dejó de latir. Esto lo ha hecho ella —sentenció la segunda voz.

—Eso es imposible, no tiene ningún sentido. Nadie puede acceder a la energía de más de una corte.

—Los dos sabemos que no es la primera vez que utiliza magia que no le corresponde. Yo mismo he sido testigo en varias ocasiones.

—¿Crees que los demás se han percatado? —preguntó preocupado el que todavía limpiaba mi cuerpo con agua fresca.

—Selene desde luego —respondió pensativo su acompañante—. Es cuestión de tiempo que el resto se dé cuenta. Cuando lo hagan, no dejarán que salga con vida.

Abrí la boca para decir que yo no había hecho nada. Pero el cansancio me invadió, y todo se volvió negro.



El olor a sal y algas se filtraba por la diminuta ventana. Todo estaba ligeramente húmedo, pero no me importó. Aquello era lo más sagrado que había tenido jamás. Un pequeño rincón donde nada que hubiera fuera importaba. Tan solo los brazos que me abrazaban y el recorrido de unos dedos pintando ochos en mi espalda.

—¿En qué estás pensando? —pregunté con los ojos cerrados, dejando escapar un suspiro de satisfacción ante las atentas caricias.

—En lo hermosa que eres —respondió él, continuando su exploración de mi cuerpo desnudo.

No fui capaz de evitar la risa de incredulidad que brotó desde mi garganta. Los dedos pararon su avance y mi piel sintió su ausencia de inmediato.

—Lo digo en serio, Elara.

—Me parece que no has dicho una cosa en serio en tu vida —dije, giré la cabeza y choqué de lleno con unos ojos azules que me estudiaban con gesto divertido.

—Por algo tu boca mordaz es mi parte favorita. Nunca sé qué va a salir por ella.

Me incorporé, rodeando con mis brazos su cuerpo y aspirando el familiar aroma a salvia y madera. Incliné la cabeza hasta rozar la curva de su oído con mis labios.

—Los dos sabemos que ese no es el motivo de que te guste mi boca.

Una risa profunda hizo vibrar el pecho que abrazaba. El sonido hizo que se me pusieran los pelos de punta.

—Enséñame entonces qué sabes hacer con esa hábil boca.

Sonreí encantada, antes de arrodillarme, envuelta en una sensación de felicidad que no había conocido antes. Y fue el recuerdo de ese momento, de lo feliz y segura que me había sentido, lo que me hizo darme cuenta de que estaba soñando. Algo dentro de mí se rompió, ahogando ese sentimiento y desmenuzándolo en mil pedazos.

El dolor no había cesado, pero al menos sí que había bajado de intensidad. Las heridas seguían en mi piel, pero el ardor había desaparecido. Una capa de sudor me cubría por completo y las manos callosas que me habían sujetado se esmeraban en refrescarme, acariciando mi piel con un paño fresco.

—La sanadora ha sacado el veneno de su cuerpo. No tardará en recuperarse. No puedes estar aquí cuando despierte. De hecho, no deberías estar aquí. Como nos pillen vamos a tener problemas —mencionó la voz que me cuidaba.

Seguía sin poder abrir los ojos, pero casi pude distinguir cómo alguien caminaba a paso apresurado a los pies de mi cama.

—Nadie sabrá que he estado aquí.

—No dudo de tus habilidades, pero estamos corriendo demasiados riesgos. No pueden vernos juntos.

—No estoy aquí por ti.

—Yo también te quiero, cabrón desagradecido. Si te descubren, esa excusa de mierda no convencerá a nadie —dijo entre dientes la

persona que se encontraba más cerca de mí.

—No es una excusa, Levi —respondió el segundo hombre, exhalando todo el aire de sus pulmones, derrotado.

Sonaba agotado, como si acabara de correr durante horas. En alguna parte de mi cerebro adormilado, sabía que había oído esa voz antes. Algo en su timbre profundo hacía que todo mi cuerpo vibrara. Como si nos encontráramos en la misma frecuencia. Tuve la sensación de que su alma y la mía anhelaban colisionar.

—Todavía mejor motivo por el que no deberías estar aquí. Cuidaré de ella, lo juro. La protegeré con mi vida —enunció el primero, Levi, haciendo hincapié en las últimas palabras.

Ese nombre me resultaba vagamente familiar, pero por más que lo intentara no lograba recordarlo.

—Los mataré a todos.

La firmeza en esas palabras me hizo sentir un escalofrío.

—Y yo te ayudaré. ¡Espíritus! Cuando Elara despierte ella misma se encargará de ayudarte, puede que hasta se te adelante. Le encanta atravesar cosas con sus dagas. Pero, por enésima vez, mejor espera a que termine el torneo —respondió la voz del que se llamaba Levi.

—Necesita...

—Ya sé lo que necesita, hermano. Márchate antes de que nos mates a todos. Estará bien. Es fuerte.

—Eso nunca lo he dudado.

La oscuridad volvió a por mí una vez más. Esta vez, no luché. Dejé que me llevara, lentamente, hasta sumirme en un sueño profundo y libre de pesadillas.



La oscuridad se había apoderado de todo. Otra vez. Eterna, profunda y poderosa. Ya conocía aquella pesadilla. Era la única que nunca conseguiría olvidar. Estaba dentro de mí y no paraba de brotar y brotar arrasando con todo a su paso. Quemando, evaporando, aniquilando.

Me esforcé por hacerme pequeña, encerrando mi cuerpo en una bolita. Pero en el fondo sabía que no serviría de nada. Al fin y al cabo, no era la primera vez que me enfrentaba a la bestia que dormitaba dentro de mí. Agaché aún más la cabeza, apretando con fuerza los brazos a mi alrededor.

Apreté desesperada las manos temblorosas contra mis oídos. Tenía la necesidad imperiosa de acallar los gritos que chillaban fuera de mi burbuja.

Sin embargo, nada de lo que yo hiciera podría callarlos. Aquel poder seguía su interminable marcha, acompañado por los gritos de dolor y muerte que lo acompañaban. Quería sentir ese dolor, necesitaba que algo me atravesara a mí también. Cualquier cosa en lugar de esa creciente sed de más. De esa descomunal plegaria de oscuridad.



Un aroma cálido me recibió al despertar. Abrí los ojos despacio, parpadeando varias veces para acomodarme a la luz tenue que iluminaba mi habitación. Mi estómago rugió de hambre y el delicioso olor que me llegaba desde algún punto de la estancia hizo que se me hiciera la boca agua.

El pulso de mi poder dormitaba tranquilo en mi pecho. Junto a él, la oscuridad también aguardaba medio en vela. El dolor que me había acompañado había desaparecido por completo.

Aún tumbada, elevé las manos frente a mi cara. La piel estaba lisa, sin heridas o cicatrices. Con los dedos, surqué la piel de mi muslo, pero solo encontré una superficie lisa y libre de cualquier rastro que indicara que un corte feo e irregular hubiera estado allí.

Me incorporé con cuidado, todavía algo desorientada. La habitación estaba vacía. Alguien me había quitado la ropa cubierta de sangre tras la primera prueba y me había limpiado. Una suave camisa de lino con pantalones a juego cubrían mi cuerpo. La idea de haber estado tan sumamente expuesta me hizo apretar los dientes. No por la desnudez, aunque ese aspecto tampoco me entusiasmaba, sino porque cualquiera podría haberme lastimado en ese estado.

En una mesita, cerca de la cama, un plato humeante con estofado aguardaba. Mi tripa volvió a rugir. Por norma general no aceptaba comida cuyo origen desconociera, pero en aquel momento me salté mi norma con gusto. Cogí el plato, agradeciendo el calor en mis manos. Engullí el estofado en un tiempo récord.

—Eso me lo iba a comer yo —soltó la voz divertida de Levi mientras entraba a mi habitación como si fuera el dueño del lugar.

—Lo siento —respondí con la boca todavía llena de comida y sin sentirlo lo más mínimo. Aquel estofado era lo mejor que había comido jamás, y si lo quería, tendría que arrebatármelo.

—Era broma, Elara.

Era como si mi cuerpo necesitara toda la energía que había dedicado a curarme en forma de deliciosos trocitos de verduras y proteína. Y ¿quién era yo para negarme? Estaba segura de que los ruidos que estaba emitiendo eran poco propios de una dama de la corte o de una campeona. Aunque, si Levi estaba ofendido, no lo pareció.

Avanzó con paso tranquilo hasta sentarse en un sillón cerca de mi cama. Aguardó paciente mientras yo seguía comiendo con rapidez.

Me ayudó a dejar el plato en la mesita y me ofreció un vaso de agua.

—¿Cómo te encuentras?

—Agotada. Pero bien. No me duele nada.

El Campeón de las Sombras me observó en silencio con una sonrisa torcida. Tuve la total certeza de que mi estampa le enternecía y divertía a partes iguales. Sin previo aviso, unas suaves ondas de vainilla y cardamomo se mezclaron con mis escudos negros.

Pestañeé, incómoda, sin estar totalmente segura de cómo podía yo saber eso con total seguridad. Siempre se me había dado bien leer a la gente, pero era como si las emociones de Levi hubieran impactado contra las mías.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté, en un intento por distraerme y sacudir la extraña sensación de mi cuerpo.

—Seis días.

Eso quería decir que la segunda prueba era inminente.

—¿Quién me ha cambiado de ropa?

—¿Si contesto que he sido yo corro el riesgo de que me apuñales?

—Levi —suspiré.

—No voy a pedir perdón por salvarte la vida. ¿Te he visto desnuda? Sí, pero en ese momento estaba más preocupado por evitar que te desangraras que en contar cuántos tatuajes tienes.

—Eres imbécil —sentencié incapaz de discutir con él—. Y has estado cuidando de mí.

No era una pregunta. En los pocos ratos que había conseguido mantenerme despierta, la voz y el nombre de Levi siempre me habían acompañado.

—Ya te lo dije, Elara. Puedes confiar en mí.

—¿Oraz? —pregunté, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

Aun así, una parte de mí todavía tenía la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla. Levi negó con la cabeza. No le hizo falta decir nada. Asentí, con un nudo en la garganta. Apreté los ojos con fuerza, luchando por contener las lágrimas.

—Fue culpa mía.

—No es cierto.

—Si no me hubiera ayudado...

—Si no te hubiera ayudado, no habría sido Oraz. La culpa fue de Brann, no tuya.

—¿Sigue vivo?

—Por desgracia. Aunque el golpe que asestaste a su ego fue maravilloso. Si no hubieras estado a punto de morir desangrada, me habría muerto de la risa. Pagaría mucho dinero por volver a ver cómo le arrancas el cuerno —dijo con ojos soñadores y una sonrisa de oreja a oreja.

Su macabra felicidad era contagiosa.

—No puedo decir que me arrepienta —confesé—. ¿Tendrá consecuencias?

—No las ha tenido hasta ahora, así que lo dudo. No hay nada en las normas del torneo que te impida hacer algo así. Al fin y al cabo, él te ha intentado matar varias veces desde que llegamos. Además, estoy seguro de que Finnian se ha encargado de defenderte. No me malinterpretes, por lo general tu Guardián es bastante lento, pero hasta él ha tenido que ver lo impresionante que fue el momento.

Algo me decía que Finnian no estaba de acuerdo con mis actos al finalizar la primera prueba. Entre la neblina de recuerdos de aquellos últimos momentos, el que más sobresalía era mi nombre saliendo de sus labios en un rugido enfadado.

—Gracias.

—¿Por el cumplido?

—Por cuidarme, idiota.

Levi asintió encogiéndose de hombros y pasándome un bollo de miel y canela que no había visto sobre mi mesilla. Cerré los ojos y disfruté sintiendo como la mantequilla y el hojaldre se fundían en mi paladar.

—No puedo decir que el mérito haya sido mío.

Las palabras susurradas de Levi me sacaron de mi ensoñación de dulce y miel. Él se encogió, como si no hubiese pretendido decir aquello en voz alta. Tenía algunos vagos recuerdos de conversaciones susurradas a los pies de mi capa.

—Había alguien más. Aquí, contigo —dije con la boca llena de azúcar.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—¿A qué te refieres entonces?

Levi me miró durante unos largos segundos. Finalmente, se dejó caer contra el respaldo del sillón que había arrastrado hasta el lateral de mi cama.

—Cuando te desplomaste tras la primera prueba, todas tus heridas se cubrieron de la escarcha que Oraz usó para curarte. Eso fue lo que hizo que no te desangraras. Después traje a una sanadora de la Corte de las Olas para que la deshiciera y pudieran eliminar el veneno. Si te hace sentir mejor, fue ella quien se encargó de limpiarte y ponerte ropa cómoda. Yo solo ayudé en lo que pude.

—¿Por qué iba a ayudarme la Corte de las Olas?

—Porque yo se lo pedí. Es lo que Oraz hubiera querido.

Daba la sensación de que Levi estaba enfrascado en un debate interno.

—No suenas aliviado.

—La magia de Oraz no debería haberse extendido. No funciona así —explicó Levi, mirándome con ojos entornados. Como si esperara

que yo tuviera respuesta para algo que no había presenciado, más allá de estar inconsciente mientras ocurría.

—¿Otra persona de la Corte de las Olas lo hizo? Si uno de sus sanadores me ayudó al llegar aquí, tal vez usaron la misma magia al terminar la prueba.

—Esa parece la única explicación lógica —admitió Levi.

Y, aun así, me quedó bastante claro que no estaba del todo convencido.

Intenté pensar en por qué alguien de una corte rival haría eso por mí. Y más después de que no hubiera podido hacer nada por salvar a Oraz. Pero solo pensarlo hizo que me doliera la cabeza.

—¿Ha venido alguien a verme?

—Ya sabes que los Guardianes y los miembros de las cortes no pueden tener contacto con sus campeones.

—Claro.

No pude evitar pensar que, si yo estuviera en su situación, no habría habido norma alguna que no estuviera dispuesta a saltarme para asegurarme de que aquellos que me importaban estaban a salvo.

—Sé que tienes mil y una preguntas, pero deberías descansar. La segunda prueba comenzará en cualquier momento. Debemos estar preparados.

Agité la cabeza enérgicamente y, sin fuerzas para mantenerme despierta, me recosté sobre los mullidos cojines. No sé qué ocurrió antes, que mis ojos se cerraran o que las palabras abandonaran mi boca.

—Gracias, Levi. De verdad.

CAPÍTULO XXXIV

El resto de las cortes había comenzado su verdadero torneo. No había dudas acerca de qué papel jugaría él.

Levi iba a matarme. Y, para ser justos, estaría en su derecho. El Campeón de las Sombras había pasado incontables horas, tantas que solo los espíritus podían atestiguarlo, cuidando de mí. Antes de volver a sus aposentos, sus instrucciones habían sido bastante claras: descansa y no te metas en líos.

Aunque no había otra cosa que quisiera hacer más que dormir, mi cuerpo había decidido no colaborar. Lejos de tener sueño, mi mente era un no parar de pensamientos y preocupaciones. Incluso mi poder se había unido a la causa de impedirme descansar a toda costa. Sus vibraciones me asolaban sin aviso.

Podía sentir mi magia en todas las superficies de mi cuerpo. Una corriente eléctrica y cargada, lista para explotar en cualquier momento. La sensación era desagradable y me producía una incomodidad nueva e inesperada. No sabía si era el extraño poder

del palacio de la Dama o los restos de adrenalina aún presentes tras la primera prueba, pero estaba claro que necesitaba moverme. No aguantaba más encerrada en mi habitación.

Caminé en silencio por los pasillos desiertos del palacio, con la sensación de estar haciendo algo malo. Una sensación más que acertada que, por otro lado, me llenaba de emoción. Mi cuerpo se nutría de esa sensación en Nébula. Aquel cosquilleo familiar en la nuca que me hacía estar alerta. El toque suave e imperceptible de mis pies descalzos contra el frío mármol me ayudaba a no pensar en ninguna otra cosa. Hasta la magia que descansaba dentro de mi pecho tamborileaba, impaciente por salir a la superficie.

Las sombras verdes de la noche me proporcionaban cobijo suficiente para avanzar sin ser vista. Continué mi pequeña escapada sin rumbo fijo. Sabía que no debía explorar más allá del ala de campeones y mi intención no era meterme en líos. Así que me limité a recorrer los rincones que me estaban permitidos.

Cuando llevaba ya un buen rato caminando, el viento de la noche arrastró unos murmullos ahogados a través de los desiertos pasillos. Paré mi avance antes de torcer en la siguiente esquina. No había contemplado encontrar a nadie despierto a esas horas de lo que presumía ser la madrugada. Pegué mi cuerpo a la pared, con una mano sobre mi daga aún enfundada, y me asomé con sigilo hacia el sonido de las voces.

Sin embargo, el corredor me recibió vacío. Arrugué la nariz, confusa. Las voces sonaban con más intensidad, pero no había rastro alguno de sus propietarios. El pasaje se estrechaba de manera sinuosa hasta una pequeña salida en forma de arco. Más allá de esta, solo el ligero fulgor de la Verdeluna alumbraba el camino. Estaba claro que los trozos de conversación que surcaban el silencio del palacio provenían del otro lado.

Me mordí el labio, esa zona estaba fuera de los límites. Yo no podía ir hasta allí. Lo que fuera que aguardara más allá del arco no formaba parte del ala de los campeones y, por lo tanto, no me estaba permitido. Al menos en teoría.

Miré hacia atrás por encima del hombro para asegurarme de que nadie me estuviera observando y avancé con sigilo hasta el arco. Las voces eran cada vez más nítidas. Por lo menos dos personas hablaban en susurros. Suspiré sin hacer ruido. Aquellas eran mis conversaciones favoritas. Las que se suponía que no debía escuchar. Aquellas que no tenían mis orejas puntiagudas como destinatarias. El tipo de conversaciones que se llevaban a cabo en las alcobas vacías de una taberna o en los resquicios olvidados de un callejón bajo la Verdeluna.

Me gustaría decir que dudé al cruzar en busca de las voces. Pero soy ladrona, no mentirosa. No me detuve a pensar en las consecuencias, ni a sopesar los posibles problemas. Algo dentro de mí necesitaba escuchar esa conversación, todo lo demás no importaba.

—Solo quedan dos opciones —dijo una voz entre susurros contrariados.

—Es un escenario que ya habíamos contemplado. Cumpliré con mi cometido pase lo que pase —respondió otra voz más profunda y que hizo que se me helara la sangre.

El arco solo me dejaba ver con claridad a una de las tres figuras. Umbra, vestida con gasas verdes y transparencias que caían en cascada en un largo vestido ajustado, hablaba a hurtadillas con una figura encapuchada y borrosa. Su interlocutor se mantenía entre las sombras. Una fina capa de magia resplandecía a su alrededor, desdibujando sus rasgos y distorsionando su voz. Aun así, reconocería aquel deje de olmo en cualquier parte: Brann.

Una tercera figura, más bajita y enclenque, se mantenía inmóvil a la derecha de Umbra. El muro que se oponía entre nosotros me impedía ver con claridad de quién se trataba. Solo alcancé a distinguir un botín de cuero gastado rebotando sin cesar contra el suelo.

Me planteé dar la voz de alarma y avisar a un *derrigan* para que descalificaran a Brann. Sin embargo, mis labios continuaron sellados. En primer lugar, en Nébula no había chivatos. Era una de las pocas reglas del código de honor entre ladrones que hasta los especímenes más carroñeros como Erwin respetaban. Y, en segundo lugar, avisar a uno de los espíritus me impediría seguir escuchando.

—No me cabe duda de ello, querido. Aun así, debemos ser cautos. Aunque una de las opciones es obvia, la otra todavía podría sorprendernos. Está claro que su arquitecto no nos va a revelar nada. Y algo me dice que la Dama de la Noche dejará lo desconocido para el final.

—Sea lo que sea, lo superaré —afirmó la figura desdibujada de Brann.

—Tu compromiso y tu lealtad son de agradecer, pero no hemos llegado hasta aquí por tu astucia, sino por la mía.

Aunque estaba desdibujado por aquella extraña magia, fui testigo de cómo Brann se encogía ligeramente. El movimiento fue casi imperceptible, pero no me pasó inadvertido.

—Por supuesto, mi Guardiana.

Por mucho que detestara a Umbra, y era muchísimo, no pude evitar sentir una mezcla de pena y compasión por lo rápido que Brann se doblegaba ante sus directrices.

—Aiden no será de ayuda ninguna con las pruebas. Ese vejestorio se ha ido haciendo más blando y supersticioso con el paso de los años. Por no decir que dudo que sepa algo sobre lo que nos falta

por averiguar. —Umbra suspiró frustrada—. Sin embargo, creo que tenemos posibilidades de convencerlo para que se una a nosotros cuando finalice el torneo. Aunque detesto la idea de tener que pedirle ayuda, lo cierto es que su asistencia sería beneficiosa para localizar la pieza clave que necesitamos para traer a nuestro señor de vuelta. Por una vez en su larga existencia puede que sus incesantes historias sobre la Gran Guerra sirvan para algo.

¿De qué espíritus estaban hablando?

—Puedo hacer hablar a Nuada —ofreció Brann.

—La Campeona de las Llamas tiene muchos fallos, querido, pero una lengua suelta no es uno de ellos. —Junto a ella, el pequeño Fae emitió un gruñido de asentimiento.

Odiaba estar de acuerdo yo también, pero lo cierto es que Umbra tenía razón. Nuada era muchas cosas, pero no era una soplona.

—Finnian no será de ayuda. No después de todo lo que ya nos ha dicho.

Contuve el aliento.

—Aunque tampoco es que vaya a saber nada que nosotros no sepamos ya. El pobrecito está cabreado porque le ha salido mal la jugada, así que, en el hipotético caso de que consiga averiguar algo nuevo, dudo que lo comparta con nosotros. Finnian ansía el regalo de la Dama con desesperación. Para su desgracia, me temo que yo lo necesito más.

Al escuchar el nombre de mi Guardián me dio un vuelco el corazón. Pensar que Finnian pudiera estar involucrado en cualquier trato con Umbra me ponía las tripas del revés. Sin embargo, por más que me esforzaba, no lograba adivinar de qué hablaban.

—Selene ya nos ha ayudado, sin saberlo —añadió el Fae que se ocultaba tras la columna.

—Cierto. Me pregunto qué haría si se diera cuenta. Conociéndola, probablemente nada. Una lástima, la verdad es que tenía mucho potencial. —Umbra se mantuvo pensativa durante unos segundos—. Esta vez tan solo hay un ser que pueda arrojar algo de luz sobre el asunto.

—¿Lo hará? —Brann sonaba escéptico.

—Mmm, no lo sé. La verdad es que con Callum nunca se sabe.

—No lo necesitamos. Me las puedo apañar sin su ayuda.

—La información es poder, mi querido campeón. Si no conseguimos hacernos con ese pedazo de información, el resto del plan se verá comprometido. No estoy dispuesta a dejar las cosas en manos del azar, o, peor, en las tuyas. No puede haber ningún fallo. ¿Acaso debo recordarte qué es lo que está realmente en juego? —Umbra hizo su pregunta con un tono dulce, casi acaramelado. Sin embargo, el frío de su alma y el peligro de sus palabras me calaron hasta los huesos.

—No, mi señora. —El tono sumiso de Brann me indicó que incluso el monstruo más bruto también tenía dueño.

—Él está esperando. Recuperar nuestros poderes es solo cuestión de tiempo, pero es un paso necesario y obligatorio para lo que de verdad importa. La Dama de la Noche no es tonta, jamás dejará que este desequilibrio en la magia plague Lyssandria eternamente. Este torneo tendrá un ganador y ese debes ser tú. Lo importante es conseguir lo que él necesita a toda costa. No toleraré ni un error más.

—Conseguiré lo que necesita. Lo juro.

Las figuras echaron a andar, sus voces se alejaron despacio conforme desaparecían al girar por el pasillo. Me dispuse a seguir sus pasos, pero algo me detuvo. Una mano me rodeó el cuello con firmeza, pero sin llegar a ahogarme. A su vez, otra se posó sobre mi

boca impidiéndome gritar. Sentí el roce de una mandíbula fuerte y una nariz afilada en el hueco entre mi cuello y hombro. Después, noté que alguien rozaba el lóbulo de mi oreja, seguido del breve destello de unos dientes contra mi piel. Fue rápido, tanto que no parecía real.

Un grito de sorpresa escapó de mi garganta, pero la mano que me sujetaba amortiguó el sonido. Mi captor dejó escapar una risa que me recorrió todo el cuerpo. Una vibración profunda se extendió desde el pecho que se encontraba pegado a mi espalda. Mi poder comenzó a martillear, encantado, casi podía sentirlo ronronear.

¿Acaso en la Corte de las Tormentas no te han enseñado que escuchar conversaciones ajenas a escondidas es de mala educación, Tiniebla?, dijo una voz deliciosamente oscura en mi cabeza.

CAPÍTULO XXXV

Se dijo a sí mismo que era la única manera de salvarla. Lo cierto es que probablemente tenía razón. Otra parte más oscura deseaba refutar lo que su alma ya había aceptado. Nada volvería a ser lo mismo. No después de una mentira que no podía ser más cierta.

—Vaya, vaya, Tiniebla, con que ahora además de Campeona de la Corte de las Tormentas también eres espía. Finnian y sus secuaces te tienen explotada —murmuró la voz que había hablado en mi cabeza. Esta vez lo hizo tan bajo y tan cerca que sus palabras impactaron contra mi piel haciendo que todo mi ser se estremeciera.

No me volví. Me repetí varias veces que era porque ya sabía a quién pertenecía el aliento que acariciaba mi nuca, y no porque tuviera miedo de enfrentarme a esos ojos que parecían saber más de lo que yo estaba dispuesta a arriesgar.

Aseguré los escudos alrededor de mi cabeza una vez más, maldiciendo contra mí misma por no tenerlos ya levantados. Casi pude oír la risa profunda de Callum en el límite de mi conciencia. Ignoré con todas mis fuerzas la manera en la que su cercanía hacía que se me pusieran los pelos de punta. En el mejor de los sentidos.

No. De ninguna manera. Ni siquiera me podía permitir explorar aquella idea.

Mordí con fuerza la mano que todavía tapaba mi boca. No fui lo suficientemente rápida para infligir daño considerable, pero sí para que el propio Guardián de las Sombras emitiera un gruñido de sorpresa. Apartó la mano entre risas y maldiciones. No la alejó del todo, sino que la posó en mi cadera, agarrándome con fuerza.

—Siempre tan violenta.

—Tápame la boca otra vez y la mano no será lo único que te muerda.

—Eso suena más a promesa que a una advertencia.

—Estás enfermo —resoplé, ignorando el palpitar de la oscuridad en mi pecho ante las palabras del Guardián.

—Nunca lo he negado —respondió, acercándose todavía más y dejando escapar una risa profunda cerca de mi oreja.

—Baja la voz. Conseguirás que me maten o que me expulsen —siseé entre dientes sin apartar la vista del lugar donde Umbra y Brann hablaban entre susurros, ya casi tan lejos que apenas podía verlos.

Algo suave y fresco rozó una de mis piernas. Giré la cabeza, preparada para enfrentar cualquier amenaza. Unos tentáculos de humo y poder negro me acariciaron lentamente, la sensación era embriagadora. Mi magia martilleó contra mis costillas, rogando salir a explorar. La mantuve atada.

—Tranquila, Elara, nadie puede oírte —ronroneó Callum mientras sus tentáculos de noche y galaxias comenzaban a envolvernos.

Las manos goteantes de noche estrellada del Guardián me sujetaban con fuerza.

—¿Se supone que eso tiene que tranquilizarme?

—Tienes tus dagas, ¿no? —apuntó él, apretando con más fuerza su mano contra mi cadera, mientras deslizaba sus dedos hasta el mango de una de las armas que descansaba en mi muslo.

El camino de sus dedos dejó un reguero de cosquillas y escalofríos en mi piel. Algo en mi estómago se retorció, encantado. Me dije a mí misma que era el efecto de su magia.

—¿Qué haces aquí, Callum?

—Yo podría preguntarte lo mismo. Después del terremoto que ha sido la primera prueba deberías estar descansando. Imagino que a Levi no le sentará bien que desperdicies sus cuidados, si Umbra te mata al enterarse de que andas husmeando en sus asuntos. Ya está bastante enfadada después de tu pequeño numerito. Ha sido un esfuerzo titánico evitar que te sacaran de la competición.

Me estremecí solo de pensar el aprieto en el que había puesto a Orla y a Finnian. Sabía lo mucho que la princesa detestaba a la Guardiana del Bosque. Odiaba pensar que por mi culpa se hubieran visto obligados a pedirle disculpas. Solo esperaba que con eso hubiera sido suficiente.

Los susurros de Brann y Umbra murieron en algún punto demasiado alejado del castillo, por lo que decidí rendirme. Aparté a un lado el motivo de mi escapada nocturna y giré mi cuerpo entre los brazos del Guardián para poder mirarlo a la cara. Callum no mostró intención de separarse, por lo que tuve que inclinar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

Estás temblando.

Lejos de apartar sus manos de mi cuerpo, las mantuvo firmes a mi alrededor. Unos dedos curiosos encontraron la base de mi nuca, mientras su otra mano seguía acariciando, con suavidad, mi cadera.

Nuestros cuerpos estaban tan juntos que nuestras respiraciones impactaban la una contra la otra. Ignoré el cosquilleo que me recorría siempre que nos mirábamos a los ojos.

—Es una reacción natural al asco. —La ceja de Callum dejaba claro que no me creía—. Y, para que conste, lo importante era

sobrevivir a la prueba y eso es lo que he hecho. Estoy aquí, ¿no?

Algo sombrío cruzó su mirada al mismo tiempo que su mano en mi nuca se quedaba parada. Dejó de trazar círculos con los dedos y me asió con fuerza el pelo que llevaba trenzado.

—Yo diría que has hecho algo más que sobrevivir a la prueba, Elara. Créeme, ha sido fascinante ver cómo hacías que toda la estructura se consumiera. —Cada palabra era más grave que la anterior—. Soy el primero que fantasea con maneras de irritar a Umbra, pero no puedes permitirte un error como el de ayer. Te lo advertí, este sitio no es para ti. Si continúas siendo tan descuidada, el tuyo será el siguiente cadáver que tengamos que quemar al final del torneo.

Dejé escapar un soplido indignado. Tenía muy poca vergüenza. ¿Quién era él para venir a darme sermones después de haber estado intercambiando risas con Umbra en la tribuna al inicio de la prueba?

—Si has venido a recordarme que no puedo confiar en nadie, ahórratelo. Me quedó bastante claro con la espada que Brann hundió en el pecho de Oraz y con la flecha que Nuada me clavó en el hombro. —Intenté quitármelo de encima empujando su pecho con ambas manos.

Él ni siquiera se inmutó. Una de sus comisuras se elevó de manera casi imperceptible, regodeándose ante mis fallidos intentos. Eso solo hizo que yo empujara con más determinación.

—¿Qué haces aquí? Se supone que los Guardianes no pueden hablar con los campeones. —Él bajó la vista hasta mis labios fruncidos, yo me propuse hacer que dejara de sonreír—. ¿Tu único propósito en este mundo es atormentarme?

—Solo si me lo pides por favor, Tiniebla —respondió con un ronroneo de terciopelo.

—Responde a la pregunta.

Sentí que la oscuridad se hacía tan densa que el pasillo apenas se distinguía. Solo cuando parecía que nos hallábamos suspendidos en un firmamento sin estrellas, Callum comenzó a hablar.

—En primer lugar, los Guardianes no pueden hablar con *su* campeón. Lo que quiere decir que soy perfectamente libre de hablar contigo cuando me plazca.

—Qué suerte la mía.

Esa vez las comisuras del Guardián se torcieron hacia arriba en una sonrisa deliciosamente oscura sin ningún tipo de reparo. Sus intenciones parecían tan tenebrosas y retorcidas como sus sombras. Me dio la sensación de que brillaban con más intensidad ante mis provocaciones.

—En segundo lugar, te lo repetiré las veces que haga falta. No te puedes fiar de nadie. Ya te lo dije en Natsunna, cada corte tiene sus objetivos más allá de ganar el torneo y no dudarán en matarte para conseguirlos.

Le había creído entonces y seguía creyéndole ahora. Estaba claro que la Corte de las Llamas y la Corte del Bosque no pararían ante nada ni nadie para ganar el torneo. ¡Por todos los espíritus! Se suponía que yo debía hacer lo mismo. Según Finnian esa era la única manera de salvar a Orla. En cualquier caso, aquello solo ponía de manifiesto su hipocresía.

—Entonces supongo que tampoco puedo fiarme de Levi.

—Levi no es tu enemigo. Puedes confiar en él.

—Eso contradice todo lo que acabas de decirme. ¿O acaso no fuiste tú el que me dijo que harías todo lo posible por proteger a tu corte y sus integrantes?

—Y lo mantengo. Nunca te he mentido. Cuando se trata de los míos no me importa lo que tenga que hacer para mantenerlos a salvo. No dudaré en matar, mentir y jugar sucio si eso mantiene a la

gente que me importa con vida. Seré el villano en la historia de los demás si eso significa que mi familia estará bien.

Quería rebatirle y restregarle su hipocresía por la cara, pero lo cierto era que respetaba sus palabras. Yo estaba dispuesta a llegar a los mismos límites para proteger a aquellos que me importaban. Lo había hecho para salvar la vida de Artio y, para mi sorpresa, lo haría para proteger a Orla y a Cían. La idea de que alguien, más allá de Artio, me importara todavía me resultaba extraña. Aunque hacía ya algún tiempo que había decidido dejar de luchar contra ella.

—¿Y dónde espíritus encajo yo en todo eso? Claramente no pertenezco a tu corte, tampoco a tu familia. ¿Somos enemigos entonces? ¿O solo te estás divirtiendo? No me voy a dejar usar como un títere para que intentes poner nervioso a mi Guardián o sacar algo de mi corte. Porque está claro que algo quieres. El Oscuro no ayuda a nadie de manera desinteresada.

—No eres mi enemiga. Por lo tanto, tampoco la de Levi. Te repito que puedes confiar en él.

—¿Soy una herramienta entonces? —pregunté, cruzándome de brazos—. ¿Qué quieres de mí? No haces más que repetir que no mientes, pero omitir y mentir vienen a ser lo mismo.

Callum tensó la mandíbula y fui testigo de cómo contenía sus sentimientos antes de volver a hablar entre dientes. Atrapó mi mano derecha entre las suyas y apretó la cicatriz plateada de mi palma.

—Hasta donde yo sé, este regalito no es mío. De momento yo no he hecho ningún trato que te obligue a hacer algo que no deseas para servir como mi herramienta.

Estaba evitando responder mi pregunta y, aun así, tenía razón. Tal vez por eso me negué a seguir hablando del tema. En su lugar, me zafé de su agarre de un tirón que puso algo de distancia entre

nosotros. Fui plenamente consciente de que solo me había soltado porque él lo había permitido.

—¿Qué ha querido decir Umbra? —dije, cambiando de tema y recordando las enigmáticas instrucciones de la Guardiana.

—Olvídate de Umbra. Céntrate en sobrevivir.

—¿Por qué? ¿Para que vuelvas a tener todos tus malditos poderes?

Avanzó tan rápido que no lo vi venir. Mi cuerpo quedó atrapado entre el suyo y la pared fría del castillo. Sus manos volvían a estar sobre mi piel con un agarre inamovible.

—No, para que no tenga que volver a verte tirada en el suelo en un charco de tu propia sangre —rugió.

Sus tentáculos de sombra se arremolinaron con más fuerza y el aura de su poder centelleó contra la noche. Nunca había visto nada igual al poder del Guardián de las Sombras. Su repentina pérdida de control me pilló desprevenida, pero me recuperé con rapidez.

—Me sacáis de mis casillas. No decís nunca lo que estáis pensando. Manipuláis todo a vuestro antojo. ¿Acaso os importa que en la primera prueba haya muerto alguien? ¡Cómo os va a importar si es el quinto torneo que celebráis! He visto las gradas en la prueba, Callum. Casi todos los miembros de las cortes estaban disfrutando del espectáculo. Eso es todo lo que somos para vosotros. Entretenimiento —espeté entre dientes intentando zafarme, sin éxito.

Mis movimientos tuvieron el efecto contrario. Callum me atrajo con más fuerza contra su cuerpo. Sus siguientes palabras me acariciaron las mejillas.

—Hay muchas cosas en juego, Elara. No pretendas entender todo lo que ves. No te fíes de las apariencias. Los dos sabemos que eres más inteligente que eso.

—Tú no me conoces —enuncié cada sílaba—. Es muy fácil decir eso desde la seguridad y comodidad de la tribuna.

—Esa tribuna es casi tan peligrosa como las mismas pruebas. Un paso en falso y todo puede acabar en un segundo.

Esos ojos negros se clavaron contra el verde de los míos. Una corriente eléctrica, similar a la que recorría mi piel en cada lugar donde nuestros cuerpos entraban en contacto, me recorrió la cabeza y el pecho.

—Me importan una mierda vuestros tejemanejes políticos. Podéis jugar a los reyes entre vosotros, pero no metáis al resto de Lyssandria en medio.

—Ahí es donde te equivocas. Todos y cada uno de los aristócratas que han aplaudido y abucheado la prueba no se irán a ninguna parte. Tu mera existencia es un problema para ellos. No solo como mestiza a la que ven inferior, sino como Hadaës. La sangre de tus antepasados hará que siempre desconfíen de ti. El recuerdo de la última guerra es demasiado potente, por muchos siglos que hayan pasado. Esas personas harán todo lo posible por silenciarte. Incluso si para ello tienen que matarte.

—¿Es una amenaza?

—Es una realidad.

Sabía que sus palabras eran ciertas. Hacía ya tiempo que había aceptado que mi muerte era una posibilidad mientras participara en el torneo. Pero no me importaba. Artio estaba a salvo. Y, si jugaba bien mis cartas, también lo estarían mis amigos. Aun así, una brasa ardía en mi interior. La misma que había querido reducir el anfiteatro de la primera prueba a cenizas.

—No me iré en silencio. Moriré bañada en la sangre de mis enemigos y con un grito triunfal en la garganta.

El Guardián abrió los ojos sorprendido y dejó escapar un rugido. Me observó en silencio durante unos segundos con la respiración agitada. Sus siguientes palabras resonaron en todos los recovecos de mi mente. Rompieron todos mis escudos, como si estuvieran hechos de polvo y arena.

—¿Por qué morir entonces? Lucha hasta que no te queden fuerzas. Enfréntate al monstruo, conviértete en algo peor. Algo que teman.

—Esta pesadilla está diseñada para matar a gente como yo. Creo que los dos sabemos cómo acabará esto.

Callum dejó escapar un suspiro entrecortado cuando usé esa misma conexión para responderle. Sus pupilas se volvieron enormes, mezclándose con el negro grisáceo de sus ojos. Una sonrisa felina acarició su boca perfecta.

—Te equivocas, Tiniebla. No hay nada en este mundo, o en el siguiente, que pueda acabar contigo.

—Lo dices como si lo creyeras de verdad —susurré sin atreverme a decir las palabras en voz alta.

—Nunca he tenido nada más claro en mi vida. Arrasa con ellos. Envuelve al mundo en oscuridad y neblina. Enséñales a qué sabe la sangre de una superviviente.

Esas palabras despertaron algo oscuro que dormitaba en mi interior.

—Aunque quisiera estoy atada de pies y manos. —La cicatriz plateada palpitó con fuerza en la palma de mi mano.

—Todos los tratos se pueden romper.

Las sombras de Callum parpadearon durante un segundo. Sin embargo, yo seguía atrapada en el embrujo de sus ojos negros que parecían atraer al verde de los míos como polos magnéticos. Mi mirada se desvió hacia su boca, a escasos milímetros de la mía. Una

boca que entonaba verdades con garras que no estaba dispuesta a enfrentar.

Lo detestaba. Detesta la manera que tenía de meterse en mi vida y arramblar con todo. Detestaba lo poderosa que me sentía entre las briznas de su poder. Detestaba que pudiera leerme con tanta facilidad. Detestaba lo mucho que había hecho sufrir a los Bajos Fae y los Hadaës como yo. Era un asesino. *El asesino*.

Y, por encima de todo, detestaba lo muy poco que nada de aquello me importaba en ese momento. No cuando las palabras que impactaban contra mi cara cantaban al mismo compás maldito que mis latidos. Había algo en la furia del Guardián con lo que me sentía terriblemente identificada.

En ese momento solo existían su magia estrellada y su voz en mi cabeza. Recé a todos los espíritus que conocía por que no fuera capaz de leer la marabunta de pensamientos confusos que me asolaban. Reforcé mis escudos, mordiéndome el labio inferior, concentrada en hacerlos imperturbables. Sus ojos repasaron el movimiento y sus manos se tensaron.

Callum desvió la mirada durante una milésima de segundo, y, allí, entre esa furia contenida y un sentimiento que no conseguí descifrar, pude atisbar una pizca de miedo. Hice ademán de girar la cabeza para ver qué era lo que le había asustado, pero, antes de que pudiera hacerlo, su mano me sujetó la barbilla con determinación.

No me apuñales, Tiniebla, dijo con una voz imposible de interpretar a través del hilo plateado que unía nuestras mentes.

No me dio tiempo a preguntar de qué estaba hablando. En un abrir y cerrar de ojos sus labios impactaron con los míos. Callum me besó de forma implacable, como si su vida dependiera de ello. No fue un beso dulce y tierno, sino uno lleno de necesidad. Él se tragó

mi grito de sorpresa y emitió un gruñido de aprobación cuando mi boca se abrió para recibirlo, correspondiéndole.

Una corriente de placer y poder inundó mi cuerpo, nublando todos mis sentidos y embriagándome de manera descontrolada. El sabor de Callum me atrapó. Menta, brisa de noche y algo antiguo que, sin saberlo, había estado esperando toda la vida.

No me detuve a pensar en lo que estaba ocurriendo. Respondí al beso de Callum, alcanzando su ritmo e intentando sobrepasarlo. Un gemido escapó de mis labios cuando la lengua del Guardián se aventuró en mi boca. Dejé que nuestras lenguas se encontraran con abandono. El gruñido gutural que surgió de su pecho hizo que mi estómago diera un vuelco. Su mano abandonó mi barbilla para situarse en la base de mi nuca, inclinando mi cabeza para proporcionarle mejor acceso.

Su otra mano se alojó de vuelta en mi cintura. Callum dio un paso hacia delante, haciendo que mi espalda impactara contra la pared y fundiendo nuestros cuerpos en uno. Solo existía la sensación su boca contra la mía. El peso de su cuerpo contra el mío provocaba escalofríos de placer por toda mi piel.

—Callum, querido, ¿acaso tu padre no te explicó que con la comida no se juega? —rio una voz a lo lejos.

Las manos y el cuerpo de Callum se tensaron sobre el mío y el movimiento de sus labios paró de inmediato. Se separó de mí muy lentamente. Durante un segundo, sus ojos me miraron llenos de ternura y disculpas, pero enseguida apareció la máscara del Guardián de las Sombras. Al hablar, su voz estaba llena de todo lo que yo odiaba en este mundo.

—¿Qué puedo decir, Umbra? Los Hadaës sirven para pocas cosas. Esta es una de ellas. Por no decir lo deliciosa que será la cara de

Finnian cuando descubra que su campeona calienta mi cama —respondió Callum con tono mordaz mientras se despegaba de mí.

Un frío imposible de escapar invadió mi cuerpo.

—¿Cómo te atreves? —murmuré, indignada.

—Silencio, Hadaës. Si no vas a estar callada, prefiero tu boca en otras partes de mi cuerpo —contestó sin apenas mirarme.

—Personalmente no tengo estómago para los seres inferiores. Su mera existencia me incomoda. Además, el olor a sangre humana me resulta alarmantemente poco apetecible —comentó Umbra, arrugando la nariz—. ¿Sabe tu dueño que compartes las noches de otro Alto Fae? Finnian es bastante territorial, Hadaës.

Aunque mis escudos estaban erguidos, Callum fue capaz de leer en mi cara la tremenda imprudencia que iba a cometer contestando a la Guardiana del Bosque.

—Me reservo este secreto para el momento oportuno, Umbra, querida. Tú mejor que nadie entenderás lo tedioso que es tratar con Finnian, apenas tiene sentido del humor. A veces uno tiene que hacer sacrificios, por incómodos que sean. Mi intención es usar esta pequeña sorpresa cuando más me convenga.

—¡Qué me vas a decir a mí! —dijo Umbra con una sonrisa cómplice—. ¿No te preocupa que tu *capricho* se vaya de la lengua?

Me pareció que el sonido que hacían mis dientes al rechinar se podría haber oído hasta en Nébula. Umbra apenas se inmutó, dispuesta a continuar hablando de mí como si yo no estuviera presente.

—Umbra, me ofendes —ronroneó Callum—. Su lengua no hace nada que yo no le permita.

El Guardián de las Sombras le ofreció un brazo envuelto en sombras que ella aceptó gustosa.

—Siempre me ha gustado tu estilo —respondió con un tono empalagoso—. Suerte para la segunda prueba, mestiza. Sería una pena que volvieras a resbalar.

Umbra me dio la espalda, dejándose guiar por los pasos decididos de Callum. Él se limitó a ordenarme girando la cabeza por encima del hombro.

—A la cama, Hadaës, ya no preciso nada más de tu presencia esta noche —dijo sin dirigirme la mirada.

Todas y cada una de las palabras que habían abandonado los labios de Callum eran mentira. Una historia plausible que me daba una salida que no implicara mi expulsión del torneo al saltarme las normas. Por otro lado, no pude evitar sentir que tal vez hubiera verdad en ellas. Durante unos segundos me quedé inmóvil, observando cómo los dos Guardianes se alejaban como si nada. Sentí una presencia de noche en mi cabeza, un toque sutil pero firme que me devolvió a la realidad.

—Esto no va a volver a ocurrir —dije entre dientes.

Las mejillas me ardían y solo quería salir corriendo de allí y conservar algo de la poca dignidad que me quedaba.

—Lo que tú digas —susurró Callum sin tan siquiera volverse a mirarme.

El peso de mi poder palpitaba en las yemas de mis dedos, suplicando salir y acabar con la sonrisa de satisfacción de Umbra y el gesto de indiferencia de Callum.

Tus escudos, ordenó con más firmeza en mi cabeza.

Antes de que pudiera contestarle, Callum abandonó el pasillo con Umbra agarrada de su brazo, dejándome sola y con la boca abierta, todavía con el sabor de sus labios en la lengua y el recuerdo de su cuerpo contra el mío.

CAPÍTULO XXXVI

La falta de información le comía por dentro. Sabía que estaba mandando a su hermano a una muerte segura. La culpa que sentía era infinita.

Conciliar el sueño fue casi imposible. Todo lo ocurrido me daba vueltas en la cabeza mientras intentaba comprenderlo: los oscuros pasillos llenos de pesadillas, voces susurradas que predecían muerte y destrucción, y los restos del sabor de un beso envenenado. Las palabras sin sentido de Umbra, los eventos de la noche se arremolinaban en bucles sin fin. Los ojos negros de Callum me perseguían. Eran recuerdos de memorias olvidadas, que, de alguna manera, se sentían cerca, pero a la vez muy lejanos.

Pasaron horas, tal vez minutos, pero al final fui capaz de vencer a los demonios de la noche y dormir. No sabría decir cuánto rato pude descansar. En algún momento de la madrugada, las ondas de mi poder comenzaron a moverse nerviosas. A su lado, la oscuridad se afilaba las uñas.

Me desperté de un sobresalto, con los ojos empañados de pesadillas y las sábanas enredadas entre las piernas. Mi mano derecha tanteó debajo de las almohadas en busca de la daga con la que siempre dormía, pero no fui capaz de encontrarla. Todas las alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza. Pude sentir como la

magia de las Tormentas luchaba por salir. Alguien había entrado en la habitación y había movido mis armas.

Algo tintineó en una esquina de mis aposentos. Fue entonces cuando noté una presencia entre los rayos de Verdeluna.

Antes de que pudiera hacer nada, un velo de oscuridad se cernió sobre mi cabeza, dejándome a ciegas y con los pies todavía envueltos entre los restos olvidados de mis mantas. A lo lejos, entre las repentinas tinieblas que me impedían ver, un brillo familiar comenzó a parpadear.

—Pero ¿qué demonios...? —comencé a decir, luchando por zafarme de la gasa incorpórea que me impedía ver con claridad.

Eso no será necesario, Campeona de las Tormentas. —La voz del *derrigan* resonó en mi cabeza y contra las paredes de la habitación —. *La segunda prueba ha comenzado.*

Aún sin ver, me levanté en busca de mi ropa y del resto de mis armas. No sabía en qué consistía la segunda prueba, pero dudaba que el conjunto fino de ropa de cama que llevaba puesto fuera apropiado.

No hay tiempo para vestirse. Los campeones han de personarse inmediatamente en el enclave da la segunda prueba tal y como fueron encontrados. Las armas no están permitidas en esta ocasión.

Agradecí, en parte, no poder ver con claridad, ya que de poder hacerlo, mi enfado ya creciente me habría consumido por completo. Estaba a punto de enfrentarme a la segunda prueba en poco más que ropa interior. Mis pies descalzos impactaron contra el suelo frío de mármol. Intenté calmar mis nervios, mientras hacía lo posible por aplacar las ondas enredadas de mi pelo con los dedos.

—¿Puedo al menos ponerme unos zapatos?

Los campeones han de personarse inmediatamente en el enclave de la segunda prueba tal y como fueron encontrados. Las armas no

están permitidas en esta ocasión, repitió el *derrigan* con tono aburrido.

—Me caías mejor cuando hacías preguntas sin sentido.

No estaba segura de que aquel fuera el mismo espíritu que me había llevado hasta mi habitación en la primera noche en el palacio. Desde fuera todos parecían idénticos. Sin embargo, algo en el timbre de su voz me resultaba ligeramente familiar.

Por desgracia, mis instrucciones consisten en llevarte hasta la segunda prueba. No en caerte bien, Campeona de las Tormentas, masculló el *derrigan* con el mismo tono monótono.

Definitivamente era el mismo que me había acompañado la primera vez.

—Haré la prueba descalza y sin apenas ropa —repetí, señalando sin ver hacia mi cuerpo.

Tal vez las leyes en cuanto a vestimenta eran laxas entre los de su especie, ya que básicamente nunca la llevaban. O si lo hacían, no se veía nada más allá de su cuerpo luminoso.

Me alegra que lo hayas entendido, respondió el espíritu, dejándome con la boca abierta.

No sé qué habría hecho en otra vida para merecer que solo me tocara interactuar con espíritus listillos. Aun sin ver, estaba segura de que el *derrigan* había puesto los ojos en blanco.

Por favor, avanza hacia el portal y cruza. La segunda prueba espera al otro lado.

—Ahora se acuerda de pedir las cosas con educación —gruñí entre dientes mientras avanzaba a ciegas hacia el fulgor plateado que me esperaba unos pasos más adelante.

Mi cuerpo se sentía vacío sin el peso de mis armas y mi instinto gritaba que me diera la vuelta, pero no tenía otra alternativa. Con un

último suspiro de frustración, apreté los dientes y me adentré en la desagradable sensación del portal.

Cuando por fin todo dejó de dar vueltas, me di cuenta de que el velo que me cubría la cabeza había desaparecido. Pestañeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la tenue luz que iluminaba el lugar donde me encontraba. Un leve movimiento a mi izquierda hizo que la esencia de mi poder crepitara en mis dedos.

—Me alegro de no ser el único que va descalzo —murmuró con cabreo la voz todavía medio dormida de Levi.

El Campeón de las Sombras tenía el pelo negro y azul revuelto, con unos suaves remolinos pegados contra su frente. Estaba sin camiseta, su única ropa eran unos pantalones de lino suave parecidos a los míos. Estaba claro que a él también lo habían sacado de la cama. Si sobrevivía a la noche, iba a comenzar a dormir totalmente vestida. Estaba decidido.

Miré a mi alrededor en busca de los otros dos campeones. Nos encontrábamos en una amplia pero austera tienda de lona. Fuera, el viento soplaba con fuerza, zarandeando las paredes de tela. Más allá, al otro lado del pequeño habitáculo, solo se escuchaba silencio.

A pocos metros de distancia, Brann me observaba con una mueca sospechosa, vestido de manera similar a la de Levi. No pude evitar sonreír al ver la herida que todavía se adivinaba bajo su cuerno incompleto. Sanaría, pero no volvería a crecer.

El recuerdo de la risa profunda de Callum me invadió sin aviso. Pestañeé confundida. Pero ¿qué demonios? Los escudos negros que me protegían seguían intactos, estaba sola en mi cabeza. Apreté ambos parpados con manos firmes intentando aliviar la presión. Definitivamente, los viajes a través de los portales estaban comenzando a pasarme factura.

Al otro lado de la tienda, Nuada se afanaba por recoger su pelo liso en un moño en la base de la nuca. La Campeona de las Llamas vestía tan solo un camisón tan rojo como las llamas de la flecha que me había disparado y me miraba como si quisiera repetirlo.

—Al menos mi pelo no parece recién salido de un huracán —espetó Nuada ante mi mirada.

Incliné la barbilla hacia arriba y decidí ignorar su ataque. Era más que consciente del estado en el que me encontraba, pero no iba a darle el gusto de sentirme avergonzada.

—¿Esto es normal?

—¿Torturar psicológicamente a los campeones? Por supuesto. ¿Obligarnos a completar una prueba en distintos grados de desnudez y descalzos? ¡Oh, esto es nuevo! Original, y nuevo. Por algún motivo no se les había ocurrido antes en los últimos cien años. Aunque no puedo decir que me sorprenda —explicó Levi.

A mi alrededor todos los campeones estiraban los músculos en preparación al inicio de la prueba. Me pareció lógico imitarlos, aunque solo fuera por tener algo que hacer con las manos.

—La ropa no es más que otra armadura. Históricamente muchos duelos arcaicos se llevaban a cabo en cueros o con una vestimenta mínima. Es una estrategia que aumenta la vulnerabilidad e iguala el terreno de juego. Todavía hoy en día hay algunas tribus de Bajos Fae que funcionan así. —Nuada despegó la vista de sus estiramientos y se dio de bruces con tres pares de ojos que la observaban atónitos—. ¿Qué espíritus os pasa? Algunos de nosotros utilizamos la cabeza para algo más que para llevar cuernos. De todos modos, con ropa o sin ella, puedo patearos el culo con los ojos cerrados.

Brann se limitó a gruñir y darnos la espalda. Debajo de los insultos abiertos de Nuada percibí cierta vergüenza, como si se hubiera dado

cuenta de que había dejado ver más de lo que pretendía.

—¿Cómo sabes tanto sobre el tema?

—Tal vez en el agujero infecto del que te han sacado no los tengáis, pero existen unas cosas maravillosas llamadas libros. —Su tono era todo veneno—. No sé ni para qué lo intento.

Levi me palmeó la espalda cuando llegué a su lado.

—Me han quitado mis dagas.

—Claramente quieren morir o no sabían lo que hacían —sentenció él con la sombra de una sonrisa acariciando sus facciones.

Puse los ojos en blanco evitando corresponderle. Dudaba que hubiera algo que yo pudiera hacer contra un *derrigan* si este se proponía impedírmelo. Pero lo cierto es que se habían interpuesto entre mis dagas y yo. El asunto ya era algo personal.

—No sé qué clase de tortura habrán ideado esta vez, pero nos mantendremos juntos. El hecho de que nos hayan quitado las armas me hace pensar que no nos quitarán los poderes. —Levi hablaba pausado, mientras continuaba estirando y calentando los músculos en un intento de despertar su cuerpo.

—No podemos estar seguros de eso.

—No, no podemos. Sin embargo, algo me dice que tenernos semidesnudos, dormidos y sin armas es suficiente para reírse de nosotros. No nos arrebatarán también los poderes. Se quedarían sin espectáculo. —Levi sonaba tan seguro que estuve tentada de creerlo.

—Te sorprenderían los límites a los que están dispuestos a llegar. Tienen un humor particular. —La risa amarga de Nuada me llegó desde la otra punta de la tienda—. Cuando crees que la cosa no puede ir a peor, siempre te sorprenden. Si algo aprendí de mi padre es que la crueldad de un Alto Fae no conoce límites.

Los observé con los ojos entrecerrados. Una vez más, estaba claro que me faltaba información. Información que mi Guardián debería haberme proporcionado.

—¿De qué estáis hablando?

En algún lugar de las profundidades de la tienda, Brann estalló en carcajadas. Por su parte Nuada me miraba con los ojos como platos y el ceño fruncido.

—¡Oh, por todos los espíritus y la Verdeluna! Al final va a resultar que el cabrón tiene algo de inteligencia. Si no fuera tan mezquino, hasta lo admiraría. Una estrategia arriesgada, pero no se puede decir que no tenga cojones. —Nuada sonaba incrédula y horrorizada a partes iguales.

Sus ojos me observaban como si me estuvieran viendo por primera vez. Sus palabras no tenían sentido y, aun así, algo en mi cabeza me decía que no mentían. Los restos de la conversación que había escuchado a hurtadillas entre Umbra y sus compinches resonaban en mi cabeza.

—¿De qué espíritus estáis hablando?

—Elara, aquí no —contestó Levi, negando levemente con la cabeza.

Quería seguir preguntando, parecía que las mentiras me perseguían sin cesar, pero, antes de poder hacerlo, un zumbido agudo atravesó el ambiente.

En un abrir y cerrar de ojos, la tienda se disolvió a nuestro alrededor, consumida por un poder plateado y esmeralda. Las hebras de la lona comenzaron a arder, abrasadas por un fuego que no quemaba ni desprendía calor. En mi pecho, mi magia parecía resonar contra el despliegue de llamas verdes.

—Bienvenidos a la segunda prueba, campeones. —La voz de violetas y Verdeluna de la Dama resonó contra la quietud del

anochecer—. Esta noche el bosque que vio nacer a las cortes será testigo de vuestra valentía y el agua que vio morir a vuestros antepasados será verdugo de vuestros recuerdos.

La tienda terminó de desaparecer a nuestro alrededor y en su lugar nos recibió una noche más oscura de lo normal, un pequeño claro rodeado por árboles imposibles característicos del bosque de la Dama y el murmullo suave de un río a nuestras espaldas. No reconocí el lugar. Desde luego no era visible desde el palacio y no se parecía en nada al espacio de la segunda prueba.

—¡Joder! Malditos espíritus. —La maldición de Levi atravesó el claro como un escalofrío.

Para mi sorpresa, Nuada y Brann lanzaron improperios similares al aire. Eso hizo que mirara a mi alrededor con más atención. El espacio estaba prácticamente desierto. En los límites de la oscuridad varias sacerdotisas de la Dama aguardaban con las palmas entrelazadas. Las únicas luces que iluminaban el claro eran la del astro verde y las que emitían los cuerpos de la media docena de *derrigan* que nos supervisaban.

A mi lado, el Campeón de las Sombras tragó saliva, oteando las aguas calmadas de un río oscuro y caudaloso que aguardaba frente a nosotros. Sus aguas eran tan opacas que se fundían con el negro verde de la noche. El silencio que las acompañaba no era natural. Era opresivo, lleno de malos presagios y augurios de muerte. El tipo de silencio que te llevaba a echar de menos los gritos en una pesadilla.

—La prueba de hoy es sencilla. —Aunque no podía verla, la voz de la Dama sonaba cerca y lo envolvía todo—. Sumergiros en el río, despojaros de vuestros fantasmas, y con la ayuda solo de vuestro verdadero poder, llegad hasta la isla que aguarda en el centro del lago. No hagáis caso a los quejidos de otros, no miréis lo que no se

os está permitido ver. Desobedeced las normas y la muerte os parecerá un castigo piadoso. Mis *derrigan* os indicarán el camino.

A lo lejos, el río desembocaba en un lago tan inmenso que me recordó a la enormidad del mar que rodeaba el Archipiélago. En su centro, más allá de donde alcanzaba la vista, una singular llama plateada tintineaba contra la noche perpetua. Supuse que bajo su brillo estaría la isla. La voz de la Dama resonó contra los árboles que bordeaban la inmensa masa de agua. No podíamos verla y, sin embargo, estaba segura de que aguardaba junto a aquella llama plateada.

Daos la vuelta —indicó uno de los varios *derrigan* que flotaban a nuestro alrededor—. *Cruzareis el río uno a uno. Mientras esperáis no se os está permitido giraros, ni intervenir. Solo cuando suene vuestra campana podéis comenzar y usar vuestro poder. De hacerlo antes, estaréis fuera del torneo. Seguiremos el orden de llegada en la primera prueba*.

Reprimí el gemido de frustración que comenzó a formarse en mi garganta. Esta prueba no daría opción a trabajar en equipo. Además, yo saldría última. Brann primero, Levi después, y en tercer puesto, Nuada.

No estaba segura de si sentirme aliviada u horrorizada. Estar sola ante el peligro era una sensación familiar, aunque no en el buen sentido.

Una campana resonó a lo lejos dando comienzo a la prueba. Brann se dio la vuelta y, aunque no le podía ver, sentí que se dirigía con paso decidido hacia la orilla del río. El silencio más allá de sus pisadas era tan profundo que me erizó el vello del cuerpo. Aunque el ambiente era totalmente diferente a la primera prueba, sin el rugido del público y el clamor de las gradas, no podía evitar sentirme igual de observada.

—¿Dónde están? —No tuve que decir a quién me refería, estaba segura de que los demás también sentían sus miradas. Curiosas, morbosas, expectantes.

—En la linde del bosque.

Fruncí los ojos, confusa, sin ser capaz de ver, al principio, a qué se refería. Cuando por fin fui consciente, mi corazón dio un vuelco. Bordeando el extremo del bosque, cientos de figuras encapuchadas nos observaban en silencio. Escondidas entre las sombras.

Recorrí la zona varias veces, en busca de un destello de pelo rojo o blanco bajo el brillo de la Verdeluna. Pero no fui capaz de encontrar rastro alguno de mis amigos.

—¿Por qué no dicen nada?

Para mi sorpresa no fue Levi quien respondió.

—Tu estupidez no conoce límites, Hadaës. ¿O acaso no sabes dónde estás? Nadie en su sano juicio gritaría aquí como en el anfiteatro —escupió Nuada, con sus ojos rasgados fijos en aquellos que nos observaban—. No les des la satisfacción de sentir tu miedo, eso es precisamente lo que buscan.

Y, aunque sus palabras iban dirigidas hacia mí, tuve la sensación de que el odio que las impregnaba estaba destinado a los que nos observaban.

—Estamos en Anam, el corazón del bosque de la Dama, hogar del río de las Almas —explicó Levi.

—¿Por qué tengo la sensación de que ese nombre no es tan bonito como parece?

Antes de que Levi pudiera contestarme, comenzaron los gritos.

Graznidos y chillidos, acompañados por una ventisca de agua y salpicaduras violentas inundaron el silencio de la noche. Los gruñidos se mezclaban con alaridos de dolor y lo que parecían los lamentos de alguien siendo lanzado, una y otra vez, contra el agua.

Los ruidos sonaron cerca, al principio, pero conforme el tiempo pasaba se iban alejando.

En mi pecho, el poder comenzó a calentarse. Todo mi cuerpo vibraba, envuelto en una cantidad de magia que no había anticipado. Tuve que cerrar los puños y morderme el interior de las mejillas para no gritar y soltarlo de golpe. Necesitaba liberarlo, necesitaba dejarlo salir.

La energía que recorría mis venas quería enfrentarse a las amenazas que nos esperaban en el agua. Necesitaba verlas, los gritos me llamaban. Sin darme cuenta, había comenzado a girar los hombros. El agarre severo de Levi me mantuvo en el sitio.

Una mano tintada de noche y destrucción acarició los escudos de mi mente y me devolvió ligeramente a la realidad. No opuse resistencia cuando la esencia de sombra envolvió todos los recovecos que rodeaban mis escudos mentales. Su compañía me ayudó a calmar la oscuridad furiosa de mi interior, me permitió volver poco a poco al claro y deshacerme de la sensación aplastante de poder que me había sobrecogido.

Dejé escapar una bocanada de aire entrecortada, luchando por controlar mi cuerpo y el poder que habitaba en él. Conocía esa presencia en mi cabeza. Mi esencia se mezclaba con la suya de manera irritantemente natural.

—No, Elara. Pase lo que pase no te gires. Oigas lo que oigas. —El tono de Levi no dejaba lugar a discusión.

—¿Qué es eso?

—Lo descubrirás dentro de nada, Hadaës —dijo Nuada, sin ningún rastro de maldad en su voz.

Los gritos seguían atravesando la noche verde. Cada vez más lejos. Cada gemido era como una daga contra el corazón, pidiéndome que me girara, instándome a ir en su ayuda.

—Júrame que no te darás la vuelta hasta que suene tu campana. Pase lo que pase —dijo Levi con los dientes apretados—. Júramelo, Elara.

—Estoy cansada de hacer tratos y jurar por cosas que no comprendo.

—Esto no es un trato. ¡Maldita sea, Elara! Si a ti te pasa algo, él arrasará con todo. —El Campeón de las Sombras habló en un susurro estrangulado. Lo suficientemente bajo como para que solo yo pudiera oírlo.

—¿De qué espíritus estás hablando?

—No es un trato. Es una promesa. No quiero nada a cambio, solo que no te pase nada. Tu palabra bastará —repitió Levi, desesperado —. Necesito saber que cuando llegue mi turno te resistirás y no te girarás. Oigas lo que oigas. Por mucho que tu poder te lo pida.

Estudié su tono, siempre compuesto y pausado, tan lejos de su tranquilidad natural. No me atreví a mirarlo a la cara, en parte por temor a los gritos que rompían la noche, y en parte por miedo a que reflejara en ella la misma angustia que había en su voz.

—Lo prometo.

No sabría decir por qué accedí, solo sabía que, pese a todo, Levi me inspiraba confianza. Su mano me apretó con fuerza el hombro. Como si también él necesitara saber que yo continuaba allí. Que todavía seguíamos con vida. Casi pude jurar que la mano de noche y estrellas que acariciaba mi mente hizo algo similar.

Y, en ese momento, el corazón se me partió en mil pedazos, porque, tal como me había pasado meses atrás, tuve la certeza absoluta de que, si dejaba entrar a Levi en mi vida, se convertiría en una parte indispensable de ella. El hermano mayor que nunca había tenido, el amigo que siempre pensaba en ti antes que en él mismo.

A lo lejos, una campana resonó, rompiendo el coro de gritos y, con ellos, un poco más mi corazón. Alargué la mano, sin girarme, hasta rodear el antebrazo de Levi.

—No te mueras, sería todo un fastidio —le dije conforme empezaba a despegarse. No me atreví a girar la cabeza lo más mínimo, ni siquiera para verle la cara una última vez antes de que comenzara la prueba.

—Lo mismo digo —se despidió Levi, y me apretó el hombro una última vez.

Cerré los ojos y me concentré en contar cada uno de sus pasos hacia el agua, envueltos en un silencio que sabía que duraría muy poco. Un chispazo de electricidad surcó el aire, seguido del resoplar de fuertes alas contra el viento de la noche. Como si una criatura de dimensiones descomunales surcara el espacio en dirección al agua. Arrugué las cejas, desconcertada, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. Entonces comenzaron los gritos.

Mi mente voló hacia otros mundos. Lejos de los gritos y del horror. Lejos de los cientos de ojos que me observaban y de las pesadillas que contaban los minutos para alcanzarme. Intenté pensar en cualquier otra cosa, más allá de los chillidos de puro dolor que llegaban desde el agua. Alaridos que sabía que pertenecían a Levi. Sonidos que no sonaban del todo reales.

Un mar negro de estrellas y galaxias encontró su camino hasta mi cabeza. Trocitos eternos de un prado de hierba oscura salpicado de flores silvestres y lagunas de Verdeluna. Miles de luciérnagas violetas surcando el cielo, como si las propias estrellas hubieran decidido bajar a jugar.

Mi cabeza entró en calma. Agradecí aquellas imágenes inesperadas, por imposibles que fueran. ¿Acaso me estaba volviendo loca? Primero las voces y ahora visiones.

—De verdad no tienes idea alguna de dónde te has metido, ¿no es así, Hadaës?

—Tengo nombre, ¿sabes?

—Todos los campeones lo tienen y, al final, ¿de qué les sirve? Todos acabaremos igual —musitó Nuada.

—Si no vas a explicarme de qué estabas hablando antes, prefiero seguir en silencio.

—Si tu Guardián ha decidido que no mereces esa información, ¿quién soy yo para contradecirlo? —ronroneó ella.

Esta vez, las palabras de la Campeona de las Llamas me hicieron más daño del que jamás admitiría en voz alta. Finnian había prometido que los secretos se habían terminado. Lo había jurado. Aun así, las palabras de Nuada se mezclaron con las de Orla en nuestra despedida.

Los ojos color ocre de la princesa habían palidecido al despedirse, como si hubiera mil cosas que hubiera querido contarme. A lo lejos, una tercera campana interrumpió mis pensamientos.

—No le pertenezco a nadie —dije cuando ella comenzó a moverse —. Ni siquiera al Guardián de mi corte. Mi vida es solo mía.

—Por una vez estamos de acuerdo. Te daré un consejo, no dejes que él lo vea. Los hombres, en especial los Altos Fae, tienden a tensarse cuando creen que han perdido el control sobre los elementos que consideran suyos. —Supe, sin necesidad de que diera más detalles, que hablaba por experiencia—. Te veo al otro lado, Elara.

No me pasó desapercibido que era la primera vez que usaba mi nombre. Me sentí en la obligación de contar sus pasos también, hasta que se perdieron en el agua. Centré todos mis esfuerzos en bloquear los gritos que no tardaron en comenzar a llegar. Respiración tras respiración, me obsesioné con volver a encontrar

esas imágenes que me habían traído paz. Recuerdos de un sitio que no recordaba haber pisado, pero que tenía un olor familiar.

Tras lo que me pareció una eternidad, los ruidos cesaron. El sonido metálico de la cuarta y última campanada reverberó contra los confines del bosque, mezclándose con el zumbido constante del poder que anidaba en mi cuerpo. Abrí los ojos despacio, centrándome en respirar.

Hice caso omiso de los cientos de ojos que me miraban en silencio. Ignoré el escalofrío que me recorrió. Me centré solo en la textura de la hierba contra mis pies descalzos mientras me giraba hacia el río. Avancé despacio hacia él, con el poder vibrando en las puntas de mis dedos.

Lo dejé salir a investigar, acompasando mi frecuencia a la de las ondas que se concentraban en el aire, buscando su cadencia e imitándola. Lista para manipularlas si fuera necesario.

Cuando llegué a la orilla del río, observé intranquila la superficie. A primera vista todo parecía normal, pero un movimiento lento del agua hizo que el corazón me diera un vuelco. Fue entonces cuando lo vi, flotando a escasos metros de distancia.

El cuerpo de Nuada yacía inerte en el agua y sin rastro de vida.

CAPÍTULO XXXVII

Llegado el momento consiguió mantener su máscara en su sitio a duras penas. La pesadilla seguía a su alrededor. Demasiada sangre derramada. Y, pese a todo, continuó siendo el perfecto actor. El monstruo que todos esperaban.

Mis piernas se movieron más rápido que mi sentido común. Actué por instinto, la clase de acción inconsciente que tenía consecuencias desastrosas. Algo que jamás habría hecho estando en Nébula. Ese tipo de decisiones impulsivas tenían siempre algo en común: te metían en problemas de los que acababan con alguien muerto o herido.

Aun así, continué avanzando. Corrí hasta la orilla del río sin pensar demasiado en otra cosa que no fuera sacar el cuerpo inmóvil que flotaba en la superficie. El cuerpo de Nuada, de entre todas las personas posibles. Desde luego la Verdeluna tenía un sentido del humor muy curioso.

Sin meterme en el agua, lancé mi poder a través de las suaves corrientes del río. Rodeé sin demasiada delicadeza el cuerpo de la Campeona de las Llamas, compactando las partículas de aire a su alrededor y elevándola lejos del agua. Algo opuso resistencia, como si la magia del bosque no quisiera que la sacara de allí.

Anam no quería que me la llevara, pero yo no estaba dispuesta a perder la batalla. Fui vagamente consciente de cómo la mano de estrellas parecía apretar los puños contra mis escudos mentales. ¿Acaso quería que la dejara?

Apreté los dientes. No iba a abandonarla allí flotando. No importaba quién fuera, o cómo me hubiera tratado, nadie se merecía eso. El recuerdo de los ojos sin vida de Oraz me asaltó. Lo aparté de un plumazo. ¿Y si Levi también estaba todavía en el río? ¿Hundido en el fondo y sin nadie que lo ayudara?

Ignoré aquellos pensamientos y apreté con más ímpetu hasta conseguir sacar el cuerpo de Nuada del agua. Dejé que mi magia la depositara a unos metros de la orilla. El pecho de la campeona permanecía inmóvil.

—Mierda —susurré mientras me arrodillaba a su lado—. Lo peor de todo es que, si consigo salvarte, lo más probable es que intentes matarme en cuanto despiertes.

Aun así, alineé mis vibraciones con las del aire que nos rodeaba, hice que las corrientes se centraran en su garganta y en sus pulmones, buscando cualquier resquicio por el que poder entrar. Cualquier pequeña grieta que me permitiera acceder a su interior.

Algo viscoso y pesado, de una cadencia diferente a la del aire, se mecía en su interior. La sustancia opuso resistencia cuando traté de eliminarla. Cerré los ojos para concentrarme y dirigí mi poder hacia el agua estancada del río que encharcaba sus pulmones. Modifiqué el ritmo de mis ondas hasta que se camuflaron con el espesor salado que le impedía respirar. Una vez cerca rodeé el líquido con partículas de aire limpio y tiré de él hacia fuera.

El cuerpo de Nuada se retorció en un espasmo y un torrente de agua turbia abandonó su garganta. Inmediatamente después, la Campeona de las Llamas comenzó a toser, mientras el pecho le subía

y bajaba de manera agitada. Abrió los ojos desorientada, nuestras miradas conectaron durante medio segundo antes de que volviera a perder el conocimiento.

Sin saberlo, liberé el aliento que estaba conteniendo y me uní a las respiraciones desacompasadas, pero reales y evidentes, de la Campeona de las Llamas.

—De nada —dije al despegarme de su lado, una vez que estuve segura de que se encontraba estable.

Me levanté con el paso un poco más firme. Comprobé las reservas de mi poder, ya que había usado una parte importante al salvar a Nuada, pero todavía tenía suficiente. La oscuridad en mi interior se revolvió ofendida.

Sin saber qué otra cosa hacer, erguí un escudo de aire fino alrededor de Nuada para impedir que su cuerpo se enfriara demasiado. Estaba segura de que me arrepentiría más tarde de toda la energía que iba a malgastar manteniéndolo activo, pero decidí seguir adelante.

Mi horizonte se llenó del negro turbio del río que aguardaba frente a mí. Continué andando hasta que mis pies descalzos rozaron el borde de la orilla. Sopesé mis opciones. Estaba claro que algo aguardaba bajo la superficie. Algo terrible que había estado a punto de matar a Nuada y que había hecho gritar desesperados a dos guerreros legendarios.

Contemplé la posibilidad de no cruzar a nado. Tenía suficiente energía como para reforzar el aire a mi alrededor y crear una pantalla que me permitiera caminar sobre el agua. Podría llegar hasta la titilante llama plateada en el centro sin apenas mojarme. Pero las instrucciones de la Dama de la Noche no debían desobedecerse y ella había dicho claramente que debíamos sumergirnos.

Nadar no sería un problema. Cualquiera que hubiera crecido en el Archipiélago sabía nadar antes que andar. Chapotear y bucear entre las lagunas de las playas más calmadas en verano, o durante todo el año, si el frío no te importaba, era uno de los pocos pasatiempos permitidos para los pobres.

Yo era una nadadora fuerte, y con la ayuda de mi poder, sería capaz de impulsarme con rapidez hasta mi destino. Al menos, en teoría. Pero Nuada también habría pensado algo parecido. Si bien nadar igual no era su fuerte, el calor de sus llamas le habría permitido una variedad importante de posibilidades.

Aunque sabía que drenaría mis reservas, me decanté por crear una burbuja de aire alrededor de mi rostro. De esa manera tendría mayor visión y, si algo me arrastraba hacia el fondo, no me ahogaría. Había hecho algo similar en el pasado para poder acceder al almacén subacuático de uno de los mercaderes más prolíficos de Nébula. Había gastado muchísimo poder aquella noche, pero el collar de amatistas que había robado nos había alimentado a Artio y a mí durante casi un mes.

No tenía sentido retrasarlo más. Una vez que estuve conforme con la burbuja de aire, di un paso tembloroso hacia el río. El agua estaba congelada. El frío calaba hasta los huesos. Me obligué a seguir caminando, con un único objetivo en mente: llegar hasta la luz plateada y terminar la prueba.

Continué caminando hasta que el agua me llegó a la cintura. La temperatura era similar a la de la escarcha, lo que provocó que todo el cuerpo me temblara. Era casi imposible pensar o moverse. En ese momento, agradecí no llevar ropa. De haberlo hecho, el peso mojado de la misma me habría llevado hasta el fondo.

Con el fantasma de mis dagas quemándome las puntas de los dedos, sumergí el resto del cuerpo y comencé a nadar. Cada

movimiento nublaba más mi cabeza y entumecía más mis extremidades. Era como si, de repente, mis brazos pesaran toneladas y mi cerebro funcionara a marchas forzadas. Solo había una idea clara en mi mente: llegar al centro del lago.

Era más que consciente de que, en algún lugar debajo de mis piernas, habitaba algo peligroso. Me obligué a seguir nadando, a seguir pataleando contra el agua. Aun con aquella neblina en mi cabeza, no podía dejar de pensar en el origen de los gritos de mis compañeros, esperando en todo momento que viniera a por mí. Mis movimientos se tornaron torpes y desacompasados.

Me costaba pensar con claridad, la necesidad de seguir nadando impulsaba mi cuerpo, pero, conforme más terreno recorría, más confuso se volvía todo. Era como si toda la información hubiera desaparecido de mi consciencia. Apenas recordaba mi nombre. ¿Qué espíritus estaba haciendo en mitad de un lago helado? ¿Cómo demonios había llegado allí? Flotando entre temblores, miré a mi alrededor confundida.

Intenté recordar algo, lo que fuera, pero en mi cabeza no había nada, solo frío. Al darme la vuelta distinguí la orilla a lo lejos. Me costaría alcanzarla, pero no sería imposible. Sin entender lo que estaba ocurriendo giré para comenzar la travesía de vuelta. Un tirón en lo más profundo de mi mente me hizo parar en seco. Jadeé sorprendida y logré mantenerme sobre la superficie a duras penas. Por la Verdeluna, ¿qué había sido eso?

Con la cabeza dándome tumbos, retomé la marcha, pero cuando tan solo había dado un par de brazadas, el dolor regresó. Escudriñé la vasta oscuridad en busca de algo que tuviera sentido. No había nada allí, tan solo noche y agua. En el centro de la nada brillaba una pequeña luz plateada. La fuerza volvió a acribillarme por dentro hasta que mis ojos volvieron a posarse en la centella plateada.

Me costaba mantenerme a flote y cada vez tenía más frío. Sin embargo, aquella presencia oscura no disminuyó su agarre. Se mantuvo firme e insistente hasta que, con un gruñido de exasperación, decidí hacerle caso. Dejando la seguridad de tierra firme atrás, me adentré en las tinieblas nadando hacia el extraño brillo. La presión en mi cabeza cedió, pero no tuve tiempo de disfrutar de la sensación de alivio. Algo viscoso me agarró el tobillo y tiró de mí hacia el fondo del río. Antes de que tuviera tiempo de comprender qué estaba ocurriendo comencé a chillar, pero la burbuja que me protegía amortiguaba mis gritos de dolor.

Estaba segura de que no estaba herida, pero el punto en el que unos tentáculos se cernían sobre mi cuerpo ardía sin descanso. La sensación no solo me produjo un dolor imposible de describir, sino que también trajo consigo recuerdos. Memorias que dolían más que cualquier corte.

Las voces de los fantasmas de mis pesadillas comenzaron a reverberar entre la negrura del agua que me rodeaba.

No todo fue mentira, Elara, pero, a efectos prácticos, no fuiste más que una herramienta. Y no me arrepiento de ello.

Lo ha hecho ella, mi señor. La niña los ha matado a todos.

Mi mente se vio consumida por todas aquellas voces. Por todos aquellos momentos de dolor que rezumaban mi nombre.

La criatura continuaba arrastrándome, retorciendo mi tobillo con saña. Tal vez no pudiera acallar las voces, pero podía luchar contra lo que trataba de ahogarme. Ignorando el dolor, agarré ambos tentáculos y tiré de ellos con fuerza. Íbamos demasiado rápido y lo único que podía ver eran las burbujas creadas por nuestro movimiento y mis dedos luchando por liberarme.

Me revolví contra el agarre, en una serie de intentos desesperados por zafarme de aquellas garras. La magia de las Tormentas centelleó

en mi interior, seguida de una serie de destellos que iluminaron mi descenso a las profundidades. Si no fuera porque la Verdeluna no me había bendecido con el poder del rayo, juraría que una tormenta eléctrica me recorría el cuerpo.

Gracias al fulgor pude ver que una criatura casi tan grande como yo me observaba con ojos inyectados en sangre aferrada a mi pierna. Su cuerpo era verde y viscoso, como las algas que la resaca del océano escupía tras una noche de pleamar. Sus uñas, rojas y afiladas, me mantenían sujeta sin poder escapar. Me miraba sin pestañear, con una sonrisa negra adornada con dientes afilados que le cubría el rostro.

Horrorizada, fui testigo de cómo decenas de criaturas semejantes surgían de entre las profundidades con los brazos extendidos hacia mí. Mis gritos de dolor parecían alimentar su fuerza. Mis esfuerzos se tornaron desordenados. Mi poder salía disparado, pero no conseguía ahuyentar a las criaturas.

La visión se tornó borrosa, estaba usando demasiada magia. El Vacío volvía a pisarme los talones y, esta vez, nadie acudiría en mi ayuda. Un estallido esmeralda reverberó desde las profundidades del río. Fui vagamente consciente de como las criaturas se apartaban de mí mientras chillaban despavoridas.

No me quedé a ver qué era lo que las había asustado tanto, aproveché mi repentina liberación para impulsarme hacia arriba, pero apenas me quedaban fuerzas. Era como si al mover mis brazos estuviera acarreando toneladas de peso. A mi espalda algo grande se movía en mi dirección a mucha velocidad. No iba a llegar a tiempo a la superficie, podía sentir su presencia en todas partes. Decidí usar las pocas fuerzas que me quedaran para enfrentarme a lo que fuera que me esperara.

Incrédula, observé que un ser de proporciones descomunales nadaba directo a mí. Un caballo de ojos blancos y crin negra y verde, cuyas poderosas patas lo impulsaban a través del agua con seguridad. Me quedé petrificada. Suspendida en el agua del río, aguardando mi final.

No recordaba por qué estaba en el agua, pero había una cosa que tenía clara: la criatura que se aproximaba hacia mí era un Kelpie y nadie sobrevivía a un encuentro con el dios de la laguna. La bestia nadó hasta situarse a escasos centímetros de mí, yo me preparé para el final. Pero, para mi sorpresa, no me atacó.

El Kelpie nadó hasta situar su cabeza bajo mis manos suspendidas en el agua. Contuve el aliento y me dio la sensación de que aquello formaba parte de un recuerdo olvidado. Temblando, y sin saber muy bien el motivo que me llevó a hacerlo, posé mis manos sobre su cuerpo. Entonces, todo cobró sentido. Algo en el río me había hecho perder la memoria.

Los recuerdos me asaltaron uno tras otro sin compasión. No me dieron tregua ni tiempo para procesarlos. La segunda prueba, los alaridos de dolor de Levi y de Brann. Cientos de ojos observando tras el manto de la noche. Los pies descalzos sobre la hierba fresca. El cuerpo de Nuada flotando en el agua.

Cerré las manos con fuerza sobre la piel del Kelpie, pero la bestia no pareció molesta. Continuó mirándome en silencio y yo me perdí en sus ojos blancos, que hubiera reconocido en cualquier parte. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, había venido en mi ayuda.

Todavía aturdida, y siendo consciente de que mi poder se estaba agotando, agité la cabeza. Debía completar la prueba.

—Tengo que salir del agua —susurré dentro de la burbuja.

Mi voz sonaba áspera y dolorida. Me ardía la garganta al hablar y respirar también se estaba convirtiendo en tarea difícil. El Kelpie resopló, pegando más su cuerpo al mío. No parecía dispuesto a irse a ninguna parte, sino todo lo contrario. No me atreví a despegar las manos de su pelaje, por miedo a que el dolor del río volviera a apresarme.

El Kelpie giró su cabeza y volvió a resoplar, nadando ligeramente hasta que su espalda quedó a mi altura. Lo miré incrédula. Era imposible que estuviera sugiriendo lo que yo creía. No me permití pensarlo dos veces. Rodeé su cuello con las manos y me impulsé hasta quedar montada sobre su lomo. Apenas un segundo después, él comenzó a nadar.

Cerré los ojos y concentré todas mis energías en no dejarme caer. Podía sentir las algas del río a nuestro alrededor, mientras el Kelpie surcaba al galope las turbulentas aguas. Unos minutos más tarde, sentí como su cuerpo se inclinaba hacia arriba, como si nadáramos cada vez más cerca del exterior. Nuestros cuerpos rompieron la superficie en un estallido de salpicaduras.

Liberé la burbuja de aire que me había mantenido con vida y di un par de bocanadas desesperadas contra la negrura de la Verdenoche; aliviada, dejé que mi don descansara. Este se arremolinó en mi pecho ronroneando, agotado, listo para descansar.

El Kelpie aminoró la marcha conforme movía su cuerpo y el mío fuera del agua. Avanzó con paso seguro por la orilla. Nos dirigimos hacia una pequeña isla, donde un puñado de figuras nos observaban con los ojos abiertos como platos. A su lado una fina llama de luz plateada brillaba suspendida en el aire.

Pestañeé varias veces para volver a acostumbrarme a la oscuridad. Una especie de frío distinto me asaltó cuando mi cuerpo mojado entró en contacto con el aire. El Kelpie avanzó en silencio.

Sus respiraciones profundas condensaban el aire a nuestro alrededor.

Desde el centro del pequeño islote, la Dama de la Noche me observaba con ojos serenos y una sonrisa estoica. Su cabello dorado ondulado se mecía apaciblemente y toda ella parecía emitir un ligero fulgor plateado. Inclinó la cabeza en un gesto curioso, casi infantil. Un brillo satisfecho bañaba sus ojos. Lejos de reconfortarme, solo hizo que me estremeciera.

Sentí como una punzada atravesaba la cicatriz en la base de mi cuello. Un dolor viejo y profundo que me acompañaba a menudo. Froté una de mis manos heladas contra la rugosa piel, en un gesto tan inútil como familiar.

Desmonté a trompicones. Si no hubiera sido por el frío de la noche, estaba segura de que me habría ruborizado. Las finas capas de mi ropa de cama se fundían con mi cuerpo mojado, dejando poco espacio a la imaginación. Mi pelo era una cortina negra azabache, empapada, que se enredaba sobre mí. El agua del río se mezclaba con la sangre de mis heridas, creando pequeños regueros rosados que recorrían mi piel: lágrimas rojas que la pintaban con los horrores de la segunda prueba del torneo.

Me negué a sentirme avergonzada. Levanté la barbilla y di la espalda a los seres que me observaban imperturbables. Acaricié con reverencia la cara del Kelpie. No sabía qué había hecho para merecer su respeto, pero estaría en deuda con él toda mi vida.

—Gracias —susurré contra su pelaje—. Ojalá supiera tu nombre para agradecerte como es debido. ¿Qué te parece Echo?

El caballo me golpeó cariñosamente con la nariz, haciéndome cosquillas contra el cuello. Emitió un sonido profundo que interpreté como una aprobación y se alejó de vuelta al agua.

—Muy bien, Echo entonces —murmuré—. Estoy en deuda contigo.

Echo giró la cabeza una última vez, inclinándola ligeramente en mi dirección. Imité su gesto en una reverencia breve que esperaba que fuera capaz de decir todo lo que quedaba pendiente. Acto seguido se hundió en las profundidades en calma.

Consciente de que todavía debía enfrentarme a aquellos que me observaban, me di la vuelta, y sin apartar la mirada de la Dama de la Noche, avancé hasta salir por completo del agua. Me permití observar la escena a mi alrededor.

La Dama se encontraba en el centro, rodeada de varios *derrigan* y sacerdotisas encapuchadas. A su izquierda, Aiden, el Guardián de las Llamas, me observaba con el ceño fruncido. Unos metros más allá, Umbra me miraba con los ojos entornados, y junto a ella, Brann apenas se mantenía en pie. Estaba empapado, como yo, y tenía un corte feo en la ceja.

—Nuada está al otro lado del río. La saqué del agua. Está viva o al menos lo estaba cuando me sumergí. Hice todo lo que pude por ella, pero creo que debería verla un sanador —expliqué, mirando directamente al Guardián de las Llamas.

Estaba claro que el viaje de Nuada en la competición había terminado y, por ello, su Guardián podía hacerse cargo de ella. Aiden inclinó la cabeza en mi dirección. Algo firme y fiero tiñó su rostro, pero no dijo ni una palabra.

Al otro lado de la Dama, Finnian no me quitaba los ojos de encima. Era la primera vez desde el inicio del torneo que lo tenía tan cerca. Su gesto era serio, una máscara estoica y calculadora. Intenté ignorar la punzada de dolor que me atravesó ante su aparente indiferencia. No había ni rastro de Orla o de Cían. El Guardián de las Tormentas parecía agotado. Círculos negros y morados cubrían la parte inferior de sus ojos y su piel había adquirido un tono cenizo.

Un ligero movimiento rompió nuestra conexión. A su lado, Callum me miraba con gesto inescrutable. Sus ojos negros no se apartaban de mí. Me repasaron de arriba abajo; al hacerlo, su mirada se endureció con asco. Ignoré su desdén y me aseguré de tener los escudos cerrados a cal y canto. A los pies de Callum, algo volvió a moverse.

Levi yacía semiinconsciente, tiritando descontroladamente y con un corte profundo en su brazo derecho, justo por encima del hombro. Miré a mi alrededor, ¿por qué nadie hacía nada para ayudarlo? Callum no podía tocarlo, las normas eran muy claras al respecto, un Guardián no podía intervenir en lo referente a su campeón. Ahora bien, ¿y el resto?

Antes de que pudiera llegar hasta Levi, una última campanada sonó con fuerza en la oscuridad.

—La segunda prueba ha finalizado. Enhorabuena a las tres cortes restantes. Vuestros campeones serán los finalistas de la tercera y última prueba —proclamó la Dama de la Noche. El silencio que siguió a sus palabras se podía tocar con las manos. Las notas musicales de su voz resonaron contra el suelo al escapar de sus labios.

—¿Tres? —escupió Umbra sin miramientos, rompiendo el embrujo de la noche callada—. La Campeona de las Tormentas ha recibido ayuda para completar la prueba. Eso no está permitido.

Abrí la boca para contestar. Si Umbra se pensaba que por ser Guardiana me iba a quedar callada ya podía esperar sentada. La presencia de Callum volvió a mi cabeza, como lo había hecho en el río. Esta vez me impidió hablar. Me giré hacia él con una mirada asesina, pero el Guardián continuaba con la vista perdida en algún punto del horizonte, ignorando mi presencia.

Volví a mirar a Finnian, a la espera de que este contestara a Umbra. Al fin y al cabo, yo era su responsabilidad. Para mi sorpresa, fue Aiden quien habló. Quise pensar que, de no haberlo hecho, habría sido Finnian quien hubiera acudido en mi ayuda.

—Los Kelpie no son criaturas que puedan ser controladas. Si la bestia acudió en su ayuda, no es culpa de la Campeona de las Tormentas. Los Kelpie no están sujetos a las normas del torneo, y, como tal, su participación voluntaria no puede ser motivo de descalificación. De ser así, los ataques de los Selkie también deberían contar como interferencia.

—Ataques que, por cierto, han sido totalmente desproporcionados —intervino Selene, que se encontraba algo apartada del resto—. El río borra la memoria y saca a relucir los peores temores de quien lo atraviesa. Los Selkie no deberían haber atacado de esa manera. Con cada uno de los campeones la cosa ha ido a peor.

—¿A quién demonios le importa cómo se comporten un puñado de criaturas insignificantes? —resopló Umbra.

—Las criaturas de Lyssandria llevan semanas comportándose de manera errática. Todos lo hemos notado, esto no es un hecho aislado. Es más que un desequilibrio en la magia, es casi como si estuvieran siendo dirigidas. Desde luego es algo que todos deberíamos tener en cuenta —replicó Aiden con rotundidad.

Umbra fulminó a Aiden y Selene con su mirada, pero no dijo nada más. Según tenía entendido, Aiden era el más antiguo de los Guardianes. Y, aunque no existía jerarquía entre ellos, su sabiduría era venerada por muchos.

—Sabias palabras, Guardián de las Llamas —concedió la Dama—. Aclarado este asunto, nos encontramos ante la última prueba. Lo que es motivo de celebración.

La Dama aplaudió encantada con una máscara radiante de emoción y alegría. Tuve que cerrar los puños para no lanzarme hacia ella y borrarle esa expresión de la cara. Ajena a mi reacción, ella continuó hablando. No parecía importarle que Nuada casi hubiera muerto o que Levi se retorciera de dolor a los pies de Callum.

—Una fiesta parece apropiada, ¿no os parece? La celebraremos dentro de cinco noches. Antes de la prueba final. Una oportunidad de conmemorar la unión de nuestro pueblo y el final de estas pruebas que tanto nos han hecho aprender —proclamó encantada—. En deferencia a los tres finalistas, permitiré cinco minutos con vuestros respectivos campeones, Guardianes. Tan solo palabras, eso sí. Después, volveremos a las normas habituales.

Su figura se desvaneció en el aire con un murmullo de plata y jade que se llevó consigo el eco de sus últimas palabras. Tras ella, la lágrima plateada creció hasta convertirse en otro portal.

Finnian comenzó a andar hacia mí, pero no le di tiempo a alcanzarme. Corrí con piernas todavía temblorosas y me arrojé de rodillas junto al cuerpo de Levi. Contuve el aliento mientras examinaba sus heridas.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunté a Callum.

Tenía rasguños y laceraciones por todas partes, pero la única herida que parecía seria era un corte profundo en el hombro. La sangre brotaba de manera lenta, pero constante, cubriendo su cuerpo y tintando sus tatuajes negros y azules. Miré a mi alrededor hasta localizar un guijarro lo suficientemente afilado y corté el final de la pernera del pantalón de Levi, no era mucho, pero a falta de vendajes era mejor que nada. Doblé la tela cuidadosamente y la presioné con fuerza contra la herida.

Levi gruñó de dolor, todavía inconsciente.

—Sssh, tranquilo. Todo va a estar bien. No te atrevas a morirte, los dos lo hemos prometido. ¿Me oyes, Levi? Como la palmes, te juro que te mato.

A la vista de que Callum no me había respondido repetí la pregunta.

—¿Cuánto tiempo lleva así? Necesito saber cuánta sangre ha perdido y si ha estado inconsciente todo el rato. —Yo solo conocía lo básico en cuanto a curación, pero aquellos eran datos importantes.

—Se desplomó nada más aterrizar en la isla. Ha ido entrando y saliendo de la inconsciencia desde que llegó, pero no dice nada coherente. No aguanta despierto más de unos minutos. La sangre que ves es la que ha perdido. No creo que se haya perforado ningún vaso importante. —Callum tomó aliento, parecía estar al borde del colapso—. Usó demasiado poder para llegar hasta aquí. El muy imbécil casi roza el Vacío y su magia está totalmente agotada. Necesita tiempo para recuperarse. Hasta que su energía no se restablezca, la herida no se curará.

Sin dejar de ejercer presión con una mano, repasé el resto del cuerpo en busca de alguna cosa que no se viera a simple vista. Callum permaneció a unos pocos centímetros de distancia con los brazos fuertemente apretados contra los costados y las manos dobladas en puños que temblaban de la tensión.

—¿No puedes hacer nada por él?

—Solo palabras. —Negó con la cabeza, haciéndose eco de las órdenes de la Dama. La frustración era más que evidente en su tono.

—Elara, ¿qué estás haciendo?

La cercanía de Finnian hizo que me temblaran aún más las manos. Aquellas eran las primeras palabras que intercambiábamos en

semanas. Giré la cabeza hacia atrás por encima del hombro. El gesto enfadado de mi Guardián me pilló desprevenida.

—Levi necesita ayuda —expliqué, irritada, señalando lo obvio—. Finnian, tú puedes ayudarlo. No es tu campeón.

Finnian negó con la cabeza y extendió una mano en mi dirección. Yo fruncí el ceño, confundida. Era más que evidente que Levi necesitaba atención médica y él podía proporcionársela. Una brizna de su poder bastaría para taponar la herida hasta que pudiéramos llevar a Levi a un sanador. La cabeza me iba a mil por hora mientras contemplaba mis opciones. Cuando yo había necesitado ayuda, Levi había sido capaz de traer a una sanadora de la Corte de las Olas. Tal vez, con la ayuda de Finnian, podríamos convencer a la misma sanadora para que volviera.

—Elara, tenemos poco tiempo. Levanta del suelo.

—No. —Mi respuesta fue automática.

Finnian emitió un rugido iracundo que solo consiguió que mi creciente enfado aumentara por momentos. ¿Cómo podía estar negando su ayuda?

—Yo no estaría aquí si no fuera por Levi, Finnian. Él se encargó de curarme después de la primera prueba. No pienso dejarlo solo. —Decidí tragarme la rabia y el orgullo—. Necesita tu ayuda, por favor. ¿Puedes enviar a alguien para que lo atienda en sus aposentos? —Suplicaría si hacía falta, cualquier cosa que salvara a Levi.

—No es mi responsabilidad hacerme cargo de la prole de las Sombras, Elara. Tienen lo que se merecen. Por lo que a mí respecta, la muerte de Levi es una ventaja para nosotros.

Finnian estrechó su mano con más vehemencia. Sus ojos fríos, eran la prueba de que su decisión era firme.

—¿Cómo puedes decir eso? Levi no ha hecho más que ayudarme desde que llegué. Si se muere, no es una ventaja, sino todo lo

contrario. Te lo suplico, Finnian, necesita tu ayuda.

Me sentía rota y el hecho de que me estuviera haciendo suplicarle solo hizo que algo en mí se rompiera todavía más, dejándome vacía. Pero no me importó, se lo pediría de rodillas, si hiciera falta.

A mi lado, Callum entrecerró los ojos en dirección a Finnian. La noche comenzó a arremolinarse con más firmeza a su alrededor. Casi pude sentir cómo las estrellas que acariciaban mis escudos se volvían letales.

—No puedo hacerlo —repitió Finnian.

—¿No puedes o no quieres?

—Elara, son la competencia. Creía que habíamos dejado esto claro. Este torneo es más grande que todos nosotros. Necesito que dejes de pensar en ti misma y comiences a anteponer a tu corte y a Lyssandria.

El tono de Finnian era cansado, exasperado, como si estuviera hablando con un niño impertinente y no con la campeona que acababa de arriesgar su vida por segunda vez en nombre de su corte.

—No voy a dejar que muera, Finnian. Orla no lo haría.

Finnian casi se encogió ante mi acusación. Y, por mucho que me costara reconocerlo, una parte de mí se encogió con él. Era un golpe bajo, mencionar a Orla. Pero, por otro lado, estaba segura de que la princesa no le habría negado su ayuda a Levi.

—¿Tengo que recordarte lo que significa este torneo para Orla?

Esta vez fui yo la que se encogió. Yo sabía de sobra que Orla necesitaba el poder de la Dama para curarse, eso o la recuperación completa de los poderes de su hermano para intentar alguno de los rituales que ya habían fallado, pero con pleno acceso a sus facultades. ¿Cómo se atrevía a echármelo en cara de esa manera?

Fui vagamente consciente de cómo uno de los *derrigan* declaraba que tan solo nos quedaba un minuto.

—Sé perfectamente lo que está en juego, Finnian. A diferencia de ti, sé guardar una promesa. Juraste que no habría más mentiras.

—No estoy mintiendo, Elara. Los demás son la competencia. Ellos no te ayudarían.

—Levi ya me ha ayudado.

—Solo se ha aprovechado de ti. Te desechará cuando no te necesite. ¿Qué puede querer él de una Hadaës? No te necesita, Elara.

Una risa reseca escapó de mi garganta. No podía creer que continuara mintiendo. Estaba a punto de comenzar a gritar de nuevo que Levi era el único motivo por el que yo seguía viva, cuando las siguientes palabras de Finnian hicieron que se me congelara la sangre.

—No tenemos tiempo para estas tonterías. Te ordeno que te levantes.

—¿Me ordenas?

—Eso he dicho. Ahora, levántate.

—No puedes obligarme. —No podía creer lo que estaba sucediendo.

—No quiero hacerlo, pero puedo y lo haré. Soy tu Guardián. Me debes sumisión. Obedece, Elara. —Sus palabras fueron acompañadas de un torrente de magia que tiró de mí en su dirección. No fue algo solo físico, era como si su poder estuviera intentando colarse en mi esencia hasta conseguir dominarme.

A mi espalda, Callum se puso rígido. El pulso casi apagado de mi magia comenzó a vibrar con fuerza, atraído ante la inmensa cantidad de poder que el Guardián de las Tormentas había comenzado a desprender.

—Sí, mi Guardián. —Las palabras fueron ácido en mi garganta.

Comencé a levantarme de manera casi autómata, como si fuera su magia y no mi cerebro la que controlaba mis movimientos; pero entonces el *derrigan* más cercano emitió cinco palabras que me liberaron.

El tiempo se ha agotado.

El efecto de las ondas de Finnian cesó de inmediato. Sin decir nada más, comencé a andar en dirección al portal. Con las pocas fuerzas que me quedaban, elevé el cuerpo de Levi e hice que me siguiera flotando a escasos centímetros del suelo. Oí que Finnian me llamaba, pero no quería escuchar lo que tuviera que decir. En su lugar, abrí brevemente mis escudos y proyecté mis pensamientos hacia Callum. Una acción que cada vez era más sencilla y natural.

—Dime cómo ayudarlo.

—Cuando lleguéis al otro lado del portal, deja que los derrigan *lo lleven a su habitación. No vayas directamente a sus aposentos. Espera en los tuyos cinco minutos.*

El tono de Callum era el más suave que había oído hasta el momento.

Sin mirar atrás, atravesé el brillo plateado. Esta vez, estuve segura de que las náuseas que me atacaron no tenían nada que ver con la magia del portal.

CAPÍTULO XXXVIII

Encontrar su mente y sostenerla en sus manos jamás había sido un problema. Lo difícil era dejarla ir. Sabiendo que, en el fondo, ella siempre lo odiaría.

Observé impotente como los *derrigan* llevaban el cuerpo magullado de Levi hasta sus aposentos. Me obligué a no ir con él y, en su lugar, corrí hacia mi habitación. La orden de Finnian me quemaba las mejillas.

No sabría decir qué dolía más. La humillación de insinuar que podía controlarme con su poder o el hecho de que no hubiera confiado en mí lo suficiente como para creer que Levi no era una amenaza. Me tragué las ganas de echarme a llorar.

Mi cuarto me recibió en silencio, tal y como lo había dejado. Las sábanas y las mantas estaban arremolinadas a los pies de la cama. Era como si el tiempo no hubiera avanzado en el pequeño espacio. Una viñeta ininterrumpida de un momento en el que Levi todavía no yacía medio muerto en su habitación y las órdenes de Finnian no me habían roto.

Lo peor de todo era que le había obedecido. Cerré los ojos con fuerza cuando el recuerdo de mis piernas levantándose del suelo me asaltó. Porque, al final, a pesar de mi enfado, de mi negativa, yo le había hecho caso, apenas había logrado resistirme. Finnian había sabido que lo haría y lo había utilizado en mi contra.

Quería arrancar los restos de la ropa sucia y mojada que aún se adherían a mi cuerpo y quemarlos junto a los recuerdos de aquella noche infernal.

Un chasquido suave de noche y penumbra interrumpió mis pensamientos. La figura oscura de Callum se materializó en medio de mi habitación. El agotado centro de mi poder saltó entusiasmado ante el magnetismo del Guardián, dando volteretas en un intento de salir a mezclarse con las suaves ondas negras que nos rodeaban.

Estaba demasiado cansada para detenerlo, y la verdad es que yo también sentía curiosidad. Había algo reconfortante en la oscuridad del Guardián de las Sombras. Algo que calmaba los latidos de mi corazón y, a la vez, también los aceleraba. Algo que me hacía sentir segura y, al mismo tiempo, al borde de un precipicio. La sensación era adictiva y yo estaba cansada de intentar negarla. Así que dejé que bucles cargados de mi magia se entremezclaran con las suyos, analizando su cadencia e intentando imitarla.

Callum abrió mucho los ojos. Sorprendido. Un gesto casi adorable en esa cara angular de mandíbula fuerte y nariz afilada. Pasó una mano ligeramente tintada de negro y estrellas, una mano que irradiaba el poder que yo había presenciado en el Remolino, de manera distraída entre las espesas ondas negras de su cabello.

Abrió la boca para hablar, pero yo me adelanté. Todavía no estaba preparada para las preguntas que veía en sus ojos y Levi era más importante en esos momentos. Nuestro último encuentro se había quedado grabado a fuego en algún lugar de mi cabeza. Aun podía recordar sus labios contra mi piel y sus palabras de desdén junto a Umbra.

—¿Qué tengo que hacer? —Avancé hasta situarme frente a él.

Su aroma de noche se estrelló contra mis sentidos. No pude evitar inspirar profundamente. Al liberar el aire por la boca, me sentí más

ligera.

Él apretó los labios intentando contener algo que había querido decir. Era la primera vez que veía al Guardián titubear. Su apariencia, siempre intimidante y preparada, era diferente en mi habitación. Más natural y cauta, casi desarmada. Me dio la sensación de que estaba intentando valorar qué decir para no molestarme. Como si fuera yo, y no él, uno de los seres más peligrosos de Lyssandria.

Al final sacudió la cabeza y, cuando volvió a centrar su atención en mí, su compostura había vuelto.

—En algún lugar de la habitación de Levi tiene que haber un tarro marrón con una sustancia gelatinosa, casi plateada. Es una salvia medicinal que acelera la cicatrización. Hay que ponerla encima de la herida del hombro. Pon la suficiente cantidad para cubrirla por completo.

—¿Algo más? —Asentí mientras me agachaba a coger una de las cintas que sujetaban mis dagas. Todavía estaba empapada y vestida con cuatro telas manchadas de sangre, pero mi imagen tendría que esperar.

—Corre las cortinas y tápalo con una manta que cubra también su cara. La oscuridad lo ayudará a recuperarse más rápido —añadió mientras yo retrocedía hasta mi cama para enfundar la daga que había dejado olvidada.

Fui consciente de cómo seguía con los ojos cada uno de mis movimientos y algo en mi vientre se retorció ante su mirada fija.

—¿No hay nada que pueda hacer con mi poder? —pregunté cuando tuve la daga bien atada.

Mis palabras no fueron más que un susurro rasgado que se perdió en la noche. Me aclaré la garganta, evitando mirarlo a los ojos. Intenté ignorar el rubor que estaba segura de que cubría cada

centímetro de mi piel. Si los espíritus eran benevolentes, el brillo verde de la noche eterna de la Dama lo ocultaría.

—Estás demasiado cansada, Tiniebla.

—No es tu decisión —dije mientras me dirigía hacia la puerta del jardín que conectaba las habitaciones de todos los campeones, sería más rápido y discreto que recorrer los pasillos—. No me digas qué puedo y qué no puedo hacer. Si te digo que soy capaz, es que es cierto.

Me esforcé por mantenerme firme, no quería que Callum viera lo importante que era aquello para mí. Después de la orden de Finnian necesitaba recuperar el control. No quería tener que volver a quedarme de brazos cruzados o tener que suplicar por algo sencillo. Detestaba la idea de tener que pedir libertad.

Callum inspiró profundamente sin apartar sus ojos negros de mi cuerpo. Pero, a diferencia de Finnian, asintió. Cerré los ojos durante un segundo, agradecida por no tener que discutir para que confiaran en mí.

—¿Puedes usar tu magia para crear presión suficiente alrededor de la herida para que no sangre? —preguntó, acortando la distancia que nos separaba—. Como una especie de barrera que puedas mantener durante un par de horas hasta que la salvia haga efecto y el poder de Levi regrese.

—Claro. Puedo hacerlo.

Eso era algo que hacía a menudo. Tal vez no para curar heridas, pero sí para otra multitud de tareas. La verdad es que nunca se me había ocurrido pensar que mi poder pudiera tener aplicaciones médicas de ese tipo. Ignoré el vuelco que me dio el corazón al pensar que esa era otra de las cosas que tal vez Finnian podría haber priorizado en nuestros entrenamientos.

Atravesé la puerta, sujetando la cortina para que Callum pasara, pero él no cruzó el umbral. Levanté una ceja en su dirección.

—Yo no puedo entrar mientras lo haces. —Apretó los puños con fuerza mientras hablaba. No hizo falta que explicara más, la presencia del Guardián iba en contra de las normas.

—Me aseguraré de que no le pase nada, ¡lo prometo! —grité por encima del hombro mientras echaba a correr en dirección a Levi cruzando el patio que unía las habitaciones de los campeones.

Seguir las instrucciones de Callum resultó mucho más sencillo de lo que había anticipado. La habitación, idéntica a la mía, estaba desierta cuando llegué. El cuerpo empapado y tembloroso de mi amigo se retorcía de dolor sobre las sábanas de su cama. Localicé el tarro con el ungüento y lo vacié casi por completo sobre su herida.

Una vez que estuve segura de que era suficiente, utilicé mi poder para crear un escudo a su alrededor. Hacía tiempo que había liberado mi agarre con el escudo de Nuada, así que tenía algo de energía libre para aquello.

El cuerpo de Levi pareció relajarse casi al instante. Con una sonrisa satisfecha, limpié el resto de los cortes y heridas y apliqué pequeños toques de la salvia sobre todos ellos. Callum no había dicho que fuera necesario, pero estaba segura de que tampoco haría ningún daño.

Con la ayuda de mi daga, corté los pantalones empapados que cubrían el cuerpo de Levi y que, a esas alturas, eran poco más que jirones de tela embarrados de lago, sangre y pesadillas. Reprimí una sonrisa al pensar en todas las maneras en las que Levi iba a intentar atormentarme cuando se enterara de que yo lo había desvestido. Las bromas iban a ser muchas.

Lo tapé con una sábana limpia hasta la altura de los hombros, para mantener su cuerpo caliente. Y, con una manta más gruesa y

opaca, lo cubrí de pies a cabeza. Me aseguré de dejar una de sus espadas junto a la cama. Antes de abandonar la habitación, corrí todas las cortinas y apagué las velas que alumbraban la estancia.

Más allá de las paredes del palacio, la Verdenoche era plácida y silenciosa. Todo en la penumbra tenía un aura de calma, como si hasta las estrellas estuvieran conteniendo el aliento a la espera del final del torneo.

Para mi sorpresa, cuando abrí la puerta de cristal que daba al patio, Callum todavía estaba en mi cuarto. Se movía a grandes zancadas de un lado a otro, mientras brillantes tentáculos de poder negro cubrían la estancia casi por completo, sumiéndola en una oscuridad impenetrable. Los débiles rayos de luz de la Verdeluna intentaban, en vano, abrirse camino entre las nubes negras.

—Ya está hecho —dije a modo de saludo, sin moverme de la entrada—. Respiraba más tranquilo cuando me he ido y la herida apenas sangraba.

Callum paró en seco su paseo nervioso al oír mi voz. Lejos de relajarse, su gesto se endureció. Sus manos brillaban en una neblina estrellada y me di cuenta de que temblaban ligeramente. Todo el ambiente estaba cargado y su rostro ardía, con las pupilas dilatadas, dándole una apariencia oscura y sobrecogedora. Era la viva estampa de alguien luchando por mantener el control.

—Necesito que me distraigas —masculló entre dientes como si cada palabra fuese una tortura.

—¿Qué? —Mi sorpresa fue apenas un susurro.

—Necesito que me distraigas —repitió, esta vez algo más desesperado—. Por favor.

Resoplé indignada, después de la noche que había pasado y de nuestro último encuentro, tenía aun el valor de pedir mi ayuda.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Contarte un cuento?

—Cuéntame un cuento, insúltame o miénteme. No me importa, Tiniebla. Lo que sea con tal de pensar en otra cosa.

Lo miré atónita.

—Pues yo creo que deberías irte. Te puedes distraer tu solito. Además, ¿de qué te sirvo yo? Tengo entendido que, si no estoy callada, mi boca de Hadaës sirve para un número limitado de acciones.

Me pareció que se encogía ligeramente, pero el gesto fue rápidamente sustituido por un rugido de noche profunda. La magia de las sombras hizo temblar los cimientos del ala de campeones.

¿Era buena idea cabrear a Callum cuando era evidente que estaba rozando el límite de su control? Definitivamente, no. Puede que mi comentario hubiese sido un golpe bajo, a fin de cuentas, era consciente de que su beso había sido su forma de ayudarme.

—Ahora mismo estoy a un segundo de entrar en esa habitación y curarlo yo mismo. Me debato entre eso o ir directamente hasta cada uno de los Guardianes que podrían haber ayudado y no lo hicieron para matarlos a todos —explicó Callum con un gruñido profundo, casi animal.

—Vale —dije, sin acabar de entender qué era lo que estaba sucediendo—. Por mí no te cortes.

Callum parecía perdido en algún lugar que yo no alcanzaba a reconocer. A nuestro alrededor la energía se tornó eléctrica, impregnada por una magia descontrolada que provocó que todo comenzara a vibrar. Yo decidí hacer lo contrario a lo que parecía más racional: cerré la puerta, como si aquello pudiera contener sus sombras, y le di la espalda caminando hasta el armario.

—Si curo a Levi, lo descalificarán. No puedo permitir eso. Necesito que siga dentro del torneo.

Hice caso omiso a su discurso mientras rebuscaba entre la ropa. Me enfundé en un jersey ancho que fue incapaz de hacer que entrara en calor pese al grosor y la suavidad de la lana. Una de las sombras oscuras que lo impregnaban todo se retorció en mi tobillo. Al mirar por encima del hombro, encontré a Callum siguiendo cada uno de mis movimientos con los ojos entornados.

—Deberías hacer un par de respiraciones profundas —dije, cruzándome de brazos—. Si tiras el castillo abajo, dará igual que Levi se ponga bien o que lo descalifiquen.

—Cada vez que respiro lo único que consigo hacer es oler su sangre —rugió haciendo que las ondas de su poder vibraran todavía más—. Y la tuya.

Dio un paso en mi dirección y sus sombras comenzaron a subir por mi cuerpo. El contacto con mi piel me hizo todavía más consciente de la manera en la que oscilaban, lentas pero implacables. El palacio de la Dama rugió, sumido en un quejido de plata y jade. A Callum no pareció importarle y continuó su avance como si nada.

—Ese olor hace que quiera matarlos a todos. Si mato a los Guardianes, habrá consecuencias. —Una risa aterciopelada escapó de su boca—. En realidad, ahora mismo me importa una mierda lo que pase. Así que quizá debería hacerlo.

La intensidad de su poder se volvió abrumadora. Estaba en todas partes: en el castillo, bajo mi piel, en mis venas. Tanto, que temí que, si no hacía algo, acabaría destrozándolo absolutamente todo.

Su mirada estaba fija en los regueros de sangre mezclada con el agua del río que pintaban mis piernas. Con cada paso que avanzaba la magnitud de los temblores del edificio aumentaba. Tal vez no tuviera interés en ayudar a Callum, pero evitar que una tonelada de escombros lloviera sobre mi cabeza me hizo comenzar a hablar.

—S-sentí tu presencia en el río —balbuceé en un intento desesperado de llamar su atención.

No sé por qué aquello fue lo primero que me vino a la cabeza. En su momento la magia del río me había hecho olvidar quién era y qué hacía allí. Solo el contacto con Echo había logrado romper el embrujo. Aun así, estaba segura de que había sido Callum quien había evitado que nadara en la dirección contraria. ¿Por qué me había ayudado? No estaba segura de que ni siquiera los espíritus tuvieran la respuesta. Lo más seguro es que yo fuera tan solo una pieza más en alguno de sus planes. Me mantendría con vida mientras le fuera conveniente.

—¿Cómo? —Pestañeó perplejo.

Sin embargo, sus ojos parecían más claros y la intensidad de su poder se relajó, haciendo que las paredes dejasen de temblar con tanta violencia.

—En su momento no lo entendí, dentro del agua todo era confuso. Hubo un instante en el que todo mi cuerpo comenzó a suplicarme que volviera a la orilla, pero algo dentro de mi cabeza me detuvo. Una presencia tiró de mí en la dirección contraria indicando el camino correcto. Pensé que me estaba volviendo loca. Eras tú, ¿verdad? —Comencé a hablar con un único objetivo: distraerlo antes de que su poder nos matara a todos. Aunque, en el fondo, también necesitaba entender sus acciones.

—A los Guardianes no nos está permitido intervenir en las pruebas.

Callum habló muy despacio, pero sus pasos acortaron la distancia que nos separaba en un par de grandes zancadas. Su avance fue firme, casi metódico y no paró hasta quedar situado a escasos centímetros de distancia.

Instintivamente, di un paso hacia atrás y mi espalda chocó de lleno con la puerta del armario. Él torció la cabeza con una sonrisa suave y yo maldije para mis adentros por haber pensado que centrar su atención en mí era la mejor opción para distraerlo.

—No os está permitido ayudar a vuestros campeones —puntualicé elevando la cara para poder sostenerle la mirada.

Pese a todo, no me tembló la voz. Porque, si era estúpida y valiente, lo sería hasta el final. Él clavó su mirada en mis labios y su sonrisa se volvió todavía más oscura. Esa debería haber sido mi señal para salir corriendo en dirección contraria. Como siempre, ignoré la opción más sensata.

—Y yo no soy tuya, Callum.

Esa última parte fue apenas un susurro entre nuestros cuerpos. Una afirmación que supo extraña en mi boca, pero que me esforcé por tragar y creer. Estábamos tan cerca que estaba convencida de que mis palabras habían abandonado mis labios para posarse directamente en las comisuras del Guardián.

Callum se pasó la lengua por encima de los dientes antes de inclinarse sobre mi cuerpo. Posó ambas manos a cada lado de mi cabeza, atrapándome por completo entre la pared y su cuerpo, y se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oreja al hablar.

—No deberías decir cosas así.

—¿Qué cosas? ¿La verdad? —repliqué, odiando cómo mi cuerpo latía con su cercanía.

Su risa ronca vibró contra mi piel. Sentí como su nariz acariciaba mi cuello, aspirando mi aroma. Debería haberlo empujado, pero mi cuerpo traidor se quedó plantado en el sitio sin hacer nada.

—No, Tiniebla, tu honestidad siempre me ha parecido una de tus mejores cualidades. Aunque suela tener la desafortunada

consecuencia de ponerte a menudo en peligro. —Noté su sonrisa contra mi cuello.

Sus labios me rozaron durante un segundo infinito. Fue un roce tan leve que terminé por convencerme de que lo había imaginado.

—Entonces, ¿qué?

—Mi nombre.

Una de sus manos se posó contra la base de mi cuello. Me agarró con fuerza, pero sin hacerme daño, más para mantenerme en el sitio que para otra cosa. Su pulgar encontró el contorno de mi cicatriz y comenzó a acariciarlo. No estaba segura de que fuera consciente de lo que estaba haciendo. Por mi parte, ignoré el escalofrío que me provocaron sus caricias. Cada toque de su yema contra mi piel quemaba y ardía con la necesidad de más.

—¿Debería llamarte mi señor entonces? ¿Su excelentísimo Guardián, tal vez?

—Nunca.

Callum acompañó su negativa con un ligero apretón de su mano. Un jadeo de sorpresa se escapó de mi garganta a la vez que mi cuerpo se curvaba hacia el suyo. Una reacción involuntaria, me dije a mí misma. Su sonrisa se volvió peligrosa, como si la mentira estuviera escrita en mi frente.

—¿Tienes algo en contra de los nombres? Estás decidido a nunca decir el mío y, al parecer, ahora yo no soy digna de pronunciar el tuyo.

—No tengo nada en contra de los nombres.

—Cualquiera lo diría.

Los temblores del castillo eran ya un eco olvidado. Callum volvía a ser la imagen perfecta del control. Mientras mis respiraciones eran algo erráticas, a causa de mi creciente enojo, las suyas eran medidas y calculadas.

—El problema, Tiniebla, es cómo suena mi nombre en tus labios. —Su voz aterciopelada me acarició la mente, rompiendo mis escudos y dejándome completamente sin palabras.

Allí estaba otra vez, la realidad que nos separaba y que había visto una y otra vez de mano de la mayoría de los Guardianes. Odié lo mucho que esa realidad me afectaba, aunque yo me empeñara en negarlo. Odié que su olor se estuviera colando en cada partícula de mi ser y que la sensación no me repugnara. Pero, sobre todo, odié ver en su sonrisa que él era consciente de las reacciones de mi cuerpo.

—¿Quieres que no vuelva a decirlo, entonces? Cualquier cosa con tal de agradar a mis superiores —dije con toda la ironía de la que fui capaz.

Con un suspiro entrecortado, él apoyó su frente contra la mía. De alguna manera su mano había encontrado el camino hasta la parte de atrás de mi cabeza, protegiendo mi piel de la pared.

—No sé qué decirte. —Su risa susurrada me acarició la mejilla—. Llámame masoquista, pero mi nombre pronunciado por ti es una tortura demasiado dulce.

—¿Es eso lo que quieres entonces? ¿Insultos y mentiras? —La cordura volvió a mi mente y fui capaz de empujar con fuerza contra su pecho.

Callum no opuso resistencia, se apartó de mí con un movimiento rápido y fluido. Ya no quedaba apenas nada del hombre torturado que me había suplicado ayuda hacía apenas unos minutos. En su lugar había la cáscara vacía y fría del mismo Guardián que me había insultado en el Remolino.

Cerré los ojos, incapaz de mirarlo un instante más.

—¿Te has divertido lo suficiente? Ya has tenido tu distracción, ahora márchate. No estoy interesada en servirte de entretenimiento.

El silencio se volvió frío.

—Por supuesto, Tiniebla. Gracias por tu distracción, ha sido de gran ayuda. —Su voz sonó monótona, vacía de cualquier emoción.

Abrí los ojos a tiempo de ver como el Guardián de las Sombras comenzaba a desaparecer en un Salto Irisado.

—Por mentir un día más, Elara. Por seguir respirando, aunque sea a base de engaños —murmuró con una inclinación de cabeza mientras se desvanecía en una nube de ocasos y mentiras que sonaban vacías.

CAPÍTULO XXXIX

No podía sacarla de su cabeza. No podía sacudir su aroma de su piel. ¡Por todos los espíritus! Lo cierto es que no quería. Iba a ir al infierno y no se arrepentía.

La imagen que me devolvió la mirada desde el espejo hizo que se me encogiera el estómago. Esa, definitivamente, no era yo.

El vestido había llegado la mañana después de curar a Levi. Un par de golpes secos en la puerta y un *derrigan* de lo más antipático habían sido la única explicación que lo acompañaba.

El vestido, si es que se podía llamar así, era un obsequio de la propia Dama de la Noche. *Un honor* había dicho el *derrigan*. Un honor que parecía más bien una maldición. Una maldición que no serviría ni para cubrirme media pierna.

Llevaba cinco días retrasando lo inevitable. Cinco días en los que mi mundo se había reducido a velar a Levi junto a su cama, entrenar sin descanso y esforzarme en no pensar en Finnian y lo mucho que sus palabras me habían herido.

Y, por supuesto, ningún minuto de ese tiempo lo había pasado analizando mi confusa interacción con el Guardián de las Sombras o sus enigmáticas palabras al abandonar mi habitación. Tenía problemas más grandes que resolver que la personalidad cambiante de Callum. Al fin y al cabo, él solo buscaba una distracción.

Y luego estaba el vestido. El maldito vestido.

La prenda estaba confeccionada con una tela de color verde jade brillante casi metálico. Era como si los sastres hubieran conseguido encapsular el brillo de la Verdeluna. A pesar de lo escaso que era el tejido, tenía consistencia y se ceñía a todas mis curvas. Dos tirantes finos se cruzaban en la espalda dejándola prácticamente al descubierto. El resto del vestido iba ceñido hasta a la cintura y caía con vuelo hasta el suelo.

Era hermoso, pero detestaba que alguien me impusiera qué llevar. Aunque, por encima de todo, odiaba lo poco práctico que era. Ese era el vestido de una dama de la corte. Una Alta Fae adinerada quizá, pero no el de una ladrona huérfana transformada en campeona. No había ningún espacio para alojar mis armas sin entorpecer la delicada estructura de tela. No había tenido más remedio que esconderlas bajo la falda y confiar en que la raja que dejaba ver mis piernas proporcionara acceso suficiente en caso de emergencia.

Pasé las manos una vez más sobre mi vientre y aparté la mirada del espejo. Lejos de domar mi melena en un recogido elegante, había dejado que se secara de manera natural y que cayera en ondas negras imperfectas a lo largo de mi espalda. No se me habían proporcionado sandalias ni tacones para combinar con el vestido. Una parte de mí sospechaba que no era más que una invitación a ir descalza de nuevo. Un amable recordatorio de la tortura de la segunda prueba. Pero, si pensaban que me iba a presentar descalza a otra de sus atrocidades, se iban a llevar una sorpresa.

Miré mis pies, y sonreí encantada. Llevaba botas ajadas y embarradas, las mismas con las que había pisado sin descanso las resbaladizas calles de Nébula durante años. Esas botas, como yo, podían contar mil y una historias de mis andaduras en el

Archipiélago. Podría haberlas limpiado, pero, personalmente, creía que el barro le daba a todo el conjunto un aire de lo más pintoresco.

Me obligué a apartarme del espejo y dejé que mis pies caminaran sin rumbo a lo largo de la habitación.

—Si sigues moviéndote, vas a desgastar el suelo.

La voz de Levi me pilló de espaldas a las puertas del patio. Tardé medio segundo en darme cuenta de que era mi amigo, y no cualquier otra amenaza, el que esperaba apoyado sobre el marco. La magia de las Tormentas chisporroteó en las puntas de mis dedos.

Levi levantó ambas manos a la defensiva, con una sonrisa divertida. Me obligué a bajar las manos, pero continué mi particular caminata.

—Nadie te ha pedido que vinieras.

Pese a lo tosco de mi tono, hice un gesto con la cabeza para que entrara en la habitación.

—Si no lo recuerdo mal, acordamos que iríamos juntos a la fiesta que se celebra en nuestro honor. Lo decías en serio, ¿verdad? Tal vez fuera algo que solo dijiste en mi lecho de muerte para animarme. ¿Cómo puedes ser tan cruel, Elara?

—Eres imposible. No tendría que haberte curado.

—La palabra que buscas es «improbable». Además, los dos sabemos que harías cualquier cosa con tal de verme desnudo. Me curarías una y mil veces.

—La broma pierde efecto la décima vez que la dices, ¿sabes?

—En mi opinión es todo lo contrario.

Puse los ojos en blanco mientras Levi cerraba la puerta tras de sí. Ver que era capaz de encontrar las ganas de hacer bromas en cualquier situación era reconfortante y, a la vez, desesperante. Aun así, no pude evitar sonreír tímidamente al verlo de pie y caminando. Tres días atrás lo habría creído impensable.

—Este vestido es ridículo.

Sin darme cuenta había acabado parada de nuevo frente al espejo, observando la estampa que ofrecía vestida con un diseño más propio de lencería que de una fiesta. Ni siquiera la elección de zapatos y no haberme peinado conseguían desviar la atención del vestido.

—Tonterías. Estás preciosa. Imponente incluso. —Levi se había situado a mi espalda frente al espejo y, pese a todo, sus palabras eran sinceras.

—No se trata de estar guapa —dije con un suspiro—. Sé que no soy un trol. Lo que no me gusta es que alguien decida lo que tenemos que llevar puesto. No entiendo por qué no puedo llevar mi ropa.

—A mí me gusta lo que han escogido para nosotros. Me parece que realza nuestros atributos naturales.

Observé su vestimenta en el espejo con una mueca exasperada. La suya había llegado al mismo tiempo que la mía. En los dos últimos días, había estado tentada de robarla y llevarla yo misma a la fiesta.

Levi llevaba puesto un traje de chaqueta azul marino. No llevaba camisa debajo, lo que dejaba al descubierto el mapa de tatuajes que cubría su cuerpo. Todo su atuendo estaba cubierto de intrincados brocados negros que imitaban el cielo nocturno, pintando constelaciones sobre la tela. Y, por supuesto, Levi iba armado hasta los dientes. Al menos teníamos eso en común.

—Tu ropa te permite andar sin miedo a que se te vea algo importante. El más mínimo paso en falso y les enseñaré todos mis atributos a los presentes.

—Elara, querida, me parece que ese barco zarpó con la segunda prueba.

Con los ojos como platos y una risa que no estaba dispuesta a conceder, le propiné un codazo en las costillas antes de dirigirme hacia la puerta. Él ahogó una carcajada mientras se frotaba la zona afectada.

—¡Eh! Ten cuidado, que aún estoy convaleciente —murmuró, haciendo pucheros mientras me ofrecía un brazo.

Acepté su invitación, no sin antes propinarle un buen pellizco. Juntos nos aventuramos hacia el pasillo. El castillo, como siempre, nos recibió en silencio. Un reguero de llamas plateadas iluminaba el espacio, perdiéndose en la inmensidad del palacio. Levi nos dirigió hacia las luces y juntos comenzamos a andar. Estaba claro que la fiesta aguardaba al final de las pequeñas lucecillas.

—No entiendo qué demonios hacemos yendo a una fiesta. ¿Qué se supone que estamos celebrando? ¿Que en cualquier momento uno de nosotros morirá?

—La cualidad efímera de la vida es un motivo más que irónico entre seres prácticamente inmortales. Las fiestas de la Dama nunca son solo una fiesta, sino un caldo de cultivo. Es su forma de torturarnos disimuladamente.

—Qué bonita manera de pasar una noche.

—Créeme, Elara, muchos antes que tú han intentado entender los devenires de la Dama de la Noche. Pero entender a un espíritu es como entender las estrellas. Imposible, cansado y francamente inútil. El resultado siempre es el mismo: acabas indignado y con muchísimo dolor de cabeza —dijo, encogiéndose de hombros mientras llegábamos al final de un largo pasillo.

La presencia de Levi y el agarre gentil de su brazo me ayudó a no olvidar dónde me encontraba. La sensación de irrealidad era más acentuada por la noche y, desde mi llegada, tenía la sensación de

estar en un sueño perpetuo. Nunca dormida del todo, pero tampoco despierta.

Las paredes se abrieron para dar lugar a una alta escalinata de mármol. El trayecto estaba bañado en una luz plateada, suspendida en la quietud de la noche, que titilaba conforme las pequeñas llamas ondeaban.

—¿No se suponía que tú eras el positivo de los dos? —acusé mientras descendíamos los enormes escalones.

—Lo soy. Tú limítate a no meterte en líos esta noche. Evita a toda costa a las personas de tu corte y no bebas ni comas nada. A los espíritus del palacio les encanta jugar con la comida. Hemos tenido suficientes sobresaltos en las últimas semanas, quiero una noche tranquila.

—Espero que lo digas por ti —comenté con una sonrisa inocente que hizo que soltara una risotada.

Dejé que el sonido desinhibido y relajado de su risa me abrazara durante unos segundos antes de volver a hablar.

—¿A qué se refería Nuada en el lago, Levi?

Su brazo se tensó bajo mi mano y, durante un segundo, sus pasos vacilaron en las escaleras. Permití que se tomara su tiempo para responder. Lo cierto es que llevaba tres días pensando cómo sacar el tema y no era propio de mí vacilar a la hora de hacer una pregunta.

En el fondo era porque temía la respuesta que Levi me diera, no porque pensara que no fuera a responderme. Era una sensación amarga, lo reconfortante que resultaba saber que alguien no me mentiría, a pesar de conocerlo desde hacía solo unas pocas semanas.

—Me preguntaba cuándo sacarías el tema —suspiró—. Para que quede claro, el momento hubiera sido en tu corte antes de venir al torneo. Y la persona a quien preguntarle debería haber sido tu

Guardián o los miembros más allegados de su corte. No ahora antes de acudir a una fiesta de la Dama de la Noche y a las puertas de la última prueba de esta tortura que se empeñan en llamar torneo.

Eran pocas las ocasiones en las que la voz profunda de Levi se teñía de algo oscuro, lo que hizo que me estremeciera. Llevaba noches dándole vueltas a la críptica conversación entre los otros campeones antes de la segunda prueba. Se me habían ocurrido todas y cada una de las explicaciones posibles. Desde la más benigna hasta la más cruel.

—Levi... —insistí.

—Cuéntame qué sabes del torneo —dijo, y paró en seco nuestro avance para mirarme a los ojos.

La pregunta era simple y, aun así, mi corazón comenzó a latir como loco.

—Sé lo mismo que tú. Lo mismo que todo el mundo —afirmé con un ligero temblor de voz.

Odiaba lo insegura que ese tema me hacía sentir. Porque, al final, no era mi culpa, sino de Finnian. Él había decido no confiarme esa información. Por mucho que sus intenciones fueran buenas, los acontecimientos del torneo ponían de manifiesto que se había equivocado. Aun así, una parte de mi corazón todavía esperaba que hubiera un motivo de peso para ocultármelo.

—Dame el gusto, Elara, dime lo que sabes.

—La Dama maldijo a los cinco Guardianes haciendo que su poder se debilitara a lo largo de cien años hasta reducirse solo a sombras de lo que una vez fue. —Las palabras sabían amargas en mi boca. Una historia incompleta y repleta de mentiras que yo no podía distinguir de la realidad—. Para romper la maldición obligó a las cortes a participar en un torneo cada veinte años. Un torneo en el que el destino de los Guardianes, sus cortes y su poder recaería

sobre los hombros de criaturas que consideran inferiores. Solo un Bajo Fae o un mestizo puede romper la maldición. Un Bajo Fae que logre confiar en su corte, devolviendo el poder de los Guardianes a su sitio y adquiriendo un poder especial brindado por la Dama. Fin del cuento.

Levi me observaba con un gesto imposible de descifrar. A medida que yo hablaba sus ojos se entrecerraban. Aunque se esforzó por no perder la calma, la tensión en su mandíbula y su tono incisivo evidenciaban lo contrario.

—¿Por qué maldijo la Dama a los Guardianes?

Fruncí el ceño, sorprendida ante la pregunta. La respuesta parecía obvia.

—La Dama considera como iguales a todos los seres de Lyssandria y estaba cansada de ver como los Altos Fae los maltrataban —dije, algo perdida—. Creo que intentaba darles una lección.

Levi inclinó la cabeza en un asentimiento, pero había algo triste en su mirada.

—Todo eso es cierto, Elara. Pero es una verdad incompleta.

Contuve el aliento a la espera de que continuara. Un torrente de música y risas recorrió el silencio que reinaba en el pasillo. La fiesta de la Dama nos esperaba no muy lejos. ¿Había estado la música sonando todo ese tiempo? De ser así, yo no me había percatado.

Tal vez era insensato continuar con aquella conversación a escasos metros de una habitación llena de Altos Fae, Guardianes y espíritus que guardaban lealtad a la Dama, pero me negaba a entrar en la fiesta sin saber la verdad.

Mi determinación debía de ser más que aparente porque Levi agarró mi brazo con más fuerza, como si fuera consciente de que yo necesitaba sentir el poder de su presencia y de que algo me anclara a la tierra y a la realidad.

—Los torneos de la maldición no son los primeros en celebrarse.

Sus palabras detuvieron el tiempo. Todo a mi alrededor parecía haberse parado. El castillo, la fiesta y mi corazón aguantaron la respiración, a la espera del resto de la verdad.

—Antes de la maldición, ya había torneos —repitió Levi—. Cada cincuenta años, antes de la maldición, las cinco cortes se han reunido en el bosque de la Dama de la Noche durante cinco días como marca la tradición. Es una tradición que se extiende por milenios en el pasado. Las celebraciones han sido siempre de lo más variopintas, pero todas tienen un elemento común.

El corazón me latía con tanta fuerza que temí que se me saliera del pecho o que acabara por desmayarme. ¿Era yo la única que escuchaba los latidos acelerados por encima de la música? ¿Podía Levi oírlos también?

Sin embargo, las palabras que abandonaron mi boca sonaron firmes.

—Un torneo.

Levi asintió con gesto serio.

—Exacto. No es una tradición que conozca la gente de Lyssandria. Ni siquiera los más adinerados. Solo los Guardianes y sus más fieles adeptos son invitados. Las personas más influyentes y poderosas de Lyssandria —explicó con resignación—. Así que sí, un torneo. Un torneo cada cincuenta años. Un torneo de quince pruebas que transcurrían a lo largo de los cinco días de celebración. Un torneo para la diversión de la élite. Un torneo en el que no solo participan representantes de todas las cortes, sino también una pequeña comitiva de representantes de la propia Dama de la Noche. —Se detuvo durante unos segundos y yo estaba segura de que todavía contenía el aliento.

»¿Quién crees que la Dama ha escogido durante milenios como sus campeones? Te daré una pista, Elara, no eran los Altos Fae elegidos por los Guardianes y su aristocracia.

Un escalofrío me puso los pelos de punta. A lo lejos, una melodía rítmica seguía sonando. Pero, más allá de las palabras de Levi, lo único que era capaz de escuchar era el latido de sus verdades, el pulso desorbitado de mi poder y un pitido agudo y ensordecedor en mis oídos.

—Bajos Fae y mestizos —completé.

Las palabras sabían a ceniza en mi boca y tuve que forzarme a tragar. Aun así, no fui capaz de deshacerme de la sensación.

—Correcto otra vez. Ni una sola vez uno de los campeones de la Dama ganó uno de estos torneos. ¿Cómo iban a hacerlo, cuando se enfrentaban a los Altos Fae mejor entrenados de Lyssandria? —Había indignación y repulsa en su tono de voz—. Estos torneos no eran más que una excusa para dar cabida a juegos políticos y acrecentar tensiones. ¡Espíritus! La Dama ni siquiera se dignaba a presentarse. Sus sacerdotisas eran las encargadas de escoger a sus campeones. Hace cien años fue la primera vez que aparecía en milenios. Por lo general, dejaba que los *derrigan* hicieran el trabajo por ella.

Finnian había dicho algo parecido. Si bien había omitido información de crucial importancia, sí que me había explicado que la Dama jamás atendía esas reuniones. Según él todos habían pensado que su presencia era un milagro. Un regalo. No habían podido estar más equivocados.

—Entonces, ¿la maldición es una venganza?

Me hervía la sangre. ¿Cómo podían estar tan disociados de todo? Dama, espíritus y Altos Fae, todos eran iguales. Tan en su mundo,

que eran capaces de crear semejante horror solo por venganza. No tenía ni pies ni cabeza.

—La maldición es una excusa, Elara —explicó Levi con gesto cansado. Apretó mi brazo levemente y me llevó con él mientras asumía nuestro avance hacia la fiesta. Me dejé llevar, perdida en la información que acababa de conocer. Esta vez, nuestros pasos fueron más lentos, como si ninguno de los dos quisiera llegar al final del pasillo.

—Sea cual sea el objetivo de la Dama, va mucho más allá de ganar un torneo o poner a los Guardianes en su sitio. Algo más importante se está fraguando delante de nuestros ojos. Algo que lleva cientos de años en proceso de gestación. Nosotros tan solo somos piezas de un tablero gigante de ajedrez que no entendemos todavía. La maldición es solo una pieza dentro de algo más grande. Los Guardianes lo saben, y si no están seguros lo sospechan. Por eso tienes que mantener la cabeza fría y centrarte en lo importante.

—Lo importante es sobrevivir —susurré al aire.

Aunque en realidad no eras mis palabras, sino el recuerdo de algo que me habían dicho antes. Algo que el mismo Levi me había gritado al inicio de la primera prueba.

—Exacto.

Después de un par de giros, las luces y los ruidos de la fiesta nos asaltaron sin previo aviso. Al fondo de un corto pasillo, dos grandes puertas de cristal dejaban entrever la celebración en nuestro nombre.

—¿Qué sentido tiene no decirme todo esto? ¿Por qué Finnian me ocultaría algo así?

Levi negó con la cabeza. Estaba segura de que no conocía los motivos de Finnian. De haberlos sabido, me los habría dicho. Mi amigo nos hizo avanzar hasta las enormes puertas. Sin embargo,

antes de abrirlas y sumergirnos en la vorágine de bailes y carne que esperaba al otro lado, se giró para mirarme una vez más.

—Una parte importante de la maldición es que los participantes han de ser fieles a su corte. ¿De qué otra manera iban a competir si no por sus Guardianes? Al final esto es un sacrificio. Tú estás aquí obligada. No conozco todos los detalles de vuestra historia, pero está claro que el Guardián de las Tormentas pensó que nunca confiarías en él si supieras la verdad.

Sus palabras hicieron que me escociera la cicatriz plateada de mi trato con Finnian.

—Quiere manipularte, Elara. Hacer que dependas de él, que quieras formar parte de su mundo, que estés tan desesperada por agradarle que estés dispuesta a todo con tal de ganar el torneo. Decirte la verdad era arriesgarse a que te rebelaras más todavía. —Levi sacudió la cabeza—. Tiene gracia, conociéndote, creo que si te hubiera contado la verdad, el efecto habría sido el contrario. No eres el tipo de persona que deja que los demás sufran, si tú puedes hacer algo por evitarlo.

Yo no podía pensar. No quería pensar. Levi continuó hablando.

—El día que la Dama emitió su maldición fue el primer día de las celebraciones hace casi cien años. Obviamente, los Guardianes no habían anticipado necesitar Bajos Fae entrenados, por lo que tuvieron que escoger lo poco que tenían a su disposición. En su mayoría, sirvientes que habían acompañado sus comitivas. No es necesario que te diga el tipo de masacre que tuvo lugar en ese primer torneo maldito.

Algo salado me rozó los labios. Llevé una de mis manos hasta la comisura de mi boca, no me había dado cuenta de que estaba llorando.

—De las quince pruebas diseñadas para la celebración original solo tres tuvieron lugar en ese primer torneo. Pero las pruebas, como cada cincuenta años, ya habían sido diseñadas. Preparadas.

Fruncí el ceño, ante sus inesperadas palabras. Mi poder, habiendo entendido el significado de las palabras de Levi antes que yo, chisporroteó en las yemas de mis dedos. Cuando por fin caí en la cuenta de lo que estaba insinuando quise ponerme a gritar.

—Las pruebas diseñadas para la celebración de hace cien años se han utilizado para el torneo de la maldición todos estos años —dije repitiendo las palabras de mi amigo.

Una repentina sensación de náusea y mareo me asaltó y tuve que forzarme a tragar la bilis que escalaba por mi garganta reseca.

—¿Quién diseñó las pruebas para la celebración original? —pregunté con un hilo de voz, mirando sin ver la fiesta a través de los cristales.

—Eso es lo peor de todo, Elara. Lo que me dice que hay algo más detrás de las decisiones de tu Guardián. Una cosa es que decidiera ocultarte el origen real de la maldición para que no pensaras mal de él. Otra muy distinta es ocultarte información valiosa, como el contenido de una prueba. Eso podría haberte ayudado muchísimo —dijo él mientras habría una de las pesadas puertas para dejarnos pasar—. Como mandaba la tradición, cada corte proponía y diseñaba tres pruebas para cada competición. Para ser más concretos, los encargados de diseñar todas y cada una de las pruebas durante milenios han sido los Guardianes de Lyssandria.

CAPÍTULO XL

Ese maldito vestido.

Levi prometió que no se iría lejos. Yo apenas fui consciente de sus palabras. Se despidió con un breve beso en la mejilla y la promesa de regresar en unos minutos. A mi alrededor, la fiesta en nuestro honor se tejía y doblaba sobre sí misma.

El salón de baile era como el resto del palacio de la Dama. Una amalgama de jade, cristal y mármol blanco. Grandes ventanales llenos de vidrieras de colores adornaban dos de las amplias paredes de la estancia. El techo era el más alto que yo había visto jamás. Cientos de velas suspendidas por una magia invisible titilaban con su destello plateado dando un brillo enigmático a la noche.

Desde algún rincón, una orquesta tocaba una pieza que sonaba ligeramente familiar. Cientos de personas, representantes de las cinco cortes, bailaban y charlaban animadamente. Sus ropajes parecían sacados de un sueño. Finas sedas y brocados imposibles. Un alarde de lujo y ostentación que hizo que me rechinaran los dientes.

Las palabras de Levi, sin embargo, eran la lumbre más brillante del momento. Dejando el resto de la noche en la oscuridad.

¿Cuántas veces le había preguntado a Finnian sobre las pruebas? ¿Suplicado por cualquier pedazo de información sobre las mismas y quién las había diseñado? Y, todo ese tiempo, el Guardián había

sabido la respuesta. ¡Espíritus! Él mismo había diseñado tres de las pruebas usadas en los últimos cien años.

¿Había sido él el arquitecto de la prueba que había acabado con la vida de Oraz? ¿O quizá de la prueba que casi había matado a Levi? ¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo había podido confiar en él? Nunca aprendería la lección. Al parecer una vez no había sido suficiente.

Aparté ese pensamiento de un plumazo.

Asqueada, examiné la estancia en busca de caras conocidas. Todo ese tiempo, el resto de los campeones habían contado con una ventaja tremenda. Si su Guardián había diseñado las pruebas, ellos lo sabrían. Podían estar preparados.

Pero Finnian no había compartido esa información conmigo. Tampoco Orla o Cían. Los últimos retazos de esperanza que palpitaban en mi interior quisieron pensar que era porque sus pruebas ya habían tenido lugar. No habría tenido sentido decírmelo entonces.

Pero los susurros perdidos y enigmáticos de la conversación que había escuchado a escondidas entre Umbra y Brann cada vez tenían más sentido. No solo lo habían sabido, lo habían utilizado en su beneficio. Habían intercambiado información con el resto de los Guardianes.

Mi poder latía desbordado impulsado por cientos de pulsos diferentes provenientes de poderes singulares que rebotaban desde los confines del salón. Mi magia no daba abasto, era como si cada una de las energías que se entremezclaban en la fiesta tiraran de ella. Mi esencia trataba de atender a todas las llamas como si necesitara entender cada una de las ondas de poder que se acercaban en mi dirección. Era como si un pequeño universo hubiera explotado dentro de mí y yo no pudiera hacer nada para contenerlo.

En mitad de aquel caos sentí como una fina capa de aire esmeralda se cernía sobre mi cuerpo. Protegiéndome. Mi poder no había hecho algo similar a aquello nunca antes.

Confusa, luché por deshacerme de ella. Sin embargo, lo único que conseguí fue que se hiciera transparente. Cada persona que pasaba a mi alrededor sacudía el centro de mi magia, pero aquella extraña protección la mantuvo atada.

Era consciente de que allí plantada, sin moverme, llamaba demasiado la atención. Decenas de ojos curiosos se clavaron en mi persona, y entonces los murmullos comenzaron. Forcé la barbilla hacia arriba y empecé a caminar sin rumbo. Abandoné el centro de la fiesta y me dirigí hacia una de las paredes acristaladas del fondo. Dispuesta a camuflarme con la noche y pasar desapercibida buena parte de la velada. ¿Cuánto tiempo sería aceptable esperar antes de volver a mis aposentos?

—Campeona de las Tormentas —dijo una voz melódica a mi espalada, haciendo que me sobresaltara—. Esperábamos ansiosos tu llegada.

Al girarme tuve que contener un grito ahogado de sorpresa. Ante mí, Selene, la Guardiana de las Olas, me observaba con una sonrisa amplia y, sorprendentemente, sincera. Iba vestida con un pantalón holgado azul cerúleo y un top diminuto a juego. La tela era vaporosa y estaba bordada con diferentes hilos en tonos joya que imitaban un arrecife. Su piel oscura resplandecía bajo las velas en contraste con la tela de sus ropajes.

La belleza de la Guardiana, como la de todos los Altos Fae, era imposible de describir. Un mar de rastas y trenzas oscuras había sido dispuesto de manera estratégica sobre sus hombros como si de un chal se tratara. Decenas de pendientes dorados adornaban sus orejas puntiagudas.

—Guardiana —respondí, e incliné ligeramente la cabeza después de ser consciente de que llevaba unos segundos observándola sin mediar palabra.

Una risa musical y profunda escapó de los labios perfectos de Selene.

—Levanta la cabeza, Campeona de las Tormentas. Esta noche esas formalidades no son necesarias. —Su tono era honesto y algo en ella hizo que me cayera bien de inmediato.

—Llamadme Elara, entonces.

Ella inclinó la cabeza en agradecimiento, observándome sin disimular su curiosidad.

—Quería agradecer tu ayuda a nuestro Oraz durante la primera prueba. Mi corte no olvidará tu gesto y tu compasión.

Inspiré hondo para mantener mi voz firme en un intento bastante pobre de ocultar la punzada de dolor que me traía el recuerdo del Campeón de las Olas.

—Debería ser yo la que os diera las gracias. No estaría aquí de no ser por su ayuda y la de Levi. Siento no haber podido hacer nada más por él —admití—. Si no fuera por mí, Oraz todavía seguiría con vida. Su muerte mancha mis manos tanto como las de su asesino.

La Guardiana abrió los ojos, sorprendida. No dijo nada durante unos minutos. Si fueron mis palabras o mi sinceridad las que la pillaron por sorpresa, no sabría decirlo con seguridad.

—Oraz tenía un don especial para juzgar a las personas. Siempre fue un alma sencilla y delicada que sabía ver el bien hasta en la criatura más oscura. No sé si te lo contó, pero él no era el elegido para participar este año en el torneo. —Negué con la cabeza—. Era uno de sus hermanos sobre quien recaía esta triste responsabilidad. Durante años Oraz entrenó a su lado, no se perdió ni una de sus sesiones de preparación. Decía que algún día él también la

necesitaría, a pesar de que este fuera el último torneo. De hecho, entrenaba muchos días a solas, durante horas, aunque no estuviera con su hermano. Una semana antes del torneo me despertaron en plena noche con dos noticias peculiares. Mi campeón había sido envenenado con un veneno que, aunque no era letal, lo dejaría indispuesto durante varias semanas.

—¿Cuál fue la segunda noticia?

—Una de las parejas de mi campeón había descubierto que estaba embarazada —respondió ella con una sonrisa cómplice—. Nunca descubrimos al culpable del envenenamiento, pero esa misma noche Oraz apareció en mi puerta dispuesto a sustituir a su hermano.

Selene y yo compartimos una sonrisa triste.

—Si Oraz vio algo en ti, yo solo puedo actuar en consecuencia y honrar su memoria.

—Si consigo sobrevivir al torneo, sería todo un honor poder presentar mis respetos a su familia.

—Cuando el torneo acabe, siempre serás bienvenida en mi corte, Elara.

Selene me ofreció su mano, en un gesto de respeto que jamás hubiera esperado de ningún Guardián. No me permití dudar. Abracé su antebrazo con mis dedos y, juntas, estrechamos los brazos entrelazados dos veces.

Selene se alejó con delicadeza después de dedicarme una última sonrisa. Observé como se fundía con la multitud mientras me esforzaba por tranquilizarme. Cuando por fin pude volver a respirar con relativa tranquilidad, alguien me agarró del brazo y me empujó fuera de la abarrotada fiesta. Otra mano callosa y grande me tapó la boca ahogando mi grito de sorpresa. Intenté zafarme mientras me arrastraban hacia una zona oscura y desierta de los jardines.

Me retorcí intentando alcanzar mis armas, mientras comenzaba a dirigir el centro de mi poder hacia mi oponente. En mi interior la oscuridad comenzó a bullir. Pero, entonces, el aroma a trueno y marea impactó de lleno en mi nariz, haciendo que mi cuerpo se quedara inerte. Mi espalda y mi cabeza chocaron contra el tronco rugoso de uno de los centenares de sauces que rodeaban el castillo y mis ojos impactaron de lleno con el ocre de los de la primera y última persona que deseaba ver en aquellos momentos.

—No grites —murmuró Finnian, destapándome la boca y posando un dedo índice sobre sus propios labios para que guardara silencio.

Odié cada lugar en el que nuestros cuerpos entraron en contacto. Por mucho que lo apartara, no podría sacudirme sus mentiras, tampoco la manipulación. Y lo peor de todo era que, a pesar de saber la verdad de lo que me ocultaba, yo no iba a irme a ninguna parte. Porque, pese a todo, la vida de Orla me importaba, al igual que el destino de cientos de miles de inocentes que no se merecían sufrir como consecuencia de las acciones de otros.

Todas sus promesas me atacaron la garganta. Aunque jamás lo admitiría, una parte pequeña todavía quería poder formar parte de todo lo que me había prometido en su despacho después de salvar a Orla: un lugar en su corte y un lugar seguro al que llamar hogar.

—¿Te has vuelto loco? —susurré, coloqué ambas manos sobre su pecho y empujé con fuerza hacia atrás. Puede que me sirviera de algo de mi poder para conseguir separarlo de mí—. Si nos ven juntos, me descalificarán del torneo.

—Por mucho que te cueste entenderlo, tú no das las órdenes, Elara. He intentado ser paciente, pero esto ya ha ido demasiado lejos. Primero atacas abiertamente a Brann al finalizar la primera prueba. Después salvas a Nuada en lugar de ignorar su presencia y

continuar hacia delante como habría hecho cualquier otro participante.

Finnian entrecerró los ojos y no volvió a acercarse. Sin embargo, tampoco se alejó. Una de sus manos seguía clavada alrededor de mi muñeca, mientras que la otra se aferraba a mi cadera. Me apretaba con fuerza para evitar que pudiera marcharme.

—Y por si todo eso no fuera suficiente, después me desobedeces delante de todos y me desafías abiertamente para salvar a otro mestizo cuya muerte nos beneficia enormemente.

Su aliento acarició mi cara. Un aliento teñido de alcohol y malas decisiones.

—¿Estás borracho? —acusé, indignada.

Empujé con más fuerza contra su enorme cuerpo, pero había poco que yo pudiera hacer contra la fuerza de un Guardián. Por mucho que sus poderes se estuvieran debilitando por la maldición.

—Escúchame atentamente porque no voy a volver a repetirlo. A partir de ahora no voy a tolerar ninguna salida de tono más. Tienes una única misión: acaba el puñetero torneo y consigue el regalo de la Dama. No quiero tener que obligarte, pero lo haré si con eso consigo salvar a mi hermana y a mi corte. No ayudes a los demás campeones, no te puedes fiar de ellos.

Me negaba a pensar como él. Ganar a toda costa era una cosa, ignorar a alguien que podía morir sin hacer nada era otra. Una pequeña voz me recordó que los que hablaban eran sus demonios carcomiéndole por dentro y la preocupación por su hermana.

—Pensaba que la promesa de libertad y de un lugar de honor en mi corte con el que jamás podrías haber soñado serían una motivación suficiente, pero está claro que he subestimado tu inteligencia —escupió—. Déjame ser rotundo, Elara. Si fallas, aunque

sobrevivas, me aseguraré personalmente de volver hasta esa isla cochambrosa en la que vivías y mataré yo mismo al trasgo.

La mención de Artio hizo que me fallaran las rodillas. Aquello no podía estar pasando.

—Si descubro que has estado ayudando o confabulando con alguna otra corte, el castigo será el mismo. ¿Lo entiendes?

—Suéltame, Finnian. Me haces daño. —Odié cada temblor de mi voz y el pánico repentino que me sacudió por completo.

Finnian hundió su nariz en mi cuello e inspiró con fuerza. Todo su cuerpo vibró enfadado al reconocer algo en mi aroma que hizo que un trueno lejano resonara contra los árboles.

—Así que Umbra tenía razón —gruñó—. Voy a matarlo.

El miedo de unos momentos atrás se transformó en una rabia profunda que revoloteó en mi estómago. Mi poder comenzó a burbujear, agitado, pidiendo a gritos salir y protegerme de la inesperada amenaza.

El aire a mi alrededor se volvió pesado. Las corrientes y diferentes tonalidades de las ondas que nos rodeaban se convirtieron en una extensión de mí misma. Podía sentirlo todo. El aire de la noche. La corriente de agua de las fuentes que adornaban el patio. Las respiraciones de todas y cada una de las criaturas que nos rodeaban.

Me sentí conectada a un nivel inexplicable y desconocido con la magia que me rodeaba. La sensación era abrumadora y me hizo sentir embotada y algo mareada. Me vi transportada de nuevo a la celebración de Natsunna y a lo cerca que había estado de estallar sin entender qué me estaba sucediendo.

—¿Por qué? ¿Qué te ha prometido a cambio de ayudarle? —exigió saber—. Creía que podía confiar en ti y que eras más inteligente que todo esto. No quise creer a Umbra cuando me dijo que él te estaba

utilizando. Confié en ti, en que sabrías distinguir la realidad del engaño. Está claro que me equivoqué. No sé a qué estáis jugando, pero los trapicheos del Oscuro nunca terminan bien. Esto se termina aquí, no volverás a hablar con ninguna de las sabandijas que pertenecen a su corte.

—¿Es una orden? —siseé entre dientes.

Finnian tuvo la osadía de retroceder unos centímetros con los labios entreabiertos y los ojos echando chispas. Era como si yo le acabara de dar una bofetada.

—Eso fue diferente y lo sabes —sentenció—. La Dama apenas nos dio unos minutos y yo necesitaba hablar contigo. Tú fuiste quien decidió desobedecerme delante de todos, quien decidió darle la espalda a su propia corte. ¿No te paraste a pensar que tal vez lo que tenía que hablar contigo era más importante que la vida de un rival?

Aquella vez fui yo la que se encogió. Finnian estaba equivocado en muchas cosas, pero llevaba razón en una de ellas: en ese momento solo me había preocupado por la vida de Levi. Tal vez debería haberme parado a escuchar lo que mi Guardián tenía que decir, habría habido tiempo más tarde de curar a mi amigo.

—No me diste otra opción. Y, aun así, nos hiciste desaprovechar una oportunidad de oro.

No me preocupé en ocultar la sonrisa amarga que se cernió sobre mi rostro.

—Nada justifica que anularas mi capacidad de decidir.

Quería ver la parte buena, honrada y protectora que tenía Finnian. Sabía que estaba allí, dentro de él. Había sido testigo de ella en muchas ocasiones. Era evidente el amor que sentía por su hermana, por su corte y por los que la habitaban, pero mezclar el amor con un sentido exagerado de la responsabilidad podía tener consecuencias catastróficas.

—Todos mis súbditos me deben respeto, Elara. Incluso Orla y Cían saben que, cuando doy una orden, hay que cumplirla. No podía permitir que me desafiaras de esa manera delante del resto de los Guardianes.

No había rencor en sus palabras, pero tampoco arrepentimiento.

—Pero sí que puedes mentirme a la cara, tanto en público como en privado.

—No sé de qué estás hablando. —Sus palabras fueron tan firmes que casi me lo creí.

—Ahórrate otra mentira, Finnian. Lo sé todo —conforme empecé a hablar fui testigo de cómo la máscara de seguridad del Guardián se rompía poco a poco.

Saboreé cada pieza que cayó al suelo. Cada facción de su rostro que se tensó por la vergüenza de ser descubierto. Tal vez aquello me convertía en un ser mezquino y ruin, pero el torneo se había encargado de arrebatarme lo poco que me quedaba de luz.

—Sé el verdadero origen de la maldición. Sé el origen de las pruebas. Sé que las diseñasteis vosotros, los Guardianes. Sé que durante todo este tiempo podrías haberme ayudado y no lo has hecho.

—No es tan sencillo, Elara.

—¿Eras consciente de todo lo que acabo de decir? —dije, antes de que pudiera urdir otra explicación vacía.

—Sí.

—¿Me ocultaste esa información a propósito?

—Sí, pero no t-tuve... —balbuceó.

—Entonces es así de sencillo, Finnian. Mentiste, incluso después de jurar que no lo harías.

Vi que su rostro se contraía dolido. Una parte de mí se rompió con él.

—Tomé la decisión que creí más oportuna para mi corte. Te lo dije hace semanas, el resto de los campeones conocían las pruebas. Tal vez no todas, pero sí que tenían conocimiento de las que yo había diseñado y de las que conseguí extraer de otros Guardianes a cambio de información. Las conocían, pero, aun así, murieron.

—Eso no tiene ningún sentido. —Mis palabras fueron apenas un susurro entre la neblina de emociones y el nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme.

Finnian se pasó las manos por el pelo intentando calmar los nervios. El movimiento devolvió mi atención a sus palmas, donde un brillo dorado revoloteó al lado de la línea plateada que sellaba nuestro trato. Ambas eran prácticamente paralelas. Tuve que pestañear varias veces para asegurarme de que no lo había imaginado.

Aquella línea no tenía ningún tipo de sentido, todo el mundo sabía que los tratos en Lyssandria se firmaban con sangre y plata, y, aun así, las palabras que un espíritu me había susurrado hacía semanas resonaron en mi cabeza: *el significado de la línea dorada*.

—¿Qué es esa marca dorada?

Él arrugó los dedos para tratar de ocultarla, pero ya era demasiado tarde.

—Olvida que la has visto —suplicó.

—No pienso hacerlo, el *whisp* la mencionó cuando lo invoqué para ayudar a Orla —expliqué a toda prisa—. Dime lo que significa.

Pese a su reticencia a hablar, tuve la sensación de que Finnian llevaba guardando el secreto demasiado tiempo y ansiaba compartir con alguien la carga. Alargué una mano temblorosa hasta su hombro y apreté con todo el cariño del que fui capaz.

Su manó voló hasta mi garganta y me empujó de nuevo contra el árbol. Sus movimientos no eran violentos, sino torpes, como si el

alcohol o los efectos de la maldición no le permitieran medir su fuerza.

—Tienes que comprender que no me quedaban alternativas. Estaba desesperado por encontrar una solución. Ella insistió en que tenía algo que podía ser de ayuda para curar a Orla, el pago me pareció irrelevante.

—¿De quién estás hablando?

—De Umbra. Hice un pacto de sangre con Umbra. Las marcas entre Guardianes son doradas no plateadas.

La firmeza de sus palabras hizo que todo lo que había escuchado a hurtadillas tuviera mucho más sentido.

—¿Qué trato? —conseguí preguntar a pesar de la presión que su mano había comenzado a ejercer en mi garganta. Me dio la sensación de que no era consciente de lo que estaba haciendo.

—Me dijo que me daría acceso a una posible cura para Orla a cambio de información sobre la prueba de nuestra corte que quedaba para este torneo. —El tono resignado de su voz me adelantó que aquello no era todo—. Para sellar nuestro trato me hizo jurar que no compartiría información sobre las pruebas con mi último campeón o campeona.

Allí estaba, el pedazo de información que había estado esperando y que hacía que todo lo demás tuviera algo de sentido. Umbra había manipulado a Finnian para tener una ventaja en el torneo. Y él, en consecuencia, nos había manipulado al resto.

—No funcionó —admitió con voz queda.

—Finnian, suéltame —le pedí con los ojos llorosos.

—¿Elara?

El susurro entrecortado de Orla nos pilló a ambos por sorpresa. La princesa se encontraba a escasos metros de distancia. Iba vestida con un vestido de gasa violeta con perlas y apliques metálicos

incrustados. Su pelo del color del fuego había sido recogido en un moño alto y elegante. La luz de la noche parecía querer acariciar sus facciones. Ver que Orla se encontraba sana y salva y con buen aspecto aligeró un poco el peso de mis hombros. Aún había tiempo.

—Ella no puede saberlo —ordenó Finnian en un hilo de voz mientras apretaba mi cuello en señal de advertencia.

—Finnian, por todos los espíritus y los dioses olvidados, ¿qué demonios estás haciendo? Llevo horas buscándote. Habías prometido que no hablarías con Elara. —Orla habló entre susurros, su enfado con el comportamiento de su hermano era más que evidente. Mientras hablaba a gritos susurrados, miró varias veces hacia atrás en dirección a la fiesta. Por algún extraño milagro, no habíamos llamado la atención de nadie más—. Finnian, tenemos que irnos. Suelta a Elara. —El tono de su hermana era severo.

—Eso mismo le estaba diciendo yo —gruñí, aprovechando la distracción de Finnian y zafándome de su agarre con un tirón.

Me froté el cuello, que estaba ligeramente enrojecido por su fuerza, para aliviar el escozor.

—¿Estás bien? —preguntó Orla con gesto preocupado mientras avanzaba hacia su hermano con cara de pocos amigos.

—Estupendamente —dije para tranquilizarla—. Orla, yo...

Pero la princesa de las Tormentas no me dejó terminar la frase.

—Está todo bien. Tú céntrate en lo que te dije cuando nos despedimos —pidió, negando con la cabeza y ofreciéndome una sonrisa triste antes de extender una mano en dirección a Finnian—. Vámonos, Finnian.

—No me voy a ninguna parte —gruñó este, acercándose de nuevo hacia mí.

Tanto Orla como yo comenzamos a abrir la boca para replicar cuando una bruma de noche infinita me acarició la mente e hizo que

se me entrecortara la respiración. Sentí su presencia antes de verlo, antes de oír su voz.

—Deberías escuchar a tu hermana, viejo amigo —murmuró con tono gélido el Guardián de las Sombras—. Siempre fue la más sensata de los dos.

CAPÍTULO XLI

Solo había un pensamiento en su cabeza: «Mía».

Desde las sombras del bosque y con la fiesta retumbando de fondo, Callum nos observaba con una mueca impenetrable. Un gesto perdido entre el aburrimiento y el hastío más absoluto. Finnian se tensó a mi lado, si Callum decidía denunciarnos, no habría vuelta atrás.

El Guardián de las Sombras avanzó hacia nosotros con las manos en los bolsillos y cara de total desinterés. Pero, cuando sus ojos se posaron en mí, rompió su mueca de asco para brindarme una sonrisa repleta de malas intenciones.

Maldije por lo bajo y me aseguré de tener las paredes que protegían mis pensamientos cerradas a cal y canto. Había tenido cuidado toda la noche y no necesitaba su presencia merodeando alrededor de la información que acababa de descubrir. La sonrisa de Callum no hizo más que ensancharse. Por lo visto, mi pánico interno había sido más que evidente, con escudos o sin ellos.

El Guardián de las Sombras me recorrió con la mirada. Había un brillo de apreciación en sus ojos que desapareció en el momento en el que se topó con la mano que Finnian todavía tenía anclada en mi cadera. Su rostro se ensombreció y la oscuridad de la noche se hizo más profunda. Desde mi posición pude ver como las yemas de los dedos del Guardián comenzaban a gotear ocasos.

—Vamos, Tiniebla, preciso de tu compañía —dijo, extendiendo un brazo en mi dirección.

—Callum, no te atrevas a... —La amenaza de Finnian se vio interrumpida por un tentáculo de poder negro que apartó su mano de mi cuerpo de un plumazo.

El poder del Guardián de las Sombras atravesó el silencio de la noche con una potencia arrolladora. Si esos eran sus poderes debilitados por la maldición, no quería saber cómo serían sin ella. Mientras tanto, él se mantuvo quieto. Impasible.

Cuando por fin comenzó a hablar, lo hizo mientras se ajustaba con desenfado las mangas de la chaqueta. Sin embargo, aunque su actitud era despreocupada, el filo de sus palabras cortaba tanto como su despliegue de poder.

—No me hagas decirlo dos veces. —El aludido enunció cada palabra con una calma helada que me puso los pelos de punta—. Aparta las manos de tu campeona, como ella misma te ha pedido hace un rato, y da gracias a que no estoy de humor esta noche para más espectáculos.

A mi lado, Finnian temblaba de rabia contra mi cuerpo. Pude sentir su poder de viento y huracán, aunque era evidente que se esforzaba por controlarlo. Se separó lo justo de mí para que ninguna parte de nuestros cuerpos se tocara. Por muy enfadado que estuviera conmigo, sabía que Callum podía acabar con todos nosotros o expulsarme del torneo, si no obedecía.

—Tiniebla —repitió Callum, estaba vez con un tono más suave, alargando su brazo por segunda vez hacia mí.

Me esforcé en echar los hombros hacia atrás y mantener la cabeza alta. Al final, estaba acudiendo a la orden de un Alto Fae. ¿Importaba acaso cuál fuera? Los ojos hambrientos de Callum siguieron cada uno de mis movimientos. Y, pese a todo lo que nos

separaba, pese a que era un asesino, pese a que trazaba sus propios juegos conmigo como peón y sabía que no podía confiar en él, en ese momento agradecí no ver lástima en ellos. Me miraba con determinación, asombro incluso, por inexplicable que eso fuera.

Ofrecí una sonrisa breve a Orla, que observaba la interacción con los ojos muy abiertos, pero sin decir ni una palabra. La princesa inclinó la cabeza en asentimiento y, cuando pasé junto a ella, me estrechó con fuerza en un abrazo breve pero intenso.

—No te fíes de lo que hay al otro lado, Elara —susurró contra mi oído—. Sobrevive.

Las palabras de la princesa fueron tan breves y susurradas, que me pregunté si acaso no las había imaginado. No me dio la posibilidad de responder. Orla agarró a Finnian y se lo llevó a rastras, alejándolo de nosotros.

Acepté la mano de Callum, quien posó la mía en el hueco de su brazo de manera elegante, mientras comenzaba a andar de vuelta a la fiesta.

—No necesitaba tu ayuda, lo tenía bajo control —dije entre dientes conforme nos acercábamos al salón de baile.

Esas palabras me trajeron el recuerdo de nuestro primer encuentro. Como un eco de aquella primera conversación. Era mentira, por su puesto, y ambos lo sabíamos.

Las velas proyectaban sombras de poco fiar sobre el conjunto de los cuerpos que se retorcía al compás de unos tambores trepidantes. La atmósfera dentro de la estancia se había transformado. La mayoría de los asistentes, embriagados por el dulzor y la magia de los vinos encantados, bailaban en una danza desenfrenada.

—Permíteme discrepar —respondió él con un soplido exasperado mientras maniobraba nuestros cuerpos a través del laberinto de Altos Fae—. ¿Cuántas más veces voy a tener que hacer el papel de

caballero andante hasta que me des las gracias? No me malinterpretes, lo haré tantas como sean necesarias, aunque te empeñes en negar lo evidente.

—Yo no te lo he pedido.

—¿Qué puedo decir? Tu presencia tiene la habilidad de hacer que me convierta en un idiota en... —Fuera lo que fuese que había querido decir, se mordió la lengua.

Por algún extraño motivo, me sentí debilitada. Callum se tensó bajo mi contacto, pero no se giró para mirarme. Continuó avanzando en silencio, y yo me dejé llevar. La música se había transformado en algo más físico, que retumbaba con cada uno de mis latidos. ¿Cuándo había comenzado a hacer tanto calor?

Podía sentir el ritmo frenético de las notas en la garganta y el vientre. A lo lejos, la voz de una cantante emitía sonidos llenos de significado, aunque no entendía sus palabras, algo dentro de la melodía hizo que se me acelerara el pulso. En mi pecho, la esencia de mi poder continuaba extremadamente alerta. Sin darme cuenta, había empezado a contonear mi cuerpo de un lado a otro, al ritmo de la percusión.

Una mano me agarró la barbilla y me forzó a dejar de prestar atención a la música. Mis ojos entrecerrados impactaron con unos negros salpicados de galaxias que me miraban con cierto aire de diversión.

—Vuelve conmigo, Tiniebla. Esa música no te hará ningún bien —murmuró una voz profunda que hizo que mi estómago se retorciera. Parpadeé un par de veces todavía confusa.

—¿Qué ha pasado?

—Ahí estás. —Su sonrisa se torció hacia arriba en un mohín tan diabólico como cautivador. Sus manos abandonaron mi mejilla, para aferrarse de nuevo a mi brazo.

—Los músicos son Ninfas del Bosque de la Dama. Sus canciones pueden ser evocadoras por llamarlo de alguna manera. Digamos que has tenido suerte de no haber bebido el vino servido esta noche.

Seguí sus pasos hasta una de las esquinas del salón de baile. En esa zona la música era menos contundente. La atmósfera era oscura, tan solo un puñado de personas hablaban entre susurros esparcidas entre varios sillones y sofás de terciopelo.

—¿Qué habría hecho si no me hubieras parado?

—No habría dejado que te pasara nada —murmuró.

Tuve la sensación de que no pretendía que yo escuchara aquella respuesta. Sus cambios de humor me desconcertaban. Sabía que era un depredador sin escrúpulos, él mismo lo había admitido en múltiples ocasiones. La maldad de su pasado lo precedía. Sin embargo, me había ayudado ya tantas veces que había comenzado a perder la cuenta. Estaba segura de que si me ayudaba era solo porque le beneficiaba de algún modo. Solo tenía que averiguar qué sacaba él protegiéndome y así podría quitármelo de encima.

—Mierda —gruñó mirando por encima de mi hombro.

Ladeé la cabeza a tiempo de ver como la figura menuda de Umbra, vestida tan solo con una red metálica que dejaba todo su cuerpo al descubierto, se dirigía hacia nosotros desde el otro lado de la pista de baile.

—Lo que me faltaba esta noche —mascullé.

La interacción con Finnian había sido la gota que colmaba el vaso. Si tenía que aguantar las estupideces de otro Guardián arrogante, no me haría responsable de mis actos.

Sígueme la corriente.

La voz de Callum en mi cabeza me pilló desprevenida. ¿De qué servían los escudos si él podía romperlos a su antojo? No esperó a que yo le contestara. Me dio la vuelta con un movimiento fluido,

haciendo que mi espalda impactara contra las líneas firmes de su pecho.

Posó una mano alrededor de mi cintura, alineando nuestros cuerpos por completo. Mi vestido apenas era una barrera entre nosotros. Su otra mano encontró el espacio entre mi clavícula y mi mandíbula. Cerró sus largos dedos con delicadeza alrededor de mi garganta y me inclinó hacia atrás hasta que mi nuca descansó contra el hueco entre su hombro y su oreja.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Si Umbra se acerca lo suficiente sabrá que has estado con Finnian, y créeme cuando te digo que ella no dudará en sacarte de la competición, si tiene la más mínima duda de que te has saltado esa norma. Una cosa es que te pille husmeando por la noche en los pasillos, otra muy distinta que pueda confirmar que has pasado tiempo con tu Guardián.

—¿Cómo va a saber que hemos estado juntos?

—Apestas a él —dijo con un bufido.

—Oh.

*—Sí, oh —*confirmó Callum*—. Tengo que hacer que dejes de oler como Finnian. ¿Entiendes lo que eso significa?*

No tenía ni la más remota idea de lo que eso significaba. Los instintos primarios de los Altos Fae me eran tan ajenos como sus rencillas políticas. Asentí sin estar muy convencida. Umbra se aproximaba sin quitarnos la vista de encima y él sonaba como si supiera exactamente cómo hacer que no se acercara.

—Limítate a fingir como lo hiciste en el pasillo aquella noche, Elara. Será rápido e indoloro, lo prometo.

Posicionó mi cabeza inclinándola ligeramente. Volvió a levantar una ceja, para cerciorarse de que tenía mi consentimiento. Asentí sin apenas moverme y contuve el aliento. Sus ojos no se apartaron de

los míos mientras su boca descendía hasta mi cuello. Depositó un beso breve cerrando los ojos, después volvió a levantar la mirada para asegurarse de que podía continuar.

—Sigue —susurré—. Acabemos cuanto antes con esto.

Esa vez no vaciló. Volvió a posar su boca sobre mi piel y la recorrió en un reguero de besos húmedos. Repasó la extensión de mi garganta sin descanso, dejando una cascada de besos tras de sí. Cerré los ojos mientras cada nervio de mi piel estallaba en llamas y me esforcé por no reaccionar y mantenerme muy quieta. Era como si hasta entonces hubiera estado dormida y solo el contacto con la piel de Callum me hiciera despertar.

Lejos de aminorar la marcha, él unió la lengua a su ataque contra mi cuello. Los lametazos no tenían vergüenza y él no se molestó en ocultarlos. Con los ojos entrecerrados, dejé escapar un suspiro contenido cuando cerró sus dientes contra el lóbulo de mi oreja. El Guardián respondió con un gruñido de aprobación que me caló hasta los huesos.

—Tengo que hacer lo mismo en el otro lado.

Asentí en silencio porque no me fiaba del estado en el que saldría mi voz, ni siquiera en su mente, si le respondía en voz alta. Callum inclinó mi cuello hacia el lado contrario para desatar sobre él el mismo castigo deliciosamente adictivo.

—Debería matarlo por haberte tocado sin tu consentimiento —gruñó al tiempo que su lengua saboreaba mi piel.

—No puedes arreglar todo lo que te molesta matando a la gente. Por no decir que no es asunto tuyo.

—¿Ah, no? En el pasado me ha funcionado —murmuró acariciando la piel sensible detrás de mi oreja—. *Además, el resto del mundo me importa una mierda.*

Finalizó su acometida contra mi cuello con un beso suave que depositó sobre mi cicatriz. Se me encogió el corazón ante la ternura del gesto.

—Deliciosa —murmuró relamiéndose con gusto una vez que hubo terminado.

Tuve que luchar por no tambalearme contra el suelo. Sin embargo, él mantuvo firme su agarre hasta que estuvo seguro de que yo no me caería. Se sentó con elegancia en un amplio sillón verde e hizo un gesto para que me acercara.

—Siéntate conmigo —ordenó con tono firme, muy distinto al que había usado hacía apenas unos instantes.

Lo miré con los ojos como platos con un insulto en la punta de la lengua. Por un segundo incluso contemplé la posibilidad de atacarlo con mi magia. Dudaba de que le hiciera algo más que cosquillas, pero merecería la pena solo por verle la cara.

—*Frena tus tendencias homicidas* —murmuró directamente en mi cabeza—. *El espectáculo todavía no ha terminado.*

Los ojos negros del Guardián se clavaron en los míos. «Sígueme la corriente, juega conmigo», parecían pedir sin palabras.

—*Te detesto* —lancé la acusación contra su mente.

Aun así, acepté su mano y él tiró de mí hasta sentarme sobre su regazo. Sus piernas se metieron entre las mías, obligándome a separar las rodillas y apoyar mi espalda contra su pecho. Una de sus palmas encontró su camino hasta posarse sobre mi muslo izquierdo, mientras que la otra comenzó a trazar las líneas de la cicatriz con la punta de los dedos.

—*Mientes muy bonito, Tiniebla.*

Tuve que reprimir las ganas de darle un codazo en las costillas. Entonces, al levantar la mirada, me di de bruces con los ojos

rasgados de Umbra y la presencia extraña del hombrecillo que siempre la acompañaba.

—Vaya, vaya, veo que no pierdes el tiempo, querido. ¿Interrumpo algo? —preguntó mientras acariciaba el borde de la copa de vino con una de sus afiladas uñas.

—¿Mi olor? —pregunté angustiada.

—Ya no hueles como el Guardián de las Tormentas.

—¿Cómo huelo ahora?

—Como si fueras mía.

Ignoré la reacción que esas palabras provocaron sobre mi cuerpo. Mi oscuridad ronroneó encantada ante la idea de oler como él.

—Esperemos que eso sirva para engañarla.

Estaba segura de que Callum podía sentir el pulso acelerado de mi corazón en la garganta. Desde luego mi tono hacía poco por ocultar la manera en la que él me afectaba, pero él no dijo nada sobre eso.

—Para nada, Umbra, tan solo estaba disfrutando de un poco de entretenimiento. Las *distracciones* que ofrece la Campeona de las Tormentas ayudan a aminorar lo tedioso de esta fiesta. Aunque solo sea durante unos segundos.

No me pasó desapercibido el retintín con el que pronunció la palabra. Aquello era para mí, no para la Guardiana del Bosque.

—¿Qué diría tu padre si te viera retozando con una mestiza a la vista de todos? —escupió el Alto Fae que hacía las veces de la sombra de Umbra.

Bajo la luz de la fiesta, sus facciones me parecieron todavía más marcadas y enfermizas que cuando lo había visto en los pasillos. Su piel parecía tan fina como un papiro, hasta el punto de que, incluso en la penumbra, se adivinaba el color de sus venas. Tenía el pelo marrón repeinado hacia atrás, lo que hacía que sus orejas acabadas en punta sobresalieran en exceso.

—La verdad, Tej, es que me trae sin cuidado lo que mi progenitor fuera a decir al respecto. Si me hubiera importado lo que él pensaba, no lo habría matado. —Los labios de Callum se movían tan cerca de mi cuello que sentí el impacto de todas sus palabras—. En general, si me preocupara alguna de vuestras miserables opiniones, no habría hecho muchas cosas, ¿no crees?

—¿Te parece normal estar orgulloso de lo de Astrella? —escupió el hombrecillo.

—Mi padre, al que idolatras, lo estaba.

Me forcé a tragar saliva. Intenté relajarme contra el cuerpo de Callum, mientras mi cabeza era dolorosamente consciente de que aquello solo era parte de una distracción, como todos nuestros contactos anteriores.

—¿Qué tendrá esta generación que acabáis teniendo relaciones tan turbulentas con vuestros padres? —se preguntó Umbra, después de un largo trago—. A mi querido Brann le pasa lo mismo. Un par de palizas cuando era joven y ya considera a su padre un demonio. No negaré que la saña con la que terminó con su vida fue lo que hizo que me diera cuenta de sus talentos en la batalla, pero ¿a qué precio? En mis tiempos la juventud aprendía así los límites para respetar a sus superiores.

—No creo que sea culpa del progenitor entonces, sino de si la persona era buena o mala antes de tener hijos —dije sin poder morderme la lengua.

—¡Oh, qué encantadora! ¡Pero si piensa y todo! —admiró Umbra con evidente condescendencia—. Si consigue sobrevivir a la última prueba, estoy segura de que Lark va a adorarla. Si decide pasar por alto las evidentes deficiencias de su sangre, por supuesto.

Estuve a punto de levantarme, pero Callum me agarró por la cintura y me obligó a mantenerme quieta. El gesto hizo que mi

cuerpo se fundiera con el suyo. Inspiré sobresaltada al notar algo duro. Él ni siquiera se inmutó, como si su evidente excitación no le perturbara en absoluto.

—Cuidado, Umbra. —Su voz era calmada, pero se podía percibir la amenaza detrás de su aparente tranquilidad—. Los dos sabemos que no me gusta que le falten el respeto a mi madre.

—Nada más lejos de mis intenciones, querido. Dejaremos que continúes con tu noche, todos sabemos lo mucho que te gusta crear un buen espectáculo.

Con eso, Umbra y su acompañante nos dejaron solos, perdiéndose de nuevo entre la multitud.

—¿Espectáculo? —me atreví a preguntar al cabo de unos segundos—. ¿Es que acostumbras a tener público cuando te acuestas con alguien?

Su mano continuó trazando figuras contra la piel descubierta de mi muslo. Sin saber muy bien qué hacer con las mías, apoyé una de ellas contra el sillón para mantenerme anclada a algo. La otra acabó sobre su pierna. Él se tensó bajo mi cuerpo.

—¿Celosa, Elara? —ronroneó.

—Ya te gustaría.

—No lo niego —dijo dándome otro pedazo de información con el que no sabía qué hacer—. En el pasado he disfrutado de la compañía de hombres y mujeres en distintos ambientes. Puede que alguna de esas ocasiones haya sido en espacios con público. Pero, no sufras, eso no es lo que haría contigo. Si tuviera la oportunidad de saborearte no dejaría que un puñado de desconocidos disfrutara de las delicias de tus sonidos. La primera vez que sintiera cómo te estremeces al tenerme dentro sería solo para mis ojos.

Esta vez la voz de Callum parecía algo afectada.

—¿Sabes qué prueba queda? —pregunté intentando calmar mis respiraciones.

Umbra se había marchado y nuestro teatro por fin podía llegar a su fin.

—Veo que alguien ha estado hablando con Levi.

—Es la única persona que no me miente.

—Yo jamás te he mentido.

Aunque sabía que no era verdad, las palabras de Callum sonaron a plegaria y juramento contra mi garganta. Me retorcí incómoda sobre su regazo. Hacía calor y ya habíamos llevado aquella farsa demasiado lejos. Callum emitió un ruido contra mi oído, algo en un lugar perdido entre un gemido y una maldición. Nuestras respiraciones aceleradas parecían un secreto entre nosotros.

—Todo esto es prueba más que suficiente de lo bien que mientes.

—¿Te parece que miento, Elara? —dijo inclinando su cadera contra la mía haciendo que los dos contuviéramos el aire.

—Eso es únicamente una reacción corporal, no significa nada —susurré sin estar del todo convencida.

—Puede ser. En cualquier caso, sigues aquí sentada —respondió él mientras acariciaba la cara interna de mi muslo.

Me levanté como un resorte, recuperando al fin algo del sentido común que me había abandonado. Callum emitió una risa silenciosa y apoyó ambos brazos extendidos sobre el asiento del sillón, mientras yo lo miraba indignada a una distancia prudencial. Desde aquella posición, su excitación era más que evidente.

Yo no era una persona tímida, había tenido varias parejas en Nébula, si bien no sentimentales desde Nolan, sí que había encontrado un par de hombres con los que liberar la tensión que acumulaba en el cuerpo. Y, sin embargo, por muchas cosas que

hubiera experimentado, jamás me había sentido tan descolocada como en esos momentos.

Casi podía imaginarme lo que habría ocurrido si me hubiera quedado sentada sobre su regazo. Él habría continuado subiendo hasta descubrir lo lista que estaba para él. Habría ahogado una maldición enterrando la cabeza en mi pelo. La yema de su dedo habría rozado mi centro durante apenas unos segundos, dibujando un círculo perfecto. Embelesada habría observado como Callum llevaba sus dedos hasta sus labios. Habría sido testigo de cómo succionaba con abandono, poniendo los ojos en blanco antes de susurrar en mi cabeza: *Yo tenía razón, Tiniebla. Eres la tortura más dulce.*

Su voz resonó en mi cabeza y me di cuenta de lo que había hecho. Desde el sofá Callum sonreía desafiante. El muy imbécil se había metido en mi mente y había conjurado una imagen de lo que habría hecho, si no me hubiera levantado.

—Eres insufrible —le dije.

—¿Por qué suena como un piropo, entonces?

—No has respondido a mi pregunta.

—No sé en qué consiste la prueba que resta, Elara. Las de mi corte ya han pasado y ninguna ha tenido lugar en este torneo en concreto. Aunque sospecho de quién es la que resta, aunque solo sea por descarte. —Eran tan pocas las veces que decía mi nombre que este sonaba diferente en sus labios—. A diferencia de otros, no mendigo favores ni tratos por información sobre las pruebas.

Me estremecí al comprender que sí había alcanzado a escuchar mi conversación con Finnian.

—Selene y yo las compartimos al inicio de la maldición. Al igual que las que creó mi querido padre, las suyas ya han ocurrido en torneos anteriores. Las que faltaban para esta última competición

eran de las otras tres cortes restantes. Sospecho que la primera fue cosa de Umbra. Por lo que la segunda y tercera pruebas han sido diseñadas o bien por la Corte de las Llamas o por la Corte de las Tormentas.

—¿Tú no creaste las pruebas de tu corte?

—Yo todavía no era Guardián cuando ocurrió la maldición. Las pruebas las diseñó mi padre junto con sus consejeros, ninguno de los cuales continúa en el cargo.

Aquella información no me ayudaba demasiado, aunque pintaba a Callum bajo una luz inesperada. Orla ya me había explicado que él no llevaba demasiado tiempo al frente de su corte. A fin de cuentas, cien años eran apenas un suspiro para seres inmortales.

—¿Vas a decirme lo que quieres de mí?

—Que sobrevivas, principalmente.

—Si vas a mentirme, prefiero que no me contestes.

Él se encogió de hombros y no se molestó en negarlo.

—¿Por qué mataste a toda esa gente? —pregunté recordando sus palabras de hacía unos minutos.

No tenían nada que ver con nuestra actual conversación, pero no todos los días una tenía la oportunidad de preguntarle al monstruo por sus pecados. La curiosidad fue superior a mí. Me costaba imaginarme a alguien que me había ayudado en varias ocasiones matando a cientos de personas.

—Hice lo que tenía que hacer para proteger lo que es mío.

—Todo por tu corte, ¿no? Eso fue lo que dijiste en la laguna.

Los ojos negros de Callum me miraron durante lo que se sintió como un pequeño infinito.

—Todo por mi familia. Siempre.

La determinación de esa afirmación me hizo sentir vacía. No era miedo lo que sentía por el Guardián. Al menos no un miedo

inmediato. Sin embargo, sus palabras me hacían sentir extraña. Era algo que había visto en Finnian hacia su hermana también, a pesar de sus errores. Callum transmitía un amor tan feroz que hacía que convertirte en un monstruo no pareciera tan terrible.

Un zumbido metálico atravesó la fiesta. Pude sentir como Callum se tornaba rígido, despojado de toda la chulería que lo había acompañado hasta entonces.

—¿Por qué no lo he visto venir? —maldijo.

Me volví para ver qué ocurría, pero su gemido de sorpresa hizo que me saltaran todas las alarmas. Había comenzado a desvanecerse en el aire en un susurro de pequeñas galaxias que se fundían con la negrura eterna del palacio.

Me percaté entonces de que la música había dejado de sonar y miré a mi alrededor en busca de ayuda, pero todas las personas de la fiesta parecían estar experimentando algo similar. Sin poder hacer nada fui testigo de cómo una multitud de sombras se desvanecían contra la espesura de lo desconocido.

—Haz caso a tu poder. Nunca te fallará, no le tengas miedo —dijo, llamando mi atención justo a tiempo de ver como su figura desaparecía por completo.

Sobrevive, Tiniebla.

Sus últimas palabras fueron apenas un susurro contra mi mente. A lo lejos, la voz de brisa nocturna de la Dama de la Noche resonó en el espacio vacío.

—La tercera prueba ha comenzado.

CAPÍTULO XLII

Los demás vibraban con excitación. «Necios», pensó. No fue capaz de relajarse. El portal se convirtió en lo único importante.

El aire olía a buganvilla. Un aroma dulce y empalagoso que se pegó con ganas en la parte de atrás de mi garganta. Un leve zumbido cubría lo que, de otra manera, hubiera sido un silencio agradable. Intenté localizar la fuente del sonido, sin éxito.

El salón de baile no era más que un eco de lo que había sido apenas segundos atrás. Los restos de la fiesta yacían desperdigados por el suelo, pero no había ni rastro de una sola alma. Más allá de los ventanales, el crepúsculo destacaba contra el cielo nocturno. Era un verde ambiguo y sin estrellas.

Mis manos desenfundaron una daga y lancé mi magia hacia la estancia en busca de cualquier posible amenaza que aguardara entre las sombras. Mi poder y yo nos retorcimos en el aire hambrientos de respuestas. La magia en los dominios de la Dama se comportaba de manera extraña. Danzaba arbitraria y sin rumbo, trazando patrones imposibles de predecir y replicar.

Suspiré frustrada y me giré incómoda sobre mis pies ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Normalmente este era el momento en el que la Dama, o al menos su voz, hacía su aparición estelar. Y, aunque odiaba cada segundo que esa voz musical pasaba en mi cabeza, no pude evitar desear oírla. Al menos sabría qué hacer.

Ese insoportable zumbido se alejaba conforme yo más me acercaba al exterior. En teoría eso era lo que quería, alejarme del desagradable chirrido que me ponía los pelos de punta, pero mi poder protestó. Se amotinó haciendo aspavientos, así que decidí ceder y comencé a correr en busca del origen del zumbido.

Mis pasos resonaban contra el mármol, fundiéndose en la inmensidad del silencio. Mi puño se aferraba con fuerza a mi arma, preparada para defenderme o atacar, lo que ocurriera primero.

¿Era demasiado pedir que Levi apareciera al doblar la esquina?

Al parecer, los espíritus no estaban de mi parte porque solo el vacío me recibió al girar el pasillo en busca del sonido. Tanto Levi como Brann debían de estar cerca. Ambos habían estado presentes en la fiesta por lo que no podían andar demasiado lejos.

Un pulso de magia plateada captó mi atención. Una hebra fina del color de las estrellas centelleó de manera febril en la espesura de la noche. Apresuré el paso, siguiendo el delicado hilo a través del palacio. Me forcé a respirar por la nariz y acompasar mis latidos. Todas aquellas carreras con Cían habían dado sus frutos.

Estaba tan enfrascada en mis pensamientos que por poco no me di de bruces con la escalera que aguardaba a mis pies. Aquella hebra me había traído hasta los confines del palacio, hasta lo que parecía una amplia sala por debajo del nivel del suelo.

Una larga escalinata de mármol blanco descendía de manera elegante hasta una habitación ovalada. Las paredes eran curvas y lisas, con un brillo verde nacarado, como si una luz las iluminara desde dentro. El techo abovedado se perdía en las sombras, extendiéndose más allá de donde alcanzaba la vista.

La estancia estaba aparentemente vacía, salvo por un espejo de cuerpo entero y bordes plateados en el centro de esta, que parecía contener algo acuoso en su interior. Yo no me asustaba con

facilidad, pero aquel objeto emanaba un aura extraña. Daba la sensación de que estaba respirando, como si algo vivo aguardara al otro lado. Era como si una criatura serpenteara bajo el brillo del espejo. Con cada movimiento, las imágenes reflejadas se distorsionaban de manera distinta.

—Bienvenida, Susurro de la Noche, a la tercera y última prueba.

La voz de la Dama resonó contra el techo infinito, repitiéndose en un eco distorsionado. No pude evitar dar un salto, pero conseguí agarrarme a la barandilla para no perder el equilibrio. Si su objetivo era matarme de un susto casi lo había logrado.

Intenté localizar la figura luminosa y extrañamente familiar de la diosa de los espíritus. Aunque a esas alturas ya no estaba segura de qué era realmente la Dama, si un espíritu legendario o un demonio enviado para torturarnos. Si se encontraba allí conmigo, entonces no quería ser vista, porque solo el timbre melódico de su voz hacía constar su presencia.

—¿Dónde están los demás?

—Superar la tercera prueba es sencillo —continuó, ignorando mi pregunta—. Enfréntate a lo que aguarda al otro lado, supera los miedos del laberinto. Si lo consigues, estarás un paso más cerca de liberar el orbe del poder secuestrado.

Tenía la horrible sensación de que *el otro lado* estaba relacionado con el espeluznante espejo y su maldito zumbido, por lo que guardé distancia.

Mi reflejo me miraba con el ceño fruncido. Entrecerré los ojos, confusa. Algo no estaba bien. Mi yo del espejo iba vestida como yo, se movía como yo, pero había algo diferente en la imagen que el espejo proyectaba. Varias espirales negras, como llamas de humo y sombra, bailaban en mis brazos. No a su alrededor o sobre ellos,

sino tatuadas en mi piel. Era como una pequeña marea de sombras cambiantes, trazando surcos y ondas perezosas sobre mi cuerpo.

Miré hacia abajo, sacudiéndome, pero no había ni rastro de las curiosas sombras en mi piel. Las volutas de humo y noche solo estaban presentes en mi reflejo. Al otro lado.

—¿Qué brilla tanto que ciega el corazón más sensato, siendo lo primero y lo último, el origen de esta pesadilla? —La pregunta de la Dama me devolvió a la realidad—. Halla la respuesta a mi acertijo y liberarás el orbe de poder y mi obsequio personal para la corte ganadora. Y recuerda, Susurro de la Noche, el torneo no termina hasta que la noche se hace día y la magia vuelve a su ser.

Con aquellas últimas palabras la presencia de la Dama desapareció de la sala, dejando tras de sí la reverberación del acertijo y ese maldito zumbido.

Me puse en marcha, pues el objetivo estaba claro. Superar lo que fuera que aguardara al otro lado del espejo y llegar hasta la Dama con la respuesta a su acertijo. En un intento de retrasar lo inevitable me permití perder unos segundos para analizar su pregunta: «¿Qué brilla tanto que ciega el corazón más sensato, siendo lo primero y lo último, el origen de esta pesadilla?».

Al menos en algo estábamos de acuerdo. El torneo era una pesadilla. Me resultó extraño que la propia creadora se refiriera a él en esos términos, pero tampoco tenía tiempo ni ganas de intentar comprender los motivos de la Dama más allá de superar la prueba.

¿Una estrella? ¿Un espíritu? ¿La magia?

La pregunta era demasiado ambigua. Se me ocurrían varios conceptos que podían encajar en la descripción, pero algo me decía que la Dama escogería el más enrevesado de todos. ¿Tal vez precisamente por eso la opción más obvia sería la respuesta?

Tenía que haber algo que las conectara entre sí. Un elemento común que le diera significado a todas las opciones. La cabeza comenzó a dolerme. Esa era la clase de juego que habría adorado de pequeña. Solía pasarme horas tratando de descifrar adivinanzas que Artio proponía. Conforme me fui haciendo mayor, yo misma cogí el hábito de plantearme escenarios imposibles para intentar resolverlos. ¿Cómo robar un objeto guardado en una cárcel sin puertas ni ventanas? ¿Qué haría falta para descifrar un código inventado?

Extendí la mano hacia el espejo con el pulso sorprendentemente firme. Cuando las yemas de mis dedos rozaron la superficie, me sorprendió lo cálida que estaba. Fue como rozar el borde de una bañera humeante, adornada con sales y pétalos para un baño.

Un cosquilleo agradable me recorrió el antebrazo. Y, durante unos segundos, me pareció ver que las sombras de mi reflejo traspasaban la distancia, enroscándose en mi extremidad. Al pestañear, la ilusión había desaparecido.

Me acerqué al espejo y escuché con atención. El extraño zumbido que provenía de él parecía estar compuesto por palabras apenas inteligibles. Me permití cerrar los ojos para concentrarme. El corazón se me paró de golpe. No eran palabras distintas, sino una sola, repetida cientos de veces en un cántico rasposo y animal: *mi nombre*. El espejo estaba susurrando mi nombre, una y otra vez.

Mi instinto me decía que aquella no era una magia normal, había algo estanco en la vibración que emitía. Aun así, había llegado hasta allí por lo que no tenía sentido retrasar lo inevitable. Fuera lo que fuese lo que aguardaba en la inmensidad plateada del espejo, el final del torneo estaba allí.

Me armé de un valor que llevaba semanas resquebrajándose. Un valor que me había llevado a convertirme en ladrona del

Archipiélago. Un valor que venía de muchas decisiones estúpidas sin consecuencias y de la libertad que daba el no tener nada que perder. Salvo mi vida.

Tomé una bocanada de aire, como quien se prepara para sumergirse en el agua y me metí en el espejo en busca de la voz que susurraba mi nombre.

CAPÍTULO XLIII

No había un plano en el que ella no fuera suya. No había un universo en el que él no fuera de ella. No había una existencia en la que no la encontraría.

—Elara cariño, deja de forcejear, solo vas a hacer que te duela más.

La voz pausada de Nolan me recibió de lleno y tuve que pestañear varias veces para poder ubicarme. Estaba sentada en el suelo en medio de un cementerio, atada de pies y manos a un poste de madera rancia que sobresalía a los pies de una fosa profunda y vacía...

—¿Nolan? —gemí, confusa.

—Te lo preguntaré una última vez: ¿dónde están las joyas? No quiero hacerte daño. Cuanto antes me lo digas, antes acabará todo esto.

Miré incrédula el rostro sereno de Nolan. Durante el último año y medio, el contrabandista y yo habíamos mantenido una relación. Habían sido los meses más felices de mi vida. Lo que había comenzado como una atracción puramente física, se había convertido en algo que nunca había creído posible. Nolan era mi mejor amigo, mi confidente.

Era la única persona, además de Artio, que me animaba a compartir mis pensamientos y mis deseos. ¡Espíritus, era la única

persona que me había hecho sentir lo suficientemente segura como para permitirme tener deseos más allá de sobrevivir!

Por no hablar de que solo él y Artio sabían la realidad de las pesadillas que me perseguían por las noches cada vez que cerraba los ojos.

Una ráfaga de dolor me recorrió la espalda. Escuché el silbido del látigo cortando el aire de la bahía antes de sentir el impacto del cuero contra mi piel. Un grito estridente se me escapó de los labios.

Nolan ladeó la cabeza, látigo en mano, mientras observaba sin pestañear cómo me contorsionaba de dolor.

—Esperaba no tener que recurrir a esto, pero el tiempo se está agotando. Necesito la ubicación de las joyas, Elara. He sido paciente todos estos meses. Supuse que darte atención y follarte serían suficiente para hacer que compartieras esa información conmigo. Al fin y al cabo, estamos construyendo nuestro futuro juntos —dijo Nolan, imitando mi voz con desdén.

Otra ráfaga de latigazos me golpeó sin previo aviso. El dolor era lo único real. Lo único que me mantenía consciente en esos momentos. No había nada más que dolor.

—Es una lástima, tienes una espalda muy bonita. Tenías. Pero no puedo esperar más. No me has dejado alternativa. Está claro que el trasgo te ha enseñado bien, mis venenos no han surtido efecto. Si tuviera más tiempo me encantaría saber qué tomas para evitar que las pócimas de compulsión habitual no surtan efecto. Ahora bien, mi paciencia tiene un límite.

—¿Por qué haces esto? —conseguí preguntar entre jadeos.

—Esto es Nébula, cariño. La pregunta más adecuada es ¿por qué no hacerlo? El valor de esas joyas me va a solucionar la vida.

Otra nueva oleada de latigazos arremetió contra mi cuerpo. Nolan agitaba el látigo sin piedad.

—Vamos, Elara, no me obligues a hacer algo más drástico.

Ahogué una risa desencajada. Estaba sangrando de forma abundante. ¿Qué podía haber peor que eso? Había sido la primera vez que me unía así con alguien, la primera vez que lograba creer que la oscuridad no acabaría conmigo. Que tenía un futuro lejos del agujero que era el Archipiélago.

En realidad, estaba reservando ese dinero para el momento oportuno. Llevaba años ahorrando. Había logrado reunir un botín importante de joyas que planeaba vender para labrarme una vida en el continente. El único motivo por el que no le había revelado la información a Nolan era porque quería esperar a venderlas para sorprenderle con un billete para largarnos.

Lo tenía todo planeado. Estaba esperando a que llegara Ileam, un comerciante de joyas que no hacía muchas preguntas y compraba sin importar la procedencia. Ileam viajaba desde la Corte del Bosque un par de veces al año para hacer negocios en Nébula. En menos de tres semanas iba a vender las joyas, dejarle una parte importante a Artio y sorprender a Nolan con un pasaje y acomodaciones para ambos.

No sabía si reír o llorar.

Lo que sí sabía era que Nolan me mataría si no lograba salir de allí. No sabía con exactitud qué era lo que me había administrado. Había mencionado pócimas de compulsión. Mi mente confusa repasó lo que Artio me había enseñado sobre eso. Aunque existían un puñado de variedades, todas funcionaban de manera similar: anulaban la voluntad de la víctima y atenuaban su acceso a la magia. Desde que era niña Artio me hacía tomar una infusión de hojas de triaca molidas una vez a la semana, tal vez por eso sus venenos no habían terminado de funcionar.

Nolan era un Hadaës de la Corte de las Tormentas como yo. La supuesta impureza de nuestra sangre era algo que nos había unido, al principio. Su afinidad era al rayo, sin embargo, el control sobre sus poderes no era el mejor.

—¿Por qué?

—Porque sí. ¡Por todos los espíritus! Lo extraño es que haya conseguido engañarte todo este tiempo. Piénsalo, Elara, ¿quién iba a quererte a ti? Un monstruo capaz de hacer lo que hiciste. —Sacudió su cuerpo en un escalofrío exagerado—. Cuando me di cuenta de quién eras casi decidí abandonar el plan. Hay que tener tragaderas para estar con alguien que asesinó a más de cien personas con apenas cinco años. ¿Cuántos niños fueron? ¿Setenta? Yo todavía no vivía en Nébula cuando ocurrió, pero las noticias llegaron hasta las islas exteriores.

Las palabras de Nolan me hirieron más que cualquier latigazo. No solo porque estaba usando mi secreto más oscuro para atacarme, sino porque en el fondo sabía que tenía razón. Yo estaba podrida por dentro. La palabra «monstruo» no era suficiente para describirme. No importaba nada de lo que hiciera, nunca merecería una segunda oportunidad.

—No tengo todo el día.

—No importa lo que me hagas, no pienso decirte una mierda.

—Vaya, vaya, ¿así que ya no lloras por nuestro amor roto? Mejor, fingir que me importabas ha sido muy tedioso.

—¿Nada fue verdad, entonces?

—No todo fue mentira, Elara. ¿O es que acaso no lo hemos pasado bien estos meses? Pero, a efectos prácticos, no fuiste más que una herramienta y no me arrepiento de ello.

Busqué cualquier cosa a mi alrededor que pudiera servirme de ayuda mientras me centraba en que Nolan siguiera hablando.

Cuanto más tiempo pasara, más posibilidades tendría de recuperar mi magia.

—¿Cómo sabías lo de las joyas?

—Soy muy observador. Llevas años siendo una de las mejores ladronas del Archipiélago. Y, sin embargo, no has gastado nada de lo que has vendido. Solo había que hacer cuentas y prestar atención.

—Soy la mejor. No una de las mejores.

Nolan me miró con los ojos entornados mientras se agachaba a mi altura. Me agarró la barbilla con fuerza, jalando sin miramientos para que nuestras caras estuvieran a escasos centímetros. Sin dejar de mirarme, Nolan extendió su lengua y lamió con gusto uno de los goterones de sangre que caían de mi sien.

—Lo que vas a ser es la ladrona más muerta como no empieces a cantar —murmuró contra mi cabeza—. Sigues estando deliciosa para ser una asesina.

Tuve que contener las ganas de vomitar. No podía creer que hubiera dejado que ese hombre me tocara. Con toda la fuerza de que fui capaz, que no era mucha en mi estado, estampé mi cabeza contra su nariz. Nolan gritó de dolor a pesar de que ni siquiera le había roto el cartílago. Aproveché la confusión para escupirle a la cara.

Su mano salió disparada hacia mi mejilla y me propinó una bofetada que me dejó sin visión durante unos segundos. Sentí el ardor de la electricidad de su magia quemándome la piel. Me pitaban los oídos y estaba bastante segura de que tenía la nariz y un pómulo rotos. La sangre me caía con fuerza, tenía la boca llena de un sabor metálico.

—Zorra de mierda.

—Como me vuelvas a poner una mano encima, te mato.

—¿Sabes qué, Elara? Estoy cansado de juegos. Está claro que solo hay una cosa que funcione contigo. He intentado evitarlo a toda costa, pero visto lo visto no me dejas más remedio. Dime dónde están las joyas o me cargo a Artio.

Se me paró el corazón.

—No metas a Artio en todo esto.

—Lo has metido tú. Tienes veinte segundos o mi siguiente movimiento será arrastrar al trasgo hasta aquí y despellejarlo hebra a hebra hasta que hables.

No lo pensé dos veces. Sabía que Nolan no iba de farol. Si solo era mi vida lo que estaba en juego, podía arriesgarme, pero nada era más importante que Artio.

—Están en casa de Roan. En la cuarta habitación del segundo piso. Es donde lleva a cabo sus interrogatorios. Una de las baldosas de la pared del fondo está suelta y guardo allí mis cosas.

—¿Él lo sabe?

—Sabe que guardo algo en su caja fuerte, para eso le pago un porcentaje de mis ganancias. Pero no sabe que mi verdadero dinero está tres pisos más arriba.

—Chica lista. Esconderlo a plena vista en el último lugar en el que nadie iría a husmear y tan frecuentado que el olor de sangre y vísceras es suficiente para camuflar tus idas y venidas. Estoy impresionado.

Me importaba una mierda que estuviera impresionado. Sabía de sobra lo buen escondite que era, por eso lo había escogido. También sabía que no tenía sentido mentir a Nolan.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo. Tienes mi palabra de que no le pasará nada a tu mentor.

Fruncí el ceño, la cabeza comenzó a dolerme, pero era un dolor diferente que no tenía nada que ver con mis heridas. Tuve la extraña

sensación de que ya había oído esas palabras antes y, aunque fuera imposible, supe con seguridad qué era lo que Nolan iba a hacer a continuación.

—Si me has mentido, llegaré antes de que se llene por completo y entonces desearás que no hubiera llegado a tiempo. Si decías la verdad, entonces espero que tu final sea rápido. Aunque la verdad es que no estaré aquí para comprobarlo.

—¡Nolan, espera!

—Adiós, Elara, te deseo más suerte en tu próxima vida.

No tuve tiempo de reaccionar, tampoco de gritar. Nolan usó uno de sus rayos para atacarme con una fuerte descarga que impulsó mi cuerpo, quemando las ataduras y lanzándome hasta el fondo de una fosa cercana. La descarga me dejó inmóvil, incapaz de hacer que mi cuerpo reaccionara. Antes de que recobrara la habilidad de respirar, la arena comenzó a caer sobre mí. No podía tomar aire. Solo podía observar. Los granos de arena nublaban mi campo de visión y se me metían por la nariz. Mi cuerpo permanecía inmóvil y yo sabía con una certeza absoluta que iba a morir.

A lo lejos alguien gritaba mi nombre.

Quería gritar, chillar, patalear. Sin embargo, las piernas no me respondieron. La mueca satisfecha de Nolan se había quedado grabada en mi mente y yo solo quería arrancarla a arañazos de mi cabeza.

Nolan había decidido traicionar todos nuestros sueños. Todo nuestro esfuerzo. Había decidido agarrar la libertad y no soltarla. Aunque eso significara dejarme atrás. Algo dentro de mí buscaba desesperadamente una explicación que lo exonerara. No era posible que me hubiera traicionado. El hombre que yo había conocido era bueno. Cariñoso. No era un mentiroso. No era capaz de hacer las cosas que ese nuevo Nolan me había hecho.

El peso sofocante de la tierra empezó a ahogarme. Con cada segundo que pasaba, la estrecha caja en la que me encontraba se iba llenando más y más.

Lejos, demasiado lejos, alguien volvió a gritar mi nombre.

Moriría allí, sola y olvidada. Artio no sabría qué me había pasado. Nadie vendría en mi búsqueda. Lágrimas silenciosas se mezclaron con la tierra que cubría mi rostro. Con un sollozo interno, me preparé para que llegara el final. Aunque no podía moverme, podía notar mi cuerpo temblando. Resistiendo.



A lo lejos, un pitido ensordecedor se repetía sin pausa. Un dolor extraño en la cabeza volvió a golpearme. Y, entonces, todo cobró sentido: aquello no era real. Lo había sido, pero ahora no era más que un recuerdo, una pesadilla.

Algo plateado comenzó a brillar a escasos centímetros de mi mano. En esos momentos no entendía nada, pero la certeza de que la realidad esperaba al otro lado de ese brillo era lo único que sabía con seguridad.

Sacando fuerzas de flaqueza, acaricié el brillo con las yemas y el mundo estalló en una maraña de plata y buganvilla. Me materialicé al otro lado del portal tosiendo con la sensación de estar impregnada de sangre. Caí de bruces contra la pared salvaje de una enredadera. Una ráfaga repentina de viento helado me hizo tambalear, y empecé a tiritar bajo la fina tela de mi vestido. No había rastro de las heridas infligidas por Nolan.

Cruzar el espejo me había llevado de vuelta a uno de mis peores recuerdos. ¿Qué habría ocurrido si no me hubiera dado cuenta de

que no era real? ¿Lo era acaso el lugar en el que me encontraba ahora?

A ese lado del espejo, mi nombre se oía con más claridad en el aire. Parecía venir de todas direcciones.

Eché un vistazo a lo que me rodeaba, confusa ante la brevedad del espacio. Tan pequeño que resultaba hasta claustrofóbico. Las enredaderas cubrían paredes de piedra negra tan altas que se fundían con el negro jade de la noche. Un viento hostil recorría las decenas de pasillos que aguardaban expectantes. A mis pies, una niebla verdosa y espesa impedía vislumbrar el suelo.

El susurro de la Dama de la Noche volvió a mi memoria: *un laberinto*. En algún otro momento, en otra vida, me habría reído ante la poca originalidad de la situación. Por supuesto que la prueba final era un puñetero laberinto.

Una ráfaga repentina engrandeció el quejido que llevaba mi nombre. Mi poder se encogió, serpenteando a través de mis extremidades y amenazando con estallar bajo mi piel. Por primera vez en mucho tiempo, mi magia y la oscuridad rugían presas del mismo descontrol. Ávidas por terminar, de una vez por todas, con el torneo.

El grito provenía del oeste, así que comencé a correr en esa dirección. Extendí un brazo hacia delante mientras con el otro aferraba mi daga como si me fuera la vida en ello. El olor a buganvilla era tan fuerte que me resultaba difícil respirar sin dificultad.

Con la mano que tenía libre, recorrí las paredes repletas de vegetación. De aquella manera podría notar si aparecía un callejón sin salida o cuándo estaba a punto de darme de bruces con una esquina.

Mi nombre seguía resonando. Y con cada sílaba gritada contra la noche, mi poder se ponía más nervioso. Tuve que esforzarme sobremanera para que no me consumiera. Era como si el laberinto estuviera afinado al ritmo de esa parte de mí que siempre mantenía atada y pretendiera liberarla.

Cada vez estaba más cerca. Podía sentirlo en los pies, en el pecho. El sonido de mi nombre me palpitaba en los oídos y, repetido tantas veces, se me antojaba ajeno. Conforme la distancia se hacía más corta, más frenético se volvía mi avance. Había algo familiar en la voz que gritaba mi nombre, pero no era capaz de distinguirlo. Todos mis sentidos, salvo el oído estaban como anulados.

Como loca busqué un hueco en la pared con las manos. Mandé esquirlas de mi poder en busca de un agujero en la piedra, de algún lugar por el que pudiera colarme. Nada, no había nada.

Las palabras de la Dama y su acertijo se repetían en bucle en mi cabeza, mezclándose con el desconcierto de mi nombre. Con cada paso apresurado me acercaba más hacia aquel sonido. Sin embargo, todo carecía de sentido. El tiempo era algo que no existía, podrían haber pasado segundos, o años, y yo no habría sido consciente de ello. Solo existía mi poder y el pulso de mi nombre atrayéndolo como el canto de una sirena.

Todo se volvió ensordecedor, tanto que sentí que, si no lograba encontrarlo, yo misma olvidaría el significado de mi nombre. Este quedaría perdido en el laberinto, atrapado entre los gritos. Y, entonces, mi mano dejó de palpar la pared.

Derrapé al frenar, a punto de caerme. Al otro lado del banco de niebla, al doblar la esquina, no había muros ni vegetación que me separaran del sonido. Avancé con paso más firme del que hubiera cabido esperar. Usé mi poder para suspender dos dagas en el aire mientras asía con fuerza otras dos, una en cada mano.

—Cuantas más dagas mejor —susurró una voz familiar.

Nada podía prepararme para lo que aguardaba al otro lado. Cinco cuerpos ocupaban el centro del laberinto. Cuatro de ellos a los lados, emparejados, de los cuales dos emitían sollozos y los otros dos peleaban en una cruenta batalla.

En el centro, una quinta persona aguardaba paciente con una espada apoyada en el suelo. A su espalda, una réplica idéntica del espejo por el que había entrado al laberinto brillaba reflejando la pálida luz de la Verdeluna.

Mi cuerpo se puso rígido. Y, por imposible que fuera, me forcé a mirar a la cara a esa presencia, en la que había unos ojos color verde esmeralda que conocía bien.

—Ya iba siendo hora. Te esperábamos —dijo la voz que había estado gritando mi nombre. Una voz suave y segura que conocía demasiado bien.

Mi voz.

CAPÍTULO XLIV

El silencio –decidió– era la peor parte. El silencio antes de su voz rota. El silencio después de cada una de sus lágrimas.

—¿Quién eres?

La absurdidad de la pregunta supo amarga en mis labios. Mi doble estrechó las comisuras en una sonrisa desafiante, aparentemente estaba de acuerdo conmigo.

—¿No es obvio? —preguntó, inclinando la cabeza y balanceando la espada de lado a lado, sin prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Lo cierto es que sí que era obvio. Pero también imposible. Estudié mi reflejo hecho carne con curiosidad. Todo en nosotras era igual, a excepción de las sombras negras que adornaban su piel.

—Bonitos tatuajes, ¿son nuevos? —pregunté en un intento de ganar tiempo.

—¿Te gustan? Puede que tú te empeñes en ocultar nuestra naturaleza, pero yo estoy bastante cansada de contenerme. Es increíble lo que se consigue cuando dejas de ser una cobarde.

—Si tú lo dices.

—Acércate y te lo enseño —respondió mi clon con gesto de inocencia.

—¿Se supone que tengo que derrotarte?

—Puedes intentarlo.

Utilicé mi poder para enviar una daga directa a su pecho. El arma surcó el aire a gran velocidad, directa hacia el objetivo. Lejos de impactar contra ella, quedó suspendida en el vacío a apenas unos centímetros. Maldije por lo bajo al ver como el arma se giraba lentamente en mi dirección. Mi reflejo ladeó la cabeza con expresión divertida.

—Muy mono el truquito. Yo también me lo sé. ¿Quieres verlo?

Antes de que terminara de hablar, la cuchilla se abalanzó hacia mí, estaba vez cubierta de unas volutas negras. Lancé mi poder hacia ella para pararla, pero la vibración del objeto había cambiado, ya no era la misma que conocía como la palma de mi mano. Sus ondas eran distintas, casi viscosas. Confusa, observé cómo mi poder fallaba de manera estrepitosa, sin conseguir frenar el avance de la daga. Apenas tuve tiempo de agacharme y esquivarla.

Mi reflejo estalló en carcajadas. Al parecer, encantada ante mi incompetencia. En mi interior mi oscuridad se arremolinó cabreada. ¿Qué demonios había sido eso?

—Si quieres jugar, podemos jugar. Pero te advierto que no serás capaz de pillarme por sorpresa. A fin de cuentas, conozco todas tus artimañas.

Me arrastré a través del suelo antes de volver a levantarme. Su tiro había impactado contra un árbol cercano, pero no quería darle la espalda. Comencé a rodear a mi reflejo. Necesitaba tiempo para que se me ocurriera un plan y para entender lo que estaba pasando. Así que comencé a hablar.

—¿Quién eres?

—¿Esa pregunta otra vez? ¡Qué aburrida eres! Y que poco original. Además, Elara, ya sabes la respuesta.

—Entonces dime qué es esa tinta negra que hay en tus brazos. La misma que envolvía la daga que me has lanzado.

—Yo no te he lanzado nada. Solo me defendía. Además, creía que había dejado claro que no me interesan las preguntas de las que ya sabes la respuesta. Al final, mi poder es el mismo que el tuyo. La única diferencia es que yo soy lo suficientemente fuerte como para atreverme a usarlo.

Mientras hablaba me permití desviar la mirada para observar a las otras cuatro figuras que ocupaban el centro del laberinto. A mi izquierda, Brann y un hombre igual de corpulento que él estaban enfrascados en una pelea salvaje. Sus espadas chocaban y centelleaban haciendo temblar la mismísima tierra con cada impacto.

El hombre con el que Brann peleaba me resultó tremendamente familiar, no porque lo hubiera visto nunca antes, sino porque había algo en él que me dijo quién era sin conocerlo. Hombros anchos, mirada fría y penetrante, dos cuernos curvos en la parte superior de la cabeza. Estaba segura de que aquel hombre era el padre de Brann. Alguien que, si lo que Umbra había dicho en la fiesta era cierto, debería estar muerto.

Brann enfrentaba cada golpe y cada ataque de su padre con una violencia extrema. Sin embargo, me pareció ver que amplios regueros de lágrimas cubrían sus mejillas. Su padre no paraba de gritar cosas que solo él alcanzaba a oír.

A la derecha, Levi lloraba arrodillado en el suelo. En sus brazos, una figura delicada y pequeña se mantenía inmóvil. Se me encogió el corazón al ver como mi amigo se mecía hacia delante y atrás, acunando el cuerpo sin vida de una niña que no podía tener ni diez años.

Lágrimas oscuras recorrían su rostro. Y, aunque no podía oírlo, pude ver como su cara se contorsionaba en lamentos y sollozos terribles. La historia sobre la imagen que lo atormentaba al mirar a la Dama de la Noche cobró más sentido que nunca, pues estaba

segura de que sus brazos temblorosos protegían, después de muerta, a su hermana no nacida.

—Levi —murmuré sin darme cuenta de que había comenzado a andar hacia él.

—No te escuchará. Ninguno de ellos lo hará. Aquí solo puedo oírte yo —interrumpió mi doble.

—Qué suerte la mía.

—Veo que sigues tan ciega como siempre. Tan fácil de romper y manipular.

—No sabes de qué estás hablando.

—Somos la misma persona, Elara. Puedes intentar engañar a todos los demás. Pero no hay nada que puedas hacer para ocultarme algo a mí.

—No tengo nada que ocultar.

—Las dos sabemos que eso no es verdad. De hecho, soy la única persona en toda Lyssandria que sabe perfectamente cómo eres. Soy la única que sabe lo que se esconde bajo tu fachada. Soy la única que sabe lo que ocurrió aquel día. Lo que hiciste. Lo que volverías a hacer si no fueras una puñetera cobarde. En serio, ¿cuándo vas a superarlo? Mataste a un puñado de críos mugrientos que no le importaban a nadie y, en lugar de aprovechar el poder que te permite hacer eso, ¿decides esconderlo? —Mi clon negó con la cabeza antes de canturrear su siguiente insulto—: Cobarde.

Sabía que solo quería provocarme, pero eso no hizo que soportar sus palabras fuera más sencillo. Fragmentos de las pesadillas que me asolaban de noche comenzaron a pasar desordenados por delante de mis ojos: gente chillando, la oscuridad quemando mi cuerpo, y ese dolor profundo del que todavía no había conseguido escapar. Apreté los dientes y sacudí con fuerza la cabeza. Mi reflejo sonreía de oreja a oreja, encantada ante mi reacción.

—Aunque tal vez esté equivocada, creo que había otra persona que también lo sabía. ¿Cómo acabó eso?

—Cállate —escupí, fulminándola con la mirada.

—Las dos sabemos la respuesta: sola. Me pregunto qué estará haciendo él ahora, después de haberte utilizado. ¿Crees que sabía lo podridas que estamos por dentro desde el principio? ¿O, tal vez, lo descubrió más tarde, y fue eso lo que hizo que te traicionara?

—Cierra la maldita boca.

—¿Un tema peliagudo? La verdad es que lo entiendo, no tiene que ser fácil que la única persona a la que le mostraste cómo eres de verdad decidiera dejarte tirada. ¡Y utilizándote de esa manera!

—¡Cállate!

—Pero eso no es lo que más duele, ¿verdad? Lo que más te jode es que, en el fondo, sabes que te lo merecías. A fin de cuentas, ¿quién iba a quedarse después de descubrir tus secretos más oscuros? ¿Quién podría querer a una asesina?

Al oírla estallé en una vorágine de poder y destrucción en dirección a mi reflejo. Mi doble me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa asesina.

Nuestras armas impactaron con fuerza. Anclé mis pies en el sitio usando mi poder, para conseguir resistir la embestida, pero ambas retrocedimos hacia atrás mientras nuestras botas chirriaban contra el suelo. No le di tiempo para que se recuperara. Cargué contra ella a la vez que las ondas de mi magia se enroscaban en sus tobillos, inmovilizándola. Aproveché su confusión para hundir una daga en su pecho, seguida de una patada para asegurarme de que no se levantaría.

Observé, con la respiración agitada, como su cuerpo se desplomaba a escasos metros, pero, antes de que tocara el suelo, un alarido de dolor atravesó mi garganta. Me llevé las manos al

pecho, en el que, inexplicablemente, una herida fea y profunda había comenzado a sangrar. Una herida como la que yo acababa de hacerle a mi reflejo.

A mi lado, Brann continuaba enfrascado en su particular batalla, mientras que Levi seguía llorando. Sin mirar, utilicé mi poder para recuperar mis armas mientras comenzaba a andar hacia mi amigo sin dejar de ejercer presión sobre la herida.

—¿Ya te vas? Pero si acabamos de empezar —musitó entre pucheros fingidos la voz de mi reflejo.

¿Cómo demonios seguía con vida? Me giré de inmediato, justo a tiempo de esquivar una estocada que iba directa a mi yugular. Le devolví el golpe con mi mano libre. Mi doble estaba cubierta de sangre, pero la neblina negra de su piel revoloteaba al alrededor del corte, sanando sus heridas de manera inexplicable.

Sentí un hormigueo en mi propio cuerpo. Al bajar la cabeza, comprobé que mi lesión también se estaba cerrando. No tuve tiempo de pensar más en ello, porque, con una sonrisa diabólica, mi reflejo se lanzó a por mí y volvimos a enfrascarnos en una pelea tortuosa.

Al principio me alegré de poder adivinar todos sus movimientos, al fin y al cabo, eran los míos. Pero lo que en un inicio me había parecido una ventaja se volvió insoportable, porque para ella era igual.

—Oh, vamos, Elara. ¿Esto es todo lo que sabes hacer? Deja que la oscuridad salga a jugar y así podremos divertirnos de verdad.

Mi oscuridad arañaba mi interior, suplicando que la dejara salir para arrasar con todo lo que supusiera una amenaza para nosotras. Tuve que usar todas mis fuerzas para mantenerla a raya. Hacía mucho tiempo que había jurado que no me dejaría consumir por ese poder nunca más.

De vez en cuando, una de mis estocadas daba de lleno en su objetivo, cortando carne y músculo. Casi de manera inmediata, una herida idéntica aparecía en mi propio cuerpo, pero el extraño poder que rodeaba al espejo curaba las heridas en segundos. Por el contrario, las heridas que mi reflejo conseguía crear no aparecían duplicadas en su carne.

Mi reflejo arremetió sobre mi hombro izquierdo, arrancándome un alarido de dolor y rabia. Me deshice de su arma de un tirón, pero otra había aparecido como por arte de magia entre sus manos. Tuve que gastar parte de mi concentración alrededor de la herida, presionando con fuerza en un intento de contener la hemorragia.

Si no podía herir a mi reflejo, ¿cómo iba a derrotarla?

Las volutas de tinta que cubrían la piel de mi reflejo comenzaron a crecer, saliendo a explorar fuera de su burbuja, directas en mi dirección. Envié la magia de las Tormentas a su encuentro. Nuestros poderes impactaron en un estallido de chispa y vacío que resonó contra las profundidades del laberinto.

—¡Qué mono! Imagínate lo que podrías hacer si dejaras de tenerte miedo a ti misma.

—No sé de qué narices estás hablando.

—Supongo que no. Es una lástima, podríamos haber hecho grandes cosas juntas, pero no tengo paciencia para la debilidad. Si no eres capaz de superarme, tal vez no seas quien ellos creen que eres. Llevan mucho tiempo esperándote, los pobres se van a llevar una decepción cuando descubran que no eres la indicada. De todos modos, no me sorprende, lo único interesante que hay en ti es tu sangre.

Pequeñas grietas comenzaron a aparecer en mis escudos. Desesperada, escaneé el espacio que me rodeaba en busca de una solución. En el fondo, una parte de mí sabía que, si liberaba mi

oscuridad, todo habría terminado. Pero también era consciente de que no sería capaz de contenerla: acabaría con el laberinto entero y todo lo que hubiera en su interior.

—¿Quién demonios eres? —gruñí entre dientes mientras paraba el golpe de su espada al tiempo que mi escudo se disolvía en una nube de polvo.

—Otra vez con las preguntas inútiles. Sabes de dónde vengo. Sabes quién soy. Lo que de verdad tendrías que preguntarte es ¿por qué no te atreves a ser como yo? Este mundo lleva siglos renegando de las personas como nosotras porque nos tienen miedo.

No entendía ni una palabra de lo que salía por su boca, pero algo de lo que dijo hizo que una idea comenzara a tomar forma en mi cabeza. Tal vez no podía acabar con ella, pero sí con su lugar de origen.

—Hablas demasiado.

Golpeé su espalda con mi bota, obligándola a retroceder. Aproveché su pérdida de equilibrio para clavar una daga en uno de sus brazos levantados. La sangre comenzó a brotar por mi propia piel.

—Y tú no aprendes —respondió ella con desgana.

El reflejo dejó caer la espada con desdén mientras se tambaleaba hacia delante. Mis ojos me miraron envueltos en una neblina de rencor y asco que no debería haberme parecido tan familiar. Su poder negro y viscoso me sujetó ambas piernas, tirando con fuerza para mandarme de bruces al suelo.

—¡Ay, Elara! —se lamentó mi reflejo mientras hundía un dedo en una de mis heridas. Con la punta de la lengua lamió una gota de mi sangre—. La verdad es que entiendo la obsesión de las bestias, el sabor es embriagador. Lástima que ninguna de sus criaturas haya logrado terminar el trabajo.

Mi reflejo consiguió sujetarme ambas muñecas con aquellos tentáculos ennegrecidos. Con una sonrisa burlona, recogió la espada que había quedado olvidada y comenzó a andar con ella en alto. Yo solo necesitaba que se acercara un poco más. Mi plan no tenía garantías, pero me había quedado sin opciones.

Justo cuando apenas nos separaba tan solo un suspiro aproveché mi última baza. Disparé todo el poder que me quedaba dentro: viento, aire y marea. Ondas teñidas del eco de esa oscuridad profunda que luchaba por salir. Mi reflejo lo esquivó con un movimiento fluido y una sonrisa socarrona, pero no me importó.

—Fallaste.

—¿Tú crees?

En realidad, mi golpe impactó justo en el centro de mi objetivo. El cristal del espejo que aguardaba en el fondo del claro se rompió en un estallido de tormenta y pesadilla. Un estallido que se unió a los gritos desordenados de mi reflejo. Los añicos rotos de sus restos implosionaron con un estruendo metálico.

Durante unos instantes no vi nada, solo luz plateada y cristal. Para cuando pude volver a ver con claridad, solo quedábamos tres personas en el laberinto. Mi reflejo había desaparecido, y, con él, el cuerpo de la hermana de Levi y la figura oscura del padre de Brann. Me permití suspirar aliviada. Aunque solo fuera durante un segundo.

—¿Elara? —me llamó la voz de Levi algo confusa.

Corrí en su dirección y me arrodillé a su lado con piernas temblorosas. Estaba cubierta de sangre y mis heridas sufrían con cada movimiento.

—Estás sangrando.

—No es grave —murmuré.

Tendí una mano en su dirección para levantarlo del suelo. Levi no dudó en aceptarla.

—¿Qué ha pasado?

—La versión corta es que he roto el espejo —expliqué tirando de él.

—Te encanta romper cosas. —Su broma sonó vacía.

—¡Menuda fama tengo!

Levi ahogó una risa atragantada y pasó una mano mugrienta por su cara para limpiar los restos de lágrimas negras. Su sonrisa se quebró y vi como los puños de mi amigo temblaban de rabia.

—Elara, mi hermana —susurró con un sollozo.

El espejo nos había puesto delante nuestras mayores pesadillas. No había nada que yo temiera más que lo que habitaba en mi interior. Y, en el caso de Levi, no había mayor miedo que el de sentirse responsable por la pérdida de su familia.

—Ya lo sé, Levi. Lo siento muchísimo. —Lo abracé con fuerza, a pesar de que estaba desentrenada en eso de dar consuelo. No me di cuenta de lo mucho que necesitaba aquello hasta que él me devolvió el abrazo.

—No era real. No creo que estuviera realmente aquí. Creo que la magia del espejo nos ha jugado una mala pasada —susurré contra su hombro.

—Lo parecía —dijo entre sollozos contenidos—. Solo repetía mi nombre sin parar. ¿Cómo es posible que supiera que era su voz incluso antes de verla? ¿Cómo es posible si nunca tuve la suerte de escucharla?

Me despegué un poco hasta poder mirarlo a la cara. Limpié las lágrimas que habían regresado a sus mejillas con el dorso de mis manos. A Levi no pareció importarle lo sucias que estaban.

—Todo fue mi culpa —confesó bajito.

Mis propios ojos se llenaron de lágrimas al ver el dolor reflejado en mi amigo. Incapaz de encontrar palabras de ayuda, me limité a

apretarle la mano con fuerza. Un recordatorio de que no estaba solo. Levi me devolvió el apretón y no me soltó. No sé cuánto tiempo pasamos en silencio, pero no fue suficiente y, aun así, ambos éramos conscientes de que la tercera prueba aún no había terminado.

—Esta prueba ha sido cruel hasta para ellos. Para que luego digan que los de la Corte de las Sombras somos los que no tenemos escrúpulos.

El corazón comenzó a latirme de manera descontrolada.

—¿Sabes quién diseñó esta prueba? —pregunté sin estar segura de querer conocer la respuesta.

—No con total seguridad, pero sospecho que esta pesadilla en particular es cosa de la única corte que podría haberte ayudado —respondió sombrío—. Que no quisieran decírnoslo al resto, pase, pero que te haya hecho esto a ti..., su propia campeona. Tú habrás roto el espejo, Elara, pero si sobrevivo pienso romperle la cara a Finnian.

No me dio tiempo a lamentarme, sin previo aviso noté una puñalada en el pecho que me cortó la respiración. El inicio de una maldición murió en mi garganta, seguido de un dolor como jamás había sentido que me inundó como un torrente de electricidad. Miré hacia abajo desorientada y encontré una raíz enorme asomando desde mis costillas.

—Te dije que te mataría, escoria Hadaës —gruñó con un silbido satisfecho Brann desde algún lugar que yo no alcanzaba a ver.

Apenas fui consciente de lo que ocurrió a continuación. La raíz abandonó mi cuerpo de forma tan inesperada como había llegado. La sangre comenzó a brotar a raudales y mi respiración se volvió laboriosa. Levi me miró con ojos horrorizados antes de estallar en un murmullo de llamas azules y volutas de humo.

No tuve tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo. Levi había desaparecido y en su lugar había una bestia alada. Un ser a medio camino entre una serpiente y un águila. Una criatura que todo Lyssandria creía extinguida y que yo solo había visto en ilustraciones: un Dracano.

Levi era un Dracano.

Su cuerpo estaba cubierto de escamas azules que parecían plumas. Sus enormes fauces se abrieron emitiendo un rugido escalofriante que reverberó contra el laberinto. Sus poderosas garras lo impulsaban bajo la Verdeluna, directo hacia Brann, quien sonrió como si lo hubiera estado esperando. Algo en esa sonrisa despiadada me provocó un escalofrío y cuando vi la punta negra de su espada lo supe.

Brann sabía la verdadera naturaleza de Levi y había venido preparado para acabar con él. No me hizo falta esperar a ver qué ocurría para saber que aquella sustancia negra que resplandecía sin piedad era un veneno diseñado para matar a mi amigo.

Raíces como la que me había atravesado el pecho surcaron el claro hasta enroscarse alrededor de las alas de Levi. El Dracano se desprendió de ellas sin esfuerzo y, con un movimiento de su cola, tiró de bruces a Brann contra el muro del laberinto. Sin embargo, un rugido de sorpresa y dolor abandonó su boca y, con ojos vidriosos, observé cómo arrancaba la espada de su costado.

La vida se escapaba de entre mis dedos. Y, si moría, no podría ayudar a Levi. Apenas me quedaba energía para usar mi poder, pero me obligué a apretar los dientes mientras dirigía mi don hacia la profunda herida para taponar el sangrado y regalarle así unos minutos más en la pelea.

Levi rugía y gruñía golpeando con todas sus fuerzas a su oponente. Por su parte, Brann esquivaba a duras penas las fauces

del Dracano y aprovechaba cualquier oportunidad para clavar el filo envenenado de su espada en su cuerpo escamado.

Desde mi posición lancé varias ráfagas de viento en dirección a Brann, encantada al oír el rugido de dolor que profirió cuando una de ellas hizo que resbalara. Levi aprovechó la distracción para cerrar sus fauces alrededor del torso de Brann.

Observé con una sonrisa de satisfacción como la boca de Brann dibujaba una mueca de sorpresa. En un último intento por sobrevivir, hundió su espada en el cuello de Levi y, aunque no lo atravesó por completo, fue suficiente para ser lanzado lejos antes de desplomarse.

Ambos yacían tendidos en el suelo. Brann respiraba agitadamente, con la sangre brotando de su boca y sus oídos y una herida fea y profunda en su costado. Desde mi posición podía oír como su corazón intentaba sobrevivir, pero no había nada que hacer. Aquella herida era mortal y el laberinto parecía estar de acuerdo.

Una niebla verde comenzó a formarse en la base de los setos y enredaderas. Una niebla que no presagiaba nada bueno y que comenzó a acechar el cuerpo casi sin vida de Brann.

—Él viene a por ti, Elara, a por todos vosotros, y no podrás hacer nada para detenerlo —dijo a duras penas antes de que su pecho dejara de moverse.

Segundos después su mirada quedó perdida en algún lugar del firmamento. Su cuerpo se hundió en la niebla verde, pero no me quedé para ver cómo el laberinto lo reclamaba. Avancé con piernas temblorosas hasta llegar a Levi, que seguía en su forma de Dracano tambaleándose y cubierto de sangre.

—¿Levi? —Mi voz sonó infantil.

En un abrir y cerrar de ojos volvió a su forma de Fae envuelto en sombras. Llegué a tiempo de sujetarlo entre mis brazos antes de que

cayera al suelo. Respiraba con dificultad y una herida grande y profunda le surcaba el cuello. Sangraba mucho, demasiado y, aun así, intentó hablar.

—Sssh, sssh, no hables. Intenta no moverte. Todo va a estar bien, te lo prometo.

La neblina verde volvió su atención hacia donde nos encontrábamos y supe que, si no me daba prisa, el laberinto también se llevaría a Levi. Entre el pánico y la ansiedad, el recuerdo de la magia curativa de Oraz me abordó. La sentí dentro de mí. No entendí lo que ocurrió a continuación, me limité a dejar que la escarcha se metiera en mis venas, haciendo vibrar mi poder de una manera nueva y desconocida. Y, sin saber qué otra cosa hacer, cerré los ojos y dirigí aquella sensación extraña hacia el cuerpo de mi amigo.

Cuando volví a abrir los ojos, las heridas de Levi estaban suspendidas en un momento infinito. Por imposible que fuera, estaban cubiertas de una fina capa congelada que pulsaba con la magia de la Corte de las Olas. Decidí que, en aquel momento, entender lo que acababa de ocurrir no era necesario. Lo importante era que Levi seguía respirando y que la neblina verde nos había abandonado a ambos.

Miré la herida de mi costado e intenté replicar la magia que acababa de usar para salvar a mi amigo, pero nada sucedió. Entonces, un zumbido estalló en el fondo del claro. El sitio en el que había estado el espejo pulsó con la intensidad de un portal. En su interior una luz plateada reclamaba mi atención. La tercera prueba todavía no había acabado.

No quería dejar a Levi allí solo. Pero sabía que nadie lo ayudaría hasta que la prueba no terminara. No miré atrás, arrastrando los pies y con las pocas armas que aún tenía, me encaminé hacia el

portal sin pensarlo. Desde el otro lado, una voz me llamó por mi nombre.

—Pequeña Ela, te estábamos esperando.

Se me erizó el vello de la nuca, pues esa voz no tenía ningún sentido. Solo había una persona en el mundo entero que me llamara así.

Atravesé la luz del portal con un nudo en la garganta. La Dama de la Noche aguardaba con los brazos extendidos, en el centro de un amplio claro. A su lado, cinco figuras prácticamente inmóviles me observaban con recelo.

La presencia de otros cientos de ojos sobre mí se hizo notar. Espíritus perdidos entre las sombras susurraron ante mi llegada. Entonces, mis ojos repararon en una figura pequeña a los pies de la Dama. Una figura que debería estar a cientos de kilómetros de distancia. Una figura que, sin importar la edad que tuviera, seguía refiriéndose a mí como «pequeña Ela».

Artio.

CAPÍTULO XLV

Los demás exigían su sacrificio. Él sabía que quemaría el mundo antes de dejar que ella muriera delante de él. Otra vez.

—¿Artio? —Mi voz voló como un sueño perdido en la noche oscura a través de la pesadilla que me rodeaba.

Mi mentor me ofreció una sonrisa triste. Mi primer instinto fue correr hacia él. Poco importaban los cinco seres expectantes que aguardaban en silencio detrás de la Dama de la Noche o el hecho de que estuviera a escasos metros de la victoria.

La idea del torneo y la maldición solo eran un eco lejano ante la visión de Artio. Sin embargo, algo en la sonrisa perlada de la Dama me recordó que la prueba no había terminado.

—Susurro de la Noche, mi enhorabuena. Eres la única que ha conseguido sobrevivir en el laberinto.

Me resistí a creer aquella afirmación. Levi estaría bien, la inexplicable escarcha de la Corte de las Olas lo mantendría con vida hasta que pudieran proporcionarle un sanador. Repetí esas palabras en mi cabeza como si fueran una oración, como si, al hacerlo, ayudara de alguna forma a su curación.

Asolada por la preocupación, me atreví a levantar la vista hacia la única persona en aquel claro que compartía mi angustia por Levi. Los ojos negros de Callum casi ni pestañeaban. Me miraba con una máscara impenetrable de indiferencia, como tantas veces atrás. Sus

facciones impasibles no dejaban entrever nada más allá de un ser frío y calculador.

Aun así, proyecté mis pensamientos hacia su mente y busqué en mi interior el hilo que nos mantenía unidos, pero no lo encontré. Ni sus manos de noche abierta, ni su risa profunda. Era como si el otro lado de nuestro vínculo estuviera desierto. Forcé las palabras contra el vacío igualmente, esperando que pudiera oírlas. Que quisiera oírlas.

Levi está bien. Lo he curado, al menos de momento, pero necesita ayuda urgente. No sé cuánto tiempo aguantará.

Callum ni siquiera se inmutó. Con las manos en los bolsillos, se limitó a observar la escena que tenía lugar frente a sus ojos. Tuve que apartar la mirada. Su indiferencia, aunque no me era desconocida, esta vez dolía demasiado.

—¿Qué se siente al haber ganado el torneo? —La voz dulce de la Dama no encajaba con el brillo calculador de sus ojos.

—El torneo no termina hasta que la noche se hace de día y la magia vuelve a su ser —escupí las palabras que ella misma nos había cantado horas atrás.

—Veo que tu selección no fue un error. Eso me tranquiliza.

—Me importa bien poco lo que te tranquilice. Dime qué tengo que hacer para que se acabe esto. —Me arrepentí de las palabras en cuanto salieron de mi boca, pero había tenido suficientes juegos para una vida, y la presencia de Artio solo había empeorado las cosas.

Lejos de ofenderse, la Dama soltó una carcajada.

—Me gustan las personas que tienen las cosas claras. La Verdeluna sabe que los *comunes* sois siempre demasiado cuidadosos al hablar con los espíritus y los dioses.

No me molesté en decirle que hacía varios siglos que los dioses olvidados habían abandonado Lyssandria.

—¿Comunes?

—Seres terrenales. Inmortales o no. Altos y Bajos Fae, mestizos, bestias y criaturas. Demasiado ciegos para no ver y demasiado sedientos de entender.

Inspiré con fuerza para mantener la calma. Al hacerlo, el dolor de mis costillas solo empeoró. Mi tiempo se estaba agotando.

—¡Pero qué maleducado por mi parte, Susurro de la Noche! Estás sangrando. Y yo aquí, divagando —dijo, posando una mano delicada sobre su corazón—. No te queda mucho tiempo. Deberías habérmelo dicho. La mortalidad a veces me resulta... inquietante.

—¿Qué hace Artio aquí? —pregunté, ignorando su falsa preocupación.

—¡Cuántas preguntas! Por suerte para ti, ambas respuestas están relacionadas —exclamó ella, encantada. Como un niño explicando el funcionamiento de su juguete favorito—. Artio ha venido para participar en la última fase del torneo y ayudarnos a liberar el orbe del poder secuestrado.

Miré a mi mentor confundida. Se suponía que él debía estar sano y salvo en Nébula. Si algo le ocurría a Artio, el trato con Finnian no habría servido para nada.

—Pero estoy siendo injusta, ¿verdad, Artio? Lo cierto es que lleva ayudando con el orbe un tiempo. Unos cien años más o menos, ¿no es así?

De repente, todo se detuvo. El tiempo, la Verdeluna y mi propia respiración. Si me quedaba muy quieta, estaba segura de que la noche se fundiría con mi sorpresa, en un nudo infinito de pasos que no llegan y respiraciones atragantadas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Observé, horrorizada, como las voces de Artio y de la Dama se mezclaban la una con la otra. Una amalgama de susurros profundos hablando al unísono. Moviendo los labios en una cadencia gemela.

—Lo lamento, Elara. Nunca quise que esto terminara así.

No fui capaz de mover ni un músculo. Algo salado rozó la comisura de mi boca. Lágrimas recorrían mis mejillas, fruto del dolor más fuerte que había sentido jamás. Como si las sombras fueran algo tangible, casi pude jurar que se arremolinaban con mimo a mi alrededor en un intento desesperado por no dejarme sola.

—No llores. Todo ha sido por tu bien. Para que llegaras a este momento. A esta decisión. Los espíritus han estado contigo desde el principio y Artio con ellos. Protegiéndote a ti y a lo más sagrado. Al fin y al cabo, no dejaría el orbe al alcance de cualquiera —me consoló la Dama.

Miré de nuevo a mi mentor sin acabar de comprender. Él solo me contemplaba con ojos tristes y una mueca repleta de cosas que se habían quedado sin decir. Pero, entonces, lo vi. Ese brillo plateado que en ocasiones me había parecido que cubría sus ojos rojos comenzó a centellear con fuerza. Una fuerza eterna y compuesta de cinco esencias. Una magia tan antigua como la propia Lyssandria.

No me hizo falta que nadie lo dijera en voz alta. Era tan claro como el dolor que me quemaba por dentro. El orbe de la Dama estaba dentro de Artio, había estado allí todo ese tiempo.

—Artio ha sido un custodio excelente del poder que me vi forzada a arrebatar hace ya cien años.

Intenté dar sentido a esa realidad. ¿Cómo era posible que el torneo y mi vida hubieran estado unidos desde el principio? El mero hecho de que mi destino y el de ese orbe estuvieran unidos hacía que me doliera la cabeza.

—¿Tienes la respuesta a mi acertijo, Elara? Sin ella, el orbe con el poder de los Guardianes y mi obsequio para tu corte volverán a mí, una vez que sean liberados.

Había estado dándole vueltas a su pregunta durante las horas que había sufrido en el laberinto sin llegar a ninguna respuesta. La pregunta era tan ambigua como infinita, con opciones demasiado amplias. Tal vez fue la sonrisa triste de mi mentor, tal vez fuera el hecho de que era tan obvio que casi dolía. Solo sé que, en ese momento, la respuesta me llegó sin esfuerzo.

La solución encontró su camino fuera de mi garganta y la liberé con una voz rasposa y manchada de lágrimas.

—La mentira.

La Dama estalló en una risa melódica y aplausos, mientras el resto del universo observaba en silencio. Los ojos de Artio se tornaron esferas luminosas repletas de poder. Un poder plateado y deslumbrante que comenzó a vibrar en la penumbra verde.

—¡¿No es maravilloso?! —exclamó ella, encantada.

Si esperaba una respuesta, ni yo ni los cinco Guardianes se la dimos. ¿Qué tenía de maravilloso tanto sufrimiento? ¿Qué sentido tenía la muerte de Oraz? ¿Incluso la de Brann? Pequeños peones sin importancia en una partida de ajedrez que, claramente, llevaba cientos de años planeada.

—¿Se ha terminado entonces?

—Solo queda el último paso. Libera el orbe y todo llegará a su fin. El equilibrio retornará a Lyssandria.

Las fuerzas abandonaban mi cuerpo a pasos apresurados. Los brazos me pesaban varias toneladas y cada respiración era un suplicio. Haría cualquier cosa con tal de que aquello terminara. Con tal de que Artio estuviera a salvo de nuevo.

—Solo dime qué tengo que hacer ahora.

La Dama de la Noche me observó durante unos largos segundos con la cabeza inclinada hacia un lado, como un dragón jugando con su presa.

—Proteger el orbe no es una tarea fácil. Algo que Artio sabía antes de aceptarla, que no te quepa duda. Al fin y al cabo, contiene la magia de las cinco cortes, jamás obligaría a nadie a aceptar semejante responsabilidad sin saber lo que les depara. No solo es una brizna, sino la esencia del poder de Lyssandria que encapsulan los Guardianes. Mantener eso oculto conlleva un gran sacrificio y, como tú bien sabes, todo trato tiene un precio a pagar. Proteger el orbe es un sacrificio que tiene un coste. El *último* coste.

La Dama dejó de hablar y, poco a poco, la comprensión de lo que tendría que hacer me fue invadiendo. No podía estar hablando en serio. Todo lo que había hecho hasta ese momento era para mantener a Artio con vida. Los espíritus no podían ser tan crueles.

—No.

Mi negativa fue apenas un susurro tembloroso. No podía hacerlo, tenía que haber otra manera. Sentí como mi cuerpo se desplomaba sobre la tierra fría.

—Pequeña Ela, esto no es tu culpa. Estaba escrito en las estrellas. Sabía que este momento llegaría si todo salía según lo planeado. Es mi destino. El tuyo también. —Artio avanzó con paso firme hasta situarse frente a mí.

—No —repetí, esta vez con más fuerza.

No podía matarlo. Cualquier cosa menos eso. Estaba claro que la Dama disfrutaba poniendo a la gente en situaciones crueles. Había torturado durante cien años a las cinco cortes y ahora hacía lo mismo conmigo. ¡Espíritus! Al parecer llevaba haciéndolo toda mi vida.

—No voy a matar a Artio —prometí—. Tiene que haber otra manera.

—Me temo que el precio a pagar es innegociable. No depende de mí. Un trato es un trato —repitió la Dama.

—Yo no he hecho ningún trato contigo.

—¿Ah, no? —preguntó ella, enarcando una ceja—. Lamentablemente eso no es cierto. No todos los tratos que nos atan son solo nuestros, querida. Una historia para otro momento, me temo. Si es que sobrevives a esta, claro. Sin embargo, yo me refería a un trato bastante más reciente. Un trato que empuña contigo la daga que atesoras.

No quería hacerlo, pero no pude evitar mirar hacia abajo. La fina cicatriz plateada que adornaba mi mano me devolvió la mirada. El trato con Finnian parecía lejano, como si hubiera ocurrido en otra vida. La ironía de la situación era punzante e incómoda. Yo había jurado participar en el torneo siempre y cuando el Guardián salvara a Artio de las heridas que él mismo había infligido. No me estaba permitido abandonar.

—El trato con Finnian solo me obligaba a participar en el torneo.

—Me temo que si te niegas a liberar el orbe, entonces te niegas a participar en el torneo. Por lo tanto, si rompes tu trato con el Guardián de las Tormentas, Artio muere —enunció la Dama—. El destino funciona de maneras extrañas y rara vez se puede cambiar. Elijas lo que elijas hoy, Artio muere. En tu mano está decidir el futuro de Lyssandria.

No hice nada por reprimir el grito de dolor que atravesó mi pecho y que poco tenía que ver con la herida que continuaba sangrando. Mi poder latía con lentitud junto a mi corazón, llorando conmigo.

Todos los tratos pueden romperse, Tiniebla.

Las palabras que Callum me había susurrado semanas atrás me asaltaron con una intensidad inesperada.

—Rompe el trato —supliqué girándome hacia aquellos ojos de color ocre que me perseguían desde hacía semanas.

Si él rompía el trato, Artio no moriría. Yo sabía que podía hacerlo, aunque hubiera un precio. Entonces yo podría encontrar otra manera de liberar el orbe de poder y salvar a las cinco cortes. Salvarnos a todos. El gesto de Finnian se ensombreció. Algo oscuro surcó su rostro antes de comenzar a hablar.

—Sabes que no puedo hacerlo, Elara.

—Claro que puedes, todos los tratos se pueden romper. Sé que es cierto. Te lo suplico, Finnian. Encontraremos otra manera. Por favor, no puedo matar a Artio. No puedo.

Mis palabras se entremezclaban con sollozos en parte por la angustia que cubría cada una de ellas, y en parte porque me estaba quedando sin fuerzas. Pequeñas motitas negras e inoportunas comenzaron a pulular por mis ojos. Pestañeé para deshacerme de ellas y de las lágrimas. Pero solo lo empeoró. Me estaba muriendo.

—Hay que terminar con la maldición, Elara. Es la única manera de salvar a las cortes. Sin nuestros poderes, todo se sumirá en el caos —repitió—. Reconozco que lo que te estoy pidiendo es injusto, pero a veces vale la pena sacrificar a una sola persona, si con eso salvamos a la mayoría. Además, es la única manera de intentar salvar a Orla. No puedo hacer lo que me pides, si eso conlleva poner en peligro esa posibilidad.

No podía creer lo que estaba escuchando. Sabía que Finnian quería proteger a su corte y a su hermana a toda costa. Yo quería lo mismo. Quería que Orla estuviera bien, se lo merecía, pero tenía que haber otra solución. Si él no estaba dispuesto a sacrificar a Orla, ¿por qué debía sacrificar yo a Artio?

—Por favor —dije sin saber muy bien a quién me dirigía. Repetí mi súplica una y otra vez—. Por favor, por favor, por favor.

Los cinco Guardianes estaban clavados en el sitio. Umbra me miraba con gesto serio y desprovisto de emociones. A su lado, Selene apretaba la mandíbula con ojos vidriosos. Aiden era un enigma solemne y expectante. En el punto más alejado, la mirada de Callum hizo que se me hundiera el alma.

Apretaba ambos puños bañados de noche estrellada y oscuridad con fuerza contra sus costados. Las sombras se arremolinaban a su alrededor como un manto de poder eterno y destrucción. Estaba a escasos segundos de perder el control.

Fue entonces cuando fui consciente de cómo esos mismos puños parecían estar impactando, sin descanso, contra la pared de ónice que protegía mi mente. Al otro lado de nuestra conexión, podía sentir la presencia del Guardián de las Sombras, haciendo de todo por abrirse camino hacia mí. Minutos atrás había estado convencida de que era él quien mantenía nuestra conexión cerrada. Sin embargo, era evidente que una fuerza externa bloqueaba nuestro contacto.

—Nadie puede ayudarte, Elara. Este ha sido tu destino desde antes de que nacieras. Desde antes de que Artio fuera creado. De una manera o de otra, el círculo se cierra esta noche. —La Dama tuvo la osadía de sonar apenada.

—No pasa nada, mi niña. Estoy preparado para lo que viene. Sabía que este día llegaría tarde o temprano. No me arrepiento de mi decisión. Lo único que he querido siempre ha sido protegerte. Ojalá hubiera podido protegerte también de esto.

—No puedo hacerlo, Artio. No puedo.

En ese instante yo no era la Campeona de las Tormentas, sino aquella niña perdida en las calles de Nébula que Artio había acogido

en su casa. Una niña solitaria y desprotegida que había necesitado un hogar tanto como respirar.

—Cuidar de ti ha sido el orgullo de mi existencia, Elara. Pase lo que pase, necesito que sepas que eso es cierto.

—Artio, no puedo matarte.

—Eres fuerte. Mucho más de lo que crees. Ya eras así cuando te encontré en la calle. Eras más bajita que yo entonces, ¿te acuerdas? Y, aun así, ya eras valiente. Confía en tu poder, deja que te muestre el camino. A veces ser valiente significa tener miedo y, aun así, seguir adelante.

Noté como las manos de mi mentor se cerraban sobre mi puño. Aquel que todavía sujetaba mi daga.

—Sé que harás lo correcto, Elara. Siempre lo haces, a pesar de que intentes convencerte de lo contrario. La gente de Lyssandria es más importante que yo. Tu destino es más importante que yo. —Mientras hablaba, Artio alzó mi otra mano y me obligó a cerrar ambos puños alrededor del arma—. Te mereces ser libre, ser feliz. Iluminarás el mundo, de eso estoy seguro. Y, cuando nuestros caminos vuelvan a encontrarse en el siguiente mundo, yo estaré esperando ávido de escuchar tus aventuras y abrazar tu maravillosa existencia.

Sus pequeñas manos no temblaron al tocar mi mejilla en una caricia que sabía a despedida. La determinación de su gesto solo hizo que me rompiera más. Apreté la daga con manos temblorosas y dejé que Artio la guiara hasta su pecho. Entonces dejó caer sus pequeños brazos a ambos lados de su cuerpo. Él no podía acompañarme en ese último paso y tampoco era justo que yo se lo pidiera.

Cerré los ojos con fuerza. Si yo tenía que malograrme para que el resto del mundo sobreviviera, que así fuera. A fin de cuentas, mi

reloj estaba a punto de llegar a cero. Era consciente de la gravedad de mis heridas. Solo necesitaba un último esfuerzo y, después, todo habría terminado.

La mirada de Artio se estrechó en una sonrisa amarga pero decidida. Agitó la cabeza en una afirmación y posó un suave beso en mi frente, antes de cerrar los ojos mirando al cielo.

—Lo siento —supliqué con un gemido ahogado, mientras hundía la cuchilla en el corazón de Artio, convirtiéndome en el monstruo que sabía que estaba destinada a ser.

Algo muy profundo se rompió en mi interior en aquel instante. Algo eterno e importante se resquebrajó haciendo casi imposible que pudiera contener la oscuridad.

Solo pasó un segundo desde que Artio tomó su último suspiro hasta que su pequeño cuerpo chocó contra el suelo. Un segundo que se estrechó durante días. Me alegré al saber que no sobreviviría a aquello; de hacerlo, la imagen de mi daga clavada en el cuerpo de mi mentor se repetiría en mi cabeza para siempre. Como los restos de una canción olvidada.

Me sentía vacía. No era más que los restos de lo que antes había sido una persona. Me agaché para abrazar el cuerpo, incapaz de dejarlo allí tirado. Su sangre comenzó a impregnar la tierra y el suelo, y la sentí en todas partes. En mis rodillas, en mis manos, en la garganta. No podía parar de llorar. No podía parar de gritar presa del horror y el dolor más absoluto.

Mis quejidos se vieron interrumpidos por un destello repentino. Una esfera brillante, de poder cálido, abandonó el cuerpo de Artio y se posó en el mío. Una amalgama de colores metalizados, casi líquidos, se fundía en el interior de la esfera. Había algo en la vibración del orbe que se movía al mismo tiempo que el eco de mi

poder. Estaba segura de que solo era la reacción a la magia de las Tormentas que este contenía, pero mi esencia quería fundirse con él.

Las fuerzas me fallaron. Llevaban un tiempo avisando y, aun así, el impacto de mi cuerpo sobre el suelo frío del claro me pilló por sorpresa. El cuerpo de Artio se perdió en algún lugar de la maleza.

—¡Elara! —Alguien bramó mi nombre repetidas veces a través de la espesura de la noche, pero no alcancé a distinguir quién era.

Otro destello de plata y Verdeluna recorrió el silencio sepulcral, acallando los gritos de mi nombre. Intenté levantar la cabeza para ver de quién se trataba, pero apenas logré moverla unos centímetros del suelo. Casi pude jurar que las sombras se organizaban a mi alrededor, apartándome el pelo de la cara y abrazando mi cuerpo para que no estuviera sola.

Lo más probable es que la pérdida de sangre estuviera haciéndome perder la cabeza.

El contacto de la esfera de poder contra mi cuerpo cada vez más frío fue sorprendentemente delicado. En un instante todo se volvió eléctrico y me sentí conectada a todo cuanto nos rodeada: las gotas de un arroyo cercano, la brisa fresca que corría entre los árboles, el calor lejano de la Verdeluna. Todos estos instantes repletos de posibilidad se mezclaron con mis respiraciones entrecortadas. Tuve la certeza de que un pequeño sorbo de aquel poder sería suficiente para sanarme por completo.

—¡No tan rápido, Susurro de la Noche! —exclamó la Dama, con sorpresa fingida. El tipo de tono que alguien usa para simular que riñe a un infante, cuando en realidad está encantado con lo sucedido —. Qué curiosa es la magia, ¿verdad? Siempre busca lo que es justo. Lo que debe ser.

Sentí como la Dama se me acercaba un poco más. Llegué a distinguir como hacía un elegante movimiento con su muñeca y, acto

seguido, una esquirla plateada y con aura de Verdeluna acaparó todo mi campo de visión.

—La esquirla de mi poder. El regalo para la corte de la ganadora del torneo.

—¿A qué estás esperando? Devuélveselos. —Pronunciar cada palabra fue un pequeño infierno.

—Puede que ayudara a formar este mundo y parte de mi magia corra por las venas de todos sus seres, pero ni siquiera yo puedo decirle a un poder así lo que debe hacer. Un poder así tiene mente propia, Elara. Intención y consciencia —explicó la Dama mientras alargaba su delicada mano para acariciar la pequeña esfera.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, por lo que a mí respecta la cuestión es sencilla. Acepta el orbe y la esquirla de mi poder que lo acompaña y su magia salvará tu frágil cuerpo de Hadaës. Por supuesto, al hacerlo también estarás condenando al resto de Lyssandria a que su magia muera. Pero ¿quién sabe? Quizá se lo merezcan. Quizá tú puedas ser el inicio de algo nuevo. Algo mejor.

—¡Ese no era el trato! —bramó una voz de tormenta y marea.

Sentí como los dedos de la Dama me ponían un mechón de pelo detrás de la oreja, ignorando a Finnian. Por algún motivo el gesto se me antojó familiar. Parte de un recuerdo de otra persona, de otro momento.

—Y, si por el contrario, los rechazas, entonces el poder retornará a los Guardianes y, por ende, a sus cortes. Tú, sin embargo...

Las palabras de la Dama vacilaron entre nosotras como el filo de una espada contra un cuello. Los ojos de otro mundo del espíritu buscaron los míos. No sé qué esperaba ver, pero, fuera lo que fuera, hizo que los suyos se abrieran mucho, sobresaltados. Un brillo de

curiosidad alumbró sus facciones, como si hubiera adquirido un pedazo valioso de información.

En un gesto demasiado terrenal, la Dama de la Noche se aclaró la garganta antes de retomar su discurso.

—Renunciar al orbe significa renunciar a tu existencia actual. Tu cuerpo de Hadaës no sobrevivirá a la pérdida de ese poder. Tus heridas, me temo, son demasiado graves —explicó la Dama—. Si decides rechazarlo, el poder retornará a los Guardianes y mi esquirla pasará a formar parte de la corte a la que perteneces.

—Eso no era parte de la maldición —rugió Callum, en algún lugar que yo no alcanzaba a ver desde el suelo.

—Silencio, joven Guardián —ordenó ella—. La decisión no es tuya.

—¡Por encima de mi cadáver! —bramó él de nuevo.

Un fragor de luz de Verdeluna me cegó durante unos instantes, seguido de unos jadeos desacompasados que no eran míos.

—¡Tarde o temprano acabaré librándome de estas ataduras! Si ella muere, sumiré tu mundo en oscuridad y disfrutaré con ello. Si alguien le vuelve a tocar un solo pelo, lo mataré.

Intenté por todos los medios volverme para ver qué estaba ocurriendo. Sin embargo, en lugar de encontrar al dueño de las amenazas, mi mirada dio de lleno con la de Finnian. El Guardián de las Tormentas tenía la vista puesta sobre mí. Su pelo cobrizo se revolvía, rebelde, bajo la suave brisa que mecía mi muerte. Al descubrirme observándolo, dejó caer los brazos que apretaba contra el pecho en un gesto derrotado.

—Elara... —Mi nombre en sus labios fue un susurro diminuto—. Por todos los espíritus, tienes que hacerlo. Todo depende de tu decisión. La vida de Orla depende de ello. Necesito salvar a mi hermana. Yo...

Sus súplicas murieron en un sollozo incomprensible. Aquella imagen fue la última estocada necesaria para romper la poca lucha que me quedaba. Por supuesto que haría lo que hiciera falta para salvar a Orla. Yo no quería morir, pero la realidad era que ya me estaba muriendo. Orla no tenía que morir también.

—¡Elara, ni se te ocurra! —suplicó Callum—. ¡No lo hagas, Tiniebla!

Sentí como garras de noche y estrellas arañaban las paredes de mi mente hasta ensangrentarse, luchando con uñas y dientes para poder entrar. Sin embargo, una magia desconocida lo impedía.

—Tu respuesta, Susurro de la Noche. Tu tiempo se acaba.

La voz densa y pausada de la Dama de la Noche me hizo volver a la realidad. Aunque no podía verlos con claridad, sentí como los cinco seres más poderosos de Lyssandria contenían el aliento. Cerca de mí, pude oír que alguien gritaba mi nombre. Intenté levantar la cabeza, pero no me quedaban fuerzas.

La Dama de la Noche había tejido su juego y yo había caído en él, pero eso no quería decir que otros tuvieran que continuar sufriendo. Por primera vez desde que tenía uso de razón, busqué un atisbo del instinto de supervivencia que siempre me acompañaba. Sin embargo, no encontré nada. Tan solo me quedaba una cosa por hacer. Mi última oportunidad de ayudar a aquellos que me importaban.

—Devuélveselo. Este poder nunca fue mío.

—¡Oh, Elara! Si eso fuera así no estaríamos teniendo esta conversación —respondió la Dama con una sonrisa triste.

—Hazlo —repetí—. Devuélveselo.

Las palabras escaparon de mis labios antes de que pudiera procesar lo que estaba diciendo. Mi voz sonaba ajada, rota. A mi

lado, un aullido terrible resonó entre las milenarias copas de los árboles. ¿Acaso estaba gritando?

—¡Elara, no!

Alguien bramaba mi nombre, pero yo apenas podía oírlo. El poder que emanaba de esa voz hizo temblar el suelo que me cobijaba y las sombras que me arrullaban. En ese instante, el latido pausado y caliente del orbe abandonó mi pecho tembloroso. Al perder su contacto, mi cuerpo se estremeció. El orbe era lo único que me había estado manteniendo con vida.

Una explosión de luz y poder cubrió de blanco mi limitado campo de visión: *El torneo no termina hasta que la noche se hace de día y la magia vuelve a su ser*. Un rugido de magia y gloria, que había estado dormido durante casi cien años, se expandió a mi alrededor. Supe entonces que la magia había retornado a los Guardianes.

Frente a mí, la lágrima plateada del poder de la Dama brilló con intensidad durante unos segundos. Tirada en el suelo, suspiré aliviada al ver como comenzaba a alejarse de mi cuerpo. Con los ojos empañados por las lágrimas y el corazón latiendo cada vez más despacio, vi como la esquirla de poder de plata flotaba en dirección a los Guardianes. Finnian la observaba con los ojos abiertos y el alivio pintado en sus facciones. Me alegré por Orla.

No me permití sentir otra cosa que no fuera agradecimiento. Yo me había condenado a mí misma en el momento en el que había acuchillado a Artio. Al menos mi merecido descenso a los infiernos serviría para algo bueno.

Sin embargo, la esquirla de la Dama siguió avanzando. Sacando fuerza de donde no me quedaba, conseguí ladear la cabeza para ver hacia dónde se dirigía. El brillo continuó su avance hasta situarse frente a una figura oscura y rodeada de sombras plateadas.

Por algún motivo que no lograba entender, Callum estaba medio tendido en el suelo. Su cuerpo temblaba de rabia, contenido por unas hebras plateadas y vibrantes que lo mantenían atado. Aun sin poder moverse, los tentáculos de sus sombras luchaban contra la magia de la Dama, mientras no paraba de repetir mi nombre. La noche se arremolinaba sobre él, acusando el contraste contra sus ataduras.

Sin entender qué estaba viendo, fui testigo de cómo el poder de la Dama se posaba en el pecho de Callum, acto seguido su cuerpo se iluminó en un rugido de plata y sombras. Luché por mantenerme despierta. Pero no podía más. Los ojos comenzaron a fallarme. No podía moverme, ni siquiera podía gritar.

–¡No! ¡No es posible! Es un error —oí que Finnian gritaba furioso —. ¡Él lo ha manipulado! ¡Es cosa suya!

Dejé de ver con claridad, sentí como un mar infinito de noche y galaxias nos arrasaba. Aunque quizá fuera solo a mí. Unas sombras cálidas acunaban mi alma como un bálsamo para mi poder y, sin embargo, no fueron suficiente. Noté que la vida se me escurría por entre los dedos.

Las tinieblas se mecieron sobre mí con más fuerza. Las estrellas agarraron con uñas y dientes cada parte de mi alma, tocando cada fibra de mi ser en un intento de retenerme. Querían evitar que sucumbiera a mis heridas, pero ya era demasiado tarde. Me dejé ir y la muerte me acogió con brazos abiertos. Sus sombras suaves y frescas me rodearon con mimo dándome la bienvenida a casa.

Mientras descendía al inframundo me llegaron los retazos de una conversación lejana. La risa suave y de porcelana de la Dama de la Noche reverberó contra profundidades del bosque en el que yo había muerto. Un hilo de galaxias se estrechó contra la nada, manteniéndome conectada a ese instante.

—Piensa bien tus palabras antes de que acepte tu oferta, joven Guardián. Una vez cerrado, nuestro trato no se puede cambiar. Este no es un pacto de sangre que vaya a marcar la palma de tu mano. Quedará grabado en tu alma y no habrá nada que puedas hacer para cambiarlo.

Todo parecía estar pasando a lo lejos. Ya no podía sentir cómo la sangre caía desde mi torso. Ya no había dolor, ni sufrimiento. Sin esfuerzo, la noche empezó a envolverme y yo anhelaba seguirla. La voz de Callum no paraba de implorar que me quedara, detrás de la fuerza que mantenía nuestra conexión separada.

—Tengo claras mis palabras. ¿Aceptas el trato o no?

—¿Estás dispuesto a pagar el precio?

—Por ella estaría dispuesto a cualquier cosa. Y, ahora, acepta el puto trato.

La Dama de lo Noche aguardó en silencio durante una pequeña inmensidad y no alcancé a oír el final de su conversación. El Vacío susurraba promesas tranquilas y deseos de calma, así que me uní a él. Antes de perderme en el abismo, solo un pensamiento asoló mi mente: *Había fallado. Después de todo, había fallado.* El regalo de la Dama no había ido a parar a mi corte.

Sumida en el dolor más profundo, mi pecho subió por última vez y me dejé llevar por el abrazo de las sombras.

No luché.

No me resistí.

Al final, no tuve miedo, solo la certeza de que la oscuridad me rodeaba con delicadeza mientras avanzábamos juntas hacia mi muerte.

EPÍLOGO

En retrospectiva, esa noche lo cambió todo. Tardaría más de un siglo en volver a ver esos ojos, pero su alma ya los había reclamado como suyos.

CIEN AÑOS ANTES

Callum

El reguero de sangre fresca se perdía en la espesura de la llanura de sombras. Mi presa se adentró en el peligroso territorio corriendo, sin dudar ni un segundo. Desde el cielo oscuro, la Verdeluna iluminaba mi avance silencioso. Juzgándome, sin duda, como tantas noches a lo largo de mi atormentada existencia.

Lista, pensé sorprendido, mientras la inmensidad fresca y estrellada del desolado páramo me envolvía.

Adentrarse en las llanuras de sombras era una decisión audaz. Pocas almas entraban en las fauces de la negra bruma y salían con vida. Pero, por mucho valor que se tuviera, era una estrategia inútil. No había rincón en Lyssandria donde pudieran esconderse para evitar ser encontradas.

Sus heridas eran mortales, si seguían corriendo morirían desangradas. Sin embargo, su huida no era demasiado ruidosa. Los pasos estaban calculados; las respiraciones, medidas. El pequeño bebé hacía tiempo que había dejado de llorar. Y, aun así, yo podía escuchar cada uno de los desesperados latidos de sus corazones. Podía sentir el miedo embotando sus mentes y cegando su juicio.

El aroma de su sangre era como una luz brillante indicando mi camino. Al fin y al cabo, ¿qué era yo si no la máquina de matar perfecta? Mi Guardián se había asegurado de ello. El muy cobarde

supo desde el día de mi nacimiento que yo sería su final y se había propuesto retrasarlo hasta el último momento.

Me tenía cogido por la garganta y el cabrón disfrutaba con ello. Se había asegurado de que el mundo supiera exactamente qué y quién era yo. El monstruo que se esconde en las pesadillas. La furia letal que te sonríe antes de tu último aliento. Tenía tantos nombres que ya había perdido la cuenta. Pero nada de eso importaba. Si algo tenía claro desde niño es que haría cualquier cosa para mantener a mi familia a salvo.

Desde la distancia vi como una raíz hacía tropezar a mi próxima víctima. Ahogué un suspiro y encuadré mis facciones en esa máscara de impasividad y frialdad que me forzaba a enseñar al resto del mundo. Lo mejor sería terminar con aquello cuanto antes.

El viento soplaba con fuerza entre el banco de sombras. Sus susurros se mezclaban con los aullidos de pesadilla que resonaban sin descanso en mi cabeza.

Conforme acortaba la distancia, vi como los brazos de la Fae comenzaron a temblar. En ellos el bebé rompió a llorar. Sollozos pequeños y rotos que bien podrían ser un reflejo de mi destino.

Avancé impasible hacia las dos figuras envueltas en terror y luz de Verdeluna. Mis manos comenzaron a vibrar con las volutas de mi poder. Mi magia goteaba en partículas oscuras y estrelladas, tiñéndome de negro y pesadillas.

La Fae se levantó del suelo sin dejar de susurrar palabras tranquilizadoras al pequeño bulto tapado con mantas que sostenía entre sus brazos.

—No dejaré que te hagan daño. No dejaré que te encuentren —murmuró—. Estarás bien. Lo juro.

Cansado de alargar lo inevitable, pisé con fuerza una rama seca para hacer notar mi presencia. Esa era siempre la peor parte, el

momento en el que los ojos de mis víctimas se encontraban con mi figura.

No dejé que mi máscara se rompiera.

El crujido estridente sacudió la quietud de las sombras. La Fae se tensó al instante. Sus ojos marrones con destellos verdes me encontraron de inmediato y todo su cuerpo se puso rígido. Vi lo que iba a hacer antes de que ella misma lo decidiera. La Fae echó a correr, desesperada.

Con un suspiro cansado hice un Salto Irisado para cortarle el paso. El olor a sangre y muerte era muy fuerte ahora que las tenía tan cerca.

—Sé quién eres. Sé lo que te ha encomendado tu Guardián. No dejaré que lo hagas —rugió la Fae, mirándome con determinación.

—Si sabes quién soy, debes de saber que no hay nada que puedas hacer para detenerme.

—Es solo un bebé —suplicó entre sollozos.

—Tu marido y tu Guardián no opinan lo mismo.

—Ese ser despreciable no es mi Guardián. Habla por ti mismo, Oscuro.

No me molesté en corregirla. No habría servido de nada. Mis instrucciones eran claras. Acabar con la traidora y su descendencia. A lo lejos, una de las bestias del páramo rugió atormentada. No quedaba tiempo.

—¿Algunas últimas palabras? —dije mirando por encima del hombro con un suspiro exasperado.

Odié cada minuto que pasó, pero debía hacer bien las cosas.

—¡Púdrete en el infierno! —escupió la Fae.

—Muy original, ¿algo más?

—No seas cobarde. Si vas a acabar con dos vidas inocentes, al menos ten la decencia de mirarnos a los ojos.

No era la primera vez que alguien me hacía una petición similar. Como tantas otras veces a lo largo de mi vida, cuadré los hombros y me preparé para ver reflejados en sus ojos el odio más profundo y un miedo infinito.

Los ojos de la Fae me miraban entornados, con la cabeza alta y una calma fría que solo la certeza de la muerte te puede dar. En sus brazos, un bebé diminuto me miraba con los ojos abiertos y llenos de incertidumbre.

No alcancé a comprender qué pasó después. Un poder oscuro y profundo me atravesó el pecho, cortando mi respiración y acelerando mis latidos. La magia rugía en mis oídos, eléctrica y a punto de implosionar. El universo dejó de moverse, los planetas quedaron suspendidos en la nada y las galaxias colisionaron en una maraña de estrellas y vacío.

Dejé que mi poder lo consumiera todo y, antes de que la oscuridad nos atrapara a los tres, grabé a fuego en mi memoria aquellos ojos bañados en lágrimas.

Unos ojos que me perseguirían en mis pesadillas por el resto de mis días.

Unos ojos que vería cada vez que cerrara los míos.

Unos ojos tan verdes y llenos de noche como la Verdeluna.

Tiniebla.

FIN

CONOCE MÁS A FONDO
LYSSANDRIA

LAS CORTES Y SUS PERSONAJES

Lyssandria está compuesto por cinco cortes que reinan en conjunto. Todas tienen un soberano o soberana Alto Fae, conocido como Guardián o Guardiana.

Corte de las T ormentas

Capital: Adhair.

Características del terreno: Sus dominios se extienden a lo largo de cordilleras escarpadas y bosques donde los árboles son conscientes y peligrosos. La naturaleza es violenta, con lagunas profundas y ríos caudalosos. La corte también gobierna el Archipiélago del mar Sileno, un conjunto de islas en la región más exterior de Lyssandria.

Poderes: Sus habitantes tienen acceso al poder del aire y el rayo. Son conocidos por sus creaciones, que combinan runas mágicas e ingeniería.

Personajes:

- **Elara**: Campeona de las Tormentas, Hadaës
- **Finnian**: Guardián de las Tormentas, Alto Fae
- **Orla**: princesa de las Tormentas
- **Cían**: general de las Tormentas, Alto Fae
- **Miach**: padre de Finnian, Alto Fae

- **Aoife**: madre de Finnian, Alta Fae
- **Sionn**: padre de Cían, Alto Fae
- **Nolan**: Hadaës
- **Roan**: Alto Fae
- **Bromir**: sanador, Alto Fae
- **Lirión**: consejero, Alto Fae

Corte de las Sombras

Capital: Sirtnale.

Características del terreno: Nadie fuera de la corte conoce con certeza cómo son sus tierras. Se dice que sus dominios cambian constantemente.

Poderes: Sus habitantes manipulan tanto las sombras como las mentes. Conocidos por su secretismo y su carácter desconfiado. Generalmente temidos entre las cortes.

Personajes:

- **Callum:** Guardián de las Sombras
- **Levi:** Campeón de las Sombras, Bajo Fae
- **Nox:** Alto Fae
- **Lía**: Alta Fae
- **Lark:** Madre de Callum, Alta Fae
- **Desmond:** padre de Callum, antiguo Guardián de las Sombras, Alto Fae

Corte de las Llamas

Capital: Foc.

Características del terreno: Sus dominios se extienden en un mar de dunas y volcanes activos conectados a la magia de la corte. Las tormentas de arena ocultan sistemas cavernosos que ocupan todo el territorio.

Poderes: Sus habitantes tienen acceso a la magia del fuego. Son conocidos por cultivar la inteligencia y la sabiduría.

Personajes:

- **Aiden**: Guardián de las Llamas
- **Nuada**: Campeona de las Llamas, Baja Fae
- **Artio**: Trasgo de las Llamas
- **Erwin**: Hadaës

Corte del Bosque

Capital: Frageda.

Características del terreno: Sus dominios comprenden selvas exuberantes y bosques salvajes. El terreno se prolonga bajo tierra en una vasta red de cavernas.

Poderes: Sus habitantes controlan la vegetación y el terreno. Son conocidos por su brutalidad y por la elaboración de venenos y remedios.

Personajes:

- **Umbra**: Guardiana del Bosque, Alta Fae
- **Brann**: Campeón del Bosque, Bajo Fae
- **Tej**: asesor de Umbra, Alto Fae
- **Cilian**: Bajo Fae

Corte de las Olas

Capital: Seuqadac.

Características del terreno: Sus dominios se asientan bajo el mar, en ciudades construidas junto a arrecifes. También mantienen puestos en la costa, dedicados a preservar y proteger a las criaturas del océano con las que tienen una conexión especial.

Poderes: Sus habitantes controlan el agua y poseen el don innato de la sanación. Son conocidos por su aptitud para el arte y su

espíritu pacifista.

Personajes:

- **Selene**: Guardiana de las Olas, Alta Fae
- **Oraz**: Campeón de las Olas, Bajo Fae
- **Echo**: Kelpie

Asimismo, en el reino de Lyssandria hay diferentes razas, criaturas asombrosas y lugares recónditos e inexplorados. Conócelos más a fondo:

RAZAS

Altos Fae: Seres inmortales feéricos del linaje de las hadas. De aspecto humanoide y etéreo, con orejas puntiagudas. Sus poderes están ligados y limitados a la corte a la que pertenecen.

Bajos Fae: Criaturas feéricas cuya apariencia varía según su origen. Muchos poseen sangre mestiza, mezclando distintos linajes de hadas y Altos Fae; los descendientes solo pueden acceder a la magia de una de sus cortes. Políticamente, esta categoría abarca a todo ser mágico que no sea un Alto Fae y esté bajo su gobierno.

Ninfas del Bosque de la Dama: Hadas protectoras del enclave sagrado del Bosque de la Dama de la Noche en Lyssandria. Conocidas por sus habilidades musicales y su carácter travieso.

Hadaës: Mestizos entre humanos y Altos Fae. En apariencia física son similares a los Altos Fae, pero poseen poderes menores.

Dracanos: Antiguos cambiaformas ya extintos. Poseían dos formas: una similar a un Alto Fae, con tatuajes del color de su plumaje, y otra dracana, con piel de plumas escamadas, cuatro patas, alas de gran extensión y fauces que escupían llamaradas de sombra. Estaban ligados a la Corte de las Sombras.

Humanos: Raza mortal exterminada tras la Gran Guerra entre Fae y humanos. Carecían de acceso a la magia o a los poderes de las cortes de Lyssandria.

ESPÍRITUS

Dama de la Noche (Gealach): Diosa de los espíritus, reina de la noche y guía de las almas errantes.

Whisp: Espíritus con la forma de una esfera luminosa. Son imposibles de atrapar y poseen la habilidad de responder a cualquier pregunta. Se caracterizan por ser sarcásticos, entrometidos y proclives a interferir en asuntos ajenos.

Derrigan: Espíritus al servicio de la Dama de la Noche. Adoptan la forma de una esfera luminosa. Se caracterizan por su humor ácido y su carácter irritable.

Balar: Espíritus comunes de Lyssandria. De naturaleza curiosa, suelen inmiscuirse en los asuntos de los Fae y ofrecen tratos para entretenerse.

CRIATURAS

Muka: Habitantes de los fondos marinos en la Corte de las Olas y la Corte de las Tormentas. De cuerpo viscoso, fuerza descomunal, son incapaces de comunicarse fuera del agua.

Kelpie: Caballos marinos que pertenecen a la Corte de las Olas, pero se desplazan por toda Lyssandria. De gran lealtad, conocidos por su letalidad y poderes ofensivos. Bendecidos con el don de la premonición.

Selkie: Criaturas lacustres de aspecto monstruoso, con dientes afilados, piel escamada y siete tentáculos armados con garras.

Addanac: Lagartos gigantes que escupen fuego y habitan la Corte de las Llamas y la Corte del Bosque. Sus huesos son altamente codiciados por su poder curativo.

Puka: Criaturas oscuras consideradas desaparecidas. De gran tamaño, con cuerpo de ave, garras poderosas y alas inmensas. Sus rostros presentan rasgos humanos terminados en un pico compuesto de hueso. Su saliva es venenosa.

Sith: Criaturas felinas de gran tamaño cuyo pelaje es resistente al fuego.

Dearg Due: Criaturas aladas similares a los murciélagos. El olor a sangre despierta su frenesí, pueden llegar a alimentarse exclusivamente de esta sustancia.

Aulladores: Criaturas semejantes a los lobos de velocidad asombrosa y con la capacidad de emitir aullidos que desorientan a sus presas.

Ents: Árboles colosales de aspecto humanoide. De carácter tosco y malhablado, aunque pacíficos en esencia.

Kapui: Pequeños reptiles de la Corte de las Llamas cuyas garras poseen propiedades analgésicas.

OTRAS LOCALIZACIONES

Nébula: Capital del Archipiélago exterior de la Corte de las Tormentas.

El Remolino: Bosque fronterizo entre la Corte del Bosque y la Corte de las Tormentas.

Río Itna: Río que atraviesa el Remolino.

El palacio de la Dama: Construcción que se considera neutral entre cortes.

Anam: Río de las Almas dentro del bosque de la Dama.

Océano Avalora
Mar Sileno

Agradecimientos

Como lectora, los agradecimientos son uno de mis momentos favoritos de un libro: ese instante en el que, después de vivir una historia, puedo escuchar por fin a la persona que la soñó primero. Siempre me ha parecido un pequeño acto de magia. Si tú también eres de las mías, gracias por quedarte hasta el final.

Escribir este libro ha sido un camino de altibajos, con momentos muy bonitos y otros empañados por la ansiedad. Nació en una de las etapas más difíciles de mi vida y, dos años después, me encuentra siendo alguien distinta: con miedos que cambian, pero con más herramientas para enfrentarlos.

Suelo decir que mi yo de doce años jamás habría imaginado este momento, aunque la verdad es que ella era más valiente de lo que yo me permito ser a veces, y se atrevía a soñar sin miedo. Esta historia es para ella y también para mi yo de hace tres años: ¡te enfrentaste al monstruo!

Las historias de fantasía (las que leo, escribo e imagino) me han salvado la vida (sin exagerar) más de una vez. Ojalá este libro pueda ser un refugio parecido a los que tantas veces me han sostenido a mí, aunque solo sea para una persona.

Si estás leyendo estas páginas, es gracias a muchas personas (y a un par de perros) sin las cuales este libro no existiría. Así que allá vamos:

En primer lugar, gracias a todo el equipo de Crossbooks por confiar en mí: al equipo de diseño, de maquetación, de edición y de marketing. Gracias por trabajar con tanto cariño, por darle vida a mi historia en esta preciosidad de edición y por ser el mejor hogar posible para este libro. Estoy, y estaré siempre, agradecida por vuestro trabajo.

Gracias a mis editoras. Irene, por el «sí» más inesperado de mi vida, por tu voto de confianza y por todo el apoyo y las enseñanzas durante este proceso. Y Laura, este libro no existiría sin el increíble trabajo que has hecho: gracias por tu calidez, por tus palabras constantes de cariño y confianza, por hacer de esta primera experiencia algo tan bonito y por empujarme a ser mejor escritora con cada comentario.

Gracias también a Anna, que este libro sea una realidad y no solo un deseo en mi *moodboard* es, en gran parte, gracias a ti. ¡Eres la mejor animadora del mundo!

Gracias a Jorge, por darle vida a Elara de una manera tan perfecta, y a Emma, por tu capacidad para detectar errores y por hacer que este libro brille más.

Gracias a mi familia. A mis padres, Pati y Pep, gracias por enseñarme a amar los libros y la lectura antes incluso de saber leer; por quererme sin condiciones; por apoyarme incluso cuando sé que os daba miedo, y por ser los fans número uno de esta historia. Ojalá pudiera compartir los audios de mamá sobre ciertos personajes o las teorías de papá sobre el final: valen oro.

Gracias a mis hermanos: Laia, que probablemente nunca lea uno de mis libros, pero será siempre mi mejor *hype woman* y la primera en celebrar todos mis logros con una sonrisa; y Dani, por ser el mejor lector cero que podría tener, por tus críticas constructivas tan

necesarias y por amar a estos personajes tanto como yo. Vale, lo confieso: Levi siempre fue para ti. ¡Os quiero infinito a los cuatro!

A Oda, mi perrita, y a Harry, que ya no está con nosotros. Porque sí, mis perros me caen mejor que la mayoría de las personas. Oda ha estado presente en cada segundo de esta historia; sus ronquidos han acompañado mis sesiones de escritura y su cariño constante hace que nunca me sienta sola. Siempre habrá un pedacito de Harry en cada criatura adorable que escriba, por mucho que él fuera un cascarrabias.

A mis amigas de toda la vida: Celia, por estar ahí desde que tenemos cinco años, en lo bueno, en lo malo y en todas las locuras intermedias. ¡Te quiero mucho! (Sé que solo nos lo hemos dicho cinco veces en veinticinco años, pero la ocasión lo merece.) Pilar, por escucharme siempre y por hacerme reír sin importar lo que pase. Prométeme que te disfrazarás de alguno de estos personajes. Y Belén, te lo repito a menudo, pero doy gracias al universo por habernos encontrado aquella mañana del primer día de carrera. ¡No sé qué haría sin ti!

A mis amigas escritoras, que son la prueba viviente de que juntas ganamos todas. Mei Segura, por nuestros pódcasts en formato audio, por ser capaz de emocionarme con un *sticker* y por cogerme de la mano durante todo este camino. ¡Amiga, te adoro! Qué bonito poder vivir este sueño a tu lado. Y Laura K. Roma, por nuestros audios infinitos y por saber siempre qué decir para calmarme: tus palabras siempre llegan justo a tiempo.

A todas las amigas y profesionales maravillosas que he conocido gracias a la comunidad lectora en redes sociales, a mi comunidad de Bookstagram, BookTok y a mis chicas del Book Club: habéis apoyado este libro desde que era solo Proyecto Sombra, y vuestras palabras de cariño e ilusión han sido mi gasolina en los días más difíciles.

Siempre estaré agradecida por vuestro apoyo. No sabéis cuánto significa vuestro cariño; espero que podáis estar orgullosas de mí.

A vosotras, las lectoras, gracias por elegir *Ecos de tormenta* entre lo que sé que es una lista interminable de pendientes. Esta historia fue solo mía durante mucho tiempo, y no sabéis la ilusión que me hace que ahora sea también vuestra. Gracias por regalarle un pedacito de vuestro tiempo. Ojalá Lyssandria os haya hecho sentir como en casa. Y si ahora mismo me odiáis un poquito... prometo que no os haremos esperar mucho para el segundo.

Y, por último, gracias a mi marido, Santi. Este libro, como todos los que he escrito y escribiré, es para ti. Que yo esté aquí cumpliendo un sueño es solo gracias a ti: por creer en mí cuando yo no me atrevía, por darme un espacio seguro en el que ser yo misma y por enseñarme a querer tan bonito. No existen palabras suficientes para explicarte cuánto te amo; las pocas que pude construir están en la dedicatoria del primer libro que terminé. Sé que ese es tu favorito, y te prometo que algún día será una realidad. Hasta entonces, cierro el primer capítulo de esta historia con las palabras que abren ese libro, las que son solo tuyas (de momento):

El susurro de mi viento.

La sombra de mis noches.



Alba Cargol (Madrid, 1995) vive en Zaragoza junto a su marido y su perrita. Graduada en Estudios Ingleses por la Universidad de Zaragoza y con sendos másters en Edición Literaria y en Literatura Contemporánea, escribe desde que entendió que también podía crear sus propias historias, no solo leerlas. Ambas facetas son su refugio y el lugar donde se siente más ella misma.

Compagina la escritura con distintos trabajos en el sector editorial y con la creación de contenido literario en redes sociales, donde comparte su viaje como escritora con su comunidad. Es autora de *romantasy*, con debilidad por los *slow burns* y los personajes de moralidad ambigua. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla acurrucada con un buen libro, llorando —y enamorándose— por personajes ficticios.

Legado 1. Ecos de tormenta
Alba Cargol

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Alba Cargol Martínez, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibrosjuvenil.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31481-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta